

UNA HISTORIA DE
JACK REACHER

**LEE
CHILD**

**AJUSTE DE
CUENTAS**



de

Lectulandia

Mientras pasea por Boston, Jack Reacher ve el rostro de un hombre al que conoció cuando estaba en el ejército y que debería llevar muerto diez años. Desde ese momento, Reacher solo tiene un propósito: acabar con él. No va a ser nada fácil. Su presa está relacionada con una red ilegal que está siendo investigada por la DEA. Reacher se verá obligado a actuar como agente infiltrado para lograr su objetivo. Sabe que es una misión suicida, pero él no es de los que deja los trabajos a medias.

Lee Child

Ajuste de cuentas

Jack Reacher - 7

ePub r1.0

Titivillus 11-11-2019

Título original: *Persuader*
Lee Child, 2003
Traducción: Víctor Manuel García de Isusi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PARA JANE
Y PARA LOS PÁJAROS
DE LA ORILLA

El poli salió del coche exactamente cuatro minutos antes de recibir el disparo. Se movía como si ya supiera cuál era su destino. Abrió la puerta, que se movió despacio porque las bisagras estaban duras, y dejó a la vista el raído asiento de vinilo. El policía plantó ambos pies en la carretera. Luego, agarró la puerta con ambas manos y se dio impulso para ponerse de pie y salir del coche. Permaneció así unos instantes. Hacía frío. Entonces se dio la vuelta y cerró la puerta. Siguió allí unos instantes más. Después, se dirigió hacia la parte delantera del coche y se inclinó sobre el capó, junto a una de las luces.

El coche era un Chevy Caprice de siete años. Era negro y no tenía ningún distintivo de la policía, pero llevaba tres antenas de radio y unos sencillos tapacubos cromados. La mayoría de los polis con los que hablas juran que el Caprice es el mejor coche de policía que se ha fabricado jamás. Desde luego, daba la sensación de que este poli en concreto estuviera de acuerdo porque, dado que parecía un detective veterano vestido de calle, debía de tener a su disposición cualquier vehículo de la flota de su comisaría. Y, sin embargo, conducía aquel viejo Chevy porque quería. Como si no le interesaran lo más mínimo los nuevos Ford. Solo con ver su forma de moverse, habría jurado que era uno de esos polis de la vieja escuela. Era corpulento, y llevaba un traje oscuro y sencillo de lana gruesa. Era alto pero iba encorvado. Un hombre mayor. Miró la carretera a derecha e izquierda y, después, estiró su grueso cuello para mirar por encima del hombro la verja de la universidad. El hombre estaba a unos treinta metros de mí.

La verja de la universidad era solo ornamental. De la acera emergían dos altas columnas de ladrillo ante el jardín bien cuidado que se extendía a ambos lados de la vía de entrada. Las columnas estaban conectadas por una alta verja de dos hojas de hierro retorcido, trabajado en clásicas formas curvas. Era de color negro brillante. Parecía que acabaran de pintarla hacía poco. Y, de hecho, era probable que la pintaran después de cada invierno. La verja no tenía ninguna función de seguridad. Cualquiera que quisiera evitarla yendo en

coche podía, sencillamente, subirse a la acera y bordearla por la hierba. En cualquier caso, estaba abierta de par en par. Detrás de ella, a cada lado del camino de acceso y como a dos metros y medio de la entrada, había dos postes de hierro que llegaban a la altura de la rodilla. Tenían una especie de cerrojo que sujetaba cada una de las hojas de la verja. Los cerrojos estaban echados. La verja estaba abierta de par en par. El camino de acceso llevaba hasta una serie de edificios de ladrillo dorado situados a unos cien metros. Los edificios tenían tejados cubiertos de musgo, protegidos por las copas de grandes árboles. A los lados del camino de entrada había árboles. A lo largo de la acera había árboles. Había árboles por todas partes. Las hojas empezaban a brotar. Eran pequeñas, estaban rizadas y tenían un brillante color verde. En seis meses serían grandes y habrían adquirido un color rojo o dorado, y los fotógrafos irían de aquí para allá para sacar fotos con las que ilustrar el folleto de la universidad.

A veinte metros de donde se encontraban el policía, su coche y la verja, al otro lado de la carretera, había una camioneta aparcada. Estaba pegada al bordillo. Tenía el morro señalándome a mí, que estaba a unos cincuenta metros. El vehículo parecía estar fuera de lugar. Era de un color rojo algo ajado y tenía uno de esos enormes parachoques delanteros. El parachoques era de color negro mate y daba la sensación de que lo hubieran torcido y enderezado en un par de ocasiones. Dentro había dos hombres. Jóvenes, altos, pulcros, rubios. Estaban sentados, sin más, mirando hacia delante, como con la mirada perdida. No estaban mirando al poli. No me estaban mirando a mí.

Yo estaba aparcado en dirección sur. Llevaba una anónima furgoneta marrón sin cristales en la parte trasera y estaba frente a una tienda de discos. Era una de esas típicas tiendas que te encuentras cerca de las universidades. En la acera tenía expositores con CD de segunda mano y en los escaparates, pósteres de grupos de los que nadie había oído hablar. Tenía las puertas traseras de la furgoneta abiertas. En el interior había cajas apiladas. Tenía un fajo de papeles en las manos. Llevaba abrigo porque aquella era una fría mañana de abril. Llevaba guantes porque nadie había quitado las grapas de las cajas que habían abierto. Llevaba un arma porque a menudo la llevo. La llevaba en los pantalones, detrás, tapada por el abrigo. Era un Colt Anaconda, un enorme revólver de acero inoxidable cargado con munición Magnum 44. Medía treinta y cuatro centímetros y medio, y pesaba cerca de kilo ochocientos. No era una de mis armas preferidas. Pesaba mucho, era grande, estaba fría y era imposible olvidarse de que la llevabas encima.

Me detuve en mitad de la acera, levanté la vista de los papeles y oí que el motor de la camioneta arrancaba. Pero no se movió. Se quedó donde estaba, al ralenti. El humo blanco del tubo de escape empezó a envolver las ruedas traseras. Soplaban un aire frío. Era temprano y la calle estaba desierta. Fui hasta la parte trasera de la furgoneta y, con la tienda de música a mi espalda, miré hacia los edificios de la universidad. Vi un lujoso Lincoln Town Car negro esperando a la puerta de uno de ellos. Al lado del vehículo había dos tipos. Los tenía a cien metros, pero ninguno de los dos me pareció un conductor de limusina. Los conductores de limusina no van en pareja y no suelen ser jóvenes y estar cachas; ni tampoco suelen dar la impresión de estar tensos o de comportarse con cautela. Aquellos tipos tenían pinta de ser guardaespaldas.

El pequeño edificio frente al que estaba aparcado el Lincoln parecía una pequeña residencia universitaria. Encima de la gran puerta de madera tenía unas letras griegas. Mientras miraba, la gran puerta de madera se abrió y por ella salió un joven delgado. Parecía un estudiante. Tenía el pelo largo y enmarañado e iba vestido como un pordiosero, excepto por la mochila de cuero lustroso, que parecía muy cara. Uno de los guardaespaldas se puso tieso y el otro abrió la puerta trasera del coche. El joven delgado tiró la mochila de cuero al interior del vehículo y entró. Cerró la puerta. Oí el portazo, aunque, a cien metros de distancia, sonó apagado, débil. Los guardaespaldas miraron a su alrededor durante unos instantes, se subieron a los asientos delanteros y, casi de inmediato, el coche empezó a moverse. Treinta metros por detrás del Lincoln apareció un coche de seguridad de la universidad que iba en la misma dirección, pero no como si formara parte de un convoy, sino como si hubiera salido de la nada. Dentro, recostados en los asientos y con pinta de estar aburridos y de no tener nada que hacer, iban dos guardias de seguridad.

Me quité los guantes y los tiré en la trasera de la furgoneta. Salí a la carretera, desde donde veía mejor. Observé cómo el Lincoln avanzaba por el camino de entrada a la universidad a velocidad moderada. Era de color negro, brillaba y estaba inmaculado. Estaba cromado por todos lados. Tenía cera a montones. El coche de seguridad de la universidad iba quedándose atrás. El Lincoln hizo una pausa en la verja y giró a la izquierda, en dirección sur, hacia el Caprice negro de la policía. Hacia mí.

Lo que sucedió a continuación pasó en ocho segundos, pero pareció un abrir y cerrar de ojos.

La camioneta de color rojo ajado retrocedió unos veinte metros. Aceleró a fondo. Se puso a la altura del Lincoln, lo esquivó y pasó junto al Caprice del

poli, a unos treinta centímetros de las rodillas del hombre. Entonces, volvió a acelerar, se adelantó unos metros, el conductor giró el volante con fuerza y estrelló el parachoques delantero contra el guardabarros del Lincoln. El conductor de la camioneta mantuvo el volante girado y el pie en el acelerador, con lo que, poco a poco, empujó al Lincoln fuera de la carretera, hasta el arcén. La camioneta se metió en la hierba, la velocidad del Lincoln se redujo drásticamente y, en un momento dado, chocó con un árbol. Se oyó el «¡pum!» del metal, acompañado del chasquido de los cristales rotos de uno de los faros delanteros, y una nube de vapor envolvió el coche. Las diminutas hojas del árbol contra el que había impactado se sacudieron y temblaron, lo que produjo un fuerte ruido en la silenciosa mañana.

Entonces, los dos jóvenes de la camioneta salieron pegando tiros. Empuñaban pistolas automáticas con las que dispararon al Lincoln. El sonido era ensordecedor y enseguida empecé a ver trozos de latón estropeado trazando arcos y lloviendo sobre el asfalto. Sin detenerse un solo instante, los de la camioneta se acercaron a las puertas del Lincoln. Las abrieron de golpe. Uno de ellos se agachó hacia la parte de detrás y tiró del joven. El otro seguía disparando su automática a los de delante. Luego, se metió la mano en el bolsillo y sacó una especie de granada. La lanzó dentro del Lincoln, cerró las puertas, sujetó a su compañero y al muchacho por los hombros, les dio la vuelta y los tiró al suelo. En el interior del Lincoln se produjo una explosión atronadora y brillante. Los seis cristales saltaron por los aires. Aunque me encontraba a más de veinte metros de lo que estaba sucediendo, noté la onda expansiva. Salieron disparados cristalitos por todos lados. Brillaban de color irisado bajo el sol. Entonces, el que había lanzado la granada se puso de pie como pudo y salió corriendo hacia la puerta del copiloto de la camioneta. Su compañero obligó al muchacho a entrar en la camioneta a punta de pistola y se metió en el vehículo detrás de él. Cerraron las puertas de golpe. Vi al joven atrapado entre los dos asaltantes. Tenía cara de miedo. Estaba pálido por el susto y, a pesar de que el parabrisas estuviera sucio, vi cómo gritaba de miedo, aunque no oí qué decía. Me fijé en que el conductor echaba mano a la palanca de cambios, oí el rugido del motor, el chirrido de las ruedas y, de repente, la camioneta venía directa hacia mí.

Era una Toyota. Leía con claridad TOYOTA en la rejilla que había detrás del parachoques. Tenía la suspensión alta, por lo que pude ver el gran diferencial negro de la parte delantera. Era del tamaño de un balón de fútbol. Tracción a las cuatro ruedas. Los neumáticos eran grandes. Abolladuras,

desportilladuras y manchas que no habían limpiado desde que el vehículo había salido de fábrica. Venía directa a mí.

Tenía menos de un segundo para tomar una decisión.

Me retiré el abrigo y saqué el Colt. Apunté con cuidado y disparé una sola vez a la rejilla de la Toyota. El enorme revólver resplandeció, rugió y se revolvió en mi mano. La gran bala del 44 destrozó el radiador. Disparé de nuevo, esta vez a la rueda delantera izquierda, que reventó con una explosión espectacular que lanzó caucho por todos lados. Los trozos de neumático salieron volando a metros de distancia. La camioneta patinó y se detuvo con el lado del conductor mirando hacia mí. A diez metros. Me puse a cubierto detrás de mi furgoneta, agachado. Cerré las puertas traseras de golpe, fui hacia la acera, me asomé y disparé de nuevo, pero esta vez a la rueda trasera izquierda. El mismo resultado. Caucho por todos lados. La camioneta se hundió sobre su lado izquierdo y quedó apoyada sobre las llantas en un ángulo muy pronunciado. El conductor abrió la puerta y rodó a la carretera. Se incorporó con una rodilla en tierra. Empuñaba la automática con la mano equivocada. Hizo malabarismos para cambiársela de mano y yo esperé hasta que consiguió apuntarme a mí. Entonces, me sujeté el antebrazo derecho con la mano izquierda para compensar el peso del Colt, apunté con cuidado a su centro de masas, como me habían enseñado hacía tantísimo tiempo, y apreté el gatillo. Dio la sensación de que el pecho del tipo explotara en mitad de una enorme nube de sangre. El muchacho permanecía inmóvil dentro del vehículo. Miraba la escena con los ojos como platos, aterrado, conmocionado. El segundo tipo salió de la camioneta y rodeó la parte frontal en mi busca. Me apuntó con su automática. Me giré a la izquierda, esperé un instante y volví a sujetarme el antebrazo con la mano. Le apunté al pecho. Disparé. El mismo resultado. Cayó de espaldas justo detrás del guardabarros, envuelto en una nube de vapor rojo.

El muchacho empezó a moverse en la camioneta. Corrí a por él y lo saqué por encima del cadáver del primer tipo. Lo arrastré de prisa a mi furgoneta. Estaba tan azorado y confundido que apenas podía caminar. Lo empujé al asiento del pasajero, cerré la puerta de golpe y rodeé la furgoneta por delante hasta el asiento del conductor. Por el rabillo del ojo vi a un tercer tipo que venía hacia mí. Buscaba algo en la chaqueta. Era un tipo alto y fornido. Ropa oscura. Estiré el brazo, disparé y vi la gran explosión roja en su pecho en el mismo instante en que me daba cuenta de que se trataba del anciano policía del Caprice y de que lo que buscaba en la chaqueta era la placa. La placa, que era un escudo dorado que llevaba en un ajado protector de cuero, que salió

volando de su mano y aterrizó con un golpe seco contra la acera, justo delante de la furgoneta.

El tiempo se detuvo.

Me quedé mirando al poli. Estaba tumbado de espaldas. Tenía el pecho destrozado y teñido de rojo. Había trozos de carne por todos lados. Nada se movía en su pecho. No había señales de que le latiera el corazón. En la camisa tenía un enorme agujero irregular. Estaba inmóvil. Con la cabeza vuelta y la mejilla apoyada en el asfalto. Los brazos los tenía estirados y se veían las pálidas venas de las manos. Fui consciente de lo oscura que era la carretera, de lo esmeralda que era la hierba y de lo brillante del azul del cielo. Podía oír el frufú del viento al pasar por entre las hojas nuevas de los árboles; un viento que sonaba más fuerte que el eco de mi último disparo, que aún me resonaba en los oídos. El muchacho miraba por el parabrisas de la furgoneta, primero al policía y, luego, a mí. El coche de seguridad de la universidad giraba a la izquierda en la verja. Se movía más despacio de lo que debería. Entre unos y otros, acabábamos de pegar decenas de tiros. Puede que estuvieran preocupados porque no tenían muy claro dónde terminaba su jurisdicción. Puede que tuvieran miedo. Vi dos rostros rosados, ahora pálidos, al otro lado del parabrisas. Me miraban. Debían de avanzar a unos veinticinco kilómetros por hora. El coche se deslizaba hacia mí. Miré la placa dorada que había en el suelo. El metal estaba desgastado después de una vida entera de uso. Miré la furgoneta. Me quedé inmóvil. En su día, hacía mucho tiempo, había aprendido que disparar a una persona es fácil, pero que no hay forma de devolver esa bala a tu arma.

Oí cómo el coche de los guardias de seguridad avanzaba hacia mí. Oí cómo sus ruedas aplastaban gravilla sobre el asfalto. Todo lo demás estaba en silencio. Entonces, el tiempo empezó a correr de nuevo y una voz en mi cabeza me gritó: «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», así que eché a correr. Me subí a la furgoneta a toda prisa, arrojé la pistola al asiento central, arranqué, aceleré y di una media vuelta tan cerrada que, durante unos instantes, estuvimos sobre dos ruedas. El muchacho salió despedido contra la puerta. Enderecé el volante, pisé el acelerador a fondo y enfilé en dirección sur. No veía gran cosa por el retrovisor, pero alcancé a ver que los de seguridad encendían las sirenas y se lanzaban a por mí. El muchacho no decía ni mu. Tenía la boca abierta de par en par. Trataba de permanecer sentado en su sitio. Yo estaba concentrado en conducir tan rápido como podía. Por suerte, había muy poco tráfico. Era muy temprano para aquella pequeña ciudad de Nueva Inglaterra, que todavía dormía. Puse la furgoneta a algo más de ciento diez

kilómetros por hora y agarré el volante con tal fuerza que los nudillos se me quedaron blancos. No quitaba ojo de la carretera, como si no quisiera saber nada de lo que pasaba detrás de mí.

—¿Estamos dejándolos atrás? —le pregunté al muchacho.

No respondió. Estaba tan conmocionado que iba apretado contra la puerta de su asiento, tan lejos de mí como podía. Miraba al techo. Tenía la mano derecha apoyada en la puerta. Tenía la piel blanca, los dedos largos.

—¿¡Estamos dejándolos atrás!?! —volví a preguntar.

El motor rugía con fuerza.

—Ha matado a un policía. Ese anciano era policía, ¿lo sabe?

—Lo sé.

—Le ha disparado.

—Ha sido un accidente. ¿Estamos dejándolos atrás?

—Iba a enseñarle la placa.

—¡Que si estamos dejándolos atrás!

Se revolvió, se giró y agachó la cabeza para mirar por las ventanillas de las puertas traseras.

—Estarán a unos treinta metros. —Hablaban con vaguedad, asustado—. Están muy cerca. Uno de ellos está asomándose por la ventanilla con un arma.

Justo entonces oí el distante disparo de una pistola, que se elevó por encima del rugido del motor y del chirrido de las ruedas. Cogí el Colt del asiento central. Lo dejé. Estaba vacío. Ya había disparado seis veces. Al radiador, a las dos ruedas, a los dos tipos... y al policía.

—Abre la guantera.

—Debería pararse. Explicárselo. Me estaba ayudando. ¡Ha sido un error! Me hablaba, pero no me miraba. Miraba por las ventanillas traseras.

—He disparado a un poli. —Mi tono de voz era de lo más neutral—. Para ellos, eso es lo único que vale. Eso es lo único que les interesa. No les importa ni el cómo ni el porqué.

No dijo nada.

—Abre la guantera —repetí.

Volvió a girarse y abrió la guantera. En ella llevaba otra Anaconda. Idéntica. Reluciente acero inoxidable. Cargada con seis balas. Se la arrebaté de la mano. Bajé la ventanilla del todo. El aire frío entró en la furgoneta como un vendaval. Su sople llegó acompañado de la detonación de una pistola que disparaba por detrás de nosotros, rápida y constantemente.

—¡Mierda! —dije.

El muchacho no abrió la boca. Más disparos. Altos, secos, percutores.

«¿Cómo es que están fallando?».

—Agáchate.

Me deslicé por el asiento hasta que mi hombro izquierdo estuvo completamente pegado a la puerta y fui girando el brazo derecho para sacar el revólver por la ventanilla, apuntando hacia atrás. Disparé una vez y el muchacho se me quedó mirando horrorizado. Se echó hacia delante y se agachó en el espacio que quedaba entre el asiento delantero y el salpicadero con las manos sobre la cabeza. Un segundo después, una de las ventanillas traseras de la furgoneta, tres metros por detrás de donde acababa de estar su cabeza, saltó por los aires.

—¡Mierda! —exclamé de nuevo.

Giré un poco el volante para tener un mejor ángulo. Volví a disparar hacia atrás.

—Necesito que mires. Pero levanta la cabeza lo menos posible.

El muchacho no se movió.

—¡Levanta! ¡Vamos! ¡Necesito que mires!

Se incorporó y se giró lo suficiente para ver por las ventanillas traseras. Me fijé en que se quedaba embobado mirando la ventanilla rota. Se daba cuenta de que aquel disparo podría haberle alcanzado en la cabeza.

—Voy a reducir la velocidad un poco. Voy a apartarme para que intenten adelantarnos.

—¡No lo haga! ¡Esto aún se puede arreglar!

No hice caso de sus palabras. Bajé la velocidad a unos ochenta kilómetros por hora y me desplacé a la derecha. Por instinto, los guardias de seguridad se pusieron en el lado izquierdo para intentar flanquearme. Les disparé mis tres últimas balas. Rompí en pedazos el parabrisas del coche patrulla y el vehículo se deslizó por la carretera como si hubiera alcanzado al conductor o le hubiera reventado un neumático. El coche aceleró contra la cuneta contraria y atravesó una línea de arbustos. Lo perdimos de vista. Dejé el arma descargada en el asiento del centro, subí la ventanilla y aceleré cuanto pude. El muchacho seguía callado, se limitaba a mirar la parte trasera de la furgoneta. El aire que salía por la ventanilla baleada producía un quejido extraño.

—Vale... —Me faltaba el aliento—. Ahora, toca desaparecer.

El muchacho me miró.

—¿¡Está loco!?

—¿Sabes lo que le hacen a la gente que mata a policías?

No tenía respuesta para aquella pregunta. Conduje en silencio durante unos treinta segundos, unos ochocientos metros, parpadeando, resoplando;

ambos mirábamos por las ventanillas traseras como si estuviéramos hipnotizados. El interior de la furgoneta apestaba a pólvora.

—Ha sido un accidente. No puedo resucitarlo, así que olvídate de eso.

—¿Quién es usted?

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

Se quedó callado. Respiraba con fuerza. Miré por el retrovisor. No venía nadie por detrás ni tampoco de frente. Estábamos en mitad del campo. Puede que estuviéramos a unos diez minutos del distribuidor de alguna autopista.

—Soy un objetivo —dijo—. De secuestro.

Eran unas palabras curiosas.

—Intentaban secuestrarme —continuó.

—¿Tú crees?

Asintió.

—No es la primera vez.

—¿Y por qué?

—Por dinero. ¿Por qué si no?

—¿Eres rico?

—Mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Solo alguien.

—Pero alguien rico.

—Es importador de alfombras.

—¿De alfombras? ¿Te refieres a moqueta?

—No, a alfombras persas.

—¿¡Y puedes hacerte rico importando alfombras persas!?

—Mucho.

—¿Cómo te llamas?

—Richard. Richard Beck.

Volví a mirar por el retrovisor. Por detrás de nosotros, la carretera seguía vacía. Por delante tampoco venía nadie. Reduje un poco la velocidad, me situé en el centro del carril e intenté conducir como una persona normal.

—¿Y quiénes eran esos tipos?

Richard Beck negó con la cabeza.

—Ni idea.

—Pues sabían dónde ibas a estar. Y cuándo.

—Iba a casa para el cumpleaños de mi madre, que es mañana.

—¿Quién podría saber eso?

—No estoy seguro. Cualquiera que conozca a mi familia. Supongo que cualquiera de la comunidad de alfombreros. Somos muy conocidos.

—¿Hay una comunidad de alfombreros?

—Y mucha competencia. Las fuentes son las mismas. El mercado también es el mismo. Nos conocemos todos.

No dije nada. Seguí conduciendo. Iba un poco por debajo de los cien kilómetros por hora.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—De ninguna manera.

Asintió, como si lo hubiera comprendido.

«Chico listo».

—¿Y qué va a hacer? —preguntó.

—Voy a dejarte cerca de la autopista. Puedes hacer autostop o llamar a un taxi y, después, te olvidas de mí.

Se quedó callado.

—No puedo llevarte a la policía. No puedo. Lo entiendes, ¿verdad? He matado a un poli. Puede que a tres. Y tú me has visto hacerlo.

Permaneció en silencio.

«Es la hora de tomar decisiones».

La autopista estaba a seis minutos.

—Tirarían la llave de la celda. Ha sido un accidente, sí, pero la he cagado. No van a querer escuchar lo que ha pasado. Nunca escuchan. Así que no me pidas que me acerque a nadie. Ni como testigo, ni como nada. Me voy a esfumar, como el humo. ¿Te ha quedado claro?

No respondió.

—Y no me describas a la policía. Diles que no te acuerdas. Diles que estabas muy asustado. De lo contrario, te juro que daré contigo y te mataré.

No dijo nada.

—Te dejaré en algún lado. Como si nunca me hubieras visto.

Se movió. Se giró y se me quedó mirando.

—Lléveme a casa. Por favor. Le daremos dinero. Le ayudaremos. Si quiere, lo esconderemos. Mi familia se lo agradecerá. Yo ya se lo agradezco, claro. Se lo aseguro. Me ha salvado usted la vida. Lo del policía ha sido un accidente. Un accidente, nada más. Un accidente desafortunado. Usted se encontraba en una situación con mucha presión. Lo comprendo. Lo mantendremos en secreto.

—No necesito tu ayuda. Lo que necesito es deshacerme de ti.

—¡Pero tengo que llegar a casa! ¡Nos ayudaríamos el uno al otro!

La autopista estaba a cuatro minutos.

—¿Dónde vives?

—En Abbot.

—¿En qué Abbot?

—En el de Maine. Abbot, Maine. En la costa. Entre Kennebunkport y Portland.

—Pues vamos en dirección contraria.

—Podría dar usted la vuelta en la autopista.

—Eso tiene que estar a algo más de trescientos kilómetros. Por lo menos.

—Le pagaremos. Le merecerá la pena.

—Podría dejarte cerca de Boston. Seguro que hay algún autobús a Portland.

Negó con fuerza con la cabeza, como si le estuviera dando un ataque.

—¡No, no, no! ¡El autobús, no! ¡No puedo quedarme solo después de lo que acaba de pasar! ¡Necesito protección! ¡Esa gente podría estar buscándome todavía!

—Esa gente está muerta, como el puto policía.

—Sí, esos dos sí, pero podrían tener socios.

Aquella frase también era curiosa. Richard Beck parecía un muchacho pequeño, delgado y asustado. Le veía el latido del pulso en la vena del cuello. Se retiró el pelo de la parte izquierda de la cabeza y se giró hacia el parabrisas para enseñarme la oreja. No tenía oreja. Solo tenía un pingajillo cicatrizado. Parecía un pedazo de pasta sin cocer del todo. Como un tortellini crudo.

—Me la cortaron y la enviaron por correo —explicó—. Esa fue la primera vez.

—¿Cuándo?

—Cuando tenía quince años.

—¿No pagó tu padre?

—No lo bastante rápido.

No dije nada. Richard Beck seguía enseñándome la cicatriz. Estaba asustado, aturdido. Respiraba como una máquina.

—¿Estás bien?

—Lléveme a casa —imploró—. No puedo quedarme solo.

La autopista estaba a dos minutos.

—Por favor... ¡ayúdeme!

—¡Mierda! —solté por tercera vez.

—Por favor. Podemos ayudarnos el uno al otro. Usted tiene que esconderse.

—No podemos seguir con esta furgoneta. Su descripción ya estará por todo el estado.

Se me quedó mirando, esperanzado. La autopista estaba a un minuto.

—Vamos a tener que conseguir un coche —concluí.

—¿Dónde?

—Donde sea. Hay coches por todos lados.

Al sudoeste del intercambiador de la autopista había uno de esos extensos centros comerciales que se levantan fuera de la ciudad. Lo vi desde lejos. Estaba compuesto por altos edificios oscuros sin ventanas y con brillantes letreros de neón. También había grandes aparcamientos medio llenos. Entré en el centro comercial y di una vuelta. Era tan grande como un pueblo. Había gente por todos lados. Me ponían nervioso. Di otra vuelta más, pasé por delante de una zona de contenedores de basura y llegué a la parte de atrás de unos grandes almacenes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Richard.

—Al aparcamiento de empleados. Los clientes van y vienen constantemente. Son impredecibles. En cambio, los dependientes van a tirarse aquí todo el día. Es más seguro.

Me miró como si no me comprendiera. Me dirigí hacia una batería de ocho coches aparcados contra una pared. Había un hueco al lado de un Nissan Maxima de color anodino que no tendría más de tres años. Ese nos vendría bien. Era un coche que no destacaba por nada. El aparcamiento era muy tranquilo, estaba como escondido. Me situé junto a la plaza que había al lado del Nissan y aparqué marcha atrás para dejar las puertas traseras pegadas a la pared.

—Que no se vea esa ventanilla rota —expliqué.

El muchacho no dijo nada. Me guardé ambos Colt en los bolsillos de la chaqueta y salí de la furgoneta. Probé a abrir las puertas del Maxima.

—A ver si encuentras alambre. No sé, como un cable grueso o una percha.

—¿Va a robar este coche?

Asentí. No dijo nada.

—¿Le parece una buena idea?

—Y a ti también te lo parecería si acabases de matar a un poli por accidente.

Pareció que el muchacho se quedaba en blanco unos instantes pero enseguida reaccionó y se puso a buscar alambre. Vacié las Anacondas y tiré los doce cartuchos usados en un contenedor de basura. El muchacho llegó casi con un metro de cable que había sacado de una papelera. Le quité el aislante

con los dientes y fabriqué un gancho en una punta que, después, metí por la goma de la ventanilla del Maxima.

—Vigila.

Se alejó un paso para vigilar si alguien entraba en el aparcamiento mientras yo intentaba pescar el seguro de la puerta del coche. Lo pesqué y lo levanté. Tiré el cable a la basura, abrí la puerta del coche y me agaché por debajo de la columna de dirección, a la que le quité el embellecedor de plástico. Rebusqué entre los cables hasta que di con los dos que necesitaba conectar para que el coche arrancara. El interruptor de encendido se quejó, pero puso en marcha el motor, que sonaba muy bien. El muchacho me miraba impresionado.

—Una juventud desperdiciada —le dije.

—¿De verdad le parece una buena idea? —insistió.

Asentí.

—Es lo más inteligente que podemos hacer. No van a echarlo de menos hasta las seis de la tarde, puede que hasta las ocho, cuando cierren las tiendas. Para entonces, ya estarás en casa desde hace tiempo.

Hizo una pausa con la mano en la puerta del copiloto. Una pausa durante la que debió de convencerse a sí mismo, porque se agachó y entró. Eché el asiento del conductor para atrás, ajusté los retrovisores y salí marcha atrás. Me lo tomé con calma mientras seguíamos en el aparcamiento. A unos cien metros de nosotros había un coche de policía que recorría muy despacio los aparcamientos del centro comercial. Aparqué en el primer hueco que encontré y me quedé en él, con el motor en marcha, hasta que el coche de policía desapareció de la vista. Entonces, avancé deprisa hacia la salida y recorrí el distribuidor de la autopista sin pararme; en cuestión de dos minutos, íbamos en dirección norte por una buena y amplia autopista a algo menos de cien kilómetros por hora. El coche olía mucho a perfume y había dos cajas de pañuelos de papel en él. En el parabrisas trasero había una especie de oso de peluche pegado con las ventosas de plástico transparente que tenía por zarpas. También había un guante de la Liga Juvenil en el asiento trasero y oía un bate de aluminio traqueteando en el maletero.

—Vaya, el taxi de mamá.

El muchacho no respondió.

—No te preocupes, que lo más probable es que esté asegurada. Probablemente es una ciudadana ejemplar.

—¿No se siente usted mal? Por lo del policía.

Lo miré. Era muy delgado y paliducho e iba pegado a la parte opuesta a mí, lo más alejado que podía. Llevaba el brazo apoyado en la puerta. Tenía los dedos tan largos que parecía pianista. Me daba la impresión de que intentaba empatizar conmigo, pero a mí me importaba muy poco caerle bien o mal.

—Cosas que pasan. Tampoco hay que volverse loco.

—Pero, bueno, ¿¡qué mierda de respuesta es esa!?

—La única que te puedo dar. Ha sido un daño colateral menor. No significa nada a menos que se nos vuelva en contra. No podemos cambiarlo, así que no dejemos que nos lastre.

No dijo nada.

—Además, ha sido culpa de tu padre —añadí.

—¿Por ser rico y haber tenido un hijo?

—Por contratar guardaespaldas de pacotilla.

El muchacho miró hacia otro lado. No dijo nada.

—Porque eran guardaespaldas, ¿no?

Asintió, pero no dijo nada.

—¿Y no te sientes tú mal por ellos?

—Un poco. No los conocía muy bien.

—Eran unos inútiles.

—Ha pasado todo tan rápido...

—Los malos estaban esperando fuera. ¿Una camioneta cochambrosa aparcada a las afueras de un pequeño campus universitario para ricos? ¿Qué guardaespaldas no se da cuenta de algo así? ¿Es que no habían oído hablar siquiera de la evaluación de amenazas?

—¿Usted se ha dado cuenta?

Asentí.

—Me he dado cuenta.

—No está mal para un conductor de furgonetas.

—Estuve en el ejército. Era policía militar. Entiendo bien la labor que han de desempeñar los guardaespaldas. Y entiendo de daños colaterales.

El muchacho asintió vacilante.

—Dígame, ¿ya puede decirme cómo se llama?

—Todavía no sé si debería decírtelo. Tendría que entender tu punto de vista. Podría estar metido en un lío muy gordo. He matado, por lo menos, a un policía y, ahora, además, he robado un coche.

Se quedó callado. Fui observándolo a medida que avanzábamos. Le di tiempo para pensar. Casi habíamos salido de Massachusetts.

—Mi familia, mi padre, aprecia la lealtad. Usted le ha hecho un favor a su hijo. Y a él, claro. Como poco, le ha ahorrado dinero. Le mostrará su agradecimiento. Lo último que haría sería delatarlo, estoy seguro.

—¿Deberías llamarle?

Negó con la cabeza.

—Me está esperando. Mientras llegue, no es necesario que le llame.

—Le llamará la policía. Seguro que consideran que estás en apuros.

—No tienen su número. Nadie lo tiene.

—La universidad tendrá tu dirección. Con la dirección, darán con su número.

Negó con la cabeza.

—La universidad no tiene mi dirección. Nadie la tiene. Somos muy cuidadosos en ese aspecto.

Me encogí de hombros y permanecí callado alrededor de kilómetro y medio más.

—¿Y tú? ¿Vas a entregarme tú?

Vi cómo se tocaba la oreja derecha. La que le quedaba. Me pareció evidente que era un gesto de lo más inconsciente.

—Me ha salvado el culo. No, no voy a entregarle.

—Vale. Me llamo Reacher.

Pasamos unos cuantos minutos atajando por un rincón de Vermont y, después, giramos hacia el noroeste por Nuevo Hampshire. Me preparé para un largo recorrido. La adrenalina empezaba a desaparecer y el muchacho empezaba a relajarse, por lo que ambos comenzamos a sentirnos sin fuerzas y somnolientos. Bajé la ventanilla para que entrara un poco de aire y saliera un poco de perfume. Aquello incrementó el ruido, pero el aire y el ruido me mantuvieron despierto. Hablamos. Richard Beck me contó que tenía veinte años. Estaba en su penúltimo año de carrera. Había elegido no sé qué de expresión de arte contemporáneo que a mí, a decir verdad, me sonó a pintar con el dedo. No se le daba bien relacionarse. Era hijo único. Se mostraba ambivalente hacia su familia. Por un lado, quería liberarse del clan y, por otro, necesitaba sentirse parte del mismo. Era evidente que estaba traumatizado por el primer secuestro. Y lo estaba hasta tal punto que pensé que le habían hecho algo más aparte de lo de la oreja. Algo mucho peor.

Le hablé del ejército. Le expliqué con pelos y señales lo cualificado que estaba para las labores de protección, para la tarea de guardaespaldas. Quería

que se sintiera seguro, al menos, durante el tiempo que estuviera conmigo. Seguí conduciendo rápido, sin altibajos. El Maxima tenía el depósito lleno, así que no tuvimos que parar para echar gasolina. El muchacho no tenía hambre. Paré en una ocasión para ir al servicio. Dejé el motor en marcha para no tener que trastear de nuevo con los cables de arranque. Cuando regresé al coche, el muchacho estaba inerte. Volvimos a la carretera, pasamos por Concord, Nuevo Hampshire, y luego nos dirigimos a Portland, Maine. El tiempo seguía su curso. A medida que nos acercábamos a su casa, el muchacho iba relajándose. Pero también iba volviéndose más callado. Ambivalencia.

Cruzamos la frontera del estado y, después, a unos treinta kilómetros de Portland, el muchacho se dio la vuelta para mirar por el parabrisas de atrás, cosa que hizo con atención, y me dijo que tomara la siguiente salida. Nos metimos en una carretera estrecha que iba en dirección este, hacia el Atlántico. Pasaba por debajo de la I-95 y, después, seguía unos veinticinco kilómetros por un cabo de granito en dirección al mar. Era uno de esos paisajes que son preciosos en verano, pero aún hacía frío y estaba todo crudo, sin hacer. Había árboles que las brisas saladas habían anquilosado y afloramientos rocosos limpios por efecto de vientos y tormentas. La carretera tenía tantas curvas que parecía que estuviera intentando lo imposible por no llegar al este. Divisé el océano. Era de color gris hierro. Dejábamos brazos de mar a derecha e izquierda. Había pequeñas playas de arena gruesa. Luego, la carretera giró a la izquierda y, de inmediato, a la derecha y fue elevándose hasta un cabo que tenía la forma de una mano extendida. La palma se fue estrechando hasta que se convirtió en un único dedo que apuntaba al mar. Estábamos en una península rocosa de unos cien metros de ancho y unos ochocientos de largo. El viento movía el coche. Conduje por la península y vi una fila de raquíticos árboles perennes que pretendían esconder un alto muro de granito, pero que ni tenían la altura suficiente ni eran lo bastante frondosos como para conseguirlo. El muro tendría unos dos metros y medio de altura, estaba coronado por rollos y rollos de alambre de espino y tenía instalados focos de seguridad en lo alto. Corría a lo largo de los cien metros de ancho que tenía el dedo que se adentraba en el mar y, en los lados, caía en bisel y se internaba unos metros en el océano, donde estaba construido con enormes bloques de piedra. Los bloques estaban cubiertos de algas. Justo en el centro, el muro tenía una verja de hierro. Estaba cerrada.

—Es aquí —anunció Richard Beck—. Aquí es donde vivo.

La carretera llegaba directa hasta la verja y, al otro lado, se convertía en un camino de entrada. Al final del camino había una casa de piedra gris. Estaba al final del dedo, junto al océano. Al otro lado del muro, pegada a él, junto a la verja, había una casita de una sola planta, con el mismo diseño que la casa del fondo y construida con la misma piedra, solo que mucho más pequeña. El propio muro conformaba una de las paredes de la casita. Reduje la velocidad y me detuve frente a la verja.

—Toque el claxon.

El Maxima tenía el símbolo resaltado de una trompeta en la tapa del airbag. Lo pulsé con un solo dedo y el claxon sonó discretamente. La cámara que había en la verja parpadeó y nos enfocó. Como si me mirase un pequeño ojo de cristal. Hubo una larga pausa y, entonces, la puerta de la casita se abrió. Por ella salió un hombre con un traje oscuro. Debió de comprar el traje en una de esas tiendas de tallas especiales, para gente muy alta, y debía de ser, de hecho, la talla más grande que tenían, y aun así, le quedaba justo de hombros y un poco corto de mangas. Era mucho más alto que yo, lo que, sin duda, hacía que entrara en la categoría de seres humanos monstruosos. Era un gigante. Se acercó a la verja y nos miró. Pasó un buen rato observándome a mí y muy poco tiempo mirando al muchacho. Luego, abrió la cerradura de la verja y tiró de ambas hojas.

—Conduzca hasta la casa —pidió Richard—. No se pare aquí. Este tipo no me gusta mucho.

Crucé la verja. No me detuve. Sin embargo, conduje despacio y fui fijándome en todo. Lo primero que has de hacer cuando entras en un sitio es averiguar la manera de salir de él. El muro penetraba en el agua por ambos lados, era demasiado alto para saltarlo y el alambre de espino que lo coronaba hacía que fuera imposible treparlo. Por detrás, había una zona de unos treinta metros limpia de maleza y árboles. Tierra de nadie. O un campo de minas. Los focos estaban dispuestos para iluminar esa zona. La única manera de salir de aquel lugar era por la verja. La misma verja que el gigante estaba ahora cerrando. El gigante que veía por el retrovisor.

El camino hasta la casa era largo. Océano gris por tres de los lados. La casa era antigua. Puede que la hubieran construido para algún capitán de barco de la época en que arponear ballenas te proporcionaba considerables fortunas. Era toda de piedra, con largas e intrincadas aristas, cornisas y detalles. La fachada norte estaba cubierta de líquenes; las demás, tenían zonas verdes aquí y allí. Era una estructura de tres plantas. Con una decena de chimeneas. La línea del tejado era muy complicada. Había gabletes por todos

lados, con cortos canalones aquí y allí que desembocaban en gruesos canalones de hierro por los que se desaguaba el tejado cuando llovía. La puerta principal era de roble y tenía bandas y tachones de hierro. Al final, el camino de entrada se ensanchaba hasta convertirse en una plaza para carruajes. Lo seguí en el sentido contrario a las agujas del reloj y me detuve justo delante de la puerta principal. La puerta principal la abrió otro tipo con traje oscuro. Era de mi altura, y mucho más bajo que el de la casita de la entrada. En cualquier caso, tampoco me gustó. Su rostro era inexpresivo. Abrió la puerta del copiloto del Máxima como si nos hubiera estado esperando: el gigante de la entrada debía de haberlo llamado.

—¿Me espera aquí? —me dijo Richard.

Salió del coche y entró en la casa penumbrosa, y el tipo del traje oscuro cerró la puerta de roble desde fuera y se quedó vigilando delante de ella, como un guardaespaldas. No me miraba directamente, pero no me cabía duda de que me tenía en su visión periférica. Desconecté los cables del arranque para apagar el motor y esperé.

Fue una espera bastante larga. De unos cuarenta minutos, diría yo. Sin el motor en marcha, el coche empezó a enfriarse. La brisa marina que se arremolinaba alrededor de la casa lo balanceaba con suavidad. Yo miraba hacia delante, por el parabrisas. Estaba aparcado en dirección noreste. El aire era fresco y cristalino. Alcanzaba a ver la costa curvándose desde la izquierda. Una ligera mancha marrón se dibujaba a unos treinta kilómetros. Lo más probable es que fuera polución que provenía de Portland. La ciudad quedaba oculta detrás de un cabo.

La puerta de roble volvió a abrirse y el guardaespaldas dio un ágil paso hacia un lado para permitirle el paso a una mujer. Era la madre de Richard Beck, no me cabía duda. No me cabía ninguna duda. El mismo cuerpo delgado. La misma cara pálida. Los mismos dedos largos. Llevaba vaqueros y un grueso jersey de lana. El viento la despeinó. La mujer rondaría los cincuenta años. Tenía cara de cansada. Se detuvo a unos dos metros del coche, como si me diera la oportunidad de que sería más educado que saliera del Maxima y nos encontráramos a medio camino. Así que abrí la puerta y salí del coche. Estaba un poco rígido y tenía calambres. Rodeé el capó y ella tendió la mano. Se la di. La tenía muy fría y llena de huesos y tendones.

—Mi hijo me ha explicado lo que ha sucedido. —Hablaba muy bajo con una voz un poco ronca, como si fumara mucho o como si hubiera estado llorando con todas sus fuerzas—. No tengo palabras para expresarle lo agradecida que le estoy por su ayuda.

—¿Está bien Richard?

La mujer esbozó una mueca, como si no estuviera segura.

—Está echado.

Asentí. Le solté la mano, que dejó caer a un lado. Nos quedamos en silencio. Fue un momento incómodo.

—Soy Elizabeth Beck.

—Jack Reacher.

—Mi hijo me ha explicado el apuro en el que se encuentra —continuó.

«Apuro» era una agradable palabra neutral. No dije nada.

—Mi esposo llegará a casa por la noche. Él sabrá qué hacer.

Asentí. Se produjo otro momento incómodo. Esperé.

—¿Quiere pasar?

Se dio la vuelta y fue hacia la casa. La seguí. Crucé la puerta por detrás de ella y oí un «¡bip!». Miré a los lados y vi un detector de metales instalado justo junto a la jamba.

—¿Le importa? —me preguntó la mujer, que me hizo un gesto como de disculpa. Luego, le hizo otro gesto al guardaespaldas.

El hombre dio un paso adelante, dispuesto a cachearme.

—Dos revólveres. Descargados. En los bolsillos del abrigo.

Los sacó con tal facilidad que me quedó claro que había cacheado a muchas personas. Dejó las armas sobre una mesa auxiliar, se agachó y me cacheó las piernas, se puso de pie e hizo lo mismo con la cintura, el pecho y la espalda. Fue concienzudo y poco amable.

—Lo siento —se disculpó Elizabeth Beck.

El del traje dio un paso atrás y volvió a producirse un silencio incómodo.

—¿Necesita algo? —me preguntó ella.

Se me ocurrían muchas cosas que necesitaba, pero negué con la cabeza.

—Estoy cansado —dije—. Ha sido un día largo. Me vendría bien echar una cabezada.

La mujer esbozó una ligera sonrisa, como si se sintiera satisfecha, como si tener a su propio asesino de policías durmiendo en casa la liberara de una presión social.

—Por supuesto. Duke le llevará a una habitación.

Me miró durante un segundo más. Por debajo de tanto cansancio y palidez había una mujer atractiva. Tenía el rostro bonito y buena piel. Seguro que hacía treinta años había tenido que alejar a los pretendientes con un palo. Se dio media vuelta y desapareció en las profundidades de la casa. Me volví hacia el guardaespaldas. Di por hecho que Duke era él.

—¿Cuándo recuperaré los revólveres?

No respondió. Se limitó a señalarme la escalera y a seguirme por ella. Una vez arriba, me señaló otra escalera y subimos al último piso. Me llevó hasta una puerta y la abrió. Entré. Se trataba de una habitación sencilla con paneles de roble. Los muebles eran de esos grandes y antiguos. Una cama, un armario, una mesa, una silla. En el suelo había una alfombra persa. Era delgada y estaba deshilachada. Quizá fuera una pieza de valor incalculable. Duke entró en la habitación, pasó por mi lado, por encima de la alfombra, y me enseñó dónde estaba el cuarto de baño. Se comportaba como el botones de un hotel. Volvió a pasar por mi lado camino de la puerta.

—La cena es a las ocho —dijo. Y nada más.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Aunque no oí nada, cuando giré el pomo comprobé que la había cerrado con llave. Por dentro no había cerradura. Me acerqué a la ventana y miré el paisaje. Estaba en la parte de atrás de la casa, por lo que lo único que veía era océano. La ventana estaba orientada al este, así que entre Europa y yo no había nada. Miré hacia abajo. A unos quince metros había rocas en las que rompían olas espumosas. Me dio la sensación de que estaba subiendo la marea.

Volví a la puerta, pegué la oreja a la hoja y escuché con atención. No se oía nada. Estudié el techo, las cornisas y los muebles con sumo cuidado, centímetro a centímetro. No había nada. No había cámaras. Los micrófonos me daban igual, porque no iba a hacer ningún ruido. Me senté en la cama y me quité el zapato derecho. Le di la vuelta y, con las uñas, saqué el alfiler que había clavado en la suela. Giré la tapa de goma como si fuera una puertecita, le di la vuelta al zapato y lo sacudí. Sobre la cama cayó un pequeño rectángulo de plástico negro que rebotó una vez. Era un emisor de correos electrónicos inalámbrico. Nada sofisticado. Un aparato que podía comprarse en cualquier tienda de electrónica, solo que estaba reprogramado para enviar los mensajes a una sola dirección. Tenía el tamaño de un busca, con un pequeño teclado con teclas diminutas. Encendí el emisor y escribí un mensaje corto. Luego, presioné enviar.

En el mensaje ponía: «Estoy dentro».

Lo cierto es que, para entonces, llevaba dentro once días, desde una estrellada y húmeda noche de sábado en la ciudad de Boston, cuando vi un cadáver viviente que caminaba por la acera y entraba en un coche. No había sido una ilusión. No era un parecido sorprendente. No era un doble ni un gemelo, un hermano o un primo. Era un hombre que había muerto hacía una década. No me cabía la más mínima duda. No era un engaño producido por la luz. Sí que parecía más viejo, diez años exactamente, pero tenía las cicatrices de las heridas que lo habían matado.

Yo iba por Huntington Avenue y me faltaba algo más de kilómetro y medio para llegar a un bar del que había oído hablar. Era tarde. Del Symphony Hall empezaba a salir el público justo en aquel momento. Soy demasiado tozudo para cruzar la calle y evitar a la multitud, así que me abrí paso entre ella. Era una masa de personas bien vestidas y perfumadas, la mayoría de edad avanzada. En la acera había coches y taxis aparcados en doble fila. Los vehículos tenían el motor en marcha y los limpiaparabrisas se movían a derecha e izquierda a diferentes intervalos. Vi al tipo salir por las puertas del recibidor, a mi izquierda. Vestía un grueso abrigo de cachemira, guantes y un pañuelo. Era calvo. Tendría unos cincuenta años. Casi nos chocamos. Me detuve. Se detuvo. Me miró. De pronto, estábamos inmersos en una de esas situaciones que se dan cuando la acera está abarrotada. Y ambos dudamos. Ambos nos pusimos a caminar al mismo tiempo. Y nos detuvimos de nuevo. Al principio, me pareció que no me reconocía. Entonces, vi una sombra en su rostro. No concluyente. Me retiré un paso y él siguió su camino y subió al asiento trasero de un Cadillac DeVille negro que le esperaba junto a la acera. Me quedé parado, observando cómo el conductor se incorporaba al tráfico. Oí el siseo de las ruedas sobre el pavimento mojado.

Me fijé en el número de matrícula. No estaba asustado. No estaba cuestionándome nada. Estaba dispuesto a creer lo que acababa de ver con mis propios ojos. Diez años de historia acababan de irse por el retrete.

«El tipo está vivo».

Y, claro, aquello me suponía un gran problema.

Aquel había sido el primer día. Me olvidé del bar. Volví al hotel y empecé a llamar a números que casi había olvidado, números de cuando estaba en la Policía Militar. Tenía que hablar con alguien a quien conociera y en quien confiara, pero hacía seis años que no estaba en el ejército y era sábado por la noche, así que la probabilidad era difícil. Al final, me conformé con alguien que hubiera oído hablar de mí, que era algo que podía afectar al resultado final. O no. Se trataba de un suboficial apellidado Powell.

—Necesito que rastree una matrícula civil. Es un favor.

Como había oído hablar de mí, no me empezó con eso de que no podía hacerlo. Le di los detalles. Le dije que estaba casi seguro de que era un registro privado, no un coche alquilado. Se quedó con mi número y prometió que me llamaría por la mañana. Ese iba a ser el segundo día.

No me devolvió la llamada, sino que me vendió. Supongo que, en esas circunstancias, cualquiera lo habría hecho. El día dos era domingo y me desperté pronto. Pedí el desayuno al servicio de habitaciones y me quedé sentado, esperando la llamada telefónica. En cambio, fue a la puerta adonde llamaron. Poco después de las diez. Observé por la mirilla y vi a dos personas tan juntas que era obvio que querían que las viera bien por la lente. Un hombre y una mujer. Americanas oscuras. Sin abrigos. El hombre llevaba un maletín. Ambos me mostraban una especie de identificación oficial de manera que la luz del pasillo la iluminara.

—Agentes federales —dijo el hombre, pero no muy alto, sino a un volumen suficiente como para que lo oyera desde mi lado de la puerta.

En una situación así, no sirve de nada fingir que no estás. En numerosas ocasiones había sido yo uno de los dos que estaban en el pasillo. Uno se queda delante de la puerta y el otro va a recepción para que le den una llave. Así que abrí la puerta, me aparté y les dejé entrar.

Durante un momento, se mostraron muy cautos. Se relajaron en cuanto comprobaron que no iba armado y que no tenía cara de loco. Me tendieron sus identificaciones y esperaron a mi lado, un poco incómodos mientras yo las revisaba. En la parte de arriba ponía: DEPARTAMENTO DE JUSTICIA DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, en la de abajo: ADMINISTRACIÓN PARA EL CONTROL DE DROGAS. La DEA, vamos. En el centro había todo tipo de sellos y firmas y

marcas de agua. También había fotografías y nombres. Él se llamaba Steven Eliot, una sola ele, como el poeta.

«Abril es el mes más cruel».

No me cabía duda. El tipo se parecía mucho al de la foto. Steven Eliot debía de andar entre los treinta y los cuarenta, era regordete, tenía la piel oscura, estaba quedándose calvo y su sonrisa resultaba agradable en la identificación y muy agradable en persona. Ella se llamaba Susan Duffy. Susan Duffy era un poco más joven que Steven Eliot. También era un poco más alta. Tenía la piel blanca, era esbelta y muy atractiva, y se había cambiado el corte de pelo desde que se hiciera la fotografía para la identificación.

—Adelante —dije—. Inspeccionen la habitación. Hace mucho tiempo que no tengo nada que merezca la pena esconder.

Les devolví las identificaciones y ellos las guardaron en el bolsillo interior de sus chaquetas. Mientras lo hacían, se aseguraron de que viera que iban armados. Llevaban pistoleras de hombro bien ajustadas. Reconocí la culata acanalada de una Glock 17 debajo del sobaco de Eliot. Duffy llevaba una 19, que es lo mismo, solo que un poco más pequeña. La llevaba apretada contra el pecho derecho. Debía de ser zurda.

—No queremos registrar la habitación —dijo ella.

—Lo que queremos es hablar de una matrícula —aclaró Eliot.

—No tengo coche.

Estábamos de pie en un claro triángulo justo detrás de la puerta. Eliot aún llevaba el maletín en la mano. Intenté determinar quién de los dos sería el jefe. Puede que ninguno de los dos lo fuera. Puede que tuvieran el mismo rango. Y ambos parecían bastante experimentados. Iban bien vestidos, pero daba la sensación de que estaban un poco cansados. Puede que hubieran trabajado gran parte de la noche y que hubieran tenido que coger un vuelo para llegar hasta aquí. Desde Washington D. C., lo más probable.

—¿Podemos sentarnos? —me preguntó ella.

—Por supuesto.

Ahora bien, que tres personas se sentaran en una habitación de hotel barato era algo curioso, porque solo había una silla. Una silla que estaba metida debajo del estrecho escritorio que había entre la pared y el mueble de la televisión. Duffy la sacó y le dio la vuelta, de manera que quedó de cara a la cama. Yo me senté en la cama, cerca de las almohadas. Eliot se sentó a los pies de la cama y dejó el maletín sobre la colcha. Seguía sonriéndome y seguía pareciéndome una sonrisa sincera. Duffy tenía un aspecto genial

sentada en aquella silla, que tenía la altura idónea para ella. Llevaba una falda corta y medias oscuras que se habían hecho más claras a la altura de las rodillas.

—Es usted Reacher, ¿verdad? —me preguntó él.

Aparté la mirada de las piernas de Duffy y asentí. Supuse que no pasaba nada porque les confirmara aquel dato.

—La habitación está registrada a nombre de un tal Calhoun, pagada en metálico y reservada para una sola noche.

—Es un hábito —respondí.

—¿Se marcha hoy?

—Me organizo la vida día a día.

—¿Quién es Calhoun?

—El vicepresidente de John Quincy Adams. Me parecía adecuado para este sitio. Además, ya he utilizado todos los presidentes. Ahora, me tocan los vicepresidentes. Calhoun era atípico. Renunció a postularse para el Senado.

—¿Lo consiguió?

—No lo sé.

—¿A qué viene lo de los nombres falsos?

—Es un hábito —repetí.

Susan Duffy no dejaba de mirarme, pero no como si estuviera loco, sino como si le suscitara algún interés. Es posible que lo considerase una valiosa técnica de interrogación. Cuando yo interrogaba a la gente, hacía lo mismo. El noventa por ciento de hacer preguntas consiste en escuchar las respuestas.

—Hemos hablado con un policía militar apellidado Powell —me dijo ella—. Le pidió usted que localizara una matrícula.

Tenía la voz grave, cálida y un poco ronca. No dije nada.

—Tenemos alertas programadas en los ordenadores para esa matrícula. En cuanto Powell empezó con sus pesquisas, nos enteramos. Le llamamos y le preguntamos a qué venía su interés. Nos dijo que era usted quien tenía interés.

—Espero que lo hiciera a regañadientes.

Duffy sonrió.

—Reaccionó lo bastante rápido como para darnos un teléfono falso, así que no tiene que preocuparse por la lealtad de alguien de su vieja unidad.

—Ya, pero, al final, les dio el bueno.

—Tuvimos que amenazarle.

—En ese caso, la Policía Militar ha cambiado desde que formaba parte de ella.

—Esto es importante para nosotros —comentó Eliot—, y se dio cuenta.

—Así que, ahora, usted es importante para nosotros.

Miré en otra dirección. Tengo mucha experiencia en asuntos como este, pero, aun así, el sonido de su voz diciendo aquellas palabras hizo que me estremeciera un poco. Empecé a pensar que quizá ella fuera la jefa. Y una interrogadora de la hostia.

—Un civil llama pidiendo información de una matrícula. ¿Por qué iba a hacer algo así? —quiso saber Eliot—. Puede que hubiera tenido un roce con el coche de la matrícula. Puede que el coche se diera a la fuga. Aunque, claro, en ese caso, ¿no sería más lógico ir a la policía? Además, ya nos ha dicho usted que no tiene coche.

—Así que quizá viera a alguien en el coche —dijo Duffy.

La mujer dejó que la frase me calara. Estaba atrapado en un callejón. Si el del coche era mi amigo, lo más probable era que ella fuera mi enemiga. Si la persona del coche era mi enemiga, ella estaba dispuesta a ser mi amiga.

—¿Han desayunado?

—Sí —me respondió ella.

—Yo también —dije.

—Lo sabemos. —Ella de nuevo—. Ha pedido el desayuno al servicio de habitaciones. Un montoncito de tortitas con un huevo estrellado encima. Una jarra de café solo. Lo ha pedido para las ocho menos cuarto y se lo han servido a las siete y cuarenta y cuatro, ha pagado usted en metálico y le ha dado al camarero una propina de tres pavos.

—¿Y lo he disfrutado?

—Se lo ha comido.

Eliot abrió las cerraduras del maletín, que dieron un chasquido, y levantó la tapa. Sacó un montón de papeles cogidos con una goma. Parecían nuevos, pero lo que había escrito en ellos estaba borroso. Eran fotocopias de faxes que, probablemente, hubieran hecho aquella misma noche.

—Es su hoja de servicios —comentó Eliot.

Vi fotografías en el maletín. Fotografías brillantes en blanco y negro, de veinte por veinticinco. Debían de ser de alguna vigilancia.

—Fue usted policía militar durante trece años —continuó diciendo Eliot—. Su ascenso de teniente segundo a comandante fue rapidísimo. Menciones y medallas. Les gustaba usted. Era usted bueno. Muy bueno.

—Gracias.

—De hecho, era mejor que muy bueno. En muchas ocasiones era usted la persona de referencia.

—Puede ser, sí.

—Pero lo dejaron marchar.

—Me refaron.

—¿Cómo dice? —me preguntó Duffy.

—RF. Reducción de Fuerzas. Al ejército le encantan los acrónimos. Acabó la Guerra Fría, se recortó el gasto militar, el ejército se hizo más pequeño y ya no necesitaban tantas personas de referencia.

—Pero el ejército sigue existiendo —comentó Eliot—. No se deshicieron de todos.

—No.

—Entonces ¿por qué se deshicieron de usted?

—No lo entenderían.

No quiso ponerme a prueba.

—Podría usted ayudarnos —me dijo Duffy—. ¿A quién vio en el coche?

No respondí.

—¿Había drogas en el ejército? —me preguntó Eliot.

Sonreí.

—Al ejército le encantan las drogas. Desde siempre. Morfina. Bencedrina. El éxtasis lo inventó el ejército alemán. Era un supresor del apetito. EL LSD lo inventó la CIA y lo probó en el Ejército de Estados Unidos. Los ejércitos marchan con lo que les meten en vena.

—¿Drogas recreativas?

—La edad media de reclutamiento es de dieciocho años. ¿A ustedes qué les parece?

—¿Era un problema?

—No lo considerábamos un problema, no. Algún soldado raso sale de permiso, se fuma un par de porros en la habitación de su novia. No nos importaba. Preferíamos verlos bajo los efectos de un par de porros que de seis cervezas. Cuando no estaban bajo nuestra custodia, era mejor verlos dóciles que agresivos.

Duffy miró a Eliot, y Eliot se valió de las uñas para sacar las fotografías del maletín. Me las entregó. Eran cuatro instantáneas. Todas ellas con bastante trama y un poco borrosas. En las cuatro aparecía el mismo Cadillac DeVille que había visto la noche anterior. Lo reconocí por la matrícula. Estaba en una especie de garaje. Junto al maletero había dos tipos. En dos de las fotos, el maletero estaba cerrado. En las otras dos, abierto. Ambos tipos miraban algo que había dentro del maletero. Era imposible saber de qué se trataba. Uno de los tipos era un pandillero hispano. El otro era un hombre de más edad y con traje. No lo conocía.

Duffy debía de haber estado fijándose en mi rostro.

—¿No es la persona que usted vio?

—Yo no he dicho que viera a nadie.

—El hispano es un importante traficante de drogas —comentó Eliot—. De hecho, es el más importante en casi todo el condado de Los Ángeles. No podemos demostrarlo, claro, pero lo sabemos todo de él. Creemos que sus beneficios andan en torno al millón de dólares semanal. Vive como un emperador, pero, en cambio, vino hasta aquí, a Portland, Maine, para encontrarse con este otro tipo.

Toqué una de las fotografías.

—¿Esto es Portland, Maine?

Duffy asintió.

—Un garaje del centro. De hace unas nueve semanas. Yo misma tomé las fotografías.

—¿Y quién es el otro tipo?

—No estamos seguros. Como es evidente, hemos investigado la matrícula del Cadillac. El coche está registrado a nombre de una empresa llamada Bizarre Bazaar, que tiene la oficina principal en Portland, Maine. Por lo que sabemos, la empresa la montó un comerciante que tenía un negocio de importación y exportación un poco hippy con Oriente Medio. Ahora, se ha especializado en importar alfombras persas. Por lo que sabemos, el dueño es un tal Zachary Beck. Damos por hecho que el hombre de las fotografías es él.

—Y que el hispano de Los Ángeles esté dispuesto a volar hasta el este para encontrarse con él, convierte al tal Beck en alguien muy gordo —añadió Eliot—. Tiene que estar un par de escalones por encima. Y, si alguien está un par de escalones por encima del tipo de Los Ángeles, es porque está en la estratosfera, se lo aseguro. Así que Zachary Beck es uno de los peces más gordos y está jugando con nosotros. Importador de alfombras, importador de drogas. Hasta parece un eslogan.

—Lo siento, pero no lo había visto en la vida.

—No, no lo sienta —me dijo Duffy, que se inclinó hacia delante en la silla—. Para nosotros, es mejor que no fuera a Beck a quien vio. A él ya lo conocemos. Nos es de mayor utilidad que viera usted a alguno de sus socios. Ellos podrían ser la manera de llegar a él.

—¿Acaso no pueden atraparlo a él directamente?

Se hizo un silencio corto. Me pareció que había algo de lo que se avergonzaban.

—Tenemos problemas —me explicó Eliot.

—Sospecho que tienen una causa sólida contra el tipo de Los Ángeles y, además, tienen fotografías en las que está junto con el tal Beck.

—Las fotografías están contaminadas —soltó Duffy—. Cometí un error. Más silencio.

—El garaje es una propiedad privada. Está en el sótano de un edificio de oficinas. No tenía orden judicial. La Cuarta Enmienda hace que las fotografías sean inadmisibles.

—¿Y no pueden mentir? Digan que estaban fuera del garaje.

—La disposición del mismo hace que resulte imposible. El abogado de la defensa se daría cuenta de inmediato y nos dejaría sin caso.

—Por eso tenemos que saber a quién vio usted —dijo Eliot.

No respondí.

—De verdad, necesitamos saberlo —insistió Duffy con esa voz suave que hace que los hombres queramos saltar desde lo alto de un rascacielos. Aunque era una voz sin artificio. Sin pretensiones. La mujer no era consciente de lo bien que sonaba.

«De verdad necesita saberlo».

—¿Por qué? —les pregunté.

—Porque tengo que arreglar este desaguisado.

—Todos cometemos errores.

—Enviamos a una agente a por Beck. Una agente infiltrada. Desapareció. Silencio.

—¿Cuándo?

—Hace siete semanas.

—¿La han buscado?

—No sabemos por dónde empezar. No sabemos por dónde se mueve Beck. Ni siquiera sabemos dónde vive. No tiene ninguna propiedad registrada a su nombre. Su casa debe de pertenecer a una empresa fantasma. Es una aguja en un pajar.

—¿No le han seguido?

—Lo hemos intentado. Tiene guardaespaldas y conductores. Son muy buenos.

—¿¡Para la DEA!?

—Para nosotros. Estamos solos. En cuanto la cagué, el Departamento de Justicia se negó a seguir con la operación.

—¿¡Aunque haya una agente desaparecida!?

—No saben que hay una agente desaparecida. La infiltramos después de que nos cerraran el grifo. No está en los registros.

Me quedé mirándola.

—Nada de esto está en los registros.

—En ese caso, ¿cómo es que están trabajando en ello?

—Soy jefa de equipo. No hay nadie que supervise mi trabajo cotidianamente. Creen que trabajo en otro caso, pero no es así. Estoy trabajando en esto.

—Así que nadie sabe que la agente ha desaparecido.

—Solo mi equipo. Somos siete. Y, ahora, usted.

No dije nada.

—Hemos venido directos. Tenemos que solucionar esto. ¿Por qué, si no, íbamos a volar aquí en domingo?

Se produjo un silencio en la habitación. Miré a Eliot y a continuación volví a mirarla a ella. Me necesitaban. Y yo los necesitaba a ellos. Y me habían caído bien. Muy bien. Eran honestos. Agradables. Me recordaban a los mejores compañeros que había tenido en el ejército.

—Les ayudaré, pero quiero información a cambio de la que yo les consiga. A ver qué tal nos llevamos. Empecemos por eso y ya iremos viendo.

—¿Cuál es esa información que usted quiere?

Les dije que quería los informes médicos de hacía diez años de una población llamada Eureka, en California. Les expliqué qué era lo que tenían que buscar. Les aseguré que permanecería en Boston hasta que volvieran a buscarme. Les pedí que no escribieran nada. Luego, se fueron y así acabó el segundo día. El tercer día no sucedió nada. Ni el cuarto. Esperé. Concluí que Boston no estaba mal para pasar un par de días. Como suelo decir: una ciudad cuarenta y ocho. Ciudades que empiezan a volverse aburridas al pasar más de cuarenta y ocho horas en ellas. Aunque, claro, la mayoría de los sitios son así para mí. Soy inquieto. Teniendo eso en cuenta, cuando empezó el quinto día ya estaba que me subía por las paredes. Pensaba que se habían olvidado de mí. Estaba dispuesto a considerar que habíamos quedado en tablas y a echarme a la carretera de nuevo. A Miami, quizá. Allí abajo haría mucho más calor. Sin embargo, el teléfono sonó a última hora de la mañana. Era la voz de ella. Me alegré de escucharla.

—Vamos de camino. Nos encontraremos junto a esa enorme estatua ecuestre de quienquiera que sea ese tipo, esa que está en Freedom Trail. A las tres en punto.

No es que hubiera sido una descripción muy precisa, pero sabía a lo que se refería. Se trataba de una estatua que había en la zona norte, cerca de una iglesia. Aunque estábamos en primavera, hacía demasiado frío para que la gente pasara por allí. Aun así, llegué temprano. Me senté en un banco junto a una anciana que daba de comer a los gorriones y a las palomas con migas de pan duro. La anciana me miró y se cambió de banco. Los pájaros se arremolinaron de nuevo alrededor de sus pies y volvieron a picotear el suelo. El pálido sol se enfrentaba a las nubes en el cielo. El del caballo era Paul Revere.

Duffy y Eliot aparecieron puntuales. Ambos llevaban gabardinas negras llenas de cintos, hebillas y cinturones. Lo mismo habría sido que llevaran al cuello un cartel en el que pusiera AGENTES FEDERALES DE WASHINGTON D. C. Se sentaron, Duffy a mi izquierda y Eliot a mi derecha. Yo me recliné y ellos se adelantaron y apoyaron los codos en las rodillas.

—Los paramédicos pescaron a un tipo en las olas del Pacífico —me explicó Duffy—. Hace diez años, al sur de Eureka, California. Blanco, de unos cuarenta años. Le habían disparado dos veces en la cabeza y una en el pecho. Un calibre pequeño, un 22, lo más probable. A su entender, después, lo habían lanzado al océano por un acantilado.

—¿Estaba vivo cuando lo sacaron?

Aunque hice la pregunta, ya sabía la respuesta.

—Se moría. Tenía una bala alojada en el corazón y el cráneo quebrado. Se había roto un brazo, ambas piernas y la pelvis por la caída. Y estaba medio ahogado. Lo tuvieron quince horas en la mesa de operaciones. En cuidados intensivos pasó un mes y otros seis recuperándose en el hospital.

—¿Lo identificaron?

—No llevaba nada encima. En los informes quedó registrado como «Desconocido».

—¿Intentaron identificarlo?

—No encontraron huellas dactilares que coincidieran con las suyas. No aparecía en ninguna lista de personas desaparecidas. Nadie lo reclamó.

Asentí.

«Los ordenadores de huellas solo te dicen lo que les has dicho que te digan».

—¿Y luego?

—Se recuperó. Habían pasado seis meses. Estaban planteándose qué hacer con él cuando, de pronto, desapareció. No volvieron a verlo.

—¿No les dijo nada sobre su identidad?

—Le diagnosticaron amnesia, sin duda debida a los traumatismos. Desde luego, es casi inevitable que no la padeciera. Dieron por supuesto que no debía de recordar nada del incidente ni de un par de días antes del mismo. Sin embargo, llegaron a la conclusión de que era capaz de recordar situaciones anteriores, pero que les mentía al decirles que no era así. Su expediente es muy extenso. Psiquiatras y todo. Lo evaluaban cada poco tiempo. Siempre se mantuvo firme. Nunca dijo ni una palabra acerca de sí mismo.

—¿Qué tal era su estado físico cuando se marchó?

—Bastante bueno. Tenía grandes cicatrices por las heridas de bala, pero nada más.

—De acuerdo.

Eché la cabeza hacia atrás y miré al cielo.

—¿Quién era?

—¿Ustedes qué creen?

—¿Con disparos de un calibre pequeño en el corazón y en la cabeza? —comentó Eliot—. ¿Alguien a quien tiraron al océano? Crimen organizado. Un asesinato. Se encargó de él un sicario.

No dije nada. Seguí mirando al cielo.

—¿Quién era? —insistió Duffy.

Seguí mirando al cielo y me retrotraje diez años, navegando por el tiempo, hasta un mundo del todo diferente.

—¿Saben algo de tanques?

—¿De tanques militares? ¿De los que tienen orugas y cañones? No mucho.

—No tienen ningún misterio. Es decir, quieres que sean rápidos, que sean fiables, no pones objeciones a que gasten menos combustible. Ahora bien, si ustedes tuvieran un tanque y yo tuviera otro, ¿qué es lo único que me interesaría?

—¿Qué?

—Alcanzarles antes de que ustedes me alcanzaran a mí. Eso es lo que de verdad me interesaría. Si estamos a kilómetro y medio, ¿los alcanzaré con mi cañón? ¿O me alcanzará el suyo?

—¿Y qué?

—A ver, de acuerdo con las leyes físicas, la respuesta es que, si yo puedo darles a ustedes a kilómetro y medio, ustedes a mí también. Así que la cosa tiene que ver con la munición. Si me alejo doscientos metros para que su proyectil rebote en mi blindaje cuando me alcance, ¿seré capaz de desarrollar un proyectil que no rebote cuando les alcance a ustedes? De eso van los

tanques. El tipo que encontraron en el mar era un oficial de Inteligencia militar que había estado chantajeando a un especialista en armas del ejército.

—¿Y por qué estaba en el océano?

—¿Vieron ustedes la Guerra del Golfo por televisión?

—Yo sí —respondió Eliot.

—Olvídense de las bombas inteligentes —les dije—. La verdadera estrella del espectáculo era el tanque de batalla M1A1 Abrams. Ganó por unos cuatrocientos a cero a los iraquíes, a pesar de que estos estaban utilizando los mejores tanques que podían dejarles. Sin embargo, eso de que la guerra se televisara significaba que le habíamos enseñado las cartas a todo el mundo, por lo que teníamos que inventar algo nuevo para la próxima vez. Así que se pusieron a ello.

—¿Y? —me preguntó Duffy.

—Si quiere usted que un proyectil vuele más lejos y golpee con más fuerza, puede llenarlo con más propulsor. O hacerlo más ligero. O ambas cosas. Porque, claro, si incluye usted más propulsor, tendrá que hacer algo radical en otra parte del proyectil para que sea más ligero. Y eso es lo que hicieron: le quitaron carga explosiva. Aunque suena raro, ¿no les parece? Porque, en ese caso, ¿qué va a hacer el proyectil? ¿Un golpe metálico contra el objetivo y rebotar? La cuestión es que le cambiaron la forma. Se inventaron ese proyectil que parece un dardo de jardín gigante. Le pusieron aletas estabilizadoras. Está hecho de tungsteno y uranio empobrecido, los metales más densos que hay. Vuela muy rápido y muy lejos. Lo llamaron «penetrador de larga distancia».

Duffy me miró con los párpados entrecerrados y con una sonrisa. Se había ruborizado. Le devolví la sonrisa.

—Bueno, le cambiaron el nombre —les expliqué—. Ahora se llama PCBCDAE. Ya les he dicho que al ejército le encantan los acrónimos. Perforador Cinético de Blindaje con Casquillo Desechable y Aletas Estabilizadoras. Como quien dice, lo propulsa su propio motorcillo. Impacta contra el tanque enemigo con una tremenda energía cinética. La energía cinética se transforma en energía térmica, tal y como nos enseñaron en las clases de física del instituto. El proyectil se abre paso en un segundo fundiéndolo todo a su alrededor y llena el interior del tanque enemigo con una rociada de metal fundido, lo que mata a los tanquistas y hace que todo lo explosivo o inflamable salte por los aires. Es un gran truco. Además, de una u otra manera, cada vez que disparas, marcas, porque, si el blindaje enemigo es demasiado grueso como para traspasarlo o si has disparado desde demasiado

lejos, el proyectil se queda enganchado como un dardo y desconcha el blindaje, lo que significa que fragmenta la primera capa del mismo y que empieza a lanzar trozos de metal ardiente por todo el habitáculo como si se tratara de una granada de mano. La tripulación del tanque sale a todo correr, como ranas de una licuadora. Fue una novedad brillante.

—¿Y qué tiene esto que ver con el tipo del océano?

—Consiguió que el científico al que estaba chantajeando le diera los planos del proyecto. Hoja a hoja, durante un largo periodo de tiempo. Lo estábamos vigilando. Sabíamos qué estaba haciendo. Pretendía vendérselo a la Inteligencia iraquí. Los iraquíes querían igualar la próxima contienda pero, claro, el Ejército de Estados Unidos no tenía ningún interés en que así fuera.

Eliot se me quedó mirando.

—¿Y mataron ustedes al tipo?

Negué con la cabeza.

—Enviamos a un par de policías militares para que lo detuvieran. Ese es el procedimiento estándar. Nosotros lo hacemos todo legal y a la vista, se lo aseguro. La cuestión es que la cosa salió mal. El tipo se escapó. Iba a desaparecer y el ejército estadounidense no quería que así fuera... bajo ningún concepto.

—¿Y fue entonces cuando intentaron matarlo?

Volví a mirar al cielo. No respondí.

—Ese no era el procedimiento estándar, ¿no es así? —se respondió el propio Eliot.

No respondí.

—Lo hicieron sin que estuviera en los registros, ¿no es así? —insistió.

Seguí sin decir nada.

—Pero no murió —dijo Duffy—. ¿Cómo se llamaba?

—Quinn. Resultó ser el cabronazo más grande que me había echado a la cara.

—¿Y lo vio usted en el coche de Beck el sábado?

Asentí.

—Salía del Symphony Hall. Se subió al Cadillac, en el que lo esperaba un chófer, y desapareció.

Les di cuantos detalles conocía pero, a medida que hablábamos, los tres sabíamos que aquella información era inútil. Era inconcebible que Quinn estuviera utilizando su antigua identidad. Por tanto, lo único que podía

ofrecerles era una descripción física de un hombre blanco de unos cincuenta años que, de no ser por las aparatosas cicatrices que le habían dejado las heridas de bala de la 22 en la frente, parecía una persona de lo más normal. Era mejor que nada, sí, pero tampoco los llevaría a ningún lado.

—¿Por qué no lo encontraron por sus huellas dactilares? —me preguntó Eliot.

—Las borramos de las bases de datos. Como si nunca hubiera existido.

—¿Por qué no murió?

—Un calibre 22 con silenciador. Es el arma estándar para los trabajos encubiertos. Ahora bien, no es un arma muy potente.

—¿Sigue siendo peligroso?

—No para el ejército. Es agua pasada. Sucedió hace diez años. Los PCBCDAE pronto acabarán en un museo. Como el tanque Abrams.

—Entonces ¿por qué quiere usted dar con él?

—Porque, en función de lo que recuerde, podría ser peligroso para la persona a la que encargaron que lo silenciara.

Eliot asintió. No dijo nada.

—¿Le pareció que era una persona importante? —me preguntó Duffy—. El sábado me refiero. En el coche de Beck.

—Más que nada acaudalado. Un abrigo de cachemira caro, guantes de cuero, pañuelo de seda. Acostumbrado a tener chófer. Entró en el coche como si lo hiciera a menudo.

—¿Saludó al conductor?

—No lo sé.

—Tenemos que situarlo. Necesitamos contexto —me explicó Duffy—. ¿Cómo actuó? Estaba utilizando el coche de Beck, sí, pero ¿daba la sensación de que se sintiera con derecho a hacerlo o como si alguien estuviera haciéndole un favor?

—Parecía que se sintiera con derecho. Como si usara el coche todos los días.

—En ese caso, ¿estará a la altura de Beck?

Me encogí de hombros.

—Podría incluso ser su jefe.

—Socio como mucho —puntualizó Eliot—. El hispano de Los Ángeles no viajaría para reunirse con un segundo.

—Pues no veo a Quinn como socio de nadie.

—¿Cómo era?

—Normal. Para ser agente de Inteligencia, claro. En casi todos los sentidos.

—Excepto por lo del espionaje —soltó Eliot.

—Sí, excepto por lo del espionaje.

—Y por lo que sea que hizo para que lo borrarán ustedes de los registros.

—Sí, por eso también.

Duffy se había quedado callada. Le daba vueltas a algo. No me cabía duda de que estaba pensando en cómo utilizarme. Y no me importaba.

—¿Va a quedarse usted en Boston? —me preguntó—. ¿Dónde podremos localizarlo?

Le dije que me quedaría y se marcharon. Ese fue el final del quinto día.

Di con un revendedor en un bar deportivo y pasé la mayor parte del sexto y del séptimo días en Fenway Park, viendo cómo los Red Sox se esforzaban en casa en una serie de partidos de principios de temporada. En el del viernes hubo diecisiete entradas y acabó muy tarde, por lo que me pasé la mayor parte del octavo día durmiendo y, después, volví al Symphony Hall de noche para echar un vistazo entre la gente. Puede que Quinn tuviera un abono. Pero no lo vi. Pensé una y otra vez en la manera en que me había mirado. Puede que no se tratara sino de esa cara seria que muestra uno en medio de la multitud, pero podría deberse a otra cosa.

Susan Duffy volvió a llamarme la mañana del noveno día. Era domingo. Su forma de hablar era diferente. Hablaba como una persona que le ha dado muchas vueltas al asunto. Como una persona que tiene un plan.

—En la recepción del hotel a mediodía —me dijo.

Apareció en un coche. Sola. El coche era un Taurus de lo más básico. Por dentro estaba mugriento. Un coche del gobierno. Vestía unos vaqueros desgastados con unos zapatos buenos y una chaqueta de cuero cascada. Acababa de lavarse el pelo y lo llevaba peinado hacia atrás. Me subí al asiento del copiloto y ella cruzó seis carriles de tráfico, directa a la boca de un túnel que llevaba a Mass Pike.

—Zachary Beck tiene un hijo.

Tomó una de las curvas subterráneas a mucha velocidad, el túnel acabó y salimos a la débil luz de los mediodías de abril justo por detrás de Fenway.

—Está en el penúltimo año de universidad. Una de esas pequeñas y poco importantes de artes liberales que, casualidad de las casualidades, está cerca de aquí. Nos lo ha contado un compañero de clase a cambio de que echáramos

tierra sobre un problema que tenía con el cannabis. El chico se llama Richard Beck. No es que sea popular. Es, más bien, de los raritos. Parece que está muy traumatizado por algo que le sucedió hace unos cinco años.

—¿Qué?

—Lo secuestraron.

No dije nada.

—¿Lo ve? ¿Sabe a cuánta gente normal secuestran hoy en día?

—No.

—A nadie. Es un crimen extinto. Eso me hace pensar que debió de ser por algún tipo de lucha territorial. Es casi una prueba irrefutable de que su padre está metido en asuntos turbios.

—Eso es mucho decir.

—Puede ser, pero hace que algo huelga muy raro. Sobre todo, porque no denunciaron el secuestro. El FBI no tiene ningún registro. Pasara lo que pasara, lo llevaron de forma privada. Y no muy bien, al parecer. El compañero de Richard Beck dice que le falta una oreja.

—¿Y qué?

No respondió. Se limitó a seguir conduciendo en dirección oeste. Me enderecé y la miré por el rabillo del ojo. Era muy atractiva. Toda ella. Alta, delgada y guapa, con vida en los ojos. No llevaba maquillaje ni lo necesitaba. Me gustaba que me llevara de paseo en el coche. Aunque lo cierto es que no me estaba paseando, se dirigía a un sitio en concreto, eso estaba claro. Había venido a buscarme con un plan.

—He estudiado su hoja de servicios. Con mucho detalle. Es usted impresionante.

—No es para tanto.

—Y tiene los pies grandes. Eso también es bueno.

—¿Por qué?

—Ya lo verá.

—Dígamelo.

—Nos parecemos mucho. Tenemos algo en común. Quiero acercarme a Zachary Beck para recuperar a mi agente y usted quiere acercarse a Zachary Beck para dar con Quinn.

—Su agente está muerta. Después de ocho semanas, sería un milagro que no lo estuviera. Tiene que hacerse a la idea.

No dijo nada.

—En cuanto a Quinn, me da igual.

Duffy me miró y negó con la cabeza.

—¡Eso no se lo cree ni usted! Quinn no le da igual para nada. Se ve a la legua. De hecho, lo está reconcomiendo a usted por dentro. Es un trabajo sin acabar y me da la impresión de que es usted una de esas personas a las que no le gusta dejar los trabajos sin acabar. —Hizo una breve pausa—. Además, voy a seguir dando por hecho que mi agente está viva y lo haré hasta que no me proporcione usted pruebas irrefutables de lo contrario.

—¿¡Yo!?

—No puedo pedírselo a uno de los míos. Lo entiende, ¿verdad? En lo que respecta al Departamento de Justicia, esto que estoy haciendo es ilegal. Por tanto, nada de lo que haga a partir de ahora puede dejar rastro en ninguna parte... y me parece que es usted una de esas personas que entienden a la perfección lo que eso significa. Y que no tiene problemas con ello, claro. Que puede que incluso lo prefiera.

—¿Qué quiere?

—Tengo que infiltrar a alguien en casa de Beck y he decidido que va a ser usted. Usted va a ser mi penetrador de larga distancia.

—¿Cómo?

—Voy a hacer que Richard Beck lo meta.

Dejó la carretera de peaje a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Boston y giró hacia el campo de Massachusetts. Pasamos por una serie de pueblos de postal de Nueva Inglaterra. Los bomberos pulían los camiones en la acera. Los pájaros cantaban. La gente arreglaba las plantas en su jardín o podaba los setos. El aire olía a humo de chimenea.

Nos detuvimos en un motel que había en mitad de la nada. Era un sitio inmaculado con silenciosas paredes de ladrillo y unas molduras blancas cegadoras. En el aparcamiento había cinco coches que bloqueaban el acceso a las cinco habitaciones del final. Todos vehículos del gobierno. Steve Eliot nos esperaba en la habitación de en medio acompañado de cinco hombres. Cada uno de ellos se había traído la silla del escritorio de su habitación y estaban sentados en un semicírculo muy definido. Duffy me dejó pasar y le hizo un gesto de asentimiento a Eliot. Di por hecho que había querido decirle: «Se lo he propuesto y no ha dicho que no. Todavía». La agente fue hasta la ventana y se dio la vuelta de cara a la habitación. La luz del día brillaba con fuerza por detrás de ella, lo que hacía difícil verla. Se aclaró la garganta. Todos se callaron.

—A ver, escuchadme. Una vez más, esto no quedará registrado. No es oficial y tendremos que hacerlo en nuestro tiempo libre y bajo nuestra propia responsabilidad. Todo aquel que no quiera participar se puede ir ahora.

Nadie se levantó. Nadie se movió siquiera. Y fue una táctica muy inteligente, porque me demostró que, por lo menos, Duffy y Eliot contaban con cinco agentes que los acompañarían en un viaje al infierno de ida y vuelta.

—Tenemos menos de cuarenta y ocho horas. Pasado mañana, Richard Beck volverá a casa para celebrar el cumpleaños de su madre. Nuestra fuente dice que lo hace todos los años. Que falta a clase si es necesario. Su padre le envía un coche con dos guardaespaldas profesionales porque al muchacho le aterriza que vuelvan a secuestrarlo. Vamos a explotar ese miedo. Vamos a cargarnos a los guardaespaldas y a secuestrarlo.

Hizo una pausa. Nadie abrió la boca.

—Nuestro objetivo es colarnos en casa de Zachary Beck. Damos por hecho que los supuestos secuestradores no están nada bien vistos allí, así que lo que haremos es que Reacher rescate de inmediato al chico de los supuestos secuestradores. Será algo muy rápido: secuestro y rescate. Fin. El chico se muestra agradecido y a Reacher lo reciben como a un héroe en torno a la chimenea de los Beck.

Al principio, la gente permaneció quieta. Poco después, empezaron a revolverse en las sillas. El plan estaba tan lleno de agujeros que, a su lado, el queso suizo parecía sólido. Miré a Duffy. Luego, miré por la ventana.

«Hay maneras de rellenar los agujeros».

Noté que mi cerebro empezaba a carburar. Me pregunté cuántos agujeros habría visto ella, cuántas respuestas tendría ya. Y también cómo era posible que supiera cuánto me gustaban las operaciones así.

—Tenemos un público compuesto por una única persona —siguió diciendo—. Lo único que importa es lo que piense Richard Beck. Todo va a ser falso de principio a fin, pero él tiene que estar convencido de que es real.

Eliot me miró y me preguntó:

—¿Puntos débiles?

—Dos —respondí—. El primero, ¿cómo te deshaces de los guardaespaldas sin matarlos? Porque doy por supuesto que no pretenden ir tan lejos, a pesar de que esto no vaya a quedar registrado.

—Rapidez, susto, sorpresa —me respondió—. El equipo de los secuestradores llevará pistolas ametralladoras con muchísima munición de fogeo. Además de una granada aturdidora. En cuanto el chico salga del

coche, lanzamos la granada. Mucho ruido y mucho movimiento, pero estarán atontados, nada más. El chico, en cambio, creerá que les han hecho papilla.

—De acuerdo —dije—. El segundo punto débil es que doy por hecho que esta pantomima debería parecer real, como la actuación del método. Es decir, yo, uno que pasaba por allí, resulto ser, ¡menuda casualidad!, alguien que puede rescatarlo. Pero, claro, eso me convierte en alguien inteligente y capaz, y, siendo así, ¿por qué no iba a llevar al chico a la comisaría más cercana? ¿O por qué no espero a que llegue la poli? ¿Por qué no iba a quedarme allí para dar testimonio de lo que acabo de ver? ¿Por qué iba a ofrecerme a llevar a casa al chico sin más?

Eliot miró a Duffy.

—Estará aterrado —respondió ella—. Querrá que lo lleve usted a casa.

—¿Por qué iba a aceptar? No importa lo que él quiera, sino lo que a mí me parezca lógico, porque, en realidad, no tenemos un público de uno, sino de dos: Richard Beck y Zachary Beck. Richard Beck primero, sí, pero su padre después. Y él lo verá con perspectiva. A él también tenemos que convencerlo.

—Puede que el chico le pida que no lo lleve usted a la policía. Como la otra vez.

—Ya, pero ¿por qué iba a hacerle caso? Si yo fuera don Normal, ir a la policía sería lo primero que se me ocurriría. Me ceñiría al máximo a las reglas.

—Pero él no querría. Discutiría con usted.

—Y yo no le haría caso. ¿Por qué iba a prestar atención un adulto sensato a lo que le dijera un chico asustado? Eso es un agujero. El plan requiere demasiada cooperación, es muy lineal y huele a falso que echa para atrás. Es demasiado directo. Zachary Beck se dará cuenta de inmediato.

—Podría ser que lo subiera usted a un coche y les persiguieran.

—Conduciría directo a la comisaría más cercana.

—Mierda —masculló Duffy.

—Es un plan, pero hay que hacer que resulte más real.

Volví a mirar por la ventana. Había mucha luz. Vi mucho verde. Árboles, arbustos, lejanas colinas arboladas. Unos y otros con hojas nuevas. Por el rabillo del ojo vi que Eliot y Duffy tenían la vista clavada en el suelo. Miré a los cinco tipos sentados. No se movían. Parecían gente competente. Dos de ellos eran un poco más jóvenes que yo, altos y rubios. Otros dos andarían por mi edad y eran de lo más normales. El quinto era mucho más mayor, prácticamente un anciano, estaba encorvado y tenía el pelo cano. Pensé y pensé. Secuestro, rescate, la casa de Beck.

«Debo entrar en casa de Beck. Es imprescindible. Porque tengo que dar con Quinn. Debo pensar en el partido a la larga».

Imaginé la situación desde el punto de vista del chico. Luego, la revisé entera desde el punto de vista del padre.

—Es un plan —repetí—, pero hay que perfeccionarlo. Para ello, tengo que ser el tipo de persona que no acudiría a la policía. —Hice una pausa—. No, mejor, tengo que convertirme justo delante de Richard Beck en una persona que no puede acudir a la policía.

—¿Cómo? —me preguntó Duffy.

La miré.

—Tengo que hacerle daño a alguien. Por accidente. Debido a la confusión. A alguien que estuviera por allí. A un inocente. Tiene que darse una circunstancia ambigua. Podría atropellar a alguien. A una ancianita que pasea a su perro. Podría incluso matarla. Me entra el pánico y huyo.

—Sería muy complicado representarlo. Y tampoco sería suficiente para que saliera usted huyendo. Es decir, cualquiera entendería que, en una situación como esa, suceden accidentes.

Asentí. Estábamos todos en silencio. Cerré los ojos y pensé un poco más. Entonces empezó a dibujarse en mi cabeza el boceto de una escena creíble.

—Vale, a ver qué les parece. Mato a un poli. Por accidente.

Nadie dijo nada. Abrí los ojos.

—Es perfecto, ¿no se dan cuenta? ¡Es perfecto! Hace que Zachary Beck no le dé vueltas a por qué no he actuado de manera normal y no he ido a la poli. No vas a la poli si acabas de matar a uno de los suyos. Aunque haya sido por accidente. El padre lo verá de lo más normal. Y tendré una razón para quedarme en la casa, que es justo lo que pretendemos. Pensará que necesito esconderme. Estará agradecido por el rescate y, como es un criminal, no le supondrá problemas de conciencia.

Nadie objetó. Se quedaron todos en silencio hasta que, de pronto, empezó entre ellos un indefinible murmullo como de afirmación, acuerdo y consentimiento. Los miré uno a uno.

«Piensa en el partido a la larga».

Sonreí.

—Y la cosa mejora. Puede que incluso me contrate. De hecho, yo diría que estará tentado de hacerlo, porque habremos creado la ilusión repentina de que están atacando a su familia y, claro, él acaba de quedarse sin dos guardaespaldas y será consciente de que soy mejor que ellos porque ellos habrán perdido y yo no. Además, estará encantado de contratarme porque

pensará que, dado que soy un asesino de policías, mientras me esté dando cobijo... me tendrá en sus manos.

Duffy también sonrió y dijo:

—¡Pues pongámonos manos a la obra! ¡Tenemos menos de cuarenta y ocho horas!

A los dos más jóvenes les asignamos el papel de secuestradores. Decidimos que conducirían una camioneta Toyota del parque de vehículos confiscados de la DEA. Utilizarían Uzis, también confiscadas y cargadas con munición de nueve milímetros de fogeo. Además, llevarían una granada aturdidora que habrían birlado de los almacenes de los SWAT de la DEA. Después, empezamos a definir mi papel como rescatador. Como todo buen artista del engaño, determinamos que debería ceñirme a la verdad tanto como fuera posible, por lo que sería un exmilitar vagabundo que se encontraba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Iría armado, cosa ilegal en Massachusetts, si bien se ajustaría a mi papel y, por tanto, resultaría plausible.

—Necesito un revólver grande y anticuado. Tengo que llevar algo apropiado para un ciudadano. Y la representación tiene que ser un gran drama de principio a fin. La Toyota se me echa encima, así que tengo que neutralizarlo. Por tanto, necesito tres balas de verdad y tres de fogeo, en ese mismo orden. Las tres balas de verdad para la camioneta y las tres de fogeo para las personas.

—Cualquier arma podemos cargarla así —me dijo Eliot.

—Sí, pero primero quiero revisar la cámara. Justo antes de disparar. No pienso disparar una mezcla de balas sin comprobar antes si están bien colocadas. Así que necesito un revólver. Uno grande, no uno pequeño. Para que pueda ver bien las balas.

El agente entendió a qué me refería e hizo una anotación. Luego, decidimos que el mayor del equipo sería el policía local. Duffy propuso que entrase en mi campo de tiro.

—No, tiene que ser un error comprensible, no una bala perdida. Tengo que impresionar a Beck padre de la manera adecuada. Tengo que hacerlo con deliberación, pero ha de ser una imprudencia. Como si estuviera loco... pero un loco capaz de disparar.

Duffy se mostró de acuerdo y Eliot repasó de memoria los vehículos que tenían disponibles y me ofreció una vieja furgoneta de carga. Dijo que podía hacer de repartidor. Que eso me daría una razón lógica para estar en la calle.

Hicimos listas, tanto en papel como mentales. Los dos agentes de mi edad aún no tenían ninguna asignación y era evidente que se sentían un poco molestos.

—Ustedes serán agentes de apoyo —les dije—. Supongamos que el chico no me ha visto ni pegar el primer tiro. Puede que se haya desmayado o algo así. Ustedes nos perseguirán en un coche y yo me aseguraré de que me deshago de ustedes mientras él esté mirando.

—No puede haber agentes de apoyo —dijo el más mayor—. Es decir, ¿qué está pasando? ¿De repente el sitio está lleno de policía? ¿¡Porque sí!?

—Seguridad del campus —sugirió Duffy—. Ya sabéis, los guardias de seguridad que acostumbran a contratar las universidades. Resulta que están por la zona. Porque dónde iban a estar si no, ¿verdad?

—Excelente —comenté—. Ellos pueden estar dentro del campus. Pueden controlar por radio todo el asunto desde la retaguardia.

—¿Y cómo se deshará de ellos? —me preguntó Eliot como si fuera un problema.

Asentí. Yo también veía el problema. Para entonces ya habría disparado las seis balas del revólver.

—No puedo recargar. No puedo hacerlo conduciendo. Y no puedo ponerle balas de fogueo al revólver, el chico podría darse cuenta.

—¿Embestirles? ¿Sacarlos de la carretera?

—¿Con una furgoneta cutre? Sería mejor que tuviera un segundo revólver. Que estuviera ya cargado. Esperándome en la furgoneta. No sé, en la guantera.

—¿Y va usted por ahí con dos revólveres? —dijo el más mayor—. Eso, en Massachusetts, es un poco raro.

Asentí.

—Es un punto débil... —confesé—, pero en algo vamos a tener que arriesgarnos.

—Entonces, yo debería ir vestido de calle —dijo el agente más mayor—. Como si fuera detective. Disparar a un agente uniformado es demasiado. Eso también se convertiría en un punto débil.

—Sí, cierto —admití—. Estoy de acuerdo. Usted es detective y saca la placa, pero yo pienso que es una pistola. Esas cosas pasan.

—Pero ¿cómo vamos a morir? —preguntó—. ¿Nos agarramos la tripa mientras ponemos mala cara y nos tiramos al suelo, como en una vieja peli del Oeste?

—Eso no sería convincente —añadió Eliot—. La representación tiene que parecer real. Para que Richard Beck muerda el anzuelo.

—Pues necesitamos cosas de esas de Hollywood —dijo Duffy—. Chalecos de Kevlar y esas gomas llenas de sangre de pega que explotan con una radioseñal.

—¿Podemos conseguir todo eso? —le pregunté.

—Puede que en Nueva York o en Boston.

—No tenemos mucho tiempo.

—¡Qué me va a contar a mí! —respondió ella.

Así terminó el noveno día. Duffy quería que me quedara en el motel y se ofreció a que alguno de los suyos me llevara a mi hotel de Boston a por el equipaje. Le dije que no tenía equipaje y me miró de reojo pero no dijo nada. Ocupé la habitación que estaba al lado de la del agente más mayor. Alguien cogió el coche y fue a por pizza. Todos estaban muy ocupados, iban de un lado para otro, hacían llamadas. Me dejaron solo. Me tumbé en la cama y repasé el plan de principio a fin desde mi punto de vista. Hice una lista mental de todo aquello que no habíamos tenido en cuenta. Era una lista larga. Uno de los puntos me preocupaba más que el resto; aunque no estaba exactamente en la lista, sino que se podría decir que era paralelo a ella. Me levanté y fui a ver a Duffy. Di con ella en el aparcamiento. Acababa de bajar del coche y se dirigía apresuradamente hacia su habitación.

—Zachary Beck no es el mandamás —le dije—. No puede ser él. Si Quinn está de por medio, él es el jefe. Quinn no sería el segundo de nadie. A menos que Beck sea aún peor que Quinn, y eso no quiero ni pensarlo.

—Puede que Quinn haya cambiado. Le pegaron dos tiros en la cabeza. Puede que eso le alterase el cableado del cerebro. Que, por alguna razón, haya perdido facultades.

No dije nada. Ella se marchó a toda prisa. Yo volví a mi habitación.

El décimo día empezó con la llegada de los vehículos. El agente más mayor trajo un Chevy Caprice de siete años que sería su coche policial sin distintivos. Era el Caprice que tenía el motor Corvette, el último modelo que había salido antes de que General Motors dejara de fabricarlo. El coche tenía el aspecto adecuado. La camioneta era un vehículo grande rojo y con la pintura desgastada. Tenía uno de esos enormes parachoques frontales. Me fijé en que los agentes más jóvenes estaban hablando de cómo la llevarían. Mi vehículo era una furgoneta de carga de lo más normal. Marrón. Era el

vehículo más anónimo que había visto en la vida. No tenía ventanillas laterales, solo dos pequeñas en las puertas de atrás. Comprobé que tuviera guantera.

—¿Le parece bien? —me preguntó Eliot.

Di una palmada en el lateral a la furgoneta, tal y como hace la gente que acostumbra a conducir las, y el vehículo resonó con un buen sonido metálico.

—Perfecta. Quiero que los revólveres sean grandes Magnums 44. Quiero tres balas de punta blanda y nueve de fogeo. Las de fogeo, cuanto más ruido hagan, mejor.

—De acuerdo. ¿Por qué de punta blanda?

—Me preocupan los rebotes. No quiero herir a nadie por accidente. Las balas de punta blanda se deformarán y se quedarán pegadas allí donde impacten. Voy a disparar una al radiador y dos a las ruedas. Quiero que les aumenten la presión para que, cuando les dispare, exploten. Tenemos que conseguir que la representación sea un éxito.

Eliot se marchó a toda prisa y se me acercó Duffy.

—Va a necesitar esto —me dijo mientras me tendía un abrigo y un par de guantes—. Le darán un aspecto más realista. Hará frío. Además, el abrigo le servirá para esconder el arma.

Lo cogí todo y me probé el abrigo. Me sentaba bastante bien. Era evidente que a la mujer se le daba bien determinar la talla de las personas.

—El aspecto psicológico del asunto va a ser delicado —dijo—. Va a tener que ser usted flexible. Puede que el chico esté catatónico. Es posible que necesite convencerlo de algo. Lo ideal sería que estuviera consciente y que fuera capaz de hablar. En ese caso, creo que debería usted mostrar cierta reticencia a implicarse. Lo ideal sería que fuera él quien hablase y usted se limitara a llevarlo a casa. Al mismo tiempo, debe mostrarse usted dominante. Tiene que conseguir que los acontecimientos fluyan para que a él no le dé tiempo a pararse a pensar en lo que está viendo.

—De acuerdo. En ese caso, voy a cambiar mi petición de munición. Quiero que la segunda bala del segundo revólver sea real. Le pediré que se agache y volaré la ventanilla de detrás. Pensará que han sido los polis que nos persiguen. Luego, le pediré que se incorpore. Eso incrementará su sensación de peligro y servirá para que se acostumbre a hacer lo que se le dice y para que se alegre al ver que nos deshacemos de los seguratas de la universidad. Porque no quiero que se enfrente a mí, que intente detenerme. Eso podría hacer que la furgoneta se estrellase y podríamos matarnos.

—De hecho, tiene que crear un vínculo con él. Tiene que hablar bien de usted una vez que estén en casa porque estoy de acuerdo con usted: que Beck lo contratase sería como si nos tocara la lotería. Ese vínculo con el hijo le facilitaría la entrada. Así que intente impresionar al chico. Pero hágalo de manera sutil. No es necesario que lo idolatre. Es suficiente con que piense que es usted un tipo duro que sabe lo que se hace.

Fui a buscar a Eliot y, entonces, los dos agentes que iban a representar a los guardias de seguridad de la universidad vinieron a verme. Quedamos en que ellos me dispararían primero balas de fogueo, y yo les devolvería los tiros con una de fogueo. A continuación, dispararía una bala de verdad a través de una de las ventanillas traseras y, acto seguido, otra de fogueo. Para acabar, les dispararía espaciadas las tres balas de fogueo que me quedaban. En el disparo final, ellos mismos romperían su parabrisas delantero con una bala de verdad y, después, se deslizarían por la carretera como si hubieran perdido una rueda o les hubiera alcanzado.

—No se confunda con qué tiro es cada uno.

—Ustedes tampoco.

Comimos pizza también a la hora de comer y, después, salimos a explorar el escenario. Aparcamos a menos de un kilómetro y medio de la universidad y consultamos un par de mapas. Luego, nos arriesgamos a hacer tres pasadas por delante de la universidad en dos coches diferentes. Me habría gustado tener más tiempo para estudiar la representación, pero nos daba miedo levantar sospechas en alguien. Volvimos al motel en silencio y nos reagrupamos en la habitación de Eliot.

—Tiene buena pinta —opiné—. ¿Hacia qué lado girarán?

—Maine está al norte de aquí —comentó Duffy—. Podemos dar por hecho que vive cerca de Portland.

Asentí.

—Sí, pero yo creo que tirarán hacia el sur. Fíjense en los mapas. Yendo hacia el sur se pillan antes la autopista. Una de las doctrinas estándares de seguridad es coger carreteras con tráfico cuanto antes.

—Estamos elucubrando.

—Irán hacia el sur —insistí.

—¿Algo más? —preguntó Eliot.

—Sería una locura que siguiera hasta allí con la furgoneta. El padre se daría cuenta de que, si mi rescate fuera real, lo primero que habría hecho sería

abandonar la furgoneta y robar un coche.

—¿Y dónde? —me preguntó Duffy.

—En el mapa aparece un centro comercial cerca de la entrada a la autopista.

—De acuerdo, le dejaremos un coche preparado allí.

—¿Escondemos unas llaves en el parachoques? —preguntó Eliot.

Duffy negó con la cabeza.

—No, eso quedaría muy irreal. Es imprescindible que todo resulte convincente. Va a tener que robar uno de verdad.

—Pues no sé cómo voy a hacerlo, porque jamás he robado un coche.

Nos quedamos todos en silencio.

—Yo, lo único que sé es lo que aprendí en el ejército, y los vehículos militares nunca están cerrados con llave. Y tampoco tienen bombín de arranque, se ponen en marcha con un botón.

—Vale, ningún problema es insuperable —dijo Eliot—. Lo dejaremos sin cerrar, pero usted hará como que lo abre. Fingirá que levanta el seguro. Dejaremos un montón de perchas de alambre en algún contenedor cercano para que se valga de ellas. Podría usted pedirle al chico que le busque alambre o algo así; para que se sienta involucrado. El engaño será así más creíble. Entonces, mueve el alambre para aquí y para allá y, ¡bingo!, de pronto, la puerta se abre. Dejaremos medio salido el protector de la columna de dirección y pelados los cables que han de tocarse, solo los que han de tocarse. Así, usted no tendrá más que empalmarlos y, de pronto, se habrá convertido en un chico malo.

—Brillante —comentó Duffy.

Eliot sonrió.

—Hago lo que puedo.

—Descansemos un rato —dijo ella—. Volveremos a ponernos con esto después de cenar.

Las últimas piezas encajaron después de cenar. Dos de los agentes llegaron con lo que faltaba de equipo. Me habían conseguido un par de Colts Anaconda, que eran armas grandes y brutales. Parecían caras. No les pregunté de dónde las habían sacado. También trajeron una caja con balas Magnum 44 de verdad y otra con calibre 44 de fogeo. Las de fogeo las habían comprado en una ferretería. Estaban diseñadas para pistolas de clavos. Eran el tipo de balas que sirven para conseguir introducir un clavo en cemento. Abrí el

cilindro de una de las Anacondas y le raspé una X en una de las cámaras con la punta de unas tijeras para las uñas. El cilindro de un Colt se mueve en dirección a las agujas del reloj, a diferencia del de un Smith & Wesson, que rueda en dirección opuesta. La X sería la primera bala que dispararía. La situaría a las diez en punto, donde la vería y donde caería debajo del martillo la primera vez que tirara del gatillo.

Duffy me trajo un par de zapatos. Eran de mi talla. El derecho tenía un pequeño hueco en el tacón. Me entregó también un emisor de correos electrónicos inalámbrico que encajaba justo en el hueco.

—Por eso me alegré de que tuviera usted los pies grandes —me soltó—. Es más fácil hacer que quepa.

—¿Es fiable?

—Más nos vale. Es uno de los nuevos cacharros del gobierno. Ahora mismo, todos los departamentos llevan a cabo sus comunicaciones secretas con él.

—Genial...

Las mayores cagadas que había visto a lo largo de mi carrera siempre las habían provocado los fallos de los cacharros tecnológicos.

—Es lo mejor que tenemos. Cualquier otro aparato, se lo descubrirían; porque es muy probable que lo registren. Con este cacharro, además, en teoría, si buscan señales de radio, lo único que detectan es el chirrido de un módem. Lo más probable es que consideren que se trata de estática.

Habían conseguido tres efectos especiales de sangre en un sastre cinematográfico de Nueva York. Eran tres cuadrados de Kevlar de treinta centímetros de lado, grandes y voluminosos, que había que atar con cinta al pecho de la víctima. Cada uno de ellos tenía sangre falsa y un receptor de radio, además de una carga explosiva y una batería.

—Chicos, tenéis que llevar camisas amplias —les dijo Eliot.

Los activadores que comunicaban el momento del disparo a los receptores de radio eran botones distintos que tendría que atarme con cinta al antebrazo derecho. La batería a la que estaban conectados por cable la llevaría en el bolsillo interior. Los botones eran lo bastante grandes como para sentirlos por encima del abrigo, de la chaqueta y de la camisa, y me pareció que quedaría muy propio si los pulsaba mientras sujetaba el peso del Colt con la mano izquierda. Ensayamos la secuencia. Primero, el conductor de la camioneta. Ese botón lo llevaría más cerca de la muñeca. Lo pulsaría con el índice. Segundo, el pasajero de la camioneta. Ese botón lo llevaría en el centro. Con

el dedo corazón. Tercero, el agente más mayor, el falso detective. Ese botón lo tendría cerca del codo y lo pulsaría con el anular.

—Luego, tendrá que deshacerse de ellos —me dijo Eliot—. No hay duda de que en casa de Beck lo registrarán. Tendrá que parar en un cuarto de baño o en algún sitio para desecharlos.

Ensayamos una y otra vez en el aparcamiento del motel. Reprodujimos la disposición de la carretera en miniatura. Hacia la medianoche, lo contratábamos tanto como era posible. Dimos por hecho que íbamos a necesitar ocho segundos de principio a fin.

—Usted toma la decisión final —me soltó Duffy—. Es usted quien decide. Si hay algo que va mal cuando la Toyota se lance contra usted, lo que sea, aborte y deje que se marchen. Ya lo resolveremos de alguna manera. Va a disparar usted tres balas de verdad en una zona pública y no quiero que ningún civil se lleve un tiro, ya sean peatones, ciclistas o corredores. Tendrá menos de un segundo para decidir.

—Entendido.

Aunque fue aquello lo que le respondí, a decir verdad, y teniendo en cuenta lo lejos que habríamos llegado para entonces, no veía ninguna manera sencilla de resolver el asunto si yo no entraba en acción. Luego, Eliot hizo un par de llamadas y confirmó que habían alquilado un coche patrulla de guardias de seguridad y que me dejarían un viejo Nissan Maxima en el aparcamiento de detrás del edificio principal del centro comercial. El Maxima se lo habían incautado a un cultivador esporádico de marihuana del estado de Nueva York. Allí aún tenían leyes muy duras contra las drogas. Le pondrían matrículas falsas de Massachusetts y lo llenarían de objetos habituales en el coche de una dependienta.

—Y, ahora, a la cama —nos ordenó a todos Duffy—. Mañana es el gran día.

Aquel fue el final del décimo día.

A primerísima hora del undécimo día, Duffy trajo donuts y café a mi habitación para desayunar. Ella y yo solos. Repasamos el asunto de cabo a rabo una última vez. Me enseñó fotografías de la agente que había infiltrado hacía cincuenta y ocho días. Era una treintañera rubia que había entrado a trabajar de administrativa en Bizarre Bazaar con el nombre falso de Teresa Daniel. Era pequeña y tenía pinta de ser resuelta. Miré las fotografías con

atención y memoricé sus rasgos, pero era el rostro de otra mujer el que tenía en la cabeza.

—Doy por hecho que sigue viva —me dijo Duffy—. No me queda otra.

No respondí nada.

—Esfuércese porque lo contraten. Hemos comprobado su historia reciente, que es lo mismo que hará Beck. Hay poco sobre usted. De hecho, hay tan poco que a mí me preocuparía, aunque dudo mucho que le preocupe a él.

Le devolví las fotografías.

—Soy un caballo ganador —afirmé—. El engaño se refuerza a sí mismo. Le están atacando y se ha quedado con menos efectivos, todo al mismo tiempo. Ahora bien, tampoco voy a esforzarme mucho. De hecho, pienso mostrarme reticente. A mi entender, de no ser así, resultaría sospechoso.

—De acuerdo. Tiene usted siete objetivos, de los cuales, el primero, el segundo y el tercero son tener muchísimo cuidado. Hay que dar por sentado que se trata de gente muy peligrosa.

Asentí.

—Si Quinn está metido en esto, no es que tengamos que darlo por hecho, es que podemos estar seguros.

—Así que actuemos de acuerdo con la situación. A muerte desde el principio.

—Sí.

Me llevé el brazo al pecho y empecé a masajearme el hombro izquierdo con la mano derecha. Instantes después, me detuve, sorprendido. Un psiquiatra del ejército me había dicho en una ocasión que los gestos inconscientes representaban sensación de vulnerabilidad. Al parecer, son un mecanismo de defensa. Tienen que ver con la necesidad de protegerse, de esconderse. Es el primer paso hasta que te tiras al suelo hecho un ovillo. Duffy debía de haber hablado con el mismo psiquiatra, porque se fijó en el gesto y me miró a los ojos.

—Tiene usted miedo de Quinn, ¿verdad?

—Yo no le tengo miedo a nadie pero, si le soy sincero, me gustaba más mi vida cuando creía que estaba muerto.

—Podemos abortar la misión.

Negué con la cabeza.

—Se lo aseguro, me alegro de tener la oportunidad de dar con él.

—¿Qué salió mal cuando fueron a arrestarle?

Negué con la cabeza una vez más.

—No voy a hablar de eso.

Se quedó callada un instante. No insistió. Miró hacia otro lado, hizo una pausa, volvió a mirarme y empezó con los objetivos de nuevo. Un tono de voz calmado, una dicción eficiente.

—El cuarto objetivo es encontrar a mi agente y devolvérmela.

Asentí.

—El quinto objetivo, proporcionarme pruebas sólidas que pueda utilizar para detener a Beck.

—De acuerdo.

Hizo otra pausa.

—El sexto, dar con Quinn y encargarse de él a su modo. Y el séptimo... salir cagando leches de allí.

Asentí, pero no dije nada.

—No vamos a seguirles. El chico podría vernos. Bastante paranoico estará ya. Y tampoco vamos a poner un rastreador en el Nissan, porque es muy probable que, una vez en casa de Beck, dieran con él. En cuanto sepa la localización, tendrá que enviarnos un correo electrónico.

—De acuerdo.

—¿Puntos débiles?

Intenté dejar de pensar en Quinn.

—Tres, que yo vea —dije—. Dos menores y uno mayor. El primero de los menores es que, tras el disparo con el que voy a volar la ventanilla trasera de la furgoneta para fingir que nos han disparado, el chico va a tener unos diez minutos para darse cuenta de que no hay cristales rotos dentro de la furgoneta y de que la bala no ha llegado al parabrisas.

—Pues no efectúe ese disparo.

—Creo que es necesario. Tenemos que mantener el nivel de pánico alto.

—Bien, pues pondremos unas cajas en la parte de atrás de la furgoneta. Será normal que las lleve, dado que es usted repartidor. Así, el chico no verá con tanta claridad. Y, si no es el caso, esperemos que no sume dos y dos en esos diez minutos.

Asentí.

—El segundo de los menores es que el padre del chico llamará a la policía antes o después. Puede que también a los periódicos. Buscará información que corrobore lo sucedido.

—Le daremos un guión a la policía y ellos le darán algo a la prensa. Nos seguirán el rollo hasta que se lo pidamos. ¿Cuál es el punto débil más importante?

—Los guardaespaldas. ¿Cuánto tiempo pueden retenerlos? No pueden permitir que se acerquen siquiera a un teléfono, porque lo primero que harán es llamar a Beck. Por tanto, no pueden arrestarlos formalmente. No pueden meterlos en el sistema. Van a tener que mantenerlos incomunicados, lo que es ilegal. ¿Cuánto tiempo podrán aguantar así?

Se encogió de hombros.

—Cuatro o cinco días a lo sumo. Después de eso, no podremos protegerle, así que sea tan rápido como pueda.

—Es mi intención. ¿Cuánto tiempo le dura la batería al cacharro ese de los correos electrónicos?

—Unos cinco días. Después, estará usted solo. No podemos darle un cargador. Resultaría sospechoso. Aunque puede usar el cargador de un móvil, si es que encuentra alguno.

—De acuerdo.

Se me quedó mirando. No faltaba nada por decir. Entonces, se me acercó y me besó en la mejilla. Fue una reacción espontánea. Tenía los labios suaves y me dejaron en la piel polvillo de azúcar de las rosquillas.

—Buena suerte —me dijo—. Creo que no se nos olvida nada.

Pero se nos habían olvidado muchísimas cosas. En nuestra línea de pensamiento había errores flagrantes y todos ellos acabarían pasándome factura.

Duke, el guardaespaldas, volvió a mi habitación cinco minutos antes de las siete de la tarde, muy temprano para que viniera a avisarme para cenar. Oí sus pasos y el suave clic de la cerradura al abrirse. Estaba sentado en la cama. Había vuelto a guardar el emisor en la tapa del zapato y el zapato me lo había puesto.

—¿Echando una cabezada, gilipollas? —me soltó.

—¿Por qué estoy encerrado?

—Porque eres un asesino de polis.

Miré hacia otro lado. Puede que hubiera sido policía antes de ponerse a trabajar por su cuenta. Era una posibilidad. Muchos expolicías acaban en la seguridad privada, ya sea como consultores, como detectives o como guardaespaldas. Desde luego, alguna motivación oculta tenía, lo que me suponía un problema. En cualquier caso, el lado positivo era que se había tragado la historia de Richard Beck de pe a pa. Me miró apenas un segundo, sin expresión alguna en el rostro. Luego, me dejó salir de la habitación y bajamos los dos pisos hasta la planta baja, donde recorrimos pasillos a oscuras hasta llegar a la zona norte de la casa. El aire olía a salado y la moqueta, a humedad. Había alfombras por todos lados. En algunos sitios, estaban unas encima de otras. Aunque tenían colores apagados, llamaban la atención. Duke se detuvo frente a una puerta, la abrió y se hizo a un lado, por lo que entendí que me obligaba a entrar. La habitación era enorme, cuadrada, recubierta con paneles oscuros de madera de roble. El suelo estaba cubierto de alfombras. Había unas ventanas pequeñas que parecía que estuvieran empotradas en la pared. Fuera solo se veía oscuridad, rocas y el gris océano. Había una mesa de roble. Mis dos Colt Anaconda estaban encima. Descargados. Los cilindros estaban abiertos. En la cabecera de la mesa se encontraba un hombre. Estaba sentado en un sillón de roble con el respaldo alto. Era el mismo que aparecía en las fotografías de vigilancia que me había enseñado Susan Duffy.

Era una persona sin ningún rasgo destacable. No era alto, pero tampoco bajo. Metro ochenta. Noventa kilos. El pelo canoso, ni abundante, ni escaso, ni corto, ni largo. Andaría por los cincuenta años. Vestía un traje gris de tela cara pero sin ningún estilo en el corte. La camisa era de color blanco y la corbata no tenía color definido, como la gasolina. El rostro y las manos pálidos parecían los de una persona que viviera en aparcamientos subterráneos y que solo saliera de noche, para vender muestras que sacaba del maletero de su Cadillac.

—Siéntese.

Su voz era tranquila, aunque un poco aguda, como si hablase desde lo alto de la garganta. Me senté frente a él, en la otra cabecera de la mesa.

—Me llamo Zachary Beck.

—Jack Reacher.

Duke cerró la puerta con suavidad y se apoyó en ella. La estancia se quedó en silencio. Se oía el océano. No era el rítmico sonido del mar, como el que oyes en la playa, sino el continuo batir y restallar de las olas contra las rocas. Sonaban pozas que se vaciaban, piedrecitas traqueteando, grandes olas que se aproximaban. Intenté contarlas. He oído decir que, cada siete olas, llega una grande.

—Bueno —dijo Beck.

En la mesa, justo delante del hombre había una bebida. Era un líquido ambarino en un vaso bajo y grueso. Una bebida aceitosa, como si fuera un escocés o un bourbon. Le hizo un gesto con la cabeza a Duke. El guardaespaldas cogió un vaso ya preparado en una mesita auxiliar. Tenía el mismo líquido de color ámbar. El hombre me lo acercó con torpeza, sujetándolo por la base con el pulgar y el índice. Recorrió la habitación y se inclinó un poco para dejar el vaso delante de mí. Con cuidado. Sonreí. Sabía para qué era.

—Bueno —repitió Beck.

Esperé.

—Mi hijo me ha explicado lo que ha sucedido.

Era la misma frase que me había dicho su mujer.

—Cosas que pasan.

—El asunto me pone en una situación complicada. Yo solo soy un hombre de negocios normal y corriente... y, claro, intento determinar cuáles son mis responsabilidades como ciudadano.

Esperé.

—A ver, que se lo agradecemos, qué duda cabe. Por favor, no me malinterprete.

—¿Pero?

—Lo sucedido supone un problema con la ley, ¿no le parece? —comentó con cierto tono de molestia en la voz, como si se sintiera abrumado por aquellas complejidades del asunto que se escapaban a su control.

—Bueno, tampoco es física cuántica —le solté—. Tan solo necesito que mire usted hacia otro lado. Al menos, durante un tiempo. Ya sabe, favor con favor se paga. No sé si su conciencia se lo permite.

La habitación volvió a quedarse en silencio. Me concentré en escuchar el océano. Oía una amplia gama de sonidos: las quebradizas algas arrastradas contra el granito y una fuerte resaca tirando del mar hacia el este. Zachary Beck lo miraba todo. Miraba la mesa, el suelo, el espacio. Tenía la cara estrecha. Con poco mentón. Y los ojos bastante juntos. Estaba tan concentrado que las cejas fruncidas parecían una sola. Tenía los labios finos y cerrados con fuerza, arrugados. Movía un poco la cabeza. Era el retrato típico del hombre de negocios que se esfuerza por resolver un asunto de importancia.

—¿Ha sido un accidente?

—¿Lo del poli? Echando la vista atrás, sí, lo ha sido. En ese momento, lo único que quería era salvar el pellejo.

Pensó un rato más y, luego, asintió.

—De acuerdo. En estas circunstancias... podríamos intentar echarle un cable. Si podemos, claro. Le ha hecho usted un gran servicio a la familia.

—Necesito dinero.

—¿Por qué?

—Voy a tener que viajar.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—¿Le parece lo más adecuado?

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no, preferiría esperar un par de días hasta que la cosa se haya calmado un poco. Pero, claro, no quiero aprovecharme de usted...

—¿Cuánto dinero?

—Con cinco mil dólares sería suficiente.

No dijo nada. Se limitó a empezar a mirar a todos lados una vez más. En esa ocasión, enfocó un poco más la vista.

—Tengo que hacerle unas preguntas. Antes de que se vaya. Si es que se va. Hay dos temas primordiales. El primero, ¿quiénes eran?

—¿No lo sabe usted?

—Tengo muchos rivales y enemigos.

—¿Capaces de llegar tan lejos?

—Soy importador de alfombras. No es a lo que quería dedicarme en la vida, pero es como han venido dadas las cosas. Es posible que piense usted que me limito a tratar con grandes almacenes y con decoradores de interiores, pero lo cierto es que me toca lidiar con todo tipo de gente desagradable en el culo del mundo, en lugares en los que niños esclavos se ven obligados a trabajar dieciocho horas al día, hasta que les sangran los dedos. Los dueños de esos niños están convencidos de que los engañó y de que estoy violando su cultura y, a decir verdad, cabe la posibilidad de que así sea; aunque no más que ellos mismos, claro. No son colegas de trabajo agradables y divertidos. Necesito mostrar cierta dureza para prosperar. La cuestión es que mis competidores hacen exactamente lo mismo. Aunque no lo crea, este es un negocio duro. Por tanto, entre mis proveedores y mis competidores, se me vienen a la cabeza media docena de personas que serían capaces de raptar a mi hijo para hacerme daño. De hecho, uno de ellos ya lo hizo hace cinco años. Seguro que mi hijo se lo ha contado.

No dije nada.

—Tengo que saber quiénes eran.

Lo dijo como si fuera una necesidad perentoria, por lo que, aunque esperé unos instantes, se lo conté todo, segundo a segundo, metro a metro, kilómetro a kilómetro. Describí a los dos jóvenes altos y rubios de la DEA que iban en la camioneta Toyota con gran lujo de detalle.

—No sé quiénes pueden ser —comentó.

No dije nada.

—¿Ha memorizado la matrícula de la Toyota?

Lo pensé y le dije la verdad.

—Solo he visto la parte frontal y no recuerdo que hubiera matrícula.

—De acuerdo. Por tanto, provienen de un estado en el que no es obligatorio que los vehículos lleven matrícula delantera. Supongo que eso reduce un poco las posibilidades.

No dije nada. Un buen rato después, Zachary Beck sacudió la cabeza.

—Hay muy poca información respecto a lo sucedido. Uno de mis socios ha llamado al departamento de policía de la zona y ha hecho una serie de preguntas indirectas. Un policía local ha muerto, un guardia de seguridad de

la universidad ha muerto, dos desconocidos que nadie sabe quiénes son y que iban en un Lincoln Town Car han muerto y dos desconocidos que iban en una camioneta Toyota han muerto. El único testigo de lo sucedido es un segundo guardia de seguridad de la universidad, y aún está inconsciente después del accidente que su compañero y él han sufrido a unos ocho kilómetros de la universidad. Así que, ahora mismo, nadie sabe nada de nada. Nadie sabe por qué ha sucedido. Nadie lo ha relacionado con un intento de secuestro. Lo único que se sabe es que ha habido un baño de sangre sin razón aparente. Están barajando la posibilidad de que se trate de una guerra de bandas.

—¿Y qué sucederá cuando comprueben las matrículas del Lincoln?

Zachary Beck dudó.

—Es un coche registrado a nombre de una empresa. No lo relacionarán conmigo.

Asentí.

—Vale, pero quiero estar en la Costa Oeste antes de que el otro guardia de seguridad de la universidad despierte. Me han visto muy bien.

—Y yo quiero saber quién se ha saltado las normas.

Miré las Anacondas. Las habían limpiado y las habían aceitado ligeramente. De pronto, me alegraba de haberme deshecho de los casquillos. Cogí mi vaso. Lo sujeté con toda la mano, me lo acerqué a la nariz y olí el líquido. No tenía ni idea de lo que era. Habría preferido una taza de café. Volví a dejar el vaso en la mesa.

—¿Está bien Richard? —pregunté.

—Sobrevivirá. Lo que yo quiero saber es quién me está atacando.

—Yo ya le he dicho lo que he visto. No me han enseñado el carnet, ¿sabe? No los conocía de nada. Ha dado la casualidad de que me encontraba allí. ¿Cuál es el segundo tema primordial?

Una larga pausa. Las olas retumbaban contra las rocas.

—Soy una persona cuidadosa y no quiero ofenderle.

—¿Pero?

—Pero me pregunto quién es usted.

—El que le ha salvado la otra oreja a su hijo.

Beck miró a Duke, que dio un paso hacia mí y me retiró el vaso. Volvió a cogerlo por la base, con el pulgar y el índice, de aquella forma tan rara.

—Y ahora ya tiene mis huellas dactilares —dije—. Diáfanas.

Beck volvió a asentir, como una persona que toma una decisión juiciosa. Señaló los revólveres.

—Bonitas armas.

No dije nada. Adelantó la mano y movió una de ellas con los nudillos. Luego, la deslizó por la mesa para enviármela. La pesada arma de acero hizo un sonido vacío y reverberante sobre el roble.

—¿Podría decirme por qué hay una marca en una de las cámaras?

Seguí escuchando el océano.

—Ni idea. Ya me llegaron así.

—¿Las compró de segunda mano?

—En Arizona.

—¿En una armería?

—En una feria.

—¿Por qué?

—No me gustan las comprobaciones a las que te someten en las armerías.

—¿Y no preguntó nada sobre las marcas?

—Di por hecho que eran marcas de referencia, que algún loco de las armas las había probado y que había marcado la cámara más precisa. O, al menos, la precisa.

—¿Las cámaras son diferentes?

—Todo es diferente. Esa es la naturaleza de las manufacturas.

—¿Incluso en revólveres de ochocientos dólares?

—Depende de hasta qué punto quiera discriminar. Si quiere usted ceñirse a milésimas de milímetro, todo en el mundo es diferente.

—¿Y eso importa?

—Para mí no. Cuando apunto a alguien, me da lo mismo a qué célula esté apuntando.

Zachary Beck permaneció callado unos instantes. Luego, metió la mano en el bolsillo y sacó una bala. Era una bala de latón resplandeciente con la punta roma y de plomo. La puso de pie delante de él. Parecía un proyectil de artillería en miniatura. Luego, la tumbó sobre la mesa y la hizo rodar con los dedos. A continuación, la colocó bien y la empujó con la punta del dedo para que rodase hasta mí. La bala describió una elegante curva y produjo un suave zumbido sobre la madera mientras llegaba hasta mí. Dejé que rodara hasta el final de la mesa y la cogí cuando ya había caído. Era una Remington Magnum 44 sin cubierta. Pesaba... puede que unos veinte gramos. Era brutal. Lo más probable es que aquella bala costara alrededor de un dólar. Como Beck la había tenido en el bolsillo, estaba templada.

—¿Ha jugado alguna vez a la ruleta rusa?

—Tengo que deshacerme del coche que he robado.

—Ya nos hemos deshecho de él.

—¿Cómo?

—No se preocupe, que nadie va a encontrarlo.

Se quedó callado. No dije nada. Me quedé mirándolo, como si estuviera pensando: «¿Es eso típico de un hombre de negocios normal y corriente?». ¿O lo de registrar limusinas en empresas pantalla? ¿O lo de conocer el precio de un Colt Anaconda? ¿O lo de obtener las huellas dactilares de un invitado con un vaso de whisky?

—¿Ha jugado alguna vez a la ruleta rusa? —me preguntó una vez más.

—No, nunca.

—Me están atacando y acabo de perder a dos de los míos. En momentos así, debería sumar efectivos, no restarlos.

Esperé. Cinco segundos. Diez. Fingí que estaba esforzándome por entender lo que quería decirme.

—¿Se refiere usted a que quiere contratarme? Es que no sé si debería quedarme por la zona.

—Yo no le estoy pidiendo nada. Estoy tomando una decisión. Parece usted un tipo útil. Podría darle esos cinco mil dólares para que se quede, no para que se vaya. Quizá.

No dije nada.

—Eh, si quisiera, sería usted mío. Ha matado a un poli en Massachusetts, sé su nombre y tengo sus huellas.

—¿Pero?

—Pero no sé quién es usted.

—Acostúmbrase. ¿Cómo sabe quiénes son las personas?

—Lo descubro —dijo—. Pongo a prueba a la gente. Suponga que le pido que mate a otro poli. Como acto de buena fe.

—Me negaría. Le repito que lo del primero ha sido un desafortunado accidente del que me arrepiento muchísimo. Lo que estoy empezando a preguntarme yo es qué tipo de hombre de negocios es usted en realidad.

—Eso es cosa mía. No le concierne.

No dije nada.

—Juegue a la ruleta rusa conmigo.

—¿Qué demostraría eso?

—Un agente federal no lo haría.

—¿Y por qué le preocupan los agentes federales?

—Eso tampoco le concierne.

—No soy agente federal.

—Demuéstrémelo. Juegue a la ruleta rusa conmigo. A ver, para que lo entienda, al dejarle entrar en mi casa sin saber exactamente quién es yo ya estoy jugando a la ruleta rusa con usted.

—He rescatado a su hijo.

—Y se lo agradezco mucho. Se lo agradezco tanto que sigo hablándole de manera educada. Se lo agradezco tanto que estoy pensando en ofrecerle refugio y empleo. Porque me gusta la gente que sabe resolver situaciones.

—No estoy buscando trabajo. Lo que quiero es esconderme durante unas cuarenta y ocho horas y, después, largarme.

—Nosotros cuidaremos de usted. Nadie lo encontraría. Jamás. Aquí estaría a salvo. Si pasa la prueba.

—¿Jugar a la ruleta rusa es una prueba?

—Infalible. De acuerdo con mi experiencia, claro.

No dije nada. Se hizo el silencio. Se inclinó hacia delante.

—Usted o está conmigo, o está contra mí. De una u otra manera, está usted a punto de demostrármelo. Y, si le digo la verdad, deseo de corazón que elija con cabeza.

Duke fue hacia la puerta. El suelo crujió bajo sus pies. Escuché el océano. La espuma de las olas ascendía en el aire y el viento se la llevaba. Parte de esa espuma alcanzaba como con pereza las ventanas de la habitación. La séptima ola llegó con un bramido mucho más fuerte que el de las demás. Cogí la Anaconda que tenía delante. Duke sacó una pistola de debajo de la chaqueta y me apuntó por si acaso se me estaba pasando por la cabeza jugar a algo que no fuera la ruleta rusa. Empuñaba una Steyr SPP que, como quien dice, es un subfusil Steyr TMP con forma de pistola. Es una pieza austríaca muy rara y en su mano resultaba grande y fea. Aparté la mirada del arma y me concentré en el Colt. Metí la bala en una de las cámaras, cerré el cilindro y lo giré con fuerza. La rueda dentada ronroneó en el silencio.

—Juegue.

Volví a girar el cilindro, levanté el revólver y me puse la boca del cañón en la sien. El acero estaba frío. Miré a Zachary Beck a los ojos, aguanté la respiración y empecé a apretar el gatillo. El cilindro giró y el arma se amortilló con un ruido sordo. La acción fue muy fluida, como la sensación de la seda contra la seda. Apreté del todo el gatillo. El martillo cayó. Se oyó un fuerte clic. Sentí el golpe del martillo en la sien a través del cañón de acero, pero no sentí nada más. Solté el aire, bajé el arma y la sujeté con la palma de la mano apoyada en la mesa. Luego, giré la mano y saqué el dedo del guardamonte.

—Le toca.

—Tan solo quería ver si era usted capaz de hacerlo.

Nos quedamos todos en silencio. Sonreí.

—¿Y no quiere ver si soy capaz de hacerlo de nuevo?

No dijo nada. Volví a coger el arma, giré el cilindro y esperé a que se detuviera, poco a poco. Me llevé el cañón a la sien. El cañón era tan largo que me veía obligado a levantar y girar el codo de manera forzada. Apreté el gatillo, rápido, sin pensarlo. Se oyó un clic, fuerte en aquel silencio. Fue el sonido típico de una maquinaria de precisión de ochocientos dólares que funcionaba tal y como se esperaba que funcionara. Bajé el arma y giré el cilindro una tercera vez. Levanté el arma. Me apunté. Apreté el gatillo. Nada. Lo hice una cuarta vez. Rápido. Nada. Lo hice una quinta vez. Más rápido. Nada.

—Ya basta —me dijo Beck.

—Hábleme de las alfombras persas.

—No hay mucho que decir. Se ponen en el suelo. La gente las compra. A veces, por mucho dinero.

Sonreí. Volví a levantar el revólver.

—Las probabilidades son de seis contra una —dije.

Giré el cilindro una sexta vez. La habitación se quedó en el más absoluto silencio. Me llevé la pistola a la sien. Apreté el gatillo. Sentí cómo el martillo daba una bofetada sobre una cámara vacía. Nada más.

—Ya basta —insistió Beck.

Bajé el Colt, abrí el cilindro con un golpe seco y tiré la bala sobre la mesa. La alineé con cuidado y se la devolví rodando. Zumbó sobre la madera. El hombre la detuvo con la palma de la mano y permaneció un par de minutos, tres, sin decir nada. Me miraba como si fuera un animal en la jaula de un zoo. Como si, hasta cierto punto, deseara que hubiera barrotes entre él y yo.

—Richard me ha contado que fue usted policía militar.

—Durante trece años.

—¿Era usted bueno?

—Más que esos memos que envió usted a recoger a su hijo.

—Mi hijo habla muy bien de usted.

—Y debería. Le he salvado el culo. Y hacerlo me ha dejado a mí en una situación muy comprometida.

—¿Van a echarle de menos?

—No.

—¿Tiene familia?

—No.

—¿Tiene trabajo?

—Supongo que no puedo volver, ¿no le parece?

Jugueteó un rato con la bala. La hacía rodar con la yema del índice. Luego, la cogió y se la puso en la palma.

—¿A quién puedo llamar? —preguntó.

—¿Para qué?

Hizo que la bala rebotara en la palma de su mano, como si estuviera sacudiendo unos dados.

—Para que me dé referencias. Tendrá usted jefe, ¿no es así?

«Errores que acabarán pasándome factura».

—Soy autónomo.

Volvió a poner la bala sobre la mesa.

—¿Con licencia y seguro?

Hice una pausa.

—No exactamente.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones.

—¿Tiene registrada la furgoneta?

—Puede que se me olvidara registrarla.

Empezó a darle vueltas a la bala con los dedos. Me miró. Era evidente que estaba pensando. Estaba calibrando todo lo que le había dicho. Estaba procesando la información. Intentaba que encajara en sus propias ideas preconcebidas. No sé si la situación le resultaba muy creíble.

«Un tipo duro, armado, con una furgoneta que no le pertenece. Un ladrón de coches. Un asesino de policías».

Sonrió.

—Discos de segunda mano. Conozco la tienda.

No dije nada. Me limité a mirarle a los ojos.

—A ver si lo adivino. Trafica usted con CD robados.

«Piensa el ladrón...».

—Grabaciones piratas. Y no soy ningún traficante. Soy un exmilitar que intenta ganarse la vida como puede y que cree en la libertad de expresión.

—¡Y una mierda! Usted en lo que cree es en ganar pasta.

«Piensa el ladrón...».

—En eso también.

—¿Y se le estaba dando bien?

—No me puedo quejar.

Volvió a coger la bala y se la tiró a Duke. El guardaespaldas la atrapó con una mano y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Duke es mi jefe de seguridad. Va a trabajar usted para él. Con efecto inmediato.

Miré a Duke y, después, volví a mirar a Beck.

—¿Y si no quiero trabajar para usted?

—No tiene opción. Hay un poli muerto en Massachusetts y sé cómo se llama usted y tengo sus huellas dactilares. Estará usted en periodo de prueba hasta que tenga bien claro qué tipo de persona es. Ahora bien, mírelo por el lado bueno. Piense en los cinco mil dólares. Cinco mil dólares son muchos CD piratas.

La diferencia entre ser un invitado de honor y un empleado a prueba es que la cena es en la cocina con el resto del servicio. El gigante de la casita de la verja de entrada no estaba, pero sí que estaban Duke y otro tipo que tenía pinta de ser un mecánico o un manitas. También había una chica de servicio y una cocinera. Los cinco nos sentamos alrededor de una mesa normal y corriente y cenamos allí lo mismo que la familia en el comedor, que estaba cenando muy bien. Puede que incluso cenáramos mejor, porque quizá la cocinera hubiera escupido en la comida de la familia, pero me parecía improbable que lo hubiera hecho en la nuestra. Había pasado el tiempo suficiente entre soldados rasos y oficiales como para saber cómo son estas cosas.

No hablamos mucho. La cocinera era una mujer resentida de unos sesenta años. La chica de servicio era tímida. Me daba la impresión de que hacía poco tiempo que estaba empleada, porque no tenía muy claro cómo comportarse. Era joven, corriente. Llevaba un vestido recto de algodón, un cárdigan de lana y unos zapatos planos toscos. El mecánico era un tipo de mediana edad, delgado, gris y callado. Duke también permanecía en silencio pero, en su caso, era porque estaba dándole vueltas a algo. Beck acababa de endosarle un problema y no tenía muy claro cómo manejarlo. ¿Le sería útil mi servicio? ¿Podía confiar en mí? Estaba claro que tonto no era. Observaba la situación desde todos los ángulos y estaba dispuesto a pasar algo de tiempo examinando cada punto de vista. Debía de tener mi edad poco más o menos. Su cara era una de esas de comemaíz que tan bien ocultan el paso de los años. Debía de tener mi estatura. Yo tenía la estructura ósea más ancha y él era algo más voluminoso. Debíamos de tener un peso muy similar, kilo arriba, kilo

abajo. Me senté a su lado, cené e intenté hacer, en el momento más adecuado, las preguntas que se esperarían de una persona normal.

—Bueno, ¿quién me cuenta algo del negocio de las alfombras?

Mi tono de voz decía que estaba claro que no me tragaba que Beck no anduviera metido en algún otro asunto.

—No es el momento —me respondió Duke como si quisiera decir: «Delante del servicio, no».

Luego, me miró de tal manera que parecía que me estuviera diciendo: «Además, no estoy seguro de que quiera hablar con un tipo que está tan loco como para correr el riesgo de dispararse seis veces en la cabeza».

—La bala era falsa, ¿verdad? —dije.

—¿Cómo dices?

—Que no tenía pólvora. Que, como mucho, llevaba algodón por dentro.

—¿Por qué iba a ser falsa?

—Podría haberle disparado a él.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—No tenía ninguna intención, pero parece un tipo muy cauto. Dudo que hubiera corrido el riesgo.

—Yo te estaba apuntando.

—Podría haberte disparado a ti y haberlo matado a él con tu arma.

Se puso un poco tenso, pero no dijo nada.

«Es competitivo».

No me gustaba aquel tipo, pero no me importaba, porque me daba la impresión de que iba a tener que contarle como baja dentro de poco.

—Sujétala —me dijo mientras se sacaba la bala del bolsillo y me la tendía—. Espera aquí.

Se levantó y salió de la cocina. Puse la bala de pie frente a mí, como había hecho Beck. Acabé de cenar. No había postre. No había café. Duke volvió balanceando una de mis Anacondas en el dedo. Pasó por mi lado, llegó hasta la puerta de atrás y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Cogí la bala. Lo seguí. La puerta de atrás emitió un pitido cuando la cruzamos. Otro detector de metales. Estaba muy bien integrado en el marco. Ahora bien, alarma contra ladrones no había. Su seguridad dependía del mar, del muro y del alambre de espino.

Al otro lado de la puerta de atrás había un porche frío y húmedo y, después, una contrapuerta endeble que daba a un patio que no era sino la punta rocosa del dedo del brazo de mar. El patio era semicircular y tendría unos cien metros de anchura. Estaba oscuro y las luces de la casa destacaban

la grisura del granito. Soplaban el viento y a lo lejos, en el mar, se veían luminiscentes crestas espumosas. Las olas rompían contra las rocas y creaban remolinos al retirarse. La luna y unas nubes bajas y desgarradas se movían a gran velocidad. El horizonte era inmenso y negro. El aire, frío. Me di la vuelta y vi la ventana de mi habitación, justo encima de donde estábamos.

—La bala —dijo Duke.

Me di la vuelta y se la entregué.

—Fíjate.

La cargó en el Colt. Sacudió el revólver para cerrar el cilindro. Entrecerró los ojos bajo la luz de la luna y giró el cilindro hasta que la cámara cargada estaba a las diez en punto.

—Fíjate —repitió.

Apuntó el arma con el brazo extendido, recto, un poco por debajo de la línea del horizonte, allí donde se encontraban el mar y unas rocas planas de granito. Tiró del gatillo. El cilindro giró, el martillo saltó y el revólver se encabritó, resplandeció y rugió. Vi un chispazo simultáneo entre las rocas y oí el inconfundible golpe metálico de un rebote. Poco a poco se fue apagando el ruido. La bala debió de internarse unos cien metros en el Atlántico. Era posible que hubiera matado a algún pez.

—No era falsa —dijo—. Y soy lo bastante rápido.

—Vale.

Abrió el cilindro y dejó caer el casquillo, que tintineó contra la piedra del suelo.

—Eres gilipollas. Gilipollas y un asesino de polis.

—¿Fuiste poli?

Asintió.

—Hace mucho tiempo.

—¿Duke es nombre o apellido?

—Apellido.

—¿Por qué necesita seguridad armada un importador de alfombras?

—Ya te ha dicho que es un negocio duro. Se mueve mucho dinero.

—¿Queréis realmente que me quede?

—Podría ser. Si hay alguien que quiera darnos por saco, nos vendrá bien tener algo de carne de cañón. Mejor tú que yo.

—He salvado al chico.

—¿Y qué? Ponte a la cola. Todos hemos salvado al chico en un momento u otro. O a la señora Beck. Incluso al señor Beck.

—¿Cuántos sois?

—No los suficientes. Al menos, en caso de que nos estén atacando.

—¿Qué es esto, una guerra?

No respondió. Me dejó allí y volvió a la casa. Le di la espalda a aquel mar bravo y seguí a Duke.

En la cocina no quedaba nada que hacer. El mecánico había desaparecido y la cocinera y la chica de servicio estaban limpiando. Apilaban platos en una máquina lo bastante grande para un restaurante. La chica de servicio era muy torpe. No sabía dónde iba cada cosa. Miré a mi alrededor en busca de café. Pero no había café. Duke volvió a sentarse a la mesa, que ya estaba vacía. No había actividad. No había urgencia. Me embargó la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Me parecía que el periodo de gracia de cinco días que había estimado Susan Duffy no era realista. Cinco días son demasiados cuando estás reteniendo a dos individuos sanos de manera ilegal. Me habría sentido más cómodo si hubiera dicho tres. Tres días. Me habría impresionado su sentido del realismo.

—Vete a la cama. La jornada empieza a las seis y media de la mañana — me dijo Duke.

—¿Para hacer qué?

—Para hacer lo que yo te diga.

—¿Vas a volver a encerrarme?

—Cuenta con ello. Te abriré a las seis y cuarto. Quiero que a las seis y media estés aquí abajo.

Esperé en la cama hasta que le oí llegar y cerrar la puerta. Luego, esperé un rato más hasta que estuve seguro de que no iba a volver. Entonces, me quité el zapato y comprobé si había recibido algún mensaje. Encendí el pequeño emisor y la diminuta pantalla verde se llenó con un animado anuncio en letras destacadas: «¡Tienes correo!». Solo había un mensaje. Lo enviaba Susan Duffy. Era una pregunta escueta: «¿Ubicación?». Pulsé responder y escribí: «Abbot, Maine, costa, 20 min sur de Portland, casa sola en una lengua de roca en el mar». Con eso iba a tener que bastarles, porque no tenía ni una dirección postal ni coordenadas exactas para el GPS. En cualquier caso, acabarían dando con la casa si examinaban bien un mapa de la zona a gran escala. Pulsé enviar.

Luego, me quedé mirando la pantalla. No tenía muy claro cómo funcionaban los correos electrónicos. ¿Era una comunicación instantánea, como las llamadas telefónicas? ¿O esperaba mi respuesta en alguna especie de limbo durante un tiempo, antes de llegar? Di por hecho que Duffy estaría esperándola. Que Eliot y ella estarían las veinticuatro horas del día esperando correo.

Noventa segundos después, en la pantallita volvió a aparecer el mismo mensaje: «¡Tienes correo!». Sonreí. Parecía que aquel cacharro funcionaba. En esa ocasión, el mensaje era más largo. Solo eran veintiséis palabras, pero tuve que ir bajando la pantalla para leerlo entero. Decía: «Miraremos en los mapas. Gracias. Las huellas dactilares dicen que los dos guardaespaldas que tenemos bajo custodia son exmilitares. Todo bajo control aquí. ¿Y usted? ¿Avances?».

Pulsé RESPONDER y tecleé: «Puede que esté contratado». Luego, pensé unos segundos en Quinn y en Teresa Daniel y añadí: «Por lo demás, ningún avance». Pensé un poco más y escribí: «Pregunte de mi parte al PM Powell lo siguiente: cita 10-29,1030,10-24,10-36 fin de la cita, acerca de los dos guardaespaldas». Luego, pulsé ENVIAR. Me fijé en que la maquina me avisaba de que «Su mensaje ha sido enviado» y levanté la vista para mirar la oscuridad que había al otro lado de la ventana. Esperaba que la generación de Powell aún hablase el mismo lenguaje que la mía. 10-29, 10-30, 10-24 y 10-36 eran cuatro códigos estándares de radio que utilizaba la Policía Militar y que no significaban mucho por sí mismos. 10-29 significaba «Señal débil». Era una queja procedimental acerca de que el equipo fallaba. 10-30 significaba «Requiero ayuda no urgente». 10-24: «Persona sospechosa». 10-36: «Por favor, pase mis mensajes». El 10-30, la petición de ayuda no urgente, se utilizaba para que la cadena no llamara la atención de nadie. La cadena se grabaría, la archivarían y caería en el olvido para siempre. Ahora bien, si se leía en conjunto, la cadena era una especie de jerga clandestina; al menos, cuando yo aún vestía de uniforme. Lo de «Señal débil» quería decir «Esto hay que mantenerlo en secreto». El hecho de no considerar urgente la cadena con ese 10-30 confirmaba lo primero: «Que esto no llegue a los archivos prioritarios». Lo de «Persona sospechosa» no necesita explicación. Y, en cuanto a lo de «Por favor, pase mis mensajes», lo que en realidad quería decir es que me tuviera al tanto. Así que, si conseguían dar con Powell, para él, aquella cadena de mensajes significaría: «Investigue a estos dos tipos sin que nadie se entere y póngame al corriente». Esperaba que dieran con él,

porque me debía una. Me debía una gorda. Me había vendido, así que daba por hecho que se esforzaría por compensármelo.

Volví a mirar la pantallita: «¡Tienes correo!». Era Duffy: «De acuerdo, dese prisa». Respondí: «Lo intento». Apagué el dispositivo y volví a guardarlo en el tacón. Luego, observé la ventana.

Era una típica ventana de guillotina de dos hojas. La hoja de abajo se deslizaba por delante de la hoja de arriba. No tenía mosquitera. La ventana estaba pintada por dentro con una fina capa de pintura bien aplicada. Por fuera, la capa de pintura era gruesa y grumosa porque era evidente que habían tenido que dar una capa tras otra para combatir los embates del clima. La ventana tenía un pestillo de latón. Era antiguo. No había ningún elemento de seguridad moderno. Descorrí el pestillo y levanté la ventana. Se atascaba debido al grosor de la capa de pintura exterior, pero se movía. La abrí algo más de diez centímetros y la fría brisa marina entró y me envolvió. Me asomé y busqué alarmas. No había ninguna. Me giré e inspeccioné la parte superior del marco. No había el más mínimo signo de que hubiera sistema de seguridad alguno. Era comprensible, la ventana estaba a quince metros del suelo y, como quien dice, sobre las rocas y el océano. Además, era imposible acceder a la casa debido al muro y al agua que la rodeaba.

Miré hacia abajo. Vi claramente dónde había estado con Duke cuando este me había llevado afuera para disparar la bala. Permanecí con medio cuerpo fuera durante unos cinco minutos, apoyado en los codos, mirando el océano, oliendo el aire salado y pensando en la bala. Había apretado el gatillo seis veces. La habría liado parda. Mi cabeza habría explotado, las alfombras habrían quedado inservibles y habría astillado parte de los paneles de roble. Bostecé. El pensar en aquello y la brisa marina me estaban dando sueño. Entré, bajé la ventana de golpe y me metí en la cama.

Cuando Duke abrió la puerta a las seis y cuarto de la mañana del duodécimo día, miércoles, yo ya estaba despierto, duchado y vestido. Era el cumpleaños de Elizabeth Beck. Ya había consultado el dispositivo. Nada, no había mensajes. No me preocupaba. Pasé diez minutos junto a la ventana, en silencio. El amanecer estaba justo allí, delante de mí, y el mar estaba en calma. Era un mar gris, aceitoso y sumiso. La marea había bajado y las rocas estaban a la intemperie. Se habían formado pozas aquí y allí. Había pájaros en la orilla. Araos negros. Empezaban a salirles las plumas de la primavera. El gris se iba convirtiendo en negro. Tenían las patas de un color rojo brillante.

A lo lejos, dando vueltas en el cielo, veía cormoranes y gaviotas de lomo negro. Las gaviotas argénteas se tiraban en picado en busca de desayuno.

Esperé a que los pasos de Duke se hubieran apagado, bajé las escaleras y fui a la cocina, donde me encontré cara a cara con el gigante de la casita que había junto a la verja. Estaba al lado del fregadero, bebiendo agua en un vaso. Seguro que acababa de tomarse su pastilla de esteroides. Era un tipo muy grande. Yo mido un metro noventa y cinco y tengo que vigilar cuando paso por las puertas de setenta y cinco centímetros de anchura. El gigante andaría por los dos metros diez, unos quince centímetros más que yo, y yo diría que, de hombros, unos veinticinco centímetros más ancho que yo. En cuanto al peso, debía de pesar unos noventa kilos más que yo, puede que más. Sentí ese estremecimiento interior que me produce estar junto a alguien tan grande que hace que me sienta pequeño. Es como si el mundo se desnivelara un poco.

—Duke está en el gimnasio —me dijo.

—¿Ah, pero hay un gimnasio?

—En el sótano.

Tenía la voz clara, aguda. Debía de llevar años comiendo esteroides como caramelos. No le brillaban los ojos y tenía la piel mate. Unos treinta y cinco años, pelo grasiento y rubio, con una camiseta sin mangas y pantalón de chándal. Tenía los brazos más gruesos que yo los muslos. Parecía un dibujo animado.

—Entrenamos antes del desayuno —me informó.

—Muy bien. Pues entrena.

—Tú también.

—Yo nunca entreno.

—Duke te espera. Si trabajas aquí, entrenas.

Consulté el reloj. Las seis y veinticinco minutos. El tiempo corría.

—¿Cómo te llamas?

No respondió. Se me quedó mirando como si pensara que estaba preparándole alguna trampa. Ese es otro de los problemas de los esteroides. Si tomas demasiados, el cerebro se te reprograma y, al parecer, el de aquel tipo ni siquiera había sido gran cosa al principio. Parecía una persona mezquina y estúpida, no había mejor manera de describirlo, y, claro, aquella no era una buena combinación. Algo había en su cara. No me gustaba. Desde luego, no estaba empezando con buen pie en lo que se refiere a que me cayeran bien mis nuevos compañeros de trabajo.

—No es una pregunta tan difícil —añadí.

—Paulie.

Asentí.

—Encantado de conocerte, Paulie. Yo soy Reacher.

—Lo sé. Estuviste en el ejército.

—¿Y eso es un problema?

—No me caen bien los oficiales.

Asentí.

«Lo han comprobado».

Sabían cuál había sido mi rango. Algún tipo de acceso tenían.

—¿Por qué no? ¿Acaso suspendiste el examen para oficial?

No respondió.

—Venga, vamos a ver a Duke —dije.

Dejó el vaso de agua en la encimera y me llevó hasta un pasillo trasero. Una vez allí, abrió una puerta que daba a unas típicas escaleras de sótano, de esas de madera. El sótano era igual de grande que la planta de la casa. Debía de estar excavado en la roca. Las paredes eran de piedra alisada con cemento. El aire era un poco húmedo y olía a moho. Del techo, montadas en un casquillo y protegidas con un enrejado, colgaban sencillas bombillas. Había varias habitaciones. Una de ellas era muy grande y estaba pintada de blanco. El suelo estaba cubierto con linóleo también blanco. Olía a sudor rancio. Había una bicicleta estática, una cinta de correr y una máquina de musculación, además de un saco de boxeo que colgaba de una viga. Al lado del saco, una pera de boxeo. En una balda había unos guantes de boxeo. Mancuernas en unos estantes, y discos de pesos apilados en el suelo junto a un banco. Duke estaba al lado, de pie. Llevaba el mismo traje oscuro del día anterior. Parecía muy cansado, como si llevara despierto toda la noche. No se había duchado. Estaba despeinado y tenía el traje arrugado, en especial, por detrás.

Paulie empezó con una especie de complicada rutina de estiramientos. Tenía tantísimo músculo que la articulación de sus brazos y de sus piernas era limitada. Los bíceps eran demasiado grandes, lo que le impedía tocarse los hombros con las manos. La máquina de pesos disponía de todo tipo de asas, barras y tiradores. Tenía también unos fuertes cables negros que ascendían y descendían por poleas hasta llegar a una alta pila de planchas de plomo. Para moverlas todas uno tendría que ser capaz de levantar unos doscientos veinticinco kilos.

—¿Estás entrenando? —le pregunté a Duke.

—No es asunto tuyo.

—Yo tampoco voy a entrenar.

Paulie giró su ancho cuello y me miró. Luego, se tumbó de espaldas en el banco y se removió de un lado para otro hasta ajustar los hombros debajo de la barra que descansaba sobre las perchas. La barra tenía una serie de discos de pesas a los lados. El hombre gruñó un poco y la cogió con ambas manos. Sacó la lengua y la metió unas cuantas veces como si estuviera a punto de realizar un esfuerzo supremo. Luego, levantó la barra lo suficiente como para liberarla de las perchas. La barra se dobló y se tambaleó. Soportaba tanto peso que las puntas se arquearon hacia abajo. Era como estar viendo una de esas películas antiguas de levantadores de pesos rusos en los Juegos Olímpicos. Volvió a gruñir y levantó la barra hasta que tuvo los brazos rectos. Después de un segundo, volvió a apoyar la barra en las perchas. Giró la cabeza y me miró, como si esperara que estuviera impresionado. Y lo cierto es que lo estaba y no lo estaba. Era mucho peso, sí, pero él tenía mucho músculo. En cualquier caso, el músculo de esteroides es músculo de pega. Parece la leche y funciona a las mil maravillas para levantar peso, pero es lento, pesa mucho y te cansa porque tienes que transportarlo de un sitio para el otro.

—¿Puedes levantar ciento ochenta kilos? —me soltó. Estaba sin aliento.

—No lo he intentado nunca.

—¿Quieres probar?

—No.

—Pues le vendría bien a un debilucho como tú. Te desarrollaría el cuerpo.

—Soy oficial, no necesito desarrollar el cuerpo. Si quiero levantar ciento ochenta kilos en un banco de pesas, busco a algún gorila imbécil y le digo que lo haga por mí.

Se me quedó mirando. No le hice caso y me centré en el gran saco de boxeo. Era el típico de cualquier gimnasio. No estaba nuevo. Lo empujé suavemente con la palma de la mano y empezó a balancearse. Duke me observaba. Luego, miró a Paulie. Algo había captado que a mí se me había escapado. Volví a empujar el saco. Los habíamos utilizado en multitud de ocasiones en los entrenamientos de combate cuerpo a cuerpo del ejército. Solíamos llevar el uniforme de gala para simular que íbamos vestidos de calle y utilizábamos el saco para aprender a dar patadas. En una ocasión, hacía años, había roto uno de un taconazo. La arena cayó al suelo. Di por hecho que aquello habría impresionado a Paulie, pero no iba a intentarlo de nuevo, porque llevaba el emisor de correos electrónicos escondido en el tacón y no quería estropearlo. No se me ocurrió otra chorrada que pensar en decirle a Duffy que debería poner el aparatito en el zapato izquierdo. Aunque, claro, ella era zurda. Quizá ella pensara que había hecho lo mejor.

—No me caes bien —me soltó Paulie.

Supuse que se refería a mí porque me estaba mirando. Tenía los ojos pequeños. Le brillaba la piel. Era un desequilibrio químico con patas. Exudaba componentes exóticos por los poros.

—Deberíamos echar un pulso —me dijo.

—¿Qué?

—Que deberíamos echar un pulso.

Se me acercó, ágil y sin hacer ruido. Se me acercó tanto que me miraba desde arriba. Como quien dice, me quitaba la luz. Su sudor tenía un olor muy acre.

—No quiero echar un pulso contigo.

Me fijé en que Duke me miraba. Luego, me fijé en las manos de Paulie. Las había cerrado. No eran gigantescas. Los esteroides no le hacen nada a las manos de una persona, a menos que las ejercite y, en general, nadie ejercita las manos.

—Maricona —me insultó.

No respondí.

—Maricona —repitió.

—¿Qué obtiene el que gana? —le pregunté.

—Satisfacción.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

—De acuerdo, vamos a echar un pulso.

Me dio la sensación de que se quedaba sorprendido, pero se fue al banco de pesas rápidamente. Me quité la chaqueta, la doble y la dejé sobre la bicicleta estática. Me desabroché el puño derecho y me remangué hasta el hombro. Al lado del de Paulie, mi brazo parecía muy delgado. En cambio, mi mano era algo más grande que la suya. Mis dedos eran más grandes. Por otro lado, el poco músculo que yo tenía era pura genética, no como el suyo, que había salido de un bote de pastillas.

Nos arrodillamos el uno frente al otro, cada uno a un lado del banco, y plantamos el codo en él. Su antebrazo era algo más largo que el mío, por lo que iba a tener que retorcer la muñeca para sujetarme la mano, lo cual me favorecería. Entrechocamos las palmas y nos agarramos la mano con fuerza. Duke se situó en la cabecera del banco, como si fuera el árbitro.

—¡Ya! —dijo.

Hice trampas desde el primer momento. El objetivo de los pulsos es utilizar la fuerza de tu brazo y de tu hombro para rotar la mano hacia abajo,

junto con la de tu oponente, y llevarla hasta la lona. Yo no tenía ninguna oportunidad de conseguirlo. Desde luego, contra aquel tipo no. Ninguna. Bastante haría con mantener la mano en la posición inicial. Así que no intenté ganar. Me limité a apretar. Un millón de años de evolución nos habían proporcionado el pulgar oponible, es decir, un dedo que puede hacer la función de pinza si lo mueves hacia los otros cuatro. Le cogí los nudillos y se los estrujé sin piedad. Y yo, desde luego, tengo las manos muy fuertes. Me concentré en mantener el brazo recto. Le miré a los ojos y le apreté la mano hasta que sentí que le chasqueaban los nudillos. Entonces, apreté con más fuerza. Y con más fuerza. No se rindió. Era tremendamente resistente. Soportó la presión. Empecé a sudar y a jadear. Me limitaba a intentar no perder. Permanecimos así como un minuto, esforzándonos y temblando en silencio. Apreté con más fuerza. El dolor de su mano fue en aumento. Me fijé en que empezaba a reflejarse en su rostro. Apreté entonces con más fuerza todavía. Así es como lo consigues: piensan que el dolor no puede ser peor y, entonces, haces que sea peor. Y peor todavía, como una rueda dentada o una carraca. Cada vez peor, como si tuvieran por delante un universo de agonía infinito que avanzase hacia ellos paso a paso, paso a paso, implacable, como una máquina. Y, entonces, empiezan a concentrarse en su propia angustia, en su sufrimiento físico. Y, así, la idea empieza a bailar en sus ojos. Saben que estoy haciendo trampas, pero también saben que no pueden hacer nada al respecto. No pueden levantar la vista y gritar: «¡Eh, que me está haciendo daño! ¡No es justo!». Hacer eso los convertiría a ellos en las mariconas y, claro, eso no podrían soportarlo. Así que se callan. Se lo callan y empiezan a preocuparse de que la cosa empeore. Y claro que va a empeorar, desde luego. Queda muchísimo dolor por llegar. Miré a Paulie a los ojos y apreté con más fuerza. El sudor empezaba a hacer que su mano estuviera resbalosa, por lo que la mía, cada vez más prieta, se movía con facilidad por encima de la suya. Y más prieta. No había entre nuestras manos fricción alguna que distrajera a Paulie. El dolor estaba concentrado en sus nudillos.

—Ya basta —dijo Duke—. Es un empate.

No relajé mi apretón. Paulie no cedió ante la presión. Su brazo seguía firme como un árbol.

—¡He dicho que basta, idiotas! ¡Tenemos trabajo!

Levanté el codo del banco bien alto para que no me sorprendiera con un esfuerzo de última hora. Él miró hacia otro lado y apartó el brazo del banco. Nos soltamos. Su mano tenía señales blancas y rojas y yo sentía como si me

ardiera la yema del pulgar. Se puso de pie y salió de la habitación. Oí sus fuertes pisadas en las escaleras de madera.

—Eso ha sido una auténtica estupidez —me dijo Duke—. Acabas de ganarte otro enemigo.

Me faltaba el aliento.

—¿Y qué querías, que perdiera?

—Habría sido mejor.

—No es mi estilo.

—Entonces, eres gilipollas.

—Tú eres el jefe de seguridad. Eres tú quien debería decirle que se comportara conforme a su edad.

—Eso no es fácil.

—Pues deshazte de él.

—Eso tampoco es fácil.

Me incorporé poco a poco. Me bajé la manga y me abroché el puño. Consulté el reloj. Eran casi las siete de la mañana. El tiempo corría.

—¿Qué voy a hacer hoy?

—Conducir una furgoneta —dijo Duke—. Sabrás conducir una furgoneta, ¿no?

Asentí, porque, claro, no podía decir que no. Al fin y al cabo, era lo que hacía cuando salvé a Richard Beck.

—Tengo que pegarme otra ducha. Y necesito ropa limpia.

—Díselo a la chica de servicio. —Era evidente que estaba cansado—. ¿Qué te crees, que soy tu puto ayuda de cámara?

Se me quedó mirando unos instantes y, después, se fue hacia las escaleras y me dejó solo en el sótano. Me estiré, resoplé y sacudí la mano para relajar la presión. Luego, cogí la chaqueta y empecé a buscar a Teresa Daniel. En teoría, lo más probable era que estuviera encerrada allí abajo. Pero no la encontré. El sótano era una madriguera de espacios excavados en la roca. La mayoría de ellos tenían un propósito claro. En uno había una caldera con un calentador que no dejaba de rugir y del que salía un montón de tuberías. Otro era un cuarto de lavado con una enorme lavadora colocada encima de una mesa de madera para drenar el agua por efecto de la gravedad a una tubería que corría por la pared a la altura de la rodilla. Había zonas de almacenaje. Dos habitaciones estaban cerradas con llave. Tenían una puerta recia. Escuché detrás de ellas, pero no oí nada en el interior. Di unos golpecitos suaves en ambas, pero no obtuve respuesta en ninguna de ellas.

Subí las escaleras y me encontré con Richard Beck y su madre en el pasillo principal. Richard se había lavado el pelo y se lo había peinado con raya baja a la derecha, por lo que le caía frondoso hacia la izquierda; sin duda, para esconder la ausencia de la oreja. Me recordaba ese peinado que llevan los ancianos para disimular que se están quedando calvos. Su rostro seguía siendo ambivalente. Era evidente que se sentía cómodo en la oscura seguridad que le proporcionaba su hogar, pero también se sentía un poco atrapado en él. Esbozó una ligera sonrisa, como si se alegrara de verme, y me dio la impresión de que no se debía solo a que le hubiera salvado el culo el día anterior, sino a que era consciente de que yo representaba el mundo exterior.

—Feliz cumpleaños, señora Beck —dije.

La mujer me sonrió como si se sintiera halagada porque me hubiera acordado. Tenía mejor aspecto que el día anterior. Tendría diez años más que yo, pero creo que, si me la hubiera encontrado en otro sitio, en un bar o en un club, o en un largo viaje de tren, le habría prestado cierta atención.

—Va a quedarse usted con nosotros una temporada —me anunció.

Entonces, la expresión de su cara cambió de golpe, como si acabara de caer en la cuenta de la razón, de por qué iba a quedarme con ellos un tiempo. Me escondía allí porque había matado a un policía. De pronto, se mostró confusa, miró en otra dirección y reemprendió la marcha por el pasillo. Richard la siguió, aunque se giró para mirarme por encima del hombro. Fui a la cocina. Paulie no estaba allí, pero Zachary Beck me estaba esperando.

—¿Qué armas tenían los de la camioneta Toyota?

—Uzis —respondí. «Cíñete a la verdad, como todo buen artista del engaño»—. Y una granada.

—¿Qué Uzis?

—Las Micro. Las pequeñas.

—¿Y qué cargadores?

—Los cortos. Los de veinte balas.

—¿Está usted seguro del todo?

Asentí.

—¿Es usted experto en Uzis?

—Las diseñó un teniente del ejército israelí que se llamaba Uziel Gal, un hombre que arreglaba todo. Les hizo todo tipo de mejoras a los viejos modelos 23 y 25 checos hasta que diseñó un arma propia. Eso fue en 1949. La Uzi original entró en producción en 1953. Su franquicia la tienen Bélgica y Alemania. Con el tiempo, he visto unas cuantas.

—¿Y está usted seguro de que eran las Micro con el cargador corto?

—Sí, seguro.

—Vale —respondió como si aquello significara algo para él.

Acto seguido, salió de la cocina. Yo me quedé allí, pensando en el porqué de aquellas preguntas y en las arrugas del traje de Duke. Aquella combinación me preocupaba.

Di con la chica de servicio y le dije que necesitaba ropa. Ella me enseñó una larga lista de la compra y me dijo que tenía que ir al supermercado. Le dije que no le estaba pidiendo que me comprara ropa, sino que me consiguiera la de alguien. Se puso roja, ladeó la cabeza y se quedó callada. Entonces, la cocinera llegó de algún lado, se apiadó de mí y me frió unos huevos y un poco de beicon. También me preparó un poco de café, lo que hizo que el día adquiriera una luz mejor. Comí y bebí y, después, subí los dos pisos que había hasta mi habitación. La chica de servicio me había dejado ropa en el pasillo, junto a la puerta, bien doblada. Un pantalón vaquero negro y una camisa vaquera negra. Unos calcetines negros y unos calzoncillos blancos. Cada prenda estaba limpia y planchada. Di por hecho que sería ropa de Duke. La de Beck padre o la de Beck hijo me habría quedado pequeña, y con la de Paulie habría parecido un niño con la ropa a su padre. Cogí la muda y entré en la habitación. Me encerré en el cuarto de baño y me quité el zapato para comprobar si tenía correo. Había un mensaje. Era de Susan Duffy y decía: «Hemos dado con su localización en el mapa. Vamos a mudarnos a 40 km al sudoeste, a un motel cerca de la I-95. Respuesta de Powell: cita solo para usted, ambos LD después de 5, 10-2, 10-28 fin de la cita. ¿Avances?».

Sonreí. Powell seguía hablando nuestro idioma. «Ambos LD después de 5» significaba que a ambos los habían licenciado con deshonor después de cinco años de servicio. Cinco años es demasiado tiempo en el ejército como para que el licenciamiento se produzca por ineptitud o por cometer errores durante los entrenamientos. Esas cosas se detectan enseguida. La única manera de que te larguen después de cinco años es que seas mala persona. Y el 10-2 y el 10-28 me daban la razón. El 10-28 era una respuesta estándar de radio que significaba «alto y claro». El 10-2 era una llamada estándar de radio que significaba «se necesita ambulancia con urgencia». Ahora bien, si los leías juntos, como jerga de la Policía Militar, «Se necesita ambulancia con urgencia, alto y claro», significaba: «A esos tipos habría que matarlos, no hay ninguna duda». Estaba claro que Powell había mirado en los archivos y no le había gustado nada lo que había visto.

Pulsé el botón de RESPONDER y escribí: «Ningún avance aún, manténganse atentos». Luego, pulsé ENVIAR y volví a guardar el emisor en el zapato. No pasé mucho tiempo en la ducha. Me limpié el sudor del gimnasio y me vestí con la ropa prestada. Me puse mis zapatos, mi chaqueta y el abrigo que me había dado Susan Duffy. Bajé las escaleras y me encontré a Zachary Beck y a Duke en el pasillo. Ambos llevaban abrigo. Duke tenía las llaves de un vehículo en la mano. Todavía no se había duchado. Seguía pareciendo cansado. Me miraba con el ceño fruncido. Quizá no le gustara que llevara puesta su ropa. La puerta principal de la casa estaba abierta y vi pasar a la chica de servicio en un Saab, camino de la compra. Quizá fuera a por un pastel de cumpleaños.

—Vamos —dijo Beck como si hubiera mucho trabajo que hacer y poco tiempo para hacerlo.

Los acompañé hasta la puerta principal. El detector de metales volvió a pitar cuando salíamos. Pitó dos veces, una por cada uno de ellos, pero no pitó por mí. Afuera, la brisa era fría, fresca. El cielo estaba claro. El Cadillac negro de Beck nos esperaba en la zona de aparcamiento. Duke abrió la puerta de atrás y Beck entró en el coche. Yo me senté en el asiento del copiloto. Me pareció lo adecuado. Nadie dijo nada.

Duke se sentó al volante, arrancó y fue acelerando por el camino de entrada. Vi a Paulie a lo lejos. Estaba abriendo la verja para el Saab. Había vuelto a ponerse el traje. Permaneció de pie junto a la verja y esperó a que pasáramos. Lo dejamos atrás y seguimos en dirección oeste, alejándonos del mar. Me giré y vi cómo el gigante cerraba la verja.

Duke condujo unos veinticinco kilómetros tierra adentro y giró hacia el norte en la autopista, en dirección a Portland. Yo miraba por el parabrisas y me preguntaba adonde estarían llevándome. Y qué me esperaba una vez hubiéramos llegado.

Me llevaron hasta el puerto, aunque no llegamos a entrar. Nos encontrábamos en las afueras de la ciudad. Veía las estructuras superiores de los barcos emerger del agua, y grúas por todos lados. Había contenedores abandonados en aparcamientos en cuyo asfalto hacía tiempo que habían empezado a crecer malas hierbas. Los edificios de oficinas eran alargados y bajos. Entraban y salían camiones. Las gaviotas estaban por todas partes. Duke cruzó una verja que daba a un pequeño aparcamiento con el asfalto cuarteado y parches de alquitrán aquí y allí. En el aparcamiento solo había una furgoneta de carga

aparcada justo en el medio. Era un vehículo de tamaño mediano, construido a partir del marco de una camioneta y con una gran caja posterior. La caja era más ancha que la cabina y parecía que la envolviera. Era una de esas furgonetas que encontrabas en cualquier sucursal de empresas de alquiler de vehículos. No era ni la más grande ni la más pequeña. No estaba rotulada. Era azul, lisa, salpicada de manchas de óxido. Era vieja y estaba claro que había pasado la vida bajo la brisa marina.

—Las llaves están en el lateral de la puerta —me dijo Duke.

Beck se inclinó hacia delante y me entregó un trozo de papel. En él había una serie de indicaciones para llegar a un sitio de Nueva Londres, en Connecticut.

—Siga las indicaciones hasta llegar a esta dirección. Se trata de un aparcamiento muy parecido a este. Allí encontrará una camioneta idéntica a esta. Las llaves están también en el lateral de la puerta. Deje esta camioneta allí y traiga aquella.

—Y no mires lo que hay en ninguna de las dos —añadió Duke.

—Y conduzca despacio, respetando los límites de velocidad —ordenó Beck—. No queremos que llame la atención.

—¿Por qué? ¿Qué hay dentro?

—Alfombras —me dijo Beck desde detrás—. No piense mal, estoy pensando en usted. Como lo buscan, es mejor que no llame la atención. Así que no tenga prisa. Párese a tomar un café. Actúe con normalidad.

No dijeron nada más. Salí del Cadillac. El aire olía a mar, a aceite, a tubo de escape de diésel y a pescado. Soplaban el viento. Por todos lados se oían los típicos ruidos industriales y el chillido y el graznido de las gaviotas. Fui hasta la furgoneta azul. La rodeé por la parte de atrás camino de la puerta del conductor y me fijé en que la manija de la puerta enrollable tenía un sello de plomo. Llegué a la puerta del conductor y la abrí. Enseguida encontré las llaves. Subí y arranqué el motor. Me puse el cinturón de seguridad, me puse cómodo, metí primera y salí del aparcamiento. Vi a Beck y a Duke en el Cadillac. Me observaban. No había expresión alguna en su rostro. Me detuve en el primer cruce, lo tomé a la izquierda y me marché en dirección sur.

«El tiempo corre».

No me lo podía quitar de la cabeza. Aquella labor que me habían encomendado era una prueba e iba a llevarme, al menos, diez horas. Diez horas que no podía permitirme desperdiciar. Además, aquella furgoneta era una tartana. Vieja, con la dirección dura y el motor que no dejaba de rugir y la transmisión, de chirriar. La suspensión estaba blanda y cascada, por lo que el vehículo se movía como si flotase. Los retrovisores eran grandes, rectangulares, estaban atornillados a las puertas y apenas me dejaban ver a diez metros por detrás de mí. Iba por la I-95, en dirección sur, por una carretera tranquila. Estaba bastante seguro de que no me seguía nadie. Bastante, pero no del todo.

Reduje la velocidad tanto como pude, me revolví, pisé el acelerador con el pie izquierdo, me agaché y me quité el zapato derecho. Me lo puse en el regazo y saqué el dispositivo con una mano. Lo sujeté a la altura de la parte superior del volante y conduje y escribí al mismo tiempo: «Reunión urgente en la primera área de servicio de la I-95 en dirección sur la siguiente salida es la de Kennebunk traigan plomo y algo para soldar hierro del Radio Shack o de alguna ferretería». Luego, pulsé enviar y dejé el emisor en el asiento de al lado. Volví a calzarme, pisé el acelerador con el pie derecho y me puse recto. Volví a mirar por los retrovisores. Nada. Así que hice unas operaciones matemáticas. De Kennebunk a Nueva Londres debía de haber unos trescientos veinte kilómetros, puede que algo más. Cuatro horas yendo a ochenta kilómetros por hora. Dos horas cincuenta yendo a ciento diez kilómetros, que era, muy probablemente, lo más rápido que iba a sacarle a aquella furgoneta. Así que, como mucho, tenía un margen de una hora y diez minutos para hacer lo que decidiera que tenía que hacer.

Seguí conduciendo. Seguí a ochenta kilómetros por hora y por el carril de la derecha. Todos me pasaban. Nadie se quedaba detrás de mí. No llevaba cola. No estaba seguro de si eso era bueno o malo. La alternativa podría ser

peor. Pasé la salida de Kennebunk a los veintinueve minutos. Vi el cartel de un área de servicio un kilómetro y medio después. Prometía comida, gasolina y aseos a once kilómetros. Tardé en llegar ocho minutos y medio. La salida era una carretera un tanto empinada que pasaba entre una serie de matorrales. No había buena visibilidad. Las hojas eran nuevas y pequeñas, pero eran tantas que no se veía apenas nada. El área de servicio me resultaba invisible. Dejé que la furgoneta navegase y coronase la subida y, después, conduje por un área de servicio interestatal estándar. Solo era una carretera ancha con aparcamientos en diagonal a uno y otro lado, y un grupo de edificios bajos de ladrillo a la derecha. La gasolinera estaba pasada los edificios. Debía de haber una decena de coches aparcados cerca de los aseos. Uno de ellos era el Taurus de Susan Duffy. El último de la izquierda. La agente estaba de pie junto al vehículo, con Eliot a su lado.

Conduje despacio al pasar por su lado, les hice un gesto con la mano para que esperasen y aparqué cuatro huecos más allá de su coche. Apagué el motor y permanecí allí sentado un rato, agradecido por el repentino silencio. Volví a guardar el emisor en el tacón y me abroché los cordones. Luego, intenté parecer una persona normal. Estiré los brazos, abrí la puerta, salí de la furgoneta, caminé con torpeza unos instantes, fingiendo calambres en las piernas, y me mostré entusiasmado por el olor a bosque. Di un par de vueltas y observé con atención toda el área. Me quedé quieto unos instantes y me fijé en la salida. No apareció nadie. En la autopista el tráfico era muy ligero, pero estaba tan cerca que hacía bastante ruido. Los numerosos árboles nos aislaban, lo que me hacía sentir seguro. Conté setenta y dos segundos, que, aproximadamente, equivalen a kilómetro y medio a ochenta kilómetros por hora. Nadie subió por la salida. Y nadie te sigue a más de kilómetro y medio de distancia. Así que corrí hasta donde me esperaban Duffy y Eliot. Él iba vestido con ropa informal y no parecía muy cómodo con ella. Ella llevaba unos vaqueros gastados y la misma chaqueta de cuero ajada que ya le había visto. Estaba espectacular con aquel conjunto. Ninguno de los dos invirtió ni un segundo en saludos, de lo que me alegré.

—¿Adónde va? —me preguntó Eliot.

—A Nueva Londres, Connecticut.

—¿Qué transporta en la furgoneta?

—No lo sé.

—No le han seguido —comentó Duffy, más como una afirmación que como una pregunta.

—Podría haber un dispositivo electrónico —dije yo.

—¿Dónde estaría?

—En la parte de atrás, si es que tienen seso. ¿Han traído el soldador?

—Aún no, pero está de camino. ¿Para qué lo necesita?

—Hay un sello de plomo. Tenemos que ser capaces de rehacerlo.

La agente miró la salida con ansiedad.

—Es algo complicado de conseguir con poca antelación.

—Centrémonos en lo que podemos hacer mientras esperamos —dijo Eliot.

Fuimos corriendo hasta la furgoneta azul. Me tiré al suelo y miré por debajo del vehículo. Estaba lleno de barro de tiempos inmemoriales y de manchas de aceite y de algún tipo de líquido.

—Aquí seguro que no lo han puesto —comenté—. Necesitarían un cincel para acercarse siquiera al metal.

Eliot lo encontró dentro de la cabina a los quince segundos de empezar a buscar. Estaba pegado a la espuma de la parte de abajo del asiento del copiloto, enganchado con un poco de velero. Era un pedacito de metal poco mayor de un cuarto de dólar y de algo más de un centímetro de grosor. De él salía un alambre de unos veinte centímetros de largo que, presumiblemente, era la antena transmisora. Eliot atrapó el aparatito en el puño, salió a toda prisa de la cabina y se quedó mirando la entrada del área de servicio.

—¿Qué sucede? —le preguntó Duffy.

—Es raro... Estos cacharros suelen tener una pila, nada más. Poca fuerza, corto alcance. No se recibe nada con ellos a más de tres kilómetros. Si es así, ¿dónde está el tipo que lo sigue?

La entrada del área de servicio seguía vacía. Yo había sido el último que la había tomado. Permanecimos quietos. El aire era tan frío que nos lagrimeaban un poco los ojos. Nos quedamos mirando al vacío. El tráfico sonaba por detrás de los árboles, pero por la entrada del área de servicio no llegaba nadie.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? —me preguntó Eliot.

—Unos cuatro minutos. Puede que cinco.

—No tiene sentido. Eso querría decir que el que le sigue va a entre seis y ocho kilómetros de usted... Es una distancia a la que no se puede oír este cacharro.

—Puede que no me siga nadie. Puede que confíen en mí.

—En ese caso, ¿para qué lo han puesto?

—Quizá no la han puesto ellos. Quizá lleva años ahí. Quizá hasta se han olvidado de él.

—Demasiados quizás.

Duffy se giró hacia la derecha y se quedó mirando los árboles.

—Podrían estar parados en el arcén de la autopista. A la misma altura a la que estamos nosotros.

Eliot y yo también nos giramos y nos pusimos a mirar hacia los árboles. Su teoría tenía sentido. Desde luego, aparcar junto al vehículo al que estás siguiendo no era, precisamente, una buena táctica de vigilancia.

—Vamos a echar una ojeada —dije.

Ante nosotros teníamos una estrecha franja de césped y, más allá, una zona igual de estrecha que los constructores de la autopista habían arrebatado al bosque y domesticado plantando arbustos y sembrándola de pequeños trozos de corteza de árbol. A partir de ahí solo había árboles. Los de la autopista los habían podado en dirección este y los del área de servicio los habían nivelado en dirección oeste pero, en medio, había una zona boscosa de unos doce metros de ancho llena de matorrales y árboles que bien podrían llevar allí desde el principio de los tiempos. Cruzarla fue complicado. Había zarzas y otros arbustos espinosos, además de ramas bajas. Por suerte, estábamos en abril. Cruzar esa misma zona en julio o en agosto habría sido imposible.

Nos detuvimos justo antes de que los árboles empezaran a dar paso a la maleza. Más allá estaba el arcén herboso de la autopista. Nos acercamos tanto como nos atrevimos y estiramos el cuello a derecha e izquierda. Allí no había nadie aparcado. En el arcén, hasta donde alcanzaba la vista, tampoco se veía a nadie, ni en el de nuestro lado ni en el de enfrente. El tráfico era escaso. Podían llegar a pasar cinco segundos sin que viéramos un solo vehículo. Eliot se encogió de hombros, como si no lo comprendiera. Dimos media vuelta y volvimos al área de servicio.

—No tiene sentido —repitió.

—No andan muy bien de gente —expliqué.

—No, están en la Ruta 1 —comentó Duffy—. Tiene que ser eso. La Ruta 1 va en paralelo a la I-95, por la costa. Desde Portland y en sentido sur. Lo normal es que no se alejen más de tres kilómetros la una de la otra.

Miramos en dirección este, como si, a través de aquel arbolado, pudiéramos ver un coche parado en el arcén de una carretera paralela.

—Yo lo haría así —continuó la agente.

Asentí. Era factible. Aunque tendría desventajas técnicas, claro, dado que, a tres kilómetros de seguimiento lateral, cualquier discrepancia debida al

tráfico haría que la señal se perdiera unos instantes. En cualquier caso, lo único que querían era saber la dirección que llevaba.

—Es posible —dije.

—No, es muy posible —repuso Eliot—. Duffy tiene razón. Es de sentido común. Quieren mantenerse fuera de sus espejos retrovisores tanto tiempo como sea posible.

Asentí una vez más.

—De una u otra forma, tenemos que dar por hecho que están ahí —comenté—. ¿Hasta dónde corre en paralelo la Ruta 1 con la I-95?

—Como quien dice, no se separan —contestó Duffy—. Desde luego, a Nueva Londres, Connecticut, llegan juntas. Se alejan para bordear Boston, pero vuelven a unirse.

—De acuerdo. —Consulté el reloj—. Llevo aquí unos nueve minutos. Lo suficiente para ir al cuarto de aseo y tomarme un café. Es hora de volver a poner la electrónica en la carretera.

Le pedí a Eliot que se metiera el transmisor en el bolsillo y que condujera el Taurus de Duffy en dirección sur a un ritmo constante de ochenta kilómetros por hora. Le dije que lo alcanzaría con la furgoneta en algún punto anterior a Nueva Londres. Ya me preocuparía entonces de cómo volver a poner el transmisor en el mismo sitio. Eliot se marchó en el coche y yo me quedé con Duffy. Miramos cómo el vehículo se alejaba en dirección sur y, después, nos giramos en dirección norte y nos quedamos observando la entrada del área de servicio. Solo tenía una hora y un minuto y necesitaba el soldador.

«El tiempo corre».

—¿Cómo es el sitio? —quiso saber Duffy.

—Una pesadilla.

Le conté lo del muro de granito de dos metros y medio, lo del alambre de espino que lo coronaba, la verja, los detectores de metal en las puertas y la habitación sin cerrojo interior. Le hablé de Paulie.

—¿Algún rastro de mi agente?

—Acabo de llegar.

—Está en esa casa. He de confiar en ello.

No dije nada.

—Tiene que conseguir algo —insistió—. A cada hora que pasa usted allí, en más problemas se mete. Y ella también.

—Ya lo sé.

—¿Cómo es Zachary Beck?

—Retorcido.

Le conté lo de las huellas dactilares en el vaso y que había hecho desaparecer el Maxima. Le conté lo de la ruleta rusa.

—¿Y jugó usted!?

—En seis ocasiones.

Miré la entrada del área de servicio.

Ella me observaba boquiabierta.

—¡Está usted loco! ¡Seis contra uno! ¡Podría estar muerto!

Sonreí.

—¿Ha jugado usted alguna vez a la ruleta rusa?

—¡Ni se me ocurriría! ¡La probabilidad es demasiado alta!

—Piensa usted como la mayoría de las personas. Como Zachary Beck. Él también cree que las probabilidades son seis contra uno pero, en realidad, se aproximan más a las seiscientas contra uno. O seis mil, incluso. Ponga usted una única bala en un revólver bien mantenido, como las Anacondas que me dejaron ustedes, y sería un milagro que el cilindro acabara descansando con la bala cerca siquiera de la parte superior. La inercia del giro del cilindro siempre llevará la bala a la parte inferior. El mecanismo de precisión, un poco de aceite y la gravedad se convierten en tus aliados. No soy idiota. La ruleta rusa es mucho más segura de lo que la gente cree. Además, merecía la pena correr el riesgo si, así, conseguía que me contratara.

Se quedó callada un instante.

—¿Qué impresión le da? —preguntó.

—Parece un importador de alfombras. Hay alfombras por toda la puta casa.

—¿Pero?

—Pero no lo es. Me apostaría mi pensión. Le pregunté sobre las alfombras y no me dijo gran cosa. Como si no le interesaran lo más mínimo. A la mayoría de las personas les gusta hablar de su negocio. A la mayoría de las personas, de hecho, es imposible callarlas.

—¿Tiene usted pensión?

—No.

Justo en ese momento, un Taurus igualito al de Duffy, excepto por el color, apareció por la cima de la entrada del área de servicio. Se detuvo un momento, mientras el conductor examinaba la zona y, después, aceleró con fuerza en nuestra dirección. Conducía el agente de más edad del equipo, ese al que había herido de muerte junto a la verja de la universidad. Se detuvo de golpe junto a la furgoneta azul y salió del coche de la misma manera en que

había salido del Caprice prestado. Llevaba una enorme bolsa roja y negra del Radio Shack. La bolsa estaba llena de cajas. La levantó, sonrió y se acercó para estrecharme la mano. Se había puesto una camisa limpia, pero el traje era el mismo del día anterior. Vi unos borrones allí donde había intentado limpiar la sangre de pega. Me lo imaginé de pie junto al lavamanos de su habitación del motel, esforzándose por limpiar el traje con la toalla de manos humedecida. No se le había dado muy bien. Parecía que se hubiera manchado de ketchup durante la cena.

—¿Ya lo tienen de recadero? —me preguntó.

—No sé de qué me tienen —respondí—. Hay un problema con un sello de plomo.

Asintió.

—Me lo he figurado. Con una lista de la compra como esta, ¿qué otra cosa iba a ser?

—¿Ya ha hecho esto antes?

—Yo soy de la vieja escuela. En su momento, hacíamos diez al día. Estábamos metidos en áreas de servicio de camiones cada dos por tres. ¡Llegábamos y salíamos antes de que el camionero hubiera pedido la sopa!

Se agachó y vació la bolsa de Radio Shack sobre el asfalto. Llevaba un soldador y una bobina para soldar. También un conector para proporcionar energía al soldador con el encendedor del coche. Eso significaba que tenía que mantener el motor en marcha, por lo que arrancó el Taurus y dio marcha atrás lo suficiente como para que el cable llegara.

El sello era, como quien dice, un cable de plomo derretido con unas etiquetas enormes moldeadas a cada lado. Las etiquetas las habían puesto con una especie de máquina caliente, por lo que se habían fundido con una forma amorfa y en relieve. El agente evitó tocarlas. Estaba claro que no era la primera vez que hacía aquello. Conectó el soldador y dejó que se calentara. Escupió en la punta para comprobar la temperatura. Cuando le pareció que estaba lo bastante caliente, apoyó la punta con suavidad en la manga de su traje y la acercó al alambre en el punto más fino. El alambre se derritió y se separó. El agente apartó ambas partes, como si estuviera abriendo unas esposas diminutas y deslizó el sello fuera de las manijas. Se inclinó hacia el interior de su coche y dejó el sello en el salpicadero. Cogió la manija de la puerta y la giró.

—Bueno, a ver qué tenemos aquí —dijo Duffy.

Y lo que teníamos eran alfombras. La puerta de la caja traqueteó a medida que subía y la luz del día iluminó el interior de la furgoneta. Allí había, por lo

menos, doscientas alfombras, todas ellas bien enrolladas, atadas con cuerda y de pie. Las había de todos los tamaños. Los rollos más altos estaban al fondo, en el lado de la cabina, y los más bajos, junto a la puerta. Conformaban una especie de escalera, como si fueran una ancestral formación de roca basáltica. Estaban enrolladas con la cara hacia dentro, por lo que lo único que veíamos era reverses, ásperos y sosos. E iban atadas con un sisal burdo, viejo y amarillecido. El olor a lana cruda era muy fuerte, pero también olía, más débilmente, a tintes vegetales.

—Deberíamos comprobarlas —dijo Duffy. Por su tono de voz, era evidente que estaba decepcionada.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el agente mayor.

—Cuarenta minutos —respondí.

—En ese caso, será mejor que elijamos algunas al azar —comentó el agente.

Sacamos un par de alfombras de delante. Cada una conformaba un rollo prieto. No tenían tubo de cartón en medio, estaban enrolladas sobre sí mismas y atadas con fuerza con una cuerda. Una de las que habíamos cogido tenía flecos. Olía a viejo y a humedad. Los nudos de la cuerda llevaban mucho tiempo hechos y estaban aplastados. Intentamos deshacerlos con las uñas, pero no lo conseguimos.

—Deben de cortar la cuerda cuando quieren abrirlas —dijo Duffy—. Nosotros no podemos hacerlo.

—No, no podemos —corroboró el agente.

La cuerda era ordinaria y parecía extranjera. Hacía mucho tiempo que no veía cuerda así. Estaba hecha con alguna fibra natural. Con yute o con cáñamo, lo más probable.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el agente.

Saqué otra alfombra. La sopesé. Pesaba, más o menos, lo que debería pesar una alfombra. La apreté. Cedió un poco. La apoyé de pie en el asfalto y le pegué un puñetazo en el centro. Se dobló un poco, tal y como se doblaría una alfombra enrollada con tanta fuerza.

—No son más que alfombras —concluí.

—¿Habrá algo debajo? —preguntó Duffy—. Puede que esas tan altas del fondo no sean tan altas. Puede que estén apoyadas en algo.

Fuimos sacando alfombras una a una y dejándolas en el asfalto en el orden en el que tendríamos que volver a ponerlas. Construimos un canal zigzagueante a través de la caja de la furgoneta. Las alfombras más altas eran lo que parecían, alfombras altas enrolladas con fuerza, atadas con cuerda y

dispuestas de pie. Allí no había nada escondido. Salimos de la furgoneta y nos quedamos un rato aguantando el frío y rodeados de un caos de alfombras. Nos miramos unos a otros.

—Es una carga de pega —dijo Duffy—. Zachary Beck ha supuesto que encontraría usted la manera de mirar lo que había.

—Puede ser —dije.

—O puede que no quisiera sino quitárselo de en medio.

—¿Mientras él hace otra cosa? ¿El qué?

—No sé... comprobar quién es usted. Asegurarse.

Consulté el reloj.

—Guardemos las alfombras ya. Voy a tener que conducir como un loco.

—Yo iré con usted —me dijo Duffy—. Hasta que demos con Eliot, claro. Asentí.

—Sí, tenemos que hablar.

Metimos las alfombras en la furgoneta. Las pateamos y las empujamos hasta que volvieron a estar como al principio. Luego, bajé la puerta enrollable y el agente se puso a trabajar con el soldador. Volvió a deslizar el sello por la manija y acercó las dos hebras del hilo que había fundido. Calentó el hierro y fusionó la parte separada con ambas puntas. La rotura volvió a unirse con forma de masa amorfa. No era del mismo color y era demasiado grande. El alambre parecía la caricatura de una serpiente que acaba de tragarse un conejo.

—No se preocupe —comentó.

Utilizó la punta del soldador como si fuera un pincel diminuto y fue afinando la masa amorfa más y más. De vez en cuando, sacudía la punta del soldador para deshacerse del exceso. Trabajaba con gran delicadeza. Tardó tres largos minutos pero, al final, había conseguido que el sello se pareciera muchísimo a como era antes de que lo hubiéramos roto. Dejó que se enfriara un poco y, después, lo sopló con fuerza. El nuevo color plateado enseguida se volvió gris. Aquella era una de las reparaciones más invisibles que había visto en la vida. Desde luego, yo no lo habría hecho mejor.

—Genial —elogié—. Está muy bien, pero va a tener que hacer otro más. Se supone que he de traer otra furgoneta de vuelta. Será mejor que a esa también le echemos una ojeada. Nos encontraremos en la primera área de servicio que haya en dirección norte una vez pasado el Portsmouth de Nuevo Hampshire.

—¿Cuándo?

—Espéreme allí dentro de cinco horas.

Duffy y yo dejamos al agente en el área de servicio y nos dirigimos en dirección sur a tanta velocidad como se podía con aquella vieja furgoneta. No conseguía que fuera a más de ciento diez kilómetros por hora. El vehículo tenía forma de ladrillo y la resistencia al aire impedía que fuera más rápido. En cualquier caso, aquella velocidad estaba bien. Tenía unos cuantos minutos de margen.

—¿Ha visto su oficina? —me preguntó.

—¡Aún no, pero hay que verla! ¡De hecho, tendríamos que seguir toda su operación portuaria!

Teníamos que hablar en voz alta porque el ruido que hacían el motor y la caja de cambios a ciento diez kilómetros por hora era el doble del que hacía a ochenta.

—¡Estamos trabajando en ello! ¡Por suerte, Portland no es una locura! ¡En Estados Unidos hay cuarenta y tres puertos con más movimiento que este! ¡Importa unos catorce millones de toneladas al año! ¡Eso son doscientas cincuenta mil toneladas a la semana! ¡Zachary Beck solo mueve unas diez! ¡Dos o tres contenedores!

—¿¡Revisa Aduanas su material!?

—¡Como el de cualquier otro! ¡El índice de actuación de Aduanas es del dos por ciento! ¡Es decir, que si Beck mueve ciento cincuenta contenedores al año, los de Aduanas le revisarán tres!

—Entonces ¿cómo lo hace?

—¡Podría estar limitándose a pasar la mercancía ilegal en, no sé, uno de cada diez contenedores! ¡Eso haría que el tanto por ciento de éxito de registros bajara a un 0,2! ¡Podría tirarse años así, sin que descubrieran nada!

—¡Sí, pero ya lleva años! ¡Tiene que estar untando a alguien!

Asintió. No dijo nada.

—¿¡Puede usted organizar alguna inspección más!?

—¡No sin una causa probable! ¡No se olvide de que nada de esto está en los registros! ¡Necesitaríamos pruebas contundentes! ¡Además, la posibilidad de que esté pagando a alguien convierte la investigación en un campo de minas! ¡Imagínese que nos ponemos en contacto con algún oficial implicado!

Seguí conduciendo. El motor rugía y la suspensión hacía que nos balanceáramos. Dejábamos atrás todos los vehículos con los que nos encontrábamos. Mi preocupación había pasado a ser si me seguía la policía. Me preguntaba si la placa de la DEA de Duffy nos libraría de tener problemas

legales, aunque, en cualquier caso, no quería perder el tiempo en comprobarlo.

—¿¡Cómo reaccionó Beck!?! —me preguntó—. ¿¡Cuál fue su primera impresión!?!?

—¡Estaba confundido! ¡Y un poco resentido! ¡Esa fue, al menos, mi primera impresión! ¡Quizá se dio cuenta de que Richard Beck no estaba protegido en la universidad!

—¡Es un entorno seguro!

—¡Ni mucho menos! ¡Secuestrar a alguien en una universidad es tan fácil como quitarle un caramelo a un niño a la puerta de un colegio! ¡Cuando alguien no apostea guardias es porque considera que no hay peligro! ¡Creo que el hecho de que Zachary Beck enviase a los guardaespaldas tiene más que ver con que su hijo esté paranoico! ¡Lo hizo para que estuviera tranquilo! ¡Tengo la sensación de que el padre no lo consideraba necesario, de lo contrario, también le habría puesto seguridad en la universidad! ¡O lo habría sacado de allí!

—¿¡Adónde quiere llegar!?!?

—¡A que creo que lo que sucedió en su día sirvió para hacer un trato! ¡No sé, puede que como resultado de aquel primer secuestro! ¡Algo que garantizaba cierta estabilidad! ¡De ahí que no hubiera guardaespaldas en la universidad! ¡De ahí el resentimiento del padre, como si alguien, de repente, hubiera roto algo que tenían pactado!

—¿¡Usted cree!?!?

Asentí.

—¡Estaba sorprendido y confundido! ¡Y molesto! ¡Lo que más le interesaba era descubrir quién había sido!

—¡Es normal!

—¡Ya, pero era como si pensara «cómo se han atrevido»! ¡Había mala leche en sus preguntas! ¡Como si alguien se hubiera salido del guión! ¡No eran solo preguntas, era una forma de dejar claro que estaba molesto con alguien!

—¿¡Qué le dijo usted!?!?

—¡Describí la camioneta! ¡Describí a sus chicos!

Sonrió.

—¡Bien, no hay problema!

Negué con la cabeza.

—¡Tiene a un tipo que se apellida Duke! ¡No sé el nombre de pila! ¡Es expolicía! ¡Es su jefe de seguridad! ¡Lo he visto esta mañana! ¡Ha estado

levantado toda la noche! ¡Tenía aspecto de cansado y no se había duchado!
¡Llevaba la chaqueta del traje muy arrugada, incluso las solapas y el cuello!

—¿¡Y qué!?

—¡Eso significa que ha estado toda la noche conduciendo! ¡Creo que ha ido hasta la universidad para ver la Toyota! ¡Para ver la matrícula trasera!
¿¡Dónde han dejado ustedes la camioneta!?

—¡Se la llevó la policía del estado! ¡La historia tenía que resultar creíble!
¡No podíamos llevárnosla de vuelta al garaje de la DEA! ¡Estará en algún aparcamiento municipal, no sé!

—¿¡Adónde les llevará la matrícula!?

—¡A Hartford, en Connecticut! ¡Destapamos un círculo de productores y traficantes de éxtasis!

—¿¡Cuándo!?

—¡La semana pasada!

Seguí conduciendo a la misma velocidad. En la autopista cada vez había más tráfico.

—¡Ese ha sido nuestro primer error! ¡Beck comprobará la matrícula y, después, se preguntará por qué unos camellos de éxtasis de tres al cuarto de Connecticut han querido secuestrar a su hijo! ¡Y, después, claro está, se preguntará cómo es posible que unos camellos de éxtasis de tres al cuarto de Connecticut intentaran secuestrar a su hijo una semana después de que la DEA los enviase a la cárcel!

—¡Mierda!

—¡Y la cosa es aún peor! ¡Creo que Duke también ha echado una ojeada al Lincoln! ¡El coche tiene el frontal hundido, sí, y no le queda ni una sola ventanilla o parabrisas, pero no tiene ni un solo agujero de bala! ¡Y, desde luego, no parece que lanzaran una granada de verdad en su interior! ¡Ese Lincoln es la prueba viviente de que este asunto es un cuento chino!

—¡No, el Lincoln está escondido! ¡No se lo llevaron con la camioneta Toyota!

—¿¡Está usted segura!?! ¡Porque lo primero que ha hecho Beck esta mañana ha sido preguntarme por las Uzis hasta saber el más mínimo detalle!
¡Era como si considerara que mis respuestas iban a dejarme con el culo al aire! ¡Dos Uzis Micro, cargadores de veinte balas, cuarenta tiros... ¿y no hay ni una sola marca en el coche?!

—¡No, no, es imposible que lo hayan visto! ¡El Lincoln está escondido!

—¿¡Dónde!?

—¡En Boston! ¡En nuestro garaje, aunque, en lo que a papeleo se refiere, está en el depósito del condado! ¡Se supone que es el escenario de un crimen! ¡Se supone que los restos de los guardaespaldas están por todo el coche! ¡Todo tenía que resultar plausible! ¡Lo hemos pensado bien!

—¡Excepto lo de la matrícula de la Toyota!

Se quedó como si se hubiera desinflado.

—¡En cualquier caso, lo del Lincoln está bien! ¡Está a mil quinientos kilómetros de la Toyota! ¡El tal Duke habría que tenido que conducir toda la noche!

—¡Es que creo que eso es justo lo que ha hecho! ¿¡Por qué se ha mostrado tan quisquilloso si no Zachary Beck con lo de las Uzis!?

Se quedó callada.

—¡Hay que abortar la misión! —dijo al fin—. ¡Por lo de la Toyota, pero no por lo del Lincoln! ¡Lo del Lincoln está bien!

Consulté el reloj. Observé la carretera todo lo lejos me permitía la vista. La furgoneta rugía. No debíamos de andar lejos de Eliot. Calculé el tiempo y la distancia.

—¡Tenemos que abortar la misión! —repitió.

—¿¡Y qué hay de su agente!?

—¡Que lo maten a usted de nada le servirá a ella!

Pensé en Quinn.

—¡Ya hablaremos de eso más tarde! ¡Ahora mismo, sigamos con el tema!

Pasamos a Eliot ocho minutos después. Su Taurus, a unos modestos ochenta kilómetros por hora, iba como una tortuga por el carril de la derecha. Lo adelantamos, me puse yo también a ochenta y él se quedó detrás de nosotros. Rodeamos Boston así, el uno detrás del otro, y salimos en la primera área de servicio que vimos al sur de la ciudad. Allí, el ajetreo era mucho mayor. Me quedé sentado en la furgoneta, con Duffy a mi lado, observando la entrada al área de servicio durante setenta y dos segundos. En ese periodo de tiempo llegaron cuatro vehículos. Ninguno de los conductores nos prestó la más mínima atención. Dos de los vehículos llevaban pasajeros. Todos ellos hicieron lo habitual que se hace en un área de servicio, estirar las piernas y bostezar con la puerta del coche aún abierta, mirar en derredor y, después, dirigirte a los aseos y a los restaurantes de comida rápida.

—¿Dónde está la otra furgoneta? —me preguntó Duffy.

—En un aparcamiento de Nueva Londres.

—¿Y las llaves?

—Dentro del vehículo.

—En ese aparcamiento habrá gente. Nadie deja un vehículo solo con las llaves dentro. Van a estar esperándole. No sabemos qué les habrán ordenado que le hagan. Quizá debiéramos ponerle fin a esto.

—No pienso dejar que me tiendan una trampa. No es mi estilo. Además, esa furgoneta podría contener algo jugoso.

—Vale. Lo comprobaremos en Nuevo Hampshire... si es que llega usted hasta allí.

—Podría prestarme usted su Glock.

La mujer se tocó el arma, que llevaba en la axila.

—¿Cuánto tiempo?

—El necesario.

—¿Qué ha pasado con los Colts?

—Se los han quedado ellos.

—No puedo. No puedo dejarle mi arma de servicio.

—Como si no hubiera hecho usted ya mil cosas que no podía hacer.

Se quedó callada unos instantes.

—¡Mierda!

Sacó la Glock de la funda y me la tendió. El arma estaba templada por el calor de su cuerpo. La sujeté en la palma y me deleité con la sensación. La agente echó mano al bolso, sacó dos cargadores y me los tendió. Guardé los cargadores en un bolsillo y el arma, en el otro.

—Gracias.

—Nos veremos en Nuevo Hampshire. Allí comprobaremos lo que hay en la otra furgoneta. Y decidiremos si seguimos con esto o no.

—De acuerdo —respondí, aunque, a decir verdad, yo ya había tomado una decisión.

Eliot se acercó y sacó el transmisor del bolsillo. Duffy se apartó y el hombre lo colocó debajo del asiento de la furgoneta. Luego, se fueron juntos en el Taurus del gobierno. Esperé un tiempo creíble y volví a la carretera.

Encontré Nueva Londres sin ningún problema. Era una población sucia y vieja. Nunca había estado allí. Nunca había tenido razón alguna para ir. Era una ciudad marítima. Creo que fabrican submarinos. O, al menos, lo hacen cerca de allí. Puede que en Groton. Las indicaciones que me había dado Beck me sacaron pronto de la autopista y me llevaron serpenteando por entre zonas

industriales en quiebra o a punto de quebrar. Mucho ladrillo viejo, húmedo, manchado de humo y podrido. A algo más de un kilómetro del aparcamiento al que me habían enviado, me desvié a derecha primero y a izquierda después y aparqué junto a un parquímetro estropeado. Comprobé la pistola de Duffy. Era una Glock 19 que tendría un año de vida, más o menos. Estaba cargada. La recámara también estaba cargada. Salí de la furgoneta. Oí estruendosas sirenas de niebla en el mar. Se acercaba un trasbordador. El viento arrastraba basura por la calle. Una prostituta se asomó por una puerta y me sonrió. Una ciudad marítima. La mujer era incapaz de oler a un policía militar como los olían colegas suyos de otros lados.

Doblé una esquina y obtuve una vista parcial bastante buena del aparcamiento al que me dirigía, el terreno descendía poco a poco hacia el mar y yo me encontraba en una elevación. Vi la furgoneta que me esperaba. Era gemela de la que había conducido hasta allí. Mismos años, mismo modelo, mismo color. Me esperaba sola en mitad del aparcamiento, un cuadrado de ladrillo prensado lleno de malas hierbas. El edificio que había existido al lado seguramente lo debían de haber derruido con excavadoras hacía unas dos décadas y no habían construido nada para reemplazarlo.

No veía a nadie esperándome, si bien había un millar de ventanas sucias desde las que podrían alcanzarme o estar llenas de mirones o vigilantes. Pero no intuí nada. Intuir es mucho peor que estar seguro pero, a veces, es lo único que tienes. Seguí allí, quieto, hasta que me quedé frío. Luego, volví a la furgoneta. La conduje alrededor de la manzana y entré en el aparcamiento. La aparqué de morro con la otra. Saqué la llave y la dejé en el lateral de la puerta. Miré a mi alrededor una vez más y salí. Me llevé la mano al bolsillo y empuñé el arma de Duffy. Escuché con atención. Nada, excepto el viento arrastrando porquería y los sonidos lejanos de una ciudad en decadencia que se esforzaba por salir adelante día a día. Todo iba bien, a menos que alguien pretendiese matarme con un rifle de francotirador. En ese caso, agarrar con fuerza la culata de una Glock 19 no iba a protegerme en absoluto.

La otra furgoneta estaba fría y muy quieta. La puerta estaba abierta y la llave donde me habían dicho, en el lateral de la puerta. Ajusté el asiento y los retrovisores. Dejé caer la llave al suelo, como si fuera torpe, y miré debajo de los asientos. No había ningún transmisor. Solo unos cuantos papeles de chicle y pelusas. Arranqué el motor. Me alejé marcha atrás de la furgoneta que acababa de aparcar, salí del aparcamiento, lo rodeé y me dirigí a la autopista. No vi a nadie. Nadie vino a por mí.

La segunda furgoneta se conducía un poco mejor que la primera. Era algo más rápida y algo más silenciosa. Puede que no hubiera tenido que dar tantas vueltas como la otra. Juntos, fuimos desandando kilómetros en dirección norte. Mientras conducía, mirando por el parabrisas, tenía la sensación de que era capaz de ver cómo la casa solitaria del dedo de roca iba haciéndose más y más grande. Aquel lugar me atraía y me repelía por igual. Así que seguí sentado, inmóvil, con una mano en el volante y los ojos bien abiertos. Rhode Island estaba tranquila. Nadie me siguió mientras la cruzaba. Massachusetts era, como quien dice, una larga vuelta alrededor de Boston y, después, una carrera a través de la protuberancia noroeste en la que había vertederos como Lowell a mi izquierda y lugares con encanto como Newburyport, Cabo Ann o Gloucester, más lejos, a mi derecha. No me seguía nadie. Entonces apareció Nuevo Hampshire. La I-95 recorre unos treinta kilómetros de Nuevo Hampshire, con Portsmouth como última parada. Mientras recorría esa parte de la carretera, iba buscando carteles de áreas de servicio. Vi el primero justo antes de cruzar la frontera de Maine. Duffy, Eliot y el agente de más edad, el del traje manchado, estarían esperándome a trece kilómetros de allí.

No me esperaban solo ellos tres. Se habían traído una unidad canina de la DEA. Supongo que, si a los agentes del gobierno les das el tiempo suficiente para pensar, te salen con algo que no te esperas. Tomé la salida que daba a un área de servicio prácticamente idéntica a la de Kennebunk y vi sus dos Taurus en uno de los extremos del aparcamiento, junto a una furgoneta que tenía en el techo un ventilador que no dejaba de girar. Aparqué a cuatro huecos de ellos y seguí la cautelosa rutina de esperar y observar, pero nadie llegó detrás de mí. Y no me preocupé por el arcén de la autopista, porque los árboles impedían que se me viera desde allí. Había árboles por todos lados. En Maine hay muchísimos árboles, desde luego, eso nadie puede negarlo.

Salí de la furgoneta y el agente mayor acercó su coche y se puso a romper el sello. Duffy me cogió del codo y me apartó unos pasos.

—He hecho algunas llamadas. —Levantó su Nokia como si así fuera a demostrármelo—. Buenas y malas noticias.

—Las buenas noticias primero. Alégreme el día.

—Creo que lo de la Toyota podría habernos salido bien.

—¿Podría?

—Es complicado de explicar. Resulta que hemos conseguido el calendario de recepciones de Beck. Nos lo ha proporcionado Aduanas. Todo lo que

importa viene de Odesa. En Ucrania, en el mar Negro.

—Sé dónde está Odesa.

—Naturalmente, es un sitio desde el que sería factible que trajera alfombras. Llegan allí desde el norte de Turquía. Pero, claro, Odesa también es un puerto de heroína, al menos, desde nuestro punto de vista. Todo lo que no llega aquí directo de Colombia nos llega de Afganistán o de Turkmenistán, y a través del Caspio y del Cáucaso. Así que, si Beck está valiéndose de Odesa, significa que lo suyo es la heroína. Vamos, que no conoce traficantes de éxtasis. Ni en Connecticut ni en ningún otro lado. No puede haber relación. De ningún tipo. ¿Cómo iba a haberla si son dos negocios completamente diferentes? Así que empieza de cero. Es decir, la matrícula de la camioneta Toyota le proporcionará un nombre y una dirección, pero esa información no significará nada para él. Van a pasar unos cuantos días hasta que consiga dar con quiénes son y descubrir qué ha sido de ellos.

—¿Y esas son las buenas noticias?

—Son bastante buenas. Confíe en mí, están en dos mundos separados y usted solo necesita unos pocos días. Tampoco nosotros podemos retener a los dos guardaespaldas toda la vida.

—¿Y las malas noticias?

Hizo una pausa.

—Pues que no es imposible que alguien le hubiera echado una ojeada al Lincoln.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada concreto. Solo que la seguridad del garaje quizá no sea tan buena como debería.

—¿Y qué significa eso?

—Que no podemos asegurar que no haya pasado algo malo.

Oímos cómo subían la puerta enrollable de la furgoneta, que golpeó contra los topes. Un segundo después, Eliot nos gritó que fuéramos cuanto antes. Rodeamos la furgoneta con la esperanza de encontrarnos algo realmente bueno. Sin embargo, lo que nos encontramos fue un transmisor. Era igual que el otro, con la misma antena de veinte centímetros. Estaba pegado en el interior de la chapa, cerca de la puerta, como a la altura de la cabeza.

—Estupendo —soltó Duffy.

La caja de la furgoneta estaba llena de alfombras, igual que la otra. De hecho, bien podría haber sido la misma furgoneta. Estaban enrolladas con fuerza, atadas con cuerda tosca y dispuestas de pie, las más altas al fondo y las más bajitas en la entrada.

—¿Miramos a ver si hay algo? —preguntó el agente mayor.

—No hay tiempo —respondí—. Si hay alguien al otro lado de ese transmisor, sabe que lo normal sería que no pasara aquí más de diez minutos.

—Que pase el perro —dijo Duffy.

Un agente de la DEA al que no había visto antes fue a la parte de atrás de la furgoneta del ventilador en el techo y salió con un beagle cogido de una correa. El perro estaba un poco gordo y era de esos que casi arrastran la tripa. Llevaba un arnés de trabajo. Tenía las orejas largas y expresión de entusiasmo. Me gustan los perros. A veces, me planteo tener uno. Me haría compañía. Este no me hizo ni caso. El animal se limitó a permitir que su cuidador lo llevara hasta la furgoneta azul y, una vez allí, se quedó esperando a que le indicara qué hacer. El agente lo dejó encima de la escalera de alfombras, chasqueó los dedos, le dio una especie de orden hablada y le quitó la correa. El perro empezó a recorrer el interior de la furgoneta arriba y abajo y de derecha a izquierda. Como tenía las piernas cortas, le costaba un poco subir y bajar los diferentes niveles de alfombras, pero no se dejó ni un centímetro sin oler, así que volvió al punto de partida y se quedó parado, moviendo la cola y mirando a su cuidador con los ojos brillantes. Tenía la boca abierta como si esbozara una sonrisa tontorróna. Parecía que dijera: «¡Bueno, pero ¿dónde está la acción?!».

—Nada —nos dijo el agente de la unidad canina.

—Un cargamento normal —añadió Eliot.

Duffy asintió.

—Pero ¿para qué lo lleva de vuelta al norte? Nadie exporta alfombras a Odesa. ¿Por qué iba a llevar este cargamento al norte?

—Es una prueba. Me están probando. No tenían claro si miraría o no miraría.

—Vuelve a poner el sello —le pidió Duffy al agente mayor.

El agente de la unidad canina sacó al beagle, y Eliot se estiró y bajó la puerta enrollable de la furgoneta. El agente de más edad preparó el soldador y Duffy volvió a llevarme aparte.

—¿Ha tomado una decisión? —me preguntó.

—¿Qué haría usted?

—Abortaría la misión. Con lo del Lincoln podría salirnos el tiro por la culata. Podría ser su perdición.

Giré la cabeza para mirar cómo trabajaba el agente con el soldador. Ya estaba afinando la reconstrucción.

—Se han tragado la historia —dije—. Era imposible no hacerlo. Era una gran historia.

—Ya, pero puede que hayan visto el Lincoln.

—Tampoco tengo muy claro por qué iban a querer hacerlo.

El agente estaba acabando. Estaba curvando la unión y preparándose para soplar, listo para hacer que el plomo se volviera gris. Duffy me puso la mano en el brazo.

—¿Por qué le habrá preguntado Beck por las Uzis?

—No lo sé.

—¡Listo! —anunció el agente.

—¿Qué ha decidido?

Pensé en Quinn. Pensé en la manera en que su mirada había viajado por mi rostro, ni rápido, ni despacio. Pensé en las cicatrices producidas por un calibre 22, parecía que tenía dos ojos más en la parte izquierda de la frente.

—Voy a volver. Creo que es lo bastante seguro. Si hubieran tenido dudas, habrían intentado liquidarme esta mañana.

Duffy no dijo nada. No discutió la decisión que había tomado. Se limitó a quitarme la mano del brazo y a dejar que me marchara.

Duffy dejó que me marchara, pero no me pidió que le devolviera la pistola. Puede que fuera un deseo inconsciente. Puede que quisiera que me la quedara. Me la guardé en la parte de atrás del pantalón. Resultaba más cómoda que la Anaconda. Escondí los cargadores en los calcetines. Luego, volví a la carretera y llegué de nuevo al aparcamiento que había cerca del puerto de Portland justo diez horas después de que me hubiera marchado de allí. No había nadie esperándome. No había ningún Cadillac negro. Entré sin pensármelo dos veces y aparqué. Dejé la llave en el lateral de la puerta y me apeé. Estaba cansado y un poco sordo después de ochocientos kilómetros de autopista.

Eran las seis de la tarde y el sol empezaba a esconderse por detrás de la ciudad, a mi izquierda. El aire era frío y la proximidad del mar lo tornaba húmedo. Me abotoné la chaqueta y me quedé quieto un minuto, por si acaso alguien me estaba observando. Luego, me marché. Intenté que pareciera que no sabía muy bien adonde ir. Sin embargo, me dirigí hacia el norte y fui fijándome bien en los edificios que tenía delante. El aparcamiento estaba rodeado de oficinas bajas. Parecían remolques de tráiler, solo que sin las ruedas. Eran de construcción barata y estaba claro que nadie se encargaba del mantenimiento, al menos, no muy a menudo. Cada uno de los edificios tenía un pequeño aparcamiento, descuidados todos ellos. Los aparcamientos estaban llenos de coches de gama media. Había mucho movimiento, todo muy normal. Allí se desarrollaban negocios del mundo real, eso estaba claro. Nada de oficinas centrales modernas, nada de mármol, nada de esculturas. Allí, detrás de ventanas sucias con persianas venecianas a diferentes alturas, solo había un montón de gente normal y corriente trabajando duro para ganarse el jornal.

Algunas de las oficinas eran adiciones construidas *a posteriori* en el lateral de pequeños almacenes. Los almacenes eran modernas estructuras de metal prefabricadas. Tenían plataformas de carga de cemento a la altura de la

cintura y aparcamientos estrechos delimitados con gruesos postes, también de cemento. Tenían restos de pintura de todos los vehículos que se habían rascado con ellos.

Di con el Cadillac negro de Beck al cabo de cinco minutos. Estaba aparcado en diagonal respecto al lateral de un almacén, en un rectángulo de asfalto agrietado, cerca de la puerta de una oficina. La puerta era como las de las casas de las urbanizaciones de las afueras, de diseño colonial y de madera de calidad. No la habían pintado y había ido adquiriendo un aspecto gris y granuloso por efecto del aire salado del mar. Tenía atornillado un cartel desdibujado y en el que ponía BIZARRE BAZAAR. El texto estaba pintado a mano y el cartel recordaba uno de esos que podrías haberte encontrado en el Haight-Ashbury de los años sesenta. Como si anunciara un concierto en el Fillmore West, como si Bizarre Bazaar fuera un artista de esos de un solo éxito que iba a actuar de telonero de Jefferson Airplane o Grateful Dead.

Oí que se acercaba un coche, me aparté hacia un edificio cercano y esperé. Era un coche grande que rodaba despacio. El ruido de los neumáticos al pisar los charcos me dejó claro que era un vehículo con ruedas gruesas y blandas. Un Lincoln Town Car de color negro brillante e idéntico al que habíamos destrozado frente a la verja de la universidad. Era probable que los dos, este y aquel, hubieran salido juntos de la cadena de montaje, el uno detrás del otro. Pasó despacio junto al Cadillac de Beck, dobló la esquina y aparcó en la parte de atrás del almacén. Del asiento del conductor salió un tipo que no había visto en mi vida. Se estiró y bostezó como si él también hubiera acabado de recorrer ochocientos kilómetros de autopista. Era de altura media, rechoncho y moreno, y llevaba el pelo muy corto. Tenía la cara alargada, la piel mate. El ceño fruncido, como si se sintiera frustrado. Parecía peligroso pero, en cierta manera, novato. Como si supiera cómo arreglárselas pero llevara poco tiempo en la organización y estuviera en lo más bajo del escalafón. Como si eso lo hiciera aún más peligroso. Se agachó, metió medio cuerpo en el coche y salió con un escáner de radio portátil. El aparato tenía una larga antena de cromo y un altavoz cubierto con una rejilla que seguro que gimoteaba y rechinaba cada vez que el transmisor adecuado estaba en un radio de entre kilómetro y medio y tres kilómetros.

Rodeó la esquina y empujó la puerta sin pintar. Yo me quedé en el mismo sitio en el que estaba. Repasé mentalmente las últimas diez horas. De acuerdo con la vigilancia de radio, me había detenido tres veces. Las tres pausas habían sido lo bastante cortas como para resultar creíbles. La vigilancia visual habría sido muy diferente, pero estaba bastante seguro de que no había estado

en la línea de visión de ningún Lincoln negro en ningún momento del viaje. Estaba de acuerdo con Duffy: el tipo y su escáner habían ido por la Ruta 1.

Seguí un minuto más sin moverme. Luego, salí a la luz y me dirigí a la puerta. La abrí. Daba a un pasillo corto que giraba hacia la izquierda en un ángulo de noventa grados. Se abría a una pequeña zona llena de escritorios y archivadores. Allí no había nadie. Ninguno de los escritorios estaba ocupado, aunque lo habían estado hasta hacía poco, eso estaba claro. Formaban parte de una oficina de verdad. Eran tres escritorios y los tres estaban llenos del tipo de cosas que ves en la mesa de los oficinistas al final del día de trabajo. Papeleo a medio terminar, vasos de papel para café vacíos, notas para recordar quehaceres, tazas que se habían traído de recuerdo llenas de lapiceros, paquetes de pañuelos de papel. En las paredes había calefactores eléctricos y el aire era cálido y olía ligeramente a perfume.

Al final había una puerta cerrada y se oían voces apagadas al otro lado. Reconocí la de Beck y la de Duke. Estaban hablando con un tercer hombre, que supuse que sería el que acababa de entrar con el equipo de seguimiento. No alcanzaba a oír lo que decían y tampoco descifraba el tono, aunque sí que se notaba cierta urgencia, cierto debate. No levantaban la voz, pero tampoco estaban hablando de la última fiesta campestre que había celebrado la empresa.

Me fijé en lo que había en los escritorios y en las paredes. Vi dos mapas clavados con chinchetas en dos tablones de corcho. Uno de ellos era un mapamundi. El mar Negro estaba, más o menos, en el centro. Y Odesa, a la izquierda de la península de Crimea. No había nada marcado, pero no me costó trazar la ruta que haría un carguero de vapor, por el Bósforo, por el Egeo, cruzando el Mediterráneo, dejando atrás Gibraltar y, después, a toda máquina, en dirección a Portland, Maine, por el Atlántico. Un viaje de unas dos semanas. Puede que tres. La mayoría de los barcos son bastante lentos.

El otro mapa era de Estados Unidos. Portland había desaparecido debajo de una mancha de grasa. Di por hecho que la gente había ido poniendo el dedo ahí encima para medir las distancias y el tiempo como con un compás. La mano de una persona pequeña extendida al máximo representaría, más o menos, un día conduciendo. En ese caso, desde luego, Portland no era muy buen centro de distribución. Era un lugar que estaba muy lejos de cualquier otro sitio.

Los papeles que había sobre los escritorios me resultaban incomprensibles. Como mucho, era capaz de interpretar ciertos detalles acerca de fechas y cargamentos. Vi algunas listas de precios. Algunos eran altos,

otros bajos. Frente a los precios había algunos tipos de códigos. Podían ser códigos de alfombras, sí, pero también de cualquier otra cosa. Ahora bien, a primera vista, aquel sitio parecía una oficina de importación normal y corriente. ¿Habría trabajado Teresa Daniel allí?

Volví a concentrarme en las voces. En ese momento sí que escuche enfado y preocupación. Me retiré hacia el pasillo. Saqué la Glock de detrás del pantalón y la guardé en el bolsillo del abrigo con el dedo dentro del guardamonte. Las Glocks no tienen seguro. Lo que tienen es un pequeño gatillo en el gatillo. Es una pestaña que va hacia atrás cuando la aprietas. La presioné un poco. Sentí que cedía. Quería estar preparado. Determiné que era a Duke al primero al que debía disparar. Luego, al de la radio. Y, para acabar, a Beck. Lo más probable era que este último fuera el más lento y al más lento siempre hay que dejarlo para el final.

También metí la otra mano en el bolsillo. Una persona con una sola mano en el bolsillo enseguida piensas que va armada y es peligrosa. En cambio, una persona con ambas manos en el bolsillo parece relajada, ociosa. No transmite amenaza alguna. Respiré y volví a entrar en la pequeña zona abierta, esta vez haciendo ruido.

—¿¡Hola!? —grité.

La puerta del despacho del fondo se abrió al momento. Los tres que había dentro salieron a la carrera a mirar. Beck, Duke y el nuevo. Sin armas.

—¿Cómo has entrado aquí? —me preguntó Duke. Seguía dando la sensación de estar cansado.

—La puerta está abierta.

—¿Y cómo sabía exactamente dónde tenía que entrar? —me soltó Beck.

Mantuve las manos en los bolsillos. No podía decir que había visto el cartel pintado, porque el nombre de la empresa me lo había dicho Duffy, no ellos.

—Su coche está aparcado fuera.

Asintió.

—Ah, vale.

No me preguntó qué tal me había ido el día. Seguro que el nuevo, el del escáner, ya se lo había dicho. El tipo no dejaba de mirarme. Era más joven que Beck y que Duke. Y también más joven que yo. Debía de andar por los treinta y cinco. Seguía pareciéndome peligroso. Tenía las mejillas planas y los ojos sin brillo. Igualito a muchos de los tipos malos que había detenido cuando estaba en el ejército.

—¿Te lo has pasado bien conduciendo? —le pregunté.

No respondió.

—Te he visto entrar con el escáner y he encontrado el primer transmisor. Debajo del asiento.

—¿Y por qué has mirado?

—Por costumbre. ¿Dónde estaba el segundo?

—Detrás. No has parado para comer.

—No tenía dinero. Nadie me ha dado ni un dólar todavía.

El tipo no sonrió.

—Bienvenido a Maine —me dijo—. Aquí nadie te da dinero, se lo gana uno.

—Vale —le dije.

—Soy Angel Doll —me soltó como si esperara que su nombre me impresionara. Pero no me impresionó.

—Yo soy Jack Reacher.

—El asesino de polis —comentó con un tono que no supe interpretar.

Se me quedó mirando un buen rato y, después, apartó la mirada. No sabía bien dónde ubicarlo. Beck era el jefe y Duke era el jefe de seguridad, pero aquel hombre se mostraba muy relajado hablando con ellos.

—Estamos reunidos —me dijo Beck—. Espérenos fuera, junto al coche.

Les hizo un gesto a los otros dos para que entraran en el despacho y cerró la puerta. Me quedó claro que en la pequeña zona abierta no iba a encontrar nada de relevancia, así que salí de allí, pero, de camino, me fijé bien en el sistema de seguridad, bastante rudimentario, pero efectivo. En la puerta y en las ventanas había placas de contacto. Eran pequeñas, rectangulares, y tenían unos cables delgados como espaguetis que bajaban claveteados por el zócalo. Los cables iban a parar a una caja de metal dispuesta en la pared, junto a un tablón de anuncios abarrotado. El tablón estaba lleno de papeles amarillentos, que proporcionaban todo tipo de información acerca de seguros para los empleados, de la disposición de los extintores y de cómo utilizarlos, y de los puntos de evacuación. La caja de las alarmas tenía un teclado numérico y dos lucecitas. Una de ellas roja y a su lado ponía ACTIVADA y la otra verde, DESACTIVADA. No había zonas separadas. No había detectores de movimiento. Solo había aquel burdo perímetro de defensa.

No me quedé esperando junto al coche. Me di una vuelta por la zona hasta que empecé a familiarizarme con ella. Aquel sitio era una madriguera en la que se desarrollaban operaciones similares. Había un enrevesado acceso para camiones. Me pareció un sistema con una única salida. Los contenedores llegaban a la zona norte desde los embarcaderos y descargaban en los

almacenes. Luego, cargaban las furgonetas de reparto y estas se llevaban la mercancía en dirección sur. El almacén de Beck no tenía una disposición especialmente privada. Estaba en la mitad de una fila de cinco. En cualquier caso, no tenía muelle de carga exterior. No había ninguna plataforma de cemento a la altura de la cintura. Lo que tenía era una persiana que, en aquel momento, estaba bloqueada por el Lincoln de Angel Doll. El tamaño de la entrada, sin embargo, era lo bastante grande como para que un camión pasara por ella. Así que, de ese modo, obtenía privacidad.

No había seguridad externa. No era como el puerto. No había valla de alambre. No había verja, no había barreras, no había guardias de seguridad en una garita. Solo eran cuarenta hectáreas laberínticas, liosas, llenas de edificios levantados sin orden ni concierto, llenas de charcos y de rincones oscuros. Supuse que allí habría actividad a lo largo de todo el día. ¿Cuánta? Eso no lo sabía. Aunque seguro que la suficiente como para enmascarar unas pocas idas y venidas clandestinas.

Yo ya había vuelto al Cadillac y estaba apoyado en el parachoques cuando ellos tres salieron de la oficina. Beck y Duke aparecieron los primeros y Doll se entretuvo en la puerta. Yo aún llevaba las manos metidas en los bolsillos. Seguía preparado para acabar primero con Duke. Sin embargo, la manera en la que se movían no transmitía ningún tipo de hostilidad. Ninguno parecía receloso. Beck y Duke vinieron hacia el coche. Daba la sensación de que estuvieran cansados y preocupados. Doll seguía en la puerta, como si fuera el dueño del lugar.

—Nos vamos —dijo Beck.

—No, esperad, que tengo que hablar con Reacher —replicó Doll.

Beck se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Cinco minutos —añadió Doll—. Enseguida os lo devuelvo.

Beck no dijo nada. Duke tampoco. Me pareció que les irritaba la situación pero no pensaban objetar. Seguí con las manos en los bolsillos. Fui hacia la oficina. Doll me guio por el pasillo y por la pequeña zona abierta hasta el despacho del fondo. Una vez allí, cruzamos otra puerta, que dejamos abierta, y entramos en un cubículo de cristal que había dentro del almacén. En el almacén había una carretilla elevadora y una estructura de baldas de acero. Las baldas, llenas de alfombras, debían de tener una altura de seis metros y las alfombras estaban todas enrolladas con fuerza y atadas con cuerda. El cubículo tenía una puerta de personal y un escritorio de metal con un

ordenador. La silla del escritorio era tan vieja que la espuma amarilla del cojín se escapaba por las costuras y, además, estaba sucia por el paso del tiempo. Doll se sentó en ella, me miró y esbozó lo que parecía una sonrisa. Yo permanecí de lado en una de las puntas del escritorio y también me quedé mirándolo.

—¿Qué pasa? —le dije.

—¿Ves este ordenador? Tiene acceso a todos los departamentos de Vehículos de Motor del país.

—¿Y qué?

—Que puedo consultar matrículas.

No dije nada. Sacó una pistola del bolsillo. Fue un movimiento ágil, rápido y fluido, pero, claro, era una pistola de bolsillo. Una PSM de la era soviética, que es una pequeña pistola automática fabricada lo más delgada posible y sin aristas para que no se enganche con la ropa. Dispara esa munición rusa tan extraña y difícil de conseguir. Tiene un pasador de seguridad en la parte de atrás del cañón, y la pistola de Doll lo tenía adelantado. Ahora bien, no recordaba si eso significaba que el seguro estaba puesto o sin poner.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—Quiero que confirmemos juntos una cosa... antes de que lo haga público y me sirva para subir uno o dos peldaños.

Silencio.

—¿Y cómo piensas subirlos?

—Contándoles una cosita que todavía no saben. Puede que incluso me gane una buena bonificación. No sé, igual me quedo yo los cinco mil que iban a darte a ti.

Quitó el seguro del gatillo de la Glock. Miré a la izquierda, a través de la puerta trasera del despacho. Se veía perfectamente la ventana de atrás y lo que había más allá. Beck y Duke estaban de pie junto al Cadillac. Me daban la espalda. Estarían a una docena de metros.

«Están demasiado cerca».

—Fui yo quien se deshizo del Maxima —anunció Doll.

—¿Dónde?

—Eso da lo mismo.

Volvió a sonreír.

—¿Y qué?

—Lo robaste, ¿verdad? Un coche al azar, en un centro comercial.

—¿Y qué? —repetí.

—Tenía matrícula de Massachusetts. Era falsa. Esa matrícula jamás se le ha asignado a nadie.

«Errores que acabarán pasándome factura».

No dije nada.

—Así que he consultado el NIV, el número de identificación del vehículo, vamos. Todos los vehículos lo tienen. En una plaquita de metal que hay en lo alto del salpicadero.

—Sé lo que es el NIV.

—Resulta que he descubierto que le pertenecía a un Maxima. Hasta ahí, bien. El problema es que estaba registrado en Nueva York. A nombre de un chico malo que el gobierno arrestó hace cinco semanas.

No dije nada.

—¿Me lo explicas?

No respondí.

—Puede que hasta me dejen que te mate yo. No sé, puede que lo disfrute y todo.

—¿Tú crees?

—No serías el primero —me soltó como si sintiera que tenía algo que demostrar.

—¿A cuántos has matado?

—A muchos.

Miré por la ventana de atrás del despacho. Solté la Glock y saqué las manos de los bolsillos, vacías.

—Supongo que la lista del departamento de la DGT de Nueva York estará obsoleta —le dije—. Era un coche viejo. Puede que lo vendieran fuera del estado hace un año. ¿Has comprobado el código de autenticación?

—¿Dónde está eso?

—En la parte de arriba de la pantalla, a la derecha. Para saber si la ficha está actualizada ha de tener el número adecuado. Fui policía militar y he entrado en el sistema del departamento de la DGT de Nueva York muchas más veces que tú.

—Odio a los policías militares.

Miré su pistola.

—Me la suda a quien odies. Lo único que te estoy diciendo es que sé muy bien cómo funciona ese sistema y que yo he llegado a cometer el mismo fallo. Más de una vez.

Se quedó callado un instante.

—Eso es una chorrada.

En ese momento fui yo quien sonrió.

—Vale. Ve, ponte en evidencia. A mí me la suda.

Se quedó sentado, sin hacer nada, un largo rato. Luego, se pasó la pistola a la mano izquierda y con la derecha se puso a pinchar con el ratón aquí y allí. Intentaba mantenerme vigilado mientras clicaba y se desplazaba por la pantalla. Me moví un poco, como si estuviera interesado en lo que hacía. Vi cómo la página de búsqueda del departamento de la DGT de Nueva York acababa de cargarse. Me moví un poco más, casi hasta ponerme detrás de su hombro. Introdujo en la ventana de búsqueda el número de matrícula del Maxima. Al parecer, se lo sabía de memoria. Pinchó en el botón que decía BUSCAR. La pantalla se reconfiguró. Volví a moverme, como si estuviera completamente seguro de que se había equivocado.

—¿Dónde está eso que dices?

—Justo ahí —respondí mientras empezaba a señalar el monitor.

La cuestión es que estaba señalando con ambas manos y con los diez dedos, que nunca llegaron a acercarse a la pantalla. Mi mano derecha se detuvo en su cuello. Con la izquierda le quité el arma. La pistola se cayó al suelo y sonó como un kilo de acero que golpea una plancha de contrachapado cubierta con linóleo. Volví a mirar por la ventana del despacho. Beck y Duke seguían dándome la espalda. Le puse ambas manos en el cuello a Doll y apreté. Se echó hacia atrás con fuerza. Se resistió. Lo sujeté de más arriba. La silla se cayó al suelo. Apreté con más fuerza. Volví a mirar por la ventana. Beck y Duke seguían allí. De espaldas a mí. Su respiración se convertía en vaho. Doll empezó a agarrarme las muñecas. Yo apreté aún más. Se le salió la lengua de la boca. Luego, hizo una cosa inteligente, que fue soltarme las muñecas, levantar las manos e intentar alcanzarme los ojos. Eché la cabeza hacia atrás, le puse una mano debajo de la mandíbula y la otra, plana, contra la nuca. Tiré de la mandíbula con fuerza hacia la derecha y con la otra mano le giré la cabeza con fuerza hacia la izquierda y le rompí el cuello.

Levanté la silla y la empujé para que quedara metida debajo el escritorio. Cogí el arma de Doll y eyecté el cargador. Estaba lleno. Ocho balas 5,45 milímetros de pistola soviética. Ocho cuellos de botella. Son, más o menos, del mismo tamaño que las de calibre 22 y son lentas, pero se supone que te alcanzan con muchísima potencia. Por lo que tenía entendido, las fuerzas de seguridad soviéticas habían estado muy satisfechas con ellas. Comprobé la cámara. Había una bala. Comprobé el seguro. Preparada para disparar. Volví

a montar el arma y la dejé lista para cualquier eventualidad. Me la metí en el bolsillo izquierdo.

Luego, lo registré. Llevaba lo habitual: una cartera, un móvil, una billetera con poca pasta y un gran manojo de llaves. Lo dejé todo en su sitio. Abrí la puerta de personal y miré con atención cuál era la situación. Beck y Duke se habían quedado tras la esquina del edificio. Ni yo podía verlos a ellos, ni ellos podían verme a mí. Allí no había nadie más. Me acerqué al Lincoln de Doll y abrí la puerta del conductor. Busqué la palanca que abría el maletero. Se abrió con un ruido suave y se levantó un par de centímetros. Volví al almacén y arrastré el cadáver por el cuello de la camisa. Abrí del todo el portón y metí el cadáver en el maletero. Lo cerré sin hacer ruido y cerré también la puerta del conductor. Consulté el reloj. Los cinco minutos ya habían pasado. Iba a tener que deshacerme de la basura más tarde. Entré por la puerta de personal, por el cubículo de cristal, crucé el despacho, la pequeña zona abierta y salí por la puerta principal. Beck y Duke me oyeron y se dieron la vuelta. Beck tenía cara de frío y parecía que estuviera de mala leche por el retraso.

«En ese caso, ¿por qué te quedas a esperar?», pensé.

Duke temblaba ligeramente, le lloraban un poco los ojos y bostezaba. Tenía ese aspecto que tienen las personas que llevan treinta y seis horas sin dormir.

«Triple ventaja para mí».

—Yo conduzco —le dije a Duke—. Si te parece bien.

Dudó, pero no dijo nada.

—Ahora, ya sabéis que sé conducir. Me habéis tenido conduciendo todo el día. He hecho lo que queríais. Doll os lo ha contado.

Duke no dijo nada.

—¿Era otra prueba? —pregunté.

—Has encontrado el transmisor.

—¿Acaso pensabais que no lo encontraría?

—Podrías haber actuado de manera diferente si no lo hubieras encontrado.

—¿Por qué? Lo único que quería era regresar aquí cuanto antes, sano y salvo. He estado diez horas expuesto en la carretera. No es que me haya parecido muy divertido, la verdad. Tengo más que perder que vosotros, estéis metidos en lo que estéis metidos.

No respondió nada a eso.

—Bueno, ¿qué? —solté como si todo me diera igual.

Dudó una fracción de segundo, exhaló y me dio las llaves. Aquella era la primera ventaja. Hay algo simbólico en el hecho de que alguien te dé unas

llaves. Entregar unas llaves tiene que ver con la confianza y la inclusión. Me acercaba al centro de su círculo. Contribuía a que no me consideraran tan extraño. Y menudo manojito de llaves que acababa de darme. Además de las del coche, allí estaban las llaves de la casa y las de la oficina. Puede que hubiera una docena en total. Mucho metal. Un gran símbolo. Beck observó la transacción y no dijo nada al respecto, se limitó a dar media vuelta y a subir al coche, al asiento de atrás. Duke se dejó caer en el del copiloto. Yo me puse al volante y arranqué. Me coloqué el abrigo de tal manera que las dos armas que llevaba en los bolsillos quedaran ocultas. Estaba listo para sacarlas y dispararlas en caso de que sonara un teléfono móvil. Las probabilidades de que la próxima llamada que recibieran aquellos dos les comunicara que acababan de encontrar el cadáver de Doll eran de dos contra uno. Por tanto, la próxima llamada que recibieran aquellos dos también podría ser la última. Me sentía cómodo con apuestas de seiscientos contra uno o seis mil contra uno, pero dos contra uno me parecía una apuesta muy arriesgada.

En cualquier caso, no les sonó el teléfono de camino a casa. Conduje despacio y con cuidado para ir dando a la primera con todas las carreteras. Giré en dirección este hacia el Atlántico. Allí ya estaba muy oscuro. Aparecí en el promontorio con forma de palma y conduje hasta el dedo que se adentraba en el mar, directo a la casa. Las luces que había en el muro resplandecían. El alambre de espino brillaba. Paulie esperaba para abrir la verja. Se me quedó mirando mientras pasábamos. No le hice caso, me apresuré por el camino de entrada y me detuve en la zona de aparcamiento, justo delante de la puerta principal. Beck salió de inmediato. Duke se sacudió el sueño y lo siguió.

—¿Dónde dejó el coche?

—Pues en el garaje, gilipollas. En el lateral.

Aquella era la segunda ventaja. Iba a poder pasar cinco minutos a solas.

Giré por la zona de aparcamiento y me dirigí a la parte sur de la casa. El garaje estaba en un pequeño patio amurallado. Lo más probable es que hubiera sido un establo cuando se construyó la casa. Tenía adoquines de granito delante y una cúpula de ventilación en el techo para que el establo se airease. Habían tirado abajo los cubículos para los caballos y los habían convertido en cuatro garajes. El pajar lo habían convertido en un apartamento. Supuse que era allí donde vivía el mecánico callado.

La plaza de la izquierda tenía las puertas abiertas y estaba vacía. Metí el Cadillac en ella y luego apagué el motor. Estaba en penumbra. Había estanterías con todo tipo de trastos que acaban amontonados en los garajes:

latas de aceite, cubos y botes de pulimento. Un compresor de aire eléctrico para los neumáticos y una pila de trapos sucios. Me guardé las llaves en el bolsillo y salí del coche. Presté atención por si escuchaba algún teléfono en la casa. Nada. Me acerqué a la pila de trapos y cogí uno del tamaño de una toalla de mano. Estaba negro a causa de grasa, aceite y porquería. Hice como que limpiaba con él una mancha imaginaria que el Cadillac tenía en el parachoques. Miré a mi alrededor. Allí no había nadie. Envolví en el trapo la PSM de Doll y la Glock de Duffy, junto con los dos cargadores, y me lo guardé todo debajo de la chaqueta. Quizá hubiera sido posible meter las armas en la casa. Quizá. Podría haber entrado por la puerta de atrás, dejar que el detector de metales pitase, poner cara de extrañado un instante y, después, sacar el gran manojo de llaves. Podría haberlas sujetado en alto como si aquello lo explicara todo. Una forma clásica de desviar la atención. La verdad podría haber funcionado. Quizá. Habría dependido del nivel de recelo. En cualquier caso, volver a sacar las armas de la casa habría sido muy complicado. En circunstancias normales, si daba por hecho que no recibían ninguna llamada de alarma, lo normal sería que saliera de la casa acompañado de Beck o de Duke, o de ambos, por lo que no existía ninguna garantía de que fuera a llevar las llaves encima de nuevo. Así que solo tenía dos opciones: arriesgarme o jugar sobre seguro. Decidí jugar sobre seguro y dejar la artillería fuera.

Salí del patio de la entrada del garaje y fui caminando, como si paseara, hacia la parte de atrás de la casa. Me detuve en la esquina del muro que rodeaba el patio. Me quedé quieto unos instantes y, después, giré noventa grados y seguí el muro hacia las rocas como si quisiera ver el océano. El mar seguía en calma. Del sudoeste llegaba una especie de larga mancha aceitosa. El agua parecía negra y de una profundidad insondable. Me quedé mirándola un rato, luego me agaché y escondí el atado en un hueco que había en el suelo, junto a la pared. Estaba rodeado de malas hierbas, así que, para encontrar las armas, tendrías que tropezarte con ellas.

Me puse de pie, me arrebujé en el abrigo, como si fuera un tipo reflexivo que se había tomado un par de minutos para relajarse, y volví caminando despacio. Reinaba la tranquilidad. Los pájaros se habían marchado. Estaba demasiado oscuro para ellos. Se habrían refugiado en su nido. Di la vuelta y me dirigí a la puerta de atrás. Subí las escaleras del porche y entré por la puerta de la cocina. El detector de metales pitó. Duke, el mecánico callado y la cocinera me miraron. Me quedé parado un instante y saqué las llaves. Las

levanté. Apartaron la vista. Me acerqué a la mesa y arrojé el manojito de llaves delante de Duke. No las cogió.

La tercera ventaja que me proporcionaba el agotamiento de Duke fue tomando forma a lo largo de la cena. El hombre apenas era capaz de mantener los ojos abiertos. No habló en todo el rato. En la cocina se estaba caliente y la cocinera había preparado una de esas cenas que mandarían a la cama a cualquiera. Tomamos una sopa espesa y ternera con patatas. En cantidad. Los platos estaban a rebosar. La cocinera trabajaba como en una cadena de producción. En la encimera había un plato más con un poco de todo. Puede que a alguien le gustara cenar dos veces.

Comí rápido y me mantuve atento por si sonaba algún teléfono. Sabía que sería capaz de coger las llaves y estar fuera de la casa antes de que acabara de sonar el primer tono. Estaría dentro del Cadillac antes de que acabara de sonar el segundo. Iría por la mitad del camino de entrada antes de que acabara de sonar el tercero. Me llevaría la verja por delante. Incluso podía atropellar a Paulie. Pero no sonó ningún teléfono. En la casa no se oía nada, excepto a la gente masticando. No hubo café. Empezaba a tomármelo como algo personal. Me gusta el café. Bebí agua. Era del grifo del fregadero y sabía a cloro. La chica de servicio llegó del comedor de la familia antes de que yo hubiera acabado de beber el segundo vaso. Se acercó a mí, torpe a causa de aquellos zapatones pasados de moda. Era tímida. Parecía irlandesa, como si acabara de llegar a Boston desde Connemara y hubiera sido incapaz de encontrar trabajo en la ciudad.

—El señor Beck quiere verlo.

Era la segunda vez que la oía hablar. Lo cierto es que tenía un acento que parecía ligeramente irlandés. Llevaba el cárdigan cerrado.

—¿Ahora?

—Eso creo.

Beck me esperaba en la habitación cuadrada de la mesa de roble, la misma en la que había jugado a la ruleta rusa.

—La Toyota era de Hartford, Connecticut. Angel Doll ha investigado la matrícula esta mañana.

—Así que en Connecticut no es necesario llevar matrícula delantera — dije, porque algo tenía que decir.

—Conocemos a los dueños.

Silencio. Lo miré a los ojos. Solo tardé una fracción de segundo en entender lo que quería decir.

—¿Y de qué los conoce?

—Mantenemos una relación comercial.

—¿Alfombras?

—La naturaleza de nuestros negocios no le concierne.

—¿Quiénes son?

—Eso tampoco le concierne.

No dije nada.

—Pero hay un problema. La gente que me describió usted no se parece en nada a los dueños de la camioneta.

—¿Está seguro?

Asintió.

—Los ha descrito usted como altos y rubios. Los dueños de la camioneta son hispanos. Pequeños y morenos.

—Entonces ¿a quiénes vi yo? —pregunté, porque algo tenía que preguntar.

—Hay dos posibilidades. Una, que alguien les robara la camioneta.

—¿Y dos?

—Y dos, que hayan contratado más personal.

—Cualquiera de las dos parece posible.

Negó con la cabeza.

—La primera no. Les he llamado. No han respondido. Así que he preguntado por ahí. Han desaparecido. Y no van a desaparecer solo porque alguien les haya robado la camioneta.

—Entonces han ampliado sus filas.

Asintió.

—Y han decidido morder la mano que les da de comer.

No dije nada.

—¿Está seguro de que utilizaron Uzis?

—Eso es lo que vi.

—¿No serían MP5K?

—No.

Miré hacia otro lado. Aquellas dos armas no se parecían en nada. En nada de nada. La MP5K es un subfusil Heckler & Koch diseñado a principios de la década de 1970, tiene dos buenas empuñaduras de plástico caro y un aspecto muy futurista, como si fuera un arma de pega de una peli. A su lado, la Uzi parece un cacharro fabricado por un ciego en su sótano.

—No me cabe duda —me reafirmé.

—¿Cabe la posibilidad de que el secuestro fuera algo fortuito?

—No. Ni por asomo.

Volvió a asentir.

—Así que nos han declarado la guerra... y se han escondido. Están escondidos en algún lado.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—No tengo ni idea.

Silencio. No se oía el mar. Las olas iban y venían en silencio.

—¿Va a intentar dar con ellos?

—No le quepa duda.

Duke me estaba esperando en la cocina. Estaba irritado e impaciente. Quería que subiera a mi habitación y encerrarme. No protesté. Una puerta cerrada con llave y sin cerradura interior es una coartada maravillosa.

—Mañana a las seis y media nos pondremos en marcha de nuevo.

Escuché con atención y oí cómo cerraba la puerta con llave. Esperé a que dejaran de oírse sus pisadas. Entonces, me lancé a mi zapato. Me estaba esperando un mensaje. Era de Duffy: «¿Ha llegado bien?». Pulsé RESPONDER y escribí: «Deje un coche a kilómetro y medio de la casa. Déjelo con la llave puesta. Acérquense en silencio y sin luces».

Pulsé ENVIAR. Tuve que esperar un poco. Supuse que la mujer estaba utilizando un portátil. Debía de estar en su habitación del motel con él encendido y conectado. Seguro que le había sonado un «¡plin!» y que le había saltado un mensaje que decía «¡Tienes correo!».

Me respondió: «¿Por qué? ¿Cuándo?».

Le envié: «No pregunte. A medianoche».

Pasó un buen rato. Luego escribió: «De acuerdo».

Le envié: «Recójalo a las seis de la mañana. Con precaución».

Respondió: «Vale».

Le envié: «Beck conoce a los dueños de la Toyota».

Después de noventa dolorosos segundos, recibí: «¿De qué?».

Le envié: «Cita relación de negocios fin de la cita».

Me preguntó: «¿Algo más específico?».

Le envié: «No ha especificado nada».

Contestó con una sola palabra: «Mierda».

Esperé. No me envió nada más. Lo más probable era que estuviera comentándolo con Eliot. Me los imaginé, hablando a toda velocidad, sin mirarse el uno al otro, intentando tomar una decisión.

Le envié una pregunta: «¿A cuántas personas arrestaron en Hartford?».

Respondió: «A todos. Es decir, a tres».

Le pregunté: «¿Están cantando?».

Respondió: «Ni una palabra».

Le pregunté: «¿Tienen abogado?».

Respondió: «No».

Aquella era una manera agotadora de mantener una conversación, pero me daba tiempo para pensar. Si hubiera habido abogados de por medio podría haber sido fatal. A Beck le habría resultado muy sencillo ponerse en contacto con el abogado de la gente de Hartford. Aunque, claro, antes o después le daría por comprobar si a sus amiguitos los habían arrestado.

Le envié: «¿Puede mantenerlos incomunicados?».

Me envió: «Sí, dos o tres días».

Le envié: «Hágalo».

Hubo una pausa larga. Entonces, me respondió: «¿Qué está pensando Beck?».

Le envié: «Que le han declarado la guerra y que se han escondido».

Me preguntó: «¿Qué va a hacer usted?».

Le envié: «No estoy seguro».

Me envió: «Vamos a dejarle el coche. Mi consejo es que lo utilice para huir».

Respondí: «Quizá».

Otra larga pausa. Luego, me envió: «Apague el dispositivo. Ahorre batería».

Sonreí. Duffy era una mujer muy práctica.

Me tumbé en la cama vestido y así estuve tres horas, escuchando con atención por si sonaba algún teléfono. No oí nada. Me levanté poco antes de medianoche, enrollé una de las alfombras persas, me tumbé en el suelo, sobre las tablas de roble, y escuché. Esa es la mejor manera de oír hasta los sonidos más imperceptibles de una casa. Se oía el sistema de calefacción funcionando. El viento alrededor de la casa se quejaba con suavidad. El océano estaba callado. La casa, tranquila. La estructura era de sólida piedra. No había crujidos. No había chasquidos. No se oía actividad humana. Nadie hablaba,

nadie se movía. Di por hecho que Duke estaba durmiendo como un tronco. Aquella era la tercera ventaja de su cansancio. Él era el único que me preocupaba. El único profesional.

Me até los zapatos con fuerza y me quité la chaqueta. Seguía vestido con la ropa vaquera de color negro que me había proporcionado la chica de servicio. Levanté la ventana hasta arriba y me senté en el alféizar, de cara al dormitorio. Me quedé mirando la puerta. Me di la vuelta y miré hacia fuera. Solo se veía una parte delgada de la luna. Había algunas estrellas. Un poco de viento. Nubes plateadas desiguales. El aire era frío y salado. El océano se movía despacio y a un ritmo constante.

Balanceé las piernas en mitad de la noche y me puse de lado. Luego, rodé sobre mi estómago y busqué con los pies alguna de las hendiduras que tenía la piedra de la fachada. Apoyé los pies y me agarré al alféizar con ambas manos. Saqué el cuerpo del todo. Con una mano, bajé la ventana casi hasta abajo, para que pareciera que estaba cerrada. Me hice a un lado, en busca del bajante que venía de los canalones. Estaba a cosa de un metro. Era una tubería de hierro de unos quince centímetros de diámetro. La toqué con la palma derecha. Parecía sólida. Pero también parecía que estuviera muy lejos. No soy una persona ágil. En los Juegos Olímpicos sería luchador o boxeador. O levantador de peso. Desde luego, gimnasta no.

Recuperé la mano derecha y avancé muy poco a poco hacia el lado, hasta que estuve tan a la derecha como era posible. Mi mano izquierda se movió por el alféizar y se agarró con fuerza a la esquina del marco de la ventana. Estiré la mano derecha. La enganché alrededor de la parte más alejada del bajante. El hierro estaba pintado y frío, resbaladizo por efecto del rocío de medianoche. Puse el pulgar delante y los demás dedos, detrás. Probé a ver qué tal me agarraba. Me alejé un poco más del alféizar. Estaba completamente estirado en la pared. Igualé la presión de las manos y tiré hacia dentro. De un salto, me agarré al bajante con ambos pies. Volví a tirar un poco hacia dentro y solté la mano izquierda del alféizar para llevarla junto a mi mano derecha. Ahora, me sujetaba al bajante con ambas manos. Y no me caía. Tenía los pies apoyados en la pared, con el culo salido a quince metros de altura de las rocas. Sentí el viento en el pelo. Era un viento frío.

«Boxeador, no gimnasta».

Podría quedarme allí sujeto toda la noche. No me supondría ningún problema. Ahora bien, lo que no tenía claro era cómo moverme hacia abajo. Tensé los brazos y me aproximé a la pared. Deslicé las manos hacia abajo por el bajante unos quince centímetros. Dejé que mi cuerpo cayera. Deslicé los

pies una distancia equivalente. Parecía que aquello funcionaba. Volví a hacerlo. Fui bajando a saltos de quince centímetros. Me iba secando las palmas, una primero, después la otra, para evitar el resbaladizo rocío. Aunque hacía frío, yo estaba sudando. Me dolía la mano derecha del pulso que había echado con Paulie. Debía de estar todavía a unos trece metros del suelo. Seguí bajando. Llegué a la altura del segundo piso. Iba muy despacio, pero seguro. Solo que dejaba caer casi ciento quince kilos de peso de golpe sobre la tubería de hierro cada pocos segundos. Aquel bajante debía de tener unos cien años. Y, claro, el hierro se oxida y se pudre.

El bajante se movía un poco. Sentí que temblaba, que vibraba, que se sacudía. Y resbalaba. Tenía que poner los dedos por detrás para asegurarme de que me agarraba bien. Me estaba rozando los nudillos contra la piedra. Seguía dando mis saltos de quince centímetros. Acabé haciéndolo rítmicamente. Me acercaba a la pared, deslizaba las manos, me dejaba caer e intentaba amortiguar la caída poniendo los brazos rectos. Dejaba que el impacto lo absorbieran mis hombros. Luego, sacaba el culo para poder bajar los pies quince centímetros más, me pegaba a la pared y volvía a empezar. Llegué a la altura de las ventanas del primer piso. Allí, me dio la impresión de que el bajante estaba sujeto con más fuerza. Puede que estuviese anclado a una base de cemento. Empecé a pegar los saltos más rápido. Llegué al suelo. Lo sentí firme bajo los pies y respiré aliviado. Me aparté de la pared. Me limpié las manos en los pantalones, me quedé quieto y escuché con atención. Me sentía bien por estar fuera de la casa. El aire era como terciopelo. Frío. Vigorizante. No se oía nada. No había luces en las ventanas. Sentí el pinchazo del frío en los dientes y me di cuenta de que estaba sonriendo. Miré la luna llena, que ahora se veía bien. Me sacudí y fui en silencio a recuperar las armas.

Seguían allí, en el atado que había escondido en el agujero, entre las malas hierbas. La PSM de Doll la dejé. Prefería la Glock. La desenvolví y la revisé por costumbre. Diecisiete balas en el arma, diecisiete en cada uno de los cargadores. Cincuenta y una nueve milímetros Parabellum. Si disparaba una, lo más probable era que tuviera que dispararlas todas. Momento en el que alguien habría ganado y alguien habría perdido. Me guardé los cargadores en el bolsillo y la pistola en la cintura del pantalón y recorrí la pared del garaje hasta el final para echar una primera ojeada al muro, por lejos que estuviera. Seguía iluminado. Las luces brillaban con fuerza, azules y violentas, como en un estadio. La casita de al lado de la verja quedaba bañada por la luz. El alambre de espino resplandecía. La luz era como una barra sólida de treinta

metros de profundidad, brillante como el sol, con una oscuridad absoluta por detrás. La verja permanecía cerrada y encadenada. Me recordaba el perímetro exterior de una prisión del siglo XIX. O un manicomio.

Me quedé mirándolo hasta que encontré la manera de superarlo y, después, rodeé el patio adoquinado. El apartamento que quedaba encima de los garajes estaba a oscuras y en silencio. Las puertas estaban todas cerradas, pero ninguna de ellas tenía cerradura. Eran antiguas puertas de madera dobles, desfasadas. Las habían instalado mucho antes de que la gente hubiera empezado a plantearse robar coches. Cuatro puertas, cuatro plazas de garaje. En la de la izquierda estaba el Cadillac. En esa ya había estado, así que revisé las demás, despacio y en silencio. En la segunda había un Lincoln Town Car negro, igual que el de Angel Doll, igual que el que conducían los guardaespaldas de Richard Beck. Estaba encerado y brillaba. Tenía las puertas cerradas.

La tercera plaza de garaje estaba completamente vacía. No había nada en ella. La habían barrido. Se veían las pasadas de la escoba sobre las manchas de aceite. Había algunas fibras de la alfombra aquí y allí, que se habían dejado sin barrer. Eran cortas y rígidas. No era capaz de distinguir su color en la oscuridad. Parecían grises. Como si se hubieran caído del dorso de arpillera de una alfombra. No significaban nada para mí, así que seguí adelante.

En la cuarta plaza de garaje encontré lo que buscaba. Abrí las puertas de par en par para que entrara la luz de la luna. El polvoriento y viejo Saab que la chica de servicio había utilizado para ir de compras estaba allí, aparcado con el morro al fondo, cerca de un banco de trabajo. Sobre el banco había una ventana muy sucia por la que se veía una luz de luna gris que caía sobre el océano. El banco tenía un tornillo y estaba cubierto de herramientas viejas. Tenían la empuñadura de madera, que había ido oscureciéndose con el paso del tiempo y por efecto de la grasa. Di con un punzón. Solo era un burdo pincho de acero con una empuñadura. La empuñadura era bulbosa, de roble. El pincho debía de tener de unos cinco centímetros de largo. Lo puse en el tornillo, como a medio centímetro de profundidad, y apreté con fuerza. Sujeté la empuñadura y la giré hasta que doblé el pincho en un perfecto ángulo recto. Desenrosqué el tornillo y examiné mi trabajo. Me metí la nueva herramienta en el bolsillo de la camisa.

Luego, busqué un cincel. Encontré uno que era una evidente herramienta de carpintería. Tenía una hoja de centímetro veinticinco de anchura y una bonita empuñadura de fresno. Aquella herramienta podía tener unos setenta años. Seguí buscando y di con una rueda de afilar de carborundo y con una

lata oxidada de líquido para afilar. Moje la piedra con un poco del fluido y lo extendí con la punta del cincel. Me afané con el acero adelante y atrás hasta que estuvo reluciente. Uno de los muchos institutos a los que había asistido era una escuela anticuada de Guam en la que para aprobar la asignatura de manualidades tenían que dársete bien los trabajos más aburridos, como afilar herramientas. Y todos sacábamos muy buena nota, porque, claro, la de afilar herramientas era una habilidad que nos interesaba muchísimo adquirir. Jamás he visto cuchillos tan afilados como los de aquella clase. Le di la vuelta al cincel y me esmeré con la otra cara. Lo dejé bien afilado y recto. Parecía acero de Pittsburgh de la mejor calidad. Lo limpié en los pantalones. No probé el filo con el pulgar. No me apetecía sangrar. Con solo mirarlo ya sabía que estaba afiladísimo.

Salí al patio, me agaché junto a la pared y me llené los bolsillos. Tenía el cincel por si me veía obligado a manejarme en el más absoluto silencio y la Glock por si no importaba hacer ruido. Luego, estudié el orden en el que debía llevar a cabo mi actuación.

«La casa primero».

Era muy probable que no tuviera opción de volver a registrarla.

La contrapuerta del porche trasero, el que daba a la cocina, estaba cerrada, pero el mecanismo de la cerradura era muy sencillo. Era uno de esos de tres palanquitas. Metí el pincho del punzón como si fuera una llave y fui buscando los pernos. Eran grandes y evidentes. No tardé ni un minuto en entrar. Me quedé quieto y escuché con atención. No quería toparme con la cocinera. Cabía la posibilidad de que siguiera levantada, cocinando una tarta. O puede que fuera la irlandesa la que estaba allí, haciendo vete tú a saber qué. Pero no se oía nada de nada. Crucé el porche y me arrodillé junto a la puerta de la cocina, que tenía la misma cerradura inútil. Tardé, más o menos, el mismo tiempo en abrirla. Me aparté un poco y entreabrí la puerta. Me llegaron los olores típicos de una cocina. Escuché de nuevo. La estancia estaba fría y desierta. Dejé el punzón en el suelo, justo delante de mí. El cincel lo dejé al lado. Y la Glock también, junto con los dos cargadores. No quería que el detector de metales pitase. En mitad de la noche, habría parecido una sirena. Deslicé el punzón por el suelo, muy pegado a las tablas de madera. Lo empujé hasta que superó la puerta y entró en la cocina. Hice lo mismo con el cincel. Lo mantuve pegado al suelo mientras lo introducía rodando. Casi todos los detectores de metal del mercado tienen una zona muerta abajo del todo. Se

debe a que los zapatos de vestir de los hombres se hacen con una pieza de acero en la suela. Esa pieza de acero proporciona flexibilidad y fortaleza al zapato. Los detectores de metal están pensados para no detectarla. Y tiene sentido porque, de lo contrario, pitarían cada vez que los cruzara un hombre con unos zapatos decentes.

Deslicé la Glock por la zona muerta e hice que la siguieran los cargadores, de uno en uno. Lo empujé todo tan lejos como pude. Luego, me puse de pie y crucé la puerta. La cerré sin hacer ruido. Recogí las herramientas y recargué los bolsillos. Me planteé quitarme los zapatos. Es más sencillo investigar una casa descalzo. Aunque, si se da la situación, los zapatos son armas extraordinarias. Si le das una patada a alguien con los zapatos puestos, lo dejas fuera de combate. Sin los zapatos, te rompes un dedo. Además, tardas tiempo en ponértelos de nuevo. Si resultaba que tenía que salir a la carrera, no quería tener que correr por las rocas en calcetines. O trepar el muro. Decidí, pues, no quitarme los zapatos y caminar con cuidado. La construcción era muy sólida. Merecía la pena arriesgarse. Me puse manos a la obra.

Lo primero que hice fue buscar una linterna en la cocina. No encontré ninguna. La mayoría de las casas que están al final de un tendido eléctrico suelen sufrir cortes de vez en cuando, por lo que sus habitantes suelen tener alguna linterna a mano. Al parecer, los Beck no eran de esos. Lo mejor que encontré fue una caja de cerillas de cocina. Me metí tres fósforos en el bolsillo y encendí otro en la caja. Con aquella luz titilante busqué el gran manojo de llaves que había dejado sobre la mesa. Me habrían resultado de gran ayuda, pero no estaban allí. No estaban ni en la mesa, ni en ningún gancho que hubiera cerca de la puerta, ni en ningún otro lado. La verdad es que no me sorprendía. Dar con ellas habría sido demasiado bonito.

Apagué la cerilla de un soplado y seguí a oscuras hasta las escaleras del sótano. Bajé con muchísimo cuidado y, una vez abajo, encendí otra cerilla con la uña del pulgar. Seguí la maraña de cables del techo hasta la caja de fusibles. Al lado de la caja, en una balda, había una linterna. Era uno de los sitios más estúpidos en los que podías guardar una linterna. Si se va la luz, necesitas una luz para llegar hasta la caja de fusibles.

La linterna era una Maglite negra y grande, larga como una porra. Seis pilas R20. Eran las linternas que solíamos utilizar en el ejército. Nos habían garantizado que eran irrompibles, pero acabamos descubriendo que dependía mucho de a qué golpearas con ellas y de lo fuerte que lo hicieras. La encendí y apagué la cerilla. Escupí en la punta quemada de la cerilla y la guardé en el bolsillo. Con la linterna, investigué la caja de fusibles. Tenía una puerta gris

de metal y veinte fusibles dentro. Ninguno de ellos tenía una etiqueta en la que pusiera «casita de la verja». La casita debía de tener un suministro eléctrico aparte, cosa que era de lo más normal. No era inteligente llevar la energía hasta la casa para tener que desviar, después, parte hasta la casita de la verja. Era mejor suministrar electricidad a la casita directamente desde la línea entrante. No me sorprendió, pero me sentí un tanto decepcionado. Habría sido la leche poder apagar las luces del muro desde allí. Me encogí de hombros, cerré la caja, di media vuelta y me acerqué a las dos puertas que había encontrado cerradas por la mañana.

Ya no estaban cerradas. Lo primero que haces antes de atacar una cerradura es comprobar que no esté abierta. Nada hace que te sientas más gilipollas que abrir con ganzúas una cerradura que no estaba cerrada. Ninguna de aquellas dos puertas estaba cerrada con llave. Ambas se abrieron con facilidad en cuanto giré el pomo.

La primera habitación estaba vacía. Era, más o menos, un cubo perfecto de dos metros y medio de lado. La iluminé en su totalidad. Las paredes eran de piedra y el suelo, de cemento. No tenía ventanas. Parecía un almacén. Estaba limpiísima, inmaculada, y no había nada en ella. Nada de nada. No había fibras de alfombra, ni basura, ni suciedad. La habían barrido y la habían aspirado, puede que incluso ese mismo día. Era un poco fría y húmeda. Una bodega de piedra perfecta. Me llegó ese característico olor polvoriento de las bolsas de aspiradora. Y también había otro olor en el aire. Algo débil... incitante... casi imperceptible. Algo familiar. Rico... insustancial... Algo que debía conocer. Entré en la habitación y apagué la linterna. Cerré los ojos y permanecí allí, a oscuras, concentrado. El olor desapareció. Era como si mis movimientos hubieran perturbado las moléculas de aire y que esa entre un millón en la que estaba interesado se hubiera difuminado en un fondo frío y húmedo, en el granito subterráneo. Me esforcé, pero fui incapaz de volver a olerlo. Me di por vencido. Era como un recuerdo, perseguirlo daba pie a perderlo. Además, no tenía tiempo que perder.

Volví a encender la linterna, salí al pasillo y cerré la puerta del cubo en silencio. Me paré y escuché con atención. La caldera era lo único que se oía. Nada más. Entré en la otra habitación. También estaba vacía, pero solo porque en ese momento no había nadie en ella. Porque objetos había. De hecho, era un dormitorio.

La estancia era un poco más grande que el almacén. Unos tres metros y medio por tres metros. La luz de la linterna me permitió ver que la pared era de roca, el suelo de cemento y no había ventanas. En el suelo había un

colchón delgado. Estaba cubierto con sábanas arrugadas y una manta vieja. No vi ninguna almohada. Hacía frío. Olía a comida rancia, a perfume rancio, a sueño, a sudor y a miedo.

Busqué con cuidado por toda la habitación. Estaba sucia. No encontré nada significativo hasta que aparté el colchón. Debajo de él, rascado en el cemento, había escrita una palabra: JUSTICE. Estaba escrita en finas letras mayúsculas. Las letras eran irregulares, pero estaba claro lo que ponía. Eran enfáticas. Debajo de las letras había números. Seis en tres grupos de dos. Día, mes y año. La fecha del día anterior. Las letras y los números eran más profundos y gruesos que si se hubieran grabado con un clavo, con un alfiler o con la punta de unas tijeras. Di por hecho que los habría trazado con los dientes de un tenedor. Volví a dejar el colchón en su sitio y miré la puerta. Era de roble macizo, gruesa y muy pesada. No tenía cerradura interior. Aquello no era un dormitorio, era una celda.

Salí y cerré la puerta. Volví a quedarme quieto y a escuchar con atención. Nada. Pasé quince minutos más examinando el resto del sótano, pero no encontré nada en absoluto. Aunque, claro, tampoco es que esperara haber encontrado algo. No me habrían dejado bajar allí por la mañana de no ser porque allí no había nada incriminatorio. Así que apagué la linterna y, poco a poco, a oscuras, subí las escaleras. Registré la cocina hasta que di con una bolsa negra para cubos de basura grandes. Necesitaba también un trapo. Lo mejor que encontré fue un cuadrado de lino muy gastado para secar los platos. Doblé ambos objetos con cuidado y me los metí en el bolsillo. Luego, salí al pasillo y fui a investigar las partes de la casa que no había visto hasta el momento.

Había donde elegir. Aquella casa era como una madriguera. Empecé por delante, por donde había entrado el día anterior. La gran puerta de roble estaba cerrada a cal y canto. La rodeé, porque no sabía si el detector de metales era muy sensible. Hay algunos que pitan en cuanto estás a treinta centímetros. El suelo era tarima de roble y estaba cubierto de alfombras. Pisé con cuidado, aunque no estaba muy preocupado por el ruido, las alfombras, las cortinas y los paneles de la pared lo absorberían.

Exploré toda la planta baja. Solo hubo un lugar que me llamó la atención. En la zona norte, junto a la estancia en la que había estado con Zachary Beck, había otra puerta cerrada con llave. Estaba justo enfrente del comedor familiar, al otro lado de un amplio pasillo interior. Era la única puerta cerrada en la planta baja y, por tanto, la única habitación que me interesaba. La cerradura era una de esas grandes de latón, de cuando los objetos se

manufacturaban con orgullo y aplomo. Allí donde estaba atornillada a la madera tenía todo tipo de filigranas. Las cabezas de los tornillos estaban rebajadas de tantas veces que las habrían abrillantado a lo largo de ciento cincuenta años. Lo más probable es que fuera original de la casa. Algún anciano artesano del Portland del siglo XIX la habría hecho a mano entre otros objetos para barcos. Tardé un segundo y medio en abrirla.

La habitación era un cubil. No era un despacho, ni un estudio y tampoco una sala de estar. Iluminé cada rincón con el haz de la linterna. No había televisión. No había escritorio. No había ordenador. Era una habitación, nada más. Estaba amueblada con muebles sencillos y pasados de moda. La ventana la tapaban unas cortinas de terciopelo. Había un gran sillón de cuero rojo abotonado. Un armario de coleccionista con las puertas de cristal. Y alfombras. Había tres alfombras en el suelo. Consulté el reloj. Era casi la una de la madrugada. Llevaba en movimiento casi una hora. Entré en la habitación y cerré la puerta tan en silencio como pude.

El armario de coleccionista tendría un metro ochenta de altura. Tenía dos cajones a todo lo ancho en la parte de abajo y, encima de ellos, dos puertas de cristal. Al otro lado de las puertas había cinco ametralladoras Thompson. Eran las clásicas de cargador de tambor que llevaban los gánsteres de la segunda década del siglo XX, de esas que empuñan los soldados de Al Capone en fotografías en blanco y negro de imagen granulada. Estaban expuestas encaradas a derecha e izquierda de forma alterna, sobre clavijas de madera que las sujetaban a nivel. Eran las cinco iguales y todas parecían nuevas. Como si nunca las hubieran disparado. Como si nunca las hubieran tocado siquiera. El sillón estaba justo enfrente del armario. En la habitación no había nada más que llamase la atención. Me senté en el sillón y me pregunté por qué una persona querría pasar tiempo mirando cinco armas antiguas.

Entonces, oí pasos. Ligeros, en el piso de arriba, justo encima de mi cabeza. Tres pasos, cuatro, cinco. Pasos rápidos y callados. Y no solo por deferencia con la hora de la noche que era. Pretendían ser sigilosos. Me puse de pie. Me quedé quieto. Apagué la linterna y la sujeté con la mano izquierda. Con la derecha cogí el cincel. Oí una puerta que se cerraba muy despacio. Luego, silencio. Escuché con atención. Me concentré en cada sonido. El flojo correr del agua por el sistema de calefacción era un rugido en mis oídos. Mi respiración era atronadora. No se oía nada arriba. Entonces, pasos de nuevo.

Iban directos a las escaleras. Me encerré en la habitación. Me arrodillé detrás de la puerta y bajé los pernos, «uno, dos», y luego escuché los crujidos de la escalera. No era Richard el que bajaba. No era un chico de veinte años.

Había cierto sigilo en los pasos. Cierta rigidez. Era alguien que empezó a pisar los escalones más despacio y con más cuidado a medida que se acercaba abajo. Cuando llegó al pasillo, el sonido dejó de escucharse. Me imaginé a alguien de pie sobre aquellas alfombras tan gruesas, rodeado por las cortinas y los paneles de madera, mirando a su alrededor, escuchando con atención. Puede que en mi dirección. Sujeté con más fuerza la linterna y el cincel. Llevaba la Glock en la cinturilla del pantalón. No tenía la menor duda de que sería capaz de salir de aquella casa. Ahora bien, acercarme a un Paulie alerta que estaba a cien metros de distancia y hacerlo a campo abierto, en medio de una zona iluminada como un estadio, sería algo no exento de dificultades. Y un intercambio de disparos ahora mismo acabaría con la misión para siempre. Quinn desaparecería de nuevo.

No oía nada en el pasillo. Nada, excepto un silencio aplastante. Entonces, escuché que se abría la puerta delantera. Oí el traqueteo de una cadena y una cerradura que se recogía, el clic de un resbalón, el sonido de una tira aislante de cobre soltándose de la jamba. Un segundo después, la puerta volvió a cerrarse. Sentí una leve vibración en la estructura de la casa cuando la gruesa y pesada puerta de roble golpeó el marco.

«El detector de metales no ha sonado».

Quienquiera que hubiera pasado por él no llevaba armas. Ni llevaba tampoco las llaves de un coche.

Esperé. Seguro que Duke estaba dormido como un tronco. Además, no era una persona confiada, dudaba mucho que fuera a ir por ahí, de noche, sin un arma. Y Zachary Beck tampoco lo haría. En cualquier caso, ambos eran lo bastante listos como para quedarse en el vestíbulo y abrir y cerrar la puerta para hacerme creer que habían salido. Pero, claro, no habrían salido. Seguirían allí, con la pistola en la mano, mirando hacia la oscuridad, esperando a que fuera yo el que saliera.

Me senté de lado en el sillón de cuero rojo. Empuñé la Glock con la mano izquierda y apunté a la puerta. En cuanto la abrieran más de nueve milímetros, dispararía. Hasta entonces, pensaba esperar. Esperar era algo que se me daba bien. Si pensaban que iban a ganarme a esperar, estaban muy equivocados.

Sin embargo, una hora después, el silencio seguía siendo absoluto en el pasillo. No se oía nada de nada. No había vibraciones. Allí no había nadie. Desde luego, Duke no era. Él se habría quedado dormido y se habría caído al suelo. Y Beck tampoco podía ser. Era un aprendiz. Permanecer en el más

completo silencio una hora entera requiere una habilidad tremenda. Así que lo de la puerta no había sido ningún truco. Alguien había salido desarmado de casa por la noche.

Me arrodillé y volví a meter el punzón en la cerradura. Abrí los pernos. Me tumbé en el suelo cuan largo era y empujé la puerta. Tenía que ser precavido. Si había alguien esperando que se abriera la puerta estaría mirando a la altura de la cabeza. Así que yo lo vería antes a él que a él a mí. Pero no había nadie esperándome. El pasillo estaba vacío. Me puse de pie, salí y cerré la puerta ayudándome una vez más del punzón. Bajé en silencio las escaleras del sótano y dejé la linterna en su sitio. Subí a la cocina a tientas. Fui hasta la puerta de la cocina agachado y deslicé todo el metal por el suelo en dirección a la contrapuerta del porche. Salí, cerré la puerta de la cocina, recogí todas las herramientas y miré para ver si había alguien en la parte de atrás. No vi nada, excepto un mundo de rocas y océano iluminado por la gris luz de la luna.

Cerré la endeble contrapuerta del porche y me mantuve muy cerca de la pared. Me agaché para aprovechar las sombras más oscuras y volví hasta la pared del patio de la entrada del garaje. Busqué el atado que tenía en el agujero y guardé el cincel y el punzón junto con la PSM. No podía llevármelos conmigo. Rasgarían la bolsa de basura. Seguí la pared del patio en dirección al océano. Quería llegar a las rocas que había justo detrás del garaje, en el sur, una zona que no se veía desde la casa.

Había recorrido la mitad del camino cuando, de pronto, me quedé inmóvil.

Elizabeth Beck estaba sentada en las rocas. Llevaba un albornoz blanco y un camisón blanco. Parecía un fantasma. O un ángel. Tenía los codos apoyados en las rodillas y miraba la oscuridad del este inmóvil como una estatua.

Me quedé tan quieto como pude. Estaba a unos nueve metros de ella. Yo iba vestido de negro de pies a cabeza pero, si la mujer miraba hacia la izquierda, me vería recortado contra el horizonte. Y los movimientos súbitos me delatarían. Así que me quedé inmóvil. Las olas iban y venían, en silencio, perezosas. Producían un sonido pacífico. Su movimiento era hipnótico. La mujer miraba el agua. Seguro que tenía frío. El viento le revolvía el pelo.

Me incliné un poco, como si pretendiera fundirme con las piedras. Doblé las rodillas, extendí los dedos y me puse en cuclillas. Ella se movió. Un sencillo giro de cabeza, como si se preguntara algo. Como si se le acabara de ocurrir algo. Me miró. No se sorprendió. Se me quedó mirando. Un minuto. Y otro. Tenía los dedos entrelazados, aquellos dedos largos. La luz de la luna,

reflejada en el agua, iluminaba su pálida cara. Tenía los ojos abiertos, pero era evidente que no veía nada. Eso, o estaba lo bastante agachado como para que la mujer me hubiera confundido con una piedra o con una sombra.

Permaneció así, sentada e inmóvil, durante unos diez minutos más, mirando hacia donde yo estaba. Empezó a temblar de frío. Entonces, giró la cabeza de nuevo. Dejó de mirar hacia mí y volvió a concentrarse en el mar, a la derecha. Desentrelazó los dedos para echarse el pelo hacia atrás. Levantó la vista para mirar al cielo. Se puso de pie muy despacio. Iba descalza. Se estremeció, como si tuviera frío o estuviera triste. Extendió los brazos hacia los lados, como un funámbulo, y se dirigió hacia mí. Era evidente que el suelo le dañaba los pies. Se equilibraba con los brazos a medida que iba avanzando, poco a poco, paso a paso, pensando cada uno de ellos. Pasó a un metro de mí y siguió en dirección a la casa. Observé cómo se alejaba. El viento le movió la ropa. El camisón se le pegó al cuerpo. Desapareció detrás de la pared del patio. Un buen rato después, oí cómo se abría la puerta principal de la casa. Una corta pausa y un suave golpe cuando se cerró. Me eché al suelo de espaldas. Me quedé mirando las estrellas.

Permanecí quieto tanto tiempo como me atreví y, después, me puse de pie y recorrí los quince metros que me quedaban hasta la orilla. Sacudí la bolsa de basura, me desnudé, doblé la ropa y la guardé en la bolsa. Había envuelto la Glock y los cargadores en la camisa, los calcetines los había metido en los zapatos y estos los había puesto encima de la demás ropa, y, arriba del todo, había dejado el pequeño trapo de lino. Luego, até la bolsa con fuerza y la sujeté por el cuello. Me metí en el agua con la bolsa tras de mí.

Tal y como había imaginado, el océano estaba frío. Al fin y al cabo, aquella era la costa de Maine y estábamos en abril. A decir verdad, el océano estaba muy frío. Helado. Me entumecía las articulaciones. Me dejaba sin aire. Nada más entrar en el agua, ya me sentí congelado. A los cinco metros de la orilla me castañeteaban los dientes. Además, no llegaba a ningún lado y la sal me picaba en los ojos.

Seguí pataleando hasta que me había alejado diez metros y empezaba a ver el muro. Estaba tan iluminado que brillaba. No podía cruzarlo. No podía trepar por él. Tenía que rodearlo. No me quedaba alternativa. Ese era mi razonamiento. Tenía que nadar cuatrocientos metros. Era fuerte, pero no era rápido y, además, estaba remolcando una bolsa; aquello me iba a llevar unos

diez minutos. Quince, como mucho. Ya está. Nadie se muere por pasar quince minutos en agua muy fría. Nadie. Yo, al menos, no. Esa noche no.

Enfrentándome al frío y al oleaje, acabé desarrollando una especie de ritmo lateral. Remolcaba la bolsa con la mano izquierda durante diez patadas y, luego, cambiaba la bolsa a la mano derecha y pegaba diez patadas más. Había una ligera corriente. Empezaba a subir la marea. Aquello me estaba beneficiando, pero también estaba congelándome. El agua llegaba del Gran Banco. Era agua ártica. Tenía la piel adormecida, resbaladiza. Carraspeaba al respirar. Mi corazón latía a toda prisa. Empezó a preocuparme sufrir un choque térmico. Recordé los libros que había leído acerca del Titanic. La gente que no consiguió subir a los botes salvavidas murió en cuestión de una hora.

Pero yo no iba a estar una hora en el agua. Tampoco había icebergs allí. Además, mi ritmo estaba funcionando. Ya casi estaba a la altura del muro. Nadaba justo en el linde de la luz. Por mucho que estuviera desnudo y pálido por efecto del invierno, parecía invisible. Dejé atrás el muro. Ya había hecho la mitad del recorrido. Seguí pataleando. Perseverando. Saqué la muñeca del agua y consulté la hora. Llevaba seis minutos nadando.

Nadé seis minutos más. Me puse de pie en el agua, resoplando, con la bolsa flotando delante de mí. Miré hacia atrás. Estaba lejos del muro. Cambié de dirección y me dirigí a la orilla. Salí del agua por entre resbalosas rocas cubiertas de algas y una playa de guijarros. Tiré la bolsa lejos de la orilla y acabé de salir del agua de rodillas. Una vez fuera, permanecí a cuatro patas un minuto entero, resoplando, tiritando. Los dientes me castañeteaban con fuerza. Desaté la bolsa de basura. Saqué el trapo. Me froté con fuerza. Tenía los brazos azules. La ropa se me pegaba a la piel. Me calcé y guardé la Glock. Doblé la bolsa y el trapo y los guardé mojados en el bolsillo. Luego, eché a correr, porque tenía que entrar en calor.

Corrí durante casi diez minutos, hasta que encontré el coche. Era el Taurus del agente de más edad, parecía gris bajo la luz de la luna. Lo habían dejado aparcado con el morro en sentido contrario a la casa y estaba todo preparado para que no hubiera retrasos. Duffy era una mujer práctica, no me cabía duda. Sonreí de nuevo. Habían dejado la llave en el asiento. Encendí el motor y me puse en marcha poco a poco. No encendí las luces y no pisé el freno hasta que no salí del promontorio con forma de palma y tomé la primera curva. Luego, encendí las luces, encendí también la calefacción y pisé el acelerador a fondo.

Estaba en el exterior de los muelles de Portland quince minutos después. Dejé el Taurus aparcado en una calle tranquila a kilómetro y medio del almacén de Beck, hasta el que fui caminando. Aquel era el momento de la verdad. Si habían encontrado el cadáver de Doll, el sitio estaría abarrotado y yo tendría que fundirme con las sombras y desaparecer para siempre. Si no era así, cabía la posibilidad de que viviera para pelear otro día.

Recorrer aquella distancia andando me llevó casi veinte minutos. No vi a nadie. No había policía, no había ambulancias, no había cinta de la policía, no había forenses. No había personas desconocidas en un Lincoln Town Car. Rodeé el almacén de Beck de lejos, sin perderlo de vista entre calles y callejones. Las luces del despacho estaban encendidas, era así como yo las había dejado. El coche de Doll seguía allí, junto a la persiana, justo donde él lo había aparcado.

Me alejé un poco del edificio y volví a acercarme por otro ángulo, por la zona ciega en la que no había ventana. Saqué la Glock. La sostuve con el cañón hacia abajo, pegada a la pierna, escondiéndola. Tenía el coche de Doll de cara. Un poco más allá, a la izquierda, estaba la puerta de personal que daba al cubículo del almacén y, más allá, el despacho. Dejé atrás el coche y la puerta de personal y pasé agachado por debajo de la ventana. Levanté la cabeza y miré dentro. Allí no había nadie. La pequeña zona abierta también estaba vacía. Todo estaba en silencio. Respiré y guardé el arma. Volví hasta el coche de Doll. Abrí la puerta del conductor y pulsé la palanca que abría el maletero. El tipo seguía allí dentro, no había ido a ninguna parte. Le cogí las llaves del bolsillo. Cerré el maletero y fui hasta la puerta de personal. Di con la llave adecuada y entré. Cerré la puerta.

Estaba dispuesto a correr aquel riesgo durante un cuarto de hora. Pasé cinco minutos en el cubículo de cristal, cinco en el despacho y cinco en la zona de los escritorios. Limpié con el trapo todo lo que toqué porque no quería dejar huellas. No encontré ninguna pista de Teresa Daniel. Ni de Quinn. En realidad, allí no aparecía ni un solo nombre. Todo estaba en clave, tanto la gente como la mercancía. Llegué a dos conclusiones: que Bizarre Bazaar vendía varias decenas de miles de objetos individuales cada año a varios cientos de clientes individuales y que el valor total de dichas transacciones alcanzaba varias decenas de millones de dólares. En ningún sitio quedaba claro qué eran esos objetos ni quiénes eran los clientes. Los precios oscilaban alrededor de tres niveles: los que rondaban los cincuenta dólares, los de más o menos mil dólares y luego un nivel muchísimo mayor. No había informes de envíos. Nada de FedEx, nada de UPS y nada del

Servicio Postal. Estaba claro que la distribución la hacían de manera privada. No obstante, un archivo de seguros que encontré decía que la empresa solo tenía dos furgonetas de reparto.

Volví al cubículo de cristal y apagué el ordenador. Fui apagando las luces y dejándolo todo bien ordenado de camino a la puerta principal. Una vez allí, probé las llaves de Doll en la puerta y sujeté con fuerza en la palma la que entraba. Me acerqué a la alarma.

Estaba claro que confiaban en Doll para que cerrase, lo que significaba que tenía que saber el código con el que activar la alarma. Seguro que a Duke también le tocaba cerrar de vez en cuando. O a Beck, claro está. Y a algunos de los oficinistas. Eso era un montón de gente. Y alguno no tendría muy buena memoria. Miré en el tablón de anuncios que había al lado de la alarma. Hojeé los memorandos. En la parte de abajo de un documento de hacía dos años enviado por el ayuntamiento y que informaba sobre las nuevas regulaciones de aparcamiento encontré un número de cuatro dígitos. Lo introduje en el teclado de la alarma. Las luces rojas empezaron a parpadear y la alarma empezó a pitar. Sonreí. Nunca falla. Las contraseñas de los ordenadores, los números privados, los códigos de alarmas... siempre hay alguien que los escribe.

Fui hasta la puerta delantera, salí y cerré. Los pitidos cesaron. Eché la llave y rodeé la oficina hasta el Lincoln de Doll. Me subí, arranqué y me marché de allí. Dejé el coche en un aparcamiento del centro, que bien podría haber sido el mismo en el que Susan Duffy había hecho las fotos. Limpié todo lo que había tocado, cerré el coche y me guardé las llaves en el bolsillo. Pensé en prenderle fuego al vehículo. Tenía gasolina y yo aún contaba con dos cerillas secas. Quemar coches es divertido. Además, aquello incrementaría la presión que sentía Beck. Al final, sin embargo, me fui sin más y creo que, muy probablemente, fue la mejor decisión que pude haber tomado. Tardaría, por lo menos, un día en darse cuenta alguien de que el coche estaba aparcado allí. Y casi otro día entero en decidir qué hacer al respecto. Luego, la poli tardaría otro día en responder. Rastrearían la matrícula y se topaban con una de las empresas pantalla de Zachary Beck. Así que enviarían a una de sus grúas para que se lo llevase y el caso quedaría pendiente de investigación. En un momento dado, abrirían el maletero, preocupados porque contuviera una bomba o por el olor pero, para entonces, ya se habría cumplido el vencimiento de un montón de plazos y yo ya no estaría por allí.

Volví al Taurus caminando y lo conduje hasta llegar a kilómetro y medio de la casa. Le devolví el favor a Duffy girando el coche, dejándoselo en la posición adecuada para ella. Luego, volví a poner en práctica la actuación anterior, pero a la inversa. Me desnudé en la playa de guijarros y metí la ropa y todo lo demás en la bolsa de basura. Entré en el agua, aunque no es que me apeteciera, la verdad. Estaba igual de fría. Lo bueno era que la marea había cambiado y que, ahora, me beneficiaba. Hasta el océano cooperaba conmigo. Tardé otros doce minutos en hacer el recorrido a nado. Di un rodeo al llegar al muro y salí del agua por detrás del garaje. Temblaba de frío y me castañeteaban los dientes una vez más, pero me sentía bien. Me sequé tan bien como pude con el trapo mojado y me vestí a toda prisa para no congelarme. Dejé la Glock, los cargadores y las llaves de Doll junto con la PSM, el cincel y el punzón. Doblé la bolsa y el trapo y los puse debajo de una piedra que había a un metro de distancia. Luego, fui hasta el bajante. Todavía no había dejado de temblar.

Me resultó más sencillo subir que bajar. Ascendí agarrándome con las manos a la tubería de hierro y apoyando los pies en la pared. Llegué a la altura de mi ventana y me sujeté al alféizar con la mano izquierda. Salté hasta la repisa de piedra. Con la mano derecha levanté la ventana. Me aupé tan en silencio como pude.

La habitación estaba fría. La ventana llevaba horas abierta. La cerré y me desvestí de nuevo. Mi ropa estaba húmeda. La puse en el radiador y fui al baño. Me di una larga ducha de agua caliente. Luego, me encerré allí mismo con los zapatos. Eran, exactamente, las seis de la mañana. Debían de estar recogiendo el Taurus en aquel momento. Quizá Eliot y el agente que era más mayor. Lo más seguro era que Duffy se hubiera quedado en la base. Saqué el emisor del zapato y envié un mensaje corto: «¿Duffy?».

Noventa segundos después recibí un: «Estoy aquí. ¿Está usted bien?».

Le envié: «Estoy bien. Investigue estos nombres donde pueda, incluso con el PM Powell: Angel Doll, posible socio de Paulie. Puede que ambos sean exmilitares».

Me envió: «De acuerdo».

Luego, le envié la pregunta que no se me iba de la cabeza desde hacía cinco horas y media: «¿Cuál es el verdadero nombre de Teresa Daniel?».

El retraso habitual de noventa segundos y su mensaje: «Teresa Justice».

No tenía sentido que me fuera a la cama, así que me quedé de pie junto a la ventana y vi amanecer. Enseguida estuvo todo iluminado. El sol apareció por el mar. El aire era fresco y limpio. Podía ser hasta unos ochenta kilómetros de distancia. Vi una golondrina de mar ártica que venía desde el norte. Volaba bajo y muy cerca de la costa. De hecho, rozaba las rocas al pasar. Me imaginé que estaba buscando un sitio en el que construir un nido. El sol, a su espalda, estaba tan bajo que las sombras parecían grandes como buitres. En un momento dado, la golondrina decidió dejar de buscar refugio, giró sobre sí misma y bajó en picado, en vertical, hacia el agua, hacia el océano. Instantes después, salió, seguida de unas gotitas plateadas de agua helada que pretendían ascender con ella hasta el cielo. No llevaba nada en el pico, aunque volaba como si estuviera contenta. Estaba mejor adaptada que yo.

Después de aquello, no hubo mucho más que ver. A lo lejos divisé un par de gaviotas argénteas. Con intención de ver ballenas o delfines, entrecerré los ojos para protegerme del resplandor, pero no vi nada excepto mantos de algas a la deriva en corrientes circulares. A las seis y cuarto oí las pisadas de Duke en el pasillo y el clic en la cerradura de mi puerta. No entró. Se fue, sin más. Me volví para encarar la puerta y respiré hondo. Era jueves, el decimotercer día. Mejor que si hubiera caído en viernes, supongo. No lo tenía muy claro.

«Sea lo que sea, que suceda cuanto antes».

Respiré hondo una vez más, abrí la puerta y bajé las escaleras.

Aquella mañana, nada era igual que la anterior. Duke estaba fresco y era yo el que estaba cansado. Paulie no estaba. Bajé al gimnasio y no encontré a nadie. Duke no se quedó a desayunar. Despareció, pero no sé adónde fue. Richard Beck llegó para desayunar en la cocina. Solo estábamos él y yo a la mesa. El mecánico tampoco estaba. La cocinera estaba ocupada en los fogones. La irlandesa entraba y salía del comedor. Se movía a toda velocidad. Había un zumbido en el ambiente. Algo estaba pasando.

—Hoy llega un gran cargamento —me comentó Richard Beck—. Siempre pasa lo mismo. Están todos excitados por la de dinero que van a ganar.

—¿Vuelves a la universidad?

—El domingo.

No me dio la sensación de que estuviera preocupado. Aunque lo estaba. Faltaban tres días para el domingo. Sería mi quinto día en la casa. La fecha tope. Si tenía que pasar algo, ese sería el último día en el que podría pasar. El muchacho iba a estar bajo el fuego cruzado.

—¿Y estás bien?

—¿Por lo de volver?

Asentí.

—Después de lo que pasó... —añadí.

—Ahora sabemos que fueron unos gilipollas de Connecticut. No volverá a suceder.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Me miró como si pensara que me había vuelto loco.

—Mi padre se encarga de asuntos así cada dos por tres. Y, en caso de que no esté resuelto para el domingo, ¡pues me quedo aquí y ya está!

—Y, todo esto, ¿lo lleva tu padre solo? ¿No tiene socios?

—No, lo lleva solo.

La ambivalencia había desaparecido. Era evidente que se sentía contento de estar en casa, que se sentía seguro y a gusto, orgulloso de su padre. Su mundo se había reducido a unos dos mil metros cuadrados de granito solitario cercado por un mar implacable y por un alto muro de piedra coronado por alambre de espino.

—No creo que mataras al policía del otro día —dijo.

La cocina se quedó en silencio y yo miré al muchacho con atención.

—Creo que solo lo heriste —continuó—. Al menos, eso espero. Quién sabe, puede que se esté recuperando. En algún hospital. Eso espero, vamos. Y tú deberías intentarlo también. Lo de pensar en positivo, me refiero. Es lo mejor. Así es más fácil ver el lado bueno de cada situación.

—No sé...

—Tú piensa que sí. Utiliza el poder del pensamiento positivo. Tienes que decirte a ti mismo: «Hice una buena acción que no va a tener consecuencias negativas».

—Tu padre llamó a la policía, así que no creo que haya dudas.

—Pues finge. Eso es lo que hago yo. Lo malo no ha sucedido si no lo traes a la memoria.

Había dejado de comer y tenía la mano izquierda levantada a la altura de la sien izquierda. Sonreía de oreja a oreja, pero su subconsciente estaba recordando algunas malas experiencias, no me cabía ninguna duda. Las estaba recordando, y con gran lujo de detalles.

—De acuerdo —dije—. Fue una herida limpia.

—Entrar y salir. Limpísima.

No dije nada más.

—Y todo por una fracción de segundo —prosiguió—. ¡Fue un milagro!

Asentí. Habría sido un milagro, sí, no me cabía la menor duda. Si le disparas a alguien en el pecho una bala de punta blanda con un Magnum 44, le haces un agujero del tamaño de Rhode Island. La muerte es, por lo general, instantánea. El corazón se detiene de inmediato, la mayoría de las veces porque ya no te queda corazón. Di por hecho que el chico no había visto a nadie a quien hubieran disparado. Aunque, acto seguido, pensé que quizá sí que lo hubiera visto y que no le hubiera gustado lo más mínimo.

—Pensamiento positivo —insistió—. Esa es la clave. Tú piensas que está caliente y cómodo en algún lado, recuperándose.

—¿Qué llega en el cargamento?

—Falsificaciones, lo más probable. De Pakistán. Las alfombras persas de doscientos años nos las fabrican allí. La gente es tonta del culo.

—¿En serio?

Me miró y asintió.

—Sí. Ve lo que quiere ver.

—¿En serio?

—En serio.

Miré hacia otro lado. No había café. Después de un tiempo sin tomarla, te das cuenta de que la cafeína es adictiva. Me sentía irritado. Y cansado.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No lo sé.

—Yo leeré. Puede que salga a dar un paseo. A caminar por la costa, para ver qué han traído las corrientes esta noche.

—¿Traen cosas las corrientes?

—A veces. Cosas que se caen de los barcos.

Me quedé mirándolo.

«¿Estará intentando decirme algo?».

Había oído que los contrabandistas de marihuana dejaban fardos flotando en puntos clave. Supuse que el sistema también funcionaría con la heroína. ¿Estaría intentando decirme algo? ¿Me estaría advirtiendo? ¿Sabría lo de mi

atado de herramientas? Además, ¿a qué venía lo del disparo al policía? ¿Sería el típico rollo de psicología para aficionados? ¿O estaba jugando conmigo?

—Sobre todo, en verano. Ahora mismo, hace demasiado frío para que pasen barcos. No sé, puede que sea mejor que me quede dentro de casa. Puede que pinte.

—¿Pintas?

—Soy estudiante de arte. Ya te lo dije.

Asentí. Miré a la cocinera a la nuca, como si así fuera a ser capaz de inducirle por telepatía que hiciera café. Entonces entró Duke. Vino directo a mí. Apoyó una mano en el respaldo de mi silla y, la otra, en la mesa. Se agachó poco a poco, como si quisiera hacerme una confesión, y me soltó:

—Es tu día de suerte, gilipollas.

No dije nada.

—Llevarás en coche a la señora Beck. Quiere ir de compras.

—¿Adónde?

—Adonde ella quiera.

—¿Todo el día?

—Eso espero.

Asentí.

«En el día de la entrega, no confíes en el nuevo».

—Llévate el Cadillac. —Dejó caer las llaves encima de la mesa—. Y asegúrate de que tarda en venir.

«O, en el día de la entrega, no confíes en la señora Beck».

—Entendido.

—Te va a resultar de lo más interesante. En especial, la primera parte. Aunque, de todas formas, cada vez hay algo nuevo.

No tenía ni idea de a qué se refería y tampoco tenía intención alguna de perder el tiempo especulando al respecto. Me quedé mirando la cafetera vacía, Duke se marchó y, un momento después, oí cómo se abría y se cerraba la puerta principal. El detector de metales pitó dos veces. Duke y Beck, armas y llaves. Richard se levantó de la mesa y se marchó sin aparente rumbo fijo, y me quedé solo con la cocinera.

—¿Tiene algo de café?

—No —respondió.

Me quedé sentado hasta que se me pasó por la cabeza que un buen chófer debería estar preparado y esperando, por lo que me dirigí al garaje por la puerta de atrás. El detector de metales pitó una única vez, por las llaves. La marea estaba alta y el aire era frío y puro. Olía a agua salada y a algas. El mar

estaba en calma y se oían las olas al romper. Entré a la plaza en la que había dejado aparcado el Cadillac, subí al coche y salí marcha atrás. Lo conduje hasta la entrada y permanecí allí, con el motor en marcha y la calefacción encendida. Estaba encarado en dirección noroeste, por lo que alcanzaba a ver diminutos barcos en el horizonte, barcos que entraban y salían de Portland. Avanzaban muy despacio, prácticamente a la altura de la línea en la que se encontraban el cielo y el mar, medio escondidos, infinitamente lentos. Me pregunté si alguno de ellos sería el de Beck, o si su barco habría entrado ya en el puerto y estaría descargando. Me pregunté si el agente de Aduanas estaría pasando por su lado, mirando al frente, dirigiéndose al siguiente barco de la fila, con un fajo de billetes nuevos en el bolsillo.

Elizabeth Beck salió de la casa diez minutos más tarde. Vestía una falda de cuadros escoceses que le llegaba por las rodillas, un jersey blanco fino y un abrigo de algodón. Llevaba las piernas al descubierto. Sin medias. Se había puesto una cinta para retirarse el pelo de la cara. La noté fría. Desafiante y resignada. Y aprensiva. Como una noble que caminara hacia la guillotina. Supuse que estaba acostumbrada a que fuera Duke quien la llevara. Quizá no le hacía mucha gracia que el asesino de polis fuera su chófer. Salí del coche y me acerqué a la puerta trasera, preparado para abrírsele, pero pasó de mí.

—Me sentaré delante.

Se puso cómoda en el asiento del copiloto y yo volví al volante.

—¿Adónde vamos? —le pregunté con educación.

Miraba por la ventanilla.

—Ya hablaremos de eso cuando hayamos cruzado la verja.

La verja estaba cerrada y Paulie, delante de ella, justo en el centro. Parecía más grande que nunca. Como si debajo de la americana tuviera balones de baloncesto en vez de hombros y brazos. Tenía la cara roja de frío. Había estado esperándonos. Detuve el coche a unos dos metros de él. No hizo ademán de ir hacia la verja. Yo lo miraba a los ojos. Me ignoró y se acercó a la ventanilla de Elizabeth Beck. Le sonrió, tocó en el cristal con los nudillos e hizo un gesto con la mano para que bajara la ventanilla. Ella se quedó mirando por el parabrisas, como si no lo hubiera visto. Él volvió a tocar. La mujer giró la cabeza para mirarlo. El hombre levantó las cejas. Volvió a hacer un gesto para que la mujer bajara la ventanilla. Ella se estremeció. Fue un espasmo físico tan fuerte que hizo que el coche se balanceara ligeramente sobre los amortiguadores. Se miró con atención una de las uñas y, después, pulsó el botón de la ventanilla. El cristal bajó acompañado de un zumbido. Paulie se agachó y apoyó un antebrazo en el marco de la puerta.

—Buenos días —la saludó.

El gigante se agachó aún más y le tocó la mejilla con el envés del dedo índice. Ella no se movió. Se quedó mirando hacia delante. Él le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Disfruté mucho tu visita de anoche —le soltó.

Ella volvió a estremecerse. Era como si tuviera un frío de muerte. Él movió la mano. La bajó hasta el pecho de ella. Lo cogió con cuidado. Lo apretó. Ella se dejó. Pulsé el botón de mi puerta y la ventanilla de la mujer empezó a subir acompañada del zumbido. Entonces, topó con el formidable brazo de Paulie y el sistema de seguridad entró en acción e hizo que la ventanilla bajara de nuevo. Abrí la puerta y salí del coche. Lo rodeé. Paulie seguía agachado. Aún tenía la mano dentro del Cadillac. La había bajado un poco más.

—Apártate —me ordenó pero sin dejar de mirarla a ella.

Me sentía como un leñador sin hacha ni sierra mecánica frente a una secuoya.

«¿Por dónde empiezo?».

Le pegué una patada en los riñones. Una patada tan fuerte que hubiera enviado el balón fuera del estadio, hasta el aparcamiento. Tan fuerte que habría roto un poste de la luz. Que habría mandado a la mayoría de las personas al hospital. A algunas, incluso, las habría matado. En Paulie, sin embargo, tuvo un efecto similar al de una educada palmadita en el hombro. Ni siquiera resopló o hizo ruido alguno. Se limitó a apoyar ambas manos en el marco de la puerta y a ponerse de pie. Se giró para encararse conmigo.

—Relájate, comandante, que no es más que mi manera de darle los buenos días a la dama.

Luego, se apartó del coche, me rodeó y abrió la verja. Me quedé observándolo. Estaba muy calmado. No reaccionaba. Como si ni siquiera le hubiera tocado. Permanecí unos instantes allí, esperando a que se me pasaran los efectos de la adrenalina. Luego, miré el coche. Tanto el capó como el maletero. Si volvía rodeando el maletero sería como decirle: «Te tengo miedo», así que rodeé el capó. Ahora bien, me aseguré de mantenerme fuera de su radio de alcance porque no tenía la más mínima intención de darle seis meses de trabajo al cirujano que tuviera que recomponerme los huesos faciales. Metro y medio debió de ser lo más que me acerqué a él. No hizo ademán de atacarme. Se limitó a abrir la verja del todo y a quedarse esperando pacientemente para cerrarla.

—Ya hablaremos más tarde de la patada, ¿vale? —me dijo.

No le respondí.

—Y no te lleves una impresión equivocada, comandante. A ella le gusta.

Entré en el coche. Elizabeth Beck había cerrado su ventanilla. Miraba hacia delante. Estaba pálida, en silencio y humillada. Crucé la verja. Conduje hacia el oeste. Miré a Paulie por el espejo retrovisor. Cerró la verja y volvió a la casita. Desapareció de mi vista.

—Siento mucho que haya tenido que ver eso —dijo ella.

No hice ningún comentario al respecto.

—Y gracias por su intervención. Aunque no va a servir de nada. De hecho, me temo que va a darle muchos problemas. No sé si lo sabe, pero él ya le odia. Y no es una persona muy racional.

No dije nada.

—Es un tema de control. —Era como si se lo estuviera explicando a sí misma en vez de hablándome a mí—. Es una demostración de poder. Nada más. No tiene nada que ver con el sexo. No puede. Supongo que toma demasiados esteroides. Me toca, nada más.

No dije nada.

—Me obliga a que me desnude. Me obliga a que desfile para él. Me toca. Pero no practicamos el sexo. Es impotente.

No dije nada. Seguí conduciendo, despacio, manteniendo una velocidad constante por las curvas de la costa.

—Suele estar cosa de una hora.

—¿No se lo ha contado a su marido?

—¿Y qué iba a hacer él?

—Despedirle.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Porque Paulie no trabaja para mi marido.

La miré. Recordé que le había dicho a Duke: «Pues deshazte de él», y que él me había respondido: «Eso tampoco es fácil».

—En ese caso, ¿para quién trabaja?

—Para otro.

—¿Para quién?

Negó con la cabeza, como si no fuera capaz de pronunciar el nombre.

—Es un tema de control —insistió—. No puedo oponerme a lo que me hace... igual que mi marido no puede oponerse a lo que le hacen a él. Nadie puede objetar. A nada, ¿me entiende? Esa es la cuestión. A usted tampoco le

permitirán que objete a nada. Y, claro, Duke jamás se opondría... Duke es un animal.

No dije nada.

—Doy gracias a Dios por tener un hijo y no una hija.

No dije nada.

—Lo de anoche fue horrible. Albergaba la esperanza de que me dejara en paz... ahora que me hago vieja.

La miré de nuevo. No se me ocurrió nada que decir.

—Ayer fue mi cumpleaños... y Paulie me hizo un regalito.

No dije nada.

—Cumplí cincuenta. Daba por hecho que nadie quiere ver a una mujer de cincuenta años cumplidos paseando desnuda de aquí para allí.

No sabía qué decir.

—Pero, claro, me mantengo en forma. Bajo al gimnasio cuando no hay nadie.

No dije nada.

—Me manda mensajes. Tengo que llevar un busca en todo momento. Ayer, zumbó en mitad de la noche. Anoche. Y tuve que ir. Es mucho peor si le hago esperar.

No dije nada.

—Iba de vuelta a casa cuando usted me vio. En las rocas.

Aparqué en el arcén. Frené con suavidad y detuve el motor. Dejé la palanca de cambios en punto muerto.

—Creo que trabaja usted para el gobierno —confesó.

Negué con la cabeza.

—Se equivoca. Soy un tipo cualquiera.

—Pues menuda decepción.

—Soy un tipo cualquiera —repetí.

No dijo nada.

—No debería usted decir cosas así, que bastantes problemas tengo ya.

—Sí —dijo—. Van a matarlo.

—Bueno, lo intentarán. —Hice una pausa—. ¿Les ha contado sus sospechas?

—No.

—Pues no lo haga. Además, está usted equivocada.

No dijo nada.

—Habría un combate —comenté—. Vendrían a por mí, pero yo no caería sin hacer ruido. Habría heridos. Richard, quizá.

Se me quedó mirando fijamente.

—¿Está haciendo usted un trato conmigo?

Negué con la cabeza.

—Tan solo le estoy advirtiéndole de lo que sucedería. Soy un superviviente.

Esbozó una sonrisa amarga.

—No tiene usted ni idea. No sé quién será usted, pero esto le queda grande. Debería marcharse cuanto antes.

—Soy un tipo cualquiera. No tengo nada que esconder.

El viento balanceaba el coche. Solo veía granito y árboles. Estábamos a kilómetros de cualquier ser humano.

—Mi marido es un criminal.

—Ya lo suponía.

—Es un tipo duro. Puede ponerse violento y es muy cruel.

—Pero no es su propio jefe.

—No, no lo es. Es un tipo duro que se echa a temblar delante de su jefe.

No dije nada.

—La gente suele preguntarse por qué a las personas buenas les pasan cosas malas pero, en el caso de mi marido, ¿sabe?, se trata de una persona mala a la que le pasan cosas malas. Es irónico, ¿no cree? Cosas muy malas.

—¿A quién pertenece Duke?

—A mi marido. Ahora bien, Duke es tan malo como Paulie. No me quedaría con ninguno de los dos. Duke era un policía corrupto, un agente federal corrupto, un asesino. Ha estado en la cárcel.

—¿Es el único?

—¿En nómina de mi marido? Bueno, antes tenía dos guardaespaldas. Eran de los suyos. O, al menos, era él quien se encargaba de ellos. Ya sabe, los que mataron los de Hartford a las afueras de la universidad. Así que, sí, ahora mismo, Duke es el único. Además del mecánico, claro; pero ese solo es un técnico.

—¿Cuántos tiene el otro?

—No estoy segura. Da la sensación de que van y vienen.

—¿Qué es lo que importan, lo que importan de verdad?

Miró hacia otro lado.

—No creo que le interesase lo más mínimo si no fuera usted agente del gobierno.

Seguí su mirada. La tenía clavada en los árboles que había a lo lejos.

«Piensa, Reacher».

Aquella podía ser una elaborada trampa pensada para que revelara mi identidad. Era posible que estuvieran todos compinchados. Para Beck, conseguir una información crucial a cambio de que Paulie, el de la verja, le tocara un pecho a su esposa era una bicoca. Y yo creía en las trampas elaboradas. No me quedaba otra. Al fin y al cabo, yo también pretendía atraparlos a ellos con una.

—No trabajo para el gobierno.

—Pues qué decepción.

Arranqué el coche. Mantuve el pie en el freno.

—¿Adónde vamos?

—¿Se cree usted que me importa lo más mínimo adónde coño vayamos?

—¿Le apetece tomar un café?

—¿¡Un café!?! Claro. Tire hacia el sur. Hoy, alejémonos de Portland cuanto podamos.

A algo más de un kilómetro de la I-95 giré en dirección sur, hacia la Ruta 1. Aquella era una plácida carretera antigua, tal y como solían ser las carreteras de antaño. Dejamos atrás un pueblo llamado Old Orchard Beach que tenía bonitas aceras de ladrillo y farolas de estilo Victoriano. Había carteles que indicaban una playa a la izquierda. Había banderas francesas descoloridas. Supuse que los quebequeses veranearían allí antes de que las bajísimas tarifas a Florida y al Caribe hubieran hecho que cambiaran de preferencias.

—¿Por qué estaba anoche fuera de la casa?

No dije nada.

—No puede negarlo. No pensará que no lo vi, ¿verdad?

—No reaccionó usted.

—Estaba en «modo Paulie». Me he entrenado para no reaccionar.

No dije nada.

—Su habitación estaba cerrada con llave.

—Salí por la ventana. No me gusta que me encierren.

—¿Y qué hizo?

—Dar un paseo. Es lo que pensé que estaba haciendo usted.

—¿Y volvió a entrar trepando?

Asentí, pero no dije nada.

—El muro es su verdadero problema. Por las luces y por el alambre de espino. Y, claro, además, están los sensores del suelo. Paulie le oiría llegar a

treinta metros de distancia.

—Solo tomaba el aire.

—Por el camino de entrada no hay sensores. No conseguían que funcionaran por debajo del asfalto. Ahora bien, en la casita hay una cámara. Y en la verja hay un sensor de movimiento. ¿Sabe lo que es una NSV?

—Un tipo de ametralladora que los soviéticos instalaban en la torreta de sus tanques.

—Paulie tiene una. En la puerta lateral. Tiene órdenes de utilizarla en caso de que oiga la alarma de los sensores de movimiento.

Respiré. Espiré. Las NSV miden metro y medio y pesan unos veinticinco kilos. Disparan balas de once centímetros y medio de largo y de centímetro veinticinco de grosor. De hecho, disparan doce de esas por segundo y no tienen seguro. Dudo mucho de que nadie que quisiera divertirse fuera a darle una NSV a Paulie.

—Pues yo diría que nadó usted. Huelo el mar en su camisa. Muy ligero. No se secó usted bien cuando salió.

Dejamos atrás un cartel que anunciaba la proximidad de un pueblo llamado Saco. Volví a detenerme en el arcén. Los coches y los camiones emitían una especie de quejido al pasarnos.

—Tuvo usted muchísima suerte. En esta zona hay corrientes muy peligrosas. Hay mucha resaca. Supongo que fue usted por detrás del garaje. En ese caso, debió de dejarlas atrás por poco más de tres metros.

—No trabajo para el gobierno.

—¿No?

—¿No cree usted que se está arriesgando muchísimo? Es decir, digamos que no soy lo que parezco que soy. Por seguirle la corriente. Digamos que soy de una organización rival, por ejemplo. ¿No ve usted el riesgo? ¿Cree usted que iba a volver a casa con vida? ¿Con todo lo que está diciendo?

Miró hacia otro lado.

—Supongo que, en ese caso, esa será la prueba. Si es usted del gobierno, no me matará. Si no lo es, me matará.

—Solo soy un tipo cualquiera. Y podría usted meterme en problemas.

—Vamos a por ese café. Saco es un pueblo agradable. Los dueños de los molinos más importantes viven aquí, de toda la vida.

Acabamos en una isla, en mitad del río Saco. En ella había un enorme edificio de ladrillo que, en su día, había sido un imponente molino. Un molino que era

parte de la historia y que, ahora, la gentrificación lo había cambiado por cientos de despachos y tiendas. Entramos en una cafetería de cristal y cromo que se llamaba Café Café. No es que fuera un gran nombre, la verdad. Di por hecho que era un juego de palabras con el francés. En cualquier caso, el café olía tan bien que hacía que el viaje que nos habíamos pegado hasta allí mereciera la pena. Desdeñé los cafés con leche y esos con sabores y mucha espuma y pedí uno normal, caliente, negro y de tamaño grande. Luego, volví con Elizabeth Beck. Ella negó con la cabeza.

—Quédese aquí. He decidido ir de compras. Sola. Nos encontraremos aquí dentro de cuatro horas.

No dije nada.

—No necesito su permiso. Usted solo es mi chófer.

—No tengo dinero.

Me dio veinte dólares que sacó del bolso. Pagué el café y me lo llevé a la mesa. La mujer me acompañó y se quedó mirando cómo me sentaba.

—Cuatro horas —repitió—. Puede que un poco más, pero menos no. Por si acaso tiene que hacer usted algo.

—No tengo nada que hacer. Solo soy su chófer.

Se me quedó mirando. Cerró la cremallera del bolso. Había poco espacio alrededor de la mesa que había escogido. La mujer se giró un poco para acomodarse bien la correa del bolso en el hombro. Luego, se inclinó un poco para evitar tocar la mesa y tirar el café. Oí un clic, como cuando algo de plástico cae al suelo. Miré hacia abajo. Algo se le había caído de la falda. Se quedó mirándolo y, poco a poco, empezó a sonrojarse. Se agachó, recogió lo que se le había caído y lo guardó con fuerza en la mano. Se dejó caer en la silla que había enfrente de la mía como si hubiera perdido toda la fuerza. Como si se sintiera terriblemente humillada. En la mano tenía un busca. Era un rectángulo de plástico negro un poco más pequeño que el dispositivo que llevaba yo escondido en el zapato. Lo miró. La mujer tenía el cuello de color rojo brillante hasta el jersey. Habló con un suspiro grave y triste.

—Me obliga a que lo lleve ahí... dentro de la ropa interior. Dice que le gusta que haga el efecto adecuado cuando zumba. Comprueba que está ahí cada vez que salgo por la verja. Por lo normal, lo saco y lo guardo en el bolso una vez he pasado... pero, esta vez... no quería hacerlo con usted delante.

No dije nada. Se puso de pie. Parpadeó dos veces, respiró y tragó saliva.

—Cuatro horas. Por si tiene usted algo que hacer.

Acto seguido, se marchó. Observé cómo se alejaba. En la puerta, giró a la izquierda y desapareció.

«¿Una trampa elaborada?».

Era posible que quisieran que picara con su historia. Era posible que se hubiera metido un busca en las bragas para que todo encajara. Era posible que hubiera hecho que se le cayera en el momento oportuno. Todo era posible. Lo que no era posible, ni por lo más remoto, era que hubiera sido capaz de sonrojarse a voluntad justo en el momento adecuado. Nadie se sonroja a propósito. Ni siquiera la mejor actriz, en la cima de sus capacidades actorales, podría hacerlo. Así que Elizabeth Beck estaba diciendo la verdad.

Aun así, no abandoné las precauciones. De hecho, tenía la precaución tan interiorizada que era muy complicado que la dejara a un lado. Acabé el café, tal y como haría una persona inocente, tomándome todo el tiempo del mundo para ello y, luego, empecé a pasear por los pasillos del centro comercial, girando a derecha o izquierda al azar, hasta que estuve seguro de que no me seguía nadie. Entonces, volví a la cafetería a por otro café. Les pedí la llave del aseo y me encerré en él. Me senté en la tapa del retrete y me quité el zapato. Tenía un mensaje de Duffy: «¿Por qué le interesa saber cuál es el verdadero nombre de Teresa Daniel?». No atendí la pregunta y le escribí: «¿Dónde está su motel?». Me respondió a los noventa segundos: «¿Qué desayunó el primer día en Boston?». Sonreí. Duffy era una mujer práctica. Le preocupaba que hubieran encontrado el emisor y, por eso, acababa de hacerme una pregunta de seguridad. Le envié: «Un montoncito de tortitas con un huevo estrellado, café, propina de tres dólares, me lo comí todo». Con cualquier otra contestación, la mujer habría salido corriendo al coche. Noventa segundos después, recibí la respuesta: «En la zona oeste de la Ruta 1, cien metros al sur del río Kennebunk». Eso estaba a algo más de quince kilómetros. Le envié: «Nos vemos en diez minutos».

Tardé más bien quince minutos, dado que tuve que enfrentarme a un atasco; la Ruta 1 a la altura de Saco es un cuello de botella. Fui todo el camino mirando por el retrovisor, pero no observé nada por lo que debiera preocuparme. Crucé el río y vi un motel a mi derecha. Era un sitio agradable, pintado de gris claro, un edificio que imitaba esos de dos pisos tan característicos de Nueva Inglaterra. Estábamos en abril, así que en el sitio no había mucho movimiento. Aparcado cerca de la habitación del fondo, vi el Taurus en el que había llegado como pasajero desde Boston. Era el único

sedán sencillo que había. Aparqué el Cadillac a treinta metros, detrás de una casita de madera en la que se escondía un enorme tanque de propano. No tenía ningún sentido dejar el coche a la vista de todo el que pasara por la Ruta 1.

Fui caminando hasta la habitación y llamé una vez a la puerta. Susan Duffy la abrió de inmediato y nos abrazamos. Lo hicimos al mismo tiempo. A mí me pilló completamente por sorpresa y yo diría que a ella también. Si lo hubiéramos planeado, no nos habría salido tan bien. Supongo que ella estaba ansiosa y yo, nervioso, y, sencillamente, sucedió. Y me gustó. Duffy era alta y delgada, como una espingarda. Con la mano le cubría casi toda la espalda y sentí que sus costillas cedían un poco. Olía a fresco, a limpio. Sin perfume. Era su piel la que olía. No debía de haber salido de la ducha hacía mucho rato.

—¿Qué sabe de Teresa? —me preguntó.

—¿Está usted sola?

Asintió.

—Los demás están en Portland. Los de Aduanas nos han avisado de que hoy llega un barco de Beck.

Nos separamos. Entramos en la habitación.

—¿Qué van a hacer? —quise saber.

—Es una misión de observación. No se preocupe, que se les da bien. Nadie va a verlos.

Estábamos en una típica habitación de motel: cama doble, silla, escritorio, televisión, ventana, aire acondicionado instalado a través de la pared. Lo único que la distinguía de cien mil habitaciones como aquella era la gama de colores, en azules y grises, y las marinas. Era innegable que ambos detalles le daban un aire muy de la costa de Nueva Inglaterra.

—¿Qué sabe de Teresa? —insistió.

Le conté lo del nombre grabado en el suelo del sótano y lo de la fecha. Se me quedó mirando. Luego, cerró los ojos.

—Está viva... Gracias.

—Bueno, estaba viva ayer.

Abrió los ojos.

—¿Cree que seguirá viva?

Asentí.

—Creo que las probabilidades son altas. Para algo la quieren. ¿Por qué iban a mantenerla con vida nueve semanas y matarla hoy?

No dijo nada.

—Creo que la han trasladado —comenté—. Nada más. Esa sería mi hipótesis. La puerta estaba cerrada por la mañana, así que se la llevarían por la tarde.

—¿Cree que le habrán hecho daño?

No le conté qué le hacía Paulie a Elizabeth Beck. Ya tenía bastante de lo que preocuparse.

—Creo que grabó su nombre con un tenedor. Anoche había en la cocina un plato de ternera con patatas de sobra, como si se la hubieran llevado tan deprisa que se hubieran olvidado de comunicárselo a la cocinera. Así que yo diría que están dándole de comer. Creo que, lisa y llanamente, es una prisionera.

—Y... ¿adónde la habrán llevado?

—Diría que la tiene Quinn.

—¿Por qué?

—Porque, a mi entender, lo que tenemos aquí es una organización que se ha impuesto a otra. Beck es un tipo malo, no hay duda, pero sus hilos los mueve un tipo mucho más malo.

—¿Cómo una corporación?

—Exacto. Como una opa hostil. Es como un parásito.

—Pero ¿por qué iban a llevarse a Teresa a otro lado?

—Por precaución.

—¿Por usted? ¿Están preocupados?

—Un poco. Creo que están cambiando algunas cosas sitio y escondiendo otras.

—Pero aún no se han enfrentado a usted.

Negué con la cabeza.

—Pero tampoco las tienen todas consigo.

—En ese caso, ¿por qué se están arriesgando?

—Porque salvé al chico.

Asintió. Se quedó callada. Parecía un poco cansada. Supuse que no había dormido nada desde que le había pedido el coche, a medianoche. Iba vestida con unos vaqueros y con una camisa masculina. La camisa era completamente blanca y la llevaba bien metida por dentro. Tenía desabrochados los dos botones de arriba. Llevaba náuticos sin calcetines. La calefacción estaba a tope. En el escritorio había un ordenador portátil, junto al teléfono. El teléfono era de esos de consola con multitud de botones de llamada rápida. Miré el número y lo memoricé. El portátil estaba conectado, mediante un adaptador complejo, a un puerto de datos que había en la base del teléfono. El

salvapantallas del ordenador estaba activado. Era el escudo del Departamento de Justicia yendo de un lado para el otro. Cada vez que tocaba el borde de la pantalla, rebotaba en una dirección aleatoria, como aquel antiguo videojuego de tenis. No hacía ruido.

—¿Ha visto ya a Quinn?

Negué con la cabeza.

—¿Y sabe desde dónde opera?

Volví a negar con la cabeza.

—A decir verdad, no he visto nada. Lo único que sé es que codifican los libros y que no tienen una flota de distribución como para mover lo que parece que mueven. Es posible que sean los clientes los que recojan el material.

—Eso sería una locura. No, dudo mucho de que fueran a enseñarles la base de operaciones a sus clientes. De hecho, somos conscientes de que no se la enseñan. Recuerde que Beck se reunió con el traficante de Los Ángeles en un aparcamiento.

—Puede que se reunieran en una zona neutral. Para las primeras transacciones. Cerca, en el noroeste.

Asintió.

—¿Cómo es que ha visto sus libros?

—Anoche estuve en su oficina. Por eso quería el coche.

Fue al escritorio, se sentó y le dio un toquecito a la almohadilla táctil del portátil. El salvapantallas desapareció. Vi en la pantalla el último correo electrónico que le había enviado: «Nos vemos en diez minutos». Entró en el directorio de mensajes borrados y seleccionó uno de los de Powell, el policía militar que me había vendido.

—Hemos investigado los nombres que nos dio. Angel Doll pasó ocho años en Leavenworth por agresión sexual. Debería haber sido cadena perpetua por violación y asesinato, pero la fiscalía la cagó. Era técnico de comunicaciones. Violó a una teniente coronel y la dejó desangrándose por la vagina. No es una persona agradable.

—Bueno, tampoco es una persona viva.

Duffy se me quedó mirando.

—Comprobó la matrícula del Maxima —expliqué—. Se me encaró. Cometió un grave error. Él ha sido la primera víctima.

—¿¡Lo ha matado!?

Asentí.

—Le rompí el cuello.

No dijo nada.

—Fue culpa suya. Estaba a punto de destapar la misión.

Estaba pálida.

—¿Está usted bien? —pregunté.

Miró hacia otro lado.

—No esperaba que hubiera víctimas.

—Pues puede que haya más. Vaya haciéndose a la idea.

Volvió a mirarme. Tomó aire. Asintió.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Perdone por lo de la matrícula. Fue un error.

—¿Sabe algo de Paulie?

Bajó por la pantalla.

—En Leavenworth, Doll tenía un colega llamado Paul Massarella, un culturista. Cumplía ocho años por agresión a un oficial. Su abogada pidió que le redujeran la pena aduciendo que fue culpa de la ira que le provocaban los esteroides. Intentó colgárselo al ejército por no haber supervisado cuántos tomaba.

—Eso ya no importa porque, ahora, debe de tomárselos todos.

—¿Cree usted que es el mismo Paulie?

—No me cabe duda. Me dijo que no le gustan los oficiales. Además, hoy le he dado una patada en los riñones que a Eliot o a usted los hubieran matado. Él, en cambio, ni la ha notado.

—¿Cree que tomará represalias contra usted?

—No quiero ni pensarlo.

—¿Tiene algún inconveniente en volver?

—La esposa de Beck sabe que no soy lo que digo ser.

Duffy me miró fijamente a los ojos.

—¿¡Cómo es posible!?

Me encogí de hombros.

—Puede que tampoco sepa lo que soy. Puede que, en realidad, quiera que sea lo que cree que soy. Puede que solo esté intentando convencerse a sí misma.

—¿Y no lo ha contado?

—Aún no. La cuestión es que me vio anoche fuera de la casa.

—No puede usted volver.

—No soy de los que abandona.

—Pero tampoco es idiota. Esto está fuera de control.

Asentí.

—Sí, pero soy yo quien decide.

Negó con la cabeza.

—No, tiene que ser una decisión conjunta. Usted depende de nuestro apoyo.

—Tenemos que sacar de allí a Teresa. De verdad, Duffy. Le aseguro que tiene que estar siendo un infierno para ella.

—Ahora que ha confirmado usted que está viva, podría enviar a los SWAT.

—Pero no sabemos dónde está.

—Eso es responsabilidad mía.

—Y Quinn, mía.

No dijo nada.

—Además, no puede usted enviar a los SWAT. Esta operación no está en los registros. Enviar a los SWAT sería pedir a gritos que la despidieran.

—Estoy preparada para que lo hagan.

—Pero no está usted sola. Despedirían a otras seis personas.

No dijo nada.

—Además, voy a volver. Porque quiero a Quinn. Con o sin su ayuda. Así que, ya puestos, utilíceme.

—¿Qué le hizo Quinn?

No respondí. Ella permaneció callada un buen rato.

—¿Cree que la señora Beck querrá hablar con nosotros?

—No quiero preguntárselo. Preguntárselo sería lo mismo que confirmar sus sospechas y no estoy seguro de adonde nos llevaría eso.

—¿Y qué hará usted si vuelve?

—Conseguir que me asciendan. Esa es la clave. Necesito el puesto de Duke. Entonces seré la mano derecha de Beck y, de esa forma, tendré que hacer de enlace con el bando de Quinn. Eso es en lo que me voy a centrar. Sin eso, es como si estuviera trabajando a oscuras.

—Tenemos que avanzar. Necesitamos pruebas.

—Lo sé.

—¿Cómo va a conseguir ese ascenso?

—Como lo hace todo el mundo.

No dijo nada. Pinchó en la bandeja de entrada del correo electrónico, se puso de pie y se acercó a la ventana para observar el paisaje. La miré. La luz que entraba por la ventana traspasaba su camisa. La agente tenía el pelo echado hacia atrás y algunos mechones metidos por el cuello de la camisa. Parecía un corte de pelo de quinientos dólares pero, teniendo en cuenta el

salario de la DEA, lo más probable era que se lo cortara ella misma. O que se lo cortara una amiga. Me la imaginé en la cocina de alguien, sentada en una silla dispuesta en mitad de la estancia, con una toalla vieja alrededor del cuello, interesada en su aspecto, pero no lo suficiente como para pagar un corte de pelo en una cara peluquería de ciudad.

Tenía un culo espectacular con aquellos vaqueros. En la etiqueta de detrás ponía: «Cintura 24. Pierna 32». Eso hacía que el tiro de su entrepierna fuera cinco centímetros más corto que el de la mía, algo que estaba dispuesto a aceptar. Ahora bien, una cadera treinta centímetros más estrecha que la mía... ¡eso era ridículo! ¡Pero si yo casi no tengo grasa corporal! ¡Lo único que yo tengo dentro son los órganos necesarios para vivir, todo ello denso y bien apretadito! Los suyos debían de estar hechos en miniatura. Cuando veo una cadera así, me dan ganas de intentar abarcarla con la mano y maravillarme. Incluso de hundir la cabeza algo más arriba. Aunque eso no podía imaginar cómo sería a menos que se diera la vuelta. A pesar de ello, supuse que me sentiría muy bien haciéndolo.

—¿Cómo de peligrosa es la situación? Y sea realista.

—No sabría decírselo. Hay demasiadas variables. La señora Beck está dejándose guiar por la intuición, nada más. Puede que quiera que se le cumpla algún deseo. Ahora bien, pruebas evidentes no tiene. A ese respecto, creo que lo estoy haciendo bastante bien. Tanto que, incluso aunque la señora Beck decida contárselo a alguien, la persona en cuestión tendrá que valorar si se toma en serio o no la intuición de la mujer.

—Le ha visto fuera de la casa. Eso es una prueba casi irrefutable.

—Pero ¿de qué? ¿De que soy inquieto?

—Al tal Doll... lo han asesinado mientras no estaba usted encerrado.

—Darán por hecho que no pude superar el muro. Además, no van a encontrar a Doll. Ni de broma. Al menos, no a tiempo.

—¿Por qué se habrán llevado a Teresa?

—Por precaución.

—La situación está fuera de control.

Me encogí de hombros a pesar de que Duffy no pudiera verme.

—Este tipo de situaciones siempre están fuera de control —dije—. Es lo que cabe esperar. Nada sale tal y como uno lo planea. Todos los planes se van a la mierda en cuanto alguien pega el primer tiro.

No dijo nada. Se volvió.

—¿Y qué va a hacer ahora?

Esperé un poco antes de responder. La luz seguía estando detrás de ella.

«Me sentiría muy bien».

—Voy a echar una cabezada.

—¿Cuánto tiempo tiene?

Consulté el reloj.

—Unas tres horas.

—¿Está cansado?

Asentí.

—He estado despierto toda la noche. Y, además, me tiré un buen rato nadando.

—¿¡Nadó para superar el muro!?! A ver si va a resultar que, en efecto, es usted idiota.

—Y, usted, ¿está cansada?

—Mucho. Llevo semanas trabajando muy duro.

—Pues acuéstese usted también.

—No me parece bien. Teresa sigue en peligro.

—En cualquier caso, no puedo irme todavía. No puedo irme hasta que la señora Beck no esté lista.

Se quedó callada unos instantes.

—Solo hay una cama.

—No le veo ningún problema. Es usted delgada, no va a ocupar mucho.

—No sería apropiado.

—No tenemos por qué meternos en la cama. Podemos dormir tumbados encima de la colcha.

—¿El uno junto al otro?

—Vestidos. Ni siquiera me quitaría los zapatos.

No dijo nada.

—No va contra la ley —añadí.

—No lo tengo tan claro. Hay estados con leyes muy antiguas y raras... y Maine podría ser uno de ellos.

—Son otras leyes de Maine las que deberían preocuparme.

—Pero no ahora mismo.

Sonreí. Luego, bostecé. Me senté en la cama. Me tumbé de espaldas. Rodé y me mantuve alejado del centro. Apoyé la cabeza sobre los brazos. Cerré los ojos. La sentía de pie, minuto tras minuto. Al rato, noté que se tumbaba a mi lado. Dio unas pocas vueltas buscando la postura. Luego, se quedó quieta. Pero estaba tensa. Era evidente. Recibía a través de los muelles del colchón notas de preocupación de alta frecuencia.

—Relájese. Estoy demasiado cansado.

Aunque, en realidad, no lo estaba tanto. El problema empezó cuando ella se movió un poco y me rozó el culo con el suyo. Fue un contacto muy ligero, pero fue como si me enchufara. Abrí los ojos, miré la pared e intenté determinar si estaba dormida y se había movido involuntariamente o si lo había hecho a propósito. Pasé un par de minutos pensándolo. Supongo que correr un peligro mortal debe de ser un afrodisiaco, porque me vi caminando por el pecaminoso lado del optimismo. Luego, reflexioné sobre cuál sería la respuesta adecuada. ¿Qué etiqueta había que observar en estos casos? Decidí moverme yo también unos pocos centímetros para afirmar la conexión. Di por hecho que eso dejaría la pelota en su tejado. A partir de ese momento, sería ella la que tendría que esforzarse por interpretar.

Durante un minuto entero no sucedió nada de nada. Justo cuando estaba a punto de empezar a sentirme decepcionado, volvió a moverse. La conexión había pasado a ser muy sólida. De hecho, de no ser porque peso ciento diez kilos, puede que hubiera conseguido tirarme de la cama. Estaba prácticamente seguro de que notaba las costuras de los bolsillos traseros de su pantalón.

«Mi turno».

Me di la vuelta y, haciéndome el somnoliento, acompañé el movimiento con un gruñido. Nos quedamos como dos cucharas, con mi brazo, accidentalmente, encima de su hombro. Tenía su pelo en la cara. Era un pelo suave que olía a verano. El algodón de su camisa era fresco y le descendía hasta la cintura, donde aparecían sus vaqueros, recién llegados de cubrir sus caderas. Guiñé los ojos. Se había quitado los zapatos. Le veía la planta de los pies. Diez dedos, todos ellos en línea.

Ella también soltó un pequeño gruñido. Tenía bastante claro que era fingido. Se echó hacia atrás hasta que estuvo pegada a mí de arriba abajo. Le puse la mano en la parte superior del brazo. Después, lo bajé y lo bajé hasta que pasó por su codo y lo dejé descansando en su cadera. Metí la punta del meñique por debajo de sus vaqueros. Hizo otro ruidito. Estaba casi seguro de que era fingido. Contuve el aliento. Tenía el culo apretado contra mi ingle. El corazón me iba a mil. Me daba vueltas la cabeza. Era imposible resistirse. Imposible. Era uno de esos momentos locos gobernados por las hormonas que me podrían llevar a pasar ocho años en Leavenworth. Deslicé la mano hacia arriba y le cogí un pecho. Después de eso, la situación se descontroló.

Era una de esas mujeres que son mucho más atractivas desnudas que vestidas. No es el caso de todas las mujeres, pero era el suyo. Tenía un cuerpazo de muerte. No era morena, pero tampoco era paliducha. Era suave como la seda, pero no era traslúcida. Era muy delgada, pero no se le veían los huesos. Era larga. Era esbelta. Estaba hecha para esos trajes de baño que ascienden peligrosamente por los lados. Tenía los pechos pequeños y firmes, con una forma perfecta. El cuello largo y elegante. Tenía las orejas grandes, y los tobillos, las rodillas y los hombros. Tenía un huequecito en la parte baja de la garganta, que estaba ligeramente húmedo.

Pero también era fuerte. Yo debía de pesar unos sesenta kilos más que ella, pero me agotó. Puede que porque era joven. Debía de tener unos diez años menos que yo. Me había dejado exhausto y eso hizo que sonriera. Tenía una enorme sonrisa.

—¿Te acuerdas de mi habitación de hotel en Boston? —le pregunté—. ¿De la manera en que te sentaste en la silla? Ya te deseé entonces.

—Tan solo me senté en la silla. No lo hice de ninguna manera en especial.

—¡No me vengas con esas!

—¿Te acuerdas del Sendero de la Libertad, cuando contaste lo del penetrador de larga distancia? Yo te deseé entonces.

Sonreí.

—Era parte de un contrato de Defensa de mil millones de dólares, así que, como ciudadano, me alegro de haber sacado algo en claro de ello.

—Si Eliot no hubiera estado con nosotros, te hubiera follado allí mismo, en el parque.

—Había una mujer dando de comer a los pájaros.

—Podríamos habernos escondido detrás de los arbustos.

—Nos habría visto Paul Revere.

—Él cabalgó toda la noche, ¿no?

—Ya, pero yo no soy Paul Revere —repuse.

Volvió a sonreír. Lo noté en el hombro.

—¿Ya estás acabado, viejo?

—No he dicho eso exactamente.

—El peligro es un afrodisíaco, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Así que ¿admites que corres peligro?

—Corro peligro de que me dé un infarto.

—No deberías volver, de verdad.

—Corro peligro de no poder.

Se sentó en la cama. La gravedad no tenía efecto en su perfección.

—Lo digo en serio, Reacher.

Le sonreí.

—No me va a pasar nada. Dos o tres días más. Encuentro a Teresa, encuentro a Quinn y, luego, me largo.

—Si te dejo.

Asentí.

—Los dos guardaespaldas —le dije.

Asintió a su vez.

—Esa es la razón por la que necesitas que sea yo quien le ponga punto final a la operación. Olvídate de heroicidades. Conmigo o sin mí. Como dejemos sueltos a esos dos, date por muerto en cuanto hagan una llamada.

—¿Dónde los tenéis?

—En el primer motel, en Massachusetts. Donde hicimos planes. Los de la Toyota y los del coche de seguridad de la universidad están con ellos.

—Espero que estén siendo duros.

—Mucho.

—Están a horas de aquí.

Negó con la cabeza.

—Por carretera, sí, pero no por teléfono.

—¿Quieres recuperar a Teresa?

—Sí, pero estoy al cargo.

—Eres una maniática del control.

—No quiero que te pase nada malo, eso es todo.

—A mí nunca me pasa nada malo.

Se inclinó hacia mí y me pasó los dedos por las cicatrices. Por el pecho, por el estómago, por los brazos, por los hombros, por la frente.

—Pues has sufrido muchos daños para ser alguien a quien nunca le pasa nada malo.

—Soy torpe. Me caigo a menudo.

Se levantó y fue al cuarto de baño, desnuda, graciosa, como si fuera lo más natural.

—¡No tardes! —le dije.

Pero tardó. Estuvo un buen rato en el cuarto de baño y, cuando salió, llevaba puesto un albornoz. Le había cambiado la cara. Parecía que se sintiera incómoda, que estuviera un poco arrepentida.

—No deberíamos haberlo hecho.

—¿Por qué no?

—No es profesional.

Me miraba a los ojos. Hice un gesto de asentimiento. Muy profesional no había sido, no.

—Pero ha sido divertido.

—No deberíamos haberlo hecho.

—Somos adultos. Vivimos en un país libre.

—Solo ha servido para confortarnos. Porque estamos estresados y nerviosos.

—No tiene nada de malo.

—Va a complicar el asunto.

Negué con la cabeza.

—No voy a permitirlo. No tenemos que casarnos ni nada por el estilo. No nos debemos nada.

—Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Pues yo me alegro. Creo que, si algo te parece bien, deberías hacerlo.

—¿Esa es tu filosofía?

Aparté la mirada.

—Es la voz de la experiencia. En una ocasión dije «no» cuando quería decir «sí» y aún me arrepiento.

Se arrebujó en el albornoz.

—Desde luego, me ha parecido bien y me ha gustado.

—A mí también.

—Pero deberíamos olvidarnos de ello. Ha sido algo puntual, nada más, ¿te parece bien?

—Me parece bien.

—Y deberías pensarte muy bien lo de volver a la casa.

—De acuerdo.

Me tumbé en la cama y pensé en lo que se siente cuando dices «no» pero querías decir «sí». En general, haber dicho que sí había sido mejor y no me arrepentía de nada. Ella estaba callada. Parecía que estuviéramos esperando que sucediera algo. Me di una larga ducha caliente y me vestí en el cuarto de baño. Ya habíamos acabado de hablar. No teníamos nada más que decirnos. Ambos sabíamos que yo iba a volver a la casa. Me gustó que no intentara detenerme de verdad. Me gustó que ambos estuviéramos concentrados. Éramos gente práctica. Mientras me anudaba los cordones de los zapatos le llegó un correo electrónico. El portátil emitió un sonido amortiguado parecido

al de una campanita aguda. Como un microondas cuando la comida está lista. Nada de una voz artificial que dijera: «Ha recibido usted un correo electrónico». Salí del cuarto de baño y ella se sentó frente al ordenador y pulsó un botón.

—Es un mensaje de mi oficina. En los informes aparecen once expolicías sospechosos apellidados Duke. Hice la petición ayer mismo. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta.

Fue bajando por la lista.

—¿Es sureño? ¿Norteño?

—Sureño no es.

—Podrían ser tres.

—La señora Beck dice que también fue agente federal.

Bajó un poco más por la lista.

—John Chapman Duke. Es el único que, después, estuvo en los federales. Empezó como patrullero en Minneapolis y, luego, fue detective. Los de Asuntos Internos lo investigaron en tres ocasiones. No concluyente. Después, se unió a nosotros.

—¿¡A la DEA!? ¿¡En serio!?

—No, me refiero al gobierno federal. Entró en el Departamento del Tesoro.

—¿Para hacer qué?

—No lo pone. Pero... lo acusaron al cabo de tres años. Por corrupción de algún tipo. Además, se sospechaba que había cometido múltiples homicidios, pero no había pruebas que lo inculpasen. En cualquier caso, estuvo cuatro años en prisión.

—¿Descripción?

—Blanco, de tu altura, más o menos. En la foto sale muy feo.

—Es él.

Bajó un poco más por la pantalla y leyó el resto del informe.

—Ten cuidado, que parece una buena pieza.

—No te preocupes.

En la puerta, pensé en despedirme con un beso, pero no lo hice. Di por sentado que no querría que lo hiciera. Me limité a correr hasta el Cadillac.

Ya había vuelto a la cafetería y estaba a punto de acabar mi segundo café cuando apareció Elizabeth Beck. Después de cuatro horas de compras, resulta que no traía nada. No había comprado nada, no llevaba ni una sola de esas

vistasas bolsas de las tiendas de los grandes almacenes. Di por hecho que ni siquiera había entrado en una tienda. Había estado cuatro largas horas dando vueltas para que el agente del gobierno pudiera hacer lo que fuera que tenía que hacer. Levanté la mano para llamar su atención. Pasó de mí y fue directa a la caja. Pidió un café con leche grande y lo trajo a mi mesa. Ya tenía pensado qué iba a decirle.

—No trabajo para el gobierno.

—Pues no se imagina lo decepcionada que me siento —insistió por tercera vez.

—¡Cómo iba a trabajar para el gobierno! He matado a un policía, no sé si lo recuerda.

—Lo recuerdo.

—Los agentes del gobierno no hacen esas cosas.

—Igual sí. Por accidente.

—Ya, pero, en ese caso, no saldrían huyendo. Se quedarían y asumirían las consecuencias.

Se quedó callada y permaneció así largo rato. Le dio un sorbo al café.

—He estado allí ocho o diez veces. En la universidad. De vez en cuando, organizan acontecimientos para las familias de los estudiantes. Además, intento ir al principio y al final de cada semestre. En una ocasión, incluso contraté una furgoneta sin conductor para ayudar a Richard a traérselo todo de vuelta a casa.

—¿Y?

—Es una universidad pequeña pero, aun así, el primer día de cada semestre se pone de bote en bote. Hay muchos padres y muchos estudiantes. Deportivos, sedanes, camionetas... hay mucho tráfico. Y los días en los que va la familia son todavía peores. Y ¿sabe qué?

—¿Qué?

—Que jamás he visto a gente de un servicio de seguridad allí. Ni una sola vez. Y tampoco he visto a ningún detective.

Miré por la ventana del café, que daba al pasillo del centro comercial.

—No sé, supongo que será una coincidencia —siguió diciendo—. Un martes de abril por la mañana, a primerísima hora del día, un momento en el que apenas pasa nada, y hay un detective esperando justo junto a la verja de entrada. Porque sí, sin razón aparente.

—¿Adónde quiere llegar?

—Que tuvo usted muy mala suerte. Malísima. Porque, dígame, ¿qué posibilidades había de que así fuera?

—No trabajo para el gobierno.
—Se ha dado usted una ducha. Se ha lavado el pelo.
—Ah, ¿sí?
—No solo lo veo, lo huelo. Champú barato, jabón barato.
—He ido a una sauna.
—No tiene usted dinero. Le he dado veinte dólares y ha tomado, por lo menos, dos cafés, por lo que habría podido gastarse, como mucho, catorce dólares en la sauna.
—Era una sauna barata.
—Muy barata.
—No soy sino un tipo cualquiera.
—Pues qué decepción.
—Da la impresión de que quiera usted que detengan a su marido.
—Y es que así es.
—Iría a la cárcel.
—Ya vive en una cárcel. Y, además, se lo merece. Y sería más libre en una cárcel de verdad que donde está ahora. Y tampoco iba a ser para siempre.
—Podría usted llamar a alguien. No hace falta que espere a que vengan a verla.
Negó con la cabeza.
—Eso sería un suicidio. Tanto para mí como para Richard.
—Lo mismo que si contara usted todo esto delante de otra persona. Ahora bien, le recuerdo que no caería sin hacer ruido. Alguien saldría herido. Puede que Richard y usted.
Sonrió.
—¿Otra vez me está amenazando?
—Le estoy advirtiendo. Tampoco voy a ocultarle nada.
Asintió.
—Sé mantener la boca cerrada.
Cosa que demostró, porque no volvió a decir nada. Acabamos el café en silencio y volvimos al coche. No hablamos. La llevé a casa, hacia el norte y hacia el este, sin tener nada claro si llevaba conmigo una bomba de relojería o si le estaba dando la espalda a la única ayuda que iba a recibir en aquella casa.

Paulie esperaba justo detrás de la verja. Debía de haber estado observando por la ventana de la casita y se colocó allí en cuanto vio el coche a lo lejos. Fui

frenando hasta que detuve el Cadillac. Paulie se me quedó mirando. Luego, miró a Elizabeth Beck.

—Deme el busca —le pedí.

—No puedo.

—Démelo.

Paulie quitó la cadena y empujó la verja. Elizabeth descorrió la cremallera del bolso y me dio el busca. Adelanté el coche y bajé la ventanilla. Me detuve a la altura de Paulie, que estaba esperando para cerrar la puerta.

—¿Ves esto? —le pregunté.

Acto seguido, tiré el busca delante del coche. Lo hice con la mano izquierda, por lo que fue un lanzamiento débil y poco ágil, pero conseguí lo que quería. El pequeño rectángulo de color negro salió por el aire y aterrizó en el centro del camino, como a unos seis metros. Paulie observó la trayectoria del objeto y se quedó de piedra al darse cuenta de lo que era.

—¡Eh! —soltó.

Fue a por el busca. Y yo, a por él. Aceleré, las ruedas chirriaron y el coche pegó un salto hacia delante. Apunté a su rodilla izquierda con la esquina derecha del parachoques. A punto estuve de embestirle, pero resultó que era tremendamente rápido. Recogió el busca del asfalto, pegó un salto y yo no alcancé a atropellarlo por unos treinta centímetros. Seguí adelante. No reduje la velocidad. Aceleré y lo observé por el espejo retrovisor. Estaba de pie, mirándome, rodeado de humo azul de neumático. Me sentí muy decepcionado. Si iba a tener que pelear con un tipo que pesaba unos noventa kilos más que yo, me habría sentido mucho mejor si lo hubiera lesionado un poco primero. O, al menos, si no fuera tan rápido el cabrón.

Paré en la entrada, justo frente a la puerta principal. Elizabeth Beck se apeó y yo me llevé el coche al garaje. Iba camino de la cocina cuando me encontré con Zachary Beck y John Chapman Duke, que habían salido a buscarme. Se les veía agitados y caminaban con prisa. Estaban tensos y molestos. Pensé que me la iban a liar por lo de Paulie. Pero no fue así.

—Angel Doll ha desaparecido —anunció Beck.

Me quedé parado. Soplaban una brisa desde el océano. La calma había desaparecido de las aguas y las olas volvían a ser tan grandes y ruidosas como la primera noche. Volaba espuma por el aire.

—Fue contigo con el último con el que hablé —prosiguió Beck—. Luego, cerró, se fue y nadie lo ha visto desde entonces.

—¿De qué quería hablar? —me preguntó Duke.

—No lo sé.

—¿¡No lo sabes!?! Pues estuviste cinco minutos con él.

Asentí.

—Me llevó al despacho del almacén.

—¿Y?

—Y nada. Algo quería decirme, pero le sonó el móvil.

—¿Quién era?

Me encogí de hombros.

—¡Y yo qué sé! Eso sí, era algo urgente. Estuvo todo el rato hablando por teléfono y, como me estabais esperando fuera y no quería haceros perder el tiempo, pues al final me fui.

—¿Y qué estaba hablando por teléfono?

—No le presté atención —repuse—. No me pareció de buena educación.

—¿Dijo algún nombre? —me preguntó Beck.

Me giré hacia él y negué con la cabeza.

—Ninguno. Ahora bien, se conocían, eso seguro. Doll estuvo escuchando la mayor parte del tiempo. Yo diría que estaba recibiendo instrucciones sobre algo.

—¿Sobre qué?

—Ni idea.

—¿Era algo urgente?

—Eso me pareció, sí. Fue como si se hubiera olvidado de mí. Desde luego, cuando me fui, ni siquiera hizo ademán de impedírmelo.

—¿Y eso es todo lo que sabes?

—Di por hecho que era algún plan. Puede que instrucciones para el día siguiente.

—¿¡Para hoy!?!

Volví a encogerme de hombros.

—No sé, solo son suposiciones. Es que solo hablaba el otro.

—¡Genial! —soltó Duke—. Eres de gran ayuda, ¿sabes?

Beck miró hacia el mar.

—Así que recibió una llamada urgente, cerró y se fue. ¿Eso es lo único que sabes?

—Yo no lo vi cerrar. Ni vi que se marchara. Cuando yo me fui, seguía hablando por teléfono.

—Es evidente que cerró —comentó Beck—, y es evidente que se fue. Esta mañana, todo era de lo más normal.

No dije nada. Beck se giró noventa grados hacia el este. El viento venía del mar y le pegó la ropa al cuerpo. Las perneras del pantalón le ondeaban como banderas. Movié los pies, como arrastrando la suela sobre la gravilla, como si pretendiera entrar en calor.

—Esto era lo que nos faltaba —comentó—. ¡Lo que nos faltaba! ¡Con lo importante que es el fin de semana que tenemos por delante!

No dije nada. Dieron media vuelta al mismo tiempo y volvieron a la casa. Me dejaron solo.

Estaba cansado, pero no iba a conseguir descansar, eso estaba claro. Había mucho ajeteo en la casa y la rutina que había visto las dos noches anteriores estaba hecha añicos. No había comida en la cocina. No había cena. La cocinera no estaba. Oía movimiento de personas en el pasillo. Duke entró en la cocina, pasó por mi lado y salió por la puerta de atrás. Llevaba una bolsa deportiva azul de la marca Nike. Le seguí afuera y me quedé observando desde la esquina de la casa. Vi que entraba en el segundo garaje. Cinco minutos después salía marcha atrás con el Lincoln y se marchaba en él. Le había cambiado las matrículas. La noche anterior el vehículo tenía matrícula de Maine, una de seis dígitos; ahora, en cambio, llevaba una de siete dígitos de Nueva York. Entré en la casa en busca de café. Encontré la máquina, pero no los filtros. Decidí tomar un vaso de agua. Me acababa de beber la mitad del contenido cuando entró Beck. Él también llevaba una bolsa de deporte. Por cómo colgaba de las asas y el ruido que hacía, enseguida me quedó claro que llevaba metales pesados en ella. Armas, lo más probable. Puede que dos.

—Ve a por el Cadillac. Ahora mismo. Y recógeme en la puerta principal.

Sacó las llaves del bolsillo y las tiró encima de la mesa, justo delante de mí. Luego, se agachó, abrió la bolsa y sacó de ella dos matrículas de Nueva York y un destornillador. Me los tendió.

—Pero, primero, ponle esto.

Vi que en la bolsa había también armas. Dos MP5K Heckler & Koch, negras, cortas y gruesas, con la empuñadura bulbosa. Futuristas, como si fueran material para una película.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a seguir a Duke hasta Hartford, Connecticut. Tenemos negocios que tratar allí, ¿te acuerdas?

Cerró la cremallera de la bolsa, se puso de pie y salió con la bolsa al pasillo. Permanecí sentado un segundo. Luego, levanté el vaso de agua y

brindé con la pared que tenía delante.

—¡Por las guerras sangrientas y por las temidas enfermedades!

Dejé el resto del agua y me dirigí hacia el garaje. Empezaba a anochecer por el horizonte marino, a unos ciento cincuenta kilómetros en dirección este. El viento soplaba con fuerza y las olas batían el mar. Me detuve y di una vuelta, haciéndome el loco. No vi a nadie por ningún lado. Me apresuré y me escondí detrás de la pared del patio. Allí estaba mi atado. Dejé las matrículas falsas y el destornillador en las rocas y saqué las dos pistolas. La Glock de Duffy la guardé en el bolsillo derecho de la chaqueta. La PSM de Doll, en el izquierdo. Los cargadores de la Glock, en los calcetines. Hice una bola con el trapo, lo escondí, cogí las matrículas falsas y el destornillador y fui a la entrada del aparcamiento.

El mecánico estaba ocupado en el tercer cubículo, el que estaba vacío. Tenía las puertas abiertas de par en par y estaba echándole aceite a las bisagras. El espacio que quedaba por detrás de él estaba incluso más limpio que cuando lo había visitado la noche anterior. Todo immaculado. El suelo lo habían limpiado con una manguera. Había zonas que no se habían secado. Lo saludé con la cabeza y él me devolvió el saludo de igual manera. Abrí el cubículo que estaba más a la izquierda. Me agaché y desatornillé la matrícula de Maine del maletero y la reemplacé por una de las que tenía número de Nueva York. Hice lo mismo con la matrícula de delante. Dejé las que acababa de quitar y el destornillador en el suelo, entré en el coche y arranqué. Salí marcha atrás y me dirigí a la entrada. El mecánico me observó mientras me marchaba.

Beck me estaba esperando. Abrió la puerta de los asientos traseros y tiró en ellos la bolsa de deporte. Oí cómo las armas entrechocaban dentro de ella. Cerró la puerta de atrás, abrió la del copiloto y se sentó a mi lado.

—Vamos. Por la I-95 en dirección sur hasta Boston.

—Hay que echar gasolina.

—Bien, pues hazlo en la primera gasolinera que veas.

Paulie estaba esperando en la verja. Tenía la cara descompuesta por el enfado. Paulie era un problema que tendría que solucionar dentro de poco. Se me quedó mirando. Movía la cabeza a derecha e izquierda sin dejar de mirarme. No me quitó ojo en ningún momento mientras abría la verja. Pasé de él y conduje. No miré atrás.

«Ojos que no ven, corazón que no siente». Al menos, así era como quería llevar el asunto.

Por la carretera de la costa en dirección oeste no había tráfico. Doce minutos después de salir de la casa ya estábamos en la autopista. Empezaba a acostumbrarme a conducir el Cadillac. Era un buen coche. Suave y silencioso, aunque chupaba mucho combustible, de eso no había duda. La aguja cada vez estaba más baja. Casi la veía moverse. Por lo que recordaba, la primera gasolinera era la que quedaba al sur de Kennebunk, el lugar en el que me había encontrado con Duffy y con Eliot camino de Nueva Londres. Llegamos en quince minutos. Me resultó muy familiar. Dejé atrás el aparcamiento, donde habíamos abierto la furgoneta, y fui directo a los surtidores. Beck no dijo nada. Salí y llené el depósito. Me llevó un buen rato. Setenta litros. Cerré el depósito y Beck bajó la ventanilla y me dio unos billetes.

—La gasolina págala siempre en efectivo. Así es más seguro.

Me quedé el cambio, algo más de quince dólares. Supuse que era lo justo, al fin y al cabo, aún no me habían pagado. Volví a la carretera y me preparé para hacer un viaje largo. Estaba cansado. Y, cuando estás cansado, no hay nada peor que kilómetro tras kilómetro de autopista vacía. Beck no decía nada. Al principio pensé que se debía a que estaba de mal humor. O a que era vergonzoso o estaba cohibido. Luego, me di cuenta de que lo que le pasaba es que estaba nervioso. No debía sentirse del todo cómodo con la perspectiva de tener que ir a la batalla. Yo sí que me sentía cómodo. En especial, porque sabía que no íbamos a encontrar a nadie con quien luchar.

—¿Qué tal está Richard?

—Está bien. Tiene fuerza interior. Es un buen hijo.

—¿Es un buen hijo? —dije por el mero hecho de que algo tenía que decir. Necesitaba que hablara para que no me quedara dormido.

—Es muy leal. Un padre no puede pedir más a sus hijos.

Después de decir aquello, volvió a quedarse callado y tuve que empezar de nuevo a hacer soberanos esfuerzos para no quedarme dormido. Diez kilómetros, veinte.

—¿Te has enfrentado alguna vez a traficantes de poca monta? —me preguntó.

—No.

—Tienen algo que los hace únicos.

No dijo nada más durante los siguientes treinta kilómetros. Luego, empezó a hablar como si hubiera estado todo aquel tiempo intentando atrapar un pensamiento elusivo.

—Los domina la moda.

—Ah, ¿sí? —comenté como si tuviera algún interés en la conversación. Aquello no me interesaba lo más mínimo, pero seguía necesitando que Beck hablase.

—Aunque, claro, las drogas de laboratorio son parte de la moda. Sus clientes valen tan poco como ellas. Ni siquiera soy capaz de recordar lo que están vendiendo en cada momento. Cada semana le ponen un nombre diferente.

—¿Qué es una droga de laboratorio?

—Pues una droga hecha en un laboratorio. Ya sabes, algo que se fabrica, algo químico. Diferente de aquellas que crecen en la tierra, de forma natural.

—Como la marihuana.

—O la heroína. O la cocaína. Esos son productos naturales. Orgánicos. Están refinados, como es lógico, pero no están creados en un matraz.

No dije nada. Me limité a seguir luchando por mantener los ojos abiertos. En el coche hacía calor y, cuando estás cansado, necesitas frío. Me mordí el labio inferior para mantenerme despierto.

—Eso de la moda los ha contaminado. Del todo. Como con los zapatos, por ejemplo. Los tipos a los que vamos a buscar... cada vez que los veo llevan unos zapatos diferentes.

—¿A qué se refiere, a deportivas?

—Exacto, sí, como si se ganasen la vida jugando a baloncesto. Un día llevan unas Reebok de doscientos dólares recién salidas de la caja pero, cuando vuelves a verlos, lo de las Reebok es inaceptable y solo llevan Nike u alguna otra marca por el estilo. Que si *air* por aquí, que si *air* por allá. O, de pronto, botas Caterpillar, o Timberland. Cuero primero; luego, Gore-tex; cuero de nuevo... Negras, amarillas de ese amarillo que parece ropa de trabajo... y siempre con los cordones sueltos. Pero pasa un tiempo y otra vez vuelven a las deportivas de correr, solo que, en esta ocasión, tienen que ser Adidas, las de las tres rayitas. Trescientos dólares el par. Porque sí. Es una locura.

No dije nada. Me limitaba a conducir y a intentar no cerrar los párpados bajo ninguna circunstancia. Me picaban los ojos.

—¿Y sabes por qué? Por el dinero. Tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. Igual que con las chaquetas. ¿Te has fijado en las chaquetas que llevan? Una semana tienen que ser North Face, brillantes, infladas, llenas de plumas de oca, ya sea invierno o verano, porque esa gente solo sale de noche, claro. A la semana siguiente, eso de que sean brillantes está pasadísimo de moda. Puede que les parezca bien que sigan siendo North Face pero, ahora, tienen que ser de microfibra. Luego, chaquetas de cuero, lana con mangas de cuero. Cada estilo les dura cosa de una semana.

—Qué locura —dije, porque algo tenía que decir.

—Es por el dinero. No saben qué hacer con él, así que entran en la rueda de cambiar por cambiar. Y eso lo contamina todo, incluso las armas, cómo no. Como esta gente, que estaba encantada con la MP5K de Heckler & Koch y, ahora, de repente, lleva Uzi... según tú, vamos. ¿Entiendes a qué me refiero? Con esta gente, incluso las armas son un tema de moda, igual que los zapatos o las chaquetas. O el producto que venden. Lo que hace que el círculo se cierre y volvamos al principio. Sus demandas cambian cada dos por tres, en todos los campos. Incluso con los coches. Les gustan los japoneses, que es una moda que viene de la Costa Oeste, bueno, digo yo... Pero, al día siguiente les gustan los Toyota y, al otro, los Honda. Luego, los Nissan. Hace dos o tres años, su favorito era el Nissan Maxima. Como el que tú robaste. Más tarde, los Lexus. Es una locura. Y con los relojes también les pasa. Llevan Swatch; luego, Rolex. No ven la diferencia. Es una puta locura. Claro que, dado que estoy en el mercado y que soy un proveedor, pues no me quejo. Es la obsolescencia del mercado lo que buscamos pero, a veces, va demasiado rápido. A veces, es complicado seguir el ritmo.

—Entonces ¿está usted en el mercado?

—¿Tú qué crees? ¿Qué pensabas, que era contable?

—Pensaba que importaba alfombras.

—Y lo hago. Las importo a montones.

—Ah.

—Pero eso es, fundamentalmente, una tapadera. —Se echó a reír—. ¿Acaso crees que, hoy en día, no tienes que tomar precauciones al venderles zapatillas deportivas a tipos como esos?

Siguió riéndose. Era una carcajada nerviosa. Estaba muy tenso. Seguí conduciendo. Se calmó. Miró por su ventanilla, miró por el parabrisas. Empezó a hablar de nuevo, como si sirviera tanto para su propósito como para el mío.

—¿Sueles llevar zapatillas deportivas?

—No.

—Porque estoy buscando a alguien que me lo explique. No existe diferencia racional alguna entre Reebok y Nike, ¿verdad?

—Pues no lo sé.

—A ver, ¿si es que hasta cabe la posibilidad de que las produzcan en la misma fábrica! En algún punto de Vietnam, ya sabes. Si te descuidas, puede que, hasta que les ponen el logotipo, ¡sean el mismo calzado!

—Puede ser. No lo sé. Nunca he sido atleta. Nunca he llevado ese tipo de calzado.

—¿Hay alguna diferencia entre un Toyota y un Honda?

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no?

—Es que nunca he tenido un VP.

—¿Qué es un VP?

—Un vehículo propio. Es la manera en que el ejército llamaría a un Toyota o a un Honda. O a un Nissan o a un Lexus.

—Entonces ¿tú qué es lo que sabes?

—Sé cuál es la diferencia entre un Swatch y un Rolex.

—¿Y cuál es?

—No la hay, ambos te dan la hora.

—Eso no es una respuesta.

—Sé cuál es la diferencia entre una Uzi y una Heckler & Koch.

Se giró.

—Bien. Genial. Explícamela. ¿Por qué iban a cambiar esos tipos sus Heckler & Koch por Uzis?

El Cadillac zumbaba. Me encogí de hombros. Me esforcé por no bostezar. Era una estupidez de pregunta, claro está. Los de Hartford no habían dejado las Heckler & Koch por Uzis. Al menos, no de verdad. Eliot y Duffy no habían estado al tanto de las armas que utilizaban *du jour* los de Hartford y tampoco eran conscientes de que Beck supiera siquiera de su existencia, y punto. Esas dos eran las únicas razones por las que habían equipado a los suyos con Uzis. Y porque seguro que habían sido las armas que más a mano tenían.

Aunque, en teoría, era una muy buena pregunta. Una Uzi es una buena arma, muy buena. Un poco pesada, quizá. Y no es que tenga el ciclo más rápido del mundo, lo que podría importarle a ciertas personas, pero bueno... El interior del cañón no tiene mucha estría, lo que compromete un poco la precisión. Por otro lado, es muy fiable, es sencilla, está muy probada y tiene

cargadores de cuarenta balas. Una muy buena arma. Sin embargo, cualquiera de las MP5 de Heckler & Koch es mejor. Las MP5 disparan el mismo tipo de munición más rápido y más fuerte. Son extraordinariamente precisas; en algunas manos, tanto como un buen rifle. Son muy fiables. Son mucho mejores que las Uzis. Un estupendo diseño de los años setenta contra un estupendo diseño de los años cincuenta. No es verdad en todos los campos, pero, para el ejército, en cuanto a armas, lo moderno es mejor. Siempre.

—No tiene sentido —dije—. No le veo explicación alguna.

—Exacto. Es por moda. Es un capricho. Una compulsión. Hace que todo el mundo esté en el negocio, pero también vuelve loco a todo el mundo.

Le sonó el teléfono móvil. Lo sacó como pudo del bolsillo y respondió diciendo su apellido. Corto y nítido. Y con cierto nerviosismo. «Beck». Sonó como una tos. Estuvo escuchando un buen rato. Pidió que le repitieran la dirección y las indicaciones para llegar, cortó la llamada y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

—Era Duke. Ha hecho unas llamadas. Nuestros chicos no están en Hartford pero, al parecer, tienen una casita de campo en dirección sudoeste. Dice que debe de ser allí donde están escondidos, así que es allí adonde vamos.

—¿Y qué vamos a hacer cuando lleguemos?

—Nada espectacular. Tampoco es necesario que seamos exquisitos. No hace falta que sea limpio. En situaciones como esta, lo mejor es cargárselos sin más. Que parezca que era inevitable, ¿entiendes? Pero casual, claro. Del palo: «Si te metes conmigo, el castigo va a ser rápido y severo, pero tampoco voy a sudar».

—Así se pierden clientes.

—Ya los reemplazaré. Hay cola esperando, una cola tan larga que da la vuelta a la esquina. Eso es lo mejor de este negocio: que, en lo que respecta a la oferta y la demanda, la demanda es muchísimo mayor.

—¿Y va a hacerlo usted mismo?

Negó con la cabeza.

—Para eso venís Duke y tú.

—¿Yo? Pensaba que solo era el chófer.

—Ya te has ventilado a dos de ellos, no creo que vaya a importarte matar a un par más.

Apagué la calefacción y seguí esforzándome por mantener los ojos abiertos.

«Por las guerras sangrientas», pensé.

Fuimos bordeando Boston y, en un momento dado, Beck me dijo que tirara hacia el sudoeste en Mass Pike y, después, que cogiera la I-84. Recorrimos unos cien kilómetros más, para lo que tardamos aproximadamente una hora. No quería que condujera muy rápido. No quería que llamara la atención. Matrículas falsas, una bolsa llena de armas automáticas en el asiento de atrás... no quería que la policía de carretera metiera las narices donde no le llamaban. Normal. Conduje como un autómatas. No había dormido en cuarenta horas. Aunque no me arrepentía de haber dejado pasar la oportunidad de echar una cabezada en el motel de Duffy. Estaba muy contento de cómo había pasado el tiempo allí. Aunque ella no lo estuviera.

—La siguiente salida —indicó.

Justo en ese punto, la I-84 atravesaba Hartford. Una nube baja cubría la ciudad y las luces de farolas y edificios le daban un tono anaranjado. La salida nos llevó a una carretera ancha que se estrechó kilómetro y medio más allá y que iba en dirección sudeste, hacia el campo. Por delante de nosotros, todo estaba oscuro. Había unas pocas tiendas fuera de la ciudad, todas cerradas. Tiendas de caza y pesca, de cerveza helada, de recambios de motocicleta. Y, después, nada, excepto la forma oscura de los árboles.

—La próxima a la derecha —me dijo ocho minutos después.

Entramos en una carretera más pequeña. El asfalto estaba mal y había muchísimas curvas. Oscuridad por todos lados. Tuve que concentrarme. No me apetecía tener que volver atrás.

—Sigue.

Hicimos entre doce y quince kilómetros más. No tenía ni idea de dónde estábamos.

—Vale... No deberíamos tardar en ver a Duke, que nos está esperando.

Unos dos kilómetros y medio más adelante, los faros del Cadillac iluminaron la matrícula trasera del Lincoln de Duke. El vehículo estaba aparcado en el arcén, inclinado hacia la zanja en la que se convertía este.

—Para detrás de él.

Aparqué con el morro hacia el maletero del Lincoln y dejé la palanca de cambios en punto muerto. Quería irme a dormir. Cinco minutos habrían marcado una diferencia sustancial. Por desgracia, Duke salió del asiento del conductor en cuanto se dio cuenta de que éramos nosotros y enseguida se acercó a la ventanilla de Beck. Beck bajó el cristal, que descendió con un zumbido, y Duke se agachó y metió la cara en el coche.

—La casa está a algo más de tres kilómetros. Hay un largo camino de acceso que va girando hacia la izquierda. Es un camino de tierra. Podemos llegar hasta la mitad en coche, siempre que vayamos despacio y en silencio, sin luces. El resto del recorrido, tendremos que ir a pie.

Beck no dijo nada. Se limitó a subir la ventanilla, que emitió el mismo zumbido de antes. Duke volvió a su coche. El Lincoln arrancó de un salto y Duke lo enderezó. Fui detrás de él todo el rato. Apagamos las luces como a unos cien metros del camino y giramos para entrar en él. Fuimos muy despacio. La luna apenas nos iluminaba. El Lincoln se balanceaba y botaba al meterse entre los surcos. Al Cadillac le pasaba lo mismo, pero a destiempo; subía cuando el Lincoln bajaba, giraba a la derecha cuando el Lincoln giraba a la izquierda. Circulábamos tan despacio que parecía que no avanzáramos. Íbamos al ralentí. En un momento dado, las luces de freno del Lincoln resplandecieron y el coche se detuvo de golpe. Yo me detuve también. Beck se giró y cogió la bolsa de deporte por entre los dos asientos delanteros. Se la puso en las rodillas y la abrió. Me entregó una MP5K y dos cargadores de treinta balas.

—Encárgate tú —me dijo.

—¿Se queda usted aquí?

Asintió. Abrí el arma y la inspeccioné. Volví a encajarla, cargué una bala en la recámara y puse el seguro. Luego, me metí los cargadores en los bolsillos con sumo cuidado para que no traquetearan con la Glock y con la PSM. Salí del coche. Una vez de pie, respiré el frío aire de la noche. ¡Qué alivio! Me despertó. Percibí el olor de un lago que había en las inmediaciones, y árboles, y hojas mohosas en el suelo. Oí una pequeña cascada a lo lejos y los tubos de escape del coche, que hacían leves ruidos a medida que iban enfriándose. Por entre los árboles me llegaba una brisa suave. Aparte de eso, no se oía nada más. El más absoluto silencio.

Duke me estaba esperando. Por la manera en que se comportaba, en que se movía, era evidente que estaba nervioso e impaciente. No era la primera vez que hacía aquello, eso estaba claro. Tenía el típico aspecto de un policía veterano justo antes de una redada importante. Parecía que le resultara familiar la situación pero que, al mismo tiempo, fuera consciente de que no hay dos situaciones iguales. Llevaba la Steyr y le había puesto el cargador largo de treinta balas, que sobresalía por debajo de la empuñadura. Parecía que el arma fuera más grande y más fea de lo normal.

—Venga, gilipollas, vamos —susurró.

Me quedé como a metro y medio de él y avancé por el otro lado del camino, como harían los soldados de infantería. Tenía que comportarme de manera convincente, como si me preocupara ser un objetivo al estar juntos. Yo sabía que el sitio estaría vacío, pero él no.

Doblamos una esquina y vimos una casa justo delante. En una de las ventanas había luz. Lo más probable es que se encendiera con un temporizador, como medida de seguridad. Duke empezó a caminar más despacio, hasta que se detuvo.

—¿Ves alguna puerta? —susurró.

Miré entre la penumbra. Vi un pequeño porche y se lo señalé.

—Tú espera en la entrada —le dije—, que yo compruebo lo de la luz.

No le pareció nada mal que me ofreciera. Llegamos hasta el porche. Él se detuvo allí y esperó, y yo me marché en dirección a la ventana. Para avanzar los últimos tres metros me tiré al suelo y me arrastré. Asomé la cabeza por el alféizar y miré al interior de la casa. Encima de una mesa se veía una lámpara encendida con una pantalla amarilla de plástico y una bombilla de bajo voltaje. Había sofás y butacas, todos en mal estado. En la chimenea había unas cenizas frías de un viejo fuego. Las paredes estaban revestidas con madera de pino. Allí no había nadie.

Volví a rastras hasta que la luz de la bombilla me iluminó y Duke me vio, momento en que me puse dos dedos abiertos en forma de uve debajo de los ojos. Aquel era el gesto estándar de los francotiradores para decir: «Veo». Luego, levanté la palma con los cinco dedos extendidos: «Veo cinco personas». Acto seguido, empecé a hacer una serie de gestos complicados para indicar su disposición y armamento. Sabía que Duke no estaba entendiendo nada. Yo tampoco lo estaba entendiendo. De hecho, que yo supiera, mis gestos no significaban nada de nada. Nunca había sido avistador. En cualquier caso, los gestos parecían muy reales. Parecían profesionales, clandestinos y urgentes.

Me arrastré tres metros más, me puse de pie, caminé en silencio hasta la puerta y me situé junto a él.

—Están como atontados —susurré—. No sé, o están borrachos o están drogados. Si los sorprendemos, volveremos a casa sin habernos despeinado.

—¿Tienen armas?

—A montones, pero ninguna a su alcance. —Señalé la puerta del porche—. Parece que haya un pasillo al otro lado. Una puerta exterior, una interior y el pasillo. Si tú vas a la izquierda, yo tiro a la derecha. Esperamos en el

pasillo. En cuanto salgan para ver a qué viene tanto ruido, los matamos a todos.

—¿Desde cuándo eres el que da las órdenes?

—Soy el que ha hecho el reconocimiento.

—Pues no la cagues, gilipollas.

—Tú tampoco.

—Yo nunca la cago.

—Muy bien.

—Lo digo en serio, como te pongas en mi camino, no tendré ningún reparo en matarte junto con los demás. No dudaré.

—Estamos en el mismo bando.

—Ah, ¿sí? Eso vamos a verlo ahora.

—Relájate.

Hizo una pausa. Estaba tenso. Asintió en la oscuridad.

—Yo me encargo de la puerta de fuera y tú de la de dentro. Por turnos.

—De acuerdo.

Me giré y sonreí. Igual que un policía veterano. Si yo golpeaba la puerta de dentro, él pasaría primero por ella y yo, segundo, y, teniendo en cuenta los tiempos de reacción del enemigo, suele ser al segundo al que disparan.

—Seguro quitado —susurré.

Puse la H&K en un solo disparo y él le quitó el seguro a su Steyr hacia la derecha. Asentí, él asintió y, acto seguido, le pegó una patada a la puerta exterior. Entré y, sin pararme a pensar, le pegué una patada a la puerta interior. Él pasó por mi lado y pegó un salto a la izquierda. Le seguí, pero el salto lo pegué a la derecha. Era bastante bueno. Hacíamos un buen equipo. Estábamos agachados, en una posición estupenda antes incluso de que las puertas hubieran acabado de girar. Él miraba la entrada de la habitación que teníamos delante. Sujetaba la Steyr con ambas manos y con los brazos estirados, y tenía los ojos bien abiertos. Respiraba con dificultad. Casi jadeaba. Lo estaba llevando lo mejor que podía dado el momento tan peligroso que estábamos viviendo. Saqué la PSM del bolsillo con la mano izquierda, le quité el seguro, me acerqué a Duke en cuclillas y se la puse en la oreja.

—Estate muy calladito y elige. Voy a hacerte una pregunta. Una sola. Si me mientes o si te niegas a responder, te pegaré un tiro en la cabeza. ¿Me has comprendido?

Se quedó quieto, cinco segundos, seis, ocho, diez. Miraba desesperado la puerta que tenía delante.

—No te preocupes, gilipollas, que aquí no hay nadie. Los arrestaron a todos la semana pasada. El gobierno.

No se movía.

—¿Has entendido lo que te he dicho al principio? Me refiero a lo de la pregunta.

Asintió, aunque dudoso, con torpeza, con la PSM apuntándole aún a la cabeza.

—O respondes o te pego un tiro, ¿entendido?

Asintió de nuevo.

—De acuerdo. ¿Estás listo?

Asintió una sola vez.

—¿Dónde está Teresa Daniel?

Una larga pausa. Se volvió un poco hacia mí. Moví la mano para que la boca de la PSM siguiera en el mismo sitio. Vi en sus ojos cómo, poco a poco, se daba cuenta de lo que pasaba.

—Sigue soñando —me respondió.

Le disparé en la cabeza. Aparté el cañón de la oreja y le disparé en la sien derecha. El sonido resultó atronador en la oscuridad. La pared de enfrente quedó manchada de sangre y de cerebro, de astillas de cráneo. El fogonazo de la pistola le quemó el pelo. Luego, con la mano derecha, hice un disparo doble con la H&K, al techo, y disparé otro tiro con la PSM al suelo. Cambié la H&K a automático, me puse de pie y le vacié el cargador en el cuerpo a Duke. Cogí su Steyr del suelo, de donde había caído, y disparé al techo con ella una y otra vez, quince tiros rápidos: «pam-pam-pam-pam», la mitad del cargador. El pasillo se había llenado de un humo amargo y de astillas de madera y trozos de escayola que volaban por todos lados. Le puse un nuevo cargador a la H&K y disparé a las paredes, aquí y allí, por todos lados. El ruido era ensordecedor. Los cartuchos saltaban a derecha e izquierda, a uno y otro lado, rebotaban y llovían. La H&K se quedó vacía y disparé el resto de la munición de la PSM en la pared del pasillo. Le pegué una patada a la puerta de la habitación iluminada y volé por los aires la lámpara con la Steyr. Vi una mesita auxiliar y la tiré por la ventana, y utilicé el segundo cargador de la H&K para disparar a los árboles que había alrededor de la casa mientras disparaba la Steyr con la mano izquierda al suelo hasta que no me quedaron balas. Luego, cogí entre los brazos la Steyr, la H&K y la PSM y salí corriendo con la cabeza sonándome como una campana. Acababa de disparar ciento veintiocho balas en unos quince segundos y me habían dejado sordo. Para Beck, aquello tenía que haber sonado como la Tercera Guerra Mundial.

Corrí por el camino. Tosía e iba rodeado por una nube de humo. Me dirigí a los coches. Beck se había sentado en el asiento del conductor del Cadillac y abrió un poco la puerta. Era más rápido que abrir la ventana.

—¡Una emboscada! —grité. Estaba sin aliento y oía mi propia voz en mi cabeza—. ¡Por lo menos eran ocho!

—¿Dónde está Duke?

—¡Ha muerto! ¡Beck, tenemos que irnos! ¡Ya!

Se quedó parado un segundo. Luego, se puso en marcha.

—¡Coge su coche!

Él ya tenía el Cadillac en marcha. Pisó el acelerador, cerró la puerta y desapareció marcha atrás por el camino. Yo subí al Lincoln, lo arranqué, metí la marcha atrás, puse el codo en el respaldo para mirar por la ventanilla trasera y aceleré. Íbamos marcha atrás a toda pastilla, el uno detrás del otro, giramos y fuimos dirección norte, el uno al lado del otro, como si estuviéramos haciendo una carrera. Tomábamos las curvas como locos, luchando contra el peralte a ciento diez kilómetros por hora. No nos detuvimos hasta llegar a la curva que nos llevaría a Hartford. Beck se puso por delante y yo le seguí de cerca. Condujo unos diez kilómetros a gran velocidad y se detuvo en el aparcamiento trasero de una licorería, que estaba cerrada. Aparqué a unos tres metros de él, me dejé caer contra el asiento y esperé a que viniera. Estaba tan cansado que no podía ni levantarme. Corrí alrededor del capó del Cadillac y abrió la puerta del conductor del Lincoln.

—¿Una emboscada?

Asentí.

—Nos estaban esperando. Eran ocho. Puede que más. ¡Ha sido una masacre!

No dijo nada. No tenía nada que decir. Cogí la Steyr de Duke del asiento del copiloto y se la tendí.

—He conseguido recuperarla.

—¿Por qué?

—He pensado que querría que lo hiciera. Por si acaso se puede rastrear.

Asintió.

—No, no se puede rastrear, pero bien pensado.

Le di también la H&K. Volvió al Cadillac y vi cómo guardaba ambas armas en la bolsa de deporte. Luego, se dio la vuelta, cerró las manos con fuerza y miró al cielo, que estaba negro. Después, me miró a mí.

—¿Le has visto la cara a alguno?

Negué con la cabeza.

—Estaba demasiado oscuro. Pero nos hemos cargado a uno. Llevaba esto. Le tendí la PSM. Fue como si le pegara un puñetazo en la tripa. Se puso pálido y estiró una mano para apoyarse en el techo del Lincoln.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Miró hacia otro lado.

—Es que no me lo creo.

—¿El qué?

—¿Habéis alcanzado a uno que llevaba esta arma?

—Creo que ha sido Duke el que le ha dado.

—¿Has visto cómo sucedía?

—Solo formas. Estaba oscuro. Había muchos fogonazos de los disparos. Duke estaba disparando y le ha dado a una forma. Cuando salía, me he encontrado esto en el suelo.

—Esta es el arma de Angel Doll.

—¿Está seguro?

—Casi del todo. ¿Sabes qué pistola es esta?

—Nunca he visto nada igual.

—Es una pistola especial de la KGB. De la antigua Unión Soviética. Es rarísimo ver una de estas en Estados Unidos.

Luego, se alejó unos pasos por el aparcamiento, que estaba a oscuras. Cerré los ojos. Quería dormir. Hasta cinco segundos me habrían venido bien.

—Reacher, ¿qué pruebas has dejado?

Abrí los ojos.

—El cadáver de Duke.

—Eso no le llevará a nadie a ninguna parte. ¿Balísticas?

Sonreí en la oscuridad. Imaginé a los forenses del Departamento de Policía de Hartford intentando dar con el sentido de las trayectorias. Paredes, el suelo, el techo. Llegarían a la conclusión de que el pasillo había estado lleno de bailongos de discoteca armados hasta las cejas.

—Montones de balas y de cartuchos.

—Eso no les llevará a ningún lado.

Se adentró en la oscuridad. Volví a cerrar los ojos. No había dejado huellas. Ni una sola parte de mi cuerpo había tocado ni una sola parte de la casa, exceptuando las suelas de mis zapatos. Y no había disparado la Glock de Duffy. Tenía entendido que había un registro central en el que se almacenaban las marcas que dejaban las estrías. Puede que la Glock formara parte de ese registro, pero no la había disparado.

—Reacher, llévame a casa.

Abrí los ojos.

—¿Y este coche?

—Abandónalo aquí.

Bostecé y me obligué a moverme. Con la parte trasera del abrigo limpié el volante y todos los controles que había tocado. Casi se me cae la Glock del bolsillo, pero Beck no se dio cuenta. De hecho, estaba tan preocupado que podría haberla sacado y haber empezado a darle vueltas en el dedo a lo Sundance Kid y ni siquiera se habría fijado. Limpié el tirador de la puerta, me incliné para sacar las llaves del contacto, las limpié y las tiré entre los arbustos que bordeaban el aparcamiento.

—Vamos —apremió Beck.

Permaneció en silencio hasta que nos alejamos de Hartford unos cincuenta kilómetros en dirección noreste. Entonces, empezó a hablar. Había pasado aquel tiempo encajando todo lo que estaba sucediendo.

—La llamada de ayer —dijo—. Estaban planeándolo. Doll trabajaba con ellos.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio.

—No tiene sentido. Duke fue al sur y le consiguió la matrícula de la Toyota. Luego, se la dio usted a Doll y le pidió que la rastreara. ¿Por qué, entonces, iba a decirle Doll la verdad acerca de la camioneta? Si fueran colegas, lo más normal habría sido que le dijera que no había encontrado nada. Lo habría alejado de ellos. Para dejarlo a oscuras.

Beck esbozó una sonrisa de superioridad.

—No. Esta emboscada habían estado planeándola. Por eso hicieron la llamada. Aunque improvisaron bien, la verdad. Lo del secuestro de mi hijo falló, así que cambiaron de táctica. Dejaron que Doll nos señalara la dirección indicada. Así pasaría lo que ha pasado esta noche.

Asentí despacio, como si estuviera cambiando de opinión y aceptando su teoría. La mejor manera de conseguir un ascenso es que piensen que no eres tan inteligente como ellos. En el ejército me había funcionado tres veces seguidas.

—¿Sabía Doll lo que estaba planeando usted para hoy?

—Sí. Ayer nos pasamos el día hablando de ello. Con detalle. Cuando nos viste en el despacho.

—Así que les ha vendido.

—Sí. Anoche cerró la oficina y se vino hasta aquí desde Portland para esperar con ellos. Les contó quién iba a venir, cuándo y cómo.

No dije nada. Pensé en el coche de Doll. Estaba como a un kilómetro y medio de la oficina de Beck. Ojalá lo hubiera escondido mejor.

—Pero la gran pregunta es —dijo Beck—: ¿habrá sido solo Doll...?

—¿O?

Se quedó callado. Se encogió de hombros.

—¿... O también alguno de los otros con los que trabaja?

«Esos a quienes no controlas, ¿eh? La gente de Quinn».

—¿O todos ellos? —remachó.

Empezó a pensar otra vez y estuvo así durante otros cincuenta o sesenta kilómetros. No volvió a decir nada hasta que no estuvimos de nuevo en la I-95, en dirección norte, camino de Boston.

—Duke está muerto —dijo.

—Lo siento.

«Aquí viene».

—Hace mucho tiempo que lo conocía.

No dije nada.

—Vas a tener que encargarte tú. Necesito a alguien ahora mismo. Alguien en quien pueda confiar y, de momento, me has servido bien.

—¿Es esto un ascenso?

—Estás capacitado.

—¿Jefe de seguridad?

—Al menos, de momento. De forma permanente, si quieres.

—Pues no sé.

—Piensa en lo que sé de ti. Me perteneces.

Me quedé callado algo más de un kilómetro.

—¿Va a pagarme en algún momento? ¿Pronto?

—Te pagaré los cinco mil, más lo que le daba a Duke.

—Necesito algo de información. No puedo serle de ayuda si lo desconozco todo.

Asintió.

—Mañana. Mañana hablamos.

Luego, volvió a quedarse callado. La siguiente vez que lo miré estaba profundamente dormido. Debía de ser una reacción de choque. Tenía que estar pensando que su mundo se desmoronaba. Me esforcé por mantenerme despierto, porque el coche no se saliera de la carretera. Pensé en unos textos del ejército británico escritos durante la ocupación de la India, durante el Raj,

en el momento álgido del imperio británico. Los oficiales jóvenes atrapados en rangos bajos tenían su propio comedor. Cenaban juntos, vestidos con espléndidos uniformes y hablaban de las posibilidades que tenían de ascender. La cuestión es que no tenían ninguna a menos que un superior muriera. El puesto del muerto, esa era la regla. Así que levantaban su copa de cristal, llena de magnífico vino francés, y brindaban: «¡Por las guerras sangrientas y por las temidas enfermedades!». Esa era la única manera en que moriría alguno de sus superiores, y las bajas de estos era la única manera de ascender en la cadena de mando. Brutal, pero en el ejército siempre ha sido así.

Regresé a la costa de Maine como un autómata. Más tarde, no recordaba ni uno solo de los kilómetros de aquel viaje. Estaba muerto de cansancio. Me dolían todas y cada una de las partes del cuerpo. Paulie tardó en abrir la verja. Supuse que lo habíamos sacado de la cama. Volvió a mirarme fijamente. Dejé a Beck en la puerta principal y guardé el Cadillac en el garaje. Escondí la Glock y los cargadores por si acaso y entré por la puerta de atrás. El detector de metales pitó por las llaves del coche. Las tiré sobre la mesa de la cocina. Tenía hambre, pero estaba demasiado cansado para comer. Subí hasta mi habitación y me tiré en la cama vestido, con abrigo, zapatos y todo.

El tiempo me despertó seis horas después. Una lluvia racheada azotaba mi ventana con fuerza. Sonaba como gravilla contra cristal. Me di la vuelta y me incorporé para mirar por la ventana. El cielo tenía el color del hierro, lleno de nubes, y el mar, furioso, sembrado de espuma. Las olas atacaban la costa. No había pájaros. Eran las nueve de la mañana. Decimocuarto día, viernes. Volví a tumbarme, miré el techo y repasé las últimas setenta y dos horas, desde la mañana del undécimo día, cuando Duffy me había explicado su plan de siete puntos. El primero, el segundo y el tercero, tener muchísimo cuidado. Eso se me estaba dando bien. El cuarto, dar con Teresa Daniel. A ese respecto no había hecho grandes progresos. El quinto, conseguir pruebas contra Beck. No tenía ninguna. Nada en absoluto. No le había visto hacer nada malo, excepto lo de ponerle matrículas falsas a un par de coches y llevar una bolsa de deporte llena de armas semiautomáticas que, probablemente, eran ilegales en los cuatro estados en los que habíamos estado o por los que habíamos pasado la noche anterior. El sexto, dar con Quinn. Tampoco había avanzado con eso. El séptimo, salir de allí. Eso iba a tener que esperar. Luego, la agente me

había dado un beso en la mejilla y me la había dejado manchada del polvillo de azúcar del donut que se había comido.

Me levanté y me encerré en el cuarto de baño para ver si tenía mensajes. La puerta de mi habitación ya no estaba cerrada con llave. Di por hecho que Richard Beck no iba a entrar sin llamar. Ni su madre. Puede que su padre sí. Al fin y al cabo, le pertenecía, ¿no? Me había ascendido, pero seguía caminando por la cuerda floja. Me senté en el suelo y me quité el zapato. Abrí la tapa del tacón y saqué el emisor. «¡Tienes correo!». Era un mensaje de Duffy: «Han descargado los contenedores de Beck y los han llevado en camiones al almacén. Aduanas no los ha inspeccionado. Cinco en total. El mayor cargamento en mucho tiempo».

Pulsé RESPONDER y escribí: «¿Estáis vigilándolos?».

Noventa segundos después, respondió: «Sí».

Le envié: «Me ha ascendido».

Me envió: «Sácale provecho».

Le envié: «Ayer me lo pasé muy bien».

Me envió: «Ahorra batería».

Sonreí, apagué el aparatito y lo guardé de nuevo en el tacón. Tenía que darme una ducha pero, primero, tenía que desayunar. Y, después, conseguir ropa limpia. Descorrí el pestillo, salí de la habitación y bajé a la cocina. La cocinera volvía a estar allí, trabajando. En aquel instante, le servía una tostada y té a la chica de servicio y le dictaba una larga lista de la compra. Las llaves del Saab estaban en la mesa. Las del Cadillac no. Comí todo lo que encontré y, después, fui a buscar a Beck. No lo vi por ningún lado. Tampoco a Elizabeth ni a Richard. Volví a la cocina.

—¿Dónde está la familia? —pregunté.

La chica de servicio levantó la cabeza y dijo algo, pero no lo entendí. Se había puesto un impermeable y estaba preparándose para ir de compras.

—¿Dónde está el señor Duke? —me preguntó la cocinera.

—Está indispuerto. Yo lo reemplazo. ¿Dónde están los Beck?

—Han salido.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Miré qué tiempo hacía.

—¿Y quién conducía?

La cocinera miró al suelo.

—Paulie.

—¿Cuándo se han marchado?

—Hace una hora.

—Gracias.

Aún iba con el abrigo. Me lo había puesto al salir de la habitación de Duffy y no me lo había quitado desde entonces. Salí por la puerta de atrás, directo a la tormenta. Seguía lloviendo racheado, como si fueran latigazos. Sabían a sal. El agua de la lluvia se mezclaba con la espuma del mar. Las olas golpeaban las rocas como si fueran bombas. La blanca espuma estallaba hasta alcanzar diez metros de altura en algunos momentos. Me protegí la cara con el cuello del abrigo y corrí al garaje. Hasta la pared del patio. Me refugié allí. El primer cubículo estaba vacío. Las puertas estaban abiertas. El Cadillac no estaba. El mecánico estaba en el tercer cubículo, haciendo algún trabajo. La chica de servicio llegó corriendo. Me quedé mirando cómo abría las puertas del cuarto cubículo. Se estaba empapando. Entró y, poco después, sacaba el Saab marcha atrás. El viento balanceaba el coche. La lluvia convirtió el polvo que tenía el vehículo en una capa gris que empezó a caer al suelo como en riachuelos. La irlandesa se fue a comprar. Me quedé escuchando las olas. Empezó a preocuparme la altura que estaban alcanzando, así que me protegí con la pared del patio y la rodeé hasta el mar. Busqué el agujero en el que había dejado el atado, junto a la pared. Las plantas que había alrededor estaban empapadas y embarradas. El agujero estaba lleno de agua; pero de agua de lluvia, no de agua de mar. Por eso lo había elegido a resguardo del mar. La cuestión es que, aparte de por el agua, estaba completamente vacío. El atado no estaba. No estaba el trapo. No estaba la Glock. No estaban los cargadores. No estaban las llaves de Doll. No estaba el punzón. No estaba el cincel.

Fui hasta la fachada principal de la casa y me quedé bajo la lluvia racheada, observando el alto muro. Aquel fue el momento en que más cerca estuve de rajarme. Habría sido fácil. La verja estaba abierta de par en par. Debía de haber sido la chica de servicio la que la había dejado así. Habría salido del coche para abrirla, pero habría decidido no salir para no mojarse otra vez al cerrarla. Y, claro, Paulie no estaba. Paulie estaba por ahí, conduciendo el Cadillac. Así que la verja estaba abierta. Y sin vigilancia. Era la primera vez que la veía así. Podría haberla cruzado sin más. Pero no lo hice. Me quedé.

El tiempo fue una de las razones por las que me quedé. Más allá de la verja había, por lo menos, veinticinco kilómetros de carretera antes de llegar a un desvío. Veinticinco kilómetros.

Y en la casa no quedaban coches. Los Beck se habían llevado el Cadillac y la chica de servicio conducía el Saab. El Lincoln lo habíamos abandonado en Connecticut. Así que tendría que recorrer esos veinticinco kilómetros a pie. Tres horas a buen paso.

Y no tenía tres horas. Lo más probable era que el Cadillac volviera antes de esas tres horas. Y en la carretera no había dónde esconderse. Los arcenes estaban desnudos. Estaría expuesto. Me cruzaría con Beck. Yo iría caminando y él, en coche. Y tenía una pistola. Y a Paulie. Yo no tenía nada.

La estrategia fue otra de las razones. Que me pillaran huyendo confirmaría las sospechas de Beck, siempre que fuera este el que había descubierto el atado. Si me quedaba, no obstante, tenía alguna oportunidad. Que me quedase hablaba en favor de mi inocencia. Podía cargarle el muerto a Duke. Podía decir que el atado era suyo. Quizá a Beck le pareciera creíble. Quizá. Duke había disfrutado de libertad para ir adonde quisiera, ya fuera de noche o de día. Yo, en cambio, había estado encerrado o supervisado en todo momento. Y Duke ya no iba a poder defenderse. Yo, en cambio, estaría delante de Beck, hablando en voz alta, rápido y de forma persuasiva. Quizá se lo tragase.

La esperanza también la tuve en cuenta. Puede que no fuera Beck el que hubiera encontrado el atado. Puede que hubiera sido Richard mientras paseaba por las rocas. Su reacción sería impredecible. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que se lo enseñara a su padre antes que a mí. O quizá fuera Elizabeth quien lo había encontrado. A ella debían de resultarle familiares aquellas piedras. Debía de conocerlas bien, sabría sus secretos. Por una u otra razón, había pasado mucho tiempo con ellas. Y su reacción me favorecería. O eso supuse, vaya.

La lluvia fue otra de las razones por las que me quedé. Caía fría, dura e inclemente. Estaba demasiado cansado como para ponerme a caminar tres horas bajo una lluvia así. Sabía que era por debilidad, pero es que no podía mover los pies. Quería volver a la casa. Quería calentarme, comer y descansar.

El miedo a fallar fue otra de las razones. Si me marchaba en ese momento, nunca volvería, eso lo tenía claro. Y había invertido dos semanas en aquello. Había hecho progresos. Había gente que dependía de mí. En la vida, me habían dado muchas palizas, pero nunca había abandonado. Ni una sola vez. Jamás. Dejarlo sería algo que me reconcomería por dentro el resto de mis días.

«Jack Reacher, el rajado. Se largó cuando el asunto empezó a ponerse feo».

Permanecí allí, con la lluvia golpeándome la espalda, por tiempo, por estrategia, por esperanza, por el clima y por miedo al fracaso. Todas eran razones de peso que me llevaban a quedarme. Menuda lista.

Además, en la lista, arriba del todo, había una mujer.

Y no era ni Susan Duffy ni Teresa Daniel, sino una mujer de hacía mucho tiempo, de otra vida. Una mujer que se llamaba Dominique Kohl. Yo era capitán del ejército cuando la conocí. Me faltaba un año para que me ascendieran a comandante. Un día, aunque llegué temprano al despacho, encontré esperándome un montón de papeles sobre el escritorio. Si bien la mayoría era basura, entre ellos estaba la copia de la orden que asignaba a mi unidad al sargento de primera clase E-7 Kohl, D. E. Por aquel entonces, el ejército vivía una etapa en la que todas las referencias al personal tenían que ser de género neutro. A mí, aquel apellido, «Kohl», me sonaba a alemán y me imaginé a un tiarrón de Texas o de Minnesota. Me lo imaginé con las manos grandes y enrojecidas, con la cara roja también, mayor que yo, de unos treinta y cinco años, con el típico corte militar de aquella época, es decir, con el pelo al uno excepto en la parte superior. Esa misma mañana, más tarde, el

secretario me llamó por el teléfono interno para comunicarme que el soldado se presentaba al servicio. Le hice esperar diez minutos porque sí, por divertirme, y, entonces, ordené que entrara. Pero resultó que no era un hombre, sino una mujer, y que no tenía nada ni de grande ni de fea. Llevaba falda. Tenía veintinueve años. No era alta, pero era demasiado atlética como para decir que era pequeña. Y era demasiado guapa como para decir que era atlética. Era como si la hubieran moldeado de forma exquisita con el material con el que están hechas por dentro las pelotas de tenis. Resultaba elástica. Firme y suave al tiempo. Parecía que la hubieran esculpido, pero no tenía aristas. Se cuadró con fuerza frente a mi escritorio y me hizo un buen saludo. No se lo devolví, lo que fue de mala educación por mi parte. Me quedé cinco segundos mirándola.

—Descanse, sargento.

Me tendió la copia de sus órdenes y su hoja de servicios. A lo segundo lo llamábamos «chaqueta» y contenía todo lo que uno quisiera saber de ese soldado. Dejé a la sargento de pie, frente a mí, mientras leía su chaqueta, lo que fue otra falta de educación por mi parte, pero es que, en este caso, no tenía alternativa, dado que carecía de sillas para los visitantes. Por aquel entonces, el ejército solo se las proporcionaba a quienes tenían graduación de coronel o superior. Permaneció muy quieta, con las manos a la espalda, mirando a un punto indeterminado situado unos treinta centímetros por encima de mi cabeza.

Su chaqueta era impresionante. Había hecho un poco de todo y con gran éxito. Era tiradora experta y especialista en varias disciplinas. Tenía un estupendo registro de arrestos y un excelente porcentaje de casos resueltos. Era una buena líder y había ascendido rápido. Había matado a dos personas, una de ellas armada con un arma de fuego y la otra desarmada, y ambos incidentes los habían considerado justificados dos comités de investigación diferentes. Era una estrella en alza, eso estaba claro. Me di cuenta de que su traslado a mi unidad era un gran cumplido que quería hacerme algún superior.

—Me alegro de tenerla a bordo.

—Señor, gracias, señor —respondió con los ojos fijos en el espacio.

—Yo paso de esa mierda. No me da miedo que vaya usted a hacerme desaparecer porque me mire y tampoco me gusta que haya un «señor» en las frases, y mucho menos dos. ¿Entendido?

—Entendido.

Lo pillaba rápido. No volvió a llamarme «señor» nunca más en la vida.

—¿Quiere usted saltar al abismo?

Asintió.

—Por supuesto.

Abrí un cajón. Su contenido traqueteó. Saqué de él un archivo finito y se lo entregué. Ni siquiera lo miró. Lo sujetó con una mano al costado y me miró.

—Aberdeen, Maryland —le dije—. En el área de pruebas. Hay un diseñador de armas que está actuando de manera extraña. Es un chivatazo confidencial por parte de un colega al que le preocupa todo eso del espionaje. Yo creo que, en realidad, hay un chantaje de por medio. Podría tratarse de una investigación larga y delicada.

—No hay problema.

Ella era la verdadera razón por la que no cruzaba la verja abierta y desprotegida.

Por el contrario, lo que hice fue entrar en la casa y darme una larga ducha caliente. A nadie le gusta empezar una confrontación mojado y desnudo, pero a mí ya me daba igual. Supongo que estaba siendo fatalista.

«Que sea lo que tenga que ser».

Luego, me envolví en una toalla y bajé un piso en busca del dormitorio de Duke. Entré y le robé otra muda. Me vestí y me puse mis zapatos, mi chaqueta y mi abrigo. Volví a la cocina a esperar. Se estaba bien. Además, el mar aullaba de tal manera y la lluvia golpeaba las ventanas con tal fuerza que parecía que allí dentro estuviera uno aún mejor. Como en un refugio. La cocinera estaba haciéndole algo a un pollo.

—¿Tiene café hecho?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Por la cafeína.

Le miraba la nuca.

—La cafeína es lo bueno del café. En cualquier caso, el té tiene cafeína y la he visto preparando té.

—El té tiene teína.

—Y cafeína.

—Pues beba té.

Miré por la habitación. En la encimera había un taco de madera del que sobresalían en ángulo los mangos de varios cuchillos. Había botellas y vasos. Supuse que debajo del fregadero habría amoníaco. Puede que también lejía.

Suficientes armas improvisadas para un combate a corta distancia. Si Beck no tenía claro lo de disparar en una habitación abarrotada, puede que me fuera bien. Puede que consiguiera cargármelo antes de que me rozara. Solo necesitaría medio segundo.

—¿Quiere usted café? ¿Es eso lo que me está intentando decir?

—En efecto, sí.

—Pues no tiene más que pedirlo.

—¡Pero si se lo he pedido!

—No, lo que ha hecho es preguntarme si tenía café hecho, que no es lo mismo.

—¿Me haría café, por favor?

—¿Qué le ha pasado al señor Duke?

Me quedé callado unos instantes. Puede que estuviera pensando en casarse con él, como en las películas antiguas, esas en las que la cocinera se casa con el mayordomo, viven felices y comen perdices.

—Lo han matado.

—¿Anoche?

Asentí.

—En una emboscada.

—¿Dónde?

—En Connecticut.

—Bien. Ahora mismo le preparo el café.

Puso la cafetera en marcha. Me fijé de dónde lo sacaba todo. Los filtros estaban en un armario, junto a las servilletas de papel, y el café en la nevera. La cafetera era vieja y lenta. Hacía un ruido fuerte, como una garganta al tragar. Eso, junto con el ruido de la lluvia racheada al golpear las ventanas y el de las olas rompiendo contra las rocas, hizo que no oyera volver al Cadillac. Lo primero de lo que me enteré es de que alguien abría la puerta de atrás y, de pronto, Elizabeth Beck entraba de golpe, seguida de su hijo y de su marido. Se movían con esa excitación típica de quien llega de la calle a la carrera porque está lloviendo.

—Hola —me saludó Elizabeth.

Asentí. No dije nada.

—¡Café! ¡Genial! —soltó Richard.

—Hemos salido a desayunar fuera —me comentó Elizabeth—. A Old Orchard Beach. Allí hay un pequeño restaurante que nos gusta.

—Paulie ha dicho que sería mejor que no te despertásemos —me dijo Beck—. Ha dicho que anoche parecías muy cansado y se ha ofrecido a

conducir.

—Muy bien —respondí.

«¿Habrá sido Paulie quien ha encontrado el atado? ¿Se lo habrá dicho ya a Beck?».

—¿Quieres café? —me preguntó el chico.

Estaba junto a la cafetera, con dos tazas que no dejaban de golpear las unas contra las otras.

—Solo —dije—. Gracias.

Me acercó una taza. Beck se quitó la chaqueta, la sacudió allí mismo y mojó el suelo.

—Tráetelo, que tenemos que hablar —me dijo.

Se dirigió al pasillo y, cuando llegó, miró hacia atrás, como si esperase que lo siguiera. Cogí el café. Estaba caliente y humeaba. Si era necesario, podía tirárselo a la cara. Me llevó al despacho revestido de madera en el que habíamos hablado la primera noche. Como iba con la taza, me vi obligado a ir un poco más lento. Él llegó mucho antes. Cuando entré, él estaba junto a una de las ventanas, dándome la espalda, contemplando la lluvia. Se volvió, tenía una pistola en la mano. Me quedé parado. Estaba a algo más de cuatro metros de él, demasiado lejos para que lo de tirarle el café fuera a resultar efectivo. El líquido habría empezado a caer y a dispersarse en el aire mucho antes de alcanzarlo.

La pistola era una Beretta M9 Special Edition, que es una Beretta 92FS de civil diseñada de manera que parezca una M9 militar. Dispara munición de 9 milímetros Parabellum. Tiene un cargador de quince balas y una mira de tres puntos. No sabía muy bien por qué, pero recordaba con suma claridad que, en su día, tenía un precio de venta al público de 861 dólares. Había llevado una M9 durante trece años. La había disparado miles de veces en los entrenamientos y unas cuantas veces en la vida real. La mayoría de esos disparos habían impactado en el blanco escogido porque el arma es muy precisa. La mayoría de esos blancos habían quedado destruidos porque el arma es muy potente. Me había hecho un buen servicio. Incluso recordaba la charla promocional de la gente de suministros: «Tiene un retroceso muy razonable y es fácil desmontarla en acción». Habían repetido aquello como un mantra. Una y otra vez. En aquel momento supuse que había contratos en juego. Desde luego, siempre ha habido cierta controversia con el arma. Los SEAL la odian. Dicen que decenas de ellas les han explotado en la cara. Incluso compusieron una cancioncilla al respecto: «¡No serás un SEAL experimentado, hasta que acero italiano no hayas catado!». A mí, en cambio,

la M9 siempre me había funcionado muy bien. En mi opinión, es una buena arma. La que empuñaba Beck parecía completamente nueva. El acabado era imaculado. Incluso tenía aún ese brillo típico del aceite. En las miras tenía pintura luminiscente, así que relucía ligeramente en la penumbra.

Esperé.

Beck se quedó de pie, sujetando el arma. Al rato, se movió. Se puso el cañón en la mano izquierda con un golpe seco y dejó de sujetarla con la mano derecha, se apoyó en la gran mesa de roble y me la tendió, con la culata por delante, con la mano izquierda, con educación, como si fuera el dependiente de una armería.

—Espero que te guste. He pensado que te sentirías cómodo con ella. A Duke le iba lo exótico, como la Steyr, pero he dado por hecho que tú estarías más cómodo con una Beretta, ya sabes..., dado tu pasado.

Me acerqué. Dejé el café en la mesa. Cogí el arma. Saqué el cargador, comprobé la cámara, probé el mecanismo, miré por el cañón. No estaba clavada. No era un truco. Era un arma buena. Las Parabellum eran de verdad. Era totalmente nueva. Nadie la había disparado. La volví a montar y la sujeté con la diestra. Era como volver a darle la mano a un viejo amigo. La amortillé, le puse el seguro y me la metí en el bolsillo.

—Gracias.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó dos cargadores.

—Toma.

Me los tendió y los cogí.

—Ya te conseguiré más.

—Bien.

—¿Has probado alguna vez las miras láser?

Negué con la cabeza.

—Hay una empresa, Láser Devices, que fabrica una mira universal para pistola que se monta en el cañón, junto con una pequeña linterna que se coloca debajo de la mira. Es un cacharro muy de moda.

—¿Proporciona un punto rojo?

Asintió.

—A nadie le gusta que le pongan encima ese puntito. —Sonrió.

—¿Es cara?

—No mucho. Unos doscientos pavos.

—¿Cuánto peso le añade al arma?

—Ciento veinticinco gramos.

—¿Todos ellos delante?

—Lo que es toda una ayuda. Impide que el cañón se vaya hacia arriba cuando disparas. Le añade, más o menos, un trece por ciento del peso al arma. Algo más con la linterna, claro. Entre un kilo cien y un kilo trescientos en total. En cualquier caso, mucho menos que las Anacondas que llevabas. ¿Cuánto pesaban?, ¿un kilo setecientos?

—Descargadas. Cargadas pesan más. ¿Voy a recuperarlas?

—Por algún sitio las he dejado. Ya te las devolveré.

—Gracias.

—¿Quieres probar el láser?

—Me siento cómodo sin él.

Asintió.

—Como prefieras. Ahora bien, quiero la mejor protección que puedas proporcionarme.

—No se preocupe.

—Tengo que salir. Solo. Tengo una reunión.

—¿No quiere que lo lleve?

—A estas reuniones tengo que ir solo. Quédate aquí. Ya hablaremos más tarde. Por cierto, múdate al dormitorio de Duke. ¿Te parece bien? Me gusta que la seguridad esté más cerca de donde duermo.

Me metí los cargadores en el otro bolsillo.

—Me parece bien.

Salió de la habitación y volvió a la cocina.

Fue como dar una vuelta de campana, que puede dejarte atontado. Una tensión extrema y, después, una confusión extrema. Fui a la parte delantera de la casa y observé desde una de las ventanas del pasillo de entrada. Vi que el Cadillac abandonaba su lugar, bajo la lluvia, y que se dirigía hacia la verja. Se detuvo delante de ella y Paulie salió de la casita. Debían de haberlo dejado allí al volver del desayuno. Beck debía de haber conducido la última parte del trayecto. O Richard. O Elizabeth. El gigante abrió la verja. El Cadillac salió, bajo la lluvia, entre la niebla. El gigante cerró la verja. Llevaba un chubasquero del tamaño de una carpa de circo.

Me sacudí, me giré y fui a buscar a Richard. El muchacho tenía ese tipo de ojos ingenuos que no saben esconder nada. Todavía estaba en la cocina, bebiendo café.

—¿Has salido a pasear esta mañana? —le pregunté.

Le interpele con aire inocente y amistoso, como si solo quisiera hablar. Si me escondía algo, yo me daría cuenta. Se pondría rojo, miraría hacia otro lado, tartamudearía, movería los pies. Pero no hizo nada de eso. Estaba relajadísimo. Me miró sorprendido.

—¿Estás de broma? ¿Has visto el tiempo que hace?

Asentí.

—Sí, malo de narices.

—Voy a dejar la universidad.

—¿¡Por qué!?

—Por lo de anoche. Por lo de la emboscada. Los de Connecticut siguen por ahí. No es seguro que vuelva. Me quedaré aquí un tiempo.

—¿Te parece bien a ti?

Asintió.

—En general, estaba perdiendo el tiempo.

Miré hacia otro lado.

«La ley de las consecuencias imprevistas».

Acababa de cargarme la educación de una persona. Puede que le hubiera arruinado la vida. Aunque, claro, también estaba a punto de enviar a la cárcel a su padre. O de matarlo. Comparado con eso, una carrera de Bellas Artes no es gran cosa.

Fui a buscar a Elizabeth Beck. Descubrir si había sido ella la que había encontrado el atado resultaría más difícil. Pensé en cómo abordar el tema, pero no se me ocurrió nada que me asegurase el éxito. La encontré en una sala que había en un rincón de la zona noroeste de la casa. Estaba sentada en un sillón con un libro abierto en el regazo. *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak. Edición de bolsillo. Yo había visto la película. Me acordaba de Julie Christie y de la música. El *Tema de Lara*. Viajes en tren. Y mucha nieve. Alguna mujer me llevó a verla.

—No es usted.

—¿El qué no soy yo?

—El espía del gobierno.

Respiré aliviado. No diría aquello si hubiera sido ella la que había encontrado el atado.

—Pues no, no lo soy. Su esposo acaba de darme una pistola.

—No es usted lo bastante listo como para ser espía del gobierno.

—Ah, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Richard estaba desesperado por tomar un café. Ahora, nada más llegar.

—¿Y?

—¿Cree que sería así si acabáramos de desayunar? Habría tomado tanto café como quisiera, ¿no le parece?

—Entonces ¿adónde han ido?

—Nos ha convocado a una reunión.

—¿Quién?

Negó con la cabeza. Como si no fuera capaz de pronunciar el nombre.

—Paulie no se ha ofrecido para llevarnos. El que ha convocado la reunión le ha ordenado que nos llevara. Richard ha tenido que esperar en el coche.

—¿Y usted ha entrado?

Asintió.

—Tiene a un tipo que se llama Troy —dijo.

—Un nombre estúpido.

—Pero es un tipo muy inteligente. Es joven. Y muy bueno con los ordenadores. Creo que es un pirata informático de esos.

—¿Y?

—Ha conseguido acceso parcial a uno de los sistemas del gobierno, a uno de los de Washington. Ha descubierto que habían colado a un agente federal aquí. Encubierto. Al principio, han dado por hecho que era usted. Luego, cuando han investigado un poco más, han visto que era una mujer y que llevaba aquí semanas.

La miré. No entendía nada.

«Lo de Teresa Daniel no era oficial. Los ordenadores del gobierno no saben nada de ella».

Entonces me acordé del portátil de Duffy, el del escudo del Departamento de Justicia en el salvapantallas. El cable del módem iba por el escritorio, entraba en el complejo adaptador de la pared, donde se conectaba con todos los demás ordenadores del mundo. ¿Habría estado la agente recopilando informes privados para uso particular? ¿Para justificarse más adelante?

—No quiero ni pensar lo que van a hacerle... a una mujer —dijo Elizabeth.

Se estremeció y miró hacia otro lado. Salí al pasillo. Me detuve. No había coches. Y tenía veinticinco kilómetros por delante antes de llegar a algún lado. Tres horas caminando a paso rápido. Dos horas corriendo.

—Olvídelo —me advirtió Elizabeth—. No tiene que ver con usted.

Me di la vuelta y me quedé mirándola.

—Olvídelo —insistió—. Lo estarán haciendo en estos momentos. Pronto habrán acabado.

La segunda vez que vi a la sargento de primera clase Dominique Kohl fue el tercer día que trabajaba para mí. Llevaba los pantalones de campaña verdes y una camiseta caqui. Hacía muchísimo calor. Lo recuerdo bien. Estábamos sufriendo una fortísima ola de calor. Tenía los brazos bronceados, con ese tipo de piel que parece polvorienta con el calor. No estaba sudando. La camiseta le quedaba estupendamente. Llevaba las insignias en ella: KOHL a la derecha y EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS a la izquierda, ambas un poco elevadas por la curva de los pechos. Traía el archivo del caso que le había asignado. Había incluido sus notas, así que, ahora, era un poco más grueso.

—Voy a necesitar un compañero —me dijo.

Me sentí un poco culpable. Era su tercer día y ni siquiera le había asignado compañero. Me pregunté si le habría asignado escritorio. O taquilla. O dormitorio.

—¿Ha conocido ya a un tal Frasconi?

—¿A Tony? Lo conocí ayer, pero es teniente.

Me encogí de hombros.

—No tengo inconveniente en que los oficiales y los suboficiales trabajen juntos. No existe regulación alguna al respecto. Y, además, si la hubiera, la ignoraría. ¿Le supone a usted algún problema?

Negó con la cabeza.

—Pero puede que a él sí.

—¿A Frasconi? No, no se lo supondrá.

—¿Se lo dirá usted?

—Por supuesto.

Lo anoté en un papelito: «Frasconi, Kohl, compañeros». Lo subrayé dos veces. Luego, le señalé los papeles que llevaba.

—Dígame, ¿qué tiene?

—Buenas y malas noticias. Las malas son que el sistema que tenían para firmar la salida de documentación secreta se ha ido a hacer puñetas. Podría ser ineficacia rutinaria, pero es más probable que hayan comprometido la seguridad de forma deliberada para que pasáramos por alto otros temas que no deberían estar ocurriendo.

—¿Quién es el tipo en cuestión?

—Un cerebritito que se apellida Gorowski. El Tío Sam lo reclutó directamente del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Un buen chico, por lo que parece. Se supone que es muy inteligente.

—¿Ruso?

Negó con la cabeza.

—Polaco, pero de hace muchísimo tiempo. Ni siquiera hay pistas de la ideología que podría tener.

—¿Era seguidor de los Red Sox en Massachusetts?

—¿Por qué?

—Porque los seguidores de los Red Sox son todos muy raros. Compruébelo.

—Lo más probable es que sea un chantaje.

—Bueno, ¿cuál es la buena noticia?

Abrió la carpeta.

—En lo que están trabajando es, en pocas palabras, una especie de misil pequeño.

—¿Y con quién están trabajando?

—Con Honeywell y con la Corporación General de Defensa.

—¿Y?

—El misil tiene que ser estrecho, por lo que va a ser de subcalibre. Los tanques tienen cañones de ciento veinte milímetros, pero el cacharro va a ser más pequeño.

—¿Cuánto?

—Nadie lo sabe aún, pero ya están trabajando en el diseño del sabot. El sabot es una especie de recubrimiento que rodea el cacharro para que adquiera el diámetro necesario.

—Sé lo que es un sabot.

Pasó de mi comentario.

—Será un sabot descartable, lo que significa que se deshace y se cae en cuanto el proyectil sale por la boca del arma. Están intentando determinar si debería ser de metal o de plástico. «Sabot» significa «bota». Es francés. Es como si el misil empezara llevando una bota.

—Lo sé. Hablo francés. Mi madre era francesa.

—Como «sabotaje», que viene de las antiguas disputas laborales francesas. En un primer momento, significaba «destruir maquinaria nueva a patadas».

—Con las botas.

Asintió.

—Sí, así es.

—Entonces ¿cuál es la buena noticia?

—El diseño del sabot no le va a decir nada a nadie. Nada importante, al menos. Solo es un sabot. Así que tenemos mucho tiempo.

—De acuerdo, pero quiero que sea su prioridad. Trabaje con Frasconi. Le caerá bien.

—¿Quiere que tomemos una cerveza más tarde?

—¿Usted y yo?

Me miró a los ojos.

—Si oficiales y suboficiales pueden trabajar juntos, deberían poder tomarse una cerveza juntos, ¿no?

—De acuerdo.

Según las fotos que había visto de Teresa Daniel, Dominique Kohl y ella no se parecían en nada. Sin embargo, en la cabeza se me mezclaban las caras de ambas mujeres. Dejé a Elizabeth Beck con su libro y me dirigí al que había sido mi dormitorio. Allí me sentía más aislado. Más a salvo. Me encerré en el cuarto de baño y me quité el zapato. Abrí la tapa, saqué el emisor y lo encendí. Tenía un mensaje de Duffy: «No hay actividad en el almacén. ¿Qué están haciendo?».

No contesté, pulsé NUEVO MENSAJE y tecleé: «Hemos perdido a Teresa Daniel».

Cinco palabras, veinticinco letras, cuatro espacios. Me quedé mirándolos un buen rato. Puse el dedo en el botón ENVIAR, pero no llegué a pulsarlo. Lo que hice fue pulsar el botón BORRAR y el mensaje fue desapareciendo de derecha a izquierda. El diminuto cursor fue devorándolo. Enviaría el mensaje cuando tuviera que hacerlo. Cuando estuviera seguro de que lo que había sucedido.

Por el contrario, le envié: «Cabe la posibilidad de que hayan entrado en tu portátil».

Tuve que esperar más de lo habitual. Mucho más de los noventa segundos a los que estaba acostumbrado. Por un momento creí que no iba a responder, que quizá estuviera arrancando los cables de la pared a tirones. Aunque lo más probable era que estuviera saliendo de la ducha o algo así, porque unos cuatro minutos después recibí un sencillo: «¿Por qué?».

Le envié: «Me han hablado de un pirata informático con acceso parcial a los sistemas del gobierno».

Me envió: «¿Ordenadores centrales o LAN?».

No tenía ni idea de lo que me estaba preguntando. Le envié: «No lo sé».

Me preguntó: «¿Detalles?».

Le envié: «Acaban de comentármelo. ¿Tienes contraseña en el portátil?».

Me envió: «¡Joder, no!».

Le envié: «¿De ningún tipo?».

Me envió: «¡Joder, no!».

Le envié: «¿Y Eliot?».

Otra espera de cuatro minutos. Luego, recibí: «Creo que no».

Le pregunté: «¿Lo crees o lo sabes?».

Me envió: «Lo creo».

Me quedé mirando las baldosas de la pared. Respiré hondo.

«Eliot ha matado a Teresa Daniel».

Era la única explicación. Resoplé. O quizá no. Quizá no fuera así. Le envié: «¿Son vulnerables estos correos electrónicos?».

Llevábamos sesenta horas manteniendo contacto por correo electrónico sin ningún pudor y sin descanso. Me había pedido que le contara noticias de su agente. Yo le había preguntado el nombre real de esta y lo había hecho sin esconder cuál era su género. Puede que fuera yo el que había matado a Teresa Daniel.

Contuve el aliento hasta que Duffy me respondió: «Nuestros correos electrónicos están encriptados. Técnicamente, se pueden ver como código, pero no se pueden leer».

Respiré y le envié: «¿Estás segura?».

Me envió: «Del todo».

Le envié: «¿Qué tipo de encriptación?».

Me envió: «Es un proyecto de mil millones de dólares de la ASN».

Eso me animó, aunque solo un poco. Algunos de los proyectos de mil millones de dólares de la Agencia de Seguridad Nacional han salido publicados en el *Washington Post* antes incluso de que estén terminados. La libertad de prensa estropea más vidas que ninguna otra cosa del mundo.

Le envié: «Confirma con Eliot lo de la contraseña del ordenador».

Me envió: «Enseguida. ¿Algún avance?».

Teclé: «Ninguno».

Pero lo borré y le envié: «Pronto». Pensé que eso haría que se sintiera un poco mejor.

Volví a la planta baja, al pasillo de entrada. La puerta de la sala en la que Elizabeth Beck leía estaba abierta. La mujer aún estaba en el sillón. *Doctor Zhivago* descansaba boca abajo en su regazo mientras ella miraba cómo llovía por la ventana. Abrí la puerta principal y salí. El detector de metales pitó por la Beretta que llevaba en el bolsillo. Cerré la puerta, bajé las escaleras hasta la entrada y cogí el camino. La lluvia me pegaba con fuerza en la espalda. Me golpeaba en el pecho. Pero el viento me ayudaba. Me empujaba hacia el oeste, directo hacia la verja. Me sentía ligero. Volver iba a ser más complicado, porque caminaría en contra del viento. Si es que aún podía caminar, claro.

Paulie me vio llegar. Debía de haber estado todo el rato acuclillado dentro del pequeño edificio, acechando, de la ventana de delante a la de atrás, observando, como un animal inquieto en su guarida. Salió con aquel chubasquero suyo. Tenía que agachar la cabeza y ponerse un poco de lado para salir por la puerta. Se quedó de espaldas a la casa allí donde el alero era más bajo. Sin embargo, el alero no le resguardaba porque llovía en horizontal, con fuerza, con estrépito. La lluvia le caía por la cara y parecía que sudara a chorros. No llevaba sombrero. Tenía el pelo pegado a la frente. El agua se lo había oscurecido.

Yo llevaba ambas manos en los bolsillos y la cabeza enterrada en los hombros y hacia delante, con la cara protegida por el cuello del abrigo. Con la mano derecha empuñaba la Beretta. Tenía el seguro quitado, pero no quería dispararla. Si lo hacía tendría que dar explicaciones muy complicadas y, además, solo conseguiría que reemplazaran al gigante, y no quería que lo reemplazaran hasta que yo no estuviera listo. Así que no quería disparar la Beretta. Ahora bien, estaba preparado para hacerlo.

Me detuve a dos metros de él. Fuera de su alcance.

—Tenemos que hablar —le dije.

—No quiero hablar.

—¿Prefieres echar un pulso?

Tenía los ojos de color azul pálido y las pupilas, pequeñas. Su desayuno debía de haber consistido en cápsulas y polvos.

—¿De qué quieres hablar?

—De la nueva situación.

No dijo nada.

—¿Cuál es tu ELM?

Lo de ELM es un acrónimo del ejército. Al ejército le encantan los acrónimos. Significa Especialidad Laboral Militar. Y había utilizado el

presente. «Cuál es», no «cuál era». Quería llevarlo de vuelta allí, directo, sin pasar por la casilla de salida. Ser exmilitar es como ser católico no practicante: por muy atrás que los hayas dejado, los viejos rituales aún ejercen un poderoso efecto sobre ti. Viejos rituales, como el de obedecer a un oficial.

—Once Bang Bang —respondió con una sonrisa.

No era una gran respuesta. Lo de «Once Bang Bang» era la manera coloquial de los machacas de decir «11B», que significaba «11 Bravo, Infantería», lo que, a su vez, significaba «Combate Armado». Si algún día tenía que volver a enfrentarme a un gigante de ciento ochenta kilos con las venas llenas de metanfetaminas y esteroides, ojalá su ELM fuera Mantenimiento Mecánico o Administración, y no Combate Armado. En especial, si al gigante de ciento ochenta kilos no le gustaban los oficiales y había pasado ocho años en Fort Leavenworth por pegar a uno.

—Entremos, que llueve mucho.

Lo dije con ese tono que aprendes a emplear cuando te han ascendido más allá de capitán. Es un tono razonable, casi conversador. No es el mismo tono que utilizas cuando eres teniente. Es una sugerencia, pero también es una orden. Está cargado de inclusión. Suena a: «Oye, no somos más que dos colegas. No hace falta que las formalidades del rango se interpongan entre nosotros, ¿verdad?».

Se me quedó mirando un buen rato. Luego, se dio la vuelta y entró por la puerta deslizándose de lado. Pegó la barbilla al pecho para no golpearse la cabeza. Dentro, el techo estaría por los dos metros quince. A mí me resultaba bajo. Él, casi lo rozaba con la coronilla. Mantuve las manos en los bolsillos. El agua de su chubasquero caía al suelo.

La casita apestaba. Era un olor acre, como a animal. Como de visón. Olía a suciedad. Había una pequeña sala con una cocina abierta. Más allá de la cocina se veía un pasillo con un cuarto de baño a medio camino y un dormitorio al fondo. Eso era todo. Era más pequeña que un apartamento de la ciudad, pero estaba preparada para que pareciera una casa en miniatura. Todo estaba desordenado y sucio. Platos sin lavar en el fregadero. Platos y vasos usados y ropa de deporte por todo el salón. Había un sofá enfocado a una televisión muy nueva. El sofá se había ido estropeando por el peso de aquel gigante. Había botes de píldoras en las baldas, en las mesas. Por todos lados. Algunos eran de vitaminas, pero no muchos.

En la sala había una ametralladora. La vieja NSV soviética. El arma debería haber estado montada en la torreta de un tanque, pero Paulie la tenía suspendida de una cadena en mitad de la habitación. Colgaba como si fuera

una escultura macabra. Como el móvil de Alexander Calder que ponían en todas las terminales de aeropuerto nuevas. Podía situarse detrás de ella y girarla en un círculo completo, para dispararla por la ventana delantera o por la trasera, como si fueran troneras. El campo de tiro era limitado, pero alcanzaba a cubrir cuarenta metros del camino en dirección este. La tenía alimentada con un cinturón que salía de una caja de munición abierta que había en el suelo. Contra la pared debía de tener veinte cajas más. Las cajas eran de un apagado color verde oliva y estaban cubiertas de texto en cirílico y de estrellas rojas.

El arma era tan grande que tuve que pegarme a la pared para rodearla. Vi dos teléfonos. Era probable que uno de ellos fuera una línea exterior. El otro puede que fuera un teléfono interno que comunicaba con la casa. Había dos cajas de alarmas en la pared. Una para los sensores que había en tierra de nadie. La otra, para los detectores de movimiento de la verja. En un monitor de vídeo se veía una imagen lechosa y monocroma de la cámara de la verja.

—Me pegaste una patada.

No dije nada.

—Intentaste atropellarme.

—Disparos de aviso.

—¿De qué me avisas?

—Duke ya no está.

Asintió.

—Eso he oído.

—Ahora estoy yo. Tú tienes la verja, yo tengo la casa.

Asintió de nuevo. No dijo nada.

—Ahora, yo cuido de los Beck. Soy el responsable de su seguridad. El señor Beck confía en mí. Confía tanto en mí que me ha dado un arma.

No dejaba de mirarlo mientras hablaba. Lo miraba de esa manera que hace que sientas una presión entre los ojos. Aquel era el momento en que las metanfetaminas y los esteroides entraban en escena y le llevaban a esbozar una sonrisa bobalicona y a decir: «Pues no va a confiar tanto en ti cuando le cuente lo que he encontrado entre las rocas. Cuando le cuente que ya tenías un arma». Cambiaría el peso de un pie a otro, sonreiría y pondría un tono cantarín. Pero no dijo nada. No hizo nada. No reaccionó, excepto por un ligero desenfoque de los ojos, como si le estuviera costando cierto esfuerzo determinar qué implicaba aquello.

—¿Entendido? —dije.

—Antes estaba Duke y ahora estás tú. —Soltó la frase con tono neutro.

No era él quien había encontrado mi atado.

—Voy a cuidar de su bienestar. Incluido el de la señora Beck. Así que el jueguito se ha acabado. ¿Entendido?

No dijo nada. Estaba empezando a dolerme el cuello de forzarlo para mirarle a los ojos. Mis vértebras están mucho más acostumbradas a mirar hacia abajo cuando hablo con la gente.

—¿Entendido? —repetí.

—¿O qué?

—O tú y yo tendremos que vernos las caras.

—Eso me encantaría.

Negué con la cabeza.

—No, no te encantaría. No te encantaría lo más mínimo, porque te haría pedacitos muy muy pequeños.

—¿Tú crees?

—¿Le pegaste alguna vez a un policía militar cuando estabas en el ejército?

No respondió. Apartó la mirada y se mantuvo en silencio. Era muy probable que estuviera recordando su arresto. Seguro que se había resistido un poco y que habían tenido que reducirlo. Por tanto, era muy probable que se tropezara al bajar algunas escaleras y que se hiciera mucho daño. Probablemente, en algún punto entre el escenario del crimen y el calabozo. Un accidente, nada más. Porque, claro, esas cosas pasan en ciertas circunstancias. Era probable que el oficial responsable del arresto hubiera enviado a seis policías militares. Yo habría enviado ocho.

—Y, después, te despedirá —seguí.

Sus ojos volvieron de dondequiera que hubieran estado. Lo hicieron despacio y como con pereza.

—No puedes despedirme. No trabajo para ti. Y tampoco trabajo para Beck.

—Entonces ¿para quién trabajas?

—Para uno.

—¿Y tiene nombre ese uno?

Se encogió de hombros.

—Ni zorra.

Seguí con las manos en los bolsillos y empecé a rodear de nuevo la ametralladora, pero camino de la puerta.

—¿Estamos en paz? —le pregunté.

Se me quedó mirando. No dijo nada. Pero estaba tranquilo. Debía de haber acertado con las dosis de la mañana.

—La señora Beck ya no está en tu radio de acción, ¿entendido?

—Mientras tú estés aquí. Pero no vas a estar aquí para siempre.

«Eso espero».

Sonó un teléfono. Supuse que era la línea exterior. Dudaba que Elizabeth o Richard, que estaban en la casa, fueran a llamarlo. Los timbrazos sonaban muy fuerte en aquel silencio. Cogió la llamada y respondió con su nombre. Luego, se limitó a escuchar. Oí una voz al otro lado, distante, con picos y resonancias de plástico que oscurecían lo que estaba diciendo. La voz no estuvo hablando ni un minuto. Luego, la llamada terminó. Paulie colgó el teléfono y, después, con delicadeza, adelantó la mano y, con la palma, hizo girar la ametralladora sobre su eje. Me di cuenta de que era una imitación consciente de lo que había hecho yo con el saco de boxeo del gimnasio aquella primera mañana. Me sonrió.

—Voy a estar vigilándote —me dijo—. Voy a estar vigilándote todo el rato.

Pasé de él, abrí la puerta y me fui. La lluvia me golpeó como si me la enchufaran con una manguera. Me incliné hacia delante y caminé directo a ella. Contuve la respiración y sentí un cosquilleo en la espalda hasta que salí de los cuarenta metros del radio de acción que tenía la ametralladora por la ventana de atrás. Luego, respiré.

Ni Beck, ni Elizabeth, ni Richard. Y Paulie tampoco.

«Ni zorra».

Dominique Kohl me había soltado eso de «Ni zorra» la noche en la que habíamos salido a tomar una cerveza. Tuve que posponer nuestra primera cerveza por culpa de un suceso inesperado. Luego, fue ella la que tuvo que posponer lo que, para mí, era una cita encubierta. Así que pasó cosa de una semana hasta que tomamos aquella cerveza. Puede que ocho días. Dado que los clubes tenían una segregación muy rigurosa, en la base era prácticamente imposible que los sargentos bebieran con los capitanes, por lo que salimos a un bar del pueblo. Era un garito al uso, largo y bajo, con ocho mesas de billar, mucha gente, mucho neón, mucho ruido de la máquina de discos, mucho humo. Aún hacía mucho calor. Los aires acondicionados funcionaban a toda potencia pero no servían de nada. Yo llevaba pantalones de campaña y una camiseta vieja porque no tenía ropa propia. Kohl llegó con un vestido. Era un

sencillo vestido acampanado, sin mangas, por la rodilla, negro, con unos pocos topos blancos. Topos muy pequeños. No como esos vestidos de lunares exagerados. Era un patrón muy fino.

—¿Qué tal lo está llevando Frasconi? —le pregunté.

—¿Tony? Es un buen tío.

No dijo nada más de él. Pedimos unas Rolling Rocks, lo que me pareció estupendo porque esa cerveza era mi bebida favorita aquel verano. Había tanto ruido que se me tenía que acercar mucho para que la oyera. Me encantaba aquella proximidad. En cualquier caso, no me hacía ilusiones. Eran los decibelios lo que la estaban llevando a acercarse, nada más. Además, tampoco iba a intentar nada con ella. No había razón formal alguna para que no lo hiciera, aunque supongo que, por aquel entonces, ya había reglas, si bien no había regulaciones. La noción del acoso sexual estaba entrando poco a poco en el ejército, pero entendía a la perfección la injusticia que suponía. Aunque, a decir verdad, yo no hubiera podido ni ayudarla ni perjudicarla en su carrera. Su chaqueta dejaba claro que iba a llegar a sargento de segunda y a sargento de primera. Eso era tan de cajón como que después del día viene la noche. Solo era cuestión de tiempo. Y, después, llegaría el salto a sargento mayor, a E-9. Eso también estaba a su alcance. Aunque, claro, después de eso, tendría un problema. Después del sargento mayor viene el sargento mayor al mando, y de esos solo hay uno por regimiento. Y, después, viene el sargento mayor del ejército, y de esos solo hay uno, y punto. Así que ascendería a E-9 y, allí, se estancaría, dijera yo lo que dijera.

—Tenemos un problema táctico —me dijo—. O puede que estratégico.

—¿Por qué?

—¿Se acuerda de Gorowski, el cerebritito? Pues creemos que no lo están chantajeando por algún secreto importante que tenga, o por algo así. Creemos que están amenazando a su familia. Extorsión, más que chantaje.

—Y, eso, ¿por qué lo dice?

—Su expediente está más limpio que una patena. En su día, comprobaron su pasado del derecho y del revés. Por eso lo hacen, para evitar que los chantajeen.

—¿Es seguidor de los Red Sox?

Negó con la cabeza.

—De los Yankees. Es del Bronx. Cursó el bachillerato científico allí, en un instituto especializado.

—Vale. Empieza a caerme bien.

—Pero todo indica que deberíamos detenerlo de inmediato.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

—Está sacando papeles del laboratorio.

—¿Siguen con lo del sabot?

Asintió.

—Aunque podrían publicar el diseño del sabot en *Stars and Stripes*, que no le diría nada a nadie. Así que la situación no es crítica todavía.

—¿Qué hace con los papeles?

—Los entrega en Baltimore.

—¿Sabe quién los recoge?

Negó con la cabeza.

—Ni zorra.

—¿Qué opina del cerebritito?

—No quiero detenerle. Creo que a él deberíamos dejarlo en paz y arrestar al que esté detrás del asunto. Tiene dos niñas pequeñas.

—¿Qué opina Frasoni?

—Está de acuerdo.

—¿En serio?

Sonrió.

—Bueno, lo estará —dijo—. Aunque el reglamento no dice lo mismo.

—Olvídese del reglamento.

—¿De verdad?

—Es una orden directa. Si quiere, lo pondré por escrito. Siga su instinto. Siga la cadena hasta que llegue al otro lado. Siempre que podamos, le evitaremos problemas al tal Gorowski. Así es como suelo comportarme con los seguidores de los Yankees. Pero que no se le escape.

—No, no se me escapará.

—Resuélvalo antes de que hayan conseguido lo del sabot o tendremos que pensar en otra forma de liquidar el asunto.

—De acuerdo.

Después, hablamos de otros temas y bebimos un par de cervezas más. Una hora más tarde, alguien puso algo decente en la máquina de discos y le pregunté si quería bailar. Aquella fue la segunda vez que me dijo que no tenía «ni zorra». Más tarde pensé en aquella expresión. No sabía de dónde provenía, pero estaba claro que ella la tenía interiorizada. Como si fuera un árbitro de béisbol que gritara «¡Ni zorra!» para determinar que un lanzador había tirado una pelota mala. Así, poco a poco, habría ido convirtiéndose en una negativa más como «no sé», «ni idea» o algo por el estilo. Ahora bien, hasta qué punto etimológico de la expresión estaría retrotrayéndose ella.

¿Sería un sencillo «no» o estaría pitando una falta, como un árbitro? No lo tenía claro.

Cuando llegué a la casa estaba empapado, así que subí a la habitación de Duke, tomé posesión de ella, me sequé con una toalla y me vestí con una nueva muda. La habitación estaba en la fachada principal de la casa, podría decirse que hacia el centro. La ventana daba al oeste y por ella veía el camino hasta la verja. Gracias a la elevación, veía también por encima del muro. Se acercaba un Lincoln Town Car a lo lejos. Venía directo hacia nosotros. Era negro. Llevaba las luces encendidas; lo normal con el día que hacía. Paulie salió con aquel chubasquero suyo y abrió la verja con mucha antelación para que el coche no tuviera que detenerse. El coche cruzó a buena velocidad. Llevaba el parabrisas mojado y manchado y los limpiaparabrisas se movían a derecha e izquierda sin descanso. Paulie había estado esperando aquel coche. La llamada telefónica había sido un aviso. Me quedé observando cómo el Lincoln se iba aproximando a la casa hasta que la perspectiva me impidió verlo. Entonces me di la vuelta.

La habitación de Duke era cuadrada, sencilla, como la mayoría de las habitaciones de la casa. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y en el suelo había una alfombra persa grande. Tenía una televisión y dos teléfonos. Externo e interno, supuse. Las sábanas estaban limpias y no había objetos personales de ningún tipo, exceptuando la ropa que había en el armario. Pensé que quizá Beck hubiera avisado a la chica de servicio del cambio que iba a haber. Seguro que le había dicho que me dejase la ropa.

Volví a la ventana y, unos cinco minutos después, vi que Beck regresaba en el Cadillac. Paulie también estaba preparado para su llegada. El enorme coche apenas tuvo que detenerse. Luego, el gigante cerró la verja, echó la llave y encadenó los barrotes. La verja estaba a unos cien metros de la casa, pero di por hecho que eso era lo que estaba haciendo. El Cadillac también desapareció de mi vista cuando se acercó a la casa y se dirigió a la entrada. Decidí bajar. Pensé que, dado que Beck había vuelto, quizá fuera hora de comer. Quizá Paulie hubiera encadenado la puerta porque iba a comer con nosotros.

Pero me equivocaba.

Llegué al pasillo de entrada y allí me encontré con Beck, que venía de la cocina. La lluvia le había moteado el abrigo. Me estaba buscando. Llevaba

una bolsa de deporte en la mano. Era la misma bolsa en la que había llevado las armas a Connecticut.

—Tenemos trabajo. Ahora mismo. Hay que aprovechar la marea.

—¿En dónde?

Siguió caminando. Giró la cabeza y me dijo:

—Eso te lo dirá el que va en el Lincoln.

Crucé la cocina y salí por la puerta de atrás. El detector de metales pitó. Salí a la lluvia y me encaminé al garaje, pero el Lincoln estaba aparcado allí mismo, en la esquina de la casa. Estaba dado la vuelta, de manera que era su maletero lo que miraba al mar. En el asiento del conductor había un tipo. Seguía en el coche para refugiarse de la lluvia. Estaba impaciente. Daba golpecitos en el volante con los pulgares. Me vio por el retrovisor, abrió el maletero, abrió su puerta y salió a todo correr.

Parecía alguien sacado de un parque para casas rodantes y al que le hubieran puesto un traje. Tenía una perilla canosa que escondía un mentón retrasado y llevaba también una coleta hecha con una goma de pelo de color rosa. Rosa y con purpurina. Era la típica goma de pelo que se ve en los expositores de las farmacias o de las droguerías, en esos situados a la altura de las niñas para que puedan elegir. Tenía viejas marcas de acné y tatuajes carcelarios en el cuello. Era alto y muy delgado, como si fuera la mitad de una persona normal partida en dos longitudinalmente.

—¿Eres el nuevo Duke?

—Sí, soy el nuevo Duke.

—Me llamo Harley.

No le dije mi nombre.

—Venga, vamos —dijo.

—¿Adónde?

Se acercó al maletero y levantó la puerta hasta arriba.

—Tenemos que tirar la basura.

En el maletero había una bolsa para cadáveres que parecía del ejército. Una de esas pesadas bolsas de plástico negro con la cremallera cerrada del todo. Por la manera en que estaba doblada, me pareció que contendría una persona pequeña. Una mujer, lo más probable.

—¿Quién es? —pregunté a pesar de que ya lo sabía.

—La zorra esa del gobierno. Hemos tardado pero, al final, la hemos pillado.

Se agachó y cogió la bolsa por un extremo. Agarraba las dos puntas de su lado. Me estaba esperando. Me quedé quieto. Sentía la lluvia en el cuello y

oía cómo golpeaba y estallaba contra la goma de la bolsa de cadáveres.

—Venga, tío, que hay que aprovechar la marea. Venga, antes de que cambie.

Me agaché y cogí las puntas de mi lado. Nos miramos para coordinar los esfuerzos. Levantamos la bolsa y la sacamos.

No es que pesara mucho, pero era complicado moverla. Además, Harley no tenía mucha fuerza. La transportamos unos cuantos pasos en dirección a la costa.

—Déjala en el suelo —le dije.

—¿Por qué?

—Quiero verla.

Harley se quedó parado.

—No, no creo que quieras.

—Déjala en el suelo.

Dudó un segundo más, pero nos agachamos al mismo tiempo y dejamos la bolsa sobre las rocas. El cadáver se acomodó a ellas con la espalda arqueada hacia arriba. Permanecí acucillado y caminé en esa misma posición hasta la cabeza. Cogí el tirador de la cremallera y tiré.

—Mira solo la cara. Eso no está tan mal —me recomendó Harley.

Miré. Estaba muy mal. Había muerto entre grandes sufrimientos, eso estaba claro. Tenía la cara descompuesta de dolor. De hecho, aún estaba retorcida con la forma que había adquirido para pegar el último alarido.

Pero no era la cara de Teresa Daniel.

Era la de la chica de servicio. La irlandesa.

Bajé la cremallera unos centímetros más, hasta que vi la misma mutilación que había visto hacía diez años. Me detuve. Giré la cabeza y cerré los ojos. El agua de lluvia que me corría por la cara parecían lágrimas.

—Venga, vamos a ello —me apremió Harley.

Abrí los ojos. Me quedé mirando las olas. Subí la cremallera sin mirar. Me puse de pie despacio y me situé en la parte de los pies de la bolsa. Harley me esperó. Entonces, cada uno cogió sus dos puntas y levantamos la bolsa. Llevamos la carga por encima de las rocas. Harley me guio en dirección sudeste, hasta un punto de la orilla en el que dos piedras lisas de granito se topaban. Entre ambas había un hueco en forma de uve, un hueco que estaba lleno de agua que no dejaba de moverse.

—Espera hasta que venga una ola grande —me dijo Harley.

La ola en cuestión llegó acompañada de gran estruendo y Harley y yo agachamos la cabeza para protegernos de la espuma que había saltado. El hueco se llenó hasta arriba y el agua tapó las rocas y casi nos alcanzó los zapatos. Entonces, el agua retrocedió y el hueco quedó vacío. La gravilla traqueteaba y se perdía por entre las rocas. La superficie del mar estaba tan llena de espuma gris y tan picada por la lluvia que parecía que fuera vestida de encaje.

—Venga, déjala en el suelo —me ordenó Harley, que estaba sin resuello—. Pero no sueltes tu lado.

Bajamos la bolsa de forma que la parte de la cabeza quedara colgando sobre las losas de granito, enfocada al hueco. La cremallera estaba hacia arriba. El cadáver estaba de espaldas. Yo sujetaba las dos puntas de los pies. La lluvia me pegaba el pelo a la cabeza y se me metía en los ojos. Me picaban. Harley se acuclilló y empezó a tirar de la bolsa hacia el hueco. Yo fui acompañando el movimiento, centímetro a centímetro, dando pasos cortos sobre aquellas piedras resbaladizas. Entró una nueva ola y formó un remolino debajo de la bolsa que hizo que esta se elevara un poco. Harley aprovechó la

ayuda que le proporcionaba la flotabilidad temporal para arrastrar el cadáver un poco más hacia el mar. Me moví con él. El agua empezó a irse, hasta que el hueco volvió a quedar vacío. La bolsa colgaba dentro del hueco. La lluvia golpeaba el plástico duro con fuerza. Nos golpeaba la espalda con fuerza. Hacía un frío tremendo.

Harley fue valiéndose de las cinco siguientes olas para ir dejando caer la bolsa más y más, hasta que llegó un momento en que esta colgaba por completo dentro del hueco. Ahora, solo yo la sujetaba. Solo por el plástico. La gravedad había empujado el cadáver hacia el fondo de la bolsa. Harley esperaba. Miraba el mar. En un momento dado, se agachó y descorrió la cremallera. Se puso de pie a toda prisa y cogió una de mis esquinas. Sujetó con fuerza. La séptima ola llegó bramando. Su espuma nos empapó. El hueco se llenó, la bolsa se llenó y, entonces, la gran ola se marchó y, al retirarse, sacó el cadáver de la bolsa. La mujer asesinada se quedó flotando, inmóvil durante apenas un segundo, y, después, la resaca se apoderó de ella y se la llevó. Fue directa al fondo, a las profundidades. Vi un pelo largo y rubio que dejaba un rastro en el agua y una piel pálida que parecía de color verde y gris y, de pronto, el cadáver había desaparecido. La espuma que quedaba en el hueco lo tiñó de rojo hasta que fue desapareciendo entre las rendijas.

—Aquí hay una resaca de la hostia —me comentó Harley.

No dije nada.

—Se los lleva de golpe. Desde luego, nunca ha vuelto ninguno. Los arrastra dos o tres kilómetros, cada vez más y más profundo. Por allí hay tiburones. Bueno, creo, porque, a veces, desde luego, se acercan a la costa. Además, seguro que hay muchos otros bichos así. Ya sabes, cangrejos, bagres...

No dije nada.

—Nunca ha vuelto ninguno.

Me quedé mirándolo a los ojos y me sonrió. Su boca era como un agujero que alguien hubiera excavado por encima de la perilla. En vez de dientes, tenía tocones amarillentos y podridos, raigones que asomaban. Aparté la mirada. Vino la siguiente ola. Era pequeña pero, en cuanto se fue, vi que el hueco había quedado limpio. Como si no hubiera pasado nada. Como si allí nunca hubiera habido nada. Harley se puso de pie como pudo y cerró la cremallera de la bolsa. Luego, empezó a enrollarla. De la vaina de plástico negro salió un líquido rosado que corrió por las rocas. Miré hacia la casa. Beck estaba en el quicio de la puerta de la cocina, solo, observándonos.

Volvimos a la casa, empapados de agua de lluvia y de agua salada. Beck entró en la cocina. Le seguimos, pero Harley se quedó justo en la entrada, como si no se atreviera a entrar.

—¿Era agente federal? —pregunté.

—Sin duda —me respondió Beck.

Había dejado la bolsa de deporte en la mesa justo en el centro, donde se viera bien, como si fuera una prueba en un juicio. Descorrió la cremallera y rebuscó dentro.

—Mira esto.

Sacó un bulto y lo puso en la mesa. Era algo envuelto en un trapo empapado y manchado de aceite que tenía el tamaño de una toalla de mano. Lo abrió y sacó de él la Glock 19 de Duffy.

—Lo tenía escondido en el coche que le dejábamos utilizar.

—¿En el Saab? —pregunté, porque algo tenía que decir.

Beck asintió.

—En el hueco de la rueda de repuesto. Debajo de la base del maletero.

Dejó la Glock sobre la mesa. Cogió los dos cargadores y los puso junto al arma. Luego, puso el punzón doblado al lado. Y el cincel afilado. Y el llavero de Angel Doll.

Me resultaba imposible respirar.

—Supongo que el punzón pretende ser una ganzúa —comentó Beck.

—¿Y por qué demuestra esto que era federal? —pregunté.

Volvió a coger la Glock, la giró y señaló la parte derecha de la corredera.

—Por el número de serie de la pistola. Lo hemos comprobado con Glock en Austria. Mediante una consulta informática. Tenemos acceso a ese tipo de información. Esta arma, en concreto, se la vendieron al gobierno de Estados Unidos de América hace cosa de un año. Fue parte de un gran pedido de los organismos de seguridad. La 17 para ellos y la 19 para ellas. Por eso sabemos que era federal.

Miré el número de serie.

—¿Y lo ha negado?

Asintió.

—Por supuesto. Ha dicho que el atado lo había encontrado tal cual. Se ha puesto como loca. De hecho, te ha culpado a ti. Ha dicho que todo esto era tuyo. Aunque, claro, estas cosas siempre se niegan, ¿no? Supongo que están entrenados para ello.

Miré hacia otro lado. Miré el mar por la ventana.

«¿Por qué lo habrá cogido? ¿Por qué no lo habrá dejado allí? ¿Por instinto de limpiadora? ¿No querría que se mojara? ¿O qué?».

—Parece que estés molesto —me soltó Beck.

«Y ¿cómo es que lo ha encontrado? Es más, ¿por qué lo estaba buscando?».

—Parece que estés molesto —insistió.

Estaba más que molesto. La mujer no solo había muerto, sino que había sufrido grandes dolores antes de morir. Y había sido culpa mía. Lo más probable era que pensara que me estaba haciendo un favor, con lo de mantener secas mis herramientas. Para evitar que se oxidaran. Solo era una joven irlandesa y tonta que pretendía ayudarme y, como quien dice, yo la había matado. Me sentía como si hubiera sido yo el que la había descuartizado.

—Soy el responsable de seguridad —dije—. Debería haber sospechado de ella.

—Eres el responsable de seguridad desde anoche, así que tampoco te castigues. De hecho, como quien dice, acabas de llegar. Era Duke el que tenía que haberse dado cuenta.

—Pero es que jamás habría sospechado de ella. Pensaba que era la chica de servicio, nada más.

—Yo también. Y Duke.

Volví a apartar la mirada. Volví a mirar el mar por la ventana. Estaba gris y agitado. No lo entendía.

«Encontró el atado. Y lo escondió muy bien».

—Y esta es la prueba definitiva —me anunció Beck.

Miré justo en el momento en que sacaba un par de zapatos de la bolsa. Eran grandes y cuadrados, toscos, negros, los zapatos que la irlandesa había llevado desde el día en que la conocí.

—Fíjate en esto —me dijo Beck.

El hombre giró el zapato derecho y, con las uñas, sacó un alfiler del tacón. Luego, giró la tapa de goma como si fuera una puertecita y le dio la vuelta al zapato. Lo sacudió. Un pequeño rectángulo de plástico negro cayó sobre la mesa y traqueteó hasta que se detuvo. Había caído boca abajo. Beck le dio la vuelta.

Era un emisor de correos electrónicos inalámbrico idéntico al mío.

Me tendió el zapato. Lo cogí. Lo miré, pero no lo veía. Era un número de mujer. Estaba hecho para un pie pequeño. Tenía la parte de los dedos cuadrada y ancha, sin duda para que el tacón ancho no desequilibrara el zapato visualmente. Alguna de esas estupideces de la moda. La cavidad del tacón era rectangular, idéntica a la mía. Estaba hecha con esmero. Con paciencia. Aquel agujero no lo había hecho una máquina. En las paredes se veían las mismas marcas de herramientas que en el mío. Imaginé a un técnico en un laboratorio, con una fila de zapatos delante, dispuesta en un banco. Imaginé que el laboratorio olía a cuero nuevo e imaginé un pequeño arco de herramientas para trabajar la madera desplegadas delante de él. Y tiritas y rizos de goma acumulándose en el suelo a medida que trabajaba. La mayor parte del trabajo que hacen los agentes del gobierno es muy poco tecnológico. No todo son bolígrafos explosivos y cámaras instaladas en relojes. En muchas ocasiones, ir a un centro comercial a comprar un par de zapatos y aparatos que envíen correos electrónicos es, para ellos, de lo más tecnológico que se van a echar a la cara.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Beck.

Pensaba en cómo me sentía. Era como si estuviera en una montaña rusa. Ella seguía muerta, pero ya no era yo el que la había matado. Volvían a ser los ordenadores del gobierno los que habían acabado con su vida. Me sentía aliviado. Aunque también estaba bastante enfadado.

«¡Pero ¿en qué coño estaba pensando Duffy?!».

¿¡A qué coño estaba jugando!? No poner a dos o más agentes encubiertos en la misma localización a menos que ambos fueran conscientes de ello era una regla básica del espionaje. Era el abecé de la infiltración. Me había contado lo de Teresa Daniel. Entonces ¿por qué coño no me contó lo de la otra agente?

—En que es increíble —respondí.

—No le queda batería. —Beck tenía el emisor en las manos. Lo toqueteaba con ambos pulgares, como si fuera el mando de un videojuego—. O no funciona.

Me lo pasó. Dejé el zapato en la mesa y cogí el emisor. Pulsé el botón ENCENDER, que tan familiar me resultaba, pero la pantalla no se encendió.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Ocho semanas. Nos cuesta que el servicio se quede. Esto es muy solitario. Y, además, hay que tener en cuenta a Paulie, ya sabes. Y Duke tampoco era muy agradable.

—Supongo que ocho semanas es demasiado tiempo para una batería.

—¿Qué crees que harán ahora?

—No lo sé, no soy un federal.

—Bueno, has tenido que ver casos como estos.

Me encogí de hombros.

—Supongo que se lo esperarían. La comunicación suele ser lo primero que se tuerce. No creo que empezaran a correr como pollos sin cabeza porque dejara de aparecer en el radar. No les queda más alternativa que dejarla desplegada en el campo. Es decir, no pueden ponerse en contacto con ella para ordenarle que vuelva a casa. Supongo que confiarían en que consiguiera recargar la batería antes o después. —Giré el aparatito y señalé la toma de corriente que tenía en la parte de abajo—. Da la impresión de que necesita un cargador de móvil o algo por el estilo.

—¿Crees que enviarán agentes a buscarla?

—Yo diría que, con el tiempo, sí, lo harán.

—¿Cuándo?

—No lo sé pero, desde luego, aún es pronto.

—Nuestra idea es negar que haya estado aquí siquiera. Negar que la hayamos visto. No hay pruebas de que haya estado aquí.

—Será mejor que limpie su habitación a conciencia, porque va a haber huellas, pelo y ADN por todos lados.

—Nos la recomendaron. Nunca ponemos anuncios en los periódicos ni nada por el estilo. Una gente de Boston que conocemos nos puso en contacto con ella.

Se me quedó mirando.

«Una gente de Boston que andaba desesperada por conseguir un trato y que se vio obligada a ayudar al gobierno como fuera para que se lo ofrecieran».

Asentí.

—Es jodido —señalé—, porque ¿qué dice eso de ellos?

Beck también asintió, pero con amargura. Estaba de acuerdo conmigo. Había entendido perfectamente lo que estaba intentando decirle. Cogió el llavero que había encima de la mesa, junto al cincel.

—Creo que son de Angel Doll.

No dije nada.

—Así que esto es una pesadilla a tres bandas. Podemos conectar a Doll con el grupo de Hartford y podemos conectar a nuestros amigos de Boston con los federales. Ahora, también podemos conectar a Doll con los federales. Porque le dio sus llaves a la zorra infiltrada. Y eso significa que los de

Hartford también deben de andar compinchados con los federales. Gracias a Duke, Doll está muerto, pero aún tengo encima a los de Hartford, a los de Boston y a los del gobierno. Reacher, voy a necesitarte.

Miré a Harley, que estaba viendo llover desde la puerta.

—Y... ¿era solo Doll? —le pregunté a Beck, que asintió.

—Sí. Ya lo he comprobado y me he quedado conforme. Solo era Doll. Los demás siguen al pie del cañón. Aún están conmigo. Se han disculpado por lo de Doll.

—Vale.

Permanecimos en silencio un buen rato. Entonces, Beck volvió a guardar todo en el trapo y lo metió en la bolsa de deporte. Después hizo lo mismo con el emisor de correos electrónicos y los zapatos de la irlandesa. Aquellos zapatos tenían una apariencia tristonra, vacía, desolada.

—Desde luego, he aprendido una cosa, que voy a empezar a inspeccionar los zapatos de la gente, ¡te lo aseguro! ¡Puedes apostar tu vida! —dijo Beck.

Y me la aposté allí mismo, en aquel mismo instante. Porque no me quité los zapatos. Subí a la que había sido la habitación de Duke y miré en el armario. Había cuatro pares de zapatos. Aunque no me habría comprado ninguno de ellos, no eran horribles y, más o menos, eran de mi número. Pero los dejé allí. Que apareciera tan pronto con otros zapatos llamaría demasiado la atención. Además, si iba a deshacerme de los míos, tenía que hacerlo bien. No tenía sentido que los dejara en el dormitorio y que me arriesgara a que hicieran una inspección fortuita. Tenía que sacarlos de la casa y, en aquel momento, no había una manera sencilla de hacerlo. Por lo menos, no justo después de la escena de la cocina. No podía bajar con ellos en las manos. ¿Qué iba a decirles? «¿El qué? ¿Esto? Oh, son los zapatos con los que llegué aquí, que voy a tirarlos al mar». ¿Como si me hubiera aburrido de ellos de repente? Así que seguí con ellos puestos.

Además, aún los necesitaba. Aunque empezaba a sentir la tentación de hacerlo, aún no estaba preparado para cortar las comunicaciones con Duffy. Aún no. Me encerré en el cuarto de baño de Duke y saqué el emisor del zapato. Me produjo una sensación extraña. Pulsé la tecla ENCENDER y en la pantalla apareció un mensaje: «Tenemos que vernos». Pulsé RESPONDER y le envié: «¡Ya te digo!». Luego, apagué el dispositivo, lo guardé en el tacón y volví a la cocina.

—Ve con Harley —me ordenó Beck—. Tienes que volver a traer aquí el Saab.

La cocinera no estaba. La encimera estaba limpia y sin cacharros. La mujer debía de haberlos fregado. El fogón estaba frío. Daba la sensación de que en la puerta fueras a encontrarte con el cartel de CERRADO.

—¿Y la comida? —pregunté.

—¿Tienes hambre?

Pensé en la manera en que el mar había hinchado la bolsa y había reclamado el cuerpo. Pensé en el pelo por debajo del agua, fluido e infinitamente fino. Pensé en la sangre que iba desapareciendo, rosa, diluida. No, no tenía hambre.

—¡De lobo!

Beck sonrió.

—¡Joder, Reacher, qué frío eres, so cabrón!

—No es la primera vez que veo muertos y tengo la sensación de que no va a ser la última.

Asintió.

—La cocinera ha librado, así que come fuera, ¿vale?

—No tengo dinero.

Beck se llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes. Extrajo unos cuantos del montón y me los alargó. Debía de haber unos mil dólares.

—Dinero para gastos —dijo—. Lo del salario es aparte.

Me guardé el dinero en el bolsillo.

—Harley te espera en el coche.

Salí y me subí el cuello del abrigo. El viento estaba aflojando y la lluvia empezaba a caer en vertical. El Lincoln seguía en la esquina de la casa. Tenía el maletero cerrado. Harley tamborileaba con los pulgares en el volante. Me subí al asiento del copiloto y lo eché hacia atrás para tener más espacio para las piernas. Harley arrancó, encendió los limpiaparabrisas y pisó el acelerador. Tuvimos que esperar mientras Paulie desencadenaba la verja y la abría. Harley encendió la calefacción como si no tuviera muy claro cómo iba y la puso a tope. Teníamos la ropa húmeda y las ventanillas estaban empañadas. Paulie no se estaba dando prisa. Harley empezó de nuevo con el tamborileo.

—¿Trabajáis los dos para el mismo tipo? —le pregunté.

—¿Paulie y yo? Claro.

—¿Y quién es?

—¿No te lo ha dicho Beck?

—No.

—En ese caso, creo que yo tampoco debería hacerlo.

—Me va a costar hacer bien mi trabajo si nadie me pone al día.

—Ese es tu problema, no el mío.

Me sonrió y dejó al descubierto su fea dentadura amarilla. Pensé que, si le pegaba un puñetazo, mi puño se llevaría por delante esa mierda de dientes que tenía y acabaría en algún punto de aquella flacucha garganta suya. Pero no se lo pegué. Paulie acabó de quitar la cadena y abrió la verja. Harley arrancó de inmediato y la cruzó con apenas unos centímetros de hueco por cada lado. Me acomodé. Harley encendió los faros y aceleró tan deprisa que las ruedas soltaron grandes salpicones por detrás de nosotros. Condujo en dirección oeste porque, durante los primeros veinticinco kilómetros, tampoco había alternativa. Luego, giramos hacia el norte en la Ruta 1, en sentido contrario al centro comercial al que me había llevado Elizabeth Beck, en sentido contrario a Old Orchard Beach y a Saco, en dirección a Portland. Hacía tan mal tiempo que no distinguía el paisaje. De hecho, casi no podía ni ver las luces traseras de los coches que nos precedían. Harley no hablaba. El tipo se limitaba a balancearse adelante y atrás y a tamborilear con los pulgares en el volante. No era un buen conductor. No conducía con suavidad. Estaba todo el rato tocando el acelerador o el freno. Aceleraba, frenaba, aceleraba, frenaba. Aquellos treinta y tantos kilómetros se me hicieron eternos.

Luego, la carretera giraba con brusquedad hacia el oeste y vi la I-295 cerca, a la izquierda. Había una estrecha lengua de mar de color gris más allá y, más allá aún estaba el aeropuerto de Portland. Vi despegar un avión envuelto en una gigantesca nube de rocío. El aparato emitió un rugido grave justo por encima de nuestra cabeza hasta que giró en dirección sur, hacia el Atlántico. Más adelante, llegamos a un centro comercial de carretera de esos alargados que tenía un estrecho aparcamiento a todo lo largo. En el centro comercial había el tipo de tiendas que esperas encontrar en una zona de viviendas de alquiler bajo atrapada entre dos carreteras cercanas al aeropuerto. En el aparcamiento había una veintena de coches seguidos, aparcados todos con el morro hacia la acera. El viejo Saab era el quinto por la izquierda. Harley detuvo el Lincoln justo detrás de él. Otra vez empezó a tamborilear en el volante.

—Todo tuyo. La llave está en el bolsillo lateral de la puerta del conductor.

Salí. Seguía lloviendo. Harley se fue en cuanto cerré la puerta. Sin embargo, no volvió a la Ruta 1. Al final del aparcamiento giró a la izquierda. Luego, de inmediato, a la derecha. Vi cómo salía con aquel coche grandote

por una salida improvisada hecha con cemento grumoso que llevaba hasta un aparcamiento adyacente. Volví a subirme el cuello del abrigo y me quedé observando cómo conducía despacio por dicho aparcamiento y cómo, al cabo de un rato, desaparecía por detrás de un grupo de edificios nuevos. Aunque, más que edificios, eran hangares largos y bajos hechos de brillante metal ondulado. Debía de ser una especie de parque industrial. Entre los hangares había una red de estrechas carreteras de asfalto oscuro. La lluvia hacía que brillasen. Los bordillos que las limitaban eran altos y nuevos. Volví a ver el Lincoln a través de un hueco entre hangares. Se movía despacio, con pereza, como si estuviera buscando un hueco en el que aparcar. Entonces, desapareció detrás de otro de los hangares y no volví a verlo.

Me giré. El Saab estaba aparcado frente a una licorería. Junto a esta, a uno de los lados, había una tienda que vendía equipos estéreo para coches y, al otro lado, una con el escaparate lleno de lámparas de brazos de esas de cristal falso. Dudaba que hubieran enviado a la chica de servicio a comprar una lámpara nueva o a que le instalaran un aparato de CD al Saab, así que debían de haberla enviado a la licorería y, una vez dentro, se habría encontrado con un comité de bienvenida. Cuatro tipos, puede que cinco. Por lo menos. Después de la sorpresa inicial, habría pasado de chica de servicio desconcertada a agente federal entrenada que debía luchar para salvar la vida. Algo para lo que seguro que ellos habrían estado preparados. Se le habrían echado encima en masa. Miré a un lado y al otro de la acera. Luego, a la licorería. El escaparate estaba repleto de cajas. No se veía bien el interior, pero entré de todas formas.

En la tienda no había ningún cliente, y daba la impresión de que eso era lo usual. Era fría y había polvo por todos lados. El dependiente, que se encontraba detrás del mostrador, era un tipo gris de unos cincuenta años. Pelo gris, camisa gris, piel gris. Daba la impresión de que no le hubiera dado la luz del sol en una década. No tenía nada que me interesara comprar para romper el hielo, así que me acerqué y le hice la pregunta:

—¿Ve el Saab de ahí afuera?

Se movió exageradamente para mirar afuera.

—Lo veo, sí.

—¿Vio lo que le pasó a la conductora?

—No.

En general, la gente que responde «no» de buenas a primeras está mintiendo. Las personas que dicen la verdad también pueden responder «no» pero, normalmente, se paran a pensar en la respuesta. Además, añaden un «lo

siento» o algo por el estilo. Puede, incluso, que te hagan alguna pregunta. Esa es la naturaleza humana. Dicen: «No, lo siento. ¿Por qué lo pregunta?, ¿ha pasado algo?». Metí la mano en el bolsillo y saqué uno de los billetes de Beck sin mirarlo siquiera. Era de cien. Lo doblé por la mitad y lo cogí con el índice y el pulgar.

—Y, ahora, ¿vio algo?

Miró a su izquierda. A mi derecha. Hacia el parque industrial que había más allá de las paredes de la licorería. Una mirada rápida, furtiva, girar la cabeza y volverla.

—No.

—¿Un Town Car negro que ha ido en esa dirección?

—No he visto nada. Estaba ocupado.

Asentí.

—Sí, ya veo que no da usted abasto. Es evidente. Resulta milagroso que una sola persona sea capaz de sobrellevar tanta presión.

—Estaba en la trastienda. Supongo que al teléfono.

Seguí con el billete entre los dedos un largo rato. Daba por hecho que cien dólares libres de impuestos supondrían una buena porción de su sueldo semanal. Sin embargo, apartó la mirada. Aquello también me decía mucho.

—Vale.

Guardé el dinero en el bolsillo y me marché.

Conduje el Saab unos doscientos metros en dirección sur por la Ruta 1 y me detuve en la primera gasolinera que vi. Entré y compré una botella de agua mineral y dos chocolatinas. Calculando el precio del litro, pagué cuatro veces más por el agua de lo que habría pagado por la gasolina en caso de haber repostado. Salí y me refugié cerca de la puerta, abrí una de las chocolatinas y empecé a comérmela. Aproveché el momento para mirar a mi alrededor. No había cámaras de videovigilancia. Me acerqué a los teléfonos de pago y utilicé el cambio para llamar a Duffy. Había memorizado el número de teléfono de su habitación. Me agaché para meterme debajo de la burbuja de plástico y, así, mojarme lo menos posible. Respondió al segundo tono.

—Conduce en dirección norte hasta Saco. Ahora mismo. Reúnete conmigo en un gran centro comercial de ladrillo que hay en la parte del río, en una cafetería que se llama Café Café. El que llegue el último invita.

Me acabé la chocolatina mientras conducía en dirección sur. En comparación con el Cadillac de Beck o el Lincoln de Harley, el Saab era duro

y ruidoso. Estaba viejo y cascado. Las alfombrillas estaban comidas y sueltas. Tenía más de cien mil kilómetros. Aun así, valía para lo que lo querían. Las ruedas estaban bien y los limpiaparabrisas funcionaban. El coche era capaz de rodar perfectamente bajo la lluvia. Además, los espejos retrovisores eran enormes. Fui mirando por ellos todo el camino. No me siguió nadie. Llegué el primero a la cafetería. Pedí un expreso grande para quitarme el sabor del chocolate.

Duffy apareció unos seis minutos después. Se detuvo en la puerta, echó un vistazo y, acto seguido, vino directa hacia mí y me sonrió. Vestía unos vaqueros distintos y otra camisa de algodón, pero azul, no blanca. Por encima llevaba la chaqueta de cuero y, por encima, un impermeable viejísimo que le quedaba enorme. Puede que fuera del agente de más edad. Quizá se lo hubiera pedido prestado. De Eliot no era, eso estaba claro, porque era más bajito que ella. Duffy no debía de haber contado con que lloviera cuando la habían destinado al norte.

—¿Es seguro este sitio?

No respondí.

—¿Qué pasa?

—Tú invitas. Has llegado segunda. Voy a querer otro expreso. Y también me debes el primero.

Me miró como si no entendiera nada, se levantó y fue a la barra. Volvió con un expreso para mí y un capuchino para ella. Tenía el pelo un poco mojado. Se lo había peinado con los dedos. Debía de haber aparcado en la calle y caminado bajo la lluvia y, en un momento dado, se habría visto en el escaparate de alguna tienda. Contó el cambio en silencio y me dio una serie de billetes y monedas que sumaban lo que me había costado el primer expreso. En Maine, el café es otro de esos productos mucho más caros que la gasolina. Aunque supongo que en todos los sitios pasa lo mismo.

—¿Qué sucede?

No respondí.

—Reacher, ¿qué sucede?

—Infiltrasteis a otra agente hace ocho semanas. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿¡Qué!?

—Ya me has oído.

—¿¡Qué agente!?

—La han matado esta mañana. Le han hecho una doble mastectomía radical sin ponerle anestesia.

Se me quedó mirando.

—¿¡A Teresa!?

Negué con la cabeza.

—No, a Teresa no, a la otra.

—¿¡Qué otra!?

—No me tomes por idiota.

—¿¡Qué otra!?

Me quedé mirándola. Con dureza. Luego, más suave. La luz de aquella cafetería tenía algo. Puede que fuera la manera en que se reflejaba en la madera amarilla, el metal pulido, el cristal y el cromo. Era como una luz de rayos X. Como un suero de la verdad. Me había enseñado lo genuino que había sido el sonrojo incontrolable de Elizabeth Beck y, ahora, esperaba que me mostrase lo mismo en Duffy. Una mujer que se ponía colorada por la vergüenza que le daba que la hubiera descubierto. Sin embargo, lo único que me enseñó aquella luz fue sorpresa. Una sorpresa total. Se veía con claridad. Estaba allí, en su cara. Se había quedado pálida. El susto había hecho que se quedase blanca como el papel. Como si la hubieran dejado sin sangre. Y nadie puede hacer eso a voluntad, igual que nadie puede sonrojarse por el mero hecho de desearlo.

—¿Qué otra agente? Allí solo estaba Teresa. ¿Qué pasa? ¿Estás diciéndome que la han matado?

—No, a Teresa no. Había otra. Otra mujer. La contrataron como chica de servicio.

—No, allí solo está Teresa.

Negué con la cabeza.

—He visto el cadáver y no era Teresa.

—¿Una chica de servicio?

—Llevaba en el zapato uno de esos aparatos para enviar y recibir correos electrónicos. Uno idéntico al mío. Y el tacón del zapato lo había vaciado la misma persona. He reconocido su forma de trabajar.

—Es imposible.

La miraba fijamente a los ojos.

—Te lo habría dicho. ¿¡Cómo no iba a decírtelo! No te habría necesitado si tuviera a otro agente allí, ¿no te das cuenta?

Aparté la mirada. Volví a mirarla. Ahora, era yo el que estaba avergonzado.

—Entonces ¿quién coño era?

No respondió. Empezó a darle golpecitos a la taza con el índice, en el asa, girándola diez grados con cada golpecito. La pesada espuma y el polvo de

chocolate se mantenían quietos mientras la taza rotaba. Duffy estaba dándole vueltas a la cabeza como una loca.

—¿Hace ocho semanas? —preguntó.

Asentí.

—¿Qué es lo que los ha puesto sobre la pista?

—Han entrado en tu ordenador. Esta mañana. O puede que anoche.

Levantó la vista de su taza de café.

—¿Por eso me has hecho esa pregunta?

Asentí. No dije nada.

—Teresa no está en el ordenador. No está en los registros.

—¿Lo has comprobado con Eliot?

—He hecho algo aún mejor, he buscado en todo su disco duro. Y en todos los archivos que tiene en el servidor principal de D. C. Tengo acceso total. He buscado Teresa Daniel, Justice, Beck, Maine e infiltrado... y ni siquiera ha escrito esas palabras en ningún lado.

No dije nada.

—¿Cómo ha sucedido?

—No estoy seguro. Supongo que, en un principio, el ordenador les habrá dicho que teníais a alguien dentro y, después, les habrá dicho que era una mujer. Sin nombre ni detalles. Así que han ido a por ella... Y creo que, en parte, ha sido culpa mía que la encontraran.

—¿Por qué?

—Tenía un atado. Escondí en un trapo tu Glock, los cargadores y algunas cosas más. Ella las encontró y las escondió en el coche en el que iba y venía.

Duffy permaneció callada un segundo.

—Vale, y tú crees que ellos han registrado el coche, han encontrado su atado y eso la ha dejado vendida, ¿no?

—Eso creo, sí.

—Puede que la hayan registrado a ella primero y que hayan descubierto lo del zapato.

Miré hacia otro lado.

—La verdad es que espero que así sea.

Torció el gesto.

—No te castigues. No es culpa tuya. En cuanto han conseguido entrar en el ordenador, solo era cuestión de tiempo que encontraran a la primera. Ambas encajaban. Es decir, ¿entre cuántas mujeres iban a poder elegir? Lo más probable es que solo entre Teresa y ella. Era imposible que fallasen.

Asentí. También estaba Elizabeth. Y la cocinera. Sin embargo, ninguna de las dos figuraría muy arriba en su lista de sospechosas. Elizabeth era la esposa del jefe y muy posiblemente la cocinera llevase allí veinte años.

—Entonces ¿quién era? —le pregunté.

Duffy siguió jugando con la taza hasta que la llevó a su posición inicial, hasta que completó un círculo entero. El borde sin esmaltar de la parte de debajo de la taza emitía un leve chirrido.

—Lo lamento pero creo que es evidente. Piensa en la línea temporal. Cuenta hacia atrás. Hace once semanas la cagué con lo de las fotografías que saqué durante la vigilancia. Hace diez semanas, me sacaron del caso, pero como Beck es un pez gordo, no podía dejarlo, así que, hace nueve semanas, infiltré a Teresa sin que mis jefes lo supieran. Pero, claro, justo porque Beck es un pez gordo, y en este caso sin que yo lo supiera, mis jefes debieron de reasignarle el caso a otro y, así, hace ocho semanas infiltraron a esa chica de servicio, justo después de que yo infiltrara a Teresa. Teresa no sabía que la chica de servicio llegaba y la chica de servicio no sabía que Teresa estaba allí.

—¿Y por qué iba a estar metiendo las narices en mis cosas?

—Pretendería controlar la situación. Es el procedimiento estándar. A su entender, tú no eras de los buenos. No eras más que un cabo suelto. Alguien que podía causar problemas. Un asesino de policías que estaba escondiendo armas. Puede que pensara que eras de un operativo rival. Lo más probable es que estuviera pensando en venderte a Beck. Eso habría mejorado la credibilidad en ella. Además, necesitaba que estuvieras fuera de la ecuación, porque seguro que no quería más complicaciones. Si no te hubiera vendido a Beck, te habría entregado a los federales, a nosotros, por asesino de policías. A decir verdad, me sorprende que no lo hubiera hecho ya.

—Se había quedado sin batería.

Asintió.

—Sí, ocho semanas. Supongo que las chicas de servicio no tienen mucho acceso a cargadores de móvil.

—Beck ha dicho que provenía de Boston.

—Tiene sentido. Es probable que la enviaran de la oficina de campo de Boston. Geográficamente, sería lo normal. Y explicaría por qué no nos enteramos en D. C. Los rumores de Boston no llegan hasta allí.

—Beck me ha contado que se la recomendaron unos amigos.

Asintió de nuevo.

—Detenidos con los que estuvieran negociando los cargos de los que iban a acusarles, seguro. Nos valemos de gente así cada dos por tres. Se venden los

unos a los otros a las primeras de cambio. Con esta gente no hay ley del silencio que valga.

Entonces recordé otra de las cosas que había dicho Beck.

—¿Cómo se comunicaba Teresa con vosotros?

—Tenía un emisor de correos electrónicos como el tuyo.

—¿En el zapato?

Duffy asintió. No dijo nada. Oí la voz de Beck en mi cabeza, atronadora: «Voy a empezar a inspeccionar los zapatos de la gente, ¡te lo aseguro! ¡Puedes apostar la vida!».

—¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de ella?

—El segundo día dejamos de recibir. —Se quedó callada.

—¿Dónde estaba viviendo?

—En Portland, en un apartamento. La infiltramos como administrativa, no como chica de servicio.

—¿Y fueron al apartamento?

Asintió.

—Y nadie la había visto por allí desde el segundo día.

—¿Y miraron en su armario?

—¿Por qué?

—Para saber qué zapatos llevaba cuando la capturaron.

Duffy volvió a quedarse pálida.

—Mierda —soltó.

—Pues sí. ¿Qué zapatos quedaban en el armario?

—Los malos.

—¿Se plantearía deshacerse del emisor?

—No le habría servido de nada, porque también habría tenido que deshacerse de los zapatos. El agujero del tacón la habría delatado.

—Tenemos que dar con ella.

—Sí, claro. —Hizo una pausa—. Hoy ha tenido mucha suerte. Buscaban a una mujer y resulta que han dado con la chica de servicio. Sin embargo, no creo que Teresa vaya a tener mucha más suerte.

No dije nada.

«Teresa ha tenido mucha suerte, pero la chica de servicio no ha tenido ninguna».

Todo rayo de sol sale de detrás de alguna nube. Duffy le dio un sorbo al capuchino. Puso cara rara, como si no estuviera bueno, y dejó la taza en la mesa.

—Pero ¿qué la delataría? —se preguntó—. Eso es lo que me gustaría saber. Es que... solo duró dos días... Y han pasado nueve semanas hasta que han entrado en el ordenador.

—¿Qué tapadera le diste?

—La habitual para este tipo de trabajos. Soltera, sin pareja, sin familia, sin raíces. Como tú, solo que tú no has tenido que fingirlo.

Asentí muy despacio.

«Una treintañera atractiva a la que nadie echaría de menos».

Aquella era una gran tentación para gente como Paulie o Angel Doll. Puede que irresistible.

«Un divertimento con el que pasar el rato».

Y puede que el resto del equipo fuera incluso peor. Como Harley, por ejemplo. Aquel tipo no era, desde luego, el ejemplo que elegirías para hablar de los beneficios de la civilización.

—Puede que no la delatara nada —dije—. Puede que desapareciera sin más, ya sabes, como les pasa a las mujeres. Muchas mujeres desaparecen, en especial, si son jóvenes. Si son solteras y no tienen pareja. Sucede a cada momento. Miles al año.

—Pero tú encontraste la habitación en la que la mantenían encerrada.

—Es que en algún sitio tienen que estar todas esas mujeres desaparecidas. En realidad, solo están desaparecidas en lo que respecta al resto del mundo. Ellas saben dónde están y los hombres que las han secuestrado, también.

Se me quedó mirando.

—¿Crees que puede tratarse de eso?

—Podría ser, sí.

—¿Y estará bien?

—No lo sé, pero eso espero.

—¿Seguirá con vida?

Asentí.

—Yo diría que, por alguna razón, quieren mantenerla con vida. Creo que no saben que es una agente federal. Piensan que solo es una mujer más.

«Un divertimento con el que pasar el rato».

—¿Podrás dar con ella antes de que le inspeccionen los zapatos?

—Puede que no lo hagan jamás. En mi opinión, si la están viendo con una luz en particular, mucho tendría que cambiar la situación para que empezaran a mirarla con otro prisma.

Apartó la vista. No dijo nada.

—Una luz en particular —repitió al rato—. ¿Por qué no dices lo que ambos estamos pensando?

—Porque no queremos oírlo.

Se quedó callada. Un minuto. Dos. Luego, me miró a los ojos. Algo nuevo se le había ocurrido.

—¡Tus zapatos! —me señaló.

Negué con la cabeza.

—Conmigo pasa lo mismo que con Teresa. Empiezan a acostumbrarse a mí, así que mucho tendría que cambiar la situación para que pasaran a mirarme con otro prisma.

—Sigue resultando muy arriesgado.

Me encogí de hombros.

—Beck me ha dado una Beretta M9, así que voy a quedarme y a esperar. Como se agache para echar una ojeada en mis tacones, le meto un tiro entre las cejas.

—Pero él no es más que un hombre de negocios, ¿no? O eso se supone, ¿no? Es decir, ¿le haría daño a Teresa si no la considerase una amenaza para el negocio?

—No lo sé.

—¿Ha matado él a la chica de servicio?

Negué con la cabeza.

—No, ha sido Quinn.

—¿Lo has presenciado?

—No.

—Entonces ¿cómo lo sabes?

Miré hacia otro lado.

—He reconocido la labor que han hecho con ella.

La cuarta vez que vi a la sargento de primera clase Dominique Kohl fue una semana después de la noche que pasamos en el bar. Aún hacía calor. Habían anunciado una tormenta tropical directa desde las islas Bermudas. Tenía mil y un expedientes sobre el escritorio. Violaciones, homicidios, suicidios, robos de armas, asaltos... Además, la noche anterior había habido un altercado en la cantina debido a que la refrigeración se había estropeado en la cocina y el helado se había licuado. Acababa de estar hablando por teléfono con un colega de Fort Irwin, en California, que me había dicho que allí pasaba lo mismo en cuanto soplaban los vientos del desierto.

Kohl entró con unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas. No estaba sudando. Su piel seguía teniendo esa apariencia polvorienta. Llevaba el archivo del caso que le había asignado que, para entonces, era unas ocho veces más grueso que cuando yo se lo di.

—El sabot tiene que ser de metal —me dijo—. Esa es la conclusión final.

—Ah, ¿sí?

—Habrían preferido que fuera de plástico, aunque creo que eso no son sino fanfarronadas.

—Entiendo.

—Estoy intentando decirle que ya han terminado el diseño del sabot. Ya están preparados para ponerse con lo importante.

—¿Aún sigue cayéndole bien el tal Gorowski?

Asintió.

—Detenerlo sería una tragedia. Es una buena persona y una víctima inocente. Además, lo más importante es que es muy bueno en su trabajo, lo que es de gran utilidad para el ejército.

—Entonces ¿qué quiere hacer?

—Es complicado. Supongo que lo que quiero es que se suba a nuestro barco y que empiece a pasarle material falso a quien sea que le ha echado el gancho. De esa manera, conseguiríamos mantener la investigación en marcha sin correr el riesgo que supone sacar a la calle archivos de verdad.

—¿Pero?

—Que bastante falso parece ya de por sí el cacharro de verdad. Es un proyecto muy extraño. Es como uno de esos dardos de jardín. No lleva explosivos.

—Entonces ¿cómo funciona?

—Por energía cinética, metales densos, uranio empobrecido, calor... Todas esas cosas. ¿Tiene usted un posgrado de Física?

—No.

—En ese caso, no va a entenderlo. Ahora bien, tengo la sensación de que, si se la damos con queso al malo en los diseños, se dará cuenta. Y eso pondría en peligro a Gorowski. O a sus hijas pequeñas, o algo.

—Entonces ¿quiere usted que permitamos que el proyecto de verdad salga del laboratorio?

—Creo que es necesario.

—Es un gran riesgo.

—Usted decide —dijo—. Por eso a usted le pagan mucho más.

—Soy capitán. Si algún día saco tiempo para comer, tendré que tirar de vales de comida.

—Entonces ¿qué?

—¿Sabe ya algo del malo?

—No.

—¿Confía usted en que lo atrapará?

—Sin asomo de duda.

Sonreí. En aquel momento, me pareció el ser humano con mayor aplomo que había conocido en la vida. Los ojos brillantes, expresión seria, con el pelo por detrás de las orejas, con aquellos pantalones cortos de color caqui, con aquella pequeña camiseta caqui, con aquellos calcetines y botas de paracaidista. Con aquel polvo oscuro por toda la piel.

—Pues a por ello.

—Nunca bailo —dijo ella.

—¿Disculpe?

—No fue por usted. De hecho, me habría gustado hacerlo. Gracias por la invitación. La cuestión es que nunca bailo. Con nadie.

—¿Por qué?

—Es un defecto. Me cohíbe. No tengo mucha coordinación.

—Yo tampoco.

—Quizá debiéramos practicar en privado.

—¿Por separado?

—Las sesiones con un mentor suelen ser de gran ayuda. Como en el caso del alcoholismo.

Luego, me guiñó el ojo y se marchó. Dejó tras de sí, en aquel aire caliente, una leve traza de su perfume.

Duffy y yo nos acabamos el café en silencio. El mío sabía suave, frío y amargo. Ya no me apetecía. El zapato derecho me hacía un poco de daño. No me quedaba muy bien. Además, empezaba a sentirlo como una bola con cadena. Al principio me había parecido ingenioso. Inteligente. Molón. Una pasada. Me acordé de la primera vez en que había abierto la tapa, hacía tres días, poco después de llegar a la casa, poco después de que Duke cerrase con llave la puerta de mi habitación. «Estoy dentro». Me había sentido como en una peli. Luego, recordé la última vez que lo había abierto, en el cuarto de baño de Duke, hacía hora y media. Había encendido el emisor y el mensaje de Duffy me estaba esperando: «Tenemos que vernos».

—¿Por qué querías verme?

Negó con la cabeza.

—Ya no importa. Creo que hay que replantearse la misión. Descartemos todos tus objetivos excepto el de conseguir que Teresa vuelva. Tú encuéntrala y sácala de ahí, ¿vale?

—¿Y Beck?

—No vamos a pillar a Beck. He vuelto a cagarla. La chica de servicio era una agente legítima y Teresa no. Ni tú. Y la chica de servicio ha muerto, así que van a despedirme por estar trabajando sin registraros a Teresa y a ti. Mis jefes abandonarán el caso contra Beck porque he comprometido el procedimiento de tal manera que nunca conseguirán que se sustente en un juicio. Saca de ahí a Teresa y vayámonos todos a casa de una puta vez.

—Vale.

—Tendrás que olvidarte de Quinn. Olvídate de él.

No dije nada.

—Hemos fallado —insistió—. No has encontrado nada útil. Nada de nada. No hay pruebas. Ha sido una pérdida de tiempo de principio a fin.

No dije nada.

—Como mi carrera.

—¿Cuándo se lo vas a comunicar al Departamento de Justicia?

—¿Lo de la chica de servicio?

Asentí.

—Ahora mismo. De inmediato. Tengo que hacerlo. No me queda otra. Aunque, primero, voy a buscar en los archivos para ver quién la infiltró, porque prefiero comunicarlo cara a cara... creo... a mi propio nivel. Me dará la oportunidad de disculparme. Si lo hiciera de otra manera, me veré envuelta en tal maraña que me resultará imposible pedir perdón, porque cancelarán mis códigos de acceso de inmediato y me darán una caja de cartón y treinta minutos para que vacíe mi escritorio y me vaya.

—¿Cuánto tiempo llevas allí?

—Mucho. De hecho, había llegado a pensar que sería la primera directora.

No dije nada.

—Te lo habría dicho. Te lo prometo. Si hubiera tenido otro agente dentro, te lo hubiera dicho.

—Lo sé. Siento haberte juzgado a la ligera.

—Es el estrés. Estar infiltrado es jodido.

Asentí.

—Me siento como en una galería de espejos. No dejan de pasar cosas. Y todo parece irreal.

Abandonamos las tazas a medio terminar sobre la mesa y salimos de la cafetería. Recorrimos los pasillos y llegamos a la calle. Seguía lloviendo. Había aparcado justo a mi lado. Me dio un beso en la mejilla. Luego, subió al Taurus y se fue en dirección sur. Yo me subí al Saab y me fui en dirección norte.

Paulie se tomó su tiempo para abrirme la verja. Tardó un par de minutos en salir de su casita y lo hizo despacio, muy despacio. Aún tenía puesto su chubasquero. Una vez fuera, se estiró y se quedó un minuto parado, de pie, antes de acercarse a la verja. Pero me daba igual. Estaba ocupado pensando. Oía la voz de Duffy en la cabeza: «Creo que hay que replantearse la misión». Durante la mayor parte de mi carrera en el ejército había tenido de jefe a un tipo llamado León Garber, ya fuera directa o indirectamente. Él lo explicaba todo mediante refranes o frases propias que repetía de vez en cuando. Tenía una para cada ocasión. Solía decir: «Replantearse los objetivos de las misiones es inteligente para que no acabe uno pagando por lo que no ha comprado». No se refería a comprar ni a pagar en el sentido literal, sino a personal, recursos, tiempo, voluntad, esfuerzo, energía. Y solía contradecirse. Igual de a menudo decía: «No permitas que nada te distraiga del objetivo que te han asignado». Aunque, claro, así son los refranes: «Muchos cocineros estropean el caldo», «El trabajo compartido es más llevadero», «Los genios pensamos igual, los tontos nunca difieren». Aunque, en general, después de quitar un par de capas de contradicciones, a León le parecía bien la revisión de objetivos. Le parecía muy bien, de hecho. Sobre todo porque la revisión tiene que ver con pensar y él era de la opinión de que pensar no hace daño. Así que yo estaba pensando, pensando con todas mis fuerzas, porque era consciente de que había algo que, poco a poco y de manera imperceptible, se me acercaba reptando, pero que se mantenía alejado del alcance de mi consciencia. Algo que estaba conectado con lo que Duffy me había dicho: «No has encontrado nada útil. Nada de nada. No hay pruebas».

Oí cómo se abría la verja. Levanté la mirada y vi que Paulie estaba esperando a que pasara. La lluvia le golpeaba el chubasquero. Seguía sin ponerse sombrero. Me tomé una pequeña venganza y esperé un minuto antes de pasar. La revisión de objetivos de Duffy me parecía bien. Beck me daba bastante igual. Bueno, me daba completamente igual. Ahora bien, quería

sacar de allí a Teresa. Y lo conseguiría. Y también quería dar con Quinn. Y lo haría, dijera lo que dijera Duffy. La revisión no iba a alcanzar ese objetivo.

Volví a mirar a Paulie. Seguía esperando. Era idiota. Él estaba bajo la lluvia y yo, dentro de un coche. Levanté el pie del freno y crucé despacio. Una vez hube pasado, aceleré a fondo y me dirigí a la casa.

Dejé el Saab en la plaza en la que lo había visto en una ocasión y salí al patio del garaje. El mecánico seguía en el tercer cubículo. El que estaba vacío. No alcanzaba a ver lo que estaba haciendo. Puede que solo se estuviera protegiendo de la lluvia. Volví corriendo a la casa. Beck oyó que el detector de metales anunciaba mi llegada y acudió a la cocina. Me señaló la bolsa de deporte, que seguía en la mesa, justo en el centro.

—Deshazte de esa mierda. Tírala al mar, ¿vale?

—Vale.

Se fue. Cogí la bolsa y volví a salir. Me dirigí al mar por detrás de la pared del garaje. Dejé mi atado en el mismo sitio en el que había estado.

«Quien guarda, halla».

Además, quería devolverle a Duffy su pistola. Bastantes problemas tenía ya como para añadir a la lista la pérdida de su arma de servicio. La mayoría de las agencias se toman eso muy en serio.

Después, fui hasta las dos piedras lisas de granito y lancé la bolsa con fuerza hacia el mar. Giró por el aire y, antes de que cayera, los zapatos y el emisor de correos electrónicos se salieron. Vi caer el emisor. Se hundió de inmediato. El zapato izquierdo cayó con la parte delantera por delante y también se hundió sin más. La bolsa cayó como un paracaídas durante unos instantes y amerizó con suavidad, boca abajo. Luego, fue llenándose de agua, se giró del todo y se hundió. El zapato derecho flotó un momento, como si fuera un pequeño barco negro. Se movía y se balanceaba con urgencia, como si intentara escapar en dirección este. Superó una ola y bajó por ella pero, después, empezó a inclinarse hacia un lado. Debió de flotar unos diez segundos más y, luego, se llenó de agua, se hundió y desapareció sin dejar rastro.

No había actividad en la casa. La cocinera había salido. Richard estaba en el comedor, comiendo un sándwich que debía de haberse preparado él mismo. No dejaba de mirar la lluvia por la ventana. Elizabeth seguía en la misma sala de antes, leyendo *Doctor Zhivago*. Beck no estaba por ninguna parte. Por eliminación, supuse que estaría en su cubil, puede que sentado en su sillón de

cuero rojo, admirando su colección de ametralladoras. Todo estaba en silencio. No lo entendía. Duffy me había comentado que les habían llegado cinco contenedores y Beck había dicho que les esperaba un fin de semana ajetreado y, aun así, nadie estaba haciendo nada.

Subí a la habitación de Duke. No la consideraba mía. Y esperaba no llegar a hacerlo nunca. Me tumbé en la cama y empecé a pensar. Intenté dar caza a lo que me rondaba por mi subconsciente. León Garber me habría dicho: «Es fácil. Repasa las pistas. Piensa en todo lo que has visto, en lo que has oído», así que eso es lo que hice. Sin embargo, no conseguía impedir que Dominique Kohl saliera de mi cabeza. La quinta vez que la vi, me llevó a Aberdeen, Maryland, en un Chevrolet verde aceituna. Para entonces, me estaba repensando eso de que dejáramos que los planos originales salieran a ver mundo. Era un riesgo elevadísimo. No es que me preocupara el riesgo, pero necesitaba algún avance más primero. Kohl había descubierto dónde dejaba Gorowski el material y cuál era la técnica que utilizaba para hacerlo, además de dónde, cuándo y cómo le hacía saber a su contacto que había hecho la entrega. Pero aún no había visto al contacto recoger nada. Seguía sin saber de quién se trataba.

Aberdeen era una pequeña ciudad a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Baltimore. El método de Gorowski consistía en salir en coche de la ciudad el domingo y hacer la entrega en la zona de Inner Harbor. Por aquel entonces, las renovaciones estaban en pleno auge y se trataba de un sitio bonito y colorido al que ir, aunque el público en general aún no lo había descubierto y casi siempre estaba vacío. Gorowski tenía coche propio, un Mazda Miata de dos años, de segunda mano y de color rojo brillante. Le pegaba. No era un coche nuevo, pero tampoco era barato, dado que, por entonces, era un modelo popular y nadie conseguía un descuento. Vamos, que su valor de segunda mano seguía siendo alto. Era, además, un biplaza, por lo que era imposible que, teniendo dos hijas, le resultara útil. Así que era evidente que tenía otro coche. Sabíamos que su esposa no era rica. En otra persona me habría preocupado, pero el tipo era ingeniero. Era una elección típica. No fumaba, no bebía. Era creíble que se gastara ese dinero que no necesitaba en una máquina con cambio manual y tracción trasera.

El domingo en que le seguimos dejó el coche en un aparcamiento de las marinas de Baltimore y se sentó en un banco. Era bajo y peludo. Ancho de cuerpo. Llevaba el periódico del día. Pasó un rato mirando los barcos de vela. Luego, cerró los ojos y levantó la cabeza, como si mirara al cielo. El tiempo aún era maravilloso. Pasó cinco minutos así, como un lagarto, tomando un

baño de sol. Después, bajó la cabeza, abrió los ojos y empezó a leer el periódico.

—Es la quinta vez —me susurró Kohl—. El tercer viaje desde que acabaron con lo del sabot.

—Hasta ahora, ¿ha seguido el procedimiento estándar?

—Paso a paso.

Estuvo enfrascado en el periódico unos veinte minutos. Era evidente que lo estaba leyendo de verdad. Prestaba atención a las secciones, excepto a la de deportes, cosa que me pareció un tanto curiosa para un seguidor de los Yankees. Aunque, claro, quizá a un seguidor de los Yankees no le agradara tener que ver noticias de los Orioles.

—Ahí va —me susurró Kohl.

Gorowski levantó la vista y sacó del periódico un sobre beis del ejército. Sacudió la mano izquierda como para intentar alisar la sección que estaba leyendo. Y para distraer, claro, porque, al mismo tiempo, con la mano derecha tiró el sobre a la papelerera que tenía al lado.

—Es limpio —comenté.

—¡Y que lo diga! No es ningún idiota.

Asentí. Era muy bueno. No se levantó de inmediato, sino que siguió en el banco, leyendo, unos diez minutos más. Después, dobló el periódico despacio y con cuidado, se puso de pie, se acercó al agua y estuvo un rato más observando los barcos de vela. Luego, dio media vuelta y volvió al coche con el periódico debajo del brazo izquierdo.

—Y, ahora, observe —me dijo Kohl.

Vi cómo Gorowski sacaba un pedazo de tiza del bolsillo del pantalón con la mano derecha y hacía una marca en una farola de hierro. Era la quinta marca que había en la farola. Cinco semanas, cinco marcas. Las cuatro primeras estaban empezando a borrarse, por orden. Me quedé mirándolas con los binoculares mientras él llegaba al aparcamiento, se subía al biplaza y se marchaba, despacio. Me volví y enfoqué la papelerera.

—¿Qué va a suceder ahora?

—Nada de nada. Ya he hecho esto otras dos veces. Dos domingos enteros. No va a venir nadie. Ni por el día, ni por la noche.

—¿Y cuándo vacían las papeleras?

—Mañana por la mañana, a primera hora.

—Quizá el basurero esté implicado.

Negó con la cabeza.

—Ya lo he comprobado. El camión lo compacta todo en cuanto lo cargan y lo lleva cada viaje directo a la incineradora.

—Así que, ¿nuestros planos secretos los está quemando la incineradora municipal?

—Bueno, por lo menos, no estamos perdiendo información secreta.

—Puede que uno de los que va en esos veleros venga en mitad de la noche.

—Imposible, a menos que el hombre invisible se haya comprado un barco.

—Entonces, puede que no haya nadie detrás de esto. Puede que el asunto estuviera preparado de antemano y que al tipo lo arrestaran por otro delito. O puede que se olierá que andábamos tras su pista y que haya huido de la ciudad. O que enfermara y muriera. Puede que sea una conspiración muerta.

—¿Usted cree?

—No, lo cierto es que no.

—¿Va usted a tirar de la manta?

Asentí.

—No me queda otra. Puede que tenga un pelo de tonto, pero solo uno. Esto se nos ha ido de las manos.

—¿Puedo poner en marcha el plan B?

Asentí.

—Llame a Gorowski y amenácelo con el pelotón de fusilamiento. Luego, dígame que, si decide jugar con nosotros y entregarles planos falsos, seremos buenos con él.

—Es complicado que eso suene convincente.

—Dígale que los dibuje él mismo. Es su culo el que está en peligro.

—O el de sus hijas.

—Es lo que tiene ser padre. Eso hará que se concentre.

Se quedó callada unos instantes.

—¿Quiere ir a bailar? —me preguntó.

—¿Por aquí?

—Estamos muy lejos de casa. Nadie nos conoce.

—De acuerdo.

Pero era demasiado pronto para ir a bailar, por lo que nos tomamos un par de cervezas y esperamos a que atardeciera. El bar en el que estábamos era pequeño y oscuro. Construido con madera y ladrillo. Era un sitio agradable. Tenía máquina de discos. Pasamos un buen rato apoyados en ella, hombro con hombro, intentando elegir la canción con la que debutar. Debatimos con

intensidad al respecto. Llegó un momento en que el tema empezó a adquirir gran relevancia. Intenté interpretar sus sugerencias analizando los tiempos. ¿Nos cogeríamos? ¿Era así como quería bailar, pegados? ¿O pretendía que pusiéramos algo con lo que bailásemos separados? Al final, dado que nos habría hecho falta una resolución de la ONU para que nos pusiéramos de acuerdo, metimos un cuarto de dólar en la máquina, cerramos los ojos y pulsamos botones al azar. Sonó *Brown Sugar*, de los Rolling Stones. Era una gran canción para nuestro primer número. Para cualquier número. Lo cierto es que Dominique Kohl era muy buena bailarina. Pero yo era muy malo.

Acabamos sin aliento, por lo que nos sentamos y pedimos más cerveza. De pronto, me di cuenta de lo que estaba haciendo Gorowski.

—¡No está en el sobre! ¡El sobre está vacío! ¡Está en el periódico, en la sección de Deportes! Lo normal habría sido que, por lo menos, mirase los resultados. El sobre es una distracción por si acaso lo vigilamos. Le han enseñado bien. Luego, tira el periódico en otra papelera. Después de hacer la marca con la tiza. Puede que de camino a la salida del aparcamiento.

—¡Mierda, he perdido cinco semanas!

—Y alguien ha recibido tres planos reales.

—Pues es uno de los nuestros. Un militar, uno de la CIA o uno del FBI. Solo un profesional sería tan ingenioso.

«En el periódico, no en el sobre».

Diez años después, estaba tumbado en una cama de Maine, pensando en cómo bailaba Dominique Kohl, y en cómo doblaba el periódico un tal Gorowski, despacio y con cuidado, y en cómo miraba el centenar de mástiles de veleros que había en el agua.

«En el periódico, no en el sobre».

Por alguna razón, me parecía relevante.

«Esto, no aquello».

Entonces, pensé en la chica de servicio, en que había escondido mi atado en el hueco de la rueda de repuesto del Saab. No debía de haber escondido nada más allí porque, de lo contrario, Beck lo habría encontrado y lo habría añadido a las pruebas que había dejado sobre la mesa de la cocina. Pero las alfombrillas del Saab estaban ajadas y sueltas. Si yo fuera de los que esconden una pistola debajo de la rueda de repuesto, también escondería papeles debajo de las alfombrillas de un coche. Y puede incluso que fuera de los que toman notas y mantienen registros de todo.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. La tarde había llegado a su fin. La oscuridad de la noche venía de camino. El decimocuarto día, viernes, casi había terminado. Bajé las escaleras pensando en el Saab. Beck iba por el pasillo. Tenía prisa. Estaba preocupado. Entró en la cocina y cogió el teléfono. Escuchó unos instantes por el auricular y, después, me lo tendió.

—No hay línea.

Me acerqué el auricular a la oreja y escuché. No, no se oía nada. Ni el tono, ni el siseo de los circuitos abiertos. Solo un silencio inerte y el sonido de la sangre subiéndome a la cabeza a toda velocidad. Como en una caracola.

—Prueba con los tuyos —me dijo.

Subí a la habitación de Duke. El teléfono interno funcionaba a la perfección. Paulie respondió al tercer tono. Le colgué. La línea exterior, sin embargo, estaba muerta. Me quedé sujetando el auricular delante de mí, como si aquello fuera a marcar alguna diferencia, y, justo en ese momento, Beck apareció por la puerta.

—Con la verja puedo hablar.

Asintió.

—Es una línea diferente. La tiramos nosotros mismos. ¿Y la exterior?

—Muerta.

—Qué raro...

Colgué el auricular. Miré por la ventana.

—Podría ser el tiempo.

—No. —Levantó su móvil. Era un pequeño Nokia plateado—. Este tampoco funciona.

Me lo alargó. En la parte delantera tenía una pantallita. Una pequeña barra en la zona superior derecha indicaba que la batería estaba cargada del todo. En cambio, no había ninguna barra de las que indicaban la potencia de la señal que recibía el aparato. «Sin servicio», decía con letras negras, grandes y evidentes. Se lo devolví.

—Tengo que ir al cuarto de baño —le dije—. Enseguida bajo.

Me encerré. Me quité el zapato. Abrí el tacón, saqué el emisor y pulsé ENCENDER. La pantalla se encendió. «Sin servicio». Apagué el dispositivo y volví a meterlo en el tacón. Tiré de la cadena para disimular y me senté en la tapa. No era experto en telecomunicaciones. Sabía que la línea solía caerse de vez en cuando. Y que la tecnología de los móviles era, hasta cierto punto, poco fiable. No obstante, ¿qué posibilidades había de que las líneas terrestres de una zona fueran a fallar al mismo tiempo que la torre de comunicaciones móviles más cercana? Muy pocas. Lo que estaba pasando, por tanto, tenía que

ser un apagón deliberado. Ahora bien, ¿quién lo había solicitado? La compañía telefónica no podía ser. No se iban a poner con el mantenimiento en la hora punta del viernes. Puede que el domingo por la mañana, a primera hora, sí. Además, no apagarían las líneas terrestres al mismo tiempo que las torres de comunicación móvil. Escalonarían un trabajo y otro.

Entonces ¿quién había organizado aquello? Una agencia gubernamental muy potente, eso seguro. La DEA, quizá. Puede que la DEA fuera a entrar a saco a por la chica de servicio. O que un equipo de los SWAT estuviera llevando a cabo una operación en el muelle primero y que no quisieran que Beck se enterara hasta que no estuvieran preparados para venir también a la casa.

Pero eso no era lo más probable. Lo más probable era que la DEA tuviera más de un equipo de SWAT a su disposición. Que las operaciones fueran simultáneas. Y, aunque no lo fueran, sería mucho más sencillo cortar la carretera que había entre la casa y el primer cruce. De hecho, esa parte podrían tenerla vallada toda la vida. Aquella carretera conformaba una extensión de veinticinco kilómetros llena de oportunidades ilimitadas. Beck era una presa fácil con o sin teléfono.

Entonces ¿quién había sido?

Puede que Duffy, sin que quedara registrado. Dada la posición de la agente, podría haberle pedido al gerente de la compañía telefónica uno de esos favores que solo puedes pedir una vez en la vida. En especial, un favor tan limitado geográficamente. Un corte en la línea terrestre y en una torre de comunicaciones, puede que de algún punto de la I-95. Aunque eso daría pie a una extensión de cincuenta kilómetros a la redonda completamente muerta para los conductores, era posible que la agente lo hubiera conseguido. Quizá. En especial, si la duración era limitada. Cuatro o cinco horas.

Pero ¿por qué iba a tener Duffy miedo de los teléfonos de repente durante cuatro o cinco horas? Solo había una respuesta posible: tenía miedo por mí.

Los guardaespaldas estaban sueltos.

«Tiempo. La distancia dividida por la velocidad es igual al tiempo».

En cualquier caso, o lo tenía o no lo tenía. El problema era que eso no lo sabía. A los guardaespaldas los habían retenido en el motel de Massachusetts en el que habíamos planeado aquel primer engaño que duraba ocho segundos. Aquel motel estaba a unos trescientos veinte kilómetros en dirección sur. Eso estaba claro. Esos eran los hechos. El resto, pura especulación. Sin embargo, era capaz de imaginar un escenario bastante probable. Los guardaespaldas habían escapado de la habitación del motel y habían robado uno de los Taurus del gobierno. Luego, habían conducido como locos, sin aliento, presa del pánico, puede que durante una hora. Antes de hacer nada, habrían querido estar bien lejos, a salvo. Puede que incluso se hubieran perdido un poco entre los bosques. Luego, se habrían rehecho y habrían tomado la autopista. Habrían acelerado en dirección norte. Entonces, se habrían calmado, habrían mirado hacia atrás, reducido la velocidad para no llamar la atención y empezado a buscar un teléfono. La cuestión es que, para ese momento, Duffy ya habría cortado las líneas. La agente habría actuado con rapidez, por lo que la primera parada de los guardaespaldas habría sido una pérdida de tiempo. Diez minutos, quizá, para reducir la velocidad, aparcar, llamar a la casa, llamar al móvil, volver al coche, volver a la autopista. Luego, habrían hecho lo mismo en la siguiente área de servicio. Habrían considerado que el primer fallo se debía a algo técnico ocasional. Otros diez minutos. Después de eso, o habrían sido capaces de reconocer el patrón o considerado que ya estaban lo bastante cerca de la casa como para seguir adelante. O puede que incluso lo uno y lo otro.

De principio a fin, unas cuatro horas. Ahora bien, ¿cuándo habían comenzado esas cuatro horas? Ni idea. Y ese era el problema. Evidentemente, entre hacía cuatro horas y unos treinta minutos. Así que, o tenía tiempo de sobra, o no tenía tiempo.

Salí a toda prisa del baño y miré por la ventana. Había dejado de llover y ya era de noche. Las luces del muro estaban encendidas y a su alrededor tenían un halo de niebla. Por detrás de ellas, la oscuridad más absoluta. No se veían faros a lo lejos. Volví a la planta baja. Beck estaba en el pasillo de entrada, toqueteando el Nokia, intentando que funcionase.

—Voy a salir —le dije—. Voy a seguir un rato la carretera.

—¿Por qué?

—No me gusta lo que les pasa a los teléfonos. Puede que no sea nada, pero podría ser algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Puede que venga alguien. A estas alturas, ya me ha quedado muy claro que hay mucha gente que podría querer venir a por usted.

—Tenemos el muro y la verja.

—¿Y, barco, tiene?

—No, ¿por qué?

—Porque, como lleguen al muro, va a necesitar usted uno. Podrían quedarse fuera hasta que nos muriéramos de hambre.

No dijo nada.

—Me llevo el Saab.

—¿Por qué?

«Porque es más ligero que el Cadillac».

—Porque quiero dejarle el Cadillac a usted. Es más grande.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que sea necesario. Ahora soy su jefe de seguridad. Puede que no esté pasando nada pero, por si acaso, voy a intentar encargarme de ello.

—¿Qué hago?

—Mantenga una ventana abierta y escuche. Aunque tenga toda esta agua alrededor, si pego algún tiro ahora, por la noche, me oirá a tres kilómetros de distancia. Y, si oye disparos, meta a todos en el Cadillac y salga echando hostias de aquí. Conduzca a toda velocidad. No se detenga. Yo los entretendré el tiempo suficiente para que pueda escapar con su familia. ¿Tiene algún sitio al que ir?

Asintió, pero no me dijo adonde.

—Pues vaya allí. Si salgo de esta, iré a la oficina. Esperaré en el coche. Puede pasarse por allí más tarde.

—De acuerdo.

—Ahora, llame a Paulie y dígame que abra la verja para que pueda salir sin tener que esperar.

—De acuerdo.

Dejé a Beck en el pasillo de entrada. Salí de la casa. Estaba muy oscuro. Di un rodeo por detrás de la pared del patio del garaje para coger mi atado. Me lo llevé al Saab y lo dejé en el asiento de atrás. Luego, me senté al volante, arranqué y salí marcha atrás. Conduje despacio alrededor de la entrada y aceleré por el camino. A pesar de lo lejos que estaban, las luces del muro resultaban muy brillantes. Vi a Paulie en la verja. Reduje la velocidad lo suficiente como para no tener que esperar. Crucé la verja. Conduje en dirección oeste sin dejar de mirar por el parabrisas, en busca de faros que vinieran en mi dirección.

A los seis kilómetros y medio vi un Taurus del gobierno. Estaba aparcado en el arcén, en dirección a mí. Sin luces. El agente de más edad, el que era prácticamente un anciano, estaba sentado al volante. Apagué las luces y reduje la velocidad hasta que puse mi ventanilla a la altura de la suya. Bajé la mía. Bajó la suya. Me apuntó a la cara con una linterna y con una pistola hasta que vio quién era. Entonces, las apartó.

—Los guardaespaldas se han escapado.

Asentí.

—Lo suponía. ¿Hace cuánto?

—Unas cuatro horas.

Miré hacia delante de manera involuntaria.

«No tenía tiempo».

—Hemos perdido a dos de los nuestros.

—¿Los han matado?

Asintió. No dijo nada.

—¿Ha informado Duffy de ello?

—No puede. Aún no. Esto no está en los registros. Toda esta situación ni siquiera está teniendo lugar.

—Va a tener que informar. Son dos agentes.

—Y lo hará, pero más tarde. Después de que usted cumpla. Porque los objetivos vuelven a ser los del principio. Necesita a Beck para justificarse y ahora más que nunca.

—¿Cómo ha sucedido?

Se encogió de hombros.

—Habrán estado esperando el momento oportuno, porque ellos eran dos y nosotros cuatro. Debería haber sido sencillo controlarlos. Supongo que los

nuestros se habrían relajado. Es duro mantener encerradas a dos personas en un motel.

—¿A quiénes han matado?

—A los muchachos de la Toyota.

No dije nada. Aquello había durado algo más de ochenta y cuatro horas. Tres días y medio. A decir verdad, era algo más de lo que había supuesto al principio.

—¿Dónde está Duffy?

—Nos hemos separado. Está con Eliot en Portland.

—Lo de los teléfonos ha sido una genialidad.

Asintió.

—Sí, es cierto, una genialidad. Se preocupa por usted.

—¿Cuánto tiempo va a durar?

—Cuatro horas. No ha podido conseguir más, así que líneas y demás volverán a funcionar dentro de poco.

—Creo que van a venir directos aquí.

—Y yo, por eso he venido yo también directo.

—Si ha sucedido hace unas cuatro horas, hace poco que habrán salido de la autopista, así que yo diría que lo de los teléfonos ya no importa.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Tiene algún plan? —pregunté.

—Estaba esperándole a usted. Supusimos que sumaría usted dos más dos.

—¿Han conseguido armas?

—Dos Glocks con el cargador lleno...

Hizo una pausa y miró hacia otro lado.

—... Excepto por las cuatro balas que han disparado en el escenario del crimen. Así es como nos lo han descrito: cuatro disparos, dos muertos. Disparos a la cabeza, los cuatro.

—No va a ser fácil.

—Nunca lo es.

—Tenemos que encontrar el mejor sitio.

Le pedí que dejara el coche allí mismo y que subiera al mío. Así que salió del Taurus, rodeó el Saab y se sentó en el asiento del copiloto. Llevaba el mismo impermeable que Duffy en la cafetería. Lo había reclamado. Conduje un kilómetro y medio más y, entonces, empecé a buscar ese mejor sitio. Lo encontré en un punto donde la carretera se estrechaba abruptamente y describía una curva suave y larga. El asfalto estaba un poco elevado y los arcenes eran estrechos, de menos de treinta centímetros, y caían con gran

pendiente hasta las rocas. Me paré, giré el Saab, di marcha atrás, giré el Saab un poco más y tiré hacia delante hasta que lo dejé cruzado del todo en la carretera. Salimos del vehículo y comprobamos cómo había quedado. Era un buen bloqueo. No había espacio suficiente para que ningún coche pasara por los lados. La cuestión es que era un bloqueo muy evidente, cosa que sabía de antemano. Los guardaespaldas saldrían de la curva y se lo encontrarían de golpe. Tendrían que pisar el freno a fondo y, después, darían marcha atrás y empezarían a disparar.

—Tenemos que volcarlo —dije—. Como si hubiera sufrido un accidente.

Cogí el atado del asiento de atrás y lo dejé en el arcén por si acaso. Luego, le pedí al agente que pusiera su abrigo en la carretera. Me vacié los bolsillos del abrigo, me lo quité y lo puse junto al suyo. Tenía que volcar el Saab encima de los abrigos, porque quería recuperarlo sin apenas daños. Luego, hombro con hombro, nos apoyamos de espaldas en el coche y empezamos a balancearlo. Es bastante fácil volcar un automóvil. He visto cómo lo hacían en multitud de lugares del mundo. Te ayudas de las ruedas y de la suspensión. Lo balanceas primero y que bote después. Sigues así hasta que lo tienes en el aire, momento en que aprovechas su inercia para darle la vuelta. El agente era fuerte y cumplió con su parte. Hicimos que rebotara unos cuarenta y cinco grados y, entonces, nos dimos la vuelta a la vez y empujamos el vehículo de lado. Acto seguido, valiéndonos del impulso que llevaba, lo volcamos boca arriba.

Con los abrigos, conseguimos deslizar el Saab sin rayarlo y ponerlo justo donde queríamos. Luego, abrí la puerta del conductor y le pedí al agente que entrara y se hiciera el muerto por segunda vez en cuatro días. Entró como pudo y se quedó tumbado bocabajo, con medio cuerpo fuera, con los brazos por encima de la cabeza. Así, a oscuras, resultaba muy convincente. Alumbrado por la dura luz de unos faros no tendría mucho mejor aspecto. Los abrigos no se veían a menos que los buscaras. Cogí mi atado y bajé por las rocas que había más allá del arcén y me acuclillé.

Luego, esperamos.

Me pareció una espera larga. Cinco minutos, seis, siete. Recogí tres piedras, un poco más grandes que la palma de mi mano todas ellas. Observé el horizonte por el oeste. El cielo aún estaba lleno de nubes bajas, la luz de los faros se reflejaría en ellas a medida que se acercaran, subiendo y bajando por la carretera. Pero el horizonte no se iluminaba. Seguía en calma. No oía nada excepto las olas lejanas y la respiración del agente.

—Tienen que estar al llegar —comentó.

—Sí, enseguida lo harán.

Esperamos. La noche seguía oscura y en silencio.

—Oiga, ¿cómo se llama usted? —le pregunté.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Por curiosidad. No sé, no me parece bien haberlo matado en dos ocasiones y ni siquiera saber su nombre.

—Terry Villanueva.

—¿Es español el apellido?

—Por supuesto.

—Pues no parece usted español.

—Lo sé. Mi madre era irlandesa y mi padre era español, pero tanto mi hermano como yo nos parecemos a nuestra madre. Mi hermano se cambió el apellido a Newton. Como aquel científico, o como la ciudad que creció en el extrarradio de Massachusetts. Porque eso es lo que significa Villanueva, ciudad nueva. Yo preferí quedarme con el español. Por respeto al viejo, ya sabe.

—¿De dónde es?

—Del sur de Boston. No fue fácil en aquella época. Por lo del matrimonio entre personas de orígenes diferentes.

Volvimos a quedarnos callados. Yo observaba y escuchaba. Nada. Villanueva cambió de posición. Daba la impresión de que no estuviera cómodo.

—Es usted un soldado, Terry.

—De la vieja escuela.

Fue entonces cuando oí un coche.

Y cuando le sonó el móvil a Villanueva.

El coche debía de estar a kilómetro y medio. Oía el débil y ligero sonido de un lejano motor V-6 revolucionado. A lo lejos veía el brillo de unos faros atrapados entre la carretera y las nubes. Villanueva tenía de tono de móvil una versión aceleradísima de la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Dejó de hacerse el muerto, se inclinó hacia las piernas y lo sacó apresuradamente del bolsillo. Pulsó un botón, la música se calló y él respondió. Era un aparato que resultaba pequeño en su mano. Se lo llevó al oído. Escuchó durante un segundo y oí cómo respondía «De acuerdo» y, luego, «Estamos en ello ahora mismo». «De acuerdo» otra vez. «De acuerdo» una vez más, colgó y volvió a tumbarse bocabajo, con la mejilla apoyada en el asfalto. Tenía el móvil en la mano, pero medio salido.

—Acaban de restaurar el servicio.

«Empieza el tictac de un nuevo reloj».

Miré hacia la derecha, hacia el este. Seguro que Beck seguía probando si tenía línea. Supuse que, en cuanto la tuviera, vendría a por mí para decirme que no era necesario que nos preocupáramos. Miré hacia la izquierda, hacia el oeste. Oía el coche a la perfección, alto y claro. Los haces de los faros se balanceaban y giraban, brillantes en la noche.

—Treinta segundos —avisé a Terry.

El ruido se hizo más fuerte. Ahora, oía las ruedas, la caja de cambios automática y el motor como ruidos separados. Me agaché un poco más. Diez segundos, ocho, cinco. El coche empezó a tomar la curva y sus luces me pasaron justo por encima. Entonces, oí el ruido sordo de los hidráulicos, el chirrido de los rotores de los frenos y el aullido de la goma bloqueada rascando el asfalto. El coche se detuvo del todo, un poco descentrado, como a unos seis metros del Saab.

Levanté la vista. Era un Taurus de color azul, gris bajo aquella luz de luna que nos alumbraba entre nubes. El vehículo tenía un cono de luz blanca por delante. Por detrás, el rojo de los frenos destellaba. Había dos tipos dentro. Tenían la cara iluminada por el reflejo de la luz de sus propios faros. Se quedaron quietos un instante. Miraban hacia delante. Reconocieron el Saab. Seguro que lo habían visto mil veces. Vi cómo el conductor se movía. Oí cómo quitaba la marcha y echaba el freno de mano. Las luces de freno se apagaron. Dejó el motor al ralentí. Me llegaba el olor del humo del tubo de escape y del calor de debajo del capó.

Abrieron las puertas al mismo tiempo. Bajaron del coche y se quedaron de pie detrás de ellas. Empuñaban las Glock. Esperaron. Salieron de detrás de las puertas. Caminaron hacia el Saab, poco a poco, con la pistola apuntando al suelo. Los faros los iluminaban con fuerza de cintura para abajo. Verles el torso me resultaba más complicado, pero era capaz de entrever los contornos. La forma. Eran los guardaespaldas. Sin duda. Jóvenes y corpulentos, estaban tensos y se comportaban con cautela. Iban vestidos con traje oscuro, arrugado y manchado. No llevaban corbata. Su camisa ya no era blanca, sino gris.

Se acuclillaron al lado de Villanueva. La sombra de los guardaespaldas cubría al agente. Se movieron un poco y le giraron la cara hacia la luz. Era consciente de que no era la primera vez que lo veían. La primera había sido hacía ochenta y cuatro horas, durante un corto periodo de tiempo, cuando habían pasado por delante de él, más allá de la verja de la universidad. Sin embargo, no creía que fueran a acordarse de él. Y, de hecho, creo que no lo hicieron. No obstante, como ya los habían engañado una vez, no querían

volver a caer en una trampa. Fueron muy cautelosos. No se pusieron con los primeros auxilios de buenas a primeras. Se quedaron acucillados, sin hacer nada. Entonces, el que estaba más cerca de mí se puso de pie.

En ese momento, yo me encontraba a metro y medio de él. En la mano derecha llevaba una de las tres piedras, que era un poco mayor que una pelota de sóftbol. Giré el brazo con un arco amplio, horizontal y rápido, como si fuera a pegarle una bofetada. El brazo llevaba tal fuerza que, en caso de que hubiera fallado, se me habría salido del codo. La cuestión es que no fallé. La piedra le acertó justo en la sien y se desplomó, como si acabase de caerle un peso desde lo alto. El otro guardaespaldas era más rápido. Se revolvió y giró sobre sus pies. Villanueva intentó segarle las piernas, pero el guardaespaldas bailoteó y lo esquivó. Empezó a levantar la Glock. Lo único que yo quería era impedir que disparara, así que le tiré la piedra a la cabeza. Se volvió un poco y la piedra le alcanzó en la nuca, justo donde el cráneo se encuentra con la columna. Fue como si recibiera un puñetazo feroz. El golpe lo empujó hacia delante, la Glock se le cayó de la mano y él se derrumbó como un árbol talado y se quedó inmóvil.

Miré hacia la oscuridad del este. No vi nada. No vi luces. No oí nada, excepto el lejano mar. Villanueva salió arrastrándose del coche y se agachó sobre el primero de los guardaespaldas.

—Este está muerto —dijo.

Me acerqué y lo comprobé. En efecto, lo estaba. Es complicado sobrevivir a un golpe en la sien cuando te lo dan con tantísima fuerza y con una piedra que andaría por los cuatro kilos y medio. El guardaespaldas tenía el cráneo hundido y los ojos abiertos de par en par, aunque no veía nada con ellos. Le tomé el pulso en el cuello y en la muñeca. Nada. Fui a ver cómo estaba el otro. Me acucillé a su lado. También estaba muerto. Tenía el cuello roto. No es que me sorprendiera. Le había lanzado una piedra de cuatro kilos y medio como si fuera Nolan Ryan.

—Y eso que dicen que menos da una piedra... —dijo Villanueva.

Yo no dije nada.

—¿Qué pasa? —añadió—. ¿Acaso pretendía devolverlos a custodia? ¿Después de lo que nos han hecho? Se han suicidado al matar a dos policías, ¡así de simple!

No dije nada.

—¿Le supone algún problema?

Yo no era de los suyos. No era de la DEA. No era policía. Ahora bien, pensé en el comunicado del soldado Powell: «Cita Solo para usted, ambos LD

después de 5, 10-2, 10-28 fin de la cita». Vamos, que a aquellos dos había que matarlos sí o sí. Y lo cierto es que estaba dispuesto a confiar en lo que me había dicho Powell. Para eso sirve la lealtad de unidad. Villanueva tenía la suya y yo, la mía.

—Ninguno.

Me acerqué a la piedra y la llevé rodando hasta el arcén. Luego, me acerqué al Taurus y apagué las luces. Le hice un gesto a Villanueva para que se acercara.

—Ahora, tenemos que darnos mucha prisa. Llame a Duffy y pídale que venga con Eliot. Necesitamos que se lleven este coche.

Villanueva utilizó un botón de marcación rápida y enseguida empezó a hablar. Yo recogí las Glocks y le metí una en el bolsillo a cada uno de los cadáveres. Luego, me acerqué al Saab. Ponerlo sobre las cuatro ruedas iba a ser mucho más complicado de lo que había sido darle la vuelta. Por un instante, de hecho, llegué a temer que fuera a ser imposible. Los abrigos impedían la fricción contra el asfalto. Si lo empujábamos, no conseguiríamos sino que se deslizase. Cerré la puerta del conductor y esperé.

—Están en camino.

—Ayúdeme con el coche.

Movimos el Saab en dirección a la casa con intención de sacar los abrigos. El vehículo se deslizó del abrigo de Villanueva al mío. Luego, conseguimos sacar el mío y el vehículo se detuvo en cuanto el metal tocó el asfalto.

—Se va a rayar.

Asentí.

—Es un riesgo que hemos de correr. Ahora, coja el Taurus y dele un empujoncito al Saab.

Condujo el coche hasta que el parachoques frontal tocó el Saab. Encajaba justo por encima de la cintura del mismo, contra la columna central de las puertas. Le pedí que pisara un poco el acelerador y el Saab se levantó del lado y el techo rozó contra el asfalto. Me subí al capó del Taurus y empujé con fuerza el parabrisas del Saab. Villanueva siguió acelerando con el Taurus, despacio, a velocidad constante. El Saab fue levantándose. Cuarenta grados. Cincuenta. Sesenta. Apoyé los pies contra la base del parabrisas del Taurus y fui bajando las manos por el lateral del Saab hasta que las tuve en el techo. Villanueva aceleró un poco más y mi columna vertebral se comprimió unos dos centímetros y medio, pero el Saab giró y aterrizó sobre sus ruedas con un fuerte ruido sordo. Rebotó una vez y Villanueva frenó con fuerza, yo me caí hacia delante y me di un golpe en la cabeza con la puerta del Saab. Acabé

tirado en la carretera, por debajo del parachoques del Taurus. Villanueva dio marcha atrás, se detuvo y salió del coche.

—¿Está usted bien?

Yo seguía tumbado. Me dolía la cabeza. Me había dado un buen golpe.

—¿Qué tal está el coche?

—¿Las buenas o las malas noticias?

—Las buenas primero.

—Los retrovisores exteriores están bien. No se va a notar nada.

—¿Pero?

—La pintura está muy rayada. Y hay una abolladura en la puerta. Yo diría que acaba de hacerla usted con la cabeza. Y el techo está un poco hundido.

—Diré que he atropellado un ciervo.

—No tengo muy claro que haya ciervos por aquí.

—Pues un oso, no sé. O lo que sea. Una ballena varada. Un monstruo marino. Un calamar gigante. Un mamut lanudo que acaba de quedar libre de un glaciar que se ha derretido.

—¿Está usted bien?

—Sobreviviré.

Me puse a cuatro patas y me incorporé, muy despacio.

—¿Puede hacer usted algo con los cadáveres? —dijo—. Porque nosotros no podemos.

—En ese caso, supongo que no me queda alternativa.

Abrimos el maletero del Saab con cierta dificultad, dado que el hundimiento del techo había provocado que se desalineara un poco. Metimos en él los cadáveres, uno a uno, doblados. Casi lo llenaban por completo. Volví al arcén, cogí mi atado y lo puse encima de los muertos. El coche tenía una bandeja trasera que lo tataría todo. Tuvimos que esforzarnos para cerrar el maletero. Nos pusimos cada uno en un lado y empujamos con todas nuestras fuerzas. A continuación, cogimos los abrigos del suelo, los sacudimos y nos los pusimos. Estaban empapados, machacados y rotos aquí y allí.

—¿Está usted bien? —volvió a preguntarme.

—Suba al coche.

Volvímos a abrir los espejos retrovisores de las puertas y subimos al coche. Giré la llave. No arrancaba. Lo intenté de nuevo. Nada. Entre un intento y otro oí la bomba de gasolina rechinando.

—Espere un poco, no vuelva a intentarlo —dijo Villanueva—. Como el coche ha estado boca abajo, la gasolina se ha salido del motor. Espere un momento, deje que vuelva a entrar.

Esperé y el coche arrancó al tercer intento. Metí primera y recorrimos el kilómetro y medio que nos separaba del otro Taurus, el Taurus en el que había llegado Villanueva. Allí seguía, esperándonos en el arcén, gris bajo la luz de la luna, fantasmagórico.

—Ahora, vuelva hasta el otro coche y espere allí a Duffy y a Eliot. Después, les sugiero que se larguen de aquí como alma que lleva el diablo. Ya nos veremos más tarde.

Me estrechó la mano y me dijo:

—Vieja escuela.

—Diez dieciocho —le respondí. Era el código de radio de la Policía Militar para «misión cumplida», pero supuse que no lo sabía, porque se me quedó mirando sin más—. Cuídese.

Negó con la cabeza.

—Mensajes de voz —me dijo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Cuando un teléfono está fuera de servicio, es habitual que te permitan dejar un mensaje de voz.

—Ya, pero toda la red estaba caída.

—Sí, pero la red móvil no lo sabe. Por lo que respecta a las máquinas, lo que pasaba era que Beck tenía el móvil apagado. Así que puede que le hayan dejado un mensaje de voz, que estará en alguna parte. Seguramente en un servidor central.

—¿Y para qué iban a hacerlo?

Villanueva se encogió de hombros.

—Para decirle que estaban de vuelta. Ya sabe, puede que diesen por hecho que Beck iba a escuchar los mensajes de inmediato. Puede, incluso, que le hayan contado lo sucedido. O quizá no estuvieran pensando con claridad y creyeran que estaban hablándole a un contestador automático y no hayan grabado sino: «Oiga, señor Beck, coja el teléfono, vamos».

No dije nada.

—Podrían haber dejado su voz en el mensaje. Hoy. Y esa es la clave.

—De acuerdo.

—¿Qué va a hacer?

—Empezar a disparar. Los zapatos, los mensajes de voz... Ahora mismo, están a un paso de descubrirme.

Villanueva negó con la cabeza.

—No puede hacer eso. Duffy necesita a Beck con vida. Es la única manera de que salve el culo.

Aparté la mirada.

—Dígale que haré cuanto pueda. Ahora bien, como tenga que elegir entre él o yo, lo mataré.

No dijo nada.

—¿Qué pasa? ¿Acaso ahora soy un sacrificio humano?

—Usted haga cuanto pueda... que Duffy es una buena chica.

—Lo sé.

Salió del Saab, para lo que tuvo que ayudarse poniendo una mano en el marco de la puerta y la otra en el lateral del asiento. Fue hasta su coche, entró, arrancó y se alejó despacio y en silencio, sin luces. Vi cómo se despedía con la mano. Me quedé observándolo hasta que lo perdí de vista y, después, di marcha atrás, giré y dejé el Saab cruzado en mitad de la carretera, en dirección oeste. Así, cuando Beck viniera a buscarme, consideraría que estaba haciendo un buen trabajo de defensa.

Pero, o bien Beck no estaba probando los teléfonos muy a menudo, o bien no estaba muy pendiente de mí, porque me quedé allí sentado diez minutos y no apareció. Pasé parte del tiempo de espera poniendo a prueba mi hipótesis de que una persona que esconde una pistola debajo de la rueda de recambio también esconde papeles debajo de las alfombrillas. Las alfombrillas ya estaban sueltas y no les había ayudado en nada estar boca abajo. En cualquier caso, no había nada debajo de ellas, excepto manchas de óxido y una capa húmeda de aislante acústico que parecía que estuviera hecha con viejos jerséis de colores rojo y gris. No había notas. Había sido una mala hipótesis. Volví a poner las alfombrillas en su sitio lo mejor que pude y las pisoteé hasta que estuvieron bastante lisas.

Luego, salí y comprobé los daños exteriores que había sufrido el vehículo. Con los arañazos de la pintura no podía hacer nada. Tenían mala pinta, pero no eran desastrosos. Tampoco es que se tratara de un coche nuevo. Con la abolladura de la puerta tampoco podía hacer nada, a menos que estuviera dispuesto a abrirla por dentro y a empujar la plancha. El techo estaba un poco hundido. Lo recordaba con una forma abombada y, ahora, estaba bastante plano. Para eso quizá podía hacer algo desde dentro. Me senté en los asientos de atrás y empujé el techo con las palmas de las manos. Obtuve dos sonidos a modo de recompensa. Uno de ellos fue el que hizo la lámina de metal al recuperar su forma original. El otro, el crujido del papel.

No era un coche nuevo, por lo que el techo no tenía ese recubrimiento aterciopelado que llevan hoy en día los vehículos. Por el contrario, estaba protegido con un vinilo de color crema muy pasado de moda y tenía unas nervaduras de alambre que dividían el techo en tres secciones acordeonadas. Los bordes del vinilo estaban metidos en una junta de goma negra que recorría todo el perímetro del techo. El vinilo estaba un poco arrugado en la esquina delantera del asiento del conductor. Y también daba la impresión de que la junta de goma estuviera un poco suelta en ese mismo punto. Supuse que era posible sacar el vinilo por esa zona empujándolo y, después, tirando de él por debajo de la junta. Luego, al tirar de él por el lateral, tendría acceso a las tres secciones acordeonadas. Más tarde, bastaría con invertir tiempo para volver a meter el vinilo en el borde, siempre que uno tuviera uñas, claro. Además, con un poco de cuidado, en un coche tan ajado como ese resultaría complicado darse cuenta de que había habido una incursión.

Me incliné hacia delante y comprobé la sección que corría por encima de los asientos frontales. Empujé el vinilo hacia arriba hasta que noté la parte interior del techo. Allí no había nada. En la siguiente sección tampoco había nada. Sin embargo, en la sección que estaba encima de los asientos de atrás había papeles escondidos. Podía, incluso, determinar el tamaño y el peso. Entre ocho y diez folios.

Salí de la parte de atrás, me senté en el asiento del conductor y analicé la junta. Empujé el vinilo y lo cogí por la punta. Conseguí meter una uña por debajo de la goma y fui abriéndola hasta que obtuve una boca de un centímetro. Con la otra mano fui empujando el vinilo hacia el otro lado del techo y este fue saliendo, obedientemente, de debajo de la junta hasta que hubo un agujero lo bastante grande como para que pudiera meter el pulgar.

Fui tirando el pulgar hacia atrás y llevaba unos veintitrés centímetros de vinilo sacados cuando, de repente, me iluminaron por detrás. Una luz fuerte, sombras duras. La carretera apareció por mi hombro derecho, por lo que miré por el espejo retrovisor izquierdo. El cristal estaba roto y se llenó de múltiples faros brillantes. Vi la advertencia grabada: «Los objetos que aparecen en el espejo están más cerca de lo que parece». Me giré, aún sentado, y vi un único par de faros que se movían con urgencia a derecha e izquierda por las curvas. Estaban a unos cuatrocientos metros. Se acercaban muy deprisa. Bajé unos centímetros la ventanilla y oí el siseo distante de unas ruedas gruesas y el gruñido de un silencioso V-8 que avanzaba en segunda. El Cadillac a toda prisa. Volví a poner el vinilo en su sitio, si bien no tenía tiempo para meterlo

del todo en la junta. En realidad, me limité a empujarlo hacia arriba y a confiar en que no se cayera.

El Cadillac se detuvo justo detrás de mí con un frenazo. Siguió con los faros encendidos. Miré por el retrovisor y vi cómo se abría la puerta del conductor y bajaba Beck. Metí la mano en el bolsillo y le quité el seguro a la Beretta. Por mucho que se jugara Duffy, no tenía ninguna intención de mantener un largo debate por unos mensajes de voz. No obstante, Beck no llevaba ni una pistola, ni el Nokia en las manos. De hecho, no llevaba nada en las manos. Se acercó, salí del coche y nos encontramos a la altura del parachoques trasero del Saab. Pretendía mantenerlo alejado de las abolladuras y de los rayones, si bien se encontraba a unos cuarenta y cinco centímetros de los guardaespaldas que había enviado para recoger a su hijo.

—Vuelve a haber línea.

—¿También el móvil?

Asintió.

—Pero fíjate en esto.

Sacó un pequeño teléfono móvil plateado del bolsillo. Yo mantuve la mano alrededor de la empuñadura de la Beretta, pero sin que se diera cuenta. A mí me haría un agujero en el abrigo, pero el que haría en el suyo sería muchísimo más grande. Me pasó el móvil. Lo cogí con la izquierda y lo sostuve a la luz de los faros del Cadillac. Miré la pantalla. No entendía muy bien lo que estaba viendo. Sabía que, en algunos móviles, se indicaba que había mensajes de voz con un pequeño pictograma que representaba un sobre. Otros utilizaban un símbolo que representaba dos pequeños círculos unidos con una barra en la parte inferior, como si se tratara de una cinta de magnetófono. Aquello era algo que siempre me había parecido de lo más extraño, dado que, a mi entender, la mayoría de los usuarios de teléfonos móviles no habían visto una cinta de esas en la vida. Además, estaba bastante seguro de que las compañías de teléfonos móviles no grababan los mensajes en ese tipo de cintas. Suponía que los grababan con algún método digital y que quedaban registrados en algún circuito en estado sólido. Aunque, claro, también es cierto que las señales de los cruces ferroviarios aún tienen ese tipo de locomotora del que se habría enorgullecido Casey Jones.

—¿Lo ves?

No veía nada. Ni sobrecitos, ni cintas de magnetófono. Solo veía el simbolito de lo fuerte que era la señal y el que indicaba lo cargada que estaba la batería, además del símbolo de MENÚ y el de AGENDA.

—¿El qué?

—El indicativo de la fuerza de la señal. Solo hay tres rayitas de cinco y aquí suelo tener cuatro.

—Puede que la torre se haya caído y que recupere la fuerza poco a poco. Puede que haya alguna razón eléctrica.

—¿Tú crees?

—Hay microondas de por medio. Es posible que sea una tecnología muy complicada. Compruébelo dentro de un rato. Puede que dentro de un rato reciba la señal con más fuerza.

Le devolví el teléfono con la mano izquierda. Lo cogió y lo guardó en el bolsillo, aún preocupado al respecto.

—¿Está todo tranquilo por aquí?

—Como una tumba.

—Así que no ha sido nada. No era nada.

—Supongo que no. Lo siento.

—No, de verdad, aprecio tu precaución.

—Solo hago mi trabajo.

—Venga, vamos a cenar.

Beck volvió al Cadillac. Le puse el seguro a la Beretta y me metí en el Saab. Beck dio marcha atrás, giró y me esperó. Supuse que quería que pasásemos juntos por la verja para que Paulie solo tuviera que abrirla y cerrarla una vez. Condujimos de vuelta en convoy. Fueron seis kilómetros y medio que se me hicieron cortos. El Saab rodaba mal y los faros enfocaban hacia arriba. La dirección tampoco iba muy fina. Transportaba ciento ochenta kilos de carne en el maletero y la esquina del vinilo se desprendió en cuanto cogí el primer bache y fue dándome en la cabeza todo el camino.

Guardamos los coches en sus plazas y Beck me esperó en el patio. Estaba subiendo la marea. Oía las olas por detrás de la pared. Estampaban el agua contra las rocas. Sentía su impacto a través del suelo. Era una sensación física muy real. No era solo el sonido. Me uní a Beck y fuimos juntos hasta la puerta principal. El detector de metales pitó dos veces, una por él y otra por mí. Me dio unas llaves de la casa. Las acepté como si fueran un distintivo de mi puesto. Luego, me dijo que cenaríamos en treinta minutos y me invitó a comer con la familia.

Subí a la habitación de Duke y miré por la ventana. Me pareció ver, a unos ocho kilómetros, unas luces rojizas que se alejaban. Tres pares de luces. Esperaba que fueran Villanueva, Eliot y Duffy en los Taurus del gobierno.

«10-18. Misión cumplida».

Aunque, debido al resplandor de los focos del muro, era complicado determinar si eran luces de verdad. Podrían haber sido puntos en mi visión, producidos por el cansancio o por el golpe que me había dado en la cabeza.

Me di una ducha rápida y le robé otra muda a Duke. Seguí con mis propios zapatos y con mi chaqueta, pero dejé el abrigo, que estaba muy estropeado, en el armario. No comprobé si tenía correo electrónico. Duffy había estado muy ocupada como para escribirme. En cualquier caso, en aquel momento estábamos en la misma página. No podía decirme nada que no supiera. Era yo el que, dentro de muy poco, en cuanto pudiera abrir el techo del Saab, podría decirle algo.

Disfruté de treinta minutos de tranquilidad y, después, bajé a cenar. Me encontré a la familia en el comedor. Ya los había visto allí en otras ocasiones. Era una estancia enorme. Había una mesa rectangular larga, de roble, pesada, sólida, carente de estilo. Yo diría que cabrían allí hasta veinte personas. Beck estaba sentado en la cabecera. Elizabeth, justo enfrente. Richard estaba solo, en la mitad de la mesa, y a mí me habían sentado justo enfrente de él, de espaldas a la puerta. Pensé en pedirle que me cambiara de sitio porque no me gusta sentarme de espaldas a las puertas. Sin embargo, decidí que lo mejor era sentarme sin más.

Paulie no estaba. Era evidente que no lo habían invitado. Como es normal, la chica de servicio tampoco estaba. Era la cocinera la que tenía que hacer todo el trabajo y, a decir verdad, daba la impresión de que no le hacía ninguna gracia. Ahora bien, la comida era excelente. Empezamos por una sopa de cebolla. Si bien a mí me pareció auténtica, mi madre no le habría dado una buena nota, pero es que hay que tener en cuenta que hay unos veinte millones de francesas que consideran que la suya es la mejor receta de sopa de cebolla.

—Háblanos de los años que pasaste en el ejército —me pidió Beck como si le interesara que mantuviéramos una conversación.

Desde luego, de negocios no iba a hablar conmigo, eso estaba claro. Al menos, no delante de su familia. Quizá Elizabeth supiera más de lo que le convenía, pero Richard debía de saber bien poco, por no decir nada. O, no sé, quizá tuviera bloqueada esa parte de su vida. ¿Cómo me había dicho? «Lo malo no ha sucedido si no lo traes a la memoria», ¿no?

—No hay mucho que contar.

No quería hablar de ello. Habían sucedido cosas malas y elegí no traerlas a la memoria.

—Pero algo habrá —me dijo Elizabeth.

Los tres me miraban, por lo que me encogí de hombros y les conté una historia acerca de unas comprobaciones que había tenido que hacer en los presupuestos del Pentágono. Les hablé de los cargos de ochocientos dólares en herramientas de mantenimiento llamadas AALR que había en ellos. Les conté que aquello era tan aburrido que había sentido curiosidad y que, después de hacer un par de llamadas, había descubierto que el acrónimo significaba «Aplicadores Ajustables de Llaves Rotativas». Les conté que había rastreado una de las facturas y que había descubierto que se trataba de un destornillador de tres dólares. Y aquello me había llevado a martillos de tres mil dólares, a inodoros de mil, a montones de artículos. Es una buena historia. De hecho, es el tipo de historia que le agrada a cualquier audiencia. La mayoría de las personas responde bien a la audacia y los antigubernamentales se tiran de los pelos. Pero no es verdad. Sucedió, sí, pero no a mí. Sucedió en un departamento completamente distinto.

—¿Has matado a gente? —me preguntó Richard.

«A cuatro personas en los últimos tres días».

—No hagas ese tipo de preguntas —le dijo su madre.

—La sopa está buena —dijo Beck—. Quizá le falte un poco de queso.

—Papá...

—¿Qué pasa?

—Tienes que empezar a pensar en tus arterias. Se te van a obstruir.

—Bueno, son mis arterias.

—Ya, pero tú eres mi padre.

Se miraron y se echaron una sonrisa tímida. Padre e hijo, los mejores amigos.

«Ambivalencia».

Estaba todo preparado para que fuera una cena larga. Elizabeth cambió de tema para que dejáramos el del colesterol. Se puso a hablar del Museo de Arte de Portland. Comentó que tenían un edificio de Ieoh Ming Pei, y una colección de maestros estadounidenses y otra de impresionistas. No tenía muy claro si pretendía educarme o si quería tentar a Richard a salir de la casa y hacer algo. Desconecté. Lo que yo quería era ir al Saab, pero no podía hacerlo en aquel momento, por lo que intenté predecir lo que me iba a encontrar allí. Como si fuera un juego. Oí a León Garber en mi cabeza: «Piensa en todo lo que has visto y en todo lo que has oído. Repasa las pistas». No había oído gran cosa, pero había visto muchas. Todo lo que había visto eran pistas de algún tipo. La mesa del comedor, por ejemplo. La casa entera y todo lo que había en ella. Como los coches. El Saab era una chatarra. El Cadillac y los

Lincoln eran buenos automóviles, pero no eran ni Rolls-Royces ni Bentleys. La decoración era vieja, sosa, plana. No es que fuera barata, pero tampoco era actual. Todo estaba pagado hacía mucho tiempo. ¿Qué había dicho Eliot en Boston? Aquello sobre el pandillero de Los Ángeles: «Creemos que sus beneficios andan en torno al millón de dólares semanal. Vive como un emperador». Se suponía que Beck estaba un par de peldaños más arriba, pero no vivía como un emperador. ¿Por qué no? ¿Sería, acaso, un norteamericano cauteloso que no se dejaba llevar por el consumismo?

—Mira —me dijo Beck.

Volví con ellos y vi que tenía en la mano el móvil y me lo tendía. Lo cogí y miré la pantalla. La fuerza de la señal había aumentado, volvía a ser de cuatro barras.

—¿Ve? Las microondas. Puede que suban poco a poco.

Volví a mirar la pantalla. Ni sobrecitos, ni cintas de magnetófono. No había mensajes de voz. La cuestión es que el teléfono era pequeño y que yo tengo unos pulgares muy grandes, así que, por accidente, toqué las flechas de subir y bajar que había debajo de la pantalla, que cambió de inmediato y me mostró una lista de nombres. Supuse que era una agenda telefónica virtual. La pantalla era tan pequeña que solo se podían ver tres contactos. Arriba del todo estaba CASA. Luego venía VERJA. El tercero era XAVIER. Me quedé mirando el móvil con tal intensidad que el comedor se quedó en silencio. La sangre me rugía en los oídos.

—La sopa estaba muy buena —dijo Richard.

Le devolví el móvil a Beck. La cocinera estiró el brazo y me cogió el bol.

La sexta vez que vi a Dominique Kohl fue, también, la primera vez que oí el nombre de «Xavier». Habían pasado diecisiete días desde que bailáramos en el bar de Baltimore. El clima había empeorado. Las temperaturas habían caído en picado y el cielo estaba gris, encapotado. La sargento iba con el uniforme de gala. Por un instante, pensé que debía de tener una evaluación de desempeño y que se me había olvidado por completo, pero enseguida caí en la cuenta de que tenía un encargado en la compañía dedicado a recordarme ese tipo de cosas y que no me había dicho nada.

—Esto no le va a gustar —me soltó.

—¿Por qué? ¿Acaso la han ascendido y se marcha usted?

Sonrió. Me di cuenta de que mis palabras habían sonado a cumplido personal más de lo que había pretendido.

—He dado con el malo.

—¿Cómo?

—Mediante la aplicación ejemplar de habilidades relevantes.

Me quedé mirándola.

—¿Teníamos programada una evaluación de desempeño?

—No, pero creo que deberíamos.

—¿Por qué?

—Porque he dado con el malo y creo que las evaluaciones de desempeño siempre es mejor pasarlas justo después de tener un gran éxito en un caso.

—Aún trabaja usted con Frasoni, ¿verdad?

—Somos compañeros, sí.

Aquellas tres palabras no respondían a mi pregunta.

—¿La está ayudando?

Esgrimió una mueca.

—Pido permiso para hablar con franqueza.

Asentí.

—Es como desperdiciar una buena comida.

Asentí una vez más. Aquella era, también, mi impresión. El teniente Anthony Frasoni era bueno, pero no era la mejor opción que tenía a mi disposición.

—Es un buen tío. A ver, no me malinterprete.

—Pero es usted la que está haciendo todo el trabajo.

Asintió. Llevaba el archivo original del caso que le había asignado nada más descubrir que no era un tipo grande y feo de Texas o Minnesota. Estaba lleno de sus propias notas.

—Usted, en cambio, me ha ayudado. Tenía razón. El documento en cuestión está en el periódico. Gorowski tira el periódico entero en una papelerera que hay en la salida del aparcamiento. En la misma papelerera dos domingos seguidos.

—¿Y?

—Y dos domingos seguidos, ha sido la misma persona la que ha recogido el periódico.

Era un plan inteligente, solo que el hecho de tener que rebuscar en una papelerera le confería cierta vulnerabilidad. Como si le faltara credibilidad. Lo de la papelerera era complicado hacerlo, a menos que estuvieras dispuesto a hacerlo bien, para lo que tendrías que disfrazarte de mendigo, y no es nada fácil resultar verdaderamente convincente. Los mendigos caminan kilómetros cada día y van mirando en todas las papeleras de su ruta. Imitar ese

comportamiento de forma plausible requiere muchísimo tiempo y mucho cuidado.

—¿Cómo es esa persona?

—Sé lo que está pensando. Que quién revuelve en las papeleras aparte de los sin techo, ¿verdad?

—¿Quién, sino ellos?

—Imagine un domingo normal y corriente. Un día en el que no hay prisa para nada, en el que estás paseando, puede que mientras haces tiempo esperando a una persona que llega un poco tarde. Puede que lo de salir a pasear se haya vuelto un poco aburrido, pero el sol brilla y hay un banco para sentarse y, además, el periódico del domingo siempre trae muchas páginas y todas ellas muy interesantes. La cuestión es que no lo has comprado.

—Vale, lo estoy imaginando.

—¿Se ha dado cuenta de que los periódicos usados acaban convirtiéndose en propiedades comunitarias? Fíjese, por ejemplo, en lo que se hace en los trenes. O en el metro. Uno lee el periódico, lo deja en el asiento cuando se baja y otra persona lo coge de inmediato. Preferiría morir antes que coger un caramelo de segunda mano, pero ponerse a leer un periódico usado no le supone ningún problema.

—Vale.

—Nuestro hombre tiene unos cuarenta años. Es alto, no sé... un metro ochenta y cinco. Es esbelto, andará por los ochenta y cinco kilos. Tiene el pelo corto y es moreno, aunque han empezado a salirle canas. Es una persona que tiene buen aspecto. Lleva buena ropa, chinos, camisas de golf... Y da un paseo con calma por el aparcamiento hasta la papelería.

—¿Con calma?

—Sí, ya sabe, deambulando, sin prisa, como si el mundo no le importase lo más mínimo. Como si acabase de almorzar. Entonces, se fija en que alguien ha debido de tirar un periódico a la basura hace poco, lo coge y consulta los titulares un momento. Luego, ladea la cabeza ligeramente y se pone el periódico debajo del brazo como diciendo: «Ya lo leeré con atención más tarde», y sigue con su paseo.

—Con calma.

—Sí, con una naturalidad pasmosa. Vi cómo sucedía y a punto estuve de descartarlo como sospechoso. Es casi subliminal.

Pensé en ello. Tenía razón. El ser buena estudiante del comportamiento humano, la convertía en una buena policía. Desde luego, como algún día

tuviera que hacerle una evaluación de desempeño iba a salirse de las tablas de medición.

—Y hay algo más —me dijo—. Algo sobre lo que usted especuló. Resulta que el tipo va paseando hasta el muelle, poco a poco, y se sube en un barco.

—¿Vive en él?

—No lo creo. A ver, tiene camarotes y todo eso, pero parece más bien una embarcación de recreo.

—¿Cómo sabe que tiene camarotes?

—He estado a bordo.

—¿¡Cuándo!?

—El segundo domingo. Piense que, para entonces, ya había visto lo que se traían con el periódico pero, claro, no tenía ninguna identificación positiva del documento. La cuestión es que se fue en otro barco con otra gente... y decidí hacer esa comprobación.

—¿Cómo?

—Mediante la aplicación ejemplar de habilidades relevantes. Llevaba puesto un bikini.

—¿Llevar bikini es una habilidad?

Miré hacia otro lado. En su caso, llevar un bikini sería, más bien, una representación artística del más alto nivel.

—Aún hacía calor. Me hice pasar por una de las conejitas de los yates que hay por allí. Fui dando un paseo, subí por la plancha de su barco y nadie se dio cuenta. Abrí la cerradura de la escotilla con una ganzúa y me tiré una hora buscando.

Tenía que preguntarlo.

—¿Cómo escondió la ganzúa en el bikini?

—Llevaba zapatos.

—¿Encontró usted el original?

—Los encontré todos.

—¿Tiene nombre el barco?

Asintió.

—Sí, ya lo he buscado. Hay un registro de yates.

—¿Y a quién pertenece?

—Esto es lo que no le va a gustar. Le pertenece a un oficial superior de Inteligencia Militar, un teniente coronel, un especialista en Oriente Medio. Acaban de darle una medalla por algo que hizo en el Golfo.

—Mierda... Puede que haya una explicación inocente.

—Sí, puede que la haya, pero lo dudo. Me he reunido con Gorowski hace una hora.

—Entiendo. —Aquello explicaba que fuera vestida con el uniforme de gala. Intimidaba muchísimo más que un bikini—. ¿Y?

—Y le he pedido que me explique qué está pasando. Sus hijas tienen dos años una y doce meses la otra. La de dos años desapareció un día entero hace dos meses. Al parecer, no puede hablar sobre lo que le sucedió mientras estuvo desaparecida, pero no para de llorar. Una semana después, apareció nuestro amigo de Inteligencia Militar. Sugirió que la ausencia de la niña podría durar más de un día si papaíto no hacía lo que le pidiera. No sé, pero no creo que pueda haber ninguna explicación inocente para algo así.

—No, yo tampoco. ¿Y quién es él?

—Se llama Francis Xavier Quinn.

La cocinera nos sirvió el siguiente plato. Un asado de costillas, al que no presté atención porque aún estaba pensando en Francis Xavier Quinn. Estaba claro que había salido del hospital de California y que había tirado el «Quinn» a la papelera junto con la bata del hospital y la pulsera en la que ponía DESCONOCIDO. Se había largado y había adoptado una nueva identidad. Una identidad con la que se sentía a gusto, una identidad que recordase siempre en lo más profundo de su ser, que era lo que tenía que hacer la gente que iba a vivir oculta el resto de la vida, como era su caso. Ya no sería el teniente coronel F. X. Quinn, del Ejército de Estados Unidos, Inteligencia Militar, sino que, a partir de ese momento, sería Frank Xavier a secas, un ciudadano anónimo.

—¿Poco hecha o muy hecha? —me preguntó Beck.

El hombre estaba trinchanto el asado con uno de los cuchillos de mango negro de la cocina. Uno de aquellos que había visto sobresaliendo del bloque de madera. Uno de aquellos con los que había considerado matarle. Y, a decir verdad, el que estaba utilizando en aquel momento habría sido una gran elección. Medía unos veinticinco centímetros y, a juzgar por la facilidad con la que cortaba la carne, estaba muy afilado. Eso, o el guiso estaba increíblemente tierno.

—Poco hecha, gracias.

Me cortó dos porciones y me arrepentí al instante. Mi pensamiento se fue de repente a lo que había vivido hacía siete horas, a la bolsa para cadáveres. Recordé que había bajado la cremallera y había visto la obra de otro cuchillo.

La imagen era tan vívida que aún era capaz de sentir el frío tirador metálico entre los dedos. Entonces, pensé en lo que había visto hacía diez años, en lo que había sucedido con Quinn, y el círculo se cerró.

—¿Rábano picante? —me preguntó Elizabeth.

Hice una pausa. Luego, tomé una cucharada. La vieja regla del ejército era «Come cada vez que puedas, duerme cada vez que puedas», porque nunca sabes cuándo tendrás la oportunidad de volver a hacerlo. Así que saqué a Quinn de mi cabeza, me serví verdura y empecé a comer. Empecé a pensar de nuevo.

«Todo lo que he oído. Todo lo que he visto».

No podía dejar de pensar en la marina de Baltimore bajo el sol, en el sobre y en el periódico.

«Esto no, sino aquello».

Y en lo que me había dicho Duffy: «No ha encontrado usted nada útil. Nada de nada. No hay pruebas».

—¿Ha leído a Pasternak? —me preguntó Elizabeth.

—¿Qué piensa de Edward Hopper? —me preguntó Richard.

—¿Crees que habría que reemplazar el M16? —soltó Beck.

Volví a la realidad. Me estaban mirando. Era como si estuvieran ansiosos por conversar. Como si se sintieran muy solos. Oí cómo las olas rompían en tres lados de la casa y entendí a qué podía deberse. Estaban muy aislados. Pero, claro, era elección suya. A mí me gusta el aislamiento, puedo pasarme tres semanas sin decir una palabra.

—He visto la película de *Doctor Zhivago* —comenté—. Me gusta el cuadro de Hopper de la cafetería con gente por la noche.

—*Los noctámbulos* —dijo Richard.

Asentí.

—Me gusta el tipo de la izquierda, el que está completamente solo.

—¿Se acuerda de cómo se llama la cafetería?

—Phillies. Y, para mí, el M16 es un buen rifle de asalto.

—¿¡En serio!?

—Hace lo que se supone que tiene que hacer un rifle de asalto. Tampoco le puedes pedir mucho más.

—Hopper era un genio —comentó Richard.

—Pasternak era un genio —comentó su madre—. Por desgracia, la película trivializa la historia. Además, no la han traducido bien. A su lado, Solzhenitsyn está sobrevalorado.

—Yo diría que el M16 es un rifle mejorado —soltó Beck.

—Edward Hopper es como Raymond Chandler —aseguró Richard—. Fue capaz de capturar una época en particular y unos lugares en concreto. Chandler también era un genio, por supuesto. Es mucho mejor que Hammett.

—Pasa lo mismo con Pasternak y Solzhenitsyn, que el primero es mejor —dijo la madre.

Siguieron así durante un buen rato. El viernes, el decimocuarto día, casi había acabado y estaba cenando un asado con tres personas malditas y hablando con ellas de literatura, de pintura y de rifles.

«Esto no, sino aquello».

Volví a sacarlos de mi cabeza y retrocedí diez años para escuchar a la sargento de primera clase Dominique Kohl.

—Está muy implicado en el Pentágono —me dijo la séptima vez que nos vimos—. Vive cerca, en Virginia, que, en mi opinión, es la razón por la que tiene el barco en Baltimore.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta.

—¿Ha leído su hoja de servicios entera?

Negó con la cabeza.

—La mayor parte es información clasificada.

Asentí. Intentamos establecer una cronología juntos.

Un hombre de cuarenta años habría tenido edad suficiente para que lo reclutaran en los dos últimos años de Vietnam, con dieciocho o diecinueve años. Aunque, claro, un tipo que era teniente coronel de Inteligencia antes de cumplir los cuarenta tenía que haber ido a la universidad y puede que incluso tuviera un doctorado, lo que bien podría haberle proporcionado alguna prórroga. Así que era muy posible que no hubiera estado en Indochina porque, en el orden normal de los acontecimientos, eso habría ralentizado su ascenso. Ni guerras sangrientas ni temidas enfermedades. Y su ascenso no había sido lento: era teniente coronel antes de cumplir los cuarenta.

—Sé lo que está pensando —me dijo Kohl—. ¿Cómo es posible que ya esté dos rangos de paga por encima de usted?

—A decir verdad, estaba imaginándomela a usted en bikini.

Negó con la cabeza.

—No, no es verdad.

—Es mayor que yo.

—Ya, pero ha ascendido como un cohete.

—Puede que sea más inteligente que yo.

—Es lo más probable pero, aun así, ha ascendido muy rápido, rapidísimo.

Asentí y comenté:

—Genial, así que vamos a tener que meternos con una gran estrella de la comunidad de Inteligencia.

—Tiene innumerables contactos extranjeros. Lo he visto con todo tipo de personas: israelíes, libaneses, iraquíes, sirios.

—Normal, es especialista en Oriente Medio.

—Proviene de California. Su padre trabajaba en el ferrocarril y su madre era ama de casa. Vivían en una casa pequeña, al norte del estado. Él la heredó y es su único activo, y podemos dar por hecho que lleva con una paga del ejército desde que salió de la universidad.

—Vale.

—Es un chico pobre, Reacher. ¿Cómo es posible que tenga alquilada una casa enorme en Maclean, Virginia? ¿Cómo es posible que tenga un yate?

—¿Es un yate?

—Es un barco de vela grande y con dormitorios. Eso es un yate, ¿no?

—¿Tiene vehículo propio?

—Un Lexus nuevo.

No dije nada.

—¿Por qué los suyos no se hacen estas mismas preguntas? —dijo ella.

—Nunca se las hacen. ¿No se había dado cuenta? Se les pasan muchas situaciones claras como el día.

—Pues no soy capaz de comprenderlo.

—Son humanos —dije encogiéndome de hombros—. No deberíamos ser tan duros con ellos. Entran en juego las ideas preconcebidas. Se preguntan cómo es de bueno, no cómo es de malo.

Asintió.

—Como yo, que pasé dos días observando el sobre, no el periódico. Ideas preconcebidas.

—Pero ellos deberían de estar más alerta.

—Supongo.

—Son Inteligencia Militar.

—El mayor oxímoron del mundo —respondió. Aquel era un viejo ritual que me resultaba muy familiar—. Como decir «peligro seguro».

—O lavado en seco.

—¿Le ha gustado? —me preguntaba Elizabeth Beck diez años después.

No respondí.

«Entran en juego las ideas preconcebidas».

—¿Le ha gustado? —repitió.

La miré.

«Preconcebidas».

—¿Perdón?

«Todo lo que había oído».

—La cena. Que si le ha gustado.

Miré mi plato, que estaba limpio.

—Fabulosa.

«Todo lo que había visto».

—¿De verdad?

—Sin duda.

«No ha encontrado usted nada útil».

—Me alegro.

—Olvídense de Hopper y de Pasternak —dije—. Incluso de Raymond Chandler. Su cocinera sí que es un genio.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Beck. Él había dejado mitad del plato.

—De maravilla.

«Nada de nada».

—¿Estás seguro?

«No hay pruebas».

—Sí, de verdad.

Y, en efecto, lo decía de verdad.

«Porque sé lo que hay en el Saab».

Lo sabía muy bien, de hecho. No me cabía duda. Me sentía de maravilla. Aunque también un poco avergonzado. Porque me había costado mucho darme cuenta. Muchísimo. Más que muchísimo. Me había llevado ochenta y seis horas. Más de tres días y medio. Había sido tan estúpido como la antigua unidad de Quinn.

«Se les pasan muchas situaciones claras como el día».

Giré la cabeza y miré a Beck como si estuviera viéndolo por primera vez.

Ahora, ya lo sabía, pero me calmé muy rápido durante el postre y el café y dejé de sentirme tan mal. También dejé de sentirme avergonzado. Rechacé aquellas emociones y, en cambio, empecé a sentirme preocupado. Porque empezaba a comprender la verdadera dimensión del problema táctico. Y era una dimensión descomunal. Una dimensión tan desmedida que iba a obligarme a redefinir los conceptos de trabajar infiltrado y en solitario.

Cuando terminó la cena, todos arrastraron hacia atrás la silla y se pusieron de pie. Me quedé en el comedor. Dejé el Saab en paz. No tenía ninguna prisa. Ya lo haría más tarde. No hacía falta que me arriesgara a meterme en problemas por confirmar algo que ya sabía. Ayudé a la cocinera a recoger. Me pareció de buena educación. Puede que, incluso, fuera lo que se esperaba de mí. Los Beck se marcharon cada uno por su lado y yo llevé los platos a la cocina. El mecánico estaba allí, cenando un pedazo de ternera mucho mayor que el mío. Lo miré y empecé a sentirme, de nuevo, un poco avergonzado. A él no le había prestado la más mínima atención. Apenas había pensado en él. Ni siquiera me había preguntado para qué lo tenían contratado. Ahora, en cambio, lo sabía.

Metí los platos en el lavavajillas mientras la cocinera apartaba los restos. Luego, la mujer limpió la encimera y, en cosa de veinte minutos, lo teníamos todo recogido. Me dijo que se iba a la cama, le di las buenas noches y salí afuera por la puerta de atrás y caminé por las rocas. Quería ver el mar. Quería evaluar la marea. No tenía experiencia con los océanos. Sabía que las mareas subían y bajaban unas dos veces al día, pero no sabía ni cuándo ni por qué. Puede que tuviera algo que ver con la gravedad de la luna. Era posible que la luna convirtiera el Atlántico en una bañera gigante que se movía despacio en dirección este y oeste entre Europa y América. Puede que, cuando hubiera marea baja en Portugal, la marea en Maine estuviera alta, y viceversa. No tenía ni idea. En aquel momento, me daba la impresión de que la marea estaba cambiando de alta a baja. De dentro a fuera. Observé las olas durante cinco

minutos más y volví a la cocina. El mecánico se había ido. Saqué el manojito de llaves que me había dado Beck y cerré la puerta de dentro. Dejé abierta la contrapuerta. Luego, recorrí el pasillo de entrada para asegurarme de que la puerta principal estuviera cerrada. Supuse que, en aquel momento, se esperaba de mí que me encargara de ese tipo de cometidos. Cerrada a cal y canto. La casa estaba en silencio. Subí a la habitación de Duke y empecé a planear el desenlace.

Tenía un mensaje de Duffy esperándome en el zapato. Decía: «¿Estás bien?».

Respondí: «Muchas gracias por lo de los teléfonos. Me has salvado el culo».

Ella me escribió: «También he salvado el mío. Es en interés mutuo».

A eso no respondí. No se me ocurría qué decir. Me quedé sentado, en silencio. La mujer había ganado un aplazamiento menor, pero eso era todo. Su culo estaba perdido, pasara lo que pasase a continuación. Y yo no podía hacer nada al respecto.

Entonces, me envió: «He buscado en los archivos y no doy —repito— no doy con la autorización del segundo agente».

Le envié: «Lo sé».

Me respondió con dos caracteres, nada más: «??».

Le envié: «Tenemos que encontrarnos. O le llamo o aparezco. Estate preparada».

Luego, apagué el emisor, lo metí de nuevo en el tacón y me pregunté durante un instante si volvería a sacarlo alguna vez. Consulté el reloj. Casi era medianoche. El viernes, el decimocuarto día, casi había acabado. El sábado, el decimoquinto, estaba a punto de comenzar. Habían transcurrido dos semanas desde que pasara por entre la multitud que salía del Symphony Hall de Boston, de camino a un bar al que nunca llegué.

Me tumbé en la cama completamente vestido. Las siguientes veinticuatro o cuarenta y ocho horas iban a ser cruciales y quería pasar durmiendo cinco de las primeras seis horas. Por experiencia, sé que el sueño provoca más equivocaciones que la estupidez y el descuido juntos, probablemente, porque el cansancio provoca descuido y estupidez. Así que me puse cómodo y cerré los ojos. Programé la alarma de mi cabeza para las dos de la madrugada.

Funcionó, como me funciona siempre. Me desperté después de una cabezada de dos horas y me sentía de maravilla.

Me levanté y bajé las escaleras en silencio. Recorrí el pasillo, crucé la cocina y abrí la puerta de atrás. Dejé todo lo metálico sobre la mesa. No quería que el detector sonara. Salí. Estaba muy oscuro. No había luna. No había estrellas. El mar rugía. Hacía frío. Corría un poco de viento. Olía a humedad. Fui hasta la cuarta plaza de garaje y abrí las puertas. El Saab seguía allí. Nadie lo había tocado. Abrí el maletero y saqué mi atado. Fui a esconderlo a su agujero. Luego, volví a por el primer guardaespaldas. Llevaba muerto varias horas y las bajas temperaturas estaban haciendo que el rigor empezara a aparecer ya. Estaba bastante tieso. Lo levanté y me lo eché al hombro. Era como cargar con un árbol de noventa kilos. Tenía los brazos extendidos, como ramas.

Lo llevé hasta las dos losas de granito que Harley me había enseñado, esas entre las que quedaba un hueco en forma de uve. Apoyé el cadáver junto al hueco y empecé a contar las olas. Esperé a la séptima. El agua entró y, antes de que me alcanzara, dejé caer el cadáver. El agua lo rodeó y lo empujó hacia arriba. Fue como si el tipo estuviera intentando agarrarme con aquellos brazos rígidos para llevarme consigo. O como si quisiera darme un beso de despedida. Se quedó flotando un segundo, como si nada, y, entonces, el agua empezó a irse, el hueco se vació y del guardaespaldas no quedó rastro.

Funcionó de la misma manera con el segundo guardaespaldas. El océano se lo llevó con su colega y con la chica de servicio. Me quedé allí un momento, de cuclillas. Sentía la brisa en el rostro. Escuchaba el incansable oleaje. Entonces, volví al Saab, cerré el maletero y me senté en el asiento del conductor. Volví a ponerme con el techo, acabé de sacar el vinilo y cogí las notas de la chica de servicio. Había ocho folios. Los leí con la poca luz que daba la lámpara interior del coche. Estaban llenos de detalles. Detalles muy concretos. No obstante, no me dijeron nada que no supiera ya. Los leí una segunda vez y, cuando acabé, los doblé y me los llevé a las rocas. Una vez allí, me senté en una piedra y empecé a hacer barcos de papel con los folios. Alguien me había enseñado cuando era niño. Puede que hubiera sido mi padre. No lo recordaba. Quizá mi hermano. Boté los ocho pequeños barcos en aquella marea que bajaba, uno detrás del otro, y me quedé mirando cómo navegaban, cómo se balanceaban en dirección a la total oscuridad del este.

Luego, volví al Saab y pasé un rato metiendo el vinilo en la junta. Lo dejé bastante bien. Cerré el garaje. Me imaginé que ya me habría ido de allí para cuando alguien lo abriera y se diera cuenta de los daños que tenía el vehículo.

Volví a la casa, guardé todo en los bolsillos, cerré la puerta con llave y subí a la habitación de Duke en silencio. Me quité la ropa hasta que me quedé en calzoncillos y me metí en la cama. Quería dormir tres horas más. Programé la alarma de mi cabeza, me arrebujé bien en la sábana y en la manta, me acomodé la almohada y cerré los ojos de nuevo. Intenté dormir, pero no pude. No conseguía conciliar el sueño. Era Dominique Kohl quien me lo impedía. La sargento salió de entre las sombras y se me acercó, justo lo que había supuesto que haría.

La octava vez que nos vimos teníamos que resolver ciertos problemas tácticos. Neutralizar a un agente de Inteligencia es como meter la mano en una lata de gusanos. La Policía Militar actúa, en exclusiva, contra militares que se han corrompido, por lo que ir contra uno de los nuestros no nos resultaba ninguna novedad. El problema con la comunidad de Inteligencia es que conforma un mundo aparte. Esa gente acostumbra a trabajar por separado y a guardar muchos secretos, y se esfuerza al máximo por no tener que responder ante nadie. Es complicado atraparlos. Por lo general, cierran filas más rápido que la mejor de las escuadras de desfiles. Kohl y yo teníamos mucho de lo que hablar. No quería mantener aquella reunión en mi despacho porque no había sillas para los visitantes y no quería que la sargento se viera obligada a estar de pie todo el rato. Así que volvimos al bar del pueblo. Parecía un sitio adecuado para reunirse. El caso estaba convirtiéndose en algo tan gordo que empezábamos a sentirnos un poco paranoicos. Lo de hablar del tema fuera de la base parecía una decisión inteligente. Además, me gustaba la idea de hablar de asuntos de Inteligencia en un rincón del bar, en una mesa apartada, como si fuéramos dos espías. Yo diría que a Kohl también le agradaba. Apareció de civil. Esta vez no llevaba vestido, sino unos vaqueros y una camiseta blanca con una chaqueta de cuero. Yo iba con el uniforme de campaña. No tenía ropa de civil. El clima ya era frío. Pedí café. Ella, té. Queríamos tener la cabeza despejada.

—Ahora, me alegro de que hayamos utilizado los planos reales — comentó.

Asentí.

—Tuvo usted una buena corazonada —le dije.

Como quien dice, y gracias a las pruebas que había contra él, teníamos a Quinn en el bote. Que estuviera en posesión de planos reales complicaba muchísimo que pudiera salir de aquella. Si hubieran sido falsos, podría haberse inventado que estaba poniendo a prueba los procedimientos, que era

un simulacro de guerra, que eran ejercicios, que pretendía hacer caer en la trampa a otro.

—Son los sirios —comentó ella—. Y le están pagando por adelantado y según unos plazos.

—¿Cómo?

—Con un intercambio de maletines. Se encuentra con un agregado de la embajada siria. Van a una cafetería de Georgetown. Ambos llevan esos modernos maletines de aluminio. Maletines idénticos.

—Halliburton.

Asintió.

—Los dejan el uno junto al otro debajo de la mesa y él coge el del sirio cuando se marcha.

—Dirá que el sirio es un contacto legal, que le está pasando información.

—Pues le soltamos: «Vale, en ese caso, enséñenos la información».

—Dirá que no puede, que es información clasificada.

Kohl no dijo respondió. Sonreí y le dije:

—Nos contará una gran historia, nos pondrá la mano en el hombro, nos mirará a los ojos y nos dirá: «Confiad en mí, chicos, que la Seguridad Nacional está de por medio».

—¿Ya ha tratado usted con esta gente antes?

—En una ocasión.

—¿Y ganó?

Asentí.

—Por lo general, están llenos de mierda —dije—. Durante un tiempo, mi hermano perteneció a Inteligencia Militar. Ahora, trabaja para el Tesoro. Me ha hablado de esa gente. Creen que son muy listos, pero cagan y mean como cualquiera.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Vamos a tener que reclutar al sirio.

—En ese caso, a él no podremos hacerle nada.

—¿Quería matar dos pájaros de un tiro? No se puede. El sirio solo está haciendo su trabajo. No podemos acusarle de nada. Aquí, el tipo malo es Quinn.

Se quedó callada un momento. Estaba un poco decepcionada. Luego, se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero ¿cómo lo hacemos? El sirio huirá. Es un adjunto de la embajada. Tiene inmunidad diplomática.

Volví a sonreír.

—La inmunidad diplomática solo es un papel del Departamento de Estado. La vez en la que tuve que enfrentarme a una situación como esta, lo que hice fue atrapar al tipo, coger un papel y pedirle que lo sujetara delante de su tripa. Luego, saqué la pistola y le pregunté si pensaba que el papel detendría la bala. Me dijo que me metería en un problema. Le contesté que, por gordo que fuera el problema, no iba a impedir que él se desangrara poco a poco.

—¿Y le hizo caso?

Asentí.

—Sobre el terreno, jugó mejor que Mickey Mantle —dije.

Se quedó callada de nuevo. Luego, me hizo la primera de las dos preguntas que, mucho después, deseé haber respondido de manera diferente.

—¿Podemos vernos socialmente?

Estábamos en una mesa de un bar oscuro. Era una mujer espectacular y estaba sentada justo delante de mí. Yo era joven por aquel entonces y pensaba que tenía por delante todo el tiempo del mundo.

—¿Está pidiéndome una cita?

—Sí.

No dije nada.

—Hemos avanzado mucho, pequeño. Me refiero a las mujeres. —Añadió la frase como si pretendiera ponerme al día de los anuncios de cigarrillos del momento.

No dije nada.

—Sé lo que quiero.

Asentí. La creía. Y creía en la igualdad. Creía profundamente en ella. No mucho tiempo atrás, había conocido a una coronel de las Fuerzas Aéreas que capitaneaba un bombardero B-52 y que volaba por los cielos nocturnos con más potencia explosiva a bordo que si pusiéramos juntas todas las bombas que se habían lanzado a lo largo de la historia. Y daba por hecho que, si a ella le habían confiado potencia explosiva suficiente como para volar por los aires el planeta, se podía confiar en que la sargento de primera clase Dominique Kohl supiera con quién quería tener una cita.

—Bueno, ¿y?

«Preguntas que desearía haber respondido de otra manera».

—No.

—¿Por qué no?

—No es profesional. No debería usted hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque le pondría un asterisco a su carrera. Porque es usted una persona con talento que no puede llegar más alto de sargento mayor a no ser que entre en la escuela de oficiales, que es adonde va a ir, y donde lo va a bordar, y, así, en diez años será teniente coronel porque se lo merece, si bien todo el mundo dirá que lo ha conseguido porque, en su día, se acostó con su capitán.

No dijo nada. Se limitó a llamar a la camarera y a pedir dos cervezas. A medida que se iba llenando el bar cada vez hacía más calor. Me quité la chaqueta. Se quitó la suya. Yo vestía una camiseta de color verde aceituna que se me había quedado pequeña y que estaba raída y desgastada de tantas veces que la había lavado. Su camiseta, que era de una tienda de moda, tenía el cuello redondo y más bajo de lo que lo tenían las camisetas por lo general. Además, las mangas estaban cortadas en ángulo, por lo que le rodeaban los pequeños deltoides, en la parte superior del brazo. Al lado de su piel, la tela resultaba blanca como la nieve. La camiseta también era un poco translúcida. Me resultó evidente que no llevaba nada debajo.

—La vida en el ejército está llena de sacrificios —comenté, si bien más para mí que para ella.

—Lo superaré.

Después, me hizo la segunda pregunta que desearía haber respondido de manera diferente.

—¿Me dejará hacer el arresto?

Diez años después, me desperté solo en la cama de Duke. Eran las seis de la mañana. La habitación estaba en la parte frontal de la casa, por lo que no podía ver el mar. Lo que veía era el oeste, América. Allí no había sol de la mañana. No había largas sombras del amanecer. Solo una luz gris, apagada, que iluminaba el camino de entrada, el muro y el paisaje de granito que había más allá. El viento soplaba desde el mar. Los árboles se movían. Imaginé negras nubes de tormenta detrás de mí, lejos, sobre el Atlántico, acercándose a toda prisa hacia la costa. Imaginé aves marinas que luchaban contra el turbulento aire, con las plumas despeinadas y sacudidas por el vendaval. El decimoquinto día empezaba gris, frío e inhóspito, y lo más probable era que fuera a peor.

Me duché, pero no me afeité. Me vestí con más ropa negra de Duke, me até los zapatos y me puse en el brazo la chaqueta y el abrigo. Bajé en silencio a la cocina. La cocinera ya había hecho café. Me sirvió una taza, la cogí y me senté a la mesa. Sacó una barra de pan del congelador y la metió en el

microondas. Supuse que tendría que evacuar a aquella mujer en algún momento, antes de que la situación se volviera incómoda. Y a Elizabeth y a Richard. Que Beck y el mecánico se quedaran a bailar.

Oía el mar desde la cocina, alto y claro. Las olas rompían contra las rocas y la resaca, inclemente, las arrastraba de vuelta. Los pozos se llenaban y se vaciaban, la gravilla traqueteaba sobre las rocas. El viento gemía con suavidad entre los resquicios de la contrapuerta del porche. Oía los frenéticos chillidos de las gaviotas. Me quedé escuchándolas, sorbiendo el café y esperando.

Richard bajó diez minutos después. Tenía el pelo revuelto y se veía claramente que le faltaba una oreja. Se sirvió café y se sentó frente a mí. Su ambivalencia estaba de vuelta. Era evidente que estaba planteándose no volver a la universidad en la vida y quedarse allí escondido con su familia. Si su madre tenía la suerte de salir de aquello sin que la acusaran de nada, puede que, juntos, consiguieran empezar en otra parte. Dependiendo de lo fuerte que él fuera, podría volver a la universidad con solo una semana del semestre perdida. Si es que quería. A menos que fuera una universidad cara, como supuse que sería el caso. Porque iban a tener problemas económicos. Iban a salir de aquello con una mano detrás y otra delante. Si es que conseguían salir.

La cocinera fue al comedor a preparar la mesa para el desayuno. Richard se quedó mirándola y yo lo miré a él y volví a fijarme en que le faltaba la oreja y, de pronto, supe dónde encajar una de las piezas del rompecabezas.

—Hace cinco años —le dije—. El secuestro.

Mantuvo la compostura. Bajó la vista hacia la mesa, la levantó para mirarme y se peinó el pelo con la mano para taparse la cicatriz.

—¿Sabes en qué está metido tu padre de verdad?

Asintió. No dijo nada.

—Y ya sabes que no tiene solo un negocio de alfombras, ¿verdad?

—Sí, sé que no tiene solo un negocio de alfombras.

—¿Y qué te parece?

—Hay cosas peores.

—¿Quieres hablar de lo que te sucedió hace cinco años?

Negó con la cabeza. Miró hacia otro lado.

—No, no quiero.

—Conocí a un tipo que se apellidaba Gorowski. Secuestraron a su hija de dos años. Durante un solo día. ¿Cuánto tiempo te retuvieron a ti?

—Ocho días.

—Gorowski pasó por el aro. Para él, con un día fue suficiente.

No dijo nada.

—Tu padre pasó por el aro hace cinco años. Después de que tú faltaras ocho días. Eso es lo que creo.

Richard seguía callado. Pensé en la hija de Gorowski. En este momento debía de tener doce años. Era muy probable que en su dormitorio tuviera internet, un reproductor de CD y teléfono. Pósteres por todas las paredes. Y un tenue dolor en la cabeza por culpa de algo que había pasado hacía muchísimos años. Como ese picor que te produce de vez en cuando un hueso que se ha curado hace mucho tiempo.

—No quiero detalles —le dije—. Lo único que quiero es que me digas cómo se llama.

—¿Quién?

—El que te tuvo ocho días secuestrado.

Richard negó con la cabeza.

—He oído un nombre: Xavier —le solté—. Alguien lo mencionó.

Richard apartó la mirada y se llevó la mano izquierda al lateral de la cabeza. No necesitaba más confirmación.

—Me violó.

Oía el mar, que golpeaba con fuerza las rocas.

—¿Xavier?

Negó con la cabeza.

—Paulie. Acababa de salir de prisión. Aún le gustaban ese tipo de cosas.

Me quedé callado un buen rato.

—¿Lo sabe tu padre?

—No.

—¿Y tu madre?

—Tampoco.

No sabía qué decir. Richard no añadió nada más. Nos quedamos sentados, en silencio. Entonces, llegó la cocinera y encendió los fogones. Puso manteca en una sartén y empezó a calentarla. El olor hizo que se me revolviera el estómago.

—Vamos a dar un paseo —le dije al muchacho.

Richard me siguió hasta las rocas. El aire, que olía a sal, era vivificador y frío. La luz, gris. El viento soplabla con fuerza. Nos soplabla en la cara. Se llevaba el pelo de Richard, que casi quedaba en horizontal. Las olas salpicaban hasta casi siete metros de altura y nos caían espumosas gotas de agua en la cara como si fueran balazos.

—¡Todo rayo de sol sale de detrás de alguna nube! —Tenía que hablar muy alto para que me oyera por encima del viento y del oleaje—. ¡Es posible que, algún día, a Xavier y a Paulie les pase lo que se merecen, aunque poner en marcha ese mecanismo hará que tu padre vaya a la cárcel!

Richard asintió. Tenía lágrimas en los ojos. Puede que fueran por culpa de aquel viento tan frío. O puede que no.

—¡Él también se lo merece!

«Muy leal», había dicho su padre. «Los mejores amigos».

—¡Estuve ocho días secuestrado! ¡Con uno habría sido suficiente, como pasó con el otro del que ha hablado!

—¿¡Gorowski!?

—¡Como se llame! ¡El de la hija de dos años! ¿¡Cree usted que la violarían!?

—¡Desde luego, espero que no!

—¡Yo también!

—¿¡Sabes conducir!?

—¡Sí!

—¡Puede que vaya a ser necesario que te marches! ¡Y pronto! ¡Tu madre, la cocinera y tú! ¡Así que estate preparado por si acaso te digo que te vayas!

—¿¡Quién eres!?

—¡Soy un tipo que cobra por proteger a tu padre, tanto de los que dicen que son sus amigos como de sus enemigos!

—¡Paulie no nos dejará cruzar la verja!

—¡Dentro de poco, no estará!

Negó con la cabeza.

—¡Paulie te matará! ¡No sabes lo que dices! ¡No podrás con él, seas quien seas! ¡Nadie puede con él!

—¡Ya me encargué de aquellos dos junto a la verja de la universidad!

Volvió a negar con la cabeza. El viento llevaba su pelo de un lado para el otro. Me recordaba al pelo de la chica de servicio debajo del agua.

—¡Aquello fue una farsa! ¡Mi madre y yo hemos hablado de ello! ¡Estaba preparado!

Me quedé callado unos instantes.

«¿Confío en él?».

—¡No, fue real!

«No, aún no confío en él».

—¡Aquella es una comunidad pequeña! ¡No tendrá más de cinco policías! ¡Nunca antes había visto a aquel tipo!

No dije nada.

—¡Ni tampoco había visto a aquellos guardias de seguridad universitarios! ¡Y eso que llevo allí casi tres años!

No dije nada.

«Errores que acabarán pasándome factura».

—¡Entonces, si fue un montaje, ¿por qué dejas la universidad?!

No respondió.

—¿¡Y cómo es que a Duke y a mí nos prepararon una emboscada!?

No respondió.

—¿¡Qué fue eso, un montaje o fue real!?

Se encogió de hombros.

—¡No lo sé!

—¡Viste cómo les disparaba!

No dijo nada. Miré hacia el mar. Se acercaba la séptima ola. La masa de agua ascendió hasta su punto más alto a unos cuarenta metros de la orilla y chocó contra las rocas a una velocidad muchísimo mayor de la que es capaz de alcanzar el ser humano. Además, lo hizo con tantísima fuerza que el suelo retembló y la espuma salió disparada como fuegos artificiales.

—¿¡Habéis hablado alguno de los dos de esto con tu padre!?

—¡Yo no! ¡Y no pienso hacerlo! ¡Pero no sé si mi madre lo habrá hecho!

«Y yo no tengo claro que estés diciéndome la verdad».

La ambivalencia funciona en ambos sentidos. Es como dar una de cal y otra de arena. Puede que imaginarse a su padre en una celda le pareciera estupendo en esos momentos pero, luego... la cosa podía cambiar. A la hora de la verdad, su opinión podía caer en cualquiera de los dos platillos de la balanza.

—¡Te salvé el culo! ¡No me gusta que pretendas hacerme creer que no fue así!

—¡Vale! ¡Aunque tampoco puedes hacer nada al respecto! ¡Este fin de semana va a ser muy ajetreado! ¡Vais a tener que encargarnos de un cargamento! ¡Y, después de eso, pasarás a ser uno de ellos!

—¡Pues ayúdame!

—¡No pienso traicionar a mi padre!

«Muy leal. Los mejores amigos».

—¡No hace falta!

—¡Entonces ¿cómo puedo ayudarte?!

—¡Tú dile que quieres que me quede aquí! ¡Dile que no deberías estar solo en estos momentos! ¡Te hace caso en lo que respecta a ese tipo de cosas!

No respondió. Se alejó de mi camino de la cocina. Lo seguí a la casa y vi que salía al pasillo. Supuse que iba a desayunar en el comedor. Me quedé en la cocina. La cocinera me había preparado el desayuno, que me esperaba en la mesa. No tenía hambre, pero me obligué a comer. El cansancio y el hambre son malos enemigos. Ya había dormido y, ahora, iba a comer. No quería sentir debilidad o mareos en el momento menos indicado. Comí una tostada y tomé otra taza de café. Luego, me serví otro café y comí huevos y beicon. Iba por la tercera taza de café cuando Beck entró en mi busca. Vestía de fin de semana: vaqueros y una camisa roja de franela.

—Nos vamos a Portland. Al almacén. Ahora mismo.

Volvió al pasillo. Supuse que me esperaría en la puerta principal. Supuse, también, que Richard no había hablado con él. O no había tenido oportunidad de hacerlo, o no había querido. Me limpié la boca con el dorso de la mano. Metí las manos en los bolsillos para comprobar que la Beretta y las llaves seguían allí. Luego, salí de la cocina y fui a por el coche. Lo conduje hasta la puerta principal. En efecto, Beck estaba esperándome allí. Se había puesto una chaqueta de lona. Desde luego, parecía de Maine de toda la vida, preparado para salir a cortar troncos o a sangrar arces para recoger sirope. Aunque no era aquello lo que iba a hacer, claro.

Paulie no tenía la verja abierta del todo, por lo que tuve que reducir la velocidad, pero no tuve que detenerme. Me quedé mirándolo mientras pasaba. Di por hecho que iba a morir a lo largo del día. O del siguiente. Él o yo. Lo dejé atrás y conduje a toda velocidad el enorme coche por aquella carretera que ya me era familiar. Kilómetro y medio después, pasé por el sitio en el que había aparcado Villanueva. Seis kilómetros y medio después tomé la curva estrecha donde habíamos emboscado a los guardaespaldas. Beck no decía nada. Llevaba las rodillas separadas y las manos entre las piernas. Iba inclinado hacia delante, con la cabeza gacha, aunque miraba por el parabrisas. Estaba nervioso.

—No hemos llegado a hablar —le dije—. De la información de trasfondo.

—Más tarde.

Pasé de la Ruta 1 y me metí en la I-95. Me dirigí al norte, hacia la ciudad. El cielo seguía gris. El viento soplaba con fuerza suficiente como para mover el coche. Giré en la I-295 y pasé junto al aeropuerto. Quedaba a mi izquierda, al otro lado de una lengua de agua. A la derecha se encontraba el centro comercial alargado en el que habían capturado a la chica de servicio y la parte trasera del parque industrial en el que suponía que había muerto. Seguí recto, abriéndome camino hasta la zona del puerto. Pasé por delante del

aparcamiento donde Beck dejaba las furgonetas. Un minuto después, habíamos llegado a su oficina.

El sitio estaba rodeado de vehículos. Había cinco aparcados de cara a las paredes, como aviones en una terminal. Como animales en un abrevadero. Como peces ventosa en un cadáver. También había dos Lincoln Town Car negros, dos Chevy Suburban azules y un Mercury Grand Marquis gris. Uno de los Lincoln era el coche en el que Harley me había llevado a recoger el Saab después de que hubiéramos tirado al mar el cadáver de la chica. Busqué un hueco en el que aparcar el Cadillac.

—Déjame aquí mismo —pidió Beck.

Frené poco a poco y me detuve.

—¿Y luego?

—Vuelve a casa. Cuida de mi familia.

Asentí. Puede que, después de todo, Richard sí que hubiera hablado con él. Puede que su ambivalencia se estuviera inclinando hacia mi lado de la balanza, aunque solo fuera de momento.

—De acuerdo. Lo que usted diga. ¿Quiere que lo recoja más tarde?

Negó con la cabeza.

—Seguro que alguien me lleva.

Salió del coche y se dirigió a la ajada puerta gris. Levanté el pie del freno, rodeé el almacén y volví en dirección sur.

Cogí la Ruta 1 en vez de la I-295 y fui directo a aquel parque industrial que parecía nuevo. Entré y recorrí sus novísimas calles. Debía de haber una treintena de hangares de metal idénticos. Eran muy sencillos. No era un sitio que atrajera al transeúnte casual. Por allí debían de pasear tan pocas personas que no se corría el riesgo de llamar la atención de nadie. Allí no había tiendas. No había bazares llenos de productos de colores chillones. No había carteles publicitarios. Solo había números discretos y nombres de empresas impresos en pequeño al lado. Allí no había más que cerrajeros, ceramistas y un par de estudios de impresión. También había un vendedor al por mayor de productos de belleza. En la unidad 26 había un distribuidor de sillas de ruedas eléctricas. A su lado, en la unidad 27, estaba la Xavier eXport Company. Las equis eran mucho más grandes que las demás letras. En el cartel estaba la dirección de la oficina central, distinta a la de aquel hangar del parque industrial. Supuse que haría referencia a algún sitio del centro de Portland. Así que tomé dirección norte de nuevo, crucé el río otra vez y conduje un rato por la ciudad.

Volví a la Ruta 1 a la altura de un parque que quedaba a la izquierda. Giré a la derecha en una calle llena de edificios de oficinas. No eran los que buscaba. No era la calle que buscaba. Fui trazando cuadrantes por el distrito empresarial durante cinco largos minutos hasta que di con ella. Luego, empecé a buscar el número y paré junto a una boca de incendios que había frente a un rascacielos a lo largo de cuya fachada ponía con enormes letras de acero inoxidable: MISSIONARY HOUSE. El edificio tenía un garaje subterráneo y estaba dispuesto a apostarme lo que fuera a que Susan Duffy había estado en él hacía once semanas con una cámara en la mano. Luego, recordé una historia que, hacía un cuarto de siglo, nos había contado un profesor anciano en un instituto de un país caluroso donde se hablaba español. Era una historia sobre un jesuita español llamado Francisco Javier. Recordaba, incluso, que había nacido en 1506 y que había muerto en 1552. Francisco Javier, un misionero español. Francis Xavier, en la Missionary House, la casa del misionero. En Boston, Eliot había acusado a Beck de hacer chistes, pero se había equivocado, era Quinn el que tenía un retorcido sentido del humor.

Me reincorporé al tráfico, dejé atrás la boca de incendios, fui en busca de la Ruta 1 una vez más y la cogí en dirección sur. Conduje rápido, pero tardé treinta minutos en llegar al río Kennebunk. Había tres Ford Taurus aparcados frente al motel, tres coches sencillos e idénticos excepto en el color, y ni aun así había gran variación entre ellos. Uno era gris, el otro gris azulado y el tercero azul. Dejé el Cadillac en el mismo sitio que la vez anterior, detrás del almacén de propano. Fui hasta la habitación de Duffy. Hacía frío. Llamé a la puerta. Vi que la mirilla se iluminaba unos instantes y, de inmediato, la agente me abrió la puerta. No nos abrazamos. Vi a Eliot y a Villanueva al fondo de la habitación.

—¿Por qué no soy capaz de dar con el segundo agente? —me preguntó a bote pronto.

—¿Dónde has buscado?

—En todos lados.

Vestía unos vaqueros azules y una camisa Oxford de color blanco. Tanto los vaqueros como la camisa eran diferentes a los que le había visto con anterioridad. Debía de tener muchos. Llevaba mocasines sin calcetines. Tenía buen aspecto, pero cara de preocupación.

—¿Puedo entrar?

Se lo pensó unos instantes, preocupada. Después, se apartó y entré. Villanueva estaba sentado al escritorio. Tenía la silla levantada sobre las patas de atrás. Deseé que las patas fueran fuertes porque, desde luego, el policía no era pequeño. Eliot estaba sentado a los pies de la cama, como en mi habitación de Boston. Duffy había estado sentada en la cabecera, eso estaba claro. Las almohadas estaban puestas en vertical y estaba marcada en ellas la forma de su espalda.

—¿Dónde has buscado?

—En todo el sistema. En todo el Departamento de Justicia, de punta a punta, del FBI a la DEA... y allí no está.

—¿Conclusión?

—Ella tampoco estaba registrada.

—Lo que me lleva a plantearme una pregunta —comentó Eliot—, ¿qué coño está pasando?

Duffy volvió a sentarse a la cabecera de la cama y yo me senté a su lado. No había otro sitio en el que hacerlo. La agente se quitó una almohada de detrás con cierta dificultad y me la puso a mí. La había dejado caliente.

—Pues, poca cosa —dije—. Solo que, hace dos semanas, los tres empezamos a correr como pollos sin cabeza, como los polis de las pelis mudas de la Keystone.

—¿Y eso?

Esgrimí una mueca.

—Yo estaba obsesionado con Quinn, vuestro grupo con Teresa Daniel. Estábamos tan obsesionados que tiramos hacia delante y construimos un castillo de naipes.

—¿Y qué? —volvió a preguntarme Eliot.

—Es más culpa mía que vuestra. Pensad en ello desde el principio, hace once semanas.

—Hace once semanas tú no estabas metido en esto. Aún no te habíamos conocido siquiera.

—Contadme qué sucedió exactamente.

Eliot se encogió de hombros. Ordenó los acontecimientos en su cabeza.

—La gente de Los Ángeles nos informó de que un pez gordo acababa de comprar un billete de primera clase a Portland, Maine.

Asentí.

—Así que lo siguieron hasta el punto de encuentro con Beck. Y ¿qué hacían en las fotografías que les tomaron?

—Miraban muestras —dijo Duffy—. Estaban haciendo un trato.

—En un garaje privado —dije yo—. Y, claro, dado que era lo bastante privado como para meteros a vosotros en problemas con la Cuarta Enmienda, deberían haberse preguntado cómo era posible que Beck pudiera entrar.

No dijeron nada.

—¿Y después?

—Nos centramos en Beck —respondió Eliot—. Llegamos a la conclusión de que era un importador y un distribuidor a gran escala.

—Algo que, en efecto, es —comenté—. E infiltraron a Teresa para pillarle.

—Fuera de los registros —apuntó Eliot.

—Ese es un detalle menor —comenté.

—Entonces ¿qué es lo que salió mal?

—Que era un castillo de naipes —contesté—. Cometisteis un pequeño error de juicio al principio. Un error que invalidó todo lo que sucedió después.

—¿Qué error?

—Algo que yo debería haber visto muchísimo antes de lo que lo he hecho.

—¿El qué?

—Preguntaos por qué no hay ningún rastro informático de la chica de servicio.

—Porque no estaba en los registros. Esa es la única explicación posible.

Negué con la cabeza.

—Era más legal que legal. Estaba en todos los registros. He encontrado algunas de sus notas y no me cabe la menor duda.

Duffy me miraba con atención.

—Reacher, ¿qué está pasando?

—Beck tiene un mecánico. Es una especie de técnico. Pero ¿para qué?

—Ni idea.

—Yo tampoco me había parado a pensarlo. Pero debería haberlo hecho. Aunque tampoco habría tenido que ser necesario, porque debería haberme dado cuenta antes incluso de saber de la existencia del puto técnico. Pero es que iba por un raíl, igual que vosotros.

—¿Cómo que por un raíl?

—Beck sabe lo que vale un Colt Anaconda. Sabe cuánto pesa. Duke tenía una Steyr SPP, que es una rara arma austríaca. Angel Doll tenía una PSM, que es una rara arma rusa. Paulie tiene una NSV, puede que la única que haya en todo Estados Unidos. Beck estaba obsesionado con el hecho de que les hubiéramos atacado con Uzis y no con H&K. Sabe lo suficiente de las

especificaciones de una Beretta 92FS como para diferenciarla de una M9 estándar del ejército.

—¿Y?

—Que no es lo que pensábamos que era.

—¿Y qué es? Acabas de mostrarte de acuerdo con que es un importador y un distribuidor a gran escala.

—Y es que lo es.

—¿Entonces?

—Habéis mirado en los registros equivocados. La chica de servicio no trabajaba para el Departamento de Justicia, sino que trabajaba para el Tesoro.

—¿¡Era del Servicio Secreto!?

Negué con la cabeza.

—No, de la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Era de la ATF.

La habitación se quedó en silencio.

—Beck no es traficante de drogas, es traficante de armas.

La habitación permaneció en silencio durante mucho tiempo. Duffy miró a Eliot. Eliot la miró a ella. Luego, ambos miraron a Villanueva. Villanueva me miró a mí. Luego, miró por la ventana. Esperé a que se dieran cuenta de cuál era el problema táctico. Pero no lo hicieron. No de inmediato.

—Entonces ¿qué está haciendo el tipo de Los Ángeles?

—Mirando muestras. En el maletero del Cadillac. Justo lo que habíais pensado. La cuestión es que eran muestras de las armas con las que Beck trafica. Si casi llegó a decírmelo. Me soltó un rollo sobre que los traficantes de drogas se dejan llevar por la moda. Que les gusta todo lo nuevo, lo que está de moda. Que si cambian de armas cada dos por tres. Que si van siempre en busca de lo último.

—¿Casi te lo dijo?

—Lo cierto es que no le estaba prestando atención. Estaba cansado. Además, su teoría también incluía zapatillas deportivas, coches, chaquetas y relojes.

—Duke estuvo en el Tesoro —comentó Duffy—. Después de ser policía. Asentí.

—Es probable que Beck lo conociera allí. Puede que lo untara ya allí.

—¿Y dónde encaja Quinn?

—Yo diría que dirigía una operación rival. Y doy por hecho que es lo que ha estado haciendo desde que salió del hospital de California. Tuvo seis meses para hacer planes. Y a un tipo como Quinn le van mucho más las armas que los narcóticos. Supongo que, en un momento dado, entendió que el operativo de Beck era un objetivo asumible. Puede que le gustara la manera en que Beck estaba haciéndose hueco en el mercado de los traficantes de drogas. O puede que le gustara eso de que la tapadera fueran las alfombras persas. Es una gran tapadera. Así que movió ficha. Secuestró a Richard hace cinco años para conseguir que Beck firmara sobre la línea de puntos.

—Beck mismo te contó que los de Hartford eran sus clientes —me dijo Eliot.

—Y lo eran, pero le compraban armas, no droga. Por eso estaba tan contrariado con lo de las Uzis. Lo más seguro es que acabara de venderles un buen montón de H&K y, de repente, ¿¡están disparando Uzis!>? No alcanzaba a comprenderlo. Debe de pensar que han cambiado de suministrador.

—Qué idiotas hemos sido —comentó Villanueva.

—Yo el que más —dije—. He sido tremendamente idiota. Había pruebas por todos lados. Beck no es lo bastante rico como para ser traficante de drogas. Gana un buen dinero, no me cabe duda, pero no gana millones a la semana. Se fijó en las marcas que les hice a los Colts en el cilindro. Sabía el peso y el precio de una mira láser que podría utilizar en la Beretta que me ha dado. Metió un par de H&K nuevecitas en una bolsa de deporte cuando las necesitó para solventar un negocio en Connecticut. Lo más probable es que lo haya cogido todo de sus existencias. Tiene una colección de ametralladoras Thompson.

—¿Y para qué es el técnico?

—Prepara las armas para venderlas. Juraría que es a eso a lo que se dedica. Las modifica, las ajusta, las comprueba. Algunos de los clientes de Beck no reaccionarían bien a que les vendieran un producto que no estuviera por encima de la media.

—Los que nosotros conocemos no —comentó Duffy.

—Anoche, mientras cenábamos, Beck sacó el tema de la M16. ¡Pero si es un rifle de asalto, por amor de Dios! Y, en su momento, quiso saber qué arma me parecía mejor, si la Uzi o la H&K, como si el tema le fascinara. Al principio, pensé que era un loco de las armas, ya sabes, pero la cuestión es que tiene interés profesional. Dispone de acceso al ordenador de la fábrica Glock de Deutsch-Wagram, en Austria.

Nadie dijo nada. Cerré los ojos. Volví a abrirlos.

—Había cierto olor en el sótano. Debería haberlo reconocido. Olía a cartón manchado de aceite para armas. Sucede siempre que dejas apiladas cajas de armas nuevas al menos durante una semana.

Nadie dijo nada.

—Y los precios que aparecían en los libros de Bizarre Bazaar. Bajos, medios y altos. Los bajos, los de la munición; los medios, los de las armas de mano; y, los altos, los de las armas largas o raras.

Duffy miraba a la pared. Estaba pensando en algo con todas sus fuerzas.

—Vale, supongo que todos hemos sido un poco idiotas —soltó Villanueva.

Duffy lo miró. Luego, se me quedó mirando a mí. Por fin empezaba a darse cuenta de cuáles eran los problemas tácticos.

—Carecemos de jurisdicción.

Nadie dijo nada.

—Esto es cosa de la ATF, no de la DEA.

—No ha sido un error de mala fe —comentó Eliot.

Duffy negó con la cabeza.

—No me refiero al principio, sino a ahora. No podemos estar aquí. Tenemos que dejarlo ahora mismo. De inmediato.

—Yo no pienso dejarlo —solté.

—No te queda otra. Porque nosotros vamos a dejarlo. Tenemos que recoger la tienda de campaña e irnos, y tú no puedes quedarte ahí, solo y sin apoyo.

«Ya sabía que iba a verme obligado a redefinir los conceptos de trabajar infiltrado y en solitario».

—Yo me quedo —insistí.

Me tiré un año rebuscando en mi alma después de que sucediera aquello y llegué a la conclusión de que no habría respondido de otra manera, por mucho que Dominique Kohl no hubiera llevado aquella camiseta traslúcida, cuando, sentada frente a mí en la mesa de aquel bar, me hizo la funesta pregunta: «¿Me dejará hacer el arresto?». Habría dicho que sí fueran cuales fueran las circunstancias. Seguro. Aunque hubiera sido un tipo grandote y feo de Texas o Minnesota que estuviera en posición de firmes en mi despacho, habría dicho que sí. Era ella quien había hecho el trabajo, así que era ella quien merecía el mérito. Por aquel entonces, yo apenas tenía necesidad de ascender o, al menos, no tenía tanta como la mayoría de los compañeros. Sin embargo, hay

que reconocer que cualquier estructura de sistema de rangos te tienta para que trepes por ella. Por aquel entonces, sin embargo, mi interés era remoto. Además, no era de esos que se valía de los méritos de los subordinados para quedar bien. Nunca lo hice. Si alguien lo hacía bien, si hacía un buen trabajo, no tenía ningún inconveniente en dar un paso atrás y dejar que fuera esa persona quien se llevase la recompensa. Siempre me ceñí a ese principio a lo largo de mi carrera. Siempre podía consolarme disfrutando de cómo se reflejaba en mí el brillo de mi gente. Al fin y al cabo, eran mi compañía. Había cierto grado de reconocimiento colectivo. A veces.

En cualquier caso, me agradaba la idea de que fuera un suboficial de la Policía Militar el que iba a detener a un teniente coronel de Inteligencia. Sabía que alguien como Quinn odiaría verse en esa situación. Lo vería como el colmo de la indignidad. Un tipo que se compraba un Lexus y un barco de vela, y que llevaba camisetas de golf no quería que lo arrestara una mierda de sargento.

—¿Me dejará hacer el arresto? —insistió.

—De hecho, quiero que sea usted quien lo haga.

—Es una cuestión legal —me dijo Duffy.

—Para mí no —respondí.

—No tenemos autoridad.

—Yo no trabajo para vosotros.

—Es un suicidio —apuntó Eliot.

—Hasta ahora, he sobrevivido.

—Porque ella cortó los teléfonos.

—Lo de los teléfonos es agua pasada —dije—. El problema de los guardaespaldas ya se ha resuelto, así que ya no necesito ningún apoyo.

—Todo el mundo necesita apoyo. No se puede permanecer infiltrado en solitario.

—El apoyo de la ATF le fue de gran utilidad a la chica de servicio —solté.

—Te hemos dejado un coche. Te hemos ayudado a cada paso que has dado.

—Ya no necesito coches. Beck me ha dado unas llaves. Y una pistola. Y balas. Soy su nueva mano derecha. Confía en mí para que proteja a su familia. No dijeron nada.

—Estoy a punto de atrapar a Quinn. No voy a dejarlo.

No dijeron nada.

—Además, aún puedo conseguir que Teresa Daniel vuelva.

—También la ATF —dijo Eliot—. Si vamos a ver a la ATF ahora mismo, nos libramos de la que iba a caernos con los nuestros. La chica de servicio era de la ATF, no nuestra. El que nada hace, nada teme.

—La ATF no tiene prisa —respondí—. Teresa caerá en el fuego cruzado. Hubo un largo silencio.

—Hasta el lunes —dijo Villanueva—. Nos lo callaremos hasta el lunes. Pero el lunes, como muy tarde, tendremos que decírselo a la ATF.

—Deberíamos decírselo ahora mismo —comentó Eliot.

Villanueva asintió.

—Sí, pero no vamos a hacerlo. Y, si es necesario, me aseguraré en persona de que no lo hacemos. Démosle a Reacher hasta el lunes.

Eliot no dijo nada. Se limitó a apartar la mirada. Duffy apoyó la cabeza en la almohada y miró al techo.

—Mierda —soltó.

—El lunes habrá acabado todo —dije—. Os traeré aquí a Teresa y, luego, podréis volver a casa y hacer todas las llamadas que queráis.

Permanecieron callados un minuto más. Entonces, Duffy comentó:

—De acuerdo. Vuelve... algo que creo que deberías hacer cuanto antes. Ya llevas aquí mucho tiempo y eso puede resultar sospechoso.

—De acuerdo.

—Pero, dime, ¿estás del todo seguro?

—No soy responsabilidad tuya.

—Eso me da igual. Repito la pregunta. ¿Estás completamente seguro?

—Sí.

—Piénsalo otra vez. ¿Estás seguro?

—Sí.

—Estaremos aquí. Llámanos si nos necesitas.

—De acuerdo.

—¿Sigues estando seguro?

—Sí.

—Pues ve.

No se levantó. Ninguno de los tres lo hizo. Me aupé de la cama y recorrí la habitación silenciosa. Estaba a mitad de camino del Cadillac cuando Terry Villanueva salió detrás de mí. Me hizo un gesto para que lo esperara y se me acercó caminando. Se movía con rigidez, despacio, prácticamente como un anciano, que es lo que era.

—Méteme —me dijo—. En cuanto tengas la oportunidad, méteme.
No dije nada.
—Podría ayudarte.
—Ya lo hiciste.
—Quiero hacer más. Por la chiquilla.
—¿Por Duffy?
Negó con la cabeza.
—No, por Teresa.
—¿Tienes alguna relación con ella?
—No, pero tengo una responsabilidad.
—¿Por qué?
—Yo fui su mentor. Salió así, sin más. Ya sabes cómo son estas cosas.
Asintió. Lo sabía perfectamente bien.
—Teresa trabajó para mí durante un tiempo. Yo la entrené. Yo la moldeé.
Luego, se la llevaron a otro destino. Hace diez semanas, vino a verme y me preguntó si creía que debía aceptar esta misión. Tenía dudas.
—Pero le dijiste que sí.
Asintió.
—Como un puto idiota —contestó.
—¿De verdad habrías podido impedirselo?
Asintió de nuevo.
—Sí, es probable. Me habría escuchado si le hubiera planteado por qué no debía hacerlo. Ella estaba casi convencida, pero me habría escuchado.
—Ya veo.
Lo entendía, qué duda cabe. Lo dejé allí, en el aparcamiento del motel, me subí al coche y me fijé en que se me quedaba mirando mientras me alejaba.

Permanecí en la Ruta 1 y pasé por Biddeford, por Saco y por Old Orchard Beach, después tiré hacia el este por la larga y solitaria carretera que iba hasta la casa. Consulté el reloj a medida que me acercaba y calculé que había estado dos horas fuera, de las que solo cuarenta minutos eran justificables. Veinte minutos para llegar a la oficina, veinte para volver. Aunque no esperaba tener que darle explicaciones a nadie. Beck nunca sabría que no había ido directo a la casa y los demás nunca sabrían que eso era justo lo que tenía que hacer. Supuse que estaba llegando al final de la partida, rodando hacia la victoria.
Pero me equivocaba.

Me di cuenta antes de que Paulie hubiera abierto la verja del todo. Salió de la casita y se acercó. Llevaba el traje. El chubasquero había desaparecido. Abrió el cerrojo de un puñetazo. Hasta ese momento, todo normal. Lo había visto abrir la verja una decena de veces y no estaba haciendo nada que no hubiera hecho antes. Agarró los barrotes. Tiró de la verja. Ahora bien, antes de que la hubiera abierto del todo, se quedó quieto. Solo había abierto el hueco suficiente como para colar por él su gigantesco cuerpo. Cruzó la verja y vino en dirección a mí. Rodeó el coche hacia mi ventanilla y, cuando estuvo a dos metros de ella, se quedó parado, sonrió y sacó dos pistolas de los bolsillos. Sucedió en menos de un segundo. Dos bolsillos, dos manos, dos pistolas. Eran mis Colts Anaconda. La luz del día era tan gris que el acero parecía apagado. Era evidente que ambas estaban cargadas. La cubierta de cobre de las balas me guiñaba el ojo desde todas las cámaras que alcanzaba a ver. Remington Magnum 44, sin lugar a dudas. Balas encamisadas. Dieciocho pavos por cada caja de veinte. Más impuestos. Noventa y cinco centavos cada una. Doce. Once dólares y cuarenta centavos de munición de precisión lista para que la dispararan. Cinco dólares y setenta centavos en cada mano. Y mantenía las manos muy firmes. Eran como pequeñas estatuas. La izquierda la apuntaba un poco por delante de la rueda delantera del Cadillac. La derecha, directamente a mi cabeza. Tenía los índices tensos contra el gatillo. Las bocas no se movían lo más mínimo. Ni una pizca. Todo él era una estatua.

Yo hice lo habitual, que consiste en plantearme cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. El Cadillac era un coche grande, con puertas largas, pero Paulie se había detenido lo bastante lejos como para que no le golpeará en caso de que abriera la del conductor. Y el coche estaba parado. En cuanto yo pisara el acelerador, él dispararía ambas pistolas. Puede que la bala de la pistola de la mano derecha pasara por detrás de mi cabeza, pero estaba claro que la rueda delantera se toparía en el camino de la bala de la pistola de la mano izquierda. Entonces, golpearía la verja con fuerza y perdería impulso y, con una de las ruedas delanteras pinchadas, y puede que con la dirección dañada, sería un blanco fácil. Paulie dispararía diez veces más y, aunque no me matara, no hay duda de que me dejaría malherido y de que el coche quedaría inutilizado. Se me acercaría y se quedaría mirando cómo me desangraba mientras él volvía a cargar las armas.

Podría meter marcha atrás y salir aullando, pero la marcha atrás es bastante lenta en la mayoría de los coches, por lo que me movería relativamente despacio. Además, me alejaría de él en línea recta. Sin

desplazamiento lateral. No gozaría de ninguno de los beneficios de los blancos móviles. Y, eso, sin tener en cuenta que una Remington Magnum 44 sale del cañón de un arma a mil trescientos kilómetros por hora. Vamos, que no es que sea muy fácil esquivarla.

Podía probar con la Beretta. Tendría que ser un disparo rapidísimo a través de la ventanilla. La cuestión es que las ventanillas de los Cadillac son bastante gruesas. Las hacen así para mantener el interior en silencio. Además, aunque sacara el arma y disparara antes que él, sería una lotería que le acertase. El cristal se rompería, qué duda cabe, pero, a menos que me tomara mi tiempo en realizar un disparo exactamente perpendicular a la ventana, la bala se desviaría. Puede que muchísimo. Puede que ni me acercara. Y, aunque le alcanzara, sería pura suerte que le hiciera algún daño. Recordé la patada que le había dado en los riñones. O le atinaba en el ojo o en el corazón, o Paulie no sentiría sino el aguijonazo de una abeja.

Podría bajar la ventanilla, pero sería muy lento. Además, estaba claro qué sucedería. El gigante alargaría el brazo derecho mientras el cristal descendía y me pondría uno de los Colts a un metro de la cabeza. Aunque consiguiera sacar la Beretta increíblemente rápido, Paulie seguiría llevándome una ventaja abrumadora. Aquello no pintaba bien. No pintaba nada bien. «Sigue con vida. Sigue con vida y a ver qué sucede en el siguiente minuto», me habría dicho León Garber.

Era Paulie quien iba a dictar lo que sucedería en el siguiente minuto.

—¡Pon el freno de mano!

Le oí con claridad a pesar de los gruesos cristales. Puse el freno de mano.

—¡La mano derecha donde la vea!

Puse la palma derecha contra la ventana, con los dedos extendidos, igual que cuando le había indicado a Duke que veía cinco personas.

—¡Abre la puerta con la mano izquierda!

Busqué a tientas el tirador con la mano izquierda y abrí la puerta. Empujé el cristal con la derecha. La puerta se abrió. Noté el aire frío. Lo sentí en las rodillas.

—Ambas manos donde las vea.

Ahora que ya no había ningún cristal de por medio, hablaba más calmado. Ahora que el coche estaba parado, me apuntó también con el Colt que empuñaba con la mano izquierda. Miré las bocas gemelas. Era como estar sentado en la cubierta de un acorazado, mirando un par de cañones. Puse ambas manos donde las viera.

—Saca los pies del coche.

Giré sobre el culo, despacio. Puse los pies en el asfalto. Me sentí como Terry Villanueva frente a la verja de la universidad a primera hora de la mañana del undécimo día.

—Levántate y apártate del coche.

Me incorporé. Me aparté del coche. Me apuntó al pecho con ambos revólveres. Estaba a metro veinte de mí.

—No te muevas.

No me moví.

—¡Richard! —gritó.

Richard Beck salió de la casita. Estaba pálido. Vi que Elizabeth Beck estaba detrás de él, en las sombras. Tenía la blusa abierta, pero se la sujetaba con ambas manos para taparse. Paulie me sonrió. Fue una sonrisa repentina, de loco. Las armas, sin embargo, no las movió. Ni una pizca. Siguieron firmes como una roca.

—Has vuelto demasiado pronto —dijo Paulie—. Estaba a punto de obligarle a que se follara a su madre.

—¿¡Te has vuelto loco!? —exclamé—. ¿¡Qué coño está pasando!?

—Que he recibido una llamada. Eso es lo que está pasando.

«Debería haber vuelto hace una hora y veinte minutos».

—¿Te ha llamado Beck?

Negó con la cabeza.

—No, Beck no. Mi jefe.

—¿Xavier?

—El señor Xavier.

Se me quedó mirando, como si me estuviera retando. No movía las armas.

—He ido de compras.

«Sigue con vida y a ver qué sucede en el siguiente minuto».

—Me da igual lo que hayas hecho.

—No encontraba lo que buscaba. Por eso llego tarde.

—Esperábamos que llegaras aún más tarde.

—¿Por qué?

—Tenemos nueva información.

No dije nada al respecto.

—Camina de espaldas. Cruza la verja.

Mantuvo los revólveres a metro veinte de mi pecho y caminó hacia delante mientras yo y cruzaba la verja de espaldas. Yo daba un paso, él daba un paso. Me detuve unos seis metros y medio después de haber cruzado la verja, en mitad del camino de entrada. Él se apartó y se giró de manera que

podiera cubrirme a mí con la izquierda y a Richard y a Elizabeth con la derecha.

—Richard, cierra la verja.

Paulie siguió apuntándome con el Colt que empuñaba con la mano izquierda y giró el de la mano derecha hacia Richard. El muchacho vio cómo se le acercaba el arma, fue hacia la verja y la empujó. Al cerrarse, hizo un fuerte ruido metálico.

—Ahora, ponle la cadena.

Richard no atinaba a coger la cadena. Oí cómo esta traqueteaba y tintinaba contra el hierro. Oí el Cadillac, con el freno de mano puesto, a doce metros, silencioso, obediente, en el lado equivocado de la verja. Las rocas golpeaban la orilla por detrás de mí, despacio, regulares y lejanas. Elizabeth Beck estaba en la puerta de la casita del muro, a tres metros de la enorme ametralladora que colgaba de la cadena. Aquella arma no tenía seguro, pero Paulie estaba en un punto ciego. Por la ventana de atrás no lo vería.

—Cierra el candado.

Richard cerró el candado.

—Ahora, tu mamá y tú, poneos detrás de Reacher.

Se encontraron cerca de la puerta de la casa y caminaron hacia mí. Se pusieron detrás de mí. Ambos estaban pálidos y temblaban. El viento movía el pelo del muchacho y se le veía la cicatriz. Ella seguía con la blusa desabrochada. Tenía los brazos cruzados con fuerza a la altura del pecho. Oí cómo se detenían detrás de mí. Oí sus pies sobre el asfalto mientras se giraban para ponerse de cara a mi espalda. Paulie se situó en el centro del camino. Se giró y se puso frente a mí. Lo tenía a tres metros. Me apuntaba al pecho con ambos cañones, uno al lado derecho y el otro, al izquierdo. Muy probablemente, unas Magnums 44 encamisadas me atravesarían y, seguramente, también a Richard y a Elizabeth. De hecho, puede que llegaran hasta la casa. Puede, incluso, que rompieran un par de ventanas de la planta baja.

—Ahora, Reacher, levanta los brazos a los lados —dijo Paulie.

Los levanté, apartados del cuerpo, tiesos, inclinados.

—Richard quítale el abrigo a Reacher. Empieza a bajarlo por el cuello.

Noté las manos de Richard en el cuello. Las tenía frías. Cogió el cuello del abrigo y me lo quitó tirando hacia abajo. La prenda se deslizó por mis hombros y bajó por mis brazos. Pasó por una de las muñecas primero, por la otra después.

—Hazlo una bola —le dijo Paulie.

Oí cómo Richard lo hacía una bola.

—Tráelo aquí.

Richard salió de detrás de mí con el abrigo hecho una bola. Se quedó a metro y medio de Paulie.

—Tíralo por encima de la verja. Tan lejos como puedas.

Richard lo tiró por encima de la verja. Tan lejos como pudo. Las mangas revolotearon por el aire mientras el abrigo subía y bajaba, y oí el golpe sordo y amortiguado de la Beretta al caer sobre el capó del Cadillac.

—Y haz lo mismo con la chaqueta.

Richard hizo lo mismo con la chaqueta, que aterrizó junto al abrigo, en el capó del Cadillac, resbaló sobre la brillante pintura y acabó en la carretera, hecha un gurrño. Tenía frío. Hacía viento y mi camisa era fina. Oía a Elizabeth respirando detrás de mí. Su respiración era acelerada, superficial. Richard se quedó a metro y medio de Paulie, esperando su próxima orden.

—Ahora, tu mamá y tú vais a caminar cincuenta pasos en dirección a la casa.

Richard se giró y empezó a caminar. Volvió a pasar por mi lado. Oí cómo su madre empezaba a caminar con él. Oí cómo se alejaban. Volví la cabeza y vi cómo se detenían a unos cuarenta metros y se daban la vuelta para quedarse mirando hacia nosotros. Paulie empezó a caminar de espaldas hacia la verja. Un paso, dos pasos, tres pasos. Se detuvo a metro y medio de ella. De espaldas a ella. A mí me tenía como a cuatro metros y medio y supuse que alcanzaba a ver a Richard y a Elizabeth por encima de mis hombros, a lo lejos. Conformábamos, los cuatro, una línea perfecta sobre el camino: Paulie junto a la verja y mirando a la casa; Richard y Elizabeth a medio camino de la casa y mirando a Paulie; y yo, en el centro, entre ambos, intentando seguir con vida para ver qué sucedía en el siguiente minuto, de cara a Paulie, mirándolo a los ojos.

Sonrió.

—Muy bien —dijo—. Ahora, prestad atención.

No dejaba de mirarme. Mantenía el contacto visual. Se agachó y dejó ambos revólveres con cuidado en el asfalto, junto a sus pies, los giró para que el cañón quedara mirando hacia la verja y los empujó hacia atrás. Oí el cuerpo metálico de las armas rascando el asfalto. Me fijé en que quedaron como a un metro de él. Vi cómo sus manos volvían vacías. Se incorporó y me enseñó las palmas.

—Nada de armas —me dijo—. Voy a matarte a hostias.

Aún oía el Cadillac, que seguía con el motor al ralentí. Oía el susurro del gran V-8 y el ligero borboteo de los tubos de escape. Oía las correas de transmisión, que giraban despacio debajo del capó. Oía el silenciador, con su vibración, a medida que se ajustaba a una nueva temperatura.

—Reglas —dijo Paulie—. Si consigues dejarme atrás y acercarte a la verja, te quedas los revólveres.

No dije nada.

—Y, si te los quedas, puedes dispararlos.

No dije nada. Él sonreía.

—¿Lo has entendido?

Asentí. Lo miraba a los ojos con atención.

—De acuerdo. Yo no tocaré las armas a menos que intentes huir, pero si intentas huir, los cogeré y te dispararé por la espalda. Es justo, ¿no? Tienes que quedarte y luchar.

No dije nada.

—Como un hombre.

Seguí sin decir nada. Tenía frío. No tenía abrigo. No tenía chaqueta.

—Como un oficial. Como un caballero.

Seguí mirándolo a los ojos.

—¿Tienes claras las reglas?

No dije nada. Tenía el viento a la espalda.

—¿¡Tienes claras las reglas!?

—Clarísimas.

—¿Vas a huir?

No dije nada.

—Yo creo que sí, porque eres un mariquita.

No reaccioné.

—Un oficial mariquita. Una putilla de la retaguardia. Cobarde.

No reaccioné. Podía llamarme lo que quisiera.

«Los palos y las piedras pueden romperme los huesos, pero las palabras no pueden hacerme daño».

Además, dudaba mucho que él conociera alguna palabra que no hubiera escuchado yo mil veces. La Policía Militar no es muy querida. Apagué su voz y me concentré en sus ojos, en sus manos y en sus pies. Pensé. Sabía muchas cosas de él. Ninguna buena. Era grande, estaba loco y era rápido.

—Puto espía de la ATF...

«No exactamente».

—¡Allá voy! —exclamó.

Pero no se movió. Yo tampoco me moví. Me quedé donde estaba. Paulie iba hasta arriba de metanfetaminas y esteroides. Le resplandecían los ojos.

—¡Voy a por ti! —canturreó.

No se movió. Pesaba mucho y era fuerte. Demasiado. Si me golpeaba, me tiraría. Y, si me tiraba, nunca volvería a levantarme. Lo observé. Se puso de puntillas. Se movió. Rápido. Amagó a la izquierda y se quedó parado. No me moví. Seguí en el mismo sitio en el que estaba. Lo observaba. Pensé con todas mis fuerzas. Pesaba más de lo que la naturaleza había concebido para él, entre cuarenta y cinco y setenta kilos más. Puede que incluso más. Y era rápido, pero no lo sería para siempre.

Tomé aire.

—Elizabeth me ha contado que no se te levanta —le dije.

Se me quedó mirando. Aún oía el Cadillac. Aún oía las olas. Golpeaban las rocas a lo lejos, por detrás de la casa.

—Eres grande... pero no todo lo tienes grande.

No reaccionó.

—Me juego la mano izquierda a que tengo el meñique más grande.

Levanté un poco el brazo, con la mano extendida.

—Y más duro.

Se le oscureció la cara. Pareció como si se hinchase. Explotó contra mí. Se lanzó hacia delante con el brazo derecho avanzando como una guadaña para soltarme un gancho. Esquivé su cuerpo y me agaché por debajo de su brazo, me incorporé de nuevo y me volví. Se detuvo de golpe, con las piernas rígidas, y se dio la vuelta como un resorte. Habíamos cambiado de posición. Ahora, era yo el que estaba más cerca de las armas. Se asustó y volvió a cargar contra mí. El mismo movimiento. Su brazo derecho giraba. Lo esquivé y me agaché y volvimos a estar en la posición inicial. Solo que él respiraba con cierta dificultad.

—Pareces la blusa de una vieja —le solté.

Aquel era un insulto que había oído en algún sitio. Puede que en Inglaterra. No tenía ni idea de lo que significaba, pero funcionaba con cierto tipo de hombres. Con Paulie funcionó de maravilla. El gigante volvió a lanzarse contra mí sin planteárselo siquiera. El mismo movimiento. En esa ocasión, le pegué un codazo en el costado mientras giraba por debajo de su brazo. Ni se enteró. Se giró al instante, con las rodillas fijas, y volvió a lanzarse a por mí. Volví a esquivarlo, pero sentí la brisa de su gigantesco puño a menos de tres centímetros de mi cabeza.

Se quedó de pie, jadeando. Yo estaba empezando a entrar en calor. Empezaba a pensar que tenía alguna posibilidad. Paulie era muy mal luchador. Les pasa a muchos tipos grandes. Tienen un tamaño tan intimidatorio que nadie se atreve con ellos, o ganan el combate con el primer puñetazo. De una manera u otra, no adquieren experiencia. No adquieren finura. Y dejan de estar en forma. Las máquinas de pesas y las cintas de correr no sirven para sustituir esa aptitud física urgente, ansiosa, veloz, rápida y empapada en adrenalina que necesitas para pelear en la calle. Me daba la sensación de que Paulie era el típico ejemplo. Me daba la sensación de que había levantado tanto peso que no podía consigo mismo.

Le lancé un beso.

Volvió a cargar contra mí, sin plan. Se acercó como si fuera un martinete. Lo esquivé hacia la izquierda y le pegué un codazo en la cara, pero él me alcanzó con la mano izquierda y salí despedido de lado como si pesara menos que una pluma. Caí con una rodilla en tierra y conseguí ponerme de pie lo bastante rápido como para esquivar su siguiente golpe alocado, un puñetazo que no me alcanzó en el estómago por un pelo. El impulso del golpe hizo que Paulie se quedara un poco por detrás de mí y ligeramente inclinado, con lo que el lateral de su cabeza quedó justo en línea para que le metiera un gancho de izquierda. Pegué aquel golpe con todas mis fuerzas, fuerzas que extraje hasta de los dedos de los pies. Mi puño le alcanzó en la oreja e hizo que se tambaleara hacia atrás. Seguí con un colosal derechazo en la mandíbula. Luego, me aparté bailando, respiré hondo e intenté determinar qué daño le había hecho.

Ninguno.

Le había pegado cuatro veces y era como si ni siquiera lo hubiera tocado. Los dos codazos habían sido golpes sólidos y los dos puñetazos, de los más fuertes que había atizado en la vida. El segundo codazo le había hecho sangre en el labio superior, pero era como si no lo notara. En teoría, debería estar inconsciente. En coma. Hacía treinta años o más que no tenía que pegarle a

alguien más de cuatro veces. No mostraba signos de dolor. Ni de preocupación. No estaba inconsciente. No estaba en coma. Él también bailaba y, además, sonreía. Estaba tranquilo. Se movía con facilidad. Era un titán. Era invulnerable.

«No hay forma de hacerle daño».

Lo miré a los ojos y me di cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de vencerle. Y él me miraba a los ojos y sabía muy bien lo que yo estaba pensando. Esbozó una sonrisa más amplia. Se puso de puntillas, inclinó los hombros hacia delante y extendió las manos como si fueran garras. Empezó a patear el suelo, pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho. Como si quisiera hacerle daño al asfalto y, después, fuera a venir a por mí para arrancarme los brazos y las piernas. Su sonrisa se distorsionó y se convirtió en una amplia mueca de placer.

Se me abalanzó y lo esquivé echándome a la izquierda. Pero el gigante estaba preparado para mi maniobra y me soltó un gancho de derecha en mitad del pecho. Me sentí, exactamente, como si acabase de atizarme un levantador de pesas de ciento ochenta kilos que se movía a diez kilómetros por hora. Creí que se me partía el esternón y que el impacto me paraba el corazón. Dejé de estar sobre los pies y pasé a estar sobre la espalda. Entonces, vi con claridad que lo que tenía que hacer era elegir si quería morir o si quería vivir. Elegí vivir. Rodé sobre mí mismo en dos ocasiones, me empujé con las manos y me puse de pie. Pegué un salto de lado hacia atrás y esquivé un derechazo que me habría matado.

Después de aquello, la cuestión volvió a consistir en seguir con vida para ver qué sucedía en el siguiente minuto. Me dolía muchísimo el pecho y mi movilidad no estaba al cien por cien, pero esquivé durante un minuto todo lo que me lanzó. Era rápido, pero carecía de talento. Le pegué un codazo en la cara que le rompió la nariz. Se lo di con tanta fuerza que lo normal habría sido que la nariz se le saliera por la nuca. Bueno, por lo menos, empezó a sangrar y se vio obligado a respirar por la boca. Esquivé, bailé y esperé. Me llevé un gancho brutal en el hombro izquierdo, un golpe que casi me paraliza el brazo. A continuación, falló por poco un derechazo y, durante una fracción de segundo, bajó la guardia. Seguía con la boca abierta de par en par porque la sangre le impedía respirar por la nariz, así que aproveché para pegarle un puñetazo de cigarrillo. Se trata de un truco de luchador de bar que había aprendido hacía mucho tiempo. Consiste en ofrecerle un cigarrillo a aquel con quien te vas a pegar y, mientras abre la boca ligeramente para llevarse el cigarrillo a la boca, le sueltas un gancho fortísimo en la barbilla desde abajo.

Si lo has calculado bien, le cierras la boca de golpe y le rompes la mandíbula y algunos dientes, y puede que se muerda la lengua y se la corte. «Adiós y buenas noches». No tenía que ofrecerle el cigarrillo a Paulie porque ya tenía la boca abierta, así que me limité a soltarle el gancho. Puse en él todo lo que tenía. Fue un golpe perfecto. Aún era capaz de pensar y de tenerme en pie, y aunque era pequeño en comparación con él, soy un tipo muy grande con muchísimo entrenamiento y muchísima experiencia. Le aticé el puñetazo justo donde la mandíbula se estrecha por debajo del mentón. Hueso contra hueso, contacto sólido. Me puse de puntillas y acompañé el golpe un metro. Le debería haber roto la mandíbula, debería haberle roto el cuello. Su cabeza debería haber salido volando y haber acabado rodando por el suelo. Pero el golpe no le hizo nada. Absolutamente nada. Apenas conseguí que la cabeza se le moviera unos centímetros. Sacudió la cabeza y me pegó en la cara. Vi venir el golpe e hice todo lo que tenía que hacer: echar la cabeza hacia atrás y abrir la boca cuanto pude para no perder dientes de arriba y de abajo. Que mi cabeza ya se estuviera moviendo hacia atrás le restó parte de la fuerza a su golpe pero, aun así, fue un impacto tremendo. Como si me hubiera arrollado un tren. Como un accidente de coche. Se me apagaron las luces y caí al suelo con fuerza. Perdí el sentido de la orientación, así que el asfalto me golpeó en la espalda como un segundo puñetazo. Se me salió el aire de los pulmones y vi escapar de mi boca una rociada de sangre. Me golpeé la nuca con el asfalto. El cielo empezó a oscurecerse.

Intenté moverme pero, en aquel momento, era como un coche que no arranca cuando giras la llave. «Clic... Nada». Perdí medio segundo. Mi brazo izquierdo estaba débil, así que utilicé el derecho. Medio me levanté del suelo. Recogí las piernas y me puse de pie. Estaba mareado. Desconcentrado. Pero Paulie seguía de pie y me observaba. Y sonreía.

Me di cuenta de que se iba a tomar su tiempo conmigo. Pretendía pasárselo de maravilla.

Busqué las armas. Seguían estando detrás de él. No había manera de que las alcanzase. Le había pegado seis veces y estaba riéndose de mí. Él me había pegado tres y yo estaba hecho un cuadro. Me había dejado para el arrastre. Iba a morir. De pronto, lo vi claro. Iba a morir en Abbot, Maine, en una mañana de sábado gris de finales de abril. Una mitad de mí me decía: «Oye, todos morimos, así que, ¿qué más da dónde o cuándo?». Pero la otra mitad ardía con esa furia y esa arrogancia que han sido el combustible de gran parte de mi vida: «¿De verdad vas a permitir que sea un tipo como este el que te dé pasaporte!?». Escuché ambos argumentos con atención, me decanté

por uno, escupí sangre, respiré con fuerza y me preparé una última vez. Me dolía la boca. Me dolía la cabeza. Me dolía el hombro. Me dolía el pecho. Estaba mareado, aturdido. Volví a escupir. Me toqué los dientes con la lengua. Daba la sensación de que estuviera sonriendo.

«Tú mira el lado positivo».

No tenía ninguna herida grave. Aún. No me había disparado. Así que sonreí, esta vez de verdad, y escupí una tercera vez. Me dije para mis adentros:

«Vale, voy a morir peleando».

Paulie seguía sonriendo. Tenía sangre en la cara pero, por lo demás, ni siquiera parecía que hubiera estado peleando. Aún tenía bien la corbata. Aún llevaba la americana. Aún parecía que tuviera balones de baloncesto a la altura de los hombros y de los bíceps. Cuando vio que me preparaba, sonrió abiertamente, se agachó y volvió a poner las manos como garras y a patear el suelo. Supuse que sería capaz de esquivarlo una vez más, puede que dos, tres veces si me acompañaba la suerte, pero, después, todo habría acabado. Estaría muerto en Maine. Un sábado de abril. Imaginé a Dominique Kohl y le dije:

«Lo he intentado, Dom. De verdad».

Concentré la mirada en Paulie y vi que tomaba aliento. Luego, se movió. Se dio la vuelta. Recorrió tres metros. Se dio la vuelta. Luego, vino directo hacia mí. Muy rápido. Lo esquivé. Su chaqueta me abofeteó mientras pasaba. Por el rabillo del ojo vi a Richard y a Elizabeth, lejos, observándonos. Tenían la boca abierta, como si estuvieran diciendo: «Los que van a morir te saludan». Paulie cambió de dirección a toda velocidad y vino hacia mí como una locomotora.

Pero, entonces, decidió ponerse creativo y, en ese momento, me di cuenta de que, después de todo, era yo quien iba a ganar.

Intentó pegarme una patada de artes marciales, que es lo más estúpido que puedes hacer en una pelea callejera. En cuanto tienes un pie levantado del suelo, no eres dueño de tu propio equilibrio y te conviertes en vulnerable. Estás pidiendo a gritos perder el combate. Se me acercó a gran velocidad, con el cuerpo ladeado, como uno de esos idiotas que salen en televisión practicando kung-fu. Tenía el pie levantado y avanzaba con él por delante, con el talón por delante, con su gigantesco zapato en paralelo al suelo. Si me hubiera alcanzado, sin duda me habría matado. Pero no me alcanzó. Me eché hacia atrás, cogí su pie con ambas manos y lo levanté.

«¿Querías saber si era capaz de levantar ciento ochenta kilos? Bueno, pues ahora vamos a verlo, gilipollas».

Utilicé todas mis fuerzas para levantar el pie de Paulie y, después, lo empujé de cabeza contra el suelo. Cayó despatarrado y se quedó atontado, con la cara vuelta hacia mí. La primera regla de las peleas callejeras es acabar con tu rival en cuanto has conseguido derribarlo, sin dudar, sin pausas, sin inhibiciones, sin conductas caballerosas. Tienes que acabar con él. Paulie no sabía aquella regla, pero yo sí. Le sacudí una patada en la cara con todas mis fuerzas. Su sangre salpicó por todos lados y Paulie rodó para alejarse de mí. Le pegué tal pisotón en la mano derecha con el talón que le rompí los carpos y los metacarpos. Luego, volví a hacerlo. Ciento diez kilos de peso muerto cayendo sobre su muñeca. Luego, sobre el antebrazo.

Pero era sobrehumano. Giró sobre sí mismo y se puso de pie ayudándose del brazo izquierdo. Se alejó. Yo me acerqué bailando y él me soltó un potente gancho de izquierda, pero lo desvié y le pegué un zurdazo rápido en la nariz, que ya tenía rota. Se echó hacia atrás y le asesté un rodillazo en la entepierna. Bajó la cabeza a toda prisa y volví a meterle otro puñetazo de cigarrillo. Con la diestra. Su cabeza salió despedida hacia atrás y le pegué un codazo en el cuello. Le pisé el empeine con fuerza una vez, dos veces, y, después, le metí los dedos en los ojos. Se giró para protegerse y le di una patada en la rodilla derecha desde atrás, con lo que se le dobló la pierna y volvió a caer al suelo. Le pisé la muñeca izquierda con el pie izquierdo. El brazo derecho ya se lo había dejado completamente inútil. De hecho, se le balanceaba inerte a uno y otro lado. Iba a ser imposible que se moviera del suelo. A menos, claro está, que fuera capaz de levantar sus ciento ochenta kilos en vertical con la única ayuda de su brazo izquierdo. Pero no podía. Supongo que los esteroides no sirven para eso. Así que le pisé la mano izquierda con el pie derecho hasta que vi que se le salían los huesos rotos por la piel. Luego, me giré, pegué un salto y aterricé en su plexo solar. Me bajé de encima de él y le solté una patada con fuerza en la parte superior de la cabeza. Dos patadas. Tres patadas. Y una cuarta patada que le pegué con tantísima fuerza que se me rompió la tapa del zapato. El emisor de correos electrónicos se salió del tacón y rodó por el asfalto. Fue a parar justo donde había caído el busca de Elizabeth Beck el día en que lo tiré desde el Cadillac. Paulie lo siguió con la mirada y se quedó mirándolo. Le pegué una quinta patada.

Se sentó. Se incorporó con la fuerza de sus desmedidos abdominales. Los brazos le colgaban inútiles a los lados. Le cogí la muñeca izquierda y le giré el codo hasta que le disloqué la articulación y se la rompí. Me lanzó la muñeca rota y me abofeteó con aquella mano ensangrentada. La agarré con la mano izquierda y le apreté los nudillos, que ya le había roto. Lo miré a los

ojos y le aplasté los huesos, que ya le había roto. No se quejó, no hizo ningún ruido. Seguí agarrándole aquella mano pringosa y le giré el codo derecho hacia fuera, me tiré encima de él de rodillas y oí cómo se partía. Luego, me limpié las palmas de las manos en su pelo y me aparté de él. Me acerqué a la verja y recogí los Colts.

Se puso de pie. Fue un movimiento torpe. Sus brazos colgaban como trapos. Deslizó los pies hacia el culo, aupó su peso en ellos y se equilibró mientras se incorporaba. Tenía la nariz hecha pedazos y le sangraba. Tenía los ojos enrojecidos y me miraba con cara de odio.

—Camina... hacia las rocas —le dije. No me quedaba aliento.

Acabó de ponerse de pie como si fuera un buey aturdido. Yo tenía sangre en la boca. Y algún diente suelto. No sentía ninguna satisfacción. Ninguna. No lo había derrotado yo, se había derrotado él solito con la chorrada esa del kung-fu. Si se hubiera acercado a mí inclinado hacia delante, balanceándose, me habría matado en un minuto. Y ambos lo sabíamos.

—Camina o te pego un tiro.

Levantó la barbilla, como si me estuviera haciendo una pregunta.

—Te vas al agua —le aclaré.

Se quedó parado. No quería dispararle. No quería tener que mover hasta el mar un cadáver de ciento ochenta kilos. Siguió quieto y mi cabeza empezó a pensar en cómo resolver el problema. Quizá pudiera ponerle la cadena de la verja alrededor de los tobillos. ¿Tendría el Cadillac gancho de remolque? No estaba seguro.

—Camina.

Vi que Richard y Elizabeth venían hacia mí. Lo hacían dando un amplio rodeo. Querían ponerse detrás de mí, pero sin acercarse a Paulie. Como si fuera una figura mítica. Como si fuera capaz de cualquier cosa. Sabía cómo se sentían. El tipo tenía los dos brazos rotos y, aun así, yo mismo lo vigilaba con tal atención que parecía que me fuera la vida en ello. Cosa que, a decir verdad, así era. Porque, como decidiera echar a correr contra mí y consiguiera derribarme, podría aplastarme con las rodillas hasta matarme. Empezaba a dudar que los Colts fueran a hacerle algo. Cabía la posibilidad de que, si se lanzaba a por mí, las doce balas que le metiera no lo ralentizaran lo más mínimo.

—Camina.

Y caminó. Se dio la vuelta y echó a andar por el camino de entrada. Yo lo seguía a diez pasos. Richard y Elizabeth se apartaron y se quedaron en la hierba. Cuando pasé a su altura, empezaron a seguirme. Al principio, pensé en

decirles que permanecieran donde estaban pero, entonces, me di cuenta de que, ambos, a su manera, se habían ganado el derecho a mirar.

Paulie tomó la curva de la entrada. Al parecer, sabía adonde quería llevarlo. Y parece que no le importaba. Pasó junto al aparcamiento y se dirigió a la parte de atrás de la casa, a las rocas. Yo lo seguía a diez pasos. Iba cojeando, porque al tacón del zapato derecho se le había caído la tapa. El viento me soplaba en la cara. El mar rugía con fuerza a nuestro alrededor. Furioso, bravo. El gigante fue directo hasta el hueco que me había enseñado Harley. Se detuvo allí y se volvió para mirarme.

—No sé nadar.

Lo dijo arrastrando las palabras. Le había roto algunos dientes y le había golpeado con mucha fuerza en la garganta. El viento aullaba a su alrededor. Le levantó el pelo y le dio tres centímetros más de altura. La espuma de las olas le pasó por encima y me salpicó.

—No vas a tener que nadar.

Le disparé doce veces en el pecho. Las doce balas lo atravesaron. Grandes pedazos de carne y músculo salieron despedidos hacia el océano. Un tipo, dos revólveres, doce ruidosas explosiones y once dólares y cuarenta centavos en munición. Cayó al agua hacia atrás, de espaldas. Salpicó muchísimo. El mar estaba embravecido, pero la marea no era la adecuada. No tiraba. Paulie se quedó en el agua, balanceándose, flotando. A su alrededor, el océano adquirió un color rosado. El gigante flotaba estático. Luego, empezó a llevárselo la corriente hacia el interior del océano, muy despacio, y a bambolearlo con violencia con cada ola. Estuvo flotando todo un minuto. Luego, dos. Se alejó tres metros. Seis metros. Se volvió boca abajo acompañado del fuerte sonido de una succión y la corriente lo hizo girar despacio. Más rápido después. Estaba atrapado justo debajo de la superficie del agua. Su chaqueta estaba empapada y el aire la había hinchado como un globo, aunque se escapaba por los doce agujeros que le había hecho. El océano lo movía arriba y abajo como si no pesara nada. Dejé ambos revólveres en las rocas, me agaché y vomité en el agua. Me quedé así un rato, respirando con fuerza, observando cómo flotaba Paulie. Observando cómo daba vueltas. Richard y Elizabeth permanecieron a unos seis metros de mí. Cogí agua con la mano y me lavé la boca, la cara. Noté la sal. Cerré los ojos. Los mantuve así durante un rato. Un largo rato. Cuando los abrí, busqué por la superficie del mar, pero Paulie ya no estaba allí. Por fin se había hundido.

Me quedé acuclillado. Solté el aire. Consulté la hora. Las once en punto. Miré el océano unos instantes. Subía y bajaba. Las olas rompían y la espuma

me salpicaba. Allí estaba el charrán ártico. Había vuelto y buscaba un sitio en el que anidar. Yo estaba en blanco. Al rato, empecé a pensar. Empecé a valorar la situación. Cómo habían cambiado las circunstancias. Estuve cinco minutos pensando en ello y acabé sintiéndome bastante optimista. Teniendo en cuenta que me había librado de Paulie tan pronto, pensé que el final de la partida iba a ser mucho más rápido y mucho más sencillo.

En eso también me equivoqué.

Porque resulta que, para empezar, me equivoqué al dar por hecho que Elizabeth Beck querría huir de la casa. Le pedí que se llevase a Richard en el Cadillac y que se largaran de allí, pero no quería irse. Se quedó allí, en las rocas, con el pelo y las ropas agitados por el viento.

—Esta es mi casa.

—Dentro de muy poco va a ser una zona de guerra.

—Me quedo.

—No puedo permitir que se quede.

—No me voy a ir. No voy a irme sin mi marido.

No sabía qué responderle. Me quedé allí parado. Me estaba quedando frío. Richard se me acercó por detrás, me rodeó y se quedó mirando al mar. Luego, se dirigió a mí arrobado:

—¡Ha sido la hostia! ¡Le has derrotado!

—No, se ha derrotado él solo.

Había ruidosas gaviotas volando cerca de nosotros. Se peleaban con el viento, volaban en círculos alrededor de un punto del océano que estaría como a doce metros de nosotros. Se lanzaban al agua, picoteaban las olas. Se estaban comiendo los pedazos de Paulie que flotaban en el agua. Richard las observaba con los ojos como platos.

—Habla con tu madre. Tienes que convencerla de que debéis huir.

—No pienso marcharme —insistió Elizabeth.

—Yo tampoco. Este es nuestro hogar. Somos una familia.

Debían de estar conmocionados, pero no iba a discutir con ellos, así que decidí ponerlos a trabajar. Volvimos al camino despacio y en silencio. El viento tironeaba de nuestra ropa. Yo seguía cojeando por lo del zapato. Me detuve allí donde empecé a ver manchas de sangre y recuperé el emisor de correos electrónicos. Estaba roto. La pantallita de plástico estaba rajada y el aparato no se encendía. Me lo guardé en el bolsillo. Luego, encontré la tapa del tacón, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y la coloqué en su

sitio. Después de eso, caminar me resultó más sencillo. Llegamos a la verja, le quité la cadena, abrí la cerradura, empujé ambas hojas y fui a por mi chaqueta y mi abrigo. Me los puse. Me abotoné el abrigo y me subí el cuello. Después, me subí al Cadillac, crucé la verja y lo aparqué cerca de la casita del muro. Richard cerró la verja y volvió a ponerle la cadena. Yo entré en la casita, abrí la parte trasera de la enorme ametralladora rusa y saqué el cinturón de munición. Luego, levanté el arma para liberarla de la cadena. La llevé afuera, donde enseguida volví a sentir el viento, y la puse ladeada en el asiento del copiloto. Volví a la casita, metí el cinturón de munición en su caja, solté la cadena del gancho del que colgaba y desatornillé el gancho del techo. Llevé la caja, la cadena y el gancho afuera y los metí en el maletero del Cadillac.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me preguntó Elizabeth.

—Hay otras veinte cajas de munición y las quiero todas.

—No pienso entrar ahí. Nunca más.

—En ese caso, no puede ayudarme en nada.

Llevaba las cajas de dos en dos, por lo que tuve que hacer diez viajes. Aún tenía frío y, además, me dolía todo el cuerpo. Seguía notando el sabor de la sangre en la boca. Apilé las cajas en el maletero y en el suelo de los asientos traseros y del asiento del copiloto. Luego, me senté al volante y bajé el retrovisor para mirarme. Tenía los labios partidos y las encías manchadas de sangre. Las palas se me movían. Eso me tocaba las narices. Siempre habían estado desalineadas y hacía mucho tiempo que las tenía astilladas, pero llevaban conmigo desde los ocho años y estaba acostumbrado a ellas. Además, eran las únicas que tenía.

—¿Está usted bien? —me preguntó Elizabeth.

Tenía una sensación sorda en la nuca, del porrazo que me había dado de espaldas. Tenía un golpe muy fuerte en el hombro izquierdo. Me dolía el pecho y sentía dolor al respirar. Si no teníamos en cuenta todo eso, estaba bien. Y estaba mucho mejor que Paulie, que era lo que de verdad importaba. Me presioné las palas y las mantuve así un rato.

—Nunca he estado mejor.

—Tiene el labio hinchado.

—Sobreviviré.

—Deberíamos celebrarlo.

Salí del coche.

—Lo que tendríamos que hacer es hablar de cómo se van a marchar ustedes de aquí.

Elizabeth no dijo nada. El teléfono de la casita del muro empezó a sonar. Tenía un sonido de esos anticuados, grave, lento y relajante. Sonaba bajo y lejano, apagado por el ruido que hacían el viento y el mar. Sonó una vez. Dos. Rodeé el capó del Cadillac, entré en la casita y cogí el teléfono.

—Paulie —dije y esperé.

Un instante después, oí la voz de Quinn por primera vez en diez años.

—¿Ha llegado ya?

No respondí de inmediato. Cuando hablé, lo hice con la mano entre el auricular y la boca y con un tono más agudo.

—Hace diez minutos.

—¿Ya está muerto?

—Hace cinco.

—Bien. Estate preparado, que este va a ser un día largo.

«Y que lo digas».

Quinn cortó la llamada y yo colgué el teléfono y salí.

—¿Quién era? —me preguntó Elizabeth.

—Quinn.

La voz de Quinn la había oído por primera vez hacía diez años, en una casete. Kohl tenía una escucha en marcha. La escucha no estaba autorizada pero, por aquel entonces, las leyes marciales eran mucho más generosas que los procedimientos civiles. La casete era de aquellas transparentes que dejaban que se viera la cinta que había en el interior. Kohl había traído un reproductor del tamaño de una caja de zapatos, metió la casete y pulsó el botón de reproducción. Mi despacho se llenó con la voz de Quinn. Hablaba con un banco del otro lado del charco para llegar a un acuerdo financiero. Era evidente que estaba relajado. Hablaba con claridad y despacio, con ese acento neutro y homogéneo que se te queda después de pasar la vida en el ejército. Recitaba números de cuentas y proporcionaba claves, daba instrucciones de qué hacer con una serie de sumas que ascendían a medio millón de dólares. Quería que la mayoría del dinero lo transfirieran a cuentas de las Bahamas.

—Envía el dinero por correo —me comentó Kohl—. Primero a Gran Caimán.

—¿Y eso es seguro?

Asintió.

—Lo suficiente. El único riesgo es que lo roben los trabajadores postales, pero la dirección de destino es un apartado de correos y, además, envía el

dinero con tarifa de libros y, claro, nadie del servicio postal va a pararse a robar libros. Así que le sale bien.

—Medio millón de dólares es muchísimo dinero.

—Es un arma muy valiosa.

—¿¡En serio!?! ¿¡Tanto!?!

—¿No se lo parece?

Me encogí de hombros.

—A mí me parece muchísimo dinero... por un dardo de jardín.

La sargento señaló el reproductor de casetes. Llamó mi atención sobre la voz de Quinn, que llenaba la estancia.

—Desde luego, es evidente que se lo están pagando. Porque, claro, ¿por qué otra cosa iban a estar pagándole medio millón de dólares? Desde luego, con su sueldo es imposible que lo haya ahorrado.

—¿Cuándo va a entrar usted en escena?

—Mañana. No queda otra. Gorowski va a entregarle el último plano. Dice que es la clave de todo.

—¿Cómo va a hacerlo?

—Frasconi está encargándose del sirio. Va a marcar el dinero con un auditor de guerra de los JAG presente. Luego, observaremos el intercambio. Abriremos el maletín que Quinn le dé al sirio de inmediato, delante del auditor. Documentaremos el contenido, que será el plano clave. Después, iremos a por Quinn. Lo arrestaremos y nos incautaremos del maletín que el sirio le haya dado. El auditor de guerra nos verá abrirlo más tarde. En él encontraremos el dinero marcado y, así, tendremos testigos y una transacción documentada, con lo que Quinn caerá y no podrá levantarse.

—Sin fisuras. Buen trabajo.

—Gracias.

—¿Le irá bien a Frasconi?

—No nos queda otra... porque yo no puedo hacer lo del sirio. Esa gente se comporta de manera muy extraña con las mujeres. No pueden tocarnos, no pueden mirarnos. Hay ocasiones en las que ni siquiera nos hablan. Así que de esa parte va a tener que encargarse Frasconi.

—¿Quiere que lo coja de la mano?

—A ver, no va a salir a escena, así que es complicado que la cague.

—Bueno, creo que lo cogeré de la mano de todas formas.

—Gracias.

—E irá con usted para hacer el arresto.

No dijo nada.

—No puedo enviarla sola, eso ya lo sabe.

Asintió.

—Pero le diré que es usted la investigadora principal. Le dejaré bien claro que el caso lo lleva usted.

—De acuerdo.

Pulsó el botón con el que paraba la reproducción de la casete y la voz de Quinn se calló de golpe, en mitad de una palabra. La palabra iba a ser «dólares» y venía detrás de «doscientos mil», pero se quedó en «dóla...». Su voz era clara, feliz, alerta, como la de alguien que está satisfecho de cómo lo está haciendo, la de alguien que está jugando y ganando. Kohl sacó la casete y se la metió en el bolsillo. Luego, me guiñó el ojo y se marchó del despacho.

—¿Quién es Quinn? —me estaba preguntando Elizabeth Beck, diez años después.

—Frank Xavier. Se apellida Quinn. Su nombre completo es Francis Xavier Quinn.

—¿Lo conoce?

Asentí.

—¿Por qué si no iba a estar aquí?

—¿Quién es usted?

—Soy una persona que conoció a Frank Xavier cuando se llamaba Francis Xavier Quinn.

—Usted trabaja para el gobierno.

Negué con la cabeza.

—Esto es personal.

—¿Qué va a ser de mi marido?

—No tengo ni idea y, si le digo la verdad, me da lo mismo.

Volví a entrar en la casita de Paulie y cerré la puerta de delante. Salí y cerré la puerta de detrás. Luego, comprobé la cadena de la verja. Estaba bien cerrada. Tensa. Supuse que podríamos contener a los intrusos cosa de un minuto, puede que minuto y medio, tiempo más que suficiente. Me guardé la llave del candado en el bolsillo de los pantalones.

—Y, ahora, a la casa grande —anuncié—. Me temo que van a tener que ir andando.

Conduje el Cadillac por el camino con las cajas de munición apiladas detrás de mí y a mi lado. Vi a Elizabeth y a Richard por el retrovisor, caminaban deprisa, el uno al lado del otro. No querían marcharse de la casa,

pero tampoco querían quedarse solos, eso estaba claro. Detuve el coche frente a la puerta principal y di marcha atrás para facilitarme la descarga. Abrí el maletero, cogí el gancho del techo y la cadena y corrí hasta la habitación de Duke. Desde su ventana se veía todo el camino de entrada. Aquella iba a ser una cañonera ideal. Saqué la Beretta del bolsillo del abrigo, le quité el seguro y disparé al techo. Vi cómo Elizabeth y Richard, a cincuenta metros de la casa, se quedaban parados unos instantes y, después, echaban a correr hacia la puerta principal. Quizá pensarán que acababa de cargarme a la cocinera. O que me había suicidado. Me subí a una silla, metí los dedos por el agujero que había hecho en la escayola y no paré hasta que no encontré una viga de madera. Entonces, apunté con cuidado a la viga y volví a disparar. Le hice un agujero de nueve milímetros bien limpio. Atornillé el gancho en el agujero y pasé la cadena por él. Luego, me colgué de la cadena para comprobar la resistencia del gancho. Aguantaría.

Bajé y abrí las puertas de atrás del Cadillac. Elizabeth y Richard llegaron justo en ese momento a la altura del coche y les pedí que subieran las cajas de munición. Yo cogí la enorme ametralladora. El detector de metales de la puerta principal empezó a aullar mientras yo pasaba. Subí el arma escaleras arriba. La colgué en la cadena y le introduje un cinturón de munición. Giré el cañón hacia la pared y abrí la parte de debajo de la ventana. Volví a girar el cañón, lo metí por la abertura de la ventana y lo moví a un lado y al otro, arriba y abajo. Cubría el distante muro de lado a lado y tenía visibilidad hasta la plaza de entrada. Richard levantó la vista y me miró.

—¡Sigue apilando las cajas! —le pedí.

Luego, me acerqué a la mesita de noche y cogí el teléfono exterior. Llamé a Duffy al motel.

—¿Aún quieres ayudar? —le pregunté.

—Sí.

—En ese caso, os necesito a los tres en la casa. Cuanto antes.

Ya no había nada más que hacer hasta que llegaran. Esperé junto a la ventana y, sin apartar la vista de la carretera, me empujé las palas contra las encías con el pulgar. Me fijé en cómo Richard y Elizabeth se peleaban con las pesadas cajas. Miré al cielo. Era mediodía, pero estaba oscureciendo. El tiempo empeoraba. El viento cada vez era más frío. Típico de la costa del Atlántico Norte en abril. Impredecible. Elizabeth Beck entró en la habitación y dejó una caja. Respiraba con dificultad. Se quedó parada.

—¿Qué va a suceder? —me preguntó.

—Eso no hay forma de saberlo.

—¿Por qué ha puesto aquí esta arma?
—Por precaución.
—¿De qué quiere precaverse?
—De la gente de Quinn. Tenemos el mar justo a la espalda. Es posible que tengamos que detenerlos en el camino de entrada.
—¿¡Va a dispararles!?
—Si es necesario, sí.
—¿Y a mi marido?
—¿Acaso le importa?
Asintió.
—Sí, me importa.
—A él también le dispararé.
No dijo nada.
—Es un criminal —dije—. Se la está jugando.
—Las leyes que lo convierten en criminal son anticonstitucionales.
—¿Usted cree?
Asintió de nuevo.
—La Segunda Enmienda está clara.
—Llévelo al Supremo, pero a mí no me dé la paliza con ese tema.
—La gente tiene derecho a llevar armas.
—Los traficantes de drogas no. Corrijame si me equivoco, pero no hay ninguna enmienda que diga que no pasa nada por disparar armas automáticas en mitad de un vecindario concurrido. Por utilizar balas capaces de atravesar ladrillo. De atravesar a personas inocentes, a una detrás de la otra. Incluidos niños y bebés.
No dijo nada.
—¿Alguna vez ha visto una bala alcanzar a un bebé? No entra con facilidad, como una aguja hipodérmica, sino que lo destroza. Como una maza. Lo aplasta y lo rompe.
No dijo nada.
—Nunca le suelte a un soldado que las armas son divertidas.
—La ley es clara.
—Pues únase a la Asociación Nacional del Rifle. Yo, en cambio, estoy contento aquí, en la vida real.
—Es mi marido.
—Usted misma ha dicho que merecía ir a la cárcel.
—Sí... pero no merece morir.
—¿Usted cree?

—Es mi marido.

—¿Cómo hace las ventas?

—Utiliza la I-95. Corta el centro de las alfombras baratas y enrolla las armas dentro. Como si fueran tubos, o cilindros. Las lleva a Boston o a New Haven. Es allí donde se reúne con la gente.

Asentí. Recordé las fibras de alfombra que había visto.

—Es mi marido.

Asentí de nuevo.

—Si tiene suficiente sentido común como para no quedarse cerca de Quinn, puede que no le pase nada.

—Prométame que no le pasará nada y me marcharé con Richard.

—Eso no se lo puedo prometer.

—En ese caso, nos quedamos.

No dije nada.

—No fue una asociación voluntaria, ¿sabe? Me refiero a la que tiene con Xavier. Quiero que le quede claro.

Se acercó a la ventana y miró a Richard, que estaba sacando del Cadillac la última caja de munición.

—Lo coaccionó —explicó.

—Sí, me lo imagino.

—Secuestró a mi hijo.

—Lo sé.

Se apartó de la ventana y se me quedó mirando.

—¿Qué le hizo a usted?

Vi a Kohl dos veces más aquel día, mientras preparaba su parte de la misión. Estaba haciéndolo todo bien. Era como una ajedrecista. Nunca hacía nada sin plantearse los dos movimientos siguientes. Era consciente de que el auditor de guerra al que le había pedido que siguiera la transacción no podría participar en el consejo de guerra que se le haría a Quinn, por lo que había elegido a uno al que los fiscales odiasen. Así, durante el juicio, sería un obstáculo menos. Pidió un fotógrafo para hacer un informe visual. Había calculado el tiempo que se tardaba en llegar a la casa que Quinn tenía en Virginia. El archivo del caso, el que le había entregado yo en un primer momento, daba, ahora, para llenar dos cajas de cartón. La segunda vez que la vi ese día las transportaba una encima de la otra y los bíceps se le marcaban por el esfuerzo que tenía que hacer para cargar con el peso.

—¿Qué tal lo está llevando Gorowski? —le pregunté.

—No muy bien, pero mañana quedará libre de toda culpa.

—Se va a hacer usted famosa.

—Espero que no. Esto debería permanecer clasificado toda la vida.

—Famosa en el mundo de los archivos clasificados. Hay mucha gente que lee el material clasificado.

—En ese caso, supongo que debería pedir que alguien haga una crítica de mi actuación. No sé, pasado mañana.

—Deberíamos cenar juntos esta noche —dije—. Y salir. Ya sabe, a celebrarlo. Al mejor sitio que conozcamos. Yo invito.

—Pensaba que me había dicho que estaba a punto de tener que tirar de vales de comida.

—He estado ahorrando.

—Ha tenido usted muchas oportunidades. Ha sido una investigación larga.

—Lenta como la melaza. Ese es su único problema, Kohl. Es usted exhaustiva, pero es lenta.

Me sonrió y levantó las cajas.

—Si hubiera aceptado usted una cita conmigo, le habría demostrado que es mucho mejor ir lento que rápido.

Se llevó las cajas y volví a verla dos horas después, en un restaurante de la ciudad. Era un buen sitio, así que me había duchado y me había puesto un uniforme limpio. Ella apareció con un vestido negro. No el mismo de la otra vez. Sin lunares. Negro del todo. Le sentaba muy bien, aunque tampoco es que necesitara ayuda. Parecía que tuviera dieciocho años.

—Genial... Van a pensar que está cenando con su padre.

—Con mi tío, quizá. Con el hermano más joven de mi padre.

Fue una de esas comidas en las que no es importante lo que comas. Lo recuerdo todo de aquella noche, excepto lo que cené. Un filete de ternera, diría yo. O raviolis. Algo. Desde luego, sé que cenamos. Hablamos largo y tendido de esos temas que, muy probablemente, no compartiríamos con nadie. Estuve muy cerca de claudicar y preguntarle si quería que buscáramos un motel, pero no lo hice. Tomamos una copa de vino cada uno y, después, pasamos a beber agua. Teníamos que estar frescos el día siguiente. Pagué la cuenta y nos fuimos a medianoche, cada uno por su lado. Por tarde que fuera, estaba radiante. Llena de vida y de energía, y muy concentrada. Burbujeaba de emoción. Le brillaban los ojos. Me quedé en la calle, observando cómo se alejaba en el coche.

—Alguien viene —me dijo Elizabeth Beck diez años después.

Miré por la ventana y vi un Taurus gris en la lejanía. El color hacía que se mimetizara con las rocas y con el color del día, por lo que resultaba difícil verlo. Debía de estar a unos tres kilómetros, y estaba cogiendo una curva. Avanzaba muy rápido. Era el coche de Villanueva. Le pedí a Elizabeth que no saliera de la casa y que vigilase a Richard, bajé y salí por la puerta de atrás. Cogí las llaves de Angel Doll de mi atado y me las guardé en el bolsillo. También cogí la Glock de Duffy y los cargadores. Quería que los recuperase intactos. Lo consideraba muy importante. Bastantes problemas tenía ya la agente. Lo guardé todo en el bolsillo de mi abrigo, junto con la Beretta, rodeé la casa y subí al Cadillac. Conduje hasta la verja, bajé y me escondí. El Taurus se detuvo al otro lado de la verja y vi a Villanueva al volante, con Duffy en el asiento del copiloto y Eliot en los asientos de atrás. Salí de mi escondite, me acerqué a la verja, le quité la cadena y la abrí de par en par. Villanueva pasó y detuvo el Taurus con el morro frente al morro del Cadillac. Entonces, tres de las puertas del vehículo se abrieron al unísono y los tres agentes, a los que recibió el frío, bajaron y se me quedaron mirando.

—¿¡Qué coño te ha pasado!?! —me preguntó Villanueva.

Me toqué la boca. Noté los labios hinchados y tiernos.

—Me he golpeado con una puerta.

Villanueva miró la verja.

—O con el portero —me dijo—. ¿Me equivoco?

—¿Estás bien? —me preguntó Duffy.

—Desde luego, mejor que el portero estoy.

—¿Por qué nos has pedido que viniéramos?

—Hay que poner en marcha el plan B. Vamos a ir a Portland pero, si allí no encontramos lo que necesitamos, volveremos aquí y esperaremos. Así que dos de vosotros vais a venir conmigo ahora mismo y el tercero se queda aquí, cuidando el fuerte. —Me giré y señalé la casa—. En la ventana del centro del segundo piso hay una ametralladora montada por si viene alguien. Uno de vosotros se tiene que quedar apostado con ella.

Ninguno se ofreció voluntario. Miré a Villanueva. Era lo bastante mayor como para que lo hubieran reclutado en su día, así que cabía la posibilidad de que hubiera disparado alguna ametralladora tan grande como la de la habitación de Duke.

—Encárgate tú, Terry.

—No, yo no. Yo voy a acompañarte a buscar a Teresa.

Lo dijo de tal manera que no habría forma de convencerlo.

—Vale, ya me encargo yo —dijo Eliot.

—Gracias —le dije—. ¿Has visto alguna peli sobre Vietnam? ¿Has visto al artillero de la puerta de los Huey? Bueno, pues ese eres tú. Si vienen, no van a intentar cruzar la verja. Entrarán por la ventana frontal de la casita del muro y saldrán, bien por la puerta trasera, bien por la ventana trasera. Así que estate preparado para liquidarlos en cuanto aparezcan.

—¿Y si ha oscurecido?

—Volveremos antes de que haya oscurecido.

—De acuerdo. ¿Quién hay en la casa?

—La familia de Beck. No son combatientes, pero no se quieren marchar. Y la cocinera.

—¿Y Beck?

—Vendrá con los demás. Si consigue escapar durante la confusión, no me partirá el corazón. Ahora bien, si recibe un tiro durante la confusión, tampoco me lo partirá.

—De acuerdo.

—Seguramente no aparecerán. Están ocupados. Esto solo es por precaución.

—De acuerdo.

—El Cadillac se queda aquí. Nosotros nos llevaremos el Taurus.

Villanueva volvió a ponerse al volante del Ford, dio marcha atrás y volvió a cruzar la verja. Yo salí caminando con Duffy, cerré la verja desde fuera y le puse la cadena. Luego, le tiré la llave del candado a Eliot.

—Enseguida nos vemos —le dije.

Se puso al volante del Cadillac, dio la vuelta y me quedé mirando cómo lo conducía en dirección a la casa. Luego, me subí al Taurus con Duffy y con Villanueva. Ella iba en el asiento del copiloto. Yo me senté atrás. Saqué la Glock y los cargadores del bolsillo y le di las tres cosas como si estuviera celebrando una pequeña ceremonia.

—Gracias por el préstamo.

La pistola la guardó en la funda del sobaco y los cargadores, en el bolso.

—No hay por qué darlas.

—Primero a por Teresa —comentó Villanueva—. Luego, a por Quinn. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

Villanueva giró hacia la carretera y la tomó en dirección oeste.

—¿Qué es lo que buscamos? —me preguntó.

—Estoy entre tres ubicaciones: la oficina con almacén que tiene cerca del muelle, una oficina que hay en el centro de la ciudad y el hangar de un parque industrial cerca del aeropuerto. No se puede tener a alguien prisionero en un edificio de oficinas los fines de semana y el almacén está muy concurrido, acaba de llegarles un gran cargamento, así que yo apostaría por el parque industrial.

—¿En la I-95 o en la Ruta 1?

—En la Ruta 1.

Fuimos en silencio. Recorrimos los veinticinco kilómetros del brazo de mar tierra adentro y, cuando llegamos a la Ruta 1, giramos hacia el norte, en dirección a Portland.

Era primera hora de la tarde de un sábado, por lo que el parque industrial estaba en calma. La lluvia lo tenía tan limpio que parecía recién inaugurado. El cielo estaba tan gris que los hangares tenían un brillo apagado, como el del peltre. Recorrimos el entramado de calles a unos treinta kilómetros por hora. No vimos a nadie. Parecía que el hangar de Quinn estuviera cerrado a cal y canto. Giré la cabeza a medida que pasábamos por delante y volví a estudiar el cartel: XAVIER EXPORT COMPANY. Las letras las había grabado un profesional en grueso acero inoxidable, pero lo de las equis extragrandes parecía la típica idea de bombero de alguien que creía que entendía de diseño gráfico.

—¿Por qué pondrá «exportación»? —preguntó Duffy—. Está claro que se dedica a la importación.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Villanueva.

—A la fuerza. Por la parte de atrás, supongo —le respondí.

Los hangares estaban situados de espaldas unos a otros y con el aparcamiento en la parte frontal. Aparte de eso, en aquel parque industrial solo había calles o pequeñas zonas de césped rodeadas de bordillos de cemento. No había vallas por ningún lado. En el hangar que estaba detrás del de Quinn ponía: PAÚL KEAST & CHRIS MADEN - SERVICIO DE CATERING PROFESIONAL. Estaba cerrado, desierto. Por detrás de él se veía la puerta trasera del hangar de Quinn, que era un sencillo rectángulo metálico pintado de un rojo apagado.

—Aquí no hay nadie —comentó Duffy.

En la pared trasera del hangar de Quinn, cerca de la puerta roja, había una ventana. El cristal era esmerilado. Lo más probable es que fuera la ventana del cuarto de baño. Tenía barrotes de hierro.

—¿Habrá algún sistema de seguridad? —preguntó Villanueva.

—¿En un sitio tan nuevo como este? Lo más seguro es que sí —respondí.

—¿Conectado directamente con la poli?

—Lo dudo. Eso no sería muy inteligente en el caso de alguien como Quinn. Alguien como él no quiere que la policía aparezca cada vez que un crío le rompe una ventana.

—¿Una empresa privada?

—Supongo que sí. O su propia gente.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Tendremos que ser muy muy rápidos. Entrar y salir antes de que a alguien le dé tiempo a reaccionar. Yo diría que no podemos arriesgarnos a estar más de cinco o diez minutos.

—¿Uno delante y dos detrás?

—Sí, eso es. Tú, delante.

Le pedí que dejara abierto el maletero y, después, Duffy y yo salimos del coche. Hacía frío y había humedad y, por si fuera poco, soplaban el viento. Cogí la llave de ruedas de debajo de la rueda de repuesto, cerré el maletero y nos quedamos observando cómo se alejaba el coche. Luego, atravesamos el hangar de los del catering por el lateral, cruzamos la zona de césped que separaba ambos hangares y fuimos directos a la ventana del cuarto de baño de Quinn. Pegué la oreja al frío metal y escuché. No oí nada. Luego, me fijé en los barrotes de la ventana. Estaban hechos de una sola pieza rectangular de hierro asegurada con ocho tornillos, dos por cada lado del rectángulo. Los tornillos pasaban por unas arandelas soldadas del tamaño de monedas de cuarto de dólar. La cabeza de los tornillos era del tamaño de monedas de cinco centavos. Duffy desfundó la Glock. Lo supe porque oí cómo el arma rozaba con el cuero de la funda. Comprobé que la Beretta seguía en el bolsillo de mi abrigo. Sujeté la llave de ruedas con ambas manos. Volví a pegar la oreja a la pared de metal. Oí cómo Villanueva aparcaba el coche justo delante del hangar. Se oía el ronroneo del motor a través del metal. Oí cómo abría y cerraba la puerta. Dejó el motor en marcha. Sus pisadas se oyeron en el camino de entrada.

—Estate preparada.

Noté que Duffy se movía detrás de mí. Villanueva llamaba con fuerza a la puerta delantera. Golpeé con la llave de ruedas el lateral de uno de los tornillos. Dejé una marca poco profunda en el metal. Cogí el tornillo con la llave, entre los barrotes, y tiré de él. El tornillo aguantó. Estaba claro que se hundía en la pared por el marco de acero, así que puse la llave de ruedas de otra manera y volví a tirar de ella, esta vez con más fuerza. Una vez. Dos veces. La cabeza del tornillo se partió y los barrotes se movieron un poco.

Tuve que romperles la cabeza a seis de los tornillos. Me llevó unos treinta segundos. Villanueva todavía estaba llamando a la puerta. Nadie respondía. Cuando el sexto tornillo se rompió, cogí los barrotes y los abrí noventa grados como si fueran una puerta. Los dos tornillos que quedaban chirriaron a modo de queja. Volví a coger la llave de ruedas y rompí con ella el cristal esmerilado. Metí la mano, di con el pestillo y abrí la ventana. Empuñé la Beretta y entré en el cuarto de baño con la cabeza por delante.

El cuarto de baño era un cubículo. De metro ochenta por metro veinte, aproximadamente. Había un inodoro y un lavamanos con un espejo sin marco. También una papelerera y una balda con rollos de papel higiénico y toallitas de papel. En una esquina tenían un cubo con una fregona. El suelo era de linóleo y estaba limpio. Oía muy fuerte a desinfectante. Me volví y observé la ventana. Tenía una pequeña alarma atornillada al alféizar. Sin embargo, el hangar aún estaba en silencio. No sonaba ninguna sirena. Debía de ser una alarma silenciosa. En algún lado estaría sonando un teléfono. O en la pantalla de algún ordenador habría empezado a parpadear una alerta.

Salí del cuarto de baño. Daba a un pasillo trasero. Allí no había nadie. Estaba oscuro. Sin dejar de mirar hacia delante, caminando de espaldas, me acerqué a la puerta trasera. Descorrí el cerrojo y la abrí. Oí que Duffy entraba.

Era probable que la agente hubiera estado unas seis semanas en Quantico durante su entrenamiento básico y estaba claro que aún recordaba cómo moverse. Sujetaba la Glock con ambas manos, pasó por mi lado y se apostó junto a la puerta del pasillo, la puerta por la que se salía al resto del hangar. Apoyó el hombro en la jamba y dobló los codos para apartar su arma de mi camino. Me adelanté, le pegué una patada a la puerta, la crucé, me aparté a la izquierda y Duffy apareció lanzada detrás de mí y se movió a la derecha. Estábamos en otro pasillo. Era estrecho. Recorría el hangar de parte a parte, hasta el frente. Había habitaciones a derecha e izquierda. Seis, tres a cada lado. Seis puertas, todas ellas cerradas.

—Delante —susurré—. Villanueva.

Fuimos avanzando de lado, poco a poco, de espaldas a la pared, cubriendo cada puerta cuando llegábamos a ella. Ninguna se abrió. Llegamos a la puerta frontal, descorrimos el cerrojo y la abrimos. Villanueva entró y cerró la puerta detrás de él. Empuñaba una Glock 17 con su mano nudosa de anciano. Le quedaba de maravilla.

—¿Alguna alarma? —preguntó entre susurros.

—Sí, de las silenciosas —le respondí, yo también entre susurros.

—Pues démonos prisa.

—Vayamos de puerta en puerta.

No tenía buenas sensaciones. Habíamos hecho tanto ruido que cualquiera que hubiera en el hangar sabría que estábamos allí, así que el hecho de que no hubieran salido a por nosotros a toda prisa significaba que eran lo bastante inteligentes como para permanecer allí donde estuvieran, con el seguro del arma quitado y apuntando a la puerta a la altura del pecho. El pasillo no tendría más de noventa centímetros de anchura, poco espacio para maniobrar. Seguía sin tener buenas sensaciones. Las puertas tenían las bisagras a la izquierda, por lo que situé a Duffy a mi izquierda, mirando hacia fuera para cubrir las puertas de enfrente. No quería que estuviéramos todos mirando en la misma dirección. No quería que nos dispararan por la espalda. Luego, situé a Villanueva a mi derecha. Su trabajo sería el de abrir las puertas de una patada, una a una. Yo me situé en el centro. Mi trabajo sería el de entrar el primero en cada habitación, una a una.

Empezamos por la primera habitación de la izquierda, contando desde la parte delantera del hangar. Villanueva le pegó una patada fortísima a la puerta. La cerradura se rompió, el marco se astilló y la puerta se abrió con un fuerte ruido. Entré de golpe. Vacía. Era un cuadrado de tres por tres metros con una ventana, un escritorio y una pared de archivadores. Salí y todos nos giramos para ir a la habitación que había justo enfrente. Duffy nos cubría las espaldas, Villanueva le pegó una patada a la puerta y yo entré de golpe. Vacía. Pero tenía una ventaja frente a la anterior: carecía de pared medianera con la habitación de al lado. Era una estancia rectangular de tres metros por seis, con dos puertas que daban al pasillo. En la habitación había tres escritorios con ordenadores y teléfonos. En una esquina había un perchero del que colgaba una gabardina de mujer.

Cruzamos el pasillo hasta la cuarta puerta. La tercera habitación. Villanueva le pegó una patada a la puerta y yo rodeé la jamba. Vacía. Otro cuadrado de tres por tres. Sin ventana. Había un escritorio con un gran tablón de anuncios de corcho detrás y varias listas clavadas en él. La mayor parte del linóleo lo cubría una alfombra persa.

Llevábamos cuatro. Faltaban dos. Elegimos seguir por la última de la derecha. Vacía. Tres por tres, pintada de blanco, linóleo gris. Completamente vacía. No había nada de nada en ella. Excepto manchas de sangre. Las habían limpiado, pero no muy bien. En el suelo había círculos marrones medio borrados, que era como los había dejado, sin duda, la fregona del cuarto de baño. Las paredes estaban llenas de salpicaduras. Algunas las habían limpiado, pero de otras se habían olvidado. Había rastros hasta la altura de la

cintura. La unión entre el zócalo y el linóleo estaba manchada de marrón y negro.

—La chica de servicio —expliqué.

No dijeron nada. Estuvimos quietos un buen rato. Luego, salimos de la habitación, nos dimos la vuelta y Villanueva golpeó la última puerta con fuerza. Entré con la pistola por delante. Me detuve de golpe.

Era una prisión. Estaba vacía.

Cuadrada, tres por tres. Las paredes pintadas de blanco y el techo más bajo. No había ventanas. Linóleo gris en el suelo. Un colchón en el linóleo. Unas sábanas arrugadas sobre el colchón. Decenas de cajas de comida china por todos lados. Botellas de plástico de agua mineral vacías.

—Ha estado aquí —comentó Duffy.

Asentí y añadí:

—Igual que estuvo en el sótano de la casa.

Me adelanté hasta el colchón y lo levanté. Escrita con el dedo, grande y evidente, aparecía la palabra JUSTICE. Debajo de ella, la fecha del día en el que estábamos, seis números, día, mes y año, que iban desvaneciéndose hasta que Teresa volvía a recargar la punta del dedo con algo negro y marrón.

—Tiene la esperanza de que demos con ella —comentó Villanueva—. Día a día, sitio a sitio. Chica lista.

—¿Está escrito con sangre? —preguntó Duffy.

La estancia apestaba a comida rancia y a aire rancio. Allí olía a miedo y a desesperación. Teresa había oído cómo moría la chica de servicio. Dos puertas tan finas no habrían impedido el paso de ruido.

—Es salsa hoisin —apunté—. Espero.

—¿Cuánto hará se la habrán llevado?

Miré las cajitas que tenía más cerca.

—Unas dos horas, diría yo.

—Mierda.

—Vamos —dijo Villanueva—. Vamos a buscarla.

—Cinco minutos —comentó Duffy—. Necesito algo que pueda darle a la ATF. Para hacer esto bien.

—No tenemos cinco minutos —le respondió Villanueva.

—Dos —dije yo—. Coge todo lo que puedas y ya lo mirarás más tarde.

Salimos de la celda. Ninguno miramos el matadero que había enfrente. Duffy nos llevó a la habitación de la alfombra persa.

«Buena elección».

Lo más probable era que aquel fuera el despacho de Quinn. Quinn era de esos a los que les gustaría tener alfombra en el despacho. La agente cogió un grueso archivo titulado PENDIENTE de uno de los cajones del escritorio y todas las listas del tablón de corcho.

—Vámonos —insistió Villanueva.

Salimos por la puerta de delante exactamente cuatro minutos después de que hubiera entrado yo por la ventana del cuarto de baño. Me habían parecido más de cuatro horas. Entramos en el Taurus gris y estábamos en la Ruta 1 un minuto después.

—En dirección norte —le dije a Villanueva—. Vamos al centro de la ciudad.

Al principio, fuimos en silencio. Ni siquiera nos mirábamos. No hablábamos. Estábamos pensando en la chica de servicio. Yo iba detrás y Duffy delante con todos los papeles de Quinn desplegados sobre las rodillas. El tráfico por el puente era lento. La gente acudía a la ciudad para ir de compras. Eran cautos, porque la carretera estaba resbaladiza por la lluvia y por el salitre. Duffy revolvía los papeles y los estudiaba uno a uno. Entonces, rompió el silencio. Fue un alivio.

—Esto es bastante críptico. Tengo una XX y una BB.

—Xavier Export Company y Bizarre Bazaar —le dije.

—BB está importando y XX, exportando, pero es evidente que hay relación entre ambos. Son como las dos mitades de una misma operación.

—Me da igual. Yo solo quiero a Quinn.

—Y yo a Teresa —soltó Villanueva.

—La hoja de cálculo del primer trimestre indica que van a mover veintidós millones de dólares este año —dijo Duffy—. Yo diría que eso son muchas armas.

—Doscientas cincuenta mil Saturday Night Special —comenté—. O cuatro tanques Abrams.

—Mossberg. ¿Os suena ese nombre? —preguntó Duffy.

—¿Por qué?

—XX acaba de recibir un cargamento enviado por ellos.

—O. F. Mossberg e Hijos —comenté—. De New Haven, Connecticut. Fabricantes de escopetas.

—¿Qué es un Persuader?

—Una escopeta —respondí—. La Mossberg M500 Persuader. Es un arma paramilitar.

—XX va a enviar Persuaders a algún lado. Doscientas. El valor total de la factura es de sesenta mil dólares. Básicamente, a cambio de algo que está recibiendo BB.

—Importación-exportación —dije—. Así funciona.

—Pero los números no encajan. El cargamento en cuestión tiene un valor de setenta mil dólares en la siguiente factura, por lo que XX se queda con diez mil dólares.

—La magia del capitalismo.

—No, espera... hay algo más. Ahora lo equilibra. Doscientas Mossberg Persuader y como bonificación un objeto por valor de diez mil dólares para que los números cuadren.

—¿Cuál es ese objeto?

—No lo pone. ¿Qué podría valer diez mil dólares?

—Me da igual.

Revolvió más papeles.

—Keast y Maden —dijo—. ¿Dónde hemos visto esos nombres?

—En el hangar que hay detrás del de Quinn. Son los del catering.

—Los ha contratado. Van a entregar algo hoy.

—¿En dónde?

—No lo pone.

—¿Qué algo?

—No lo pone. Dieciocho algos de cincuenta y cinco dólares cada uno. Casi mil dólares de ese algo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Villanueva.

Acabábamos de salir del puente y estábamos girando hacia el noroeste. Habíamos dejado el parque industrial a la izquierda.

—La segunda a la derecha —le dije.

Entramos directamente en el aparcamiento subterráneo de Missionary House. En una garita había un guardia de seguridad con un uniforme vistoso. Nos registró sin prestarnos apenas atención. Entonces, Villanueva le enseñó la placa de la DEA y le ordenó que se estuviera callado y que permaneciera sentado. Le advirtió que no llamara a nadie. Por detrás del guardia de seguridad, el garaje estaba tranquilo. Debía de haber unas ochenta plazas de aparcamiento y menos de una decena de coches en ellas. Uno de ellos, no

obstante, era el Grand Marquis gris que había visto frente al almacén de Beck esa misma mañana.

—Aquí es donde hice las fotografías —comentó Duffy.

Condujimos hasta el fondo del aparcamiento y dejamos el Taurus en una esquina. Salimos y cogimos el ascensor hasta la planta baja, hasta el vestíbulo principal. El vestíbulo tenía una decoración de mármol trasnochada y un directorio del edificio. La Xavier Export Company compartía el cuarto piso con una firma de abogados llamada Lewis, Strange and Greville. Nos alegramos de que así fuera, porque eso significaba que habría un vestíbulo interior, que no saldríamos del ascensor directamente a las oficinas de Quinn.

Volvimos al ascensor y pulsamos el botón de la cuarta planta. Nos situamos mirando hacia fuera. Las puertas se cerraron y el motor del ascensor empezó a chirriar. Se detuvo en la cuarta planta. Oímos voces. La campanilla del ascensor tañó. Las puertas se abrieron. El vestíbulo estaba lleno de abogados. A la izquierda había una puerta de caoba con una placa de latón en la que ponía: LEWIS, STRANGE & GREVILLE, ABOGADOS. La puerta estaba abierta y acababan de salir por ella tres personas que estaban esperando a que alguna de ellas se decidiese a cerrarla. Dos hombres y una mujer. Iban con ropa desenfadada. Todos llevaban maletín. Parecía que estuvieran contentos. Se volvieron y nos miraron. Salimos del ascensor. Nos sonrieron y nos saludaron con un asentimiento de cabeza, como se suele hacer entre extraños en un vestíbulo pequeño. O puede que pensaran que habíamos llegado para consultarles algún asunto legal. Villanueva les devolvió la sonrisa y señaló con la cabeza la puerta de Xavier Export: «No venimos a veros a vosotros, sino a ellos». La mujer apartó la mirada y pasó entre nosotros para entrar en el ascensor. Sus compañeros cerraron la puerta del despacho y se unieron a ella. Las puertas del ascensor se cerraron y oímos cómo el motor empezaba a chirriar de nuevo.

—Testigos —susurró Duffy—. ¡Mierda!

Villanueva señaló la puerta de Xavier Export.

—Y ahí hay alguien. Los abogados no se han sorprendido al vernos a esta hora del sábado, así que debían saber que ahí hay alguien. Puede que hayan pensado que teníamos una cita o algo así.

Asentí.

—Uno de los coches que había en el aparcamiento estaba esta mañana frente al almacén de Beck.

—¿Quinn? —preguntó Duffy.

—Desde luego, eso espero.

—Tenemos un acuerdo —me dijo Villanueva—. Teresa primero y, después, Quinn.

—Voy a cambiar el plan —le dije—. Porque, si Quinn está ahí dentro, no me voy a ir. No si es un blanco.

—¡Pero si no podemos entrar! —soltó Duffy—. ¡Nos han visto!

—Vosotros no podéis entrar. Yo sí.

—¿¡Solo!?

—Es como más me gustaría. Él y yo.

—Pero es que dejamos un rastro.

—Pues borradlo. Volved al garaje y largaos. El guardia registrará vuestra salida. Entonces, llamad a esta oficina pasados cinco minutos. Entre el registro del garaje y el del teléfono, quedará claro que no sucedió nada mientras estabais aquí.

—Pero ¿y tú? Quedará registrado que te dejamos aquí.

—Lo dudo. No creo que el del garaje haya prestado mucha atención. No creo que cuente cabezas. Se limita a apuntar las matrículas.

Duffy no dijo nada.

—Además, me da igual. Es complicado dar conmigo. Y tengo pensado hacer algo para que sea aún más difícil.

Duffy miró la puerta del bufete de abogados. Luego, la de Xavier Export. Luego, el ascensor. Luego, a mí.

—De acuerdo, todo tuyo. No es que quiera irme, pero no me queda más remedio, ¿lo comprendes?

—A la perfección.

—Teresa podría estar ahí con él —susurró Villanueva.

Asentí.

—Si está ahí, me la llevaré conmigo. Esperadme al final de la calle diez minutos después de hacer la llamada telefónica.

Ambos dudaron un segundo y, entonces, Duffy pulsó el botón del ascensor. Oímos chirridos en cuanto la maquinaria se puso en marcha.

—Ve con cuidado —me dijo.

La campana tañó y las puertas se abrieron. Entraron. Villanueva me miró y pulsó el botón del aparcamiento. Las puertas se cerraron como si fueran el telón de un teatro y, así, sin más, se fueron. Me acerqué a la puerta de Quinn y me apoyé en la parte que estaba más apartada del ascensor. Me alegraba de haberme quedado solo. Empuñé la Beretta y esperé. Imaginé a Duffy y a Villanueva saliendo del ascensor y caminando hasta el coche. Saliendo del aparcamiento. Al guardia de seguridad registrando su salida. Los imaginé

aparcando a la vuelta de la esquina y llamando a Información. Consiguiendo el número de Quinn. Y Quinn al otro lado de ese número, en su escritorio, con un teléfono delante. Me quedé mirando la puerta como si pudiera ver a través de ella.

La primera vez que vi a Quinn fue el mismo día del arresto. Frasconi se las había arreglado muy bien con el sirio. Lo había hecho de manera impecable. Para ser justos, el teniente era muy adecuado para misiones como aquella. Si le dabas tiempo y un objetivo claro, sabía resolver muy bien la situación. El sirio trajo dinero en metálico desde su embajada y nos sentamos todos juntos frente al auditor de guerra y lo contamos. Había cincuenta mil dólares. Supusimos que era el último pago de muchos. Marcamos cada billete, uno a uno. Incluso marcamos el maletín. Escribimos las iniciales del auditor de guerra en él con laca de uñas transparente. El auditor escribió una declaración jurada para el archivo y Frasconi se quedó encañonando al sirio mientras Kohl y yo nos poníamos en posición, listos para la fase de vigilancia. El fotógrafo de la sargento ya estaba esperando en la ventana del segundo piso de un edificio que había al otro lado de la calle, enfrente de la cafetería, veinte metros al sur. Nosotros estábamos en una furgoneta de la compañía eléctrica aparcada junto a la acera. Tenía unas ventanillas con vidrios de visión unidireccional. Kohl había conseguido que el FBI se la prestase. Además, había reclutado a tres machacas para que la ilusión fuera redonda. Los tres iban vestidos con monos de la compañía eléctrica y estaban escarbando calle arriba.

Esperamos. No mantuvimos ninguna conversación. No había mucho aire en la furgoneta. Volvía a hacer una buena temperatura. Frasconi soltó al sirio pasados cuarenta minutos, y este apareció caminando sin prisa por el norte. Le habíamos advertido de lo que sucedería si nos delataba. Kohl había escrito el guión y Frasconi lo había seguido al pie de la letra. Eran amenazas que, muy probablemente, no habríamos podido poner en práctica, pero el sirio no lo sabía. Supuse que, teniendo en cuenta lo que le hacían a la gente en Siria, eran amenazas creíbles.

El sirio se sentó ante una mesa de la calle. A unos tres metros de nosotros. Dejó el maletín en el suelo, junto a la mesa. Parecía un cliente más. Llegó el camarero y le tomó nota. Volvió un minuto después con un expreso. El sirio encendió un cigarrillo. Se fumó la mitad y aplastó el resto en el cenicero.

—El sirio está esperando —comentó Kohl calmada.

Tenía en marcha una grabadora. Su idea era contar con un audio a tiempo real como apoyo. Vestía el uniforme de campaña, lista para realizar el arresto. Le quedaba muy bien.

—Confirmado —dijo el auditor de guerra—. El sirio está esperando.

El sirio se acabó el café y pidió otro. Encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Siempre fuma tanto? —le pregunté a Kohl.

—¿Por qué lo dice?

—No estará advirtiéndolo a Quinn, ¿verdad?

—No, siempre fuma.

—De acuerdo, pero es probable que tengan una señal para abortar el encuentro.

—No la usará. Frasconi lo ha asustado pero bien.

Esperamos. El sirio acabó el segundo cigarrillo. Apoyó la palma de la mano en la mesa. Tamborileó con los dedos. Parecía estar tranquilo. Parecía una persona esperando a otra que puede que fuera a llegar un poco tarde. Encendió otro cigarrillo.

—No me gusta que fume tanto —comenté.

—Tranquilo, que siempre hace lo mismo —me dijo Kohl.

—Hace que parezca que está nervioso y a Quinn podría llamarle la atención.

—Es normal. Es de Oriente Medio.

Esperamos. Cada vez había más gente. Ya era casi la hora de comer.

—Quinn se acerca —comentó Kohl.

—Confirmado —respondió el auditor de guerra—. Quinn se acerca.

Miré en dirección sur. Vi a un tipo con aspecto aseado, limpio, bien vestido, cerca del metro noventa y que no llegaría a los noventa kilos. Parecía que tuviera algo menos de cuarenta años. Tenía el pelo negro, pero empezaban a salirle canas en las sienes. Llevaba un traje azul con camisa blanca y una anodina corbata roja. Un habitante cualquiera de la capital. Se movía con rapidez, pero parecía que se moviera despacio. Realizaba movimientos muy limpios. Era evidente que estaba en forma, que tenía un cuerpo atlético. Seguro que estaba habituado a correr. Llevaba un maletín Halliburton, exacto al del sirio. El reflejo del sol le daba un tono dorado.

El sirio dejó el cigarrillo en el cenicero y lo saludó con la mano. Parecía que no estuviera muy cómodo, pero supuse que era lo normal. No es que el espionaje de altos vuelos en la capital de tu rival sea, precisamente, un juego de niños. Quinn lo vio y se acercó a él. El sirio se puso de pie y se estrecharon la mano, cada uno a un lado de la mesa. Sonreí. Tenían un sistema muy

inteligente en marcha. Aquella era una estampa tan común en Georgetown que casi resultaba invisible. Un estadounidense de traje dándole la mano a un extranjero desde el otro lado de una mesa llena de tazas de café y ceniceros. Se sentaron. Quinn se acomodó en la silla y, después, dejó el maletín justo al lado del otro. Si no te fijabas, los dos maletines parecían una sola maleta.

—Los maletines están juntos —comentó Kohl al micrófono.

—Confirmado —dijo el auditor de guerra—. Los maletines están juntos.

El camarero volvió con el segundo expreso del sirio. Quinn le dijo algo y el camarero se fue. El sirio le dijo algo a Quinn, que sonrió. Fue una sonrisa que denotaba puro control. Pura satisfacción. El sirio dijo algo más. Estaba representando su papel. Pensaba que, así, estaba salvando la vida. Quinn estiró el cuello y miró hacia la cafetería en busca del camarero. El sirio cogió el cigarrillo, volvió la cabeza hacia el otro lado y nos tiró el humo. Luego, apagó el cigarrillo en el cenicero. Entonces, el camarero llegó con la bebida de Quinn. Una taza grande. Es probable que fuera un café con leche. El sirio le dio un sorbo a su expreso. Quinn le dio un buen trago al café. No hablaban.

—Están nerviosos —comentó Kohl.

—Emocionados. Casi han llegado al final. Este es el último encuentro. Tienen a la vista la línea de meta. Los dos. Lo único que quieren es acabar.

—Fíjense en los maletines.

—Me estoy fijando —comentó el auditor de guerra.

Quinn dejó la taza en el plato. Echó la silla hacia atrás. Estiró la mano derecha. Cogió el maletín del sirio.

—Quinn tiene el maletín del sirio —comentó el auditor de guerra.

Quinn se puso de pie. Le dijo algo al sirio, se dio la vuelta y se marchó. Iba con paso rápido. Nos quedamos observándolo hasta que lo perdimos de vista. Fue el sirio el que pagó. Nada más hacerlo, se marchó en dirección norte, hasta que Frasconi salió de un portal, lo cogió del brazo y lo trajo a la furgoneta. Kohl abrió las puertas traseras y Frasconi metió al sirio de un empujón. No había mucho espacio. Éramos cinco personas dentro de una furgoneta.

—Abra el maletín —le ordenó el auditor de guerra.

De cerca, el sirio parecía mucho más nervioso que a través del cristal unidireccional. Sudaba y no olía muy bien. Dejó el maletín en el suelo y se agachó frente a él. Nos miró uno a uno, abrió los cierres y levantó la tapa.

Estaba vacío.

Oí sonar el teléfono en la oficina de Xavier Export Company. La puerta era gruesa y el sonido se oía apagado y distante. En cualquier caso, era un teléfono y estaba sonando unos cinco minutos después del momento en que Duffy y Villanueva habrían salido del aparcamiento. Sonó dos veces y alguien respondió. No pude oír la conversación. Supuse que Duffy saldría con la típica historia de que se había equivocado de número. Y también supuse que mantendría una conversación lo bastante larga como para quedar registrada de manera significativa en el teléfono. Le di un minuto. Nadie está más de un minuto con una llamada falsa.

Saqué la Beretta del bolsillo y abrí la puerta. Entré a una recepción muy amplia. Las paredes estaban revestidas de madera oscura y había moqueta en el suelo. A la derecha se encontraba un despacho cerrado. A la izquierda, otro despacho cerrado. Enfrente, un mostrador de recepción. En la recepción había una persona colgando un teléfono. No era Quinn. Era una mujer. Tendría unos treinta años. Pelo rubio. Ojos azules. Delante de ella había una plaquita de acetato insertada en un taco de madera. En la plaquita ponía: EMILY SMITH. Detrás de ella había un perchero con una gabardina colgada. Y también un vestido negro de noche en una percha de plástico de la tintorería, aún con la bolsa de plástico transparente. Busqué a tientas con la mano izquierda y cerré la puerta. Miré a Emily Smith a los ojos. Me observaba fijamente. No apartaba la mirada de mí. No miró ni a derecha ni a izquierda. No miró a ninguna de las puertas de los dos despachos. Lo más probable era que estuviera sola. Y tampoco bajó la vista hacia ningún bolso o hacia ningún cajón. Así que es muy posible que estuviera desarmada.

—Se supone que tú estás muerto —dijo.

—Ah, ¿sí?

Asintió, como ausente, como si fuera incapaz de procesar lo que estaba viendo.

—Tú eres Reacher. Paulie nos ha dicho que te había matado.

Asentí.

—Sí, bueno, soy un fantasma. Ni se te ocurra tocar el teléfono.

Me acerqué a ella y miré en su parte del mostrador. No había armas. El teléfono era uno de esos con una consola llena de botones. Me agaché y saqué el cable de la pared de un tirón.

—Ponte de pie.

Empujó la silla hacia atrás y se incorporó.

—Vamos a mirar en las demás habitaciones.

—No hay nadie.

Su tono de voz estaba empapado de miedo, así que posiblemente me estuviera diciendo la verdad.

—Vale, pero vamos a comprobarlo.

Salió de detrás del mostrador. Medía treinta centímetros menos que yo. Llevaba falda y camisa oscuras. Y zapatos elegantes, que supuse que, más tarde, le conjuntarían con el vestido de noche. Le puse la boca de la Beretta en la columna, la cogí por el cuello de la camisa y la llevé hacia delante. Era pequeña y parecía frágil. Su pelo me caía sobre la mano. Olía a limpio. Miramos primero en el despacho que quedaba a mano izquierda. Abrió la puerta y yo la empujé hacia dentro y me hice a un lado para apartarme del umbral. No quería que me disparasen por la espalda desde la otra punta de la recepción.

La estancia solo era un despacho. Un despacho de un tamaño considerable, pero un despacho. Allí no había nadie. Solo una alfombra persa y un escritorio. Había un cuarto de baño, que no era más que un cubículo con un inodoro y un lavamanos. Tampoco había nadie dentro. Giré a la mujer, la saqué de allí y la llevé por la recepción hasta el despacho que había a mano derecha. Misma decoración. Mismo tipo de alfombra persa. Mismo tipo de escritorio. Estaba desocupado. No había nadie. No había cuarto de baño. Seguí agarrando por el cuello de la camisa a la mujer y la llevé al centro de la recepción. La dejé junto a su escritorio.

—Aquí no hay nadie.

—Ya te lo he dicho.

—Entonces ¿dónde está la gente?

No respondió. Además, noté que se ponía tensa, como si pretendiera oponer gran resistencia a mi interrogatorio.

—Más concretamente, ¿dónde está Teresa Daniel?

No respondió.

—¿Y Xavier?

No respondió.

—¿Por qué sabes cómo me llamo?

—Beck se lo dijo a Xavier. Le pidió permiso para emplearte.

—¿Xavier me ha investigado?

—Hasta donde ha podido.

—¿Y le dio permiso a Beck?

—Es evidente.

—Entonces ¿por qué le ha dicho a Paulie que me matara?

Volvió a ponerse tensa.

—La situación ha cambiado.
—¿Esta mañana? ¿Por qué?
—Ha recibido nueva información.
—¿Qué información?
—No lo sé muy bien. Algo sobre un coche.
«¿El Saab? ¿Las notas de la chica de servicio?».
—Ha llegado a algunas conclusiones. Ahora, lo sabe todo sobre ti.
—Bueno, eso es una forma de hablar, porque nadie lo sabe todo sobre mí.
—Sabe que te comunicabas con la ATF.
—¿Ves? No lo sabe todo.
—Sabe lo que has estado haciendo.
—Ah, ¿sí? ¿Y lo sabes tú?
—No me lo ha contado.
—¿Y quién eres tú?
—Soy su jefa de operaciones.

Le retorcí el cuello de la camisa y me rasqué el moretón de la mejilla con la boca de la Beretta. Me picaba porque la piel se estaba tensando. Pensé en Angel Doll y en John Chapman Duke, y en los dos guardaespaldas cuyo nombre ni siquiera conocía. Y en Paulie. Supuse que añadir a Emily Smith a la lista de bajas no iba a darme muchos problemas, al menos, en un sentido cósmico. Le puse la pistola en la cabeza. A lo lejos, oí un avión que despegaba. Rugía por el cielo a menos de kilómetro y medio. Pensé que podía esperar a que tomara vuelo el siguiente y tirar del gatillo. Nadie oiría nada. Y, a decir verdad, lo más probable era que Emily Smith se lo mereciera.

O quizá no.

—¿Dónde está Quinn?

—No lo sé.

—¿Sabes lo que hizo hace diez años?

«Vivir o morir, Emily».

Si lo sabía, lo diría. Estaba seguro. Por orgullo. Por sentirse parte de la trama. Por darse importancia. No sería capaz de quedarse callada. Y, si lo sabía, merecía morir. Porque, si lo sabía, seguir trabajando para aquel individuo era incompatible con ser inocente.

—No, nunca me lo ha contado. Hace diez años no lo conocía.

—¿Estás segura?

—Sí.

La creí.

—¿Sabes lo que le ha sucedido a la chica de servicio de Beck?

«Las personas que dicen la verdad también pueden responder “no” pero, por lo general, se paran a pensar en la respuesta. Además, añaden un “lo siento” o algo por el estilo. Puede, incluso, que te hagan alguna pregunta. Esa es la naturaleza humana».

—¿Quién? No sé de quién hablas.

Respiré aliviado.

—No importa.

Guardé la Beretta en el bolsillo del abrigo, le solté el cuello de la camisa, le di la vuelta y le sujeté las dos muñecas con la mano izquierda. Cogí el cable del teléfono con la mano derecha. La llevé al despacho que había a mano izquierda, al cuarto de baño. La empujé dentro.

—Los abogados del bufete de al lado se han ido a casa. No va a haber nadie en el edificio hasta el lunes por la mañana, así que puedes desgañitarte si quieres, pero nadie te va a oír.

No dijo nada. Cerré la puerta y até el cable del teléfono al pomo. Luego, dejé abierta la puerta del despacho y até la otra punta del cable al pomo. Ya podía tirar Emily Smith cuanto quisiera de la puerta del cuarto de baño, que no conseguiría abrirla en la vida. Nadie es capaz de romper un cable de alambre tirando de él a lo largo, longitudinalmente. En una hora se habría dado por vencida, a partir de entonces se quedaría sentada, bebería agua del grifo y utilizaría el inodoro mientras intentaba pasar el tiempo.

Me senté a su escritorio. Supuse que una jefa de operaciones debía de tener entre manos papeles importantes. Pero no era el caso. Lo mejor que encontré fue una copia del pedido a Keast y Maden. Los del catering. 18 @ 55\$. Alguien había escrito una nota a lápiz abajo del todo. Era letra de mujer, así que era probable que hubiera sido la propia Emily Smith. La nota decía: «¡Ternera, no cerdo!». Giré con la silla y me quedé mirando el vestido que colgaba de la percha. Luego, volví a girar, hacia el otro lado, y consulté el reloj. Mis diez minutos habían terminado.

Bajé en el ascensor hasta el aparcamiento y crucé una salida de incendios que había en la parte de atrás. El guardia de seguridad no me vio. Rodeé el bloque y llegué por detrás hasta donde estaban aparcados Duffy y Villanueva, ambos sentados delante, mirando por el parabrisas. Supuse que esperaban ver a dos personas caminando hacia ellos. Abrí la puerta de atrás y me senté. Se giraron a toda prisa y pusieron cara de decepción. Negué con la cabeza.

—Ni la una ni el otro.

—Pues alguien ha respondido al teléfono —dijo Duffy.

—Una mujer llamada Emily Smith. Es la jefa de operaciones. No ha soltado prenda.

—¿Qué has hecho con ella?

—La he encerrado en el cuarto de baño. Esa está fuera de escena hasta el lunes.

—Deberías haberle dado una paliza —soltó Villanueva—. ¡Deberías haberle arrancado las uñas!

—No es mi estilo. Ahora bien, si quieres, puedes subir y hacerlo. No voy a impedirte. Todavía está allí arriba. No va a ir a ningún lado.

Negó con la cabeza y se quedó sentado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Duffy.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Kohl.

Kohl, el auditor de guerra y yo aún seguíamos dentro de la furgoneta. Frasconi se había llevado al sirio. Kohl y yo empezamos a darle vueltas al asunto mientras el auditor de guerra empezaba a pensar en lavarse las manos y dejarnos a nosotros con el problema.

—Yo solo he venido para observar —comentó al rato—. No puedo darles consejo legal. No sería apropiado. Y, a decir verdad, tampoco sabría muy bien qué aconsejarles.

Se nos quedó mirando unos instantes, salió de la furgoneta y se marchó. Ni siquiera miró atrás. Supuse que aquella era la desventaja de haber elegido a un cabronazo de primera como observador.

«Consecuencias inesperadas».

—Es que... ¿qué ha sucedido? —me preguntó Kohl—. ¿Qué es lo que hemos visto?

—Solo pueden ser dos cosas. Una, que pretendiera engañar al sirio, así de simple. El clásico truco de la confianza. Vas entregando uno, dos, tres, cuatro documentos poco importantes y te guardas lo mejor para la última entrega, momento en que no entregas nada. O, dos, que de verdad haya estado trabajando como agente de Inteligencia. En una operación oficial, ya me entiende. Para demostrar que Gorowski podía dar pie a fugas y que los sirios estaban dispuestos a pagar gran cantidad de dinero por lo que se escapara en esas fugas.

—Secuestró a la hija de Gorowski. Bajo ningún concepto pudo ser esa una actuación oficial.

—Peores cosas he visto.

—Les estaba sacando dinero.

Asentí.

—Estoy de acuerdo, les estaba sacando dinero.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

—Nada, porque, si seguimos con esto y le acusamos de utilizar a los sirios para obtener beneficios personales, de inmediato dirá que no, que no era eso lo que estaba haciendo, sino que los estaba engañando, y nos pedirá que demos lo contrario. Y, luego, nos recordará, con total falta de educación, que no tenemos que meter nuestras narizotas en los asuntos de Inteligencia.

No dijo nada.

—Además —continuó—, aunque les estuviera sacando dinero, no tendría muy claro de qué acusarle. ¿Acaso el Código de Uniformidad te impide coger dinero de los extranjeros idiotas a cambio de maletines llenos de aire fresco?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—En cualquier caso, los sirios se van a poner como locos, ¿no le parece? —dijo ella—. Le han pagado medio millón de dólares. Tendrán que reaccionar. ¡Su orgullo está en juego! Aunque él haya actuado de forma oficial, ha corrido un riesgo grandísimo. ¡Medio millón de riesgos, para ser más exactos! Irán a por él. Y no puede desaparecer sin más. Tendrá que quedarse en el puesto. ¡Será un blanco fácil!

Me quedé callado unos instantes. La miré.

—Y, si no pretendía desaparecer, ¿por qué ha movido todo ese dinero?

No respondió. Consulté el reloj.

«Esto, no aquello».

O puede que, por una vez...

«Esto y aquello».

—Medio millón de dólares es demasiado dinero —dije.

—¿Por qué?

—Porque los planos no lo merecen. Dentro de poco habrá un prototipo. Luego, un lote de preproducción. Un centenar de armas completamente terminadas en Intendencia en cuestión de meses. Los sirios podrían comprar cualquiera de ellas por unos diez mil dólares. Algún cabo corrupto se la vendería. Hasta podrían robar una y les saldría gratis. Luego, bastaría con que se esmeraran con la ingeniería inversa.

—Vale, demos por hecho que a los sirios no se les dan bien los negocios. No obstante, hemos oído a Quinn en la cinta. Ha guardado medio millón en el banco.

Volví a consultar el reloj.

—Lo sé. Esa es una prueba definitiva.

—¿Entonces?

—Sigue siendo demasiado dinero. Los sirios no son más tontos que los demás. Por bonito que sea, nadie pagaría medio millón de dólares por un dardo de jardín.

—Pero sabemos que eso es lo que han pagado. Usted mismo acaba de decir que esa es una prueba definitiva.

—No. Sabemos que Quinn tiene medio millón en el banco. Esa es la prueba. Sin embargo, eso no demuestra que hayan sido los sirios los que se lo han pagado. Creerlo es mera especulación.

—¿Qué?

—Quinn es especialista en Oriente Medio. Es un tipo listo, pero también es malo. Creo que dejó usted de mirar demasiado pronto.

—De mirar ¿el qué?

—De mirarlo a él. Adónde va, con quién se reúne. ¿Cuántos regímenes turbios hay en Oriente Medio? Cuatro o cinco, como mínimo. Suponga que está haciendo tratos con dos o tres al mismo tiempo, ¡o con todos!, y que cada uno de ellos piensa que es el único, claro. Suponga que les está pegando el mismo timo a tres o a cuatro. Eso explicaría por qué tiene medio millón de dólares en el banco por algo que no vale tanto dinero para un solo régimen.

—¿¡Y les está sacando dinero a todos!?

Consulté el reloj de nuevo.

—Podría ser. O puede que a alguno de ellos sí que le esté vendiendo la información de verdad. Puede que así sea como empezó el asunto. Que él pretendiera venderle los secretos a alguien en particular, pero que este no le ofreciera la pasta gansa que pretendía sacar... Así que decidió multiplicar la producción.

—Debería haber vigilado más cafeterías. No debería haberme conformado con el sirio.

—Es probable que tenga una ruta fija. Muchas reuniones, una detrás de la otra. Como si fuera un cartero.

Consultó su reloj.

—Vale, así que, ahora mismo, está llevando a casa el dinero del sirio.

Asentí.

—Y, después, volverá para reunirse con el siguiente —añadí—. Tiene que hablar usted con Frasconi y organizar otra vigilancia. Hay que dar con Quinn cuando haya vuelto a la ciudad. Hay que detener a cualquiera con quien intercambie maletines. Puede que, al final, no le queden a usted más que un montón de maletines vacíos, pero es posible que uno de ellos contenga algo, en cuyo caso, volveremos a estar metidos en el partido.

Miró a su alrededor por la furgoneta. Miró la grabadora.

—Olvídalo, no tenemos tiempo para hacerlo como Dios manda. Van a tener que encargarse Frasconi y usted solos, en la calle.

—En el almacén —dije—. Vamos a tener que mirar en el almacén.

—Necesitaremos apoyo, porque allí van a estar todos —comentó Duffy.

—Eso espero.

—Es demasiado peligroso. Solo somos tres.

—A decir verdad, creo que, ahora mismo, van de camino a otro lugar. Es muy posible que ya se hayan marchado.

—¿Y adónde van?

—De eso ya hablaremos más tarde. Vayamos paso a paso.

Villanueva se incorporó al tráfico.

—Coge la siguiente a la derecha —le pedí—. Hay algo que quiero comprobar primero.

Lo guie dos manzanas más adelante y una manzana hacia arriba y llegamos al aparcamiento público en el que había dejado a Angel Doll metido en el maletero de su coche. Villanueva se detuvo junto a una boca de riego y salí del coche. Fui andando por la entrada de vehículos y dejé que mis ojos fueran acostumbrándose a la oscuridad. Seguí caminando hasta que llegué a la plaza en la que había aparcado el vehículo. La plaza estaba ocupada por un coche, pero no por el Lincoln negro de Angel Doll, sino por un Subaru Legacy de color verde metalizado, la versión cuatro por cuatro, la de la baca y las ruedas grandes. Tenía una pegatina de Barras y Estrellas en la luneta. Un conductor patriota. Aunque no lo suficiente como para comprar un automóvil estadounidense.

Pese a que estaba seguro de dónde había aparcado el coche, miré dos plazas más allá a derecha e izquierda. No era por el Saab, sino por el Lincoln. No era por las notas de la chica de servicio, sino por la ausencia de ritmo cardiaco de Angel Doll.

«Ahora, lo sabe todo sobre ti».

Asentí para mí a oscuras. Nadie lo sabe todo acerca de nadie, pero supuse que, en aquel momento, Quinn sabía de mí más de lo que yo quería que supiera. Y no me sentía cómodo. Desanduve el camino que acababa de hacer. Subí por la rampa de entrada y me recibió la luz del día. Aunque el día había amanecido gris, nuboso y había poca luz debido a la sombra de los rascacielos, sentí como si acabaran de enfocarme. Entré en el Taurus y cerré la puerta despacio.

—¿Todo bien? —me preguntó Duffy.

No respondí. Se giró para mirarme a los ojos.

—¿Todo bien? —insistió.

—Tenemos que sacar a Eliot de allí.

—¿Por qué?

—Han encontrado a Angel Doll.

—¿¡Quién!?

—La gente de Quinn.

—¿¡Y cómo!?

—No lo sé.

—¿Estás seguro? Podría haber sido la Policía de Portland. Un vehículo sospechoso aparcado tanto tiempo en el mismo sitio...

Negué con la cabeza.

—Habrían abierto el maletero y, por tanto, considerarían todo el aparcamiento un escenario del crimen. Estaría todo con cinta. Habría policía por todos lados.

No dijo nada.

—Esto está fuera de control, así que llama a Eliot. Llámale al móvil. Dile que se lleve a los Beck y a la cocinera. Que se los lleve en el Cadillac. Que los arreste a punta de pistola si es necesario. Dile que vaya a otro motel y que se esconda.

Rebuscó el Nokia en el bolso. En cuanto lo encontró, pulsó una tecla de marcación, rápida. Esperó. Conté los tonos para mis adentros. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos. Duffy me miró nerviosa. Entonces, Eliot respondió. La agente respiró aliviada y le dio las instrucciones, altas, claras y urgentes. Luego, colgó.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Asintió.

—Sí, me ha parecido que se sentía muy aliviado.

Yo también asentí. No me cabía duda de que así era. Ponerse detrás de una ametralladora, de espaldas al mar y con un paisaje gris por delante, sin

conocer lo que se te viene encima, o cuándo, no es nada divertido.

—Venga, pues vamos al almacén —les dije.

Villanueva volvió a incorporarse al tráfico. Sabía el camino. Había vigilado el almacén, junto con Eliot, en dos ocasiones. Dos días muy largos. Enfiló hacia el sudeste para salir de la ciudad y se acercó al puerto por el noroeste. Íbamos en silencio. No entablamos ninguna conversación. Me puse a evaluar los daños. Eran totales. Un desastre. Pero también me sentía liberado. Se había aclarado todo. No tenía que seguir fingiendo. El engaño se había descubierto. Ahora, era su enemigo, así de simple. Y ellos lo eran míos. Era una liberación.

Villanueva era un policía inteligente. Lo hizo todo bien. Se acercó al almacén, pero a un radio de tres manzanas. Cubrió los cuatro costados. Estábamos limitados a breves ojeadas por callejones y entre edificios. Cuatro pasadas, cuatro ojeadas. Allí no había coches. La persiana estaba cerrada a cal y canto. No había luz en las ventanas.

—¿Dónde están? —preguntó Duffy—. Se suponía que este era un fin de semana ajetreado.

—Lo es. Y mucho, diría yo. E incluso me atrevería a decir que lo que están haciendo tiene mucho sentido.

—Pero ¿qué están haciendo?

—Eso, más tarde. Ahora, vamos a echar una ojeada a las Persuaders y a lo que van a obtener a cambio.

Villanueva aparcó dos edificios más allá, al noreste, frente a una puerta en la que ponía: BRIAN, IMPORTACIÓN DE TAXIDERMIA DE CALIDAD. Salimos del coche, lo cerró y empezamos a caminar en dirección sudoeste. Dimos un rodeo para llegar al almacén de Beck por un punto ciego, por una pared en la que no había ventanas. La puerta de personal del cubículo de cristal estaba cerrada. Miré por la ventana del despacho de atrás y no vi a nadie. Doblé la esquina y miré en la pequeña zona abierta, la de los tres escritorios. Allí tampoco había nadie. Llegamos a la puerta gris sin pintar y nos detuvimos. Estaba cerrada.

—¿Cómo entramos? —preguntó Villanueva.

—Con esto —respondí.

Saqué el llavero de Angel Doll, metí la llave en la cerradura y la giré para descorrer el pestillo. Abrí la puerta. La alarma antirrobo empezó a pitar. Entré, busqué entre los papeles del tablón de anuncios, encontré el código y lo tecleé. La luz roja cambió a verde y el pitido se detuvo. El edificio se quedó en silencio.

—No están aquí y no tenemos tiempo para explorar —comentó Duffy—. Tenemos que dar con Teresa.

Me llegaba el olor del aceite para armas. Flotaba por encima del olor a lana cruda de las alfombras.

—Cinco minutos. Y, así, la ATF os dará una medalla.

—Deberían darle a usted una medalla —me dijo Kohl.

Me llamaba desde una cabina del campus de la Universidad de Georgetown.

—Ah, ¿sí?

—Lo tenemos. Podemos pillarlo. El tipo está acabado.

—¿A quiénes se lo vendía de verdad?

—A los iraquíes. ¿¡Se lo puede creer!?

—Sí, tiene sentido. Acabamos de patearles el culo y quieren estar preparados para la próxima vez.

—¡Qué audaces!

—¿Cómo ha sido?

—Igual que lo que habíamos visto hasta ahora, solo que con Samsonites en vez de con Halliburtons. Tenemos los maletines vacíos de un libanés y de un iraní, pero el filón lo hemos encontrado en el del iraquí. Es el plano de verdad.

—¿Está segura?

—Del todo. He llamado a Gorowski y lo ha autenticado gracias al número de borrador que hay en la esquina inferior.

—¿Quién ha presenciado el intercambio?

—Los dos. Frasconi y yo. Además de algunos profesores y estudiantes, porque lo han hecho en una cafetería de la universidad.

—¿De qué facultad?

—Tenemos un profesor de Derecho.

—¿Y qué ha visto?

—Lo ha visto todo, aunque no puede jurar que se hayan intercambiado los maletines. Han sido muy hábiles, como trileros. Los maletines eran idénticos. ¿Es suficiente?

«Preguntas que desearía haber respondido de otra manera».

Era posible que Quinn alegara que el iraquí ya tenía el plano, que lo había conseguido de una fuente desconocida. Era posible que sugiriese que al tipo le gustaba ir de un lado para otro con él. Cabía la posibilidad de que negara que

hubiera habido intercambio alguno. Pero, entonces, pensé en el sirio, en el libanés y en el iraní. En todo el dinero que Quinn tenía en el banco. Las víctimas del timo no se quedarían de brazos cruzados. Era muy probable que quisieran testificar a puerta cerrada. Quizá el Departamento de Estado les ofreciera algún *quid pro quo*. Y las huellas dactilares de Quinn estarían en el maletín que se había quedado el iraquí. Seguro que no había llevado guantes al encuentro. Demasiado sospechoso. Di por hecho que, con todo eso, teníamos bastante. Había un patrón claro, una cantidad de dólares desmesurada e inexplicable en la cuenta corriente de Quinn, un plano de un prototipo del Ejército de Estados Unidos clasificado como alto secreto en manos de un agente iraquí, y dos polis militares y un profesor de Derecho de testigos, además de las huellas dactilares en el asa del maletín.

—Es más que suficiente. Arréstenlo.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó Duffy.

—Sígueme.

Crucé la pequeña zona abierta. Fui al despacho de atrás. Entré en el cubículo de cristal del almacén. El ordenador de Angel Doll seguía allí, sobre el escritorio. La silla seguía con el relleno medio salido. Di con el interruptor adecuado e iluminé el almacén. La partición de cristal lo dejaba todo a la vista. Los estantes con las alfombras seguían allí. La carretilla elevadora también. Sin embargo, ahora, en mitad del almacén había cinco pilas de cajas. Cada una alcanzaba la altura de una persona. Las pilas estaban separadas en dos grupos. El que estaba más lejos de la persiana lo componían tres pilas de cajas de madera estropeadas. Todas las cajas tenían textos en alfabetos extranjeros que no me resultaban familiares, cirílico en su mayoría, sobre los que había escritos, de derecha a izquierda, garabatos en alguna lengua árabe. Di por hecho que serían las importaciones de Bizarre Bazaar. Más cerca de la puerta había dos pilas de cajas nuevecitas en las que ponía: MOSSBERG CONNECTICUT. Esa debía de ser la mercancía saliente de Xavier Export Company. Un trueque típico en el mundo de la importación y la exportación. Como diría León Garber: «El intercambio justo no es un robo».

—Pues tampoco parece gran cosa, ¿no? —comentó Duffy—. Es decir... ¿¡cinco pilas de cajas!?! ¿¡Ciento cuarenta mil dólares!?! Pensaba que era un trato gordo.

—Y creo que lo es, aunque puede que más por su importancia que por la cantidad de armas.

—Echemos una ojeada —dijo Villanueva.

Salimos al almacén. Entre él y yo bajamos la caja de Mossberg que más arriba estaba. Pesaba mucho. Mi brazo izquierdo aún estaba un poco débil. Y aún me dolía el centro del pecho. De hecho, aquel dolor hacía que el de mi boca hinchada se quedara en nada.

Villanueva encontró un martillo de orejas en una mesa y lo utilizó para quitar los clavos de la tapa de la caja. Luego, levantó la tapa y la dejó en el suelo. La caja estaba llena de cacahuets de poliestireno. Sumergí las manos en ellos y saqué un arma larga envuelta en papel encerado. Rasgué el papel. Era una M500 Persuader. El modelo Cruiser. Sin culata para el hombro. Solo la empuñadura. Calibre doce, cañón de cuarenta y siete centímetros y medio, cámara de siete centímetros y medio, capacidad para seis cartuchos, metal azulado, asidero frontal sintético y de color negro, sin miras. Aquella era un arma de combate callejero terrible. Brutal. Moví la corredera. «¡Crunch, crunch!». Se deslizaba como la seda sobre la piel. Apreté el gatillo. Hacía un clic fino como el de una Nikon.

—¿Ves munición?

—Toma.

Villanueva tenía una cajita de cartuchos Brenneke Magnum en la mano. Detrás de él había una caja de cartón abierta con decenas de cajitas idénticas. Abrí dos, llené la escopeta con seis cartuchos, corrí uno a la cámara y cargué el séptimo. Luego, le puse el seguro. Los Brenneke no son para tirar contra pájaros precisamente. Esos cartuchos están llenos de balines de cobre de treinta gramos que abandonan la Persuader a mil ochocientos kilómetros por hora. En una pared de ladrillo de ceniza abrirían un boquete por el que podrías pasar sin problemas. Dejé el arma sobre la mesa y saqué otra. La cargué, le puse el seguro y la dejé junto a la primera. Me fijé en que Duffy me miraba.

—Para esto es para lo que son —le dije—. Un arma vacía no le sirve de nada a nadie.

Metí las cajitas de Brenneke vacías en su caja y la cerré. Villanueva miraba las cajas de Bizarre Bazaar. Tenía papeles en las manos.

—¿Te parecen alfombras? —me preguntó.

—No me lo parecen, no.

—Pues a la Aduana estadounidense sí. Un tipo llamado Taylor ha firmado conforme son alfombras tejidas a mano procedentes de Libia.

—Eso os beneficia a vosotros. Entregad al tal Taylor a la ATF. Que comprueben sus cuentas bancarias. Puede que eso os haga un poco más populares.

—Bueno, entonces ¿qué es lo que está pasando? —preguntó Duffy—. ¿Qué es lo que hacen en Libia?

—En Libia no hacen nada. En Libia solo producen datos.

—Este material es ruso —le explicó Villanueva—. Esto ha pasado por Odesa en dos ocasiones: importado a Libia y de vuelta, y exportado aquí a cambio de doscientas Persuader. Y eso, por la mera razón de que alguien quiere hacerse el duro en las calles de Trípoli.

—Y, claro, en Rusia producen mucho material —comentó Duffy.

Asentí.

—Vamos a ver, concretamente, el qué —dije.

Había nueve cajas en tres pilas. Bajé la caja de arriba de la pila que más cerca teníamos y Villanueva se puso con el martillo de orejas. Quitó la tapa y vi un montón de AK-47 entre virutas de madera. Rifles de asalto kaláshnikov estándares muy usados. Unas armas aburridísimas por cada una de las cuales a duras penas te darían doscientos pavos en la calle, aunque, claro, dependía de dónde fueras a venderlas. Desde luego, no estaban de moda. No me imaginaba a tipos con chaquetas North Face cambiando sus preciosas H&K de color negro mate por unos kaláshnikov.

La segunda caja era más pequeña. Estaba llena de virutas de madera y subfusiles AKSU-74, que son un derivado del AK-47. Eficaces, pero toscos. También estaban usados, pero no les habían dado tan mala vida. Esas armas tampoco eran emocionantes. En Occidente había media docena de equivalentes que eran mucho mejores. La OTAN no habría pasado la noche en vela preocupándose por ellas.

La tercera caja estaba llena de pistolas Makarov 9 milímetros. La mayoría de ellas estaban rayadas y eran viejas. Es una pistola con diseño burdo y descuidado, copiada de la antigua Walther PP. Los militares soviéticos nunca tuvieron mucha cultura de la pistola. Les parecía que utilizar pistola era poco más que lanzar piedras.

—Esto es basura —solté—. Lo mejor que se podría hacer con esto es fundirlo y hacer anclas para barcos.

Empezamos con la segunda pila y encontramos algo mucho más interesante ya en la primera caja. Estaba llena de rifles de francotirador VAL Silent. Aquella había sido un arma secreta hasta 1994, momento en que el Pentágono había capturado una. Son completamente negros, de metal de pies a cabeza, con culata de esqueleto. Disparan unas balas subsónicas especiales de 9 milímetros. Las pruebas habían demostrado que aquel rifle era capaz de penetrar cualquier armadura corporal a quinientos metros de distancia.

Recuerdo que, en aquel momento, aquel rifle causó gran consternación. En la primera caja había doce. En la siguiente, otros doce. Eran armas de calidad. Y tenían buen aspecto. Estas conjuntarían de maravilla con las chaquetas North Face. En especial, con las negras con forro plateado.

—¿Son caras? —me preguntó Villanueva.

Me encogí de hombros.

—No sabría decirlo. Supongo que depende de lo que quiera pagar cada uno. Ahora bien, aquí, en Estados Unidos, una Vaime o una SIG nuevas, que son armas equivalentes, costarían más de cinco mil dólares.

—Así que esto es lo que tiene valor.

Asentí.

—Estas armas son como para preocuparse, pero como no sirven para mucho en la zona centro-sur de Los Ángeles, su valor en la calle podría ser mucho menor.

—Deberíamos irnos —comentó Duffy.

Retrocedí un paso para mirar por la ventana del despacho de atrás a través del cubículo de cristal. Era media tarde. La luz empezaba a caer.

—Enseguida.

Villanueva abrió la última caja de la segunda pila.

—¿¡Qué coño es esto!?

Me acerqué. Vi un nido de virutas de madera en el que había un tubo negro y fino con una pieza de madera no muy grande que hacía las veces de soporte para el hombro. Por la punta del tubo asomaba un misil bulboso, listo para que lo dispararan. Tuve que mirar dos veces para estar seguro.

—Es un RPG-7. Es un lanzamisiles antitanque. Es un arma de infantería que se dispara apoyada en el hombro.

—RPG significa «granada impulsada por cohete» —comentó Villanueva.

—En ruso es «reaktivnii protivotankovii granatomet», que significa algo así como «lanzagranadas antitanque», solo que dispara un misil, no una granada.

—¿Cómo el penetrador de larga distancia? —preguntó Duffy.

—Más o menos, solo que es explosivo —respondí.

—¿Hace que exploten los tanques?

—Esa es la idea, sí.

—¿Y quién iba a comprarle algo así a Beck?

—No lo sé.

—¿Traficantes de drogas?

—Posiblemente. Sería muy efectivo contra una casa. O contra una limusina blindada. Si tu rival se comprara un BMW a prueba de balas, ibas a necesitar uno de estos.

—O si fueras terrorista.

Asentí.

—O milicianos pirados.

—Esto es muy serio.

—Es difícil apuntar con ellos. El misil es grande y lento. Nueve de cada diez veces, hasta un ligero viento lateral hará que falles. Aunque eso no es ningún consuelo para el que recibe el décimo impacto, claro.

Villanueva quitó la siguiente tapa.

—Otro igual —dijo.

—Hay que llamar a la ATF —soltó Duffy—. Y puede que al FBI. Ahora mismo.

—Enseguida —le respondí.

Villanueva abrió las dos últimas cajas. Los clavos chirriaron y saltaron más virutas de madera.

—¡Más armas raras! —anunció.

Las miré. Vi gruesos tubos de metal pintados de color amarillo brillante. Cada uno de ellos tenía un módulo electrónico en la parte de abajo. Desvié la mirada.

—Son Grails —dije—. SA-7 Grails. Son lanzamisiles antiaéreos rusos.

—¿Con guía infrarroja?

—Así es.

—¿¡Para derribar aviones!?! —preguntó Duffy.

Asentí.

—Y son especialmente buenos contra los helicópteros.

—¿Qué alcance tienen? —me preguntó Villanueva.

—Son certeros hasta tres mil metros.

—Eso podría alcanzar a un avión de pasajeros.

Asentí.

—Cerca de un aeropuerto sí —les confirmé—. Poco después del despegue. Podrías dispararlo desde un barco en el East River. Imaginemos que un avión recién salido de La Guardia recibe el impacto de uno de estos misiles. El avión se estrella en Manhattan. Un nuevo 11-S.

Duffy se quedó mirando los tubos amarillos.

—Es increíble —comentó.

—Esto no tiene nada que ver con traficantes de drogas —les dije—. Quinn y Beck han expandido su mercado. Esto es para actividades terroristas. Seguro. Solo con este cargamento se podría equipar una célula terrorista entera... que podría hacer prácticamente cualquier cosa con él.

—Tenemos que descubrir quién va a comprarlo y para qué lo quiere.

Entonces oí pasos junto a la puerta. Y el característico sonido de una bala acomodándose en la cámara de una pistola automática. Y una voz.

—No preguntamos para qué lo quieren. Nunca lo hacemos. Nos limitamos a coger el puto dinero.

Era Harley. Su boca seguía siendo un agujero irregular por encima de la perilla. Sonreía. Se le veían aquellos dientes amarillos suyos. Empuñaba una Para Ordnance P14 con la mano derecha. La P14 es una buena copia canadiense del Colt 1911, pero estaba claro que pesaba mucho para él. Harley tenía las muñecas finas y débiles. Le habría ido mejor una Glock 19 como la de Duffy.

—He visto la luz encendida y he pensado que debía venir a echar una ojeada.

Luego, me miró.

—Supongo que Paulie la ha cagado... y que has fingido su voz cuando el señor Xavier le ha llamado por teléfono.

Me fijé en el dedo que tenía en el gatillo. Lo tenía en posición. Me sentí muy cabreado conmigo mismo durante medio segundo por haber permitido que Harley llegara sin que me diera cuenta. Luego, empecé a pensar en cómo acabar con él.

«Villanueva me echará la bronca como lo mate antes de que le preguntemos por Teresa».

—¿No vas a presentarme?

—Este es Harley.

Nadie dijo nada.

—¿Quiénes son? —me preguntó.

No dije nada.

—Somos agentes federales —respondió Duffy.

—¿Y qué hacéis aquí?

Hizo la pregunta como si realmente estuviera interesado en conocer la respuesta. Vestía un traje diferente. Era de color negro brillante. Llevaba una corbata plateada. Se había duchado y se había lavado la cabeza. Se había hecho la coleta con una goma de pelo marrón.

—Estamos trabajando —le dijo Duffy.

Harley asintió.

—Reacher ha visto lo que les hacemos a las mujeres que trabajan para el gobierno. Lo ha visto con sus propios ojos.

—Deberías saltar del barco, Harley —le dije—. Está empezando a hacer aguas.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

—Pues, ¿sabes?, los ordenadores no están transmitiéndonos esa sensación. Nuestra amiga común, la de la bolsa de cadáveres, no les había dicho nada todavía a los suyos. Aún están esperando el primer informe. De hecho, la mayor parte de los días da la impresión de que se hayan olvidado de ella.

—Nosotros no tenemos nada que ver con los ordenadores.

—Mucho mejor. Sois autónomos, así que nadie sabe que estáis aquí... ¡y os he pillado!

—Paulie también me había pillado.

—¿Con una pistola?

—Con dos.

Bajó la mirada unos instantes. Luego, volvió a mirarme.

—Yo soy más inteligente que Paulie. Las manos a la cabeza.

Nos pusimos las manos en la cabeza.

—Reacher tiene una Beretta, estoy seguro, y doy por hecho que, además, aquí hay dos Glocks. Muy probablemente una 17 y una 19. Quiero que las dejéis en el suelo despacito y sin que me deis problemas, de una en una.

Ninguno nos movimos. Harley movió la P14 hacia Duffy.

—Las mujeres primero. Con dos dedos.

Duffy metió la mano izquierda por debajo de la chaqueta y sacó la Glock con dos dedos. La dejó caer. Yo bajé el brazo y llevé la mano hacia el bolsillo.

—¡Espera! —me ordenó Harley—. No me fío de ti.

Se me acercó, adelantó la P14 y me la puso en el labio inferior, justo donde Paulie me había golpeado. Luego, metió su mano izquierda en mi bolsillo y empezó a rebuscar. Sacó la Beretta. La tiró al lado de la Glock de Duffy.

—Y, ahora, tú —le dijo a Villanueva.

Harley siguió presionándome el labio con la P14. Estaba fría. Notaba el cañón con fuerza en mis palas sueltas. Villanueva tiró su Glock al suelo. Harley, con el pie, amontonó las tres pistolas por detrás de él. A continuación, retrocedió un paso.

—A ver, y ahora quiero que os pongáis allí, junto a la pared.
Hizo que nos moviéramos hasta que fue él quien estuvo al lado de las cajas y nos encontramos nosotros junto a la pared del fondo.
—Somos cuatro —le dijo Villanueva—. El otro no está aquí.
«Error».
Harley sonrió.
—Pues llámale. Decidle que venga.
Villanueva no dijo nada. Aquello parecía un callejón sin salida. Entonces, se convirtió en una trampa.
—Llámale ahora mismo o empiezo a disparar.
Nadie se movió.
—Llámale o le pego un tiro en el muslo a la tía.
—El teléfono lo tiene ella —dijo Villanueva.
—Está en mi bolso.
—¿Y dónde tienes el bolso?
—En el coche.
«Buena respuesta».
—¿Y dónde está el coche?
—Cerca.
—¿El Taurus que hay aparcado frente al sitio de los peluches?
Duffy asintió. Harley dudó.
—Pues llámale desde el teléfono de la oficina. Venga, vamos.
—No me sé el número de memoria.
Harley se quedó mirándola.
—Es que lo tengo grabado en un botón de llamada rápida.
—¿Dónde está Teresa Daniel? —le pregunté.
Harley se limitó a sonreír.
«Preguntado y respondido».
—¿Está bien? —le preguntó Villanueva—. Porque será mejor que esté bien.
—Está bien. Como nueva.
—¿Quieres que vaya a por el teléfono?
—Vamos a ir todos pero, primero, vais a dejar las cajas como estaban. Lo habéis desordenado todo y no deberíais haberlo hecho.
Se acercó a Duffy y le puso la boca del cañón en la sien.
—Yo me quedo aquí, con la tía esta. Va a ser mi seguro de vida, ¿qué os parece?

Villanueva me miró. Me encogí de hombros. Iba a tocarnos hacer la labor del intendente. Me adelanté y recogí el martillo del suelo. Villanueva cogió la tapa de la primera caja de Grails. Me miró de nuevo. Sacudí la cabeza lo suficiente como para que me viera. Me habría encantado enterrar el martillo en la cabeza de Harley. O en su boca. Habría resuelto sus problemas dentales para siempre. Pero de nada valía un martillo contra un tipo que tenía puesta la pistola en la sien de una rehén. Además, tenía una idea mejor, aunque iba a requerir que pareciéramos dóciles. Así que me quedé sujetando el martillo y esperé educadamente a que Villanueva pusiera la tapa sobre la caja de los lanzamisiles amarillos. La apreté con la mano hasta que los clavos encontraron los agujeros originales. Luego, los clavé, me aparté y esperé de nuevo.

Tapamos la segunda caja de Grails de la misma manera. La levantamos y la apilamos sobre la primera. Luego, nos pusimos con las cajas de RPG-7. Les clavamos las tapas y las apilamos exactamente igual que como estaban cuando las habíamos encontrado. Luego, cerramos la de los rifles VAL Silent. Harley nos miraba con atención, pero empezaba a relajarse. Estábamos siendo muy dóciles. Me daba la sensación de que Villanueva entendía lo que teníamos que hacer. De hecho, lo había pillado rápido. El agente cogió la tapa de la caja de Makarovs. Hizo una pausa cuando estaba a medio ponerla.

—¿La gente compra estos cacharros? —le preguntó a Harley.

«Perfecto».

Por el tono que había utilizado, parecía que pretendiera mantener una conversación, como si no pudiera creerse lo de aquellas pistolas y, al mismo tiempo, como si tuviera interés profesional, como si de verdad fuera de la ATF.

—¿Y por qué no iba a comprarlos? —le respondió Harley.

—Pues porque son basura —respondí yo—. ¿Has disparado con ellas?

Negó con la cabeza.

—Voy a enseñarte una cosa, ¿vale?

Harley siguió con la pistola presionada contra la sien de Duffy.

—¿Qué quieres enseñarme?

Metí la mano en la caja y saqué una de las pistolas. Soplé las virutas de madera y la sujeté. Estaba vieja y rayada. Estaba muy utilizada.

—El mecanismo es muy rudimentario. Simplificaron el diseño original, el de la Walther. Bueno, a decir verdad, lo destrozaron. Es de doble acción, sí, como la original, pero el gatillo es una pesadilla.

Apunté la pistola al techo, puse el dedo en el gatillo y me valí del pulgar, que situé en la parte de atrás de la culata, para exagerar el efecto. Hice pinza con la mano y apreté el gatillo. El mecanismo chirrió como la tozuda palanca de cambios de un coche viejo y el arma se movió de forma muy extraña en mi mano.

—Una basura —repetí.

Volví a apretar el gatillo y escuché el sonido tan feo que hacía el arma al tiempo que dejaba que se revolviera y se balanceara entre mi índice y mi pulgar.

—Inútil —proseguí—. Con esto no le das a nadie a no ser que lo tengas al lado.

Tiré la pistola a la caja. Villanueva puso la tapa en su sitio.

—Deberías estar preocupado, Harley —comentó—. Tu reputación no valdrá una mierda como empieces a vender basura como esta en la calle.

—Ese no es mi problema. No es mi reputación, yo solo trabajo aquí.

Golpeé los clavos, despacio, como si estuviera cansado. Entonces, nos pusimos con la caja de AKSU-74, los subfusiles viejos. Luego, cerramos la caja de AK-47.

—Podrías vendérselas a gente del cine —comentó Villanueva—. Para que rueden dramas históricos. Eso es para lo único que valen.

Puse los clavos y apilamos la caja con las demás hasta que tuvimos las importaciones de Bizarre Bazaar en un grupo de tres pilas, tal y como las habíamos encontrado. Harley seguía sin quitarnos ojo. Seguía apuntando la pistola a la sien de Duffy, pero se le estaba cansando la muñeca y ya no tenía el dedo tenso en el gatillo, de hecho, lo había subido hasta la parte superior del guardamonte para ayudarse a sujetar el peso del arma. Villanueva empujó la caja de Mossbergs hacia mí. Solo habíamos abierto una. Cogió la tapa.

—Ya casi hemos acabado —anuncié.

Villanueva puso la tapa en su sitio.

—Espera —le dije—, que nos hemos dejado dos en la mesa.

Me acerqué a la mesa y cogí una Persuader. Me quedé mirándola.

—¿Ves esto? —le dije a Harley mientras señalaba el seguro—. Os las han enviado con el seguro puesto. No deberían hacer eso, podría dañar el percutor.

Le quité el seguro, la enfundé en el papel encerado y la hundí en los cacahuetes de poliestireno. Me acerqué a la mesa a por la segunda.

—Mira, a esta le pasa exactamente lo mismo —le comenté.

—A este paso vais a tener que cerrar el negocio —le soltó Villanueva—. Vuestro control de calidad es malísimo.

Le quité el seguro a la Persuader y me acerqué a la caja. Pivoteé sobre mi pie derecho como si fuera un segunda base en una jugada doble, apreté el gatillo y disparé a Harley a la tripa. El Brenneke sonó como una bomba y el gigantesco cartucho partió a Harley en dos, literalmente. Estaba allí y, de repente, ya no estaba. Descansaba en el suelo, en dos pedazos. El almacén se llenó de humo de olor acre y del hedor cálido de la sangre de Harley y de su sistema digestivo, y también de los gritos que daba Duffy porque el hombre que había tenido al lado acababa de explotar. Me pitaban los oídos. Duffy siguió gritando y se alejó como bailando del charco que tenía a sus pies, que cada vez era más grande. Villanueva la sujetó y la abrazó con fuerza y yo deslicé la corredera de la Persuader y me quedé mirando la puerta por si alguien más quería darnos alguna sorpresa. Pero, no, nadie quiso. La estructura del almacén dejó de resonar y empecé a oír de nuevo y, entonces, se hizo el silencio. A excepción de la respiración fuerte y acelerada de Duffy.

—¡Estaba justo al lado de él!

—Pues ya no. Es con eso con lo que te tienes que quedar.

Villanueva dejó de abrazarla, se acercó a nuestras pistolas y las recogió del suelo. Saqué de la caja la otra Persuader cargada, la desenvolví y le puse el seguro.

—Me encantan estas escopetas.

—Parece que van bien.

Sujeté ambas escopetas con una mano y me guardé la Beretta en el bolsillo.

—Terry, trae el coche, porque probablemente, en estos instantes, hay alguien llamando a la policía.

Villanueva salió por la puerta delantera y yo miré el cielo por la ventana. Había muchas nubes, pero seguía habiendo bastante luz.

—¿Y ahora? —me preguntó Duffy.

—Ahora vamos a ir a algún lado a esperar.

Esperé más de una hora, sentado a mi escritorio, mirando el teléfono, aguardando a que Kohl me llamara. En treinta y cinco minutos le habría dado tiempo de llegar a Maclean. Haber salido desde el campus de la Universidad de Georgetown podría haber hecho que tardara cinco o diez minutos más, dependiendo del tráfico. Evaluar la situación en casa de Quinn, otros diez. Reducirlo no le habría llevado ni uno. Esposarlo y meterlo en el coche, tres

minutos. Treinta y nueve minutos de principio a fin. La cuestión es que había pasado toda una hora y no había llamado.

Empecé a preocuparme cuando habían pasado setenta minutos. Y a preocuparme mucho cuando habían transcurrido ochenta. En cuanto se cumplieron noventa minutos, salí corriendo a por un coche del parque móvil y me eché a la carretera.

Terry Villanueva aparcó el Taurus en una zona de asfalto cuarteado que había frente a la puerta principal de la oficina y dejó el motor en marcha.

—Llamad a Eliot para ver dónde está, que iremos a esperar con él.

—¿Y a qué vamos a esperar? —me preguntó Duffy.

—A que caiga la noche.

Fue al coche y cogió el bolso. Entró de nuevo a la oficina. Sacó el móvil y pulsó el botón. Volví a contar los tonos para mis adentros, como si los oyera. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

—No responde —dijo Duffy.

De pronto, se le iluminó la cara. Pero se le volvió a oscurecer.

—Ha saltado el buzón de voz —dijo—. Algo va mal.

—Vamos —ordené.

—¿Adónde?

Consulté el reloj. Miré el cielo por la ventana.

«Es demasiado temprano».

—A la carretera de la costa.

Apagamos las luces del almacén y cerramos las puertas con llave. La mercancía que había dentro era demasiado valiosa como para dejarla al alcance de cualquiera. Condujo Villanueva. Duffy se sentó a su lado. Yo me senté detrás, con las Persuaders al lado. Fuimos a derecha e izquierda, abriéndonos camino por la zona del puerto. Dejamos atrás el aparcamiento en el que Beck estacionaba sus furgonetas azules y tomamos la autopista. Pasamos el aeropuerto y nos dirigimos al sur, cada vez más lejos de la ciudad.

Salimos de la autopista y cogimos la ya familiar carretera de la costa en dirección este. No había tráfico. El cielo estaba encapotado, gris, y el viento que llegaba del mar soplaba con tanta fuerza que aullaba alrededor del Taurus. En el aire flotaban gotas de agua. Puede que fueran gotas de lluvia. O

espuma de las olas que el viento había arrastrado kilómetros desde la costa. Todavía había demasiada luz.

«Es demasiado temprano».

—Llama otra vez a Eliot —le pedí a Duffy.

La agente sacó el móvil y volvió a pulsar el botón de marcación rápida. Se llevó el teléfono a la oreja. Oí seis pitidos leves y el susurro de la voz que te da la opción de dejar un mensaje. Duffy negó con la cabeza. Cortó la llamada.

—Vale —dije.

Duffy se volvió hacia mí.

—¿Estás seguro de que están todos en la casa?

—¿Te has fijado en el traje de Harley?

—Negro y barato.

—Era muy parecido a un esmoquin. Lo que él considera que se lleva por las noches, vamos. Y Emily Smith tenía un vestido de cóctel negro en la oficina. Iba a cambiarse de ropa. De hecho, llevaba puestos unos zapatos de fiesta. Creo que va a haber un banquete.

—Keast y Maden —dijo Villanueva—. Los del catering.

—Exacto —afirmé—. Un banquete. Dieciocho personas a cincuenta y cinco dólares por cabeza. Esta noche. Y Emily Smith escribió una nota en el pedido: «¡Ternera, no cerdo!». ¿Quiénes comen ternera en vez de cerdo?

—Los que comen *kosher*.

—Y los árabes —dije—. Libios, quizá.

—Sus suministradores.

—Exacto. Creo que están a punto de cimentar su relación comercial. El material ruso que hay en las cajas es una especie de envío simbólico. Un gesto. Igual que las Persuaders. Es una prueba de que ambos bandos son capaces de mover material, de hacer envíos. Ahora van a compartir el pan y a empezar a hacer negocios de verdad.

—¿En la casa?

Asentí.

—Es un sitio impresionante, espectacular. Está aislado. Y la mesa del comedor es enorme.

Villanueva activó los limpiaparabrisas. En el cristal aparecieron rayas, manchas. Era espuma del Atlántico, que nos llegaba en horizontal. Gotas con mucha sal.

—Y hay algo más —dije.

—¿El qué?

—Creo que Teresa Daniel es parte del trato.

—¿¡Cómo!?

—Creo que van a venderla junto con las escopetas. Una estadounidense rubia y mona. Ella es el objeto que vale diez mil dólares.

No dijeron nada.

—¿Os habéis fijado en lo que ha dicho Harley de ella? Ha dicho que está «como nueva».

No dijeron nada.

—Creo que la han mantenido alimentada, viva e inmaculada.

«Paulie habría pasado de Elizabeth Beck si Teresa Daniel hubiera estado disponible. Con todos mis respetos para Elizabeth».

No dijeron nada.

—Estoy seguro de que se la van a llevar a Trípoli como parte del trato. Como incentivo.

Villanueva pisó el acelerador. El viento empezó a aullar con más fuerza alrededor del coche. Dos minutos después, llegamos al punto en el que habíamos emboscado a ambos guardaespaldas y el agente disminuyó la velocidad. Estábamos a unos ocho kilómetros de la casa. En teoría, desde las ventanas del piso más alto ya nos podrían ver. Nos detuvimos en el centro de la carretera, asomamos la cabeza por las ventanillas y dirigimos nuestras miradas hacia el este.

Había cogido un Chevrolet de color verde oliva y llegué a Maclean en veinte minutos. Me detuve en el centro de la carretera, a unos doscientos metros de la casa de Quinn, que se encontraba en una zona dividida en parcelas. El sitio era tranquilo, había muchos árboles y mucha hierba, y el sol lo calentaba con suavidad. Las casas estaban situadas en parcelas de algo menos de media hectárea y medio escondidas por antiguos y enormes árboles de hoja perenne. Los caminos de entrada eran de color negro. Oía cantar a los pájaros y, a lo lejos, el siseo de un aspersor que giraba poco a poco y que regaba, durante sesenta grados de su rotación, una acera ya empapada. Veía libélulas gordas deambulando por el aire.

Levanté el pie del freno y recorrí cien metros muy despacio. La casa de Quinn estaba recubierta de oscuras tablas de cedro, tenía un camino de piedra y estaba rodeada por unos muretes que llegaban a la altura de la rodilla y encerraban píceas y rododendros. Las ventanas eran pequeñas y la manera en que los aleros del tejado se encontraban con la parte superior de las paredes

hacía que diera la impresión de que la casa estaba agachada y de espaldas a la carretera.

El coche de Frasconi estaba aparcado en el camino de entrada. Era un Chevrolet de color verde oliva idéntico al mío. Estaba vacío. El parachoques delantero estaba pegado a la puerta del garaje de Quinn. El garaje era bajo y alargado, y tenía espacio para tres coches. Estaba cerrado. No se oía nada por ningún lado, excepto los pájaros, el aspersor lejano y el zumbido de los insectos.

Aparqué detrás del coche de Frasconi. Mis ruedas sonaban húmedas sobre el asfalto caliente. Salí y saqué la Beretta de la funda. Le quité el seguro y empecé a recorrer el camino de piedra. La puerta de delante estaba cerrada. La casa permanecía en silencio. Miré dentro por una ventana que daba al vestíbulo. Solo vi esos muebles sólidos y neutros que suelen acompañar a los alquileres caros.

Rodeé la casa y llegué a la parte de atrás, a un patio de baldosas. Había una barbacoa, una mesa cuadrada de teca que estaba empezando a quedarse gris por efecto del tiempo y cuatro sillas. También una sombrilla de lona de color blanco crudo. Más allá del patio asomaba un jardín con montones de arbustos perennes y bajitos, de esos que apenas necesitan cuidados, que estaba cercado por una valla de cedro del mismo color oscuro que las tablas que recubrían la casa y que impedía ver los jardines de los vecinos.

Intenté abrir la puerta de la cocina. Estaba cerrada. Miré por la ventana. No vi nada. Recorrí el perímetro trasero. Llegué a la siguiente ventana, pero tampoco vi nada. En la siguiente vi a Frasconi tumbado de espaldas.

Frasconi yacía en mitad de una sala de estar amueblada con un sofá y dos sillones, tapizados los tres con una tela marrón de esas resistentes. El suelo estaba enmoquetado y el color de la moqueta hacía juego con el color verde oliva del uniforme del teniente. Le habían pegado un tiro en la frente. Con una 9 milímetros. Mortal. Incluso a través de la ventana podía ver el agujero, la costra de alrededor y el color marfileño del cráneo. Debajo de la cabeza había un lago de sangre. La sangre había empapado la moqueta y ya había empezado a secarse y a oscurecerse.

No quería entrar por la planta baja. Si Quinn seguía allí, estaría esperando arriba, donde tenía ventaja táctica. Así que llevé la mesa del patio hasta la parte de atrás del garaje y la utilicé para subirme al tejado. Desde el tejado del garaje llegué a una de las ventanas de la planta de arriba. Rompí el cristal de un codazo y entré con los pies por delante en un dormitorio para invitados. Olía a humedad, como si no se le diera uso. Lo crucé y salí a un pasillo. Me

quedé callado, escuchando. No oía nada. La casa sonaba como si estuviera completamente vacía. Era como si hubiera una completa ausencia de vida en ella. Una ausencia total de sonido. No había vibraciones humanas.

Pero olía a sangre.

Recorrí el pasillo y encontré a Dominique Kohl en el dormitorio principal. Estaba tumbada de espaldas en la cama. Completamente desnuda. Le habían arrancado la ropa. La habían golpeado en la cara las veces suficientes como para atontarla y, después, la habían descuartizado. Le habían cortado los pechos con un cuchillo largo. El cuchillo estaba allí. Se lo habían clavado por la parte blanda que hay debajo de la mandíbula hasta atravesarle el paladar y llegarle al cerebro.

Durante mi vida había visto muchas cosas. En una ocasión, había recuperado la consciencia después de un ataque terrorista con parte de la mandíbula de otra persona clavada en las tripas. Había tenido que limpiarme su carne de la cara para poder ver lo suficiente y salir de allí a gatas. Un recorrido de veinte metros que había tenido que hacer a través de brazos y piernas arrancados, apoyando las rodillas en cabezas desgajadas mientras me sujetaba el abdomen con una mano para que no se me salieran las tripas. Había visto homicidios y accidentes, personas ametralladas durante reyertas, gente reducida a una masa rosada por efecto de explosiones, bultos ennegrecidos y retorcidos en incendios. Aun así, nunca había visto nada tan horripilante como el cuerpo descuartizado de Dominique Kohl. Vomité en el suelo y, después, por primera vez en más de veinte años, lloré.

—Y, ahora, ¿qué? —preguntó Villanueva diez años después.

—Voy a entrar solo.

—Te acompaño.

—No discutamos. Déjame un poco más cerca y ya está. Pero conduce muy muy despacio.

El coche era gris y el día estaba gris, y los objetos que se mueven muy despacio son menos perceptibles que los que se mueven rápido. Villanueva levantó el pie del freno, pisó ligeramente el acelerador y avanzamos a unos quince kilómetros por hora. Comprobé que llevaba la Beretta y que tenía los dos cargadores. Cuarenta y cinco tiros, menos dos que había disparado en el techo del dormitorio de Duke. Comprobé las Persuaders. Catorce disparos, menos el que le había descuajado las tripas a Harley. Cincuenta y seis tiros en

total contra menos de dieciocho personas, porque no sabía quién estaría en la lista de invitados pero, desde luego, Emily Smith y Harley no iban a aparecer.

—Es una estupidez hacerlo solo —me soltó Villanueva.

—Es una estupidez hacerlo juntos. Ya solo acercarse va a ser suicida.

No respondió.

—Es mejor que os quedéis aquí.

No dijo nada. Quería recuperar a Teresa y quería que yo también volviera, pero no era tonto y veía con claridad que atacar una casa fortificada y aislada mientras caía el día no iba a ser, precisamente, divertido. Siguió conduciendo muy muy despacio. Al cabo de un rato, dejó de pisar el acelerador, puso punto muerto y dejó que el coche se detuviera solo. No quería arriesgarse a que las luces de freno resplandeciesen en mitad de la niebla. Debíamos de estar a unos cuatrocientos metros de la casa.

—Esperadme aquí. Todo el rato.

Villanueva miró hacia otro lado.

—Dadme una hora.

Esperé a que ambos asintieran.

—Luego, llamad a la ATF. Después de una hora. Si no he vuelto.

—No sé, creo que eso deberíamos hacerlo ya —comentó Duffy.

—No, dadme una hora primero.

—La ATF detendrá a Quinn, no va a dejarlo marchar.

Volví a pensar en lo que había visto aquel día y negué con la cabeza.

Me salté todas las regulaciones e ignoré todos y cada uno de los procedimientos de los libros. Me marché del escenario del crimen y no informé al respecto. Obstruí a la justicia de punta a punta. Dejé a Kohl en el dormitorio y a Frasconi en la sala de estar. Dejé su coche en el camino de entrada. Volví a mi base, cogí una Ruger Standard de calibre 22 con silenciador de la armería de la compañía y fui en busca de los archivos que Kohl guardaba en las cajas. Mi instinto me decía que Quinn haría una parada antes de viajar a las Bahamas. Seguro que tenía un escondite en algún lado. Un sitio donde era muy posible que guardara un carnet falso, algo de dinero, quizá una maleta hecha, puede que las tres cosas. No iba a esconder algo así en el puesto. Ni en su casa de alquiler. Era demasiado profesional para eso. Demasiado cauteloso. Lo querría a salvo y lejos. El mejor sitio sería la casa que tenía en el norte de California, la que había heredado de sus padres, el trabajador ferroviario y el ama de casa. Así que necesitaba aquella dirección.

La letra de Kohl era clara. Ambas cajas de cartón estaban llenas de sus notas. Eran notas fáciles de entender. Meticulosas. Me rompieron el corazón. Encontré la dirección de California en una biografía de ocho páginas que había preparado. La casa tenía un número con cinco dígitos y estaba en una carretera que se encontraba en la jurisdicción de la oficina postal de Eureka. Lo más probable era que fuera un sitio solitario alejado del pueblo. Fui al escritorio del intendente de la compañía y me autoricé una serie de cheques de viaje a mi nombre. Metí mi Beretta de servicio y la Ruger con silenciador en un petate y conduje hasta el aeropuerto. Me hicieron firmar una serie de papeles para permitirme entrar con armas cargadas en cabina. No iba a facturarlas. Había posibilidades de que Quinn hubiera cogido el mismo vuelo. Así, si me lo encontraba en la puerta de embarque o en el avión, podría despacharlo allí mismo.

Pero no lo vi. Subí a un avión que iba a Sacramento y, una vez hubo despegado, recorrí el pasillo escaneando la cara de cada uno de los pasajeros. Quinn no estaba allí, así que me quedé sentado el resto del vuelo. Mirando al vacío. Las azafatas se mantuvieron alejadas de mí.

En el aeropuerto de Sacramento alquilé un coche. Conduje en dirección norte por la I-5 y, después, en dirección noroeste por la Ruta 299. La Ruta 299 estaba catalogada como ruta pintoresca y se abría paso entre las montañas, pero lo único que yo miré fue la línea amarilla de la carretera. Le había ganado tres horas al día porque había cruzado tres zonas horarias pero, aun así, ya estaba oscureciendo cuando llegué al linde de Eureka. Encontré la carretera que llevaba a la casa de Quinn, que era poco más que una pista llena de curvas que iba de norte a sur por las colinas que hay sobre la US-101. La autopista US-101 quedaba muy por debajo. Desde donde yo estaba, solo veía faros dirigiéndose hacia el norte, luces traseras dirigiéndose hacia el sur. Supuse que allí abajo, en alguna parte, habría una vía de tren. Puede que incluso hubiera una estación o una terminal, lo que habría resultado muy conveniente para el viejo de Quinn cuando aún trabajaba.

Encontré la casa. La dejé atrás sin reducir la velocidad. Era una construcción burda de una sola planta. Tenía una vieja lechera en vez de buzón. El jardín delantero se lo habían comido las malas hierbas hacía una década. Giré a unos quinientos metros al sur y conduje unos doscientos metros de vuelta con las luces apagadas. Aparqué detrás de una cafetería abandonada que tenía un tejadillo. Salí del coche y ascendí unos treinta metros por las colinas. Caminé en dirección norte unos trescientos metros y aparecí justo por detrás de la casa.

Con la luz del crepúsculo alcanzaba a ver un estrecho porche trasero y una zona de gravilla adyacente a él en la que se podían aparcar coches. Era la típica casa en la que entras por la puerta de atrás, no por la de delante. En la casa no había luz. Las cortinas que cubrían las ventanas estaban llenas de polvo y tenían el color comido por el sol. Desde luego, parecía que el sitio estuviera vacío y que nadie hubiera pasado por allí en mucho tiempo. Desde donde estaba alcanzaba a ver unos tres kilómetros en dirección norte y otros tres en dirección sur, y, desde luego, en la carretera no había coches aparcados.

Bajé la pendiente de la colina despacio. Rodeé la casa. Me paré a escuchar en cada ventana. Allí dentro no había nadie. Supuse que Quinn aparcaría detrás y que entraría por detrás, por lo que forcé la puerta de delante. Era de madera endeble y estaba vieja, solo tuve empujarla con fuerza hasta que la jamba interior empezó a ceder y, después, pegarle un fuerte golpe a la cerradura con la parte baja de la palma de la mano. La madera se astilló y la puerta se abrió. Entré y cogí una silla para apoyarla en la puerta y mantenerla cerrada. Desde fuera no se notaría nada.

Dentro olía a humedad y, sin exagerar, debía de hacer diez grados menos que en la calle. La casa estaba a oscuras y era sombría. Oí una nevera en la cocina, por lo que había electricidad. Las paredes estaban forradas con un papel antiguo, viejo y amarillecido ya. La casa se componía de cinco piezas. Una de ellas era una cocina en la que se comía y otra, una sala de estar. Había dos dormitorios. Uno pequeño y el otro, más pequeño todavía. Di por hecho que el más pequeño había sido el de Quinn cuando era niño. Entre los dormitorios había un cuarto de baño. El lavamanos, la bañera y el inodoro eran de color blanco, pero tenían manchas de óxido.

Cuatro estancias y un cuarto de baño facilitan mucho la búsqueda. Di con lo que estaba buscando casi de inmediato. Levanté la alfombra raída que había en la sala de estar y encontré una trampilla cuadrada. Si hubiera estado en el pasillo, habría imaginado que era una tapa de registro sobre un sótano o algo así, pero estaba en la sala de estar. Cogí un tenedor de la cocina y abrí la trampilla. El hueco al que daba era poco más que una bandeja de madera entre las vigas solares que soportaban la casa. En la bandeja había una caja de zapatos envuelta con una especie de hule lechoso. Dentro, tres mil dólares y dos llaves. Las llaves debían de ser de cajas de seguridad o de taquillas. Cogí el dinero, pero dejé las llaves. Luego, cerré la trampilla, puse la alfombra en su sitio y elegí una silla. Me senté y esperé con la Beretta en el bolsillo y la Ruger en el regazo.

—Ten cuidado —me dijo Duffy.

Asentí.

—Claro.

Villanueva no dijo nada. Salí del Taurus con la Beretta en el bolsillo y una Persuader en cada mano. Crucé el arcén, me alejé tanto como pude de la carretera por las rocas y me dirigí en dirección este. Aún había luz del día por detrás de las nubes, pero yo iba vestido de negro, llevaba armas negras y no avanzaba por la carretera, por lo que quizá tuviera una oportunidad. El viento soplaba con fuerza en mi contra y notaba gotas de agua en el aire. Tenía el océano delante. Estaba airado. La marea se retiraba. Las olas golpeaban la costa y la resaca tiraba del agua con fuerza y arrastraba arena y piedrecitas.

Llegué a una curva poco pronunciada y vi que las luces del muro estaban encendidas. Resplandecían con un color blanco azulado contra el cielo en penumbra. El contraste entre la luz eléctrica y la oscuridad de la última hora de la tarde provocaría que se me viera menos a medida que me acercara. Así que volví a la carretera y empecé a trotar. Me acerqué cuanto pude y, después, volví a irme hacia las rocas, hacia la orilla. Tenía el océano a mis pies. Olía la sal y las algas. Las rocas resbalaban. Las olas las apaleaban y la espuma salía disparada en mi dirección al tiempo que el agua se remolinaba con furia.

Me quedé quieto. Respiré. Me di cuenta de que no podía nadar alrededor del muro, no en esta ocasión. Sería una locura. El mar estaba enfurecido. No tendría ninguna posibilidad. Ninguna. Se me llevaría de aquí para allá como a un corcho y me lanzaría contra las rocas hasta que me matase. A menos que fuera la resaca la que me reclamase primero. La resaca me tragaría y me ahogaría en las profundidades.

«No puedo rodearlo y no puedo treparlo. Voy a tener que atravesarlo».

Subí por las rocas y me acerqué al muro manteniéndome tan alejado como pude de la verja. Me encontraba justo donde el muro empezaba a inclinarse hacia el agua. Entonces, empecé a recorrerlo sin despegarme de él. Estaba bañado en luz, pero nadie al este del muro podía verme, porque el muro se interponía entre la casa y yo y era mucho más alto que yo. Los que estaban al oeste eran amigos. Así, lo único por lo que tenía que preocuparme era por no activar ninguno de los sensores enterrados. Pisaba tan suave como podía y esperaba que no hubieran instalado ninguno tan cerca del muro.

Y, en efecto, no lo habían hecho, porque llegué bien a la casita de la verja. Me arriesgué a echar una ojeada al interior y, a través de las cortinas de la ventana frontal, vi, en el salón ampliamente iluminado, al reemplazo de

Paulie, que estaba muy ocupado relajándose en el sofá hundido. A aquel tipo no lo había visto nunca. Tenía, más o menos, la misma edad y la misma altura que Duke. Puede que anduviera cerca de los cuarenta y que fuera un poco más bajito que yo. Pasé un rato intentando determinar su altura exacta. Iba a ser importante. Yo diría que era cinco centímetros más bajo que yo. Llevaba unos vaqueros, una camisa blanca y una cazadora vaquera. Era evidente que no estaba invitado al baile. Debía de ser la Cenicienta y había recibido el encargo de vigilar el muro mientras los demás estaban de fiesta. Esperaba que fuera el único, que tuvieran el equipo justo. En cualquier caso, no iba a jugármela. Por mínimamente cauteloso que fueran pondrían un segundo guardia en la puerta principal de la casa y puede que hasta un tercero en la ventana del dormitorio de Duke. Sabían que Paulie no había conseguido su objetivo. Sabían que yo seguía por ahí, en alguna parte.

No podía permitirme el ruido que supondría disparar al nuevo. Las olas rugían con fuerza y el viento aullaba furioso, pero ni lo uno ni lo otro enmascararía el ruido de una Beretta. Y nada en el mundo enmascararía el trueno de una Persuader disparando una Brenneke Magnum. Así que me aparté un par de metros de la ventana, dejé las Persuaders en el suelo y me quité el abrigo y la chaqueta. Luego, me quité la camisa y me envolví el puño izquierdo con ella. Me puse de espaldas a la pared y me acerqué a la ventana. Rasgué el cristal con las uñas de la mano derecha. Lo hice en la esquina inferior que más cerca tenía, protegido por la cortina, con suavidad, imitando esa especie de redoble de tambor de los ratones al corretear por el techo. Lo hice en cuatro ocasiones y a punto estaba de hacerlo una quinta cuando vi por el rabillo del ojo que la luz de la ventana se volvía un tanto más tenue. Eso significaba que el nuevo se había levantado del sofá y había acercado la cara al cristal para ver qué criaturita estaba molestándolo. Así que me concentré en acertar con la altura y me giré ciento ochenta grados a toda velocidad al tiempo que lanzaba un terrible gancho de izquierdas y rompía la ventana primero y la nariz del nuevo una milésima de segundo después. El tipo cayó al suelo junto al alféizar de dentro y yo metí la mano por el agujero que había hecho, abrí la ventana y entré. El nuevo estaba en el suelo, sentado. Le sangraba la nariz y tenía cortes en la cara. Estaba atontado. En el sofá había una pistola. El nuevo estaba a dos metros y medio de ella. A tres metros y medio de los teléfonos. Sacudió la cabeza para despejarse y me miró.

—Eres Reacher.

Tenía sangre en la boca.

—En efecto.

—No tienes ninguna oportunidad.

—¿Tú crees?

Asintió.

—Tenemos órdenes de disparar a matar.

—¿A mí?

Asintió.

—¿Y quién va a dispararme?

—Todos.

—¿Lo ha ordenado Xavier?

Asintió de nuevo. Se puso el dorso de la mano debajo de la nariz.

—¿Y la gente va a obedecer esa orden?

—Por supuesto.

—¿Tú también?

—Supongo que no.

—¿Lo prometes?

—Supongo que sí.

—De acuerdo.

Me quedé callado unos instantes y pensé en hacerle más preguntas. Puede que se mostrara reacio a responder, pero siempre podía pegarle un poco más para sacarle todo lo que sabía. No obstante, me di cuenta de que poco importaban sus respuestas. No me supondría gran diferencia saber si había diez, doce o quince personas hostiles en la casa, ni saber cómo iban armados.

«Es un combate a muerte. O ellos, o yo».

Di un paso a un lado mientras intentaba decidir qué hacer con el nuevo, pero de repente hizo algo que me llevó a decidirme de inmediato: renegó de su promesa. Se levantó del suelo e intentó alcanzar la pistola que tenía en el sofá. Lo tumbé de un zurdazo salvaje en la garganta. Fue un puñetazo fuerte y afortunado, aunque no para él, claro. Le partió la laringe. Se cayó al suelo de nuevo y se asfixió. Fue bastante rápido. Sucedió en cosa de minuto y medio. No podía hacer nada por él. No soy médico.

Me quedé completamente quieto durante un minuto. Luego, me puse la camisa, salí por la ventana, recuperé las escopetas, el abrigo y la chaqueta, volví a entrar por la ventana, crucé el salón y miré hacia la casa por la ventana de atrás.

—Mierda —solté antes de apartar la mirada.

El Cadillac estaba aparcado en la plaza de entrada. Eliot no había podido escapar. Ni Elizabeth, ni Richard, ni la cocinera. Eso añadía tres civiles a la

mezcla. La presencia de civiles complica los asaltos por cien y bastante duro era este ya de por sí.

Volví a mirar. Junto al Cadillac había un Lincoln Town Car negro. Junto a este, dos Suburbans de color azul oscuro. No había ninguna furgoneta del catering. Puede que estuviera en la parte de atrás de la casa, junto a la puerta de la cocina. O que fuera a venir más tarde. O puede que no fuera a venir. Puede que no hubiera ningún banquete, que la hubiera cagado del todo y hubiera malinterpretado la situación de cabo a cabo.

Me quedé un rato mirando la penumbra que rodeaba la casa a través de las duras luces del muro. No veía ningún guardia en la puerta principal, pero hacía frío y cualquiera con dos dedos de frente estaría dentro, en el pasillo de entrada, mirando por la ventana. En la ventana del dormitorio de Duke no veía a nadie, pero estaba abierta, tal y como yo la había dejado. Lo más probable era que la NSV siguiera colgando de la cadena.

Volví a fijarme en los vehículos. En el Town Car podrían haber venido cuatro personas. En los Suburbans, siete en cada uno. Un máximo de dieciocho personas. Puede que entre quince y dieciséis jefes y dos o tres guardias. O puede que solo hubieran venido los tres conductores. O puede que estuviera completamente equivocado.

«Solo hay una manera de comprobarlo».

Ahora venía la parte más difícil: cruzar la zona iluminada. No tenía claro si buscar el interruptor y apagar las luces, porque eso alertaría a la gente de la casa. A los cinco segundos de que lo hubiera hecho, alguien llamaría por teléfono al guardia de la verja para ver qué había sucedido. Pero el guardia de la verja no respondería porque estaba muerto. Después, tendría a quince o más personas buscándome en la penumbra. Sería sencillo evitar a la mayoría de ellos, pero el problema estaba en saber a quién debía evitar y a quien debía eliminar. Porque tenía muy claro que como dejara escapar a Quinn, no volvería a verlo en la vida.

Así que tenía que cruzar con las luces encendidas. Había dos posibilidades. Una, correr directo hacia la casa. Eso reduciría el tiempo que pasaba iluminado, pero sería indispensable que me moviera rápido, y moverse rápido llama la atención. Otra, seguir el muro hasta el mar. Sesenta metros, despacio. Sería una agonía, pero lo más probable es que fuera la mejor opción.

Y lo era porque las luces estaban montadas en el muro y ninguna lo enfocaba, sino que estaban orientadas a zonas más alejadas. Así, entre el muro y el principio de la zona iluminada se formaba un túnel oscuro, si bien no era

más que un triángulo estrecho. Podría avanzar arrastrándome por él, pegado a la base del muro. Poco a poco. Por el campo de tiro de la NSV.

Abrí la puerta de atrás. Ninguno de los focos iluminaba la casita de la verja. Empezaba a haber luz seis metros a mi derecha, donde la pared de la casita se convertía en parte del muro. Saqué la mitad del cuerpo y me agaché. Giré noventa grados a la derecha y miré el túnel. En efecto, allí estaba. Tenía menos de un metro de profundidad a ras de suelo y desaparecía a la altura de la cabeza. Y no era muy oscuro, porque se dispersaba en algunos puntos, había focos que no estaban bien alineados y recibía el brillo de la parte trasera de las lámparas. Se podría decir que el túnel estaba a caballo entre lo muy oscuro y lo brillantemente iluminado.

Me puse de rodillas, me eché hacia atrás y cerré la puerta. Cogí una Persuader con cada mano, me tiré al suelo y pegué el hombro derecho a la base del muro tanto como pude. Luego, esperé. Esperé el tiempo suficiente como para que alguien que hubiera notado que la puerta de la casita se movía perdiese el interés. Entonces, empecé a arrastrarme. Despacio.

Avancé algo más de tres metros. Oí un vehículo en la carretera. Me detuve de inmediato. No era un sedán. Era más grande. Puede que fuera otro Suburban. Cambié el sentido de la marcha. Clavé los pies en el suelo y me arrastré hacia atrás, hacia la puerta por la que acababa de salir. Me arrodillé nada más llegar, la abrí, entré en la casita y me puse de pie. Dejé las Persuaders en una silla y saqué la Beretta del bolsillo. Oía un potente V-8 detenido al otro lado de la verja.

«Decisiones».

Quienquiera que estuviera fuera estaba esperando los servicios del guardia de la verja y lo más probable era que, nada más verme, supiera que yo no era el verdadero guardia de la verja. Así que supuse que iba a tener que olvidarme de lo de arrastrarme pegado al muro. Iba a tener que volverme ruidoso. Dispararles, hacerme con el vehículo, llegar a la casa antes de que el artillero de la NSV tuviera tiempo de apuntar. Y, después, inmerso en el caos subsiguiente, aprovechar al máximo mis posibilidades.

Volví a la puerta de atrás. Le quité el seguro a la Beretta y tomé aire. Contaba con cierta ventaja porque sabía a la perfección qué iba a hacer. Los demás tendrían que reaccionar a lo que yo hiciera, por lo que irían un segundo por detrás de mí.

Entonces, me acordé de la cámara que había en la verja, del monitor de vídeo. En él podría ver exactamente a lo que me enfrentaba. Podría contar las cabezas.

«El que está advertido está protegido».

Me acerqué a mirar. La imagen era gris y lechosa. Se veía una furgoneta blanca con unas letras en el lateral: KEAST & MADEN. Respiré aliviado. Ellos no tenían por qué conocer al de la puerta. Guardé la Beretta en el bolsillo. Me quité el abrigo y la chaqueta. Le quité la chaqueta vaquera al fiambre y me la puse. Me quedaba justa y tenía unas gotas de sangre, pero sería lo bastante convincente para los de la casa. Salí. Me mantuve de espaldas a la casa e intenté que pareciera que medía cinco centímetros menos. Fui hasta la verja. Quitó el pestillo con el puño, como solía hacer Paulie. Abrí la verja. La furgoneta blanca entró y se paró a mi altura. El que iba en el asiento del copiloto bajó la ventanilla. Llevaba esmoquin. El conductor también llevaba esmoquin.

«Más civiles».

—¿Adónde vamos? —me preguntó el copiloto.

—Rodead la casa por la derecha. La puerta de la cocina está en la parte de atrás.

Acto seguido, el copiloto subió la ventanilla y el conductor arrancó. Me dejaron atrás. Me despedí con la mano. Cerré la verja. Entré en la casita y me quedé observando la furgoneta por la ventana de atrás. Fue directa hacia la casa y, después, giró al llegar a la plaza para carruajes. Sus faros iluminaron el Cadillac, el Town Car y los dos Suburban. Vi un fogonazo de las luces de freno y, luego, desapareció de la vista.

Esperé dos minutos. Así habría oscurecido un poco más. Después, volví a ponerme mi chaqueta y mi abrigo, cogí las Persuaders de la silla, abrí la puerta, salí agachado, la cerré y me tiré al suelo. Pegué el hombro cuanto pude a la base del muro y empecé a arrastrarme poco a poco una vez más. Iba mirando al muro. Había piedrecitas en el suelo y se me clavaban en los hombros y en las rodillas. Aunque, sobre todo, notaba un hormigueo en la espalda. Mi espalda se enfrentaba a un arma capaz de disparar doce balas de centímetro veinticinco de grosor por segundo. Y era muy probable que hubiera un tipo duro detrás de aquella arma, con ambas manos en las empuñaduras. En cualquier caso, esperaba que fallara la primera ráfaga. Sería lo más probable. La primera ráfaga la dispararía o muy alta o muy baja y, para cuando hubiera acabado de dispararla, me habría puesto de pie y estaría corriendo en zigzag hacia la oscuridad, por lo que ya no le daría tiempo a apuntar y a disparar de nuevo.

Seguí avanzando muy poco a poco. Diez metros. Quince. Veinte. Iba muy despacio. Con la cabeza vuelta hacia el muro. Esperaba parecer una vaga

sombra en la penumbra. Lo que estaba haciendo iba en contra de la razón. Me enfrentaba a un poderosísimo deseo de levantarme de un salto y salir corriendo. El corazón me latía con fuerza. Hacía frío, pero yo sudaba. El viento soplaba con fuerza. Provenía del mar y golpeaba el muro, lo recorría como si fuera una ola e intentaba arrastrarme hasta donde me diera la luz.

Seguí adelante. Yo diría que estaba a mitad de camino. Habría recorrido unos treinta metros y me faltarían otros treinta. Me dolían los hombros. Intentaba que las Persuaders no tocaran el suelo y eso les estaba pasando factura a mis brazos. Me detuve a descansar. Me pegué al suelo. Intenté parecer una piedra. Giré la cabeza y me arriesgué a mirar hacia la casa. Estaba tranquila. Miré hacia delante. Miré hacia atrás.

«El punto de no retorno».

Continué arrastrándome. Tuve que obligarme a seguir avanzando despacio. Cuanto más lejos estaba de la casita, mayor era el hormigueo que sentía en la espalda. Respiraba con fuerza. Estaba cerca de sucumbir al pánico. La adrenalina burbujeaba en mi interior y me gritaba: «¡Corre! ¡Corre!». Resollaba, jadeaba, obligaba a mis brazos y a mis piernas a mantenerse coordinados. A ir despacio. De pronto, estaba ya a diez metros del final y empecé a pensar que podía conseguirlo. Me detuve. Tomé aire. Volví a tomar aire. Empecé de nuevo. En un momento dado, el suelo se inclinó hacia abajo y lo seguí con la cabeza por delante. Llegué al agua. Sentí el verdín en las manos. Olas pequeñas pero rabiosas golpeaban las rocas y me rociaban de espuma. Giré noventa grados a la izquierda y me detuve. No estaba dentro del campo de visión de nadie, pero me tocaba cruzar nueve metros muy bien iluminados. Decidí no seguir yendo tan despacio. Agaché la cabeza, me incorporé un poco y corrí.

Jamás había estado tan iluminado como durante los cuatro segundos que tardé en recorrer aquellos nueve metros. Cuatro segundos que me parecieron cuatro vidas. La luz era cegadora.

Luego, me estrellé contra un muro de oscuridad, me agaché y escuché. No oía nada, excepto el mar salvaje. No veía nada, excepto puntos púrpuras en los ojos. Avancé tambaleándome diez pasos más sobre las rocas y, después, me quedé quieto. Miré hacia atrás.

«Estoy dentro».

Sonreí en la oscuridad.

«Quinn, voy a por ti».

Hacía diez años, había estado dieciocho horas esperándolo. En ningún momento había dudado de que fuera a aparecer. Me quedé sentado en su sillón con la Ruger en el regazo y esperé. No dormí. Casi ni pestañeé. Me quedé sentado. Toda la noche. Todo el amanecer. Toda la mañana. Durante el mediodía. Me limité a permanecer sentado y a esperar.

Llegó a las dos de la tarde. Oí un coche que reducía la velocidad, me puse de pie y, aunque me mantuve apartado de la ventana, vi cómo entraba por el camino. Llevaba un coche de alquiler similar al mío. Un Pontiac rojo. Lo vi con claridad a través del parabrisas. Iba limpio y elegante. Iba peinado. Vestía una camisa azul con el cuello abierto. Sonreía. El coche fue hacia el lateral de la casa y oí cómo se detenía en la zona de gravilla que había detrás de la cocina. Salí al pasillo. Me pegué a la pared, cerca de la puerta de la cocina.

Oí que metía la llave en la cerradura. Oí cómo abría la puerta. Los goznes chirriaron en señal de protesta. Dejó la puerta abierta. El coche seguía en marcha. No había apagado el motor. No tenía intención de quedarse mucho tiempo. Oí sus pisadas en el linóleo de la cocina. Paso rápido y confiado. Era evidente que consideraba que estaba jugando y ganando. Salió por la puerta. Lo golpeé en la sien con el codo.

Cayó al suelo de espaldas y estiré la mano para sujetarlo por el cuello y evitar que se moviera. Dejé la Ruger a un lado y lo cacheé. Estaba desarmado. Le solté el cuello y levantó la cabeza. Le empujé con fuerza la barbilla con la palma de la mano y se golpeó la nuca contra el suelo. Se desmayó. Entré en la cocina y la crucé para cerrar la puerta. Volví, lo cogí por las muñecas y lo arrastré hasta la sala. Lo dejé en el suelo y le pegué dos bofetadas. Le apunté al centro de la cara con la Ruger y esperé a que abriera los ojos.

Los abrió. La pistola fue lo primero que vio. Luego, a mí. Yo iba de uniforme, con todas las insignias de rango y designaciones de unidad, por lo que no le llevó mucho tiempo darse cuenta de quién era y de por qué estaba allí.

—¡Espere!

—¿A qué?

—¡Está cometiendo usted un error!

—¿En serio?

—Está usted equivocado.

—Ah, ¿sí?

Asintió.

—Estaban aceptando sobornos.

—¿Quiénes?

—Frasconi y Kohl.

—Ah, ¿sí?

Asintió de nuevo.

—Pero él intentó engañarla.

—¿Cómo?

—¿Puedo sentarme?

Negué con la cabeza. Mantuve el arma donde la tenía.

—No.

—Yo llevaba a cabo una operación encubierta. Trabajaba con el Departamento de Estado. Contra embajadas hostiles. Tanteándolas.

—¿Y la hija de Gorowski?

Negó con la cabeza, impaciente.

—¡A esa niña no le pasó nada, tonto del culo! Gorowski tenía que seguir un guión, nada más. Estaba todo preparado. Por si acaso las personas hostiles lo investigaban. Esos temas los tratamos en profundidad. Tiene que haber una cadena que se pueda seguir por si alguien sospecha. Habíamos inventado una coartada con pelos y señales, por si nos estaban vigilando.

—¿Y qué pasa con Frasconi y con Kohl?

—Eran buenos. Me descubrieron muy pronto. Dieron por hecho que mis movimientos no eran legales. Eso me satisfizo. Significaba que estaba haciéndolo bien. Entonces, se corrompieron. Se me acercaron y me dijeron que ralentizarían la investigación si los untaba, me darían tiempo para salir del país. Creían que eso era lo que quería hacer. Así que pensé, ¿por qué no les sigo la corriente? Porque quién sabe a cuántos corruptos puede atraer un cebo, ¿no? Y, cuantos más, mejor, ¿no? Así que les seguí la corriente.

No dije nada.

—La investigación ha sido lenta, ¿verdad? —dijo—. Seguro que se ha dado cuenta. Semanas y más semanas. Ha sido muy lenta, de hecho.

«Lenta como la melaza».

—Y, entonces, ayer sucedió todo. Tenía a los sirios, a los libaneses y a los iraníes en el bolsillo. Y también a los iraquíes, que eran el pez gordo. Supuse que también era hora de meter a su gente en el saco. Vinieron a por el último pago. Era mucho dinero, pero Frasconi quería quedárselo todo. Me pegó un golpe en la cabeza. Cuando desperté, descubrí lo que le había hecho a Kohl. Se había vuelto loco, se lo aseguro. Cogí una pistola que tenía en un cajón y le disparé.

—¿Y por qué ha huido?

—Porque tenía miedo. Soy del Pentágono, ¡nunca había visto sangre! Además, no sabía si habría alguien más con los suyos. Podría haber más gente implicada.

«Frasconi y Kohl».

—Es usted muy bueno —me dijo—. Ha venido directo aquí.

Asentí. Pensé en la biografía de ocho páginas que había escrito Kohl, con aquella letra inmaculada.

«Ocupación de los padres, hogar familiar».

—¿De quién fue la idea? —le pregunté.

—¿Que quién me vino con ello? Frasconi, por supuesto. Tenía mayor rango que ella.

—¿Cómo se llamaba ella?

Vi duda en sus ojos.

—Kohl.

Asentí. La sargento había ido a hacer el arresto de uniforme. Sin lugar a dudas, llevaría una plaquita negra de acetato encima del pecho derecho: KOHL. Género neutro. «Uniforme. Mujeres alistadas. La identificación con el apellido debe estar ajustada a las diferencias de figura de cada individuo y centrada en horizontal en el lado derecho, entre dos centímetros y medio y cinco por encima del botón del bolsillo superior». Quinn habría visto la plaquita en cuanto la sargento hubiera entrado por la puerta.

—Sí, pero el nombre de pila.

Hizo una pausa.

—No lo recuerdo.

—¿Y el nombre de pila de Frasconi?

«Uniforme. Oficial masculino. La identificación con el apellido debe de estar centrada en la solapa del bolsillo derecho del pecho, equidistante entre la costura y el botón».

—No lo recuerdo.

—Esfuércese.

—No lo recuerdo. ¡Solo es un detalle!

—Tres sobre diez. Un suspenso.

—¿Cómo dice?

—Su actuación. No ha aprobado.

—¿Cómo dice?

—Su padre trabajaba en el ferrocarril. Su madre era ama de casa. Su nombre completo es Francis Xavier Quinn.

—¿Y qué?

—Así son las investigaciones. Si planea meter a alguien en el saco, lo investiga a fondo primero. ¿Ha estado usted mareando a esos dos durante semanas y ni siquiera sabe cómo se llaman? ¿Ni siquiera ha mirado su hoja de servicios? ¿No ha tomado ni una sola nota? ¿No ha escrito ningún informe?

No dijo nada.

—Además, Frasconi no ha tenido una idea en su vida. Frasconi ni siquiera iba a cagar a menos que alguien se lo recordase. Nadie que tuviera algo que ver con esos dos diría jamás «Frasconi y Kohl», sino «Kohl y Frasconi». Está usted sucio de pies a cabeza y no vio venir a mis chicos hasta el momento en que aparecieron en su casa para arrestarlo. Y, entonces, los mató.

Intentó zafarse de mí, con lo que demostró que no me equivocaba. No obstante, yo estaba en guardia. En cuanto empezó a revolverse volví a empujarlo hacia atrás, solo que mucho más fuerte de lo necesario. Aún estaba inconsciente cuando lo metí en el maletero de su coche. Seguía inconsciente cuando lo pasé al maletero del mío, detrás de la cafetería abandonada. Conduje hacia el sur por la US-101 y giré a la derecha por una carretera secundaria que se dirigía hacia el Pacífico. Aparqué en un arcén de gravilla. La vista era espectacular. Eran las tres de la tarde, el sol brillaba y el mar era azul. El arcén tenía un guardarraíl que me llegaba por la rodilla, luego, medio metro más de gravilla y, a continuación, una altísima caída hasta el mar. Había muy poco tráfico. Puede que pasara un coche cada dos minutos. Al fin y al cabo, aquella carretera solo daba una vuelta sin mucho sentido que te alejaba de la autopista.

Abrí el maletero y volví a cerrarlo de golpe por si acaso Quinn estaba consciente y tenía intención de saltar a por mí. Pero no era el caso. Por el contrario, le faltaba el aire y apenas estaba consciente. Lo saqué del maletero y lo empujé para que caminara. Las piernas apenas lo sostenían. Dejé que mirara el océano un minuto, mientras yo me aseguraba de que no había testigos. No los había. Le di la vuelta. Me aparté cinco pasos.

—Se llamaba Dominique.

Acto seguido, le disparé. Le disparé dos veces en la cabeza y una en el pecho. Esperaba que se desplomara, para acercarme y pegarle un cuarto tiro en un ojo antes de tirarlo al océano. Pero no se desplomó. Se tambaleó hacia atrás, tropezó con el guardarraíl, se cayó por detrás de este, sobre ese último medio metro de Estados Unidos de América, se golpeó el hombro y rodó directo hacia el vacío. Agarré el guardarraíl con una mano y me incliné para mirar por el acantilado. Vi cómo se estrellaba contra las rocas. Una ola lo cubrió. No volví a verlo. Me quedé allí un minuto entero.

«Dos disparos en la cabeza, uno en el corazón y casi cuarenta metros de caída libre sobre las rocas. No hay manera de sobrevivir a eso».

Recogí los casquillos y dije para mí:

—Diez dieciocho, Dom.

Luego, volví al coche.

Diez años después anocheceía muy rápido y yo me abría camino por las rocas a la altura de la cochera. El mar no dejaba de batir la orilla a mi derecha. Sentía el viento en la cara. No esperaba ver a nadie de patrulla, y menos en la parte de atrás de la casa. Así que me movía rápido, con la cabeza levantada, alerta, con una Persuader en cada mano.

«Quinn, voy a por ti».

Cuando dejé atrás la cochera, vi la furgoneta de la empresa de catering aparcada en la esquina trasera de la casa. Estaba justo donde Harley había dejado el Lincoln para descargar a la chica de servicio de Beck. Las puertas de atrás de la furgoneta estaban abiertas y el conductor y el copiloto iban adelante y atrás para descargarla. El detector de metales de la puerta de la cocina pitaba con cada plato de aluminio que metían en la casa. Tenía hambre. El viento me traía el olor de la comida caliente. Ambos empleados vestían esmoquin. Llevaban la cabeza agachada para protegerse de las inclemencias del tiempo. A lo único a lo que le prestaban atención era a su trabajo. Aun así, preferí esquivarlos dando un amplio rodeo. Permanecí en el borde de las rocas. Salté por encima del hueco en forma de uve que me había enseñado Harley y seguí adelante.

Cuando me hube alejado de los dos empleados del catering tanto como podía, cambié de dirección para cortar hacia la esquina opuesta de la casa. Me sentía muy bien. Me sentía silencioso e invisible, como si fuera una fuerza primigenia que llegaba aullando desde el mar. Me detuve e intenté determinar cuáles eran las ventanas del comedor. Di con ellas. Las luces estaban

encendidas. Me acerqué y me arriesgué a echar una ojeada por una de las ventanas.

Quinn fue la primera persona a la que vi. Estaba de pie, con un traje oscuro. Tenía una bebida en la mano. Su pelo era de color gris. Las cicatrices de su frente eran pequeñas, rosadas y brillantes. Estaba algo encorvado. Había engordado un poco. Tenía diez años más.

A su lado estaba Beck. Él también llevaba un traje oscuro. Y tenía también una bebida en la mano. Estaba pegado a su jefe. Se encontraban frente a tres árabes. Los árabes eran bajitos y tenían el pelo moreno y aceitoso. Llevaban ropa occidental: trajes de zapa en tonos azules o grises claros. Los tres con una bebida en la mano.

Detrás de ellos estaban Richard y Elizabeth Beck. Juntos, hablando. La escena parecía un cóctel antes de una cena, en torno a una enorme mesa de comedor. En la mesa había dispuestos dieciocho servicios de manera muy formal. Cada servicio tenía tres copas y platos suficientes para estar comiendo una semana. La cocinera iba por la estancia con una bandeja de bebidas. Vi copas de champán y vasos de whisky. La mujer llevaba una blusa blanca y una falda oscura. La habían relegado a camarera. Su experiencia no debía de ser suficiente como para preparar comida de Oriente Medio.

A Teresa Daniel no la veía. Puede que tuvieran planeado que saliera de una tarta al final de la cena. Los demás ocupantes de la estancia eran hombres. Tres. Los mejores soldados de Quinn, supuse. Conformaban un trío variopinto. Una mezcla. Los tres tenían cara de pocos amigos, pero no creía que fueran más peligrosos que Angel Doll o Harley.

Así que dieciocho servicios, pero solo diez comensales. Ocho ausentes. Duke, Angel Doll, Harley y Emily Smith eran cuatro de ellos. Muy probablemente, el tipo que habían destacado en la verja para que reemplazara a Paulie era otro. Lo que me dejaba con tres interrogantes. Uno de ellos estaría apostado en la puerta principal; otro, en el dormitorio de Duke; y otro, posiblemente, vigilando a Teresa Daniel.

Seguí allí fuera, observando. Había estado en cócteles y cenas formales en multitud de ocasiones. En función de dónde sirvieras, eran parte importante de la vida de la base. Calculé que aquella gente estaría allí un mínimo de cuatro horas. Solo saldrían del comedor para ir al servicio. Quinn estaba hablando. Miraba a los ojos a los tres árabes por igual, sin darle más importancia a uno que a otro. No paraba de hablar. Sonreía, hacía gestos, se reía. Parecía una persona que estuviera jugando para ganar. Solo que no era

el caso. Sus planes se habían visto alterados. Un banquete para dieciocho se había convertido en una cena para diez porque yo seguía por ahí.

Me agaché para pasar por debajo de la ventana y seguí así hasta la cocina. Me arrodillé algo antes de llegar, me quité el abrigo, envolví las Persuaders con él y dejé el paquete donde me resultara fácil encontrarlo después. Me puse de pie, crucé el porche y entré directamente en la cocina. El detector de metales pitó por la Beretta que llevaba en el bolsillo. Los del catering estaban allí. Estaban preparando algo con papel de aluminio. Los saludé con un asentimiento de cabeza, como si viviera allí, y me fui directo al pasillo. La gruesa alfombra amortiguaba mis pisadas. En cambio, oía el zumbido ruidoso de la conversación que mantenían los del cóctel en el comedor. Vi a un tipo en la puerta principal. Estaba de espaldas a mí y miraba por la ventana. Tenía un hombro apoyado en el marco de la ventana. Las lejanas luces del muro le dibujaban un halo azul alrededor de la cabeza. Fui directo hacia él.

«Es un combate a muerte. O ellos, o yo».

Hice una pausa de un segundo. Luego, le puse la mano derecha en la barbilla, los nudillos de la mano izquierda en la base del cuello, tiré hacia arriba y hacia atrás con la mano derecha, y hacia abajo y hacia delante con la izquierda y le partí el cuello por la cuarta vértebra. Se cayó contra mí, lo cogí por las axilas y lo llevé a la sala de estar de Elizabeth Beck. Lo arrojé al sofá. *Doctor Zhivago* estaba en la mesita auxiliar.

«Uno menos».

Cerré la puerta de la sala de estar y me dirigí a las escaleras. Las subí rápido pero en silencio. Me detuve junto a la puerta del dormitorio de Duke. Eliot estaba tirado en el umbral. Medio dentro, medio fuera. Muerto. De espaldas. Tenía la chaqueta abierta y la camisa llena de agujeros y tiesa por la sangre seca. La alfombra que había por debajo de él también estaba endurecida. Pasé una pierna por encima de él y me asomé a la habitación para echar una ojeada. Comprendí por qué había muerto. La NSV se había encasquillado. Debía de haber recibido la llamada de Duffy y estar a punto de abandonar la habitación cuando había visto el convoy que se acercaba a la casa. Habría vuelto de prisa hasta la enorme ametralladora. Habría apretado el gatillo y se le habría encasquillado. Aquella arma era una mierda. El mecánico la había bajado de la cadena y estaba sentado junto a ella, intentando reparar el mecanismo del cebador de munición. Estaba enfrascado en su tarea. No me vio llegar. No me oyó.

«Es un combate a muerte. O ellos, o yo».

«Dos menos».

Lo dejé tumbado encima de la ametralladora. El cañón le sobresalía por debajo y parecía que tuviera tres brazos. Miré por la ventana. Las luces del muro seguían encendidas. Consulté el reloj. Había consumido, exactamente, treinta minutos de la hora de que disponía.

Bajé. Fui por el pasillo como un fantasma hasta el sótano. La luz estaba encendida. Descendí las escaleras. Crucé el gimnasio. Pasé por delante de la lavadora. Saqué la Beretta del bolsillo. Le quité el seguro. La sostuve por delante de mí. Doblé la esquina y fui directo hacia las dos estancias cerradas. Una de ellas estaba vacía y tenía la puerta abierta. La otra tenía la puerta cerrada y había un joven delgado sentado en una silla frente a ella. Tenía la silla sobre las dos patas de atrás e inclinada contra la puerta. Me miró a los ojos. Abrió los suyos como platos. Y la boca de par en par. No produjo ningún sonido. No me pareció que fuera una gran amenaza. Llevaba una camiseta con el logotipo de Dell. Puede que fuera Troy, el informático.

—Si quieres vivir, estate callado.

Se quedó callado.

—¿Eres Troy?

Permaneció callado y asintió.

—Muy bien, Troy.

Calculé que estábamos justo debajo del comedor. No podía arriesgarme a disparar un arma en un sótano de piedra que estaba justo debajo de todo dios, así que me guardé la Beretta en el bolsillo, cogí a Troy por el cuello y le golpeé dos veces la cabeza contra la pared. Perdió el conocimiento. Puede que le hubiera partido el cráneo, o puede que no. Me daba igual. Había sido su labor con las teclas lo que había matado a la chica de servicio.

«Tres menos».

Encontré la llave de la puerta en el bolsillo de Troy, la metí en la cerradura, abrí y me encontré a Teresa Daniel sentada en el colchón. La agente se volvió y me miró. Era idéntica a la mujer que aparecía en las fotografías que me había enseñado Duffy en la habitación del motel a primera hora de la mañana del undécimo día. Parecía que estuviera en perfecto estado de salud. Tenía el pelo limpio y peinado. Llevaba un vestido blanco virginal, medias blancas y zapatos blancos. Su piel era clara y tenía los ojos azules. Parecía un sacrificio humano.

Hice una pausa. No las tenía todas conmigo porque no podía predecir su reacción. Seguro que se sabía para qué la querían. Y, claro, no me conocía. Para ella, yo era uno de ellos, que venía para llevarla al altar. Y ella era una agente federal entrenada. Si le pedía que me acompañara, cabía la posibilidad

de que se enfrentase a mí. Puede que hubiera estado esperando el momento adecuado, esperando una oportunidad. Y yo no quería hacer ningún ruido. Todavía no.

Pero, entonces, me fijé en sus ojos. Una de las pupilas estaba muy dilatada; la otra, muy cerrada. La mujer estaba muy quieta. Muy callada. Confusa, atontada. Teresa Daniel estaba drogada hasta las cejas. Puede que con alguna de esas sustancias modernas. ¿Cómo era? ¿La droga de la violación? ¿Rohypnol? ¿Rophynol? No recordaba el nombre. No era mi campo. Eliot podría habérmelo dicho. Duffy y Villanueva aún podrían decírmelo. Era una droga que volvía a la gente pasiva, obediente y consentidora. Una droga que hacía que las personas se tumbaran y se dejaran hacer lo que les pidieras.

—¿Eres Teresa? —le pregunté entre susurros.

No respondió.

—¿Estás bien? —Seguí hablando entre susurros.

Asintió.

—Estoy bien.

—¿Puedes andar?

—Sí.

—Ven, acompáñame.

Se puso de pie. No se aguantaba muy bien. Supuse que era debilidad muscular. Llevaba nueve semanas encerrada.

—Ven, por aquí.

No se movió. Estaba quieta. Le tendí la mano. Adelantó el brazo y me la cogió. Tenía la piel cálida y seca.

—Vámonos. No mires al hombre del suelo.

La detuve pasada la puerta. Le solté la mano, arrastré a Troy al interior de la habitación y lo encerré. Volví a cogerle la mano a Teresa y nos fuimos de allí. Estaba muy sugestionable. Muy obediente. Se limitaba a fijar la mirada por delante de ella y a caminar a mi lado. Giramos la esquina y pasamos junto a la lavadora. Recorrimos el gimnasio. Su vestido era de seda y encaje. Me agarraba la mano como si fuera mi cita. Parecía que íbamos al baile de fin de curso. Subimos las escaleras, el uno junto al otro. Hasta arriba.

—Espérame aquí. No vayas a ninguna parte sin mí, ¿vale?

—Vale —susurró.

—Y no hagas ruido, ¿entendido?

—Entendido.

La dejé en el último escalón, con una mano apoyada en la barandilla y con una bombilla encendida detrás de ella. Cerré la puerta nada más salir. Miré con cuidado si había alguien en el pasillo. Nadie. Volví a la cocina. Los del catering seguían ocupados.

—¿Sois Keast y Maden?

El que tenía más cerca asintió y me dijo:

—Yo soy Paul Keast.

—Chris Maden.

—Paul, tengo que mover vuestra furgoneta.

—¿Por qué?

—Porque está en medio.

Se me quedó mirando.

—¡Pero si has sido tú quien me ha dicho que la aparcara ahí!

—No, te he dicho que la cocina estaba aquí, no que aparcaras aquí.

Se encogió de hombros, trasteó en la encimera y cogió un llavero.

—Pues vale —dijo mientras me tendía las llaves.

Las cogí, salí y comprobé la parte de atrás de la furgoneta. Estaba llena de estanterías de metal a uno y otro lado. Debían de ser para las bandejas de comida. En el centro quedaba libre un estrecho pasillo. No tenía ventanas. Me vendría bien. Dejé las puertas de atrás abiertas, subí al asiento del conductor y arranqué el vehículo. Fui marcha atrás hasta la plaza de entrada, di la vuelta y volví marcha atrás hasta la puerta de la cocina. Ahora sí que estaba enfocada en la dirección adecuada. Apagué el motor, pero dejé las llaves puestas. Volví a la cocina. El detector de metales pitó.

—¿Qué van a cenar? —pregunté.

—Empezarán con hojas de parra rellenas. Luego, les serviremos kebab de cordero con acompañamiento de arroz, cuscús y hummus. De postre, baklava. Y, para acabar, café. —Fue Maden quien me respondió.

—¿Es comida libia?

—Es genérica. Esto lo comen en cualquier parte de Oriente Medio.

—Yo solía comer eso por un dólar. Vosotros cobráis cincuenta y cinco.

—¿Dónde, en Portland?

—En Beirut.

Me asomé al pasillo para ver si había alguien. Estaba todo tranquilo. Fui hasta la puerta del sótano y la abrí. Teresa Daniel seguía allí, justo detrás, esperándome, como un autómatas. Le cogí la mano.

—Nos vamos —le dije.

Salió. Cerré la puerta. Llevé a la agente por la cocina. Keast y Maden se quedaron mirándola. Pasé de ellos y seguí adelante. Salimos por la puerta de atrás. Fuimos hacia a la furgoneta. Tembló de frío. La ayudé a subir en la parte trasera.

—Ahora, espérame aquí. Y en silencio, ¿vale?

Asintió y no dijo nada.

—Voy a cerrar las puertas.

Volvió a asentir.

—Enseguida te saco de aquí.

—Gracias.

Cerré las puertas de la furgoneta y volví a la cocina. Me quedé parado, escuchando. Me llegaban las conversaciones del comedor. El tono era el que cabía esperar de una reunión social.

—¿Cuándo van a comer?

—En veinte minutos. —Era de nuevo Maden—. Cuando hayan acabado con las bebidas. Porque en los cincuenta y cinco dólares está incluido el champán, ¿sabes?

—Vale, vale, no os ofendáis.

Consulté el reloj. Habían pasado cuarenta y cinco minutos. Me quedaban quince.

«¡Que empiece el espectáculo!».

Volví a salir de la cocina. La noche era fría. Me senté al volante de la furgoneta de los del catering y me puse en marcha. Avancé muy despacio, poco a poco mientras doblaba la esquina de la casa, lentamente alrededor de la plaza para carruajes, después por el camino de entrada. Alejándome de la casa. Crucé la verja. Seguí por la carretera. Pisé el acelerador. Tomé las curvas muy rápido. Frené en seco a la altura del Taurus de Villanueva. Me apeé a toda prisa. Villanueva y Duffy se me unieron de inmediato.

—Teresa está en la parte de atrás. Está bien, pero la han drogado.

Duffy levantó el puño en señal de victoria, me saltó encima y me abrazó con fuerza. Villanueva fue a la parte de atrás de la furgoneta y abrió las puertas de par en par. Teresa cayó en sus brazos. La sujetó como si fuera una niña. Luego, Duffy la cogió y fue Villanueva el que me abrazó.

—Deberíais llevarla al hospital.

—Vamos a llevarla al motel —dijo Duffy—. Seguimos sin estar en los registros.

—¿Estás segura?

—No le va a pasar nada —me aseguró Villanueva—. Parece que le han suministrado Rohypnol. Seguro que se lo han pasado sus amigos los camellos. En cualquier caso, los efectos no duran mucho. Se pasan bastante rápido.

Duffy abrazaba a Teresa como si fueran hermanas. Villanueva aún estaba abrazándome a mí.

—Eliot está muerto.

Aquello estropeó la alegría del momento.

—Llamad a la ATF desde el motel. Si no les llamo yo primero.

Se me quedaron mirando.

—Voy a volver.

Di la vuelta con la furgoneta y volví. Tenía la casa delante de mí. Las ventanas estaban iluminadas en amarillo. Las luces del muro brillaban con un color azulado entre la niebla. La furgoneta luchaba contra el viento.

«A por el plan B».

Quinn era mío. Que fuera la ATF la que lidiara con los demás. Me detuve en la zona más alejada de la plaza de entrada y di marcha atrás para rodear la casa por el lateral. Me detuve a la altura de la cocina. Salí del vehículo y fui a por el abrigo. Desenvolví las Persuaders. Me puse el abrigo. Hacía una noche fría y estaría en la carretera de nuevo en unos cinco minutos.

Me acerqué a las ventanas del comedor para echar otra ojeada. Habían corrido las cortinas.

«Es normal».

Era una noche tempestuosa. Con las cortinas cerradas, los del comedor tendrían la sensación de que estar más cómodos. Más confortables. Alfombras persas en el suelo, paneles de madera en las paredes, plata sobre el mantel de lino.

Cogí las Persuaders y volví a la cocina. El detector de metales chilló. Los del catering tenían alineados sobre una de las encimeras diez platos con hojas de parra rellenas. Las hojas tenían un aspecto oscuro, aceitoso y recio. Estaba hambriento, pero no habría comido ni una. Las palas se me movían tanto que habría sido imposible. Supuse que, gracias a Paulie, iba a tirarme una semana comiendo helado.

—Esperad cinco minutos a servir la cena, ¿vale?

Keast y Maden se quedaron mirando las escopetas.

—Toma, las llaves.

Dejé las llaves de la furgoneta junto a las hojas de parra. Tenía las llaves que me había dado Beck, y daba por hecho que saldría por la puerta principal y cogería el Cadillac. Eso sería lo más rápido. Lo más cómodo. Saqué un cuchillo del taco de madera y abrí con él en el forro del bolsillo derecho del abrigo una raja suficiente como para que cupiera el cañón de una Persuader. Cogí el arma con la que había matado a Harley y la enfundé ahí. La otra la sujeté con ambas manos. Respiré hondo. Salí al pasillo. Keast y Maden se me quedaron mirando mientras me marchaba. Primero eché un vistazo al cuarto de baño. Tampoco era necesario representar una tragedia griega si Quinn no estaba en el comedor. El baño estaba vacío.

La puerta del comedor estaba cerrada. Volví a respirar hondo. Y lo hice una vez más. Acto seguido, le pegué una patada a la puerta, entré y disparé dos Brennekes al techo. Fue como utilizar granadas aturdidoras. Las explosiones gemelas fueron colosales. Empezó a llover escayola y madera. El polvo y el humo llenaron el aire. Todos se quedaron quietos como estatuas. Apunté la escopeta al pecho de Quinn. El eco fue remitiendo.

—¿Te acuerdas de mí?

Elizabeth Beck pegó un grito en aquel silencio súbito. Di un paso hacia el interior del comedor sin dejar de apuntar a Quinn.

—¿Te acuerdas de mí? —repetí.

Un segundo. Dos. Empezó a mover la boca:

—Te vi en Boston. En la calle. Un sábado por la noche. Puede que hace unas dos semanas.

—Esfuérzate un poco más.

Su expresión mostraba el más absoluto desconocimiento. No se acordaba de mí. «Le diagnosticaron amnesia —me había dicho Duffy—, sin duda, debida a los traumatismos porque, desde luego, es casi inevitable que no la padeciera. Dieron por supuesto que no debía recordar nada del incidente ni de un par de días antes del mismo».

—Soy Reacher. Necesito que me recuerdes.

Miró a Beck como pidiendo ayuda.

—Ella se llamaba Dominique.

Se volvió hacia mí. Se me quedó mirando. Con los ojos como platos. Ahora sí que sabía quién era. Su cara cambió. La sangre se hizo a un lado para dar paso a la furia. Y al miedo. Las cicatrices producidas por las balas de calibre 22 se le pusieron blancas. Pensé en apuntar justo entre ambas. Sería un disparo complicado.

—¿De verdad pensabas que no te encontraría?

—¿Podemos hablar?

Parecía que tuviera la boca seca.

—No. Llevas hablando diez años de más.

—Aquí estamos todos armados —comentó Beck con tono de miedo.

Los tres árabes me miraban. Tenían polvo de escayola pegado por todo su aceitoso pelo.

—Pues díles a los tuyos que no disparen, que no hay razón para que haya más de una baja.

La gente se apartó de mí. El polvo empezaba a posarse sobre la mesa. Un trozo de techo había roto una ventana. Me moví al mismo tiempo que los demás y fui girándome para pastorear a todos los malos en una esquina del comedor. Al mismo tiempo, intenté obligar a Elizabeth, a Richard y a la cocinera a que se apartaran del resto y fueran hacia la ventana, donde estarían a salvo. Puro lenguaje corporal. Giré el hombro y lo moví un poco hacia delante y, aunque la mesa estaba entre la mayoría de ellos y yo, fueron hacia donde yo quería. Aquella pequeña reunión se dividió, obedientemente, en dos grupos. Ocho y tres.

—Deberíais apartaros todos del señor Xavier ahora mismo —dije.

Se apartaron todos, excepto Beck. Beck se quedó justo al lado de Quinn. Lo miró. Entonces, me di cuenta de que Quinn lo tenía sujeto por el brazo. Lo agarraba con fuerza justo por debajo del codo. Tiraba de él. Tiraba de él con fuerza. Quinn pretendía hacerse con un escudo humano.

—Estos cartuchos miden dos centímetros y medio de ancho. Mientras pueda ver dos centímetros y medio de ti, de poco te va a servir eso.

No dijo nada. Se limitó a seguir tirando. Beck se resistía. También vi miedo en sus ojos. Era una confrontación estática a cámara lenta. Aunque me daba la impresión de que era Quinn el que estaba ganando. En cuestión de diez segundos, había conseguido poner a Beck por delante de la mitad de su cuerpo. El hombro izquierdo de Beck quedaba ya por delante del derecho de Quinn. Ambos temblaban por el esfuerzo. A pesar de que la Persuader tenía empuñadura de pistola en vez de culata, me llevé el arma al hombro y apunté con cuidado, mirando por el cañón.

—Aún te veo.

—¡No dispires! —me imploró Richard Beck detrás de mí.

«Hay algo en su voz».

Miré fugazmente al chico. Un breve giro de cabeza. Una pincelada. Girarla y volverla. Tenía una Beretta en la mano. Era idéntica a la que yo llevaba en el bolsillo del abrigo. Me apuntaba a la cabeza. La luz eléctrica

hacía que el arma brillara con dureza. Resaltaba. Aunque solo la había visto durante una fracción de segundo, el elegante grabado de la corredera me llamó la atención: PIETRO BERETTA. Había visto el rocío del aceite nuevo. Había visto el puntito rojo que queda a la vista cuando el seguro está quitado.

—Bájala, Richard —le dije.

—No mientras mi padre siga ahí.

—Quinn, suelta a su padre.

—Reacher, no dispares... —dijo el muchacho—. Yo te dispararé primero.

Para ese momento, Quinn había conseguido cubrirse con Beck casi del todo.

—No dispares —insistió Richard.

—Bájala, Richard.

—No.

—Bájala.

—No.

Escuché su voz con atención. El chico no se movía. Estaba quieto. Lo tenía localizado. Sabía el giro que iba a tener que hacer. Lo ensayé en mi cabeza.

«Giro. Disparo. Carga. Giro. Disparo».

Podía encargarme de ambos en segundo y cuarto. Demasiado rápido como para que Quinn reaccionara. Respiré hondo.

Entonces, me imaginé a Richard. Pensé en ese corte de pelo absurdo, en la oreja que le faltaba. En aquellos dedos largos. Imaginé el gran cartucho Brenneke destrozándolo al atravesarlo, lanzándolo hacia atrás por efecto de la gran energía cinética. No podía hacerlo.

—Bájala.

—No.

—Por favor.

—No.

—Estás ayudándoles a ellos.

—Estoy ayudando a mi padre.

—No voy a darle a tu padre.

—No puedo arriesgarme. ¡Es mi padre!

—Elizabeth, díselo.

—No. Es mi marido.

«Estamos en un punto muerto. No, esto es peor que un punto muerto».

Porque no podía hacer nada de nada. No podía disparar a Richard. Nunca me lo permitiría. Y, por tanto, no podía disparar a Quinn. Y no podía decir

que no iba a disparar a Quinn porque, entonces, aquellos ocho tipos enseguida me encañonarían. Seguro que me llevaba a unos cuantos por delante pero, antes o después, uno de ellos me liquidaría a mí. Y no podía separar a Beck de Quinn. Bajo ningún concepto iba a soltar Quinn a Beck y a acceder a abandonar el comedor conmigo.

«Estamos en un punto muerto. Tengo que pasar al plan C».

—Bájala, Richard.

«Escucha».

—No.

«No se ha movido».

Lo ensayé de nuevo.

«Giro. Disparo».

Tomé aire. Me giré y disparé. Treinta centímetros a la derecha de Richard, a la ventana. El cartucho atravesó las cortinas e impactó en los marcos centrales de la ventana de guillotina. El elemento entero voló por los aires. Corrí tres pasos y salté por el agujero que acababa de hacer. Rodé dos veces envuelto en los restos de una cortina de terciopelo, me puse de pie como pude y eché a correr. Hacia las rocas.

Me giré después de veinte metros y me detuve en seco. Lo que quedaba de la cortina lo hinchaba el viento por fuera de la casa, entraba y salía por el agujero. Oía cómo el cristal rasgaba la tela y el viento la batía. Una luz amarilla brillaba por detrás de ella. Veía figuras iluminadas también por detrás que se agolpaban junto a la ventana rota. Todo se movía. La cortina, la gente. La luz se desdibujaba y relucía en función de cómo ondeara la tela. Entonces, empezaron a dispararme. Tiros de pistola. Primero, dos. Luego, cuatro. Después, cinco. Luego, más. Las balas zumbaban a mi alrededor. Alcanzaban las rocas, a las que les sacaban chispas y de las que salían rebotadas. Esquirlas de piedra saltaban por todos lados. Los disparos sonaban calmados. Sonaban como aburridos e insignificantes reventones. El ruido que hacían se perdía con el aullido del viento y los azotes de las olas. Me tiré de rodillas. Levanté la Persuader. Entonces, dejaron de disparar. Esperé. La cortina desapareció. Alguien la había arrancado. La luz me iluminaba. Vi cómo obligaban a Richard y a Elizabeth a ponerse delante en la ventana. Tenían los brazos retorcidos a la espalda. Vi el rostro de Quinn por detrás del hombro de Richard. Me estaba apuntando.

—¡Dispárame ahora! —me gritó.

Su voz casi se perdía con el viento. Oí la séptima ola romper por detrás de mí. La espuma salió disparada hacia lo alto, el viento la empujó y me golpeó

con fuerza en la nuca. Vi a uno de los pistoleros de Quinn detrás de Elizabeth. La mujer tenía la cara contraída por el dolor. El pistolero apoyaba la muñeca derecha en el hombro de la mujer, la cabeza justo detrás de la de ella, con la pistola en la mano. Vi otra culata adelantarse y romper pedazos de cristal del marco de la ventana. La dejaron limpia. Luego, empujaron a Richard hacia fuera. El chico apoyó una rodilla en el alféizar. Quinn lo empujó afuera y salió detrás de él, sujetándolo de cerca.

—¡Dispárame ahora!

A Elizabeth también la sacaron por la ventana. La mujer tenía un ancho brazo alrededor de la cintura. Soltaba patadas con desesperación. El tipo que la había aupado la plantó en el suelo y tiró de ella hacia atrás para cubrirse. Me fijé en la cara de la mujer. Pálida en la oscuridad. Retorcida de dolor. Me eché hacia atrás. Salió más gente. Eran un enjambre. Formaron en cuña. A Richard y a Elizabeth los pusieron delante, hombro con hombro, para que conformaran la punta roma. La cuña empezó a avanzar hacia mí. Desacompasada. Veía cinco pistolas. Me eché hacia atrás. La cuña seguía adelante. Las pistolas empezaron a disparar de nuevo.

Apuntaban a fallar. Intentaban acorralarme. Me movía hacia atrás. Conté los disparos. Cinco pistolas con los cargadores completos tenían, al menos, setenta y cinco tiros entre todas. Puede que más. Y habían disparado ya, por lo menos, veinte veces. Les faltaba mucho para quedarse sin munición. Además, sus disparos eran controlados. No tiraban por tirar. Disparaban a mi izquierda y a mi derecha. A las rocas. Tiros espaciados de forma regular cada dos segundos. Se acercaban como una máquina. Como un tanque de seres humanos. Me incorporé. Me moví hacia atrás. La cuña seguía acercándose.

Richard estaba a la derecha y Elizabeth, a la izquierda. Elegí a un tipo que había detrás de Richard, a su derecha, y apunté. El tipo me vio hacerlo y se escondió mejor detrás del chico. La cuña se apretó. Ahora, en realidad, era una columna estrecha. Seguía viniendo hacia mí. Como no tenía ángulo de tiro, continué caminando hacia atrás, paso a paso.

Mi tacón izquierdo encontró el hueco en forma de uve de Harley.

El agua burbujeaba en su interior y cubrió mi zapato. Oí las olas. La gravilla traqueteaba mientras el agua se la llevaba. Puse mi pie derecho a la misma altura que el izquierdo. Me equilibré en el borde. Vi que Quinn me sonreía. Bueno, a decir verdad, solo vi el brillo de sus dientes en la oscuridad.

—Y, ahora... ¡buenas noches! —me soltó.

«Sigue con vida y a ver qué sucede en el siguiente minuto».

A la columna le crecieron brazos. Seis o siete brazos que buscaban, que movían hacia delante las armas que empuñaban, que las apuntaban. Estaban esperando la orden. Oí la séptima ola romper a mis pies. Me llegó a los tobillos e inundó tres metros por delante de mí. Se detuvo allí un segundo y, después, fue retirándose, indiferente, como un metrónomo. Observé a Elizabeth y a Richard. Los miré a los ojos. Tomé una bocanada profunda de aire.

«O ellos, o yo».

Dejé caer la Persuader y me tiré hacia atrás al hueco lleno de agua.

Primero me sorprendió el frío y, después, sentí como si cayera de un edificio. Solo que no era una caída libre. Era como haber entrado en un tubo gélido y lubricado que te absorbía hacia abajo en un ángulo empinado y controlado. Con aceleración. Estaba bocabajo. Iba con la cabeza por delante. Había aterrizado de espaldas y, durante un segundo, no había sentido nada. Excepto el agua helada en las orejas, en los ojos y en la nariz. Me picaba en el labio. Al principio, me había quedado a unos treinta centímetros por debajo de la superficie. No iba a ninguna parte. Me preocupaba salir a flote, porque lo haría justo delante de mis perseguidores y, para entonces, estarían todos en el borde del hueco con las armas apuntando al agua.

Pero, de pronto, sentí que se me levantaba el pelo. Fue una sensación agradable. Como si alguien me lo estuviera peinando hacia arriba. Luego, sentí como si me agarrasen la cabeza. Como si un hombre fuerte con manos grandes me hubiera agarrado la cabeza y estuviera tirando de mí hacia atrás, suave primero y, después, con energía. Y con más energía. Lo sentí en el cuello. Era como si estuviera creciendo. Después, lo sentí en el pecho y en los hombros. Mis brazos flotaban en libertad y, de repente, tiraron de ellos hacia atrás, por encima de mi cabeza. Fue entonces cuando empecé a caer del edificio. Fue como hacer el salto del ángel, pero de espaldas. Me arqueé hacia abajo. Y aceleré. Aceleré muchísimo más que en una caída libre. Era como si me estuviera recogiendo una cuerda elástica gigante.

No veía nada. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. El frío era tan abrumador y la presión sobre mi cuerpo tan uniforme que, a decir verdad, había dejado de sentir. No notaba ninguna fuerza física. Era como pertenecer a un fluido. Era como un transporte de ciencia ficción. Como si me estuvieran bajando con un rayo. Como si yo mismo fuera líquido. Como si me hubieran estirado. Como si, de repente, midiera diez metros de alto y tres centímetros

de ancho. Había oscuridad y frío por todos lados. Aguanté la respiración. Dejé de sentir tensión alguna y eché la cabeza hacia atrás para notar el agua en mi cuero cabelludo. Puse los dedos de los pies en punta. Arqueé la columna. Estiré los brazos por delante de la cabeza. Abrí los dedos para sentir el agua fluyendo por entre ellos. Me sentía en paz. Era una bala. Me gustaba.

Entonces, el pánico se apoderó de mi pecho y me di cuenta de que me estaba ahogando. Así que empecé a resistirme. Giré sobre mí mismo y el abrigo se me enredó alrededor de la cabeza. Me sacudí y me revolví en aquel tubo gélido para quitármelo de encima. El abrigo me azotó la cara y salió disparado. Me deslicé fuera de la chaqueta. La prenda desapareció. De pronto, sentí un frío amargo. Aún seguía yendo muy rápido hacia el fondo. Sentía la presión en los oídos. Me pitaban. Daba vueltas a cámara lenta. Jamás me había movido a tal velocidad y rodaba y giraba como si estuviera sumergido en melaza.

«¿Cómo de ancho será el tubo?».

No lo sabía. Daba patadas a la desesperada y arañaba el agua que me rodeaba. Parecía que estuviera inmerso en mercurio.

«No nades hacia abajo».

Seguía pataleando, luchando, intentando encontrar el borde. Me ponía objetivos.

«Concéntrate. Encuentra el borde. Haz progresos. Permanece tranquilo. Deja que te arrastre hacia el fondo quince metros por cada treinta centímetros que te desvíes tú hacia un lado».

Me detuve unos instantes, me organicé y empecé a nadar de manera adecuada. Y con fuerza. Como si el tubo fuera la superficie lisa de una piscina y estuviera participando en una carrera. Como si hubiera una chica, una bebida y una silla esperando al vencedor.

«¿Cuánto tiempo llevo aquí abajo?».

No lo sabía. Puede que unos quince segundos. Era capaz de aguantar la respiración cosa de un minuto.

«Así que tranquilo. Nada con fuerza. Busca el límite».

Tenía que haber un límite. Era imposible que todo el océano se moviera de esa manera. Era imposible porque, de ser así, Portugal estaría sumergido. Y la mitad de España. La presión rugía en mis oídos.

«¿En qué dirección estaba mirando?».

No importaba. Solo tenía que salir de la corriente. Nadé hacia delante. Sentí que la marea luchaba contra mí. Era increíblemente poderosa. Hasta el momento había sido amable. Ahora, en cambio, se esforzaba por engullirme.

Como si no le gustase mi decisión de enfrentarme a ella. Apreté los dientes y pataleé. Era como arrastrarse por el suelo con una tonelada de ladrillos en la espalda. Tenía los pulmones hinchados y me ardían. Solté un poco de aire por entre los labios. Seguí pataleando. Arañé el agua por delante de mí.

«Treinta segundos».

Me estaba ahogando. Era consciente de ello. Me debilitaba. Mis pulmones estaban vacíos. Mi pecho estaba aplastado. Tenía miles de millones de toneladas de agua encima. La cara se me retorció de dolor. Me rugían los oídos. El estómago estaba hecho un nudo. El hombro izquierdo me ardía allí donde me había golpeado Paulie. Oí la voz de Harley en mi cabeza: «Desde luego, nunca ha vuelto ninguno». Seguí pataleando.

«Cuarenta segundos».

No estaba avanzando. La corriente seguía arrastrándome hacia las profundidades. Iba a acabar golpeándome contra el fondo marino. Pataleé. Arañé el agua.

«Cincuenta segundos».

Sentía un siseo en los oídos. Me iba a explotar la cabeza. Apretaba los labios con mucha fuerza contra los dientes. Estaba muy enfadado. Quinn había conseguido escapar del océano.

«¿¡Por qué yo no!?».

Pataleé a la desesperada.

«Un minuto».

Los dedos se me habían congelado y tenía calambres. Me iban a explotar los ojos.

«Más de un minuto».

Me sacudí. Restallé. Me abría camino a golpes por el agua. Pataleaba. Luchaba. Entonces, sentí un cambio en la corriente.

«He encontrado el límite».

Fue como agarrarse a un poste telefónico desde un tren que avanzara a toda velocidad. Penetré la piel del tubo y una nueva corriente me agarró de las manos y me golpeó en la cabeza y la turbulencia me sacudió y, de pronto, estaba dando vueltas sobre mí mismo y flotando libremente en un agua que parecía tranquila y clara, pero que estaba igual de fría.

«Piensa, ¿dónde está la superficie?».

Puse en marcha todo mi autocontrol y dejé de pelear con el agua. Me limité a flotar. Intenté determinar mi dirección. No iba a ningún lado.

«Mis pulmones están vacíos».

Tenía los labios cerrados con fuerza.

«No puedo respirar».

Mi flotabilidad era neutra. No me movía. Iba a la deriva. A la deriva en un kilómetro cúbico de océano negro. Abrí los ojos. Miré a mi alrededor. Por encima de mí, por debajo, a los lados. Me giré, me volví. No vi nada. Aquello era como estar en el espacio. Todo estaba oscuro como la boca del lobo. No había luz.

«Desde luego, nunca ha vuelto ninguno».

Sentí una ligera presión en el pecho. Era menor en la espalda. Estaba colgando boca abajo en el agua. Suspendido. Flotaba hacia arriba muy despacio, con la espalda por delante. Me concentré al máximo. Fijé la sensación con claridad en mi cabeza. Fijé mi posición. Arqueeé la columna. Escarbé con las manos. Pataleé con los pies. Estiré los brazos hacia la superficie.

«Venga, vamos. No respire».

Pataleé con furia. Remé con fuerza con los brazos. Pegué brazos y piernas al cuerpo.

«No me queda aire».

Incliné la cabeza para que lo primero que cruzara la superficie fuera mi boca.

«¿Cuánto me faltará?».

Estaba negro por encima de mí. Allí no había nada. Había descendido un mundo.

«No me queda aire».

Iba a morir. Abrí los labios. El agua me entró por la boca. Escupí y tragué. Seguí dando patadas. Veía chispitas de color púrpura en los párpados. Me zumbaba la cabeza. Me sentía como si tuviera fiebre. Como si estuviera ardiendo. De pronto, como si me estuviera congelando. A continuación, como si estuviera envuelto en gruesos edredones de plumas. Eran suaves. Después, ya no sentía nada de nada.

Estaba bastante seguro de que había muerto, así que dejé de patalear y abrí la boca para respirar. Me tragué el mar. Me dieron espasmos en el pecho y expulsé el agua tosiendo. Dentro y fuera, dos veces más. Estaba respirando agua. Di otra patada. No iba a poder hacer más. Una última patada. Me esforcé en que fuera potente. Luego, cerré los ojos y floté y respiré el agua fría.

Me topé con la superficie cosa de medio segundo después. Sentí el aire en la cara como la caricia de una amante. Abrí la boca, y mi pecho vomitó una enorme cantidad de agua que salió disparada hacia el cielo. Respiré aire antes

de que aquella agua me cayera encima. Luego, me esforcé como un loco por mantener la cara en el lado del dulce y frío oxígeno. Pataleaba, jadeaba, respiraba, tragaba, soplaba, tosía, tenía arcadas.

Extendí los brazos, dejé que las piernas flotaran y eché la cabeza hacia atrás con la boca bien abierta. Observé cómo mi pecho subía y bajaba, subía y bajaba, lleno y vacío. Se movía con una rapidez pasmosa. Estaba cansado. Y en paz. Y como ido. No tenía oxígeno en el cerebro. Permanecí así un minuto entero, dedicado a respirar. Se me fue aclarando la vista. Vi nubes grises en el cielo. Se me fue aclarando el pensamiento. Respiré un poco más.

«Dentro, fuera, dentro, fuera».

Lo hacía con los labios fruncidos y parecía una locomotora. Empezó a dolerme la cabeza. Decidí buscar el horizonte, me incorporé. No conseguía dar con él. Subía y bajaba por efecto de olas rápidas e insistentes, arriba y abajo, arriba y abajo, entre tres y cinco metros cada vez. Pataleé un poco y me dispuse de manera que la siguiente ola me elevase hasta su cresta. Miré hacia delante. No vi nada. La ola me dejó caer en su depresión.

No tenía ni idea de dónde estaba. Giré noventa grados, cabalgué la siguiente cresta y volví a mirar. A mi derecha. Puede que hubiera un barco por algún lado. No lo había. Allí no había nada. Estaba solo en mitad del Atlántico. A la deriva.

«Desde luego, nunca ha vuelto ninguno».

Giré ciento ochenta grados en la dirección opuesta, cabalgué la cresta de la siguiente ola y miré a mi izquierda. Allí no había nada. Volví a caer en la depresión de la ola, cabalgué la siguiente ola y miré por detrás de mí.

Estaba a unos cien metros de la orilla.

Veía la casa. Veía las ventanas iluminadas. Veía el muro. Veía la luz azulada de los focos entre la niebla. Me subí la camisa a los hombros. Estaba empapada y pesaba mucho. Tomé aire. Me puse sobre el pecho y empecé a nadar.

Cien metros. Todo nadador olímpico medio decente es capaz de nadar cien metros en unos cuarenta y cinco segundos. Todo nadador de instituto medio decente es capaz de hacerlo en menos de un minuto. A mí me llevó quince. La marea estaba de retirada y era como si nadara hacia atrás. Me sentía como si aún me estuviera ahogando. Pero, al final, por fin, toqué la costa y puse las manos alrededor de una roca lisa. Me sujeté a ella con fuerza porque estaba muy resbaladiza y porque el mar seguía estando muy bravo. Grandes olas me

golpeaban, me aplastaban la cara contra el granito, y lo hacían de forma regular, como un reloj, pero me daba igual. Saboreé los impactos. Cada uno de ellos. Estaba enamorado de aquella roca.

Descansé en ella un minuto más y, después, gateé hasta la parte de atrás del garaje, chapoteando, medio en el agua, medio fuera de ella, agachado. Salí a cuatro patas. Me dejé caer de espaldas. Miré el cielo.

«Aquí tienes a uno que ha vuelto, Harley».

Las olas llegaban y me cubrían hasta la cadera. Me arrastré, de espaldas, hasta que solo me llegaron a las rodillas. Me di la vuelta y me quedé tumbado boca abajo. Pegué la frente al suelo. Me sentía hinchado. Tenía frío. Estaba helado. Me había quedado sin abrigo. Me había quedado sin chaqueta. Me había quedado sin Persuaders. Me había quedado sin la Beretta.

Me puse de pie. Chorreaba agua. Di un par de pasos trastabillando. Oí a León Garber en mi cabeza: «Lo que no te mata te hace más fuerte». León creía que aquello lo había dicho JFK. Yo creía que había sido Friedrich Nietzsche y que, en realidad, había dicho «destruir» no «matar»: «Lo que no nos destruye, nos hace más fuertes». Trastabillé dos pasos más, me incliné contra la pared del patio de la entrada del garaje y vomité cuatro litros de agua salada. Aquello hizo que me sintiera un poco mejor. Sacudí los brazos como una rueda y solté patadas hacia atrás con ambas piernas para ver si activaba un poco la circulación y me sacudía algo de agua de la ropa. Después, me eché el pelo hacia atrás e intenté hacer un par de respiraciones lentas. Me preocupaba toser. Tenía la garganta en carne viva y dolorida por el frío y por la sal.

Luego, caminé alrededor de la pared y doblé la esquina. Encontré el agujero y, en él, el atado que había dejado escondido la última vez.

«Quinn, voy a por ti».

Mi reloj aún funcionaba y me decía que hacía tiempo que se había pasado la hora que les había pedido a los de la DEA. Duffy habría llamado a la ATF hacía veinte minutos. La respuesta de estos, sin embargo, sería lenta. Dudaba, incluso, de que tuvieran oficina de campo en Portland. Lo más probable era que la de Boston fuera la más cercana. De allí había llegado la chica de servicio. Así que aún tenía tiempo de sobra.

La furgoneta de los del catering ya no estaba. Como es evidente, la cena se habría cancelado. Los demás vehículos, sin embargo, permanecían allí: el Cadillac, el Town Car y los dos Suburbans. En la casa seguía habiendo ocho

personas hostiles. Además de Elizabeth y la cocinera. No sabía en qué categoría enmarcar a Richard.

Me mantuve pegado a la pared de la casa y miré por todas las ventanas. La cocinera estaba en la cocina, limpiando. Keast y Maden lo habían dejado todo allí. Me agaché por debajo del alféizar y seguí adelante. El comedor estaba hecho un desastre. El viento, que entraba por la ventana rota, se había apoderado del mantel de lino y había tirado platos y copas por todos lados. En las esquinas, ese mismo viento había apilado dunas de polvo de escayola. En el techo había dos agujeros enormes. Y era probable que hubieran llegado al techo del piso de arriba. E incluso al del siguiente. Cabía la posibilidad, incluso, de que los Brennekes hubieran traspasado el tejado, como si fueran disparos dirigidos a la luna.

En el despacho, en la habitación cuadrada en la que había jugado a la ruleta rusa, estaban los tres libios y los tres soldados de Quinn, sentados alrededor de la mesa de roble, sin hacer nada. Daba la impresión, de hecho, de que no supieran qué hacer, de que estuvieran aturdidos. Eso sí, se habían puesto cómodos. No tenían intención de ir a ninguna parte. Me agaché por debajo del alféizar y seguí adelante. Llegué a la sala de estar de Elizabeth Beck. Esta estaba allí, con Richard. Alguien se había llevado al muerto. La mujer estaba en el sofá y hablaba a toda velocidad con su hijo. No oía lo que le decía, pero este permanecía callado y escuchaba con atención. Me agaché por debajo del alféizar y seguí adelante.

Beck y Quinn estaban en el cubil. Quinn, sentado en el sillón rojo y Beck, de pie enfrente del armario de coleccionista en el que tenía expuestas las ametralladoras. Beck estaba pálido, ceñudo, hostil, mientras que Quinn estaba hinchado como un pavo real. En una mano tenía un puro grueso, sin encender, y le daba vueltas entre las yemas de los dedos. En la otra tenía un cortador de puros que parecía de plata y que acercaba poco a poco al culo del cigarro.

Volví a la cocina después de completar un círculo entero. Entré. No hice ningún ruido. El detector de metales no pitó. La cocinera no me oyó. La cogí por detrás. Le tapé la boca con una mano y la arrastré hasta una encimera. Después de lo que Richard me había hecho, no tenía ninguna intención de volver a arriesgarme. Encontré un trapo de lino en un cajón y la amordacé. Con otro le até las muñecas. Con otro, los tobillos. La dejé sentada en el suelo de la cocina, junto al fregadero, incómoda. Cogí un cuarto trapo y me lo guardé en el bolsillo. Luego, salí al pasillo.

Estaba en calma. En silencio. Podía oír la voz de Elizabeth Beck amortiguada. La puerta de su sala de estar estaba abierta. No oía nada más.

Fui directo a la puerta del cubil de Beck. La abrí. Entré. Y cerré.

Me recibió el humo del puro. Quinn acababa de encenderlo. Daba la sensación de que hubiera estado riéndose de algo. Ahora, en cambio, estaba paralizado por el miedo. Beck estaba igual. Pálido e inmóvil. Me miraban con suma atención.

—He vuelto.

Beck tenía la boca abierta. Le pegué un puñetazo de cigarrillo. Su boca se cerró de golpe, su cabeza salió disparada hacia atrás, puso los ojos en blanco y cayó al suelo de inmediato, sobre las tres capas de alfombras. Había sido un buen golpe, pero no uno de los mejores que había dado en la vida. Al fin y al cabo, su hijo le había salvado la vida. Si no hubiera estado tan cansado de nadar, es posible que un puñetazo algo mejor lo hubiera matado.

Quinn vino directo a por mí. Se levantó de golpe del sillón. Tiró el puro. Echó mano al bolsillo. Le pegué un puñetazo en el estómago. Le saqué el aire de dentro y lo doblé hacia delante. Se cayó al suelo de rodillas. Le pegué en la cabeza y lo empujé hasta que estuvo tumbado boca abajo. Me arrodillé en su espalda, entre los omoplatos.

—¡No! —soltó. No le quedaba aire—. ¡Por favor!

Le puse una mano en la nuca. Saqué el cincel, que me había guardado en el zapato, y se lo metí por detrás de la oreja y hasta el cerebro, despacio, centímetro a centímetro. Había muerto antes de que le hubiera metido la mitad pero, de todas formas, se lo hundí hasta la empuñadura. Y allí lo dejé. Limpié la empuñadura con el trapo que llevaba en el bolsillo y, luego, se lo eché sobre la cabeza. Acto seguido, me puse de pie con cuidado.

—Diez dieciocho, Dom —me dije.

Pisé el puro de Quinn. Le cogí del bolsillo a Beck las llaves del coche y salí al pasillo. Crucé la cocina. La cocinera me siguió con la mirada. Fui trastabillando hasta la parte delantera de la casa. Me puse al volante del Cadillac. Arranqué y me dirigí hacia el oeste.

Tardé media hora en llegar al motel de Duffy. Estaban los tres en la habitación, Villanueva, ella y Teresa Justice, que nunca más sería Teresa Daniel. La mujer ya no estaba vestida como una muñeca. Llevaba puesto el albornoz del motel. Se había duchado. Estaba recuperándose bastante rápido. Parecía muy débil y estaba pálida, pero ahora era una persona. Una agente federal. Me miró horrorizada. Al principio, supuse que estaba confundida

respecto a quién era yo. Me había visto en el sótano. Cabía la posibilidad de que pensara que era uno de ellos.

Pero, entonces, me vi en el espejo de la puerta del armario y entendí cuál era el problema. Estaba empapado de pies a cabeza. Temblaba, retemblaba. Mi piel estaba blanca como la de un muerto. El corte del labio se me había abierto y estaba de color azul en los bordes. Tenía nuevos moratones allí donde las olas me habían golpeado contra la roca. Llevaba algas en el pelo y la camisa manchada de verdín.

—Me he caído al mar.

No dijeron nada.

—Enseguida me ducho. ¿Has llamado a la ATF?

Duffy asintió.

—Están de camino. La Policía de Portland ya tiene el almacén rodeado. Van a cerrar la carretera de la costa. Has salido justo a tiempo.

—¿¡Salir!?! No sé a qué te refieres.

Villanueva negó con la cabeza.

—Tú ni siquiera existes. Desde luego, nosotros no te conocemos de nada.

—Gracias —le dije.

—Vieja escuela.

Me sentí mejor después de la ducha. También tenía mejor aspecto. Pero no tenía ropa. Villanueva me dejó una muda de la suya. Me quedaba un poco corta y amplia. Me puse su gabardina para que no se notara. Me la abroché con fuerza porque aún tenía frío. Pedimos pizza. Nos moríamos de hambre. Yo tenía mucha sed, por el agua de mar. Comimos y bebimos. No podía morder la corteza de la pizza. Me limité a absorber los ingredientes. Después de una hora, Teresa Justice se fue a la cama. Me tendió la mano. Me dio las buenas noches muy educadamente. No tenía ni idea de quién era.

—El Rohypnol les borra la memoria a corto plazo —me explicó Villanueva.

Luego, hablamos de la situación. Duffy estaba hecha polvo. Estaba viviendo una pesadilla. Había perdido tres agentes en una operación ilegal. Y que hubiera recuperado a Teresa tampoco era para que se pusiera una medalla porque, para empezar, Teresa no tendría que haber estado allí dentro.

—Dejadlo. Uníos a la ATF —les dije—. Acabáis de servirles un gran resultado en bandeja de plata. Os vais a hacer famosos.

—Yo voy a jubilarme —comentó Villanueva—. Tengo edad para hacerlo y ya he visto suficiente.

—Yo no puedo jubilarme —soltó Duffy.

En el restaurante, la noche antes del arresto, Dominique Kohl me había preguntado:

—¿Por qué lo hace?

No tenía claro a qué se refería.

—¿El qué, lo de cenar con usted?

—No, ¿lo de trabajar de policía militar? Usted podría ser lo que quisiera. Podría ser de las Fuerzas Especiales, de Inteligencia, de la Caballería del Aire, de Blindados, lo que quisiera.

—Usted también.

—Lo sé, pero también sé por qué me dedico a esto. Lo que quiero es saber por qué lo hace usted.

Era la primera vez que alguien me lo preguntaba.

—Porque siempre he querido ser policía, pero nací predestinado para el ejército. Tradición familiar, no tenía alternativa. Así que me hice policía militar.

—Esa no es una respuesta. ¿Por qué quería ser policía?

Me encogí de hombros.

—Soy así. La policía pone las cosas en su sitio.

—¿Qué cosas?

—Cuida de las personas. Se asegura de que los grandes no le hacen nada al pequeño.

—¿Y ya está? ¿Por defender al pequeño?

Negué con la cabeza.

—No. La verdad es que no. El pequeño me da igual. Lo que me pasa es que odio al grande. Odio a la gente grande y engreída que cree que puede salirse siempre con la suya.

—O sea, que produce usted los resultados adecuados por las razones equivocadas.

Asentí.

—En cualquier caso, siempre intento hacer lo que está bien. A mi entender, poco importan las razones. Yo lo que quiero es asegurarme de que se hace el bien.

—Yo también intento hacer lo que está bien. Aunque todo el mundo nos odie, aunque nadie quiera ayudarnos y nadie nos dé las gracias. Creo que hacer el bien es un fin en sí mismo. Tiene que serlo, ¿no le parece?

—¿Has hecho lo que está bien? —pregunté diez años después.

—Sí —respondió Duffy.

—¿No hay duda?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—En ese caso, relájate. Eso es lo mejor que cabe esperar. Nadie ayuda nunca y nadie da las gracias.

Se quedó callada unos instantes.

—¿Has hecho lo que está bien? —me preguntó.

—Sin duda.

Lo dejamos así. Duffy había alojado a Teresa Justice en la habitación de Eliot y Villanueva se había ido a la suya, por lo que yo tendría que dormir en la de Duffy. Se sentía un poco incómoda por lo que había dicho en su momento, lo de nuestra falta de profesionalidad. No tenía claro si estaba intentando reforzar la idea o abjurar de ella.

—No te preocupes —le dije—. Estoy demasiado cansado.

Y, en esa ocasión, demostré que, en efecto, así era. Y no porque no lo intentáramos, porque empezar, empezamos. Me dejó claro que quería retirar lo que había dicho. Me dejó claro que estaba de acuerdo en que decir sí era mejor que decir no. Y yo estaba muy contento al respecto, porque Duffy me gustaba mucho. Así que empezamos. Nos desnudamos y nos acostamos y recuerdo que la besé con tal fuerza que me dolía la boca. Pero eso es lo único de lo que me acuerdo. Me quedé dormido. Dormí como un muerto. Once horas seguidas. Cuando me desperté, se habían ido. Se habían ido a enfrentarse a lo que fuera que les deparaba el futuro. Estaba solo en la habitación, solo con un montón de recuerdos. Era por la mañana, pero tarde. La luz del sol entraba por las persianas. Motas de polvo bailaban en el aire. Se habían llevado la ropa que me había prestado Villanueva y que yo había dejado en el respaldo de la silla. En la silla había una bolsa. Estaba llena de ropa barata. Seguro que me quedaba bien. A Susan Duffy se le daba bien juzgar las tallas. Había dos mudas completas. Una para el frío y otra para el calor. La agente no sabía adonde me dirigía, así que había decidido cubrir ambas posibilidades. Era una mujer muy práctica. Di por hecho que la echaría de menos. Durante un tiempo, al menos.

Me vestí con la ropa para el calor. Dejé la ropa para el frío justo allí, en la habitación. Di por hecho que podía llevarme el Cadillac de Beck. Cogí la I-95 y fui hasta el área de servicio de Kennebunk. Di por hecho que podía

abandonarlo allí. Di por hecho que no me costaría dar con alguien que me llevara en dirección sur. Y, hasta que llega a Miami, la I-95 pasa por todo tipo de sitios.



LEE CHILD (Coventry, Reino Unido, 1954). Es un escritor británico cuyo verdadero nombre es Jim Grant. Sus novelas son thrillers protagonizados por el personaje de ficción Jack Reacher, un exoficial de la policía militar del ejército americano que decide después de dejar el ejército comenzar una vida de vagabundo a lo largo de los Estados Unidos.

Lee Child nació en Coventry en 1954 pero a los cuatro años se mudó con sus padres y sus tres hermanos a Birmingham. Su padre era funcionario. En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Trabajó en teatro, y durante dieciocho años en la productora Granada Televisión, hasta 1995.

Abandonó la televisión tras una reestructuración de la compañía y fue entonces cuando comenzó a escribir novelas. En 1997 fue publicada su primera novela, *Killing Floor (Zona peligrosa)*, y en 1998 se trasladó a vivir a los Estados Unidos.

Child no solo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión y pulso narrativo, sino que ha hecho gala en sus novelas de un minucioso conocimiento del engranaje de la Defensa y la política norteamericana. Sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo, que ha sabido encajar en episodios recientes de la política exterior de Estados Unidos. Es el único escritor británico que, después de J. K. Rowling, ha liderado la lista de los

más vendidos en todos los formatos a ambos lados del Atlántico. Su famosa serie protagonizada por Jack Reacher ha vendido más de 40 millones de ejemplares en todo el mundo.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Sobre el autor